

El Colegio Máximo  
de Córdoba (Argentina)  
según las Cartas Anuas  
de la Compañía de Jesús

Carlos A. Page

Documentos para la Historia  
de la Compañía de Jesús en Córdoba

Córdoba 2004

Carlos A. Page

Documentos para la Historia de la Compañía de Jesús en Córdoba. Tomo 1

El Colegio Máximo de Córdoba (Argentina)  
según las Cartas Anuas de la Compañía de Jesús  
1609-1767

**Colaboración especial**

Guadalupe Biscayat Melo

Juan Pedro Kalinowski

Silvina Romano

Federico Sartori

*Prohibida su reproducción total o parcial*  
*I.S.B.N.: 987-89754-3-8*

## Índice

<b>Introducción</b> .....	7
<i>Los difíciles inicios. El primer rector Francisco Vázquez Trujillo</i>	
<i>La crisis económica de mediados del S. XVII y las donaciones de Manuel Cabrera, Alonso Nieto de Herrera y Francisco Hurtado</i>	
<i>Los estudios. Profesores y alumnos</i>	
<i>Los actos académicos, las graduaciones, las vacaciones y la biblioteca</i>	
<i>Palabras Finales</i>	
<b>Carta Anua de 1609</b> .....	25
<b>Carta Anua de 1610</b> .....	27
Colegio de Córdoba .....	27
<b>Carta Anua de 1610</b> .....	30
Colegio de Córdoba .....	30
<b>Carta Anua de 1611</b> .....	32
Colegio de Córdoba .....	32
<b>Carta Anua de 1612</b> .....	34
Casa de probación de Córdoba.....	34
<b>Carta Anua de 1613</b> .....	36
El Noviciado de Córdoba.....	36
Los ministerios de los operarios de la residencia de Córdoba.....	40
Trabajos de los nuestros entre los Españoles.....	41
El Seminario de San Francisco Javier .....	47
La fundación del Colegio de Córdoba de parte del Obispo.....	48
<b>Carta Anua de 1614</b> .....	51
Colegio de Córdoba del Tucumán .....	51
Colegio Convictorio de San Javier.....	53
<b>Carta Anua de 1615</b> .....	55
Gobernación del Tucumán Colegio de Córdoba y Noviciado.....	56

Colegio ComVictorio del beato Xavier.....	58
<b>Carta Anua de 1616</b> .....	59
Colegio de Córdoba .....	60
Colegio convictorio del beato padre Francisco Javier .....	63
<b>Carta Anua de 1617</b> .....	64
Colegio de Córdoba .....	64
Casa de Probación .....	70
<b>Carta Anua de 1618-1619</b> .....	71
Colegio de Córdoba .....	74
Casa de Probación .....	75
<b>Carta Anua de 1626-1627</b> .....	77
Colegio de Córdoba .....	83
<b>Carta Anua de 1628-1631</b> .....	87
<b>Carta Anua de 1632-1634</b> .....	90
Colegio de Córdoba .....	90
<b>Carta Anua de 1635-1637</b> .....	96
Relación de lo sucedido al padre Juan Bautista Ferrufino y a sus compañeros desde que se embarcaron en Lisboa hasta que llegaron al Puerto de Buenos Aires .....	98
Colegio de Córdoba .....	102
<b>Carta Anua de 1637-1639</b> .....	116
Colegio Máximo de Córdoba .....	118
Casa de Probación .....	124
<b>Carta Anua de 1641-1643</b> .....	126
Insigne Victoria que alcanzaron nuestros indios de los portugueses de San Pablo.....	127
Del estado de la Provincia en Común .....	129
Colegio de Córdoba del Tucumán .....	131
<b>Carta Anua de 1644</b> .....	141
Colegio de Córdoba .....	142
<b>Carta Anua de 1645-1646</b> .....	151
De lo que es común a todos los colegios .....	152
Colegio de Córdoba .....	152
<b>Carta Anua de 1647-1649</b> .....	156
<b>Carta Anua de 1650-1652</b> .....	160
El Colegio de Córdoba.....	165
<b>Carta Anua de 1652-1654</b> .....	171
El Colegio de Córdoba.....	171
<b>Carta Anua de 1653</b> .....	178
<b>Carta Anua de 1658-1660</b> .....	184
Las misiones de los ríos Paraná y Uruguay .....	185
<b>Carta Anua de 1659-1662</b> .....	191
El Colegio de Córdoba.....	192
Los Muertos en este Colegio .....	194

La muerte del Hermano Antonio Bernal.....	195
La muerte del Hermano Alonso Nieto. ....	197
La muerte (necrología) del Hermano Diego Lolieu.....	199
<b>Carta Anua de 1663-1666</b> .....	200
Colegio de Córdoba.....	200
Necrología del Padre Francisco Hurtado .....	205
Necrología del Hermano Diego Bancos.....	205
Necrología del venerable Padre Francisco Vázquez de la Mota .....	207
<b>Carta Anua de 1667</b> .....	212
El Colegio de Córdoba.....	212
Necrología del Hermano Benito Panis .....	213
Necrología del Padre Juan de Acuña .....	215
<b>Carta Anua de 1668</b> .....	217
El Colegio de Córdoba.....	217
Necrología del Hermano Juan de Aragón .....	218
<b>Carta Anua de 1669-1672</b> .....	220
Necrológica del Padre Francisco Velásquez.....	223
Necrología del Hermano Luis de la Cruz.....	224
Necrológica del Hermano Felipe Lemer .....	226
<b>Carta Anua de 1672-1675</b> .....	228
Los colegios .....	229
<b>Carta Anua de 1681-1692</b> .....	234
Estado de los Colegios en comun asi en lo temporal como en lo espiritual .....	235
Ciencias .....	238
Lo temporal de los colegios .....	239
Misiones pertenecientes a los colegios por las caserías o estancias de españoles, y pueblos de indios cristianos .....	240
Misión de España .....	241
Colegio de Córdoba .....	242
<b>Carta Anua de 1689-1700</b> .....	246
Estado de los colegios en común así en lo espiritual, como en lo temporal .....	247
Escuelas .....	249
Temporal.....	249
Misiones por las estancias y pueblos de españoles y indios cristianos .....	250
Misiones en las estancias de Córdoba .....	250
Misiones de los Pampas de Córdoba .....	255
De algunos difuntos de la Provincia.....	259
Padre Joachin Gazolas .....	259
Hermano Diego Vidal.....	264
Fundación del Colegio Seminario de Nuestra Señora de Monserrat.....	266
<b>Carta Anua de 1714-1720</b> .....	270
El Colegio de Córdoba.....	271

El seminario de Córdoba .....	276
<b>Carta Anua de 1720-1730</b> .....	278
El Colegio de Córdoba .....	279
El Noviciado de Córdoba .....	299
El Convictorio de Córdoba .....	299
<b>Carta Anua de 1730-1735</b> .....	302
<b>Carta Anua de 1735-1743</b> .....	322
<b>Carta Anua de 1750-1756</b> .....	340
<b>Carta Anua de 1756-1762</b> .....	345

## Introducción

De acuerdo al sistema de gobierno proporcionado por San Ignacio a la Compañía de Jesús, como el sentido comunicacional que los jesuitas tenían entre sí desde sus inicios, fue necesario crear un método de información no solo hacia arriba, es decir al padre general sino también horizontal, es decir al resto de los jesuitas. Así lo establece las Constituciones que escribe el propio San Ignacio, donde claramente se expone en su parte octava estas formas de comunicación es decir “*de lo que ayuda para unir los repartidos con su cabeza y entre sí*”. Obviamente el vínculo principal será “*el amor de Dios*”. Pero como señala el artículo 673 “*Ayudará también muy especialmente la comunicación de letras misivas entre los inferiores y Superiores*”. Luego se presenta la manera de llevarlo a cabo, recomendando que los rectores y misioneros deben escribir al provincial cada semana y éste igualmente al general, en el mismo lapso si se encuentra próximo, pero si son de otros reinos una vez al mes. Ahora, las buenas noticias, es decir aquellas con contenido edificante, debían escribirse cada cuatro meses en dos idiomas: el del lugar y en latín. Ambas versiones debían enviarse al provincial y este al general quien autorizaba a realizar tantas copias como fueran necesarias para repartir en todas las provincias<sup>1</sup>. La carta debía incluir una lista completa del personal existente en cada casa.

Esta aclaración de centrarse en las acciones edificantes y distribuir las cartas por todas las provincias tenía por objetivo atraer a nuevos jóvenes operarios pero también participar a aquellos externos que ayudaban a la Compañía para estimularlos en su vida espiritual.

Las otras noticias, las que no eran buenas, tenían un carácter estrictamente privado y generalmente eran las cartas entregadas en persona al general por el padre procurador, quien era elegido en las Congregaciones Provinciales para cumplir con esta y otras funciones como la de reclutar voluntarios y obtener la licencia en España para embarcarlos.

Es decir que esta clase de documentos edificantes -como señala Hugo Storni SJ- los debemos entender como son, es decir documentos espirituales<sup>2</sup>. Pero también son testimo-

---

<sup>1</sup> Algunas de las anuas del Paraguay fueron impresas como las de 1626-1627 y la de 1635-1637, por citar las de los primeros años.

<sup>2</sup> MAEDER, Ernesto J. A. *Cartas Anuas de la Provincia del Paraguay 1637-1639*. Fundación para la educación, la ciencia y la cultura, Buenos Aires, 1984. Introducción, p. 15.



nios escritos por humanistas, que hicieron de ellas un modelo literario emulando la literatura clásica en boga.

Para la provincia jesuítica del Paraguay hemos relevado las 14 cartas publicadas por Leonhardt, las 4 de Maeder y las 21 inéditas que se encuentran actualmente en la Biblioteca del Colegio del Salvador en Buenos Aires.

El primer grupo de cartas señalado fueron felizmente publicadas por el Instituto de Investigaciones Históricas que dirigía el jurista e historiador Emilio Ravignani (1886-1954). Pero diversas dificultades obligaron a la suspensión de una de las empresas más importantes en la materia. Emprendimiento que tuvo como figura cardinal al padre Carlos Leonhardt SJ (1869-1952) quien desarrolló una tarea verdaderamente titánica al traducir del latín y comentar todo el fondo, entre otros trabajos. Este incansable jesuita alemán que promovía a su superioridad construir la gran Monumeta en 1919, había sido enviado a Chile en 1901. En 1920 se trasladó a Buenos Aires donde, al igual que del otro lado de la cordillera, utilizaba su tiempo en investigar y escribir sin dejar sus tareas sacerdotales, docentes y misioneras.

Sin embargo solo se publicaron en 1927 y en 1929 las cartas del periodo 1609 a 1637<sup>3</sup>. El resto de las cartas han quedado parcialmente inéditas y sobre todo “*lejos de las posibilidades de consulta por parte de los estudiosos*”<sup>4</sup>. Acertada afirmación de Ernesto Maeder, quien consustanciado profundamente con la historia de la Compañía de Jesús reinició la edición de las anuas con cuatro tomos publicados por distintos editores aparecidos entre 1984 y 2000, luego de las gestiones que comenzara en 1979 con el entonces provincial Jorge M. Bergoglio. Maeder dirigió el Instituto de Investigaciones Geohistóricas de la Universidad de Nacional del Nordeste, de donde fue profesor de Historia Argentina colonial, destacándose en su dilatada trayectoria como investigador superior del CONICET y Miembro de la Academia Nacional de la Historia.

De tal forma que con el aporte de Maeder se sumaron a las cartas de Leonhardt los periodos 1632-1634, localizada en dos versiones, una por el doctor Leandro Tormo Sanz y otra por Hugo Storni SJ; las de 1637-1639 y 1641-1643 (localizadas por el propio Maeder) y la de 1644 depositada en el archivo jesuítico.

Gran parte de las cartas anuas originales se encuentran encuadradas en tres volúmenes en el Archivo Romano de la Compañía de Jesús, mientras que copias de las mismas, a veces parciales, se pueden encontrar en repositorios de Bruselas, Leeds, Roma, Madrid, Munich, Río de Janeiro y Buenos Aires. Las cartas inéditas que consultamos son las tomas fotográficas que el hermano José Wénzel realizó en 1910 y que tradujo Leonhardt y nos legó en los innumerables cuadernillos que hoy se conservan en la Biblioteca mencionada.

La mayoría de las cartas están escritas en latín, precisamente el idioma que llegaba a

---

<sup>3</sup> La edición se compone de dos tomos el primero con las cartas de los años 1609, 1610, 1611, 1612, 1613, 1614 y 1615. El otro tomo contiene las cartas de 1616, 1617, 1618, 1620, 1628-1631 y 1635-1637.

<sup>4</sup> MAEDER, Ernesto J. A. *Cartas ... 1637-1639*. p.7.

todos los rincones del mundo. Fueron ampliamente utilizadas y con mayor frecuencia por los historiadores de la orden. Así dan cuenta de su detenida lectura los padres del Techo, Jarque, Ruiz de Montoya, Nieremberg, Machoni, Davín, Fernández, Peramás, Lozano que transcribe trozos enteros, como lo hace con las necrológicas el padre Orosz en sus “Décadas”, aunque el que mayor uso les dio fue el propio Charlevoix al no haber estado nunca en estas tierras y escribir su obra sobre la Historia del Paraguay.

En la segunda época de la Compañía de Jesús indudablemente jugó un papel fundamental la determinación del padre general Luis Martín, quien siguiendo las recomendaciones de la Congregación General, formó en 1893 el Colegio de Escritores conocidos como Monumentalistas. Su labor estuvo orientada a dedicarse exclusivamente a reconstruir la historia de la Orden a través de las asistencias. En el caso de España correspondió al padre Antonio Astraín. Con su obra se sumaron los trabajos de Pastells y Hernández. Luego vendrá Leonhardt y posteriormente Furlong, Canals Frau, Metraux, Cardozo e incluso el padre Gracia en su magnífico estudio sobre los jesuitas en Córdoba.

La periodicidad de la colección no es la misma y mucho menos cuatrimestrales como esperaba San Ignacio. Al principio fueron anuales, luego bianuales y hasta trianuales, aunque en el siglo XVIII el periodo informado puede llegar a abarcar seis años y hasta una década.

Las cartas eran redactadas por los secretarios o bien por los mismos provinciales. La construían con la información escrita que le enviaban desde cada colegio y misión o bien en las largas recorridas que hacía el provincial por toda la extensión del territorio que gobernaba. Para el primer ejemplo tenemos transcripciones como las que hace Oñate de Roque González desde las misiones<sup>5</sup>. En cuanto al recorrido de la provincia, bien viene de ejemplo el del mismo Oñate que se disponía a escribir la anua que firma en el verano de 1620 al haber llegado recientemente de una recorrida por toda la provincia, lo que le demandó 20 meses y para aprovechar que partía para Europa el padre procurador quien la entregaría personalmente al padre general en Roma<sup>6</sup>.

En general las cartas anuas pueden dividirse en dos secciones claramente definidas, luego de una introducción, a veces breve y otras no tanto. Por un lado la parte educativa y por el otro la parte misional, es decir los dos ejes de acción fundamentales de la Compañía de Jesús. De tal forma que en principio habrá una descripción de los sucesos de cada colegio por un lado y de cada misión en esta segunda parte que solo a veces ocupa más espacio que la primera. De acuerdo a lo mencionado en las Constituciones se observa que hay un predominio en los temas edificantes, es decir los hechos espirituales que irán en desmedro de lo material o temporal. Incluso este carácter de sucesos piadosos se repetirá en el obituario de cada operario del que resultan biografías con un abundante contenido histórico e in-

<sup>5</sup> LEONHARDT SJ, Carlos, *Documentos para la historia Argentina. Iglesia. Cartas anuas de la Provincia Jesuítica del Paraguay, Chile y Tucumán, de la Compañía de Jesús. (1615-1637)*. Tomo XX. Facultad de Filosofía y Letras. Instituto de Investigaciones Históricas, Buenos Aires, 1929, p. 21.

<sup>6</sup> *Ibíd.*, p. 165.

interesante riqueza literaria. No obstante este exceso puede convertirse en ocasiones en momentos de lectura tediosa para nuestro tiempo pero creemos sin dudas que esos “milagros” del Paraguay deben haber sido leídos con suma atención por parte de los lejanos novicios dispersos por el mundo.

No obstante estas limitaciones y como escribe Maeder “los Anales proporcionan mucho información útil acerca de la historia interna de los colegios y reducciones, y de la propia sociedad rioplatense”<sup>7</sup>. Descripciones literarias, características de la población, viajes, relaciones del mundo colonial con indios y morenos, con la iglesia y la corona, vida cotidiana y fundamentalmente los ministerios de la Compañía de Jesús, entre otros temas diversos, que constituyen una fuente indispensable para la historia colonial americana.

En la primera división que mencionamos encontraremos casi siempre primero al Colegio de Córdoba. Dentro de su descripción se hará referencia no solo a los aspectos educativos de la universidad, sino también sobre las estancias que lo sustentaban, el convictorio y el noviciado o casa de probación, además de las permanentes misiones por la campaña y el desarrollo de pueblos de indios como el de los pampas, en las cercanías de Río Cuarto.

### ***Los difíciles inicios. El primer rector Francisco Vázquez Trujillo***

Cuando el padre Diego de Torres llegó a Córdoba en 1607 para asumir como autoridad máxima de la provincia del Paraguay, fundada por el general Aquaviva en 1604, se encontraban cuatro unidades jesuíticas a saber: un colegio en Santiago de Chile, una residencia en Santiago del Estero y otra en Córdoba (Gobernación del Tucumán) y otra residencia en Asunción (Gobernación del Paraguay). Inmediatamente crea las de Buenos Aires y Mendoza, como enclaves estratégicos para acercar las conexiones con Europa a través del puerto y de Chile antes de cruzar la escarpada cordillera<sup>8</sup>. En todas ellas se ubicaba una “*escuela de leer y escribir*”, además de la enseñanza del catecismo impartida a españoles, indios y morenos. Mientras que en Córdoba, como sede de la provincia y por tanto, como lo establecen las Constituciones, se destinaría para la formación especial de jesuitas con un noviciado y una academia, colegio mayor o universidad.

La primera carta anua es la emitida por el padre Diego de Torres en 1609. En este documento inaugural no hay mención aún sobre el Colegio Máximo, aunque la intención de

---

<sup>7</sup> MAEDER. Ernesto J. A. *Cartas Anuas de la Provincia Jesuítica del Paraguay, 1641-1643*. Documentos de Geohistoria Regional N° 11, Instituto de Investigaciones Geohistóricas, Resistencia, Chaco, 1996, p. 8.

<sup>8</sup> Para 1614 había en la provincia 122 sujetos repartidos en 18 casas, de las cuales 5 eran colegios (Córdoba, Santiago del Estero, Tucumán, Asunción y Santiago de Chile) En 1618 se agrega el de Santa Fe, en 1624 el de Salta y La Rioja. En 1681 Corrientes y Tarija, 1734 Montevideo y el de Belén de Buenos Aires en 1746. De tal forma se llegaría a la expulsión con 11 colegios dispersos en la provincia (exceptuando el de Chile al haberse desprendido de la provincia del Paraguay en 1626).

crearlo fuera evidente ya que era deber del provincial hacerlo.

Da cuenta de la cantidad de estudiantes existente en la provincia “*cinco hermanos estudiantes nacidos en España, cuatro en el seminario que aquí se lee en Córdoba y otro leyendo latín en Chile*”. Agregando que en el noviciado, donde el año anterior se habían recibido seis estudiantes, había “*cinco nacidos en Chile y uno en el Perú y cuatro hermanos coadjutores novicios también nacidos en España y otro antiguo*”<sup>9</sup>.

En total eran en Córdoba 15 estudiantes de un total para toda la provincia de 57 “*obremos*” -para utilizar el término que a menudo emplea el padre Torres-. Por tanto ya por entonces el padre provincial daba comienzo y cumplimiento del precepto educativo, cuando paralelamente impartía precisas instrucciones para fundar misiones, que se concretaría con la primera de ellas fundada en 1610 y conocida más tarde como San Ignacio Guazú en las lejanas tierras del Guayrá.

En cuanto al colegio de Chile menciona que el único estudiante que tenía, junto al rector y los cinco operarios restantes, aprendían lenguas aborígenes. La misma noticia la encontraremos en la última carta del padre Zurbano, firmada el 5 de febrero de 1646, cuando menciona que en Córdoba el padre Marco Antonio D Otaró<sup>10</sup> enseñaba quichua a los religiosos recién llegados de Europa<sup>11</sup>. Indudablemente esto respondía al cumplimiento de lo aconsejado en el concilio limense<sup>12</sup>. También menciona de este colegio que contaba con “*buenas haciendas y posesiones*”.

El padre Torres decidió ubicar los estudios mayores en Córdoba explicando a su superior que Córdoba era “*el corazón de las tres gobernaciones*”, por tanto “*esto me motivó a*

<sup>9</sup> LEONHARDT SJ, Carlos. *Documentos para la historia Argentina. Iglesia. Cartas anuas de la Provincia Jesuítica del Paraguay, Chile y Tucumán, de la Compañía de Jesús. (1609-1614)*. Tomo XIX. Facultad de Filosofía y Letras. Instituto de Investigaciones Históricas, Buenos Aires, 1927. Carta anua firmada el 17 de mayo de 1609, p. 4.

<sup>10</sup> En la misma anua se inserta la nota necrológica del padre D Otaró, nacido el 18 de setiembre de 1577 en Salerno, Italia. Ingresó en la Compañía de Jesús en 1596, llegando a la provincia del Paraguay en 1607, donde permaneció y murió el 23 de octubre de 1644 (STORNI SJ, Hugo. *Catálogo de los Jesuitas de la Provincia del Paraguay (cuenca del Plata) 1585-1768*, Roma Institutum Historicum S.I., 1980, p. 86.)

<sup>11</sup> En la Colección de Andrés Lamas del Archivo General de la Nación se encuentra la traducción al francés hecha por Pedro de Angelis de la gramática quichua del padre santiagueño Gaspar Juárez (AGN, Colección Lamas, Legajo 22).

<sup>12</sup> En el conocido texto del padre Peramás cuando menciona el personal del colegio de Córdoba, señala al padre José Paez como “*maestro de la lengua quichoa*” (FURLONG SJ, Guillermo. *José Manuel Peramás y su Diario de Destierro*. Escritores coloniales rioplatenses, Buenos Aires, MCMLII, p. 137). El padre Paez nació en Córdoba (España) en 1703, ingreso a la Compañía en la provincia del Paraguay en 1716, llegando a Buenos Aires al año siguiente. En 1736 se encuentra el Salta donde da sus últimos votos. Luego de ser parte de los jesuitas expulsos, es confinado a Europa donde muere en Faenza en 1777. (STORNI SJ, Hugo, p. 210-211).

*poner aquí el noviciado de seminario y el curso que se le hará el año que viene a ocho estudiantes nuestros nacidos en España y cuatro acá*<sup>13</sup>. Cifra que se suma a la mencionada antes para el año cumplido. Efectivamente con esto último estaba anunciando al padre general que el año próximo de 1610, continuaría funcionando el noviciado, pero sobre todo que iniciaría los estudios superiores. Mientras tanto se ofreció para dirigir el mismo y fue aceptado en el cargo de maestro de novicios o rector el padre napolitano Marcos Antonio Deitrado<sup>14</sup>, quien era sustentado con una limosna de 300 pesos anuales que le concedían los vecinos.

En la carta anua firmada el 6 de junio de 1610 lo que había anunciado ya se estaba desarrollando. Efectivamente, el padre Torres señala que *“siete hermanos con otros cinco comenzaron ahora el curso de artes que leerá un padre sobrino del padre Gabriel Vázquez, que en religión y en ingenio no le imita poco*”<sup>15</sup>. Es decir que el curso<sup>16</sup>, que se refería en la carta anterior para ocho españoles y cuatro criollos, era precisamente el inicio de los estudios mayores y que leería nada menos que el sobrino del insigne teólogo español. Su nombre fue Francisco Vázquez de la Mota<sup>17</sup>, quien por entonces contaba con 31 años, viniendo de leer Artes en Lima. Llegó a ser rector de la universidad de Córdoba, provincial del Paraguay en el trienio 1655-1658, en el que presidió la Congregación de 1657<sup>18</sup>.

Es pues importante señalar que en 1610 y con las lecturas de Vázquez, ya estaban en Córdoba las polémicas teorías del probabilismo, que defendía la licitud de ciertos actos, tan difundidas por la mayoría de los jesuitas como repudiadas por los jansenistas y que diera origen tanto al laxismo en su excesiva defensa por la libertad como al tuciorismo como celo desmedido a favor de la ley. Recordemos que por ese entonces el padre Gabriel Vázquez había trabajado en la universidad de Alcalá hasta 1604 cuando falleciera. Su sobrino ingresó a la Compañía de Andalucía en 1596 y llegó a la provincia del Paraguay con el padre Torres a quien además acompañaban diez sacerdotes más, dos hermanos coadjutores y tres novicios. El joven sacerdote se había desempeñado hasta entonces como ayudante del padre Deitrado. Repetimos entonces que de esta manera se introducían en Córdoba los estudios mayores o enseñanza universitaria, sin la pompa y boato que otros hubieran pretendido y con el humilde perfil que por entonces evidenciaban los hijos de Ignacio.

---

<sup>13</sup> LEONHARTD SJ, Carlos, Tomo XIX, Carta anua firmada el 17 de mayo de 1609 p. 37.

<sup>14</sup> Su nota necrológica la trae la carta anua de 1644.

<sup>15</sup> LEONHARTD SJ, Carlos, Tomo XIX, Carta anua firmada el 17 de mayo de 1609, p. 69.

<sup>16</sup> Artes liberales: Gramática, retórica y dialéctica (Trivium) Aritmética, geometría, música y astronomía (Cuadrivium)

<sup>17</sup> Su obituario se inscribe en la carta anua de 1663-1666, Biblioteca del Salvador, Estante 11, f. 128 v.

<sup>18</sup> Lo sucedió en el curso de Artes el padre Cristóbal de la Torre, mientras el padre Francisco siguió con el curso de Teología Moral y Teología Escolástica. Esta última la leía con el padre Manuel Fonseca.

Pero he aquí que en este año sucede algo importante como fue el de liberar a sus indios del servicio personal, pagándoles lo adeudado y dejándolos en libertad. Con esto, al decir del padre Torres “*comenzó el demonio a levantar una polbareda*”<sup>19</sup>. Se refería a la actitud de los vecinos contra la Compañía, los cuales dejaron de darle las limosnas que los sustentaban. No obstante apareció un “*buen hombre a la hora de la muerte en Chuquisaca*” con estancias en Potosí que les dejó sesenta mil ducados destinados por mitades para mantener los colegios de Córdoba y Asunción. Mientras tanto el padre Romero, que había sido enviado a Europa como procurador, estaba gestionando una limosna perpetua del rey para el colegio de Santiago del Estero<sup>20</sup>.

El sostenimiento del colegio a base de limosnas no era tan fácil y el padre Torres menciona en la carta anua de 1611 que “*tuve mucha dificultad en persuadir al padre rector pudiese una estancia de ganado para lo cual yo pedí limosna y dieron cuatrocientas vacas y unas mil ovejas con que se fundó cerca de la ciudad y en muy buenas tierras*”<sup>21</sup>. Referencia que da cuenta de la primera estancia adquirida por los jesuitas<sup>22</sup>. Con respecto a la donación del caballero de Chuquisaca parece ser que a la viuda no le convencía el donativo y puso algunas trabas que para este año todavía no se zanjeaban.

En el año 1612 acontece el traslado de los estudios de teología al colegio de Chile. Allí partieron maestro y alumnos acompañados por el padre Torres quien celebraría la primera congregación provincial<sup>23</sup>. Señala que el traslado de ninguna manera afectaría la letra y el orden de los maestros Vázquez y Suárez, además del padre Rubio que era guía para los estudios filosóficos. También en Chile se leyeron las artes y se lo hizo a 6 estudiantes jesuitas y 12 externos que residían en el convictorio “beato Edmundo Campion”, el primero de la

<sup>19</sup> LEONHARTD SJ, Carlos, Tomo XIX, Carta anua firmada el 6 de junio de 1610, p. 70.

<sup>20</sup> *Ibíd.*, p. 72.

<sup>21</sup> *Ibíd.*, Carta anua firmada el 5 de abril de 1611, p. 93.

<sup>22</sup> No hay mayores referencias al asunto. Incluso en el Archivo Histórico de la Provincia de Córdoba en su sección Escribanías no se registra ninguna compra efectuada en ese año por la Compañía de Jesús o por el padre Torres. Creemos que se trata de la estancia de Caroya ya que se anuncia la compra de otra con “*viñas y sementeras*” en la anua de 1617 y que aclara la correspondiente a 1618-1619 que es la de Jesús María y que para esta última fecha las dos ya estaban “*entabladas*”, es decir en funcionamiento.

<sup>23</sup> La primera Congregación Provincial se inauguró el 12 de marzo de 1612, extendiéndose hasta el día 19. Allí asistieron el padre provincial, el padre rector del colegio de Chile Antonio Pardo y su ministro Francisco Vázquez Trujillo, Juan Fonte, Juan Domínguez, Juan de Viana, Gaspar de Monroy que era superior en Santiago del Estero, como Juan Romero era maestro del Noviciado y el procurador de la provincia el padre Alejandro Faya. De los nueve puntos tratados, cuatro hacen mención a los estudios y en uno solicitan al padre general les otorgue licencia para abrir algunas cátedras, aunque aún no hubiera recursos para solventar colegios. El general Aquaviva autorizó este postulado de la Congregación el 15 de abril de 1609 dejándolo en libertad al padre provincial y sus consultores. Por tanto, realizadas las consultas pertinentes, el padre Diego de Torres decidió instalar en Córdoba el Colegio Máximo.

provincia<sup>24</sup>.

En Córdoba quedaron los estudios de humanidades, es decir los anteriores a las artes. Obviamente aún no habían empezado los estudios superiores es decir los de teología escolástica<sup>25</sup>. Aquí el padre Torres cuenta que nombró en este año como rector, y es el primero, al padre Francisco Vázquez Trujillo “*para que atendiese el gobierno de esta casa y lo temporal de ella*”<sup>26</sup>. Mientras que como maestro de novicios designó al padre Juan Bautista Ferrufino sucediendo al padre Deitrado.

El primer rector de la universidad de Córdoba, de la cual se da cuenta su vida en la necrológica de la carta 1650-1652, nació el 8 de octubre de 1571 en Trujillo, Cáceres, España. Ingresó en la Compañía de Jesús del Perú en 1596. Llega en 1607 al Paraguay, vía Chile, donde da sus últimos votos al año siguiente. Fue elegido procurador general a Europa en 1620 de donde regresó con 20 sujetos. Alcanzó a ser provincial durante el periodo 1629-1633, falleciendo el 24 de agosto de 1652<sup>27</sup>. Lo sucedió nada menos que el padre Diego de Torres, como manifiesta el padre Oñate en su anua de 1616<sup>28</sup>.

La quinta carta anua firmada en abril de 1614 relata lo acontecido el año anterior. El padre Torres da cuenta de la relación entablada con el obispo Trejo, quien tenían gran simpatía por la Orden, que le había encomendado la dirección de su seminario. De tal forma que en una sobremesa y después de tratar sobre la importancia de que Córdoba tuviera

---

<sup>24</sup> En las anuas del periodo traducidas por Leonhardt se inscribe “Campiano”, refiriéndose al por entonces beato, mártir jesuita nacido en Londres en 1540 quien predicó con gran celo en Inglaterra publicando su obra “*Decem Rationes*”, escrita en contra de la Iglesia anglicana. Acusado de conspiración, fue perseguido, encarcelado y ejecutado por la reina Isabel en 1581. Fue beatificado en 1881 por el papa León XIII. No está demás recordar que entre los siglos XVI y XVII en Inglaterra y Gales fueron muertos por profesar la fe católica diez mártires jesuitas canonizados por Palo VI en 1970, a los que se suman diez y seis beatos jesuitas que sufrieron la misma persecución.

<sup>25</sup> En las Constituciones de la Compañía de Jesús se establece claramente que, sin un tiempo determinado para el curso y a criterio del rector, se impartan las letras de la humanidad, es decir la retórica, que se incluirían en griego y hebreo. Posteriormente vendría la lectura de las artes liberales en un curso que se establecía impartir en tres años y medio y que en Córdoba –como veremos más adelante- el primero se hizo en dos años. Finalmente en un curso de seis años se leería la teología escolástica de santo Tomás (Constitución 4: 351, cap. 5 y V: 518 2.)

<sup>26</sup> LEONHARDT SJ, Carlos, Tomo XIX, Carta anua firmada en febrero de 1613, p. 194.

<sup>27</sup> STORNI SJ, Hugo. p. 298.

<sup>28</sup> “*el cuál aunque por haberse ocupado muchos años en gobierno, al acabar el de esta provincia me hizo grande instancia, y al presente la hace por ir a una misión de infieles, o enseñar en alguna escuela a los niños a lo menos irse al Noviciado por un par de años con todo eso le dejé aquí por Rector de este colegio, por ser él el principal de la provincia y donde están los estudiantes a quienes por haber recibido y gobernado, conocía muy bien, y así les aprovecharía*” (LEONHARDT SJ, Carlos, Tomo XX, p. 69.)

otra vez los estudios mayores, le ofreció al padre provincial la suma de 1.500 pesos anuales. El padre Torres no disimula en el texto su alegría y escribe a su superior “*No rechazé la propuesta, sino que lo aplaudí, y le estimulé a ejecutarla, diciéndole que era esto una verdadera inspiración de Dios. Con todo, mi alma me aproveché de una ocasión tan deseada para dar solidez y consistencia a nuestra provincia*”<sup>29</sup>.

El obispo por su parte les echaba en cara a los vecinos que pudiendo, no ayudaban a los jesuitas y les increpaba que por ello iba a destinar para los jesuitas las rentas de los diezmos que ellos mismos le aportaban. Para ello firmó un instrumento legal donde se les concedía ese monto y especificando, como lo decía a viva voz, que lo obtendría de los diezmos. Con este dinero alcanzaba para sustentar a dos profesores de teología, uno de filosofía y uno de gramática. Lejos estaba esta donación de considerarse una fundación como para otorgarle el solemne título que implicaba, en el mejor de los casos como el de bienhechor<sup>30</sup>.

El padre Torres no esperó. Cobró los primeros 1.500 pesos (equivalente a 800 ducados) y mandó a buscar a los alumnos y profesores de Chile. Pero lo bueno fue que el obispo Trejo se encargó de hacer tan convincente propaganda sobre su donación que sostendría los profesores y lo importante que era ayudar a los jesuitas, que los vecinos comenzaron a liberar sus donaciones. No sabemos de todas, pero por ejemplo se consigna que el vicario de la ciudad aportaba cien pesos anuales. Pero sí, es evidente el incremento de sus propiedades y de las construcciones que realizan en este periodo, cuando el padre Torres informa que no solo no tienen deudas sino que compraron dos casas<sup>31</sup>, techaron con tejas y pintaron la iglesia, además de reformar la sacristía.

La última carta del padre Torres, fechada en junio de 1615, va a lamentar la inesperada muerte de Trejo. El obispo había estado unos días en la casa de los jesuitas en se-

<sup>29</sup> LEONHARDT SJ, Carlos, Tomo XIX, Carta anua firmada el 8 de abril de 1614, p. 419.

<sup>30</sup> Las dos categorías de patrocinantes eran “fundador” y “bienhechor” (o benefactor) bien diferenciadas, donde la donación del primero era suficiente para mantener un Colegio de por vida, mientras que el segundo aportaba solo una parte.

<sup>31</sup> Una de ellas fue la adquirida a Juan de Burgos, ubicada en la esquina de Rivadavia y Rosario de Santa Fe, para que funcione el efímero Colegio Convictorio de San Francisco Javier. La propiedad primero fue alquilada y luego comprada por la Orden en 1200 pesos, el 3 de mayo de 1614. El Convictorio fue inaugurado el 29 de junio de 1613 y para mediados de 1617 ya había dejado de funcionar. Posteriormente la Compañía alquiló el inmueble en 1629 para que se instale la Real Aduana y Puerto Seco de Córdoba. La otra casa a que compró el padre Torres es la que se ubicaba en la esquina de Independencia y San Jerónimo “casa de viviendas con siete tiendas abiertas”. La compró a Miguel Jerónimo Maldonado el 10 de julio de 1613 en 600 pesos y se vendió al maestro zapatero Domingo de Valladares en 1616 en truke por dos chacras, 133 cabras, 200 ovejas, 6 vigas grandes y 150 pesos (LUQUE COLOMBRES, Carlos A. *Orígenes históricos de la propiedad urbana de Córdoba (siglos XVI y XVII)*. Universidad Nacional de Córdoba, Facultad de Filosofía y Humanidades, Instituto de Estudios Americanistas, Córdoba, 1980, pp. 147, 66, 137).



tiembre de 1614 cuando salió de gira pastoral por la comarca, pero debió abandonarla y regresar por una dolencia. Dos meses quedó al cuidado de los padres sin modificar su cuadro y decidió partir a Santiago del Estero donde creía que su clima lo iba a restablecer. Pero no fue así y falleció en el viaje, siendo sus restos velados en la iglesia de la Compañía durante nueve días<sup>32</sup>. Es sabido que la renta anual se cortó y que no hubo ninguna otra donación por parte del ilustre obispo.

Seguía siendo profesor de teología el padre Vázquez de la Mota a quien se le agregó el padre Juan Pastor, ambos con un alumnado de 12 “*escolares y algunos convictores*”. Mientras filosofía la comenzó a leer el padre Juan de Albis con treinta escolares, algunos de la Compañía, otros externos y otros convictores<sup>33</sup>. En total eran sesenta moradores que vivían con bastante estrechez y con suma pobreza “*mientras no se pague la renta*”<sup>34</sup>. A ello y al respecto más adelante se agrega que “*no hay esperanzas de que dentro de algunos años nos provenga algo de los bienes del Obispo*”<sup>35</sup>. Continúa su sucesor el padre Oñate quien en 1615 escribe “*se ha deseado y procurado fundador para este colegio del Noviciado. Pretendió ser el señor obispo pasado, y con grandísimo afecto y voluntad dexó para ello unas aziendas que pudieran ser suficientes, pero se le han recrecido tanto los pleytos, que lo que quedare en paz, será de muy poca consideración, y así solo quedará el señor obispo por benefactor del Colegio*”. Agregando al final “*Las aziendas del obispo no rentan, y antes ha sido necesario pagar deudas suyas*”<sup>36</sup>.

Posteriormente y con algunos ahorros se entablaron las estancias de Caroya y Jesús María que alcanzaban para sustentar los sujetos que había en el Colegio como lo reflejan las anuas del periodo 1616-1618. Mientras que el provincial Diego de Boroa escribe en el invierno de 1635 sobre el escaso número de sujetos “*que benefician las haciendas de este colegio que están bien aumentadas que por no tener fundación ni de donde sustentarse nos dan de comer con el sudor de su rostro*”<sup>37</sup>.

---

<sup>32</sup> LEONHARTD SJ, Carlos, Tomo XIX, Carta anua firmada el 12 de junio de 1615, p. 445.

<sup>33</sup> El padre Albiz nació en Madrid en 1588, ingresando a la Compañía de Jesús en la provincia de Toledo en 1607. Tres años después llega a Buenos Aires, pasa a Córdoba y en 1620 a Santiago del Estero donde profesa sus últimos votos. Posteriormente se traslada a Chile donde posiblemente muere en 1669 (STORNI, SJ, Hugo, p. 4). Sucedió al padre Albiz el no menos notable padre Miguel de Ampuero y unos años después Cristóbal Gómez y Cristóbal Grijalva (FURLONG SJ, Guillermo. *Nacimiento y Desarrollo de la Filosofía en el Río de la Plata 1536-1810*. Publicaciones de la Fundación Vitoria y Suárez, Ed. Kraft, Buenos Aires, 1947, p. 96).

<sup>34</sup> LEONHARTD SJ, Carlos, Tomo XIX, Carta anua firmada el 12 de junio de 1615, pp. 441 y 442.

<sup>35</sup> *Ibíd.*, p. 444.

<sup>36</sup> LEONHARTD SJ, Carlos. Tomo XX, p. 7.

<sup>37</sup> MAEDER, Ernesto J.A. *Cartas anuas de la provincia jesuítica del Paraguay 1632-1634*. Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1990, p. 24.

## ***La crisis económica de mediados del S. XVII y las donaciones de Manuel Cabrera, Alonso Nieto de Herrera y Francisco Hurtado***

El sostenimiento del colegio siguió siendo una constante preocupación. Así lo atestigua en el último mes del año 1643 el padre provincial Francisco Zurbano, dando cuenta de lo acontecido entre 1637 y 1639. Afirma que el colegio “*no progresa en su fortuna*”, agregando que, de las estancias del colegio se tuvieron que vender en el Perú 4.800 cabezas de ganado para poder obtener 2.000 pesos anuales. Mientras que el noviciado vendió también en el Perú 1.300 mulas obteniendo 12.000 ducados que sirvieron para pagar gastos de la provincia y los viajes de visitas del provincial<sup>38</sup>. Pero como si fuera poco el colegio tenía una deuda de 5.000 ducados provocada por las malas cosechas que trajeron las inclemencias del tiempo, como granizos, heladas, langostas y hasta la pérdida de más de 200 esclavos muertos por la peste.

El número de operarios había disminuido considerablemente ante el atraso de la expedición de Europa, al punto que la cátedra de filosofía tuvo que suspender sus clases por carencia de oyentes. No obstante no falta la aplicación al estudio, siguiendo la costumbre de las diputaciones periódicas y las resoluciones de los casos de conciencia. Se incrementaron los pobres que venían diariamente a pedir comida y abrigo y hasta tuvieron que abrir una botica para repartir gratis los medicamentos necesarios<sup>39</sup>.

Para contrarrestar este panorama que ponía en juego la supervivencia del colegio un acontecimiento importante fue el ingreso al colegio de Manuel Cabrera<sup>40</sup>, joven oriundo de Córdoba descendiente del fundador, quien donó 15.000 escudos que eran parte de su herencia. El padre Zurbano confiesa haber gastado ese capital en alimentación y en la compra de 12 esclavos para las estancias<sup>41</sup>.

En la anua 1641-1643 el mismo Zurbano vuelve a tratar el tema de la peste en que “*algunas pérdidas de hacienda ha habido*”, pero era una calamidad superada ante otra importante donación de veinte mil pesos que hizo el hermano Alonso Nieto de Herrera por lo cual se le concedió el título de bienhechor. A ambos, tanto Cabrera como Nieto, las anuas los mencionan en varias oportunidades demostrando un alto grado de agradecimiento<sup>42</sup>. Un ter-

<sup>38</sup> MAEDER, Ernesto J.A. *Cartas anuas de la provincia jesuítica del Paraguay 1637-1639*. Fundación para la educación, la Ciencia y la Cultura, Buenos Aires, 1984, p. 41.

<sup>39</sup> *Ibid*, p. 33.

<sup>40</sup> Nació en 1606, siendo para 1622 alumno de artes. Partió a España en 1627 continuando sus estudios en el colegio de Aragón. Falleció en Barcelona el 29 de noviembre de 1655 (STORNI SJ, Hugo. p. 47).

<sup>41</sup> MAEDER, Ernesto J.A. *Cartas anuas ... 1637-1639*, p. 32.

<sup>42</sup> El famoso viaje de Manuel Cabrera lo relata el provincial Nicolás Mastrilli Durán en la anua de 1627-1628 (LEONHARDT SJ, Carlos. Tomo XX, p. 227 y 228). La necrológica de Nieto está en la anua 1659-1662, pero también se lo nombra en la carta anua firmada por el padre Zurbano el 12 de octubre de 1644 (MAEDER, Ernesto J.A. *Cartas anuas de la provincia jesuítica del Paraguay 1641-1643*. Documentos de Geohistoria Regional N° 11, Instituto de Investigaciones Geohistóricas, CONICET, Resistencia, Chaco, 1996, p. 30.)

cer donante importante, detectamos en la persona del padre cuzqueño Francisco Hurtado cuando el padre Andrés de Rada comenta en la anua 1663-1666 que al concluir sus estudios en Córdoba (aproximadamente en 1620) fue enviado al Perú a resolver el tema de su herencia, volviendo con 11.000 ducados y muebles que sirvieron *“para aliviar generosamente la pobreza que apremiaba el colegio, el cual, en consecuencia de esta limosna, pudo al fin levantar el colegio, y librarse de sus deudas, en especial por verse ahora en la situación de poder comprar una estancia de mayor rendimiento, que aquella que había sido prometida a la Provincia”*<sup>43</sup>.

Este resurgir económico les permitió construir una torre en la iglesia, proveerla de ornatos y hasta dotarla de un retablo, pero pensando que todo esto era provisorio, ya que con la donación de Cabrera se pensaba construir una iglesia nueva, como después aconteció, aunque no alcanzara su caritativo desprendimiento. También los claustros fueron aumentados, incorporando incluso, una “capilla doméstica” de la que el padre Zurbano hace una extensa descripción.

En la carta escrita por el padre Juan Pastor, que enumera los hechos del periodo 1650-1652, inserta una detallada descripción de su viaje como procurador a Europa por el Perú. Cuenta además que el colegio tiene 47 personas de los cuales 17 eran sacerdotes, además de 3 estancias donde hay mas de 40 negros y conchabados. Número éste que parece poco y que lo confirma al relatar luego sobre la peste de viruela que esta vez mató a una tercera parte de la población india y africana *“al levantar los brazos de los niños difuntos, se soltaron del cuerpo. El olor de los enfermos era intolerable, tanto que vino el desmayo a los sanos que se acercaban”*<sup>44</sup>. Las epidemias seguirán siendo una constatare preocupación y nuevamente se informa para el periodo 1659-1662 en que por motivos de la peste se volvieron a suspender las clases para que los profesores pudieran organizar misiones especiales<sup>45</sup>. Se repetirá otra en 1718 como lo inscribe la anua del periodo.

Luego de una interesante descripción de los estudios que hace el padre provincial Laureano Sobrino del periodo 1652-1654, expresa que se mejoró la situación económica quedando sin deudas y acrecentándose la estancia *“que pronto bastará, para proveer a todos los sujetos con el necesario sustento, y vestido, y para sacar los recursos para la fábr-*

---

<sup>43</sup> Biblioteca del Colegio del Salvador. Cartas Anuas, 1663-1666. Estante 11, f. 127v.

<sup>44</sup> *Ibíd.*, Cartas Anuas, 1650-1652, Estante 10, f. 13.

<sup>45</sup> Como ministerio fundamental las misiones volantes, llamadas circulares, rurales o campestres, que se hacían antes de la fundación de la provincia, nunca se dejaron de realizar. Estas “misiones apostólicas” o “excursiones evangélicas” se llevaban a cabo entre 3 y 5 meses al año en extensiones que variaban entre 130 y 500 leguas alrededor de la ciudad. La atención espiritual incluía la administración de los sacramentos, regularización de los matrimonios y hasta la ayuda en trabajos domésticos a la numerosa población de la campaña, desde estancias de españoles hasta pueblos de indios e incluso la gente de color dispersa por el territorio. Los relatos de estas misiones son abundantes y en no pocas ocasiones, como la anua de 1689-1700, nos brindan una detallada información de la campaña cordobesa con todas las vicisitudes de la época.

ca del templo y los ornamentos sagrados, para la reparación de los demás edificios, y otras necesidades”<sup>46</sup>. Entre los objetos suntuarios que se adquirieron para la iglesia se menciona una custodia de plata que costó 1.000 ducados y una cruz grande también de plata, comprada en Lima por 1.100 ducados, donde se pusieron varias reliquias traídas por Antonio Ruiz de Montoya.

De tal forma que para las anuas de 1681-1692 la firma del provincial Gregorio Orozco certifica que “*Siendo tan grande el espiritual adelantamiento que es el que tiene el principal lugar, no lo es menos el de las letras cuya distribución se observa inviolable que pudiera ser señalada donde mas florecen las ciencias, y en ningún tiempo se a experimentado, ni mas numero de estudiantes ni mas aprovechados, si bien a florecido esta nuestra universidad con sujetos muy aventajados desde sus principios, porque el teson del exercicio de las letras, es grande*”<sup>47</sup>.

### **Los estudios. Profesores y alumnos**

En 1617 asumía como provincial el padre Pedro de Oñate y gracias a él, como escribe del Techo “la provincia adquirió más brillo” al elevar a colegios las residencias de Buenos Aires, Tucumán y Santa Fe<sup>48</sup>. Pero Oñate se destacó sobre todo por su espíritu organizador y por haberle dado a la universidad sus propias Constituciones en 1623 luego de recibida la noticia de la bula *In supereminenti* que Gregorio XV firmó el 8 de agosto de 1621, refrendada seis meses después por Felipe III, donde se le concedía a los jesuitas *auctoritate pontificai et regia* para otorgar grados académicos en las Islas Filipinas, Chile, Tucumán, el Río de la Plata y el nuevo Reino de Granada por diez años<sup>49</sup>.

La metodología de trabajo o plan de estudios sería la *ratio studiorum* promulgada en

<sup>46</sup> Biblioteca del Colegio del Salvador. Cartas Anuas, 1652-1654, Estante 11, f. 41.

<sup>47</sup> *Ibíd.*, Cartas Anuas, 1681-1692, Estante 5, f. 211.

<sup>48</sup> TECHO, Nicolás. *Historia de la provincia del Paraguay*. Versión del texto latino por Manuel Serrano Sanz, Tomo III, Madrid, 1897, p. 386.

<sup>49</sup> Es bueno recordar que en 1552 Julio III concedió a la Compañía de Jesús, por la bula *Dilecti filii, salutem, et apostolicam benedictionem*, la facultad de otorgar grados a sus estudiantes de bachiller, magíster, licenciado y doctor. Pío IV en su breve *Exponi Nobis* de 1561 agregará que esos grados los tenía que dar el obispo. Mientras que Gregorio XIII en 1578 confirma y extiende la legislación vigente. Por tanto los jesuitas estaban por demás reconocidos en el Viejo Mundo para tener la facultad de llevar adelante universidades. En Córdoba solo debía cumplimentarse un requisito que nos es más que el geográfico. Para ello se encomendó en 1609 al padre procurador en Indias Francisco de Figueroa que gestione ante la corte de Madrid la facultad para otorgar grados en América. Pero los dominicos pretendían iguales condiciones y el rey se inclinó por la Compañía de Jesús luego de la determinación del Consejo de Indias del 13 de junio de 1613, por lo que el monarca dictó una Real Cédula suplicando a su Santidad, a través de su embajador, que se concediera el Breve pretendido por los jesuitas. Luego de cumplido los diez años señalados el papa Urbano VIII, por un breve de 1634, les confirmó la anterior sin tiempo determinado.

1599. Precisamente ya en las anuas de 1615 se manifiesta que “*En los estudios también se procede con fervor, guardando los ejercicios, y todo lo demás en el libro de ratio studiorum siguiendo a Santo Tomás por los expositores de la Compañía*”<sup>50</sup>. También se expresa en la anua de 1618-1619 que “*se pone en él sumo cuidado en que los estudios se entablen del todo conforme al libro de “la ratio studiorum” y con esto, y con los buenos maestros que salen de ellos buenos estudiantes, que en cualquier parte de Europa pudieran lucir*”<sup>51</sup>.

El padre Zurbano escribirá la carta de 1644 que relata lo acontecido entre 1641 y 1643. En la parte donde enumera el personal, expresa que el colegio contaba con dos maestros de teología escolástica, uno de gramática y dos de artes, sin especificar quiénes eran. Pero en la carta siguiente (1645-1646) y a través de una nota necrológica sabemos que el padre Vicente Hernández era profesor de moral y teología escolástica<sup>52</sup>. Siempre se repetirá esta contable enumeración de materias sin mencionar, o en raras ocasiones, sus profesores, datos que podemos obtener de los obituarios, como por ejemplo también en la anua de 1714-1720 donde se presenta la biografía del padre Lauro Núñez, quien fue profesor de teología y filosofía durante 30 años y cuyos dos volúmenes escritos por él sobre la Sagrada Escritura se conservan en la Biblioteca Provincial de Sevilla<sup>53</sup>.

También a través de la anua de 1720-1730 sabemos por la necrológica del padre José López que era profesor de Sagrada Escritura, cátedra que inauguró en 1701 por mandato del padre general. Lo sucedió el padre Juan Bautista Peñalba, catedrático del colegio Ambrosiano de Valladolid, mientras en la biografía del padre Francisco Burgués se destaca su labor al frente de la cátedra de filosofía por cuatro años y de teología por diez años. En diversos memoriales rescatamos para 1715 los nombres de Diego Altamirano y el mencionado Juan Bautista Peñalba ocupando la cátedra de Prima, Antonio de Torquemada en la cátedra de Vísperas, Miguel López en Cánones, Jaime de Aguilar en Moral<sup>54</sup>.

Una interesante descripción de los estudios la hace el padre Laureano Sobrino para

---

<sup>50</sup> LEONHARDT SJ, Carlos. Tomo XX, p. 8.

<sup>51</sup> *Ibid.*, p. 170.

<sup>52</sup> Murió de tisis, mortal enfermedad que llevaría al otro mundo a varios jesuitas como al joven hermano Juan Alvares en 1649, al padre Domingo Zípoli en 1726, o el hermano Gabriel Patiño que murió de tisis en Jesús María en 1729.

<sup>53</sup> Nos referimos al padre Lauro en los siguientes trabajos: “El padre Lauro Núñez SJ (1632-1719). Hacedor del Real Convictorio de Nuestra Señora de Monserrat” *IV Jornadas de Historia de Córdoba*, 3 al 5 de Julio de 2002. Junta Provincial de Historia de Córdoba y “El provincial Lauro Núñez y los conflictos con las construcciones arquitectónicas de su periodo de gobierno (1692-1695 y 1702-1706)”, *IX Jornadas Internacionales sobre las Misiones Jesuíticas*, San Pablo, Brasil, 8 al 11 de octubre de 2002. Pontificia Universidade Católica de Sao Pablo.

<sup>54</sup> Se pueden consultar al respecto los memoriales escritos por Luis de la Roca en 1724, Lorenzo Rillo en 1729, Jaime de Aguilar en 1734, Antonio Machoni en 1740 (Los tres primeros los transcribe el padre Joaquín Gracia, *Los Jesuitas en Córdoba*. Espasa-Calpe Argentina, Buenos Aires, 1940, p. 429 y 439). En las anuas no se registran nombre de alumnos, aunque Lozano trae los

el período 1652-1654 señalando que “*Como punto centrar se halla aquel del Noviciado de la Provincia, la Universidad literaria, siendo formados aquí nuestros jóvenes desde la gramática y retórica hasta las cumbres de la filosofía y teología. Acabados los estudios y la formación religiosa, salen para practicar lo aprendido por los ministerios de la Compañía en cualquier parte de la Provincia*”<sup>55</sup>.

Llegaremos a las dos cartas que escribirá el padre Andrés de Rada quien realizó la última modificación a las Constituciones. En la primera, escrita en 1665 aunque informando el periodo 1659-1662, hace un recuento del personal, las materias y otras consideraciones “*Este Colegio Máximo de la Provincia cuenta con unos 70 sujetos, entre novicios, Padres de Tercera Probación, escolares y maestros de primera enseñanza. Está en un floreciente estado la Universidad, sostenida por dos profesores de filosofía, otros tantos de teología, con uno de teología moral; habiendo 2 sujetos de los nuestros para la enseñanza de gramática, acudiendo la juventud hasta de ciudades muy remotas, lo cual es muy importante para levantar el nivel de cultura y conocimientos en estas regiones, juntamente con el de espíritu cristiano, aprendido con el trato con los nuestros. Se iguala esta a las Universidades de Europa por el derecho de conferir los grados académicos, que se dan, después de severos exámenes, con mucha solemnidad*”<sup>56</sup>.

En la otra carta (1663-1666) ya da noticia de un acontecimiento importante acontecido cuando era visitador y que lo tuvo como protagonista al acordarle a la universidad los estatutos basados en la universidad de Chuquisaca y de otras. Escribe entonces que “*fue recibida con gran satisfacción en el recinto de los magistros y doctores reunidos en el claustro para la proclamación oficial de ellos, que ordena que nadie será promovido al grado, cuya suficiencia no consta por mayoría de votos de los examinadores*”<sup>57</sup>.

La carta anua que abarca el periodo 1720-1730, menciona que “*Durante todo este decenio han florecido grandemente los estudios literarios. Prueba de esto es, que muchísimos han alcanzado el grado de Maestro en filosofía, y nada menos que veintiocho estudiantes, después de un examen riguroso, han sido graduados de doctores entre los cuales, algunos distinguidos por su nacimiento y sus talentos han dado pruebas de su aprovechamiento en los estudios con gran aplauso, no sólo en esta Provincia, sino también en otras Universidades de América.*”

Ya mencionamos al primer rector de la universidad a quien sucedían los mismos

---

de los padres Juan Albiz, Baltasar Duarte, Alonso de Aguilera y Cristóbal de la Torre (Lozano SJ, Pedro. *Historia de la Compañía de Jesús...* Tomo II, Libro IV, Cap. III) A través de un documento del Archivo Histórico de la Provincia de 1622 conocemos a cuatro alumnos del colegio que representaba a sus pares. Ellos eran el estudiante teólogo don Luis de Tejeda y Guzmán, el artista don Manuel Luis de Cabrera, el retórico Adrián Cornejo y el gramático Pedro Bustos de Albornoz.

<sup>55</sup> Biblioteca del Colegio del Salvador. Cartas Anuas, 1652-1654, Estante 11, f. 37.

<sup>56</sup> *Ibíd.* Cartas Anuas, 1659-1662, Estante 11, f. 93.

<sup>57</sup> *Ibíd.* Cartas Anuas, 1663-1666. Estante 11, f. 125.

provinciales, siendo nombrados por el padre general, mientras que los profesores los nombraba el rector y solían rotar por algunos de los colegios jesuíticos<sup>58</sup>.

### ***Los actos académicos, las graduaciones, las vacaciones y la biblioteca***

En el verano de 1611, de camino a Santiago donde iba a jurar, visitó el colegio el gobernador y presidente de la Real Audiencia de Chile don Alonso de la Ribera a quien los alumnos dedicaron unas conclusiones de artes y de teología, precisamente en ocasión de haber terminado en dos años el primer curso de artes<sup>59</sup>. Efectivamente estos actos en muchas oportunidades eran celebrados en presencia de altas autoridades a quienes iban dedicados. Así por ejemplo en la anua del periodo 1641-1643 se da cuenta de la visita del obispo de Paraguay fray Bernardino de Cárdenas a quien se le dedicó el acto general de teología<sup>60</sup>. En otras ocasiones los invitados participaban activamente como da cuenta la anua 1720-1730 “*Con semejante aparato festivo fue recibido por nosotros el obispo del Paraguay, fray José de Palos, de la orden seráfica, antiguo Provincial del Perú, muy afecto a la Compañía. En su acostumbrada afabilidad visitó las clases, y se dignó terciar en la disputa con ocasión de un Acto Público de teología en su honor, donde defendía las tesis uno de nuestros hermanos escolares*”<sup>61</sup>.

---

<sup>58</sup> En el conocido catálogo de 1742 se menciona al personal del colegio de Córdoba: el padre Jaime Aguilar, rector; el padre Juan de Escardón, ministro, el padre Pedro Lozano, historiador de la provincia, los padres Pedro Logu, Luis de los Santos, Pedro José Lizoain, Jaime Bonenti, Manuel Vergara, Francisco Frasset, Gaspar Pfitzer, profesores; el padre José Guevara, maestro de gramática; el hermano coadjutor Pedro Felipe Ibarlucea, “*ibarlucea ludimagister*” (AGN También una lista completa del personal en 1767 la da el padre Peramás).

<sup>59</sup> LEONHARTD SJ, Carlos, Tomo XIX, Carta anua firmada el 5 de abril de 1611, pp. 94 y 512.

<sup>60</sup> Durante su residencia en Córdoba y a raíz de un suceso acaecido con el padre rector de la universidad comenzó una enemistad terrible contra los jesuitas. Cárdenas no había aún recibido la Bula pontificia que lo nombraba obispo y quería a toda costa consagrarse. Consultó primero a los jesuitas de Salta quienes consintieron el pedido. Pero cuando lo hizo al padre rector de Córdoba Diego de Boroa, éste le manifestó que no podía. El obispo montó en cólera y partió a ver a su par del Tucumán mostrándole la resolución de los jesuitas de Salta y no la de los de Córdoba y accedió a su consagración. Enterado el obispo del Tucumán de los artilugios de Cárdenas se lamentó de lo hecho. Incluso llegó a oídos de Felipe IV quien también condenó lo acontecido. Cárdenas volvió a Córdoba y fue entonces cuando se le ofrecieron los dos actos literarios a que hacemos referencia y volvió a solicitarle al padre Boroa que redactase un escrito aprobando su consagración. Pero el rector de la Universidad sabía que era un hecho fraudulento y se negó a aprobar por escrito esa designación. Al llegar a Asunción en 1642 Cárdenas comenzó con su venganza acusando a los jesuitas de herejes, usurpadores de la real hacienda y mil calumnias más que incluso tocaron al padre Pedro Romero, martirizado por los indios itelines, y a quien acusó de haberse vendido como Judas y luego se ahorcó. En 1649 Cárdenas debió compadecer en la Real Audiencia de Charcas que lo obligó a abandonar Asunción. No obstante en 1663 fue nombrado obispo de Santa Cruz de la Sierra.

<sup>61</sup> Biblioteca del Salvador. Cartas Anuas 1720-1730, Estante 6, f. 7.

De estos actos hace un comentario el padre Gregorio Orozco en la anua 1681-1692, expresando “*el teson del exercicio de las letras, es grande, el qual se echa bien de ver en el lucimiento con que siempre se han tenido sus funciones literarias con concurso de los maestros y doctores, asi religiosos como manteistas graduados, cuios grados tienen la primera estimación en todas estas provincias, porque los exámenes para ellos son muy rigurosos y saven que no salen aprobados sino los de conocida suficiencia*”<sup>62</sup>.

En no pocas ocasiones se inscriben en las anuas la importancia del otorgamiento de grados académicos que daba el obispo<sup>63</sup>. El acto de la graduación de doctores se realizaba el día de San Ignacio por la tarde y el de maestros en el de San Javier.

Si bien se lamentaba el provincial que en el periodo 1672-1675 había pocos estudiantes, hace referencia a las vacaciones en los estudios mayores para que hagan retiros espirituales una vez al año desde el día de la Ascensión hasta sábado vísperas de Pentecostés (práctica de los Ejercicios). Las vacaciones duraban dos meses y concluía con los últimos 15 días en las estancias.

En las Constituciones de la Compañía se trata el tema de las bibliotecas, ya que el libro era imprescindible para los estudios pero a su vez muy dificultoso su acceso. Lo hacían a través de sus procuradores a Europa, soportando las calumnias de negociados en las ventas. Lo cual no quiere decir que no se vendieron libros, aunque el padre general Carafa prohibió la venta de libros traídos de Europa en 1645. Tal como lo refiere la Congregación de 1657 a la que se agrega que el general Viteleschi recomendaba para Córdoba en 1616 que se leyera al padre Antonio Rubio para filosofía. Por tal importancia las referencias a la biblioteca son numerosas, como que “*Creció el número de libros de nuestra biblioteca*”<sup>64</sup>, “*Se prosiguió despacio el nuevo edificio del Colegio, cuya biblioteca fue aumentada a 700 volúmenes*”<sup>65</sup>.

Finalmente no podemos soslayar las nutridas informaciones sobre el Convictorio de Nuestra Señora de Monserrat, institución que se describe desde sus inicios al igual que el obituario de su primer rector, desconocido en nuestra historiografía, el padre Joaquín Gazolás<sup>66</sup>.

<sup>62</sup> *Ibíd.* Cartas Anuas 1681-1692, Estante 5, f. 211.

<sup>63</sup> Los grados los confería el obispo por indicación de la mencionada bula de Gregorio XV. Pero este aconteció hasta que el procurador general de Madrid el padre Grijalva obtuvo la Real Cédula del 13 de febrero de 1680 en que la facultad de otorgar grados no dependería más de los obispos sino del rector de la Universidad.

<sup>64</sup> Biblioteca del Salvador. Cartas Anuas 1714-1720, Estante 12, f. 342 v.

<sup>65</sup> *Ibíd.* Cartas Anuas 1730-1735, Estante 12, f. 4.

<sup>66</sup> PAGE, Carlos A. “El padre Lauro Núñez...” cit.



## *Palabras finales*

La información presentada en los Anales de la provincia jesuítica del Paraguay es abundante y a la vez verificable su veracidad con la confrontación de otros documentos. Los hechos se relatan con especial cuidado y sin dudas se convierten hoy en inestimables aportes a la historia de la universidad de Córdoba, como para la de otros colegios y misiones.

Esta riqueza bien fue entendida por Leonhardt y Maeder al dar a conocer este cuerpo documental. Sin embargo la historiografía referida a la universidad no supo aprovechar en su plenitud la riqueza informativa que contiene y ello se debe a dos motivos. Por un lado la dificultad de su acceso, que pasa a ser una excusa ante la otra causa que no es más que la sistemáticamente negación al verdadero valor de la presencia jesuítica. Un ejemplo elocuente es la especial consideración que se tiene en la actual casa de estudios del obispo franciscano.

Sin embargo varios hechos demuestran un cambio de mentalidad. Basta recordar la conmemoración en Córdoba de los 400 años de la instalación de los jesuitas en 1999, la inclusión en la lista del Patrimonio Mundial en 2000 y la jerarquización de la biblioteca jesuítica en la misma fecha. Tres hechos donde, si bien hubo oposiciones, el arrollador consenso logró concretarlos y ubicar a los protagonistas de esta historia en un sitio más destacado.

Las inmensas posibilidades de investigación que presentan los documentos jesuíticos, entre ellos las cartas anuas, como también las cartas de los generales, memoriales de los padres provinciales, actas de congregaciones provinciales, libros de consultas y de cuentas, además de las cartas particulares, existentes en otros repositorios, nos exceden ampliamente. Por ello intentamos abrir el panorama para no circunscribirnos solamente a las fuentes locales conocidas y fundamentalmente en una búsqueda constante por descubrir la verdad de un pasado que no agradó a muchos pero del que estamos convencidos fue ejemplificador en la historia universal.

## Carta Anua de 1609 <sup>67</sup>

[...]

y estar Córdoba como en el corazón de las tres gobernaciones y esto me movió a poner aquí el noviciado de seminario y el curso que se le hará el año que viene a ocho estudiantes nuestros, cuatro nacidos en España y cuatro acá. Con esto podrán estar los del seminario y curso obligados al calor del noviciado para no perder la devoción que de él sacaron como se ha comenzado a experimentar en los cuatro hermanos del seminario y como un padre se había de ocupar con ellos con poco más trabajo le era a los de afuera. Este será el padre Marco Antonio D'Otaro que, con ser obrero de indios se ha ofrecido con gran gusto a hacer también este oficio viendo el fruto que con nuestros estudiantes y los de la ciudad sacará de lo que sabe y considerando el grande amor que a este pueblo debe y el que a la Compañía tienen acompañado con las buenas obras que nos hacen y limosnas que nos dan para nuestro sustento y la iglesia. Con todo quieren los vecinos añadir más de 300 pesos de limosna cada año para el sustento del maestro y en el ínterin que vuestra paternidad no ordena otra cosa nos ha parecido concedérselo.

La iglesia que tenemos aquí es muy buena y la habitación razonable y con un cuarto que ahora se hará, quedarán los novicios apartados de los estudiantes. Desde que se puso el noviciado ha tenido buenas nuevas de él y a vuestra paternidad las habrá dado el procurador aunque entonces estaba tan a los principios. En estos días que aquí he estado e visto que

---

<sup>67</sup> Esta es la primera carta anua de la Provincia Jesuítica del Paraguay que se conoce. Está firmada en Córdoba por el padre Diego de Torres el 17 de mayo de 1609 y dirigida, como todas las de su autoría, al general Claudio Acquaviva. La provincia contaba con 29 sacerdotes (más el provincial y su compañero), 11 coadjutores, además de 4 coadjutores novicios, 5 hermanos estudiantes nacidos en España, de los cuales 4 estaban en el seminario de Córdoba y otro leyendo latín en Chile. Además y en el mismo seminario se encontraban 5 estudiantes chilenos y uno peruano, sumando un total de 57 sujetos. Trata de los puestos donde los jesuitas tenían asiento antes de la llegada de Torres como el colegio de Santiago de Chile, la residencia de Córdoba y la de Asunción. Menciona también los lugares por él fundados como Buenos Aires y Mendoza. La provincia tenía doce mil leguas de extensión que recorre el padre Torres en dos años y describe en esta carta. Fue publicada por Carlos Leonhardt SJ en el tomo XIX pp. 37 a 39.

las relaciones y buenas nuevas que me enviaban quedaban cortas por que las misericordias que Nuestro Señor hace a estos hermanos son muy largas y cierto gozan de unas primicias muy dichosas y con muy buena cooperación de su parte y cuidado de su maestro a quien entrañablemente aman con que se les hace la mortificación muy fácil y suave, aunque se camina en ella y en las virtudes a buen paso sea la gloria a Dios Nuestro Señor de cuya paternal providencia nace todo bien, no he visto por su bondadosa que me desagrade sino muchas que tiernamente me han consolado y confundido, pero como son plantas nuevas que tan presto se pueden secar no me atrevo a decir en ésta como en relación pública, algunas cosas secretas de que daré cuenta aparte a vuestra paternidad aunque no son más que diez los novicios y cuatro del seminario no se pierde punto de la distribución y orden de noviciado este no se conservará por ahora con un sacerdote o dos pretendientes y otros tres o cuatro estudiantes de Chile y España que vendrán el año que viene y a dos que pretenden la Compañía y tienen buenos naturales, súplase el corto número de los novicios con la frecuente y gran comunicación que con el maestro tienen y ser él tan espiritual y devoto y mortificado; ayúdale un padre mozo con muy buena suficiencia y cuidado y con el de un buen hermano antiguo que acude a los oficios y cosas temporales vuestra paternidad por amor del Señor dándole las gracias por estos beneficios le supliqué que los lleve adelante para su mayor gloria. Tiene esta casa una muy buena y grande huerta que ayuda mucho al sustento de los nuestros y recreación de los novicios con que no echan menos el no la tener fuera.

Está Córdoba a ochenta leguas de Santiago del Estero ciento de San Miguel, ciento de Mendoza, ciento cincuenta de Santiago de Chile, 112 de Buenos Aires, ciento y ochenta de la Asunción, que son los puestos que tenemos fundando en San Miguel y no habiendo el provincial de visitar más de estos o los que cayeren en esta distancia lo podrá hacer cada año visitando las misiones por otro o llamando a los de ellas a los puestos de donde salieron para cuando llegue a ellos y esto se facilitará cada día más como se vaya dando asiento a todo.

Está con esto el noviciado aquí bien no solo para que el provincial lo visite dos veces al año y los estudios si aquí se ponen, como juzgamos, sino para que los nuestros que tienen necesidad de respirar y alentarse *yn utroq homine* lo puedan hacer con gran comodidad que en puía [sic] toda dedicada a misiones es muy necesaria<sup>68</sup>.

---

<sup>68</sup> Finaliza la carta con una breve relación sobre Chile.

## Carta Anua de 1610<sup>69</sup>

### *Colegio de Córdoba*

Han residido en este colegio y casa de probación este año pasado, cuatro padres y siete hermanos del seminario en que han aprovechado muy bien sin faltar un punto al aprovechamiento de sus almas haies leído el padre Marco Antonio D'Otaro y juntamente a los estudiantes de afuera sin faltar a los sermones, y confesiones de los indios, y de los españoles porque aunque es corta su salud es grande el deseo que el Señor le comunica de servirle, y él se ofrece a todos estos ministerios con suma voluntad. Estos siete hermanos con otros cinco comenzarán ahora el curso de artes que leerá un padre, sobrino del padre Gabriel Vázquez<sup>70</sup> que en religión y en ingenio no le imita poco. Ha sido hasta ahora ayudante del maestro de novicios y ayudado a los sermones y confesiones de indios y españoles. Hay también en Córdoba, ocho novicios, y de ellos son dos coadjutores con otro antiguo que acude a la distribución y oficios de casa. Vase acabando en ella un buen cuarto con una capilla, para que los hermanos novicios tengan su habitación apartada de los estudiantes, aunque hasta que estos cumplan el cuarto año tendrán juntas las quietes [sic]. Hasta ahora se sustenta esta casa de limosna, la cual no llega más a dar el pan y carne necesario porque de esto la tierra es abundante, y lo demás es necesario que lo provea el provincial. El Señor es el que lo hace y que provee las demás residencias, y misiones de todo lo necesario como lo ha hecho. A Él sean la gloria, que en tierras tan pobres, y sin faltarnos cosa alguna, es de grande consideración donde resplandece notablemente la paternal providencia que Dios nuestro señor tiene de esta nueva provincia a la cual en lo espiritual aún echa mayores bendiciones y espero en la divina bondad serán cada día mayores siendo de nuestra parte el afecto, y aplica-

<sup>69</sup> Esta carta la firma el padre Diego de Torres el 6 de junio de 1610. Fue publicada por Carlos Leonhardt SJ en el tomo XIX pp. 69 a 72.

<sup>70</sup> El sobrino era Francisco Vázquez de la Mota, quien nació en Belmonte, Cuenca, España en 1579. Ingresó en La Compañía de Jesús en la casa de Andalucía en 1596. En 1607 llegaba a San Salvador de Jujuy, pasando luego a Córdoba, donde hace sus últimos votos en 1614. Llega a ser provincial en el trienio 1655-1658 y fallece en Córdoba el 2 de agosto de 1666 (STORNI SJ, Hugo, p. 298). Su obituario se inscribe en la carta anua de 1663-1666.

ción a los indios, el que pide necesidad y nuestra obligación.

Por no faltar a esto y a la de nuestra conciencia puse los indios que en Córdoba tenemos de servicio en entera libertad, concertándome con ellos como con gente libre y pagándoles primero lo que por el tiempo pasado se les podía deber, quedaron con mucho gusto y con él nos sirven, deseando que esto constará por instrumento público, por la edificación que en cosa tan grave debemos dar y para que el ministro del rey, que viene a quitar el servicio personal de los indios no nos hallara culpados en el proceso que se hiciese ante la justicia mayor y escribano, como se hizo en Chile con grande reputación de la Compañía por lo cual comenzó un oidor del rey a hacer la visita de Chile y quedó muy edificado de ver a nuestros indios tan contentos con su concierto. No tuvo que corregir, antes tomó por modelo lo que la Compañía hacía, para descargar la conciencia del rey y de los vecinos.

Procurando pues en Córdoba hacer lo mismo, no quiso la justicia hallarse en ello temiendo la pesadumbre de los demás vecinos, que a esto llega la flaqueza de la justicia de por acá y la fuerza de los agravios que se hacen a los indios contra la voluntad de Dios y del rey y por sólo este acto de justicia que hicimos con nuestros indios comenzó el demonio a levantar una polvareda por medio de los vecinos que, defendiendo su servicio personal, decían se perdería la tierra quitando el nuestro. Nos obligó esta ignorancia, aunque afectada con tanta malicia, a defender nuestro hecho y lo que el rey manda y darles dirección como podrían ganar el jubileo universal que les estábamos publicando y se hizo con la debida entereza y suavidad pero no sin que nos costase alguna tribulación, y que nos quitasen las limosnas y comida por algunos días, en los cuales se comía maíz en el refectorio, pero volvió el Señor por su causa de tal manera, que les fue forzoso confesar muchos, nuestra razón y la poca que ellos tenían. A un vecino que con más tenacidad defendía esta tiranía se le apareció una noche su padre difunto en un grande fuego y le decía: “Deja los indios”, la cual voz le dio tres veces y él, a la mañana, sin color y con mucho temor, lo refirió a un letrado amigo suyo, diciendo que aunque muriese de hambre no había de tener servicio personal de indios y luego dio una enfermedad general a casi todos los vecinos del pueblo, y en saliendo de él, el padre Diego González<sup>71</sup>, mi compañero y yo, que fue el que con mayor fervor y espíritu defendió esto, dentro de ocho días vino una lluvia tan continua por cuatro o cinco, que se cayeron muchas casas del pueblo, y le puso en víspera y terminó de arruinarse del todo, llegó a que los nuestros no tenían donde vivir sino no es en el coro y saliendo el río de madre, hizo notable daño en el pueblo y en las haciendas de él, de manera que se aprecia de cuarenta mil ducados, que en tierra tan pobre es mucho, y con la cuarta parte se hubieran

---

<sup>71</sup> El padre Diego González Holguín nació en Cáceres, España, en 1553. Ingresó a la Compañía de Jesús de Toledo en 1571. Posteriormente se traslada a América, haciendo sus últimos votos en Quito en 1588. Al Paraguay pasa en 1608, falleciendo en Mendoza en 1617 (STORNI SJ, Hugo, p. 122). Fue rector del colegio de Asunción y comisario de la Inquisición. Destacándose como estudioso de las lenguas indígenas, fue autor de la gramática quichua (1607), e intentó hacerlo también con la lengua guaraní, cuyos estudios seguramente fueron tomados luego y por ejemplo por Ruiz de Montoya.

compuesto todos con sus indios, con el medio que les dábamos. Al fin muchos aunque con vergüenza confesaban decían: “esto es con lo que los padres nos amenazaron y el remedio que tuvieron para salir de esta tan grande tribulación, fue tener descubierta el Santísimo Sacramento aquellos días y acudirle a pedir misericordia y perdón, en que ha habido otra circunstancias digna de consideración, que fue pocos días antes en las fiestas del Santísimo Sacramento tenido algunos una pública y irreverencia y desacato bien digno de castigo, y como no lo hubo en la tierra por falta de justicia quiso el señor que bajase del cielo y usar la misericordia, pidiéndola por medio de aquel divino sacramento, a quien habían perdido el respeto.

En este mismo tiempo, que padecemos hambre y persecución por la justicia, quiso el Señor mostrar que se servía de ello y que teniéndole a Él no teníamos que temer falta de las cosas temporales, movió a un buen hombre a la hora de la muerte en Chuquisaca que tenía unas haciendas gruesas en Potosí a dejarnos sesenta mil ducados, treinta para fundar esta casa de Córdoba, y otros treinta mil la de la Asunción, y aunque de parte de su mujer y de un caballero que se casó luego con ella han querido impedir la ejecución de estas dos tan buenas obras, el Señor que las inspiró los va defendiendo y amparando, y esperamos comenzarán presto a tener efecto aprobándolas Vuestra Paternidad a quien remito la escritura de estas fundaciones, que como Vuestra Paternidad verá por ella no tienen carga alguna, ha sido esta misericordia del Señor, materia de confusión nuestra, y motivo de nueva confianza en el Señor que nos ayuda a hacer y padecer algo por su divino servicio. A Él sea la gloria *in aeternum et ultra*.

Se tiene por cierto que la real audiencia que ahora reside en Chile, se pasará a Córdoba, y también esperamos que se fundara allí un colegio y seminario con una buena limosna perpetua del rey, que el padre Romero ha negociado, y también está en buen punto la fundación de un monasterio de monjas que por no haber otro en estas dos gobernaciones será de grande bien y consuelo de ellas y mayor de esta ciudad de Córdoba, que no podrá dejar de conocer las buenas obras que recibe de la Compañía. Con todo procuraré en llegando allá fundar alguna hacienda con que aquella casa tenga segura la comida para poder con más libertad hacer nuestros ministerios.

## Carta Anua de 1610 <sup>72</sup>

### *Colegio de Córdoba*

Hay en este colegio cinco Padres y treinta Hermanos. De los Padres uno lee las lecciones de teología que oyen siete Hermanos y un Padre. Otro lee el curso de arte a ocho Hermanos, a otro seminario a cuatro. Sin éstos hay dos coadjutores y nueve novicios, todos se sustentan de limosna y es Dios tan Padre de esta casa, que donde no se podían sustentar cómodamente cuatro se sustentan treinta y cinco, y esto en tiempo que se les ha predicado contra el servicio personal. Con esto viven los de ella tan holgados de la divina providencia, que tuve mucha dificultad en persuadir al Padre Rector pusiese una estancia de ganado, para la cual yo pedí limosna y dieron cuatrocientas vacas y más de mil ovejas con que se fundó cerca de la ciudad en muy buenas tierras. Todavía hay esperanzas de aquella fundación de Potosí de que avisé el año pasado. Yo me detuve en aquel Colegio cuatro meses antes de venir a éste, porque envié al Padre Rector a visitar la residencia de San Miguel, y que de camino fuese haciendo misión, y yo me quedé asentando el noviciado, y estudios, y haciéndoles un cuarto, con que todo quedó bien acomodado. Los hermanos estudiantes con tanto fervor, que más parecen novicios que estudiantes, y así tienen la quiete juntos, y en ella son los primeros en las mortificaciones, al fin unos y otros proceden de suerte que en las consultas de cada semana no se halla que remediar. Se celebró en esta ciudad la beatificación de Nuestro Beato Padre Ignacio con coloquio de su vida, que salió muy a gusto de todos, y con otras demostraciones de la grande devoción que todos generalmente tienen a este Santo y a sus hijos. Yo vuelvo a visitar la provincia y deseo estar allí más despacio, si las cosas me diesen lugar.

Han honrado nuestros estudios los señores gobernador y oidor de la Audiencia Real de Chuquisaca que vino a visitar esta tierra, y quitar el servicio personal hallándose presente a una oración latina de uno de los nuestros, y a unas conclusiones de artes y otras de teología que les dedicaron, y todo se hizo muy bien argumentando a ellos el mismo oidor, que nos es

---

<sup>72</sup> Esta carta está fechada el 23 de diciembre de 1610, aunque en el encabezado figura el año 1611. La firma el padre Diego de Torres, intercalando cartas de otros padres. Fue publicada por Carlos Leonhardt SJ en el tomo XIX pp. 93 a 94.

muy aficionado, y se siente por muy obligado a las muchas misas que entiende serán más de ochocientas, y muchas horas de oración, y otras muchas obras pías que en esta casa se le han ofrecido para salir con la obra, y según se van entablado las cosas no se pueden tender sino que nuestro Señor ha oído las oraciones de tantos siervos suyos que como todos tienen tantos deseos de emplearse en los indios, y quitando este servicio personal se podrá hacer esto mejor, han sido muy liberales en ofrecer a esta intención tantos sacrificios y oraciones. Se han ordenado cuatro sacerdotes, fue con ellos un Padre hasta Santiago que está a ochenta leguas de aquí, y en el camino les libró Nuestro Señor de claros y evidentes peligros, y fuese haciendo misión por los pueblos de los indios y ahora están en otra otros dos Padres y en la que hizo el Padre Rector habiendo pasado otras carretas un río muy bien, que estaba junto de una estancia, la de los Padres, que era la última, ya que estaba a la orilla de la otra parte se volvieron los bueyes con tanta fuerza que sin poderlos detener se salieron por donde habían entrado, entonces dijo un Padre: “algún enfermo o otra cosa debe haber en esta estancia, y no quiere el Señor que pasemos de ella” y así fue, pues llegando a la estancia hallamos un enfermo bien afligido, y se confesó con mucho dolor, y se le dio algún refresco de que tenía harta necesidad y también se confesaron los demás que había en la estancia y se les dijo misa, que jamás allí la habían tenido, se confesaron en este camino hasta ciento y cincuenta personas y muchas de ellas generalmente. Una india confesándose dijo al Padre como solía rezar su Rosario, y que cuando le venía el sueño se pellizcaba para no dormirse, que fue harta materia al Padre, para confundirse, y alabar a Dios.

Aunque en todos los puestos de esta provincia se guarde exactamente el no visitar mujer alguna, en este muy particular y en todas partes se va recibiendo bien y los superiores y yo somos los primeros que lo guardamos porque es sumamente necesario en tierra tan estragada y no por eso dejan de aprovecharse de nuestros ministerios y acudir con sus limosnas a nuestro sustento.



## Carta Anua de 1611<sup>73</sup>

### *Colegio de Córdoba*

Ha habido este año en este Colegio cinco Padres, ocho Hermanos teólogos, ocho artistas, cinco seminaristas, cuatro coadjutores y cuatro novicios. El venerable padre ha leído la cátedra de teología, otro acabó el curso de artes, teniendo en lo último de él un acto que se dedicó al señor gobernador y presidente de la Real Audiencia de Chile Alonso de la Rivera que pasó por aquí a su gobierno, y aunque el curso se ha acabado en casi dos años, ni se ha dejado nada de leer, ni han salido menos aprovechados de los discípulos por haber estado desembarazados de cualquiera ocupación que les pudiera impedir sus estudios y por haber estudiado todo el tiempo, que hecho el cómputo de lo que se suele leer en otras partes vienen a hacer tres años, para lo cual ha ayudado mucho la brevedad del maestro y su experiencia por haber leído otro en Lima. Otro Padre lee el seminario a los de casa, que juntamente es Ministro y tiene cofradía de los indios, a los cuales acude con la puntualidad que otras veces se ha escrito, a cuyo ministerio acuden también los demás de casa. El aula de latinidad a los de fuera lee un hermano teólogo, tiene también cargo de la congregación de los estudiantes, la cual se ha continuado este año en las confesiones y comuniones haciendo su fiesta de la Limpia Concepción de Nuestra Señora con la solemnidad posible, fuera de los ordinarios ministerios de la Compañía con los españoles e indios de la ciudad se ha procurado ayudar a los naturales circunvecinos andando un Padre a pie por las estancias cercanas, catequizando y confesando de que hay harta necesidad; otros dos Padres salieron hasta diez

---

<sup>73</sup> En esta carta, firmada por el padre Diego de Torres en Santiago de Chile, hace relación de todo lo acontecido en el año de 1611. Se da cuenta de la existencia de un total de 97 jesuitas distribuidos en 14 casas, colegios y misiones. Se contabilizan 12.000 españoles y 1.000.000 de indios, de los cuales 110.000 estaban convertidos al cristianismo. Se trata de la llegada de Francisco de Alfaro quien suprimió el servicio personal al que tanto se opusieron los jesuitas. La región del Guayrá ya contaba con 12.000 indios reducidos, donde actuaba el padre Roque González. También trata de los colegios de Asunción, Tucumán y Santiago de Chile, donde se crea el primer convictorio con 33 alumnos nobles, la residencia de Santa Fe y diversas experiencias entre los calchaquies, guaycurúes, etc. Fue publicada por Carlos Leonhardt SJ en el tomo XIX pp. 512 a 513.

o doce leguas de esta ciudad, y habiendo gastando con los indios (algunos días) en confesiones generales, y algunas de toda la vida y ejercitado los demás ministerios de la Compañía se tornaron a casa trayendo algunos ídolos que habían quitado algunos idólatras que encontraron, quedando todos muy agradecidos, y deseosos tornasen por allí los Padres a menudo. Otra vez salió de este Colegio un Padre para la Residencia de Mendoza haciendo misión por el camino, que es el ordinario caminar de estas partes, y principalmente en una ciudad pequeña que encontró, fue tanto el fervor con que les predicó, y el buen ejemplo que dio los pocos días que estuvo en ella, que se confesó mucha gente y se remediaron muchos abusos, y se hicieron algunas paces de importancia quedando todos muy afectos a la Compañía y a todos los que iban en este camino con el Padre aunque eran muchos, les ganó e hizo que se confesasen, y algunos a menudo.

Saliendo también el Padre Rector de este Colegio a recibirme, y llevarme unos pliegos de importancia quiso nuestro Señor que yo no llegase tan presto, para que se hiciesen al pie de cien confesiones, en dos pueblos de indios que en el uno había dos y tres años que no se confesaban, y en el otro desde que se bautizaron que habrá veinte años poco más o menos, en estos pocos días acudían muy bien los indios a misa, a la doctrina y a oír la palabra de Dios, y con ser tiempo de algarroba y coger mucha, con que el demonio le hace grande guerra embriagándose, en este tiempo estuvieron muy quietos y sosegados; en este pueblo halló el padre un indio de tan buen natural y tan temeroso de Dios que desde que se bautizó, que habría unos veinte años, no halló en él culpa grave; otra vieja que ya por su mucha edad estaba ya casi impecable, normalmente hablando estaba muy enferma y desde que se bautizó muchos años ha no se había confesado, lo hizo y por interpretación quedó consolada, y el Padre también por parecerle, iba aquella alma encaminada al cielo; en estos días sucedió que un niño de hasta cuatro o cinco años, se perdió tres días por los montes, y la madre y otros indios con dolor le buscaban, al día tercero les dijo el Padre fuesen todos a buscarle muerto o vivo, que ya se entendía habría muerto por ser días de verano de grandísimos calores, y donde no había agua ni comida acomodada para tan tierna edad, y ya su madre y parentela de noche se juntaban a llorarle como muerto según su costumbre. Al fin el Padre le hizo encomendar a Dios, más en particular este día, y le dijo misa a San Antonio para que apareciese; le salieron a buscarle después de ella y fue el Señor servido, que como dos leguas del pueblo que todo está cercado de espesa montaña halló la madre por intercesión del Santo vivo al que había llorado muerto. Me ha parecido por estar esta casa alcanzada y otras causas que escribo a Vuestra Paternidad mudar los estudios de teología al Colegio de Chile y así llevo conmigo a los estudiantes que acabaron ahora el curso y otros tres teólogos y poner allí dos lecciones de teología y aunque van tan provectos como arriba dije, lo que más me consuela es que han conservado la virtud y fervor del noviciado sin dispendio alguno al Señor sea la gloria.

## Carta Anua de 1612<sup>74</sup>

### *Casa de probación de Córdoba*

El número de sujetos de esta casa, como es de Probación, ha sido vario lo más del año han sido veinte con los hermanos seminaristas, (que por la conveniencia, que tiene el criarse a la sombra del noviciado aunque se han sacado de allí los estudios mayores como ya escribí a Vuestra Paternidad y se dice abajo se quedaron los de humanidad) ahora con los que se han recibido de nuevo e irán al Noviciado, llegará a 28, o treinta, los de aquella casa ocho antiguos de estos cinco Padres, veinte novicios, diez y ocho estudiantes, y dos coadjutores, han recibido ogaño catorce con muy buenas vocaciones, y los últimos que fueron ocho, los trajo la Divina Providencia al tiempo que se dignó llevar para sí, los que gloriosamente murieron, por el mismo Señor, en Elicura, como diré abajo largamente, a estos hermanos novicios, con no ser de mucha edad, les dio nuestro Señor tanto valor y constancia en sus vocaciones, que con razones y lágrimas vencieron a sus padres, no sólo para que me pidiesen ellos mismos que los recibiese como lo han hecho, y el último fue un hermano de un Padre de esta provincia; a quien sus deudos trajeron de España al Perú, con harto diferentes fines, de los que Nuestro Señor pretendía, que era recibirle en su casa, y habiendo desde Lima, con mucho fervor ha ser recibido en esta Provincia.

Les ha hecho Nuestro Señor muy a manos llenas grandes misericordias a los de esta casa, creciendo mucho en todo género de virtud, humildad y mortificación, en secreto y en público, a que han atendido los superiores de ella con especial cuidado, sabiendo que si en todas partes es menester criar a los nuestros en virtud sólida, muy principalmente en esta Pro-

---

<sup>74</sup> Esta carta también la firma el padre Torres desde Santiago de Chile, fechándola en el mes de febrero de 1613, tratando lo acontecido el año anterior. Se refiere a las consecuencias de las Ordenanzas de Alfaro, las reducciones de indios guaycurúes y guaraníes, como la llegada del famoso padre Antonio Ruiz de Montoya. Se alude a las residencias de Mendoza, Santa Fe y Buenos Aires, donde en esta última se construye la iglesia, los colegios de Santiago del Estero y Tucumán, región esta última donde realizan misión entre los indios calchaquies. También hay una descripción de lo acontecido en Santiago de Chile donde se encontraba el convictorio que llamaron “Edmundo Campion” en honor al padre jesuita inglés martirizado en su patria en 1581. Fue publicada por Carlos Leonhardt SJ en el tomo XIX pp. 193 a 195.

vincia adonde se crían para tantos trabajos, y para llevar la luz del evangelio a innumerables gentes y para que lo pudiesen hacer con mayor facilidad dejé al padre Francisco Vázquez<sup>75</sup> de Rector, porque atendiese al gobierno de la casa, y lo temporal de ella, y envié por maestro de novicios al padre Juan Bautista Ferrufino<sup>76</sup>, que es uno de los Padres italianos mis compañeros. Hace su oficio con mucha satisfacción, y ambos Padres se dan bien las manos, le ha dado al Padre maestro de novicios un padre muy inteligente de cosas espirituales que le ayude.

A los ministerios se ha acudido también con mucho cuidado, a niños y a negros, pero en especial a los indios, como cosa más propia nuestra y el número de confesiones fue tan grande en la Cuaresma que apenas podían los Padres contestar, hasta después de noche, con luces en la iglesia confesando acudir a todo haciéndoles dos veces a la semana plática, fuera de la doctrina y sermón del domingo; y en los indios se ha visto mucho fruto acudiendo a todo esto, y a sus disciplinas con continuación, y saliendo muchos de su mal estado. Entre otros, fue un indio hechicero, y de muy mala fama, que nunca se había confesado bien ni había remedio de hacerle entrar en camino derecho. A éste le tocó Nuestro Señor en un sermón o plática el Padre, de suerte que haciendo una confesión general por ocho días muy despacio y con muchas lágrimas, y dolor era después ejemplo de los demás, maravillándose de tan gran mudanza, pues de vida tan rota venía después a reparar y desayunarse antes de oír misa. A los españoles se les predicó e hizo los ejemplos, y aunque por reprehenderlos el servicio personal habían hecho propósitos de no acudir a nuestros sermones rompieron con él acudiendo más gente que acudía otros años.

Lo temporal de esta casa es pobre, porque casi todas las de la provincia son profesas en materia de rentas, con todo eso Nuestro Señor, con su liberal mano les ha proveído de todo lo necesario abundantemente, no faltando a su palabra si se acaba de concluir una fundación de que se trata estará descasada aquella casa.

---

<sup>75</sup> El español Francisco Vázquez Trujillo nació el 8 de octubre de 1571 en Trujillo, Cáceres, ingresando en la Compañía del Perú en 1588. Se trasladó a la provincia del Paraguay y se radica transitoriamente en Santiago de Chile donde da sus últimos votos en 1608. Luego de ser el primer rector del Colegio Máximo fue elegido procurador a Europa en la Congregación de 1620 y provincial para el periodo 1629-1633. Falleció en Córdoba el 24 de agosto de 1652 (STORNI SJ, Hugo, p. 298).

<sup>76</sup> Nació el 28 de marzo de 1581 en Milán, donde ingresó en la Compañía de Jesús en 1599. Llegó al Paraguay y se trasladó a Santiago de Chile en 1607 donde se consagró sacerdote al año siguiente. Luego pasó a Córdoba y dio sus últimos votos en 1614. Fue elegido procurador a Europa en 1632, siendo después provincial de Chile, entre 1637 y 1643, y después del Paraguay entre 1645 y 1651. Falleció en Buenos Aires el 4 de octubre de 1655 (STORNI SJ, Hugo, p. 101).

## Carta Anua de 1613<sup>77</sup>

### *El Noviciado de Córdoba*

Hay aquí veinte novicios.

Su fervor aparece este año mayor, debido a su mayor número, como también mayor cantidad de brasas encendidas que propagan más calor. Así ellos se excitan mutuamente en el fervor, especialmente cuando hay quien sopla el fuelle para atizar el fuego. Para este fin procuré que el maestro de novicios sea diligente y fervoroso de espíritu (y lo es), y que esté libre de cualquiera otra ocupación, para que dirija todas sus fuerzas y atención a esta única empresa. Además, para que no haya estorbo de parte de la gente de afuera que visitan a nuestros Padres (aunque no hay exceso en esto), he destinado para el noviciado la parte más retirada de la casa, por lo demás su parte más cómoda (siendo construcción de piedra y con techo de tejas). Allí pueden dedicarse a su importante tarea y conversar con Dios, apartados de todo comercio humano. Viviendo ellos así como en una segura fortaleza, se robustecen cada vez más para resistir al demonio, y a aquel más peligroso enemigo aún, que es su propia carne y su propia soberbia. Es indecible, cuánto consuelo causa el maestro de novicios el presenciar las gloriosas batallas, felices victorias sobre aquellos enemigos.

A mí mismo no pocas veces me causa envidia, tanto que yo quisiera, con el permiso de Su Paternidad, inscribirme en su número. Los ejercicios de estos reclutas espirituales son los acostumbrados de nuestra Compañía, la meditación de los ministerios divinos, la humillación propia, la mortificación interior y exterior, para lo cual Dios les da mucha gracia, igualmente como acostumbramos verlo en los de Europa; ya que Dios es bueno y liberal para con todos, y mostró especialmente este año su largueza para con los americanos.

Los santos ejercicios, empero, no se hacen aquí, como en Europa, por un mes entero, sino sólo por algunas semanas, repartidas por el tiempo de primavera y el de invierno. No

---

<sup>77</sup> Esta extensa carta la firma el provincial Diego de Torres, en Córdoba, el 8 de abril de 1614. Da cuenta del número de jesuitas distribuidos en toda la provincia, sumando 58 sacerdotes, 18 estudiantes, 24 coadjutores y 20 novicios, destacando que 42 eran criollos. Fue publicada por Carlos Leonhardt SJ en el tomo XIX pp. 390 a 423.

permite más el clima del país. Pero no contentos con estas meditaciones reglamentarias, piden a veces más tiempo de oración, como uno que otro día de la semana, o con ocasión de una fiesta, o por otro motivo. Así es que casi por todo el año se aprovechan con fervor de estos piadosos ejercicios. Al mismo tiempo se sirven animosos del armamento acostumbrado de esta guerra espiritual, como de los cilicios, disciplinas, del ayuno y otras asperidades, en público y en privado. Así es que, cuanto más se sirven de estas cosas, tanto mas fuertes se muestran en esta guerra, y tanto más gloriosos triunfos han conseguido sobre el enemigo.

El modo de hacer oración no es otro que el tradicional enseñado por nuestro Santo Padre Ignacio, a su hora fija, después de dar los puntos de meditación el Padre maestro, así que pronto tienen práctica en eso; dándoles las instrucciones del caso el maestro, y leyendo ellos sobre la materia los libros de nuestros Padres; y aunque por estas lecturas se les facilita la costumbre de meditar, aprenden ellos más todavía en la escuela del Espíritu Santo.

Hay otra notable victoria alcanzada en estos combates espirituales de nuestros novicios, y consiste en estas circunstancias: son menores de edad, acostumbrados a una vida blanda, y nacidos en esta misma tierra, donde casi todos los niños tienen indias como armas de leche, y son educados con extremada libertad, expuestos a toda clase de vicios. Pues, todo esto vencen nuestros novicios, y sujetan las inclinaciones malas adquiridas con la leche de la ama, con la virtud del Espíritu Santo, en la fervorosa oración; llegando ellos a tal grado de perfección, que no conocen mayor estudio y más enérgica propensión que sujetar todos los apetitos desordenados, y refrenar las inclinaciones naturales rebeldes, y dirigir las por la sana razón únicamente al bien. Una de las inclinaciones más fuertes entre los nacidos en estas tierras, es el exagerado afecto a los padres y parientes. Pues, este afecto sujetan nuestros novicios, con la gracia de Dios, de modo tan heroico, que lo temen como una peste y lo combaten como si fuese una fiera. No quieren visitas de sus parientes y no hablan de su familia y de su tierra, sino es por necesidad. No quieren leer o guardar las cartas sino por expreso mandado del Superior, cuando se trata de un asunto importante, y aún así lo hacen con repugnancia, y preferían echar las cartas al fuego; ya que es enseñado por Jesucristo como señal, para conocer sus verdaderos discípulos, el abandonar su casa y su familia. Por donde se ve que estos novicios nuestros en este punto no han adelantado poco, y que con razón se puede llamarles verdaderos discípulos de Cristo Nuestro Señor. Si ellos hasta con sus parientes son piadosamente crueles, ¿qué se puede esperar de ellos en la mortificación continua de sí mismos? Consiste ésta en evitar su propia comodidad, en renunciar a su propia voluntad, en buscar las ocupaciones de menos lustre y los servicios más bajos e invitar nuevos modos de vencerse. Con más entusiasmo proceden ellos en este empeño, que los demás hombres en sus negocios terrenos; en lo cual les sirve de máxima y estímulo la frecuente meditación de la undécima y siguiente regla de nuestro Instituto. Y se distinguen algunos, tanto en el provecho que sacan de esta consideración que en un sólo día se vencen mil veces y más y levantan otras tantas veces su espíritu a Dios; como consta por el librito del examen particular, que tiene cada uno para apuntar los actos de la virtud que ejercita, y de vencimiento del vicio dominante.

Por esta su gran liberalidad, para llamarlo así, para con Dios Nuestro Señor, han experimentado ellos igual y mayor liberalidad de Dios para con ellos. Pues, no obstante su con-

tinuo desempeño en vencerse a sí mismos, no se ha enfermado nadie; al contrario, han ganado en salud corporal, lo que llama más la atención al considerar que todos son muy jóvenes, de tal modo que ninguno ha llegado al año vigésimo, si no es uno que otro; además vivían ellos en regiones más salubres, y habiendo ellos antes sido acostumbrados a una alimentación más abundante, viven ahora en gran penuria, en clima menos favorable y con una continuada mortificación. Y sin embargo crecen y se hacen cada vez más robustos. No menos firmes son en la vocación religiosa, que han escogido y a la cual Dios les ha llamado. Siendo ellos llamados a la Compañía del hijo de Dios, estiman mucho su vocación religiosa, tanto más agradecidos, cuanto más consideran la vanidad del mundo y cuna preferible es la más humilde ocupación en el estado religioso, a todas aquellas cosas, aunque fuera un reino.

Así sucedió que por espacio de dos años ninguno ha sido fiel a su vocación, mirando atrás después de poner la mano al arado. Al contrario, tanto aman ellos su vocación a la Compañía de Jesús, que piden a Dios la perseverancia en ella en todas sus oraciones, aunque sea a costa de su salud y de su vida. Y no encierran en su pecho este justo y ardiente deseo de preservar, sino que para confirmarse en la constancia repiten mil veces en público, y en los coloquios al tiempo de comer, y en el recreo, que están contentos y contentísimos en su vocación, no hallando en su fervor palabras bastantes expresivas para manifestar todo su entusiasmo por el estado que han tomado a su cargo. A este mismo fin dirigen ellos sus públicas penitencias dos veces a la semana, y piden la misma gracia de perseverancia por la intercesión de los santos.

Contribuyen no poco a ésta su constancia en la vocación su gran deseo de ocuparse en la conversión de los indios, tan conforme a nuestro Instituto; asunto sobre el que hablan muchas veces entre sí mismos; al que dirigen los frecuentes ejercicios en aprender las lenguas de los indios, enseñando el catecismo en estos idiomas, y haciendo ensayos de pláticas en la lengua respectiva que sabe cada uno.

En su entusiasmo se preparan ya ahora, y se adiestran debidamente para aquel ilustre ministerio. Uno de los preparativos consiste en ejercitarse en la pobreza, ya que entre los indios carecerán de toda comodidad.

A este fin se van de vez en cuando a pedir limosnas en las otras casas religiosas, ocasión no poco propicia para avanzar en la virtud, ya que (o por la novedad de esto nunca visto hasta ahora en estas tierras, o por especial disposición divina) tienen que sufrir y oír cosas mortificantes. Andan en casa, y a veces fuera, muy pobrementemente vestidos, y con remiendos en la ropa, y con sombreros viejos; así es que cuando más tarde las cosas van en serio, ya están ellos acostumbrados a la pobreza, a las injurias y al desprecio. Por esto no se avergüenzan los novicios a cabalgar en un asno, a barrer en pública calle, y ellos mismos de su propia iniciativa piden y ejercen ocupaciones humillantes.

Con todo, siempre son alegres los novicios, y ellos mismos se ríen de estas cosas en los recreos y días de vacación.

A veces tratan en el recreo por turno y brevemente de un asunto de la vida espiritual: del Santísimo Sacramento, de la Santísima Virgen, de nuestro Padre San Ignacio, del Ángel

Custodio, del ministerio entre los indios, de la obediencia, de la vocación religiosa, de las benditas ánimas del purgatorio, etc., pasando así el último cuarto de hora de recreo de una manera útil y agradable.

Pero serían inútiles todas estas prácticas piadosas, si Dios Nuestro Señor no echara su bendición. Así es que a Él sólo, que construye y conserva este edificio espiritual en el corazón de los novicios, a Él sólo se debe todo honor y gloria. Por eso se encuentra al lado del Noviciado la capilla de la Inmaculada, hermosa y devotamente pintada; con una estatua grande y expresiva de la Virgen Santísima; y ante todo con el sagrario del Santísimo Sacramento, muy frecuentado por las devotas visitas del Padre Rector, del maestro de novicios, y de todos los demás a cuyos ruegos se guarda allí el Santísimo. Yo creí conveniente acceder a sus ruegos mientras que Vuestra Paternidad no determinara otra cosa. Entre tanto acuden continuamente los nuestros allá a visitar al Divino Hijo y a su Santísima Madre, y a pedir aquel fervor para todos los moradores de aquella casa. Allí, en esta capilla, se hacen todas las distribuciones espirituales prescritas, la meditación, el examen de conciencia, el rosario, etc. Allí dice todos los días la misa el maestro de novicios para ellos, y acá se retiran entre semana los Padres que piden a veces más tiempo de oración.

Es muy a propósito este lugar también para las colaciones y pláticas domésticas; y para los ejercicios espirituales de los novicios, por ser tan tranquilo y piadoso. Aquí tienen también sus comuniones prescritas en los domingos y las fiestas, u ordenadas de la Compañía para diferentes intenciones durante la semana, siendo la capilla preferible a nuestra iglesia por el mayor recogimiento y felicidad de hacer la acción de gracias sin estorbo. Así sucede que en esta capilla hay como una perpetua adoración; solemnizada a veces por el canto de esta especie de ángeles; los jueves en la tarde cantan las alabanzas del Santísimo Sacramento, añadiendo después otras canciones en lengua vulgar; en los sábados cantan las letanías lauretanas de la Virgen. Estas melodías, juntamente con el adorno de la capilla, la pureza de vida de los cantores, con el Señor manifiesto, y los ángeles invisibles alrededor del altar, todo esto parece a nuestros allí presentes como un pedazo de cielo, y no menos a los extraños que por especial favor, como bienhechores de la Compañía, se han admitido en la capilla.

Pero tengo que terminar al fin esta descripción, y omitir las cosas más comunes y ordinarias. Voy a contar un sólo rasgo, para deducir de esta sola chispa la extensión del fuego de fervor que devora a esta casa. Hay entre los novicios uno de tanta virtud y tanto candor que se cree por cierto que no ha perdido la gracia bautismal. Callo su nombre (aunque por lo general no tiene que ver con la perfección, pero no poco en este caso, manifestando un especial favor de Dios). Éste muchas veces ve a Nuestro Señor Jesucristo, no con sus ojos corporales, sino con los espirituales, apareciéndosele en forma de un hermosísimo niño, que con señales de alegría entra en la boca de los novicios.

Cree él en su candidez que también los otros se dan cuenta de esto; pues, no tiene nada de astuto, sino que es de una llaneza admirable; lo que no permite la menor duda en sus aseveraciones. Es un hombre de una virtud sólida, muy aficionado a la meditación.

El mismo estaba barriendo un día con otros novicios la iglesia de la Compañía. Al con-



cluir fueron enviados los otros a otra parte. En eso pensaba él seguirlos, cuando se le apareció el Niño Jesús con su acostumbrada hermosura, y, como para reprocharle por querer seguir su voluntad propia, y enseñándole a obedecer, agarra una de las escobas de los novicios y comienza a barrer el santuario; y cuando el pobre novicio, confundido, le quiso quitar la escoba, le rechazó el Niño Jesús, como en castigo de su poca obediencia.

Todo esto vio aquel novicio con su acostumbrada luz interior, cuando al concluir de barrer se retiró de la capilla para orar. Admirables son estos favores del buen Jesús con aquel buen hombre. Pero no es demasiado extraño después de haber tantas veces leído y oído aquella sentencia de San Ignacio, de que Dios se mostrará tanto más liberal con los hombres, cuanto más se muestran ellos liberales para con Dios.

Aquel mismo, meditando devotamente la Pasión de Cristo nuestro Señor, mereció que se le apareciese el mismo Señor llevando la cruz a cuestas y suplicando a su querido discípulo que le ayudase a llevarla.

En cierta noche, estando él despierto, le apareció el ánima de cierta india que él había conocido como criada de su casa. Temió al principio y se espantó, aunque no se ofrecía nada a sus ojos y quiso levantarse. Entonces le pareció oír interiormente, pero no con sus oídos corporales: “No temas; como conocida tuya he venido del fuego del Purgatorio, donde sufro ya tres años. Te pido que me hagas decir una misa, y rezar por los novicios siete rosarios, y que me instruyan a los niños por algunos días en el catecismo. Así me liberaré del Purgatorio e iré al Cielo”.

Así lo hizo, y ya no se apareció más aquella alma, pero lo dejó seguro de estar ya en la gloria.

Estas cosas extraordinarias escribí como señales de los más grandes favores concedidos todos los días por Dios Nuestro Señor a las tierras plantas de esta su floreciente viña, como a todas las viñas de esta provincia. Y por esto estoy convencido de que Dios por estos cincuenta y más justos, tolera los innumerables crímenes cometidos en estas ciudades; y los toleraría aún siendo los nuestros menos de diez. Porque se ve que Dios quiere a nuestra Compañía, ya que en sus miembros lleva la señal del Hijo Eterno, ejercita a sus cargos, ayuda de su gracia ensalzada por su sangre e instruida en su doctrina.

### ***Los ministerios de los operarios de la residencia de Córdoba***

Mucho se ha dicho hasta ahora de los novicios, aunque mucho podría aún decirse. Pero de los operarios evangélicos no hay menos que decir.

Hay en esta casa cuatro Padres dedicados a los ministerios dentro y fuera de casa, trabajando ellos con el mayor celo posible. Ante todo se puede decir que en fervor de espíritu no son inferiores a los novicios, sino superiores, excitándolos con su ejemplo ya que les superan en edad. Ya que la primera y principal tarea en estas tierras es la instrucción religiosa de los indios, comenzaré por ella. Existen dos cofradías en esta residencia, una para los indios y otra para los negros. La de los indios se llama del Niño Jesús, y le sirven ellos lo mejor que permiten sus fuerzas y su pobreza.

Es admirable en estos oprimidos y tiranizados por los españoles, su piedad y su entusiasmo en asistir a las funciones, en adornar su capilla, y en aumentar los ornamentos de su Niño Dios. Ya eran bastante decentes el altar y las andas con que llevan en las procesiones a su Niño Jesús, pero no contentos hicieron traer de Europa por el Padre procurador ornamentos más elegantes todavía, cosa rara entre los indios, puesto que llevan en esto la delantera hasta sobre las congregaciones de españoles de esta ciudad. Si hacen estos discípulos de los Padres ya tantos progresos en el culto exterior, se puede suponer, cuánto hacen en el más importante cultivo de sus almas.

Está en vigor la antigua costumbre de juntarse los domingos y fiestas mayores para la instrucción del catecismo y para oír el sermón que les predica su Padre prefecto después de la doctrina, de lo cual sacan no poco provecho. Celebraron el día de San Ignacio con gran solemnidad. Mencionando sino de paso los juegos populares, ejercicios a caballo, música, arcos triunfales, todo lo cual no puede faltar en semejantes días de público regocijo; quiero más bien describir los actos religiosos de esta fiesta. Se preparó ella con una novena, en la cual se les preparó a la digna recepción de los santos sacramentos, y el resultado fue que no bastaban los confesores de casa para oír en confesión a tanta gente, y que teníamos que pedir ayuda a otros sacerdotes de afuera.

Correspondió a las muchas confesiones la numerosa comunión general. Llevaban los congregantes, con su prefecto y altos personajes invitados, velas en la mano durante la misa celebrada por el Padre Viceprovincial de Santo Domingo, el cual les repartió también la santa comunión, guardándose en todo un orden admirable.

A la hora de comer ofrecieron ellos a los nuestros, según sus fuerzas, un magnífico banquete, con señal de gratitud, lo cual nuestros Padres no podían rechazar para no causarles disgusto. Y aunque ahora ya prospera tanto esta congregación, esperamos mayor aumento todavía de ella; porque se ve palpable la gracia divina, con la cual se aprovechan de la dirección de los Padres para huir del pecado, tanto que algunas indias heroicamente resistan las acechanzas del demonio.

No hay que olvidar la cofradía de los negros, en cuya instrucción trabajan los nuestros igualmente todos los domingos. Y porque sus amos los abandonan por completo en lo espiritual, no tienen poco trabajo los nuestros en instruirlos. Ya su misma lengua es una dificultad, pues, no entienden ellos bien ni la española ni las indígenas. Así es que estaban ellos muy abandonados, si no se ocuparan con ellos los de la Compañía.

### ***Trabajos de los nuestros entre los Españoles***

No pueden estar desocupados nuestros Padres; por esto buscan en todas partes ocasión para hacer el bien, haciéndose todo para todos: "*Iudaeo primum, et Graeco*", (como dice San Pablo), al indio primero, y al español; y sacan buena cosecha de ellos.

El común enemigo estaba envidioso de nuestra gran tranquilidad en esta ciudad, por lo cual instigó a cierto religioso predicador para perturbarla. Pues, no puede menos, que molestarnos en todas estas partes nuevas. Este orador de repente, y sin conexión con la mate-

ria del sermón, insultó a la Compañía sin decir su nombre, llamándonos soberbios y pretenciosos, y por esto pronto humillados. Todos los oyentes estaban escandalizados del atrevimiento de este religioso, y comprendiendo la envidia de aquel hombre comenzaron en su impaciencia a murmurar, a mirarse mutuamente con señales de admiración y oposición. Había en esta fiesta invitados de otras órdenes religiosas, los cuales manifestaban también su indignación.

Vino enseguida una comisión de caballeros al Padre rector de nuestra casa, dándole el pésame por esta ofensa y pidiéndole que se defendiera, en caso de que no quisiera proceder judicialmente. Reconocido el rector por tal afecto de ellos a la Compañía, prometió hacer la defensa. Consistió esta en un panegírico de aquella Orden religiosa, y de sus trabajos por la gloria de Dios y la salvación de las almas. En consecuencia de este sermón los habitantes apreciaban más todavía a la Compañía y se indignaron más contra aquel religioso. Por varios días no trataban en sus conversaciones sino sobre la prudencia y piedad de la Compañía, y de la desvergüenza, para no decir iniquidad, de aquel religioso. ¡Quiera Dios que nos asemejemos cada día más a su santísimo hijo, nuestro Señor Jesucristo; y que le complazcamos cada vez más con nuestra conducta en semejantes ocasiones oportunas para sufrir con paciencia!

Pero conviene volver al hilo de la narración. Desde el principio en que los nuestros entraron en esta ciudad, y desde que vine del Perú para fundar esta provincia, creció de año en año el fruto de nuestros trabajos, tanto en las confesiones, como en la predicación. Es verdad, ninguno de los hombres ha sido admitido hasta ahora a la confesión por no querer arreglar su comportamiento con los indios, y sin embargo ya comienzan a volver en sí, especialmente después de la visita del oidor de la Audiencia y algunos por miedo humano, otros por temor a Dios, entran en arreglos justicieros con los indios encomendados, y restituyen los daños causados a ellos.

Bajo esta condición, mediante la instrucción que hice expresamente componer por uno de los nuestros, para que sirva de guía para los que tienen que oír en la confesión a los ciudadanos, se espera con el tiempo gran número de hombres que se refugien a nosotros para pedir confesión. A dos he admitido ya, porque estaban dispuestos a restituir en lo posible los daños causados a los indios, y a guardar exactamente las leyes regias, habiendo hecho ellos una confesión general, con no poco consuelo suyo y del confesor. En este año, lo mismo que en los anteriores, hubo en nuestro templo sermones cuadregesimales en abundancia, ya que por la Congregación Provincial había más predicadores. Se celebró también la solemne adoración de las cuarenta horas. Se dio vida nueva a la Congregación de la Inmaculada de los estudiantes, aumentando no poco la solemnidad de su día de la consagración a la Virgen pronunciada por los colegiales. Esto es lo que se puede decir sobre los resultados obtenidos con los caballeros. En lo referente a las señoras es de observar que casi todas en esta ciudad y en las otras se confiesan con los nuestros, con no poca honra de la Compañía, utilidad de ellas y de los indios. Al principio hubo poco entusiasmo por la confesión; el confesarse al año dos o tres veces, ya era mucho; y sólo Dios sabe, qué clase de confesiones eran estas. Pero después del establecimiento definitivo de la Compañía, comenzó a mejorarse la fre-

cuencia de los santos Sacramentos, tanto que muchas personas de la alta sociedad ya se distinguen por su gran afán de confesarse, las unas dos veces al mes, otras cada ocho días, y esto, sin que los nuestros las busquen.

Muchas de ellas practican la meditación y las acostumbradas austeridades de la vida ascética, cilicios, disciplinas y ayunos, no viéndose entre ellos el lujo exagerado, cosa inaudita hasta ahora en estos reinos, habiendo sido ellas antes favorecedoras y autoras de semejante ostentación y vanidad, la cual ellas ahora aborrecen sirviéndose de un modo de vestir modesto y viviendo cristianamente. Así convirtió Dios, el director de los corazones, la necesidad en la austeridad. Casi todas aquellas que acuden a nuestra iglesia, y tienen a nuestros Padres de directores espirituales, ya tratan como empleadas a sus criadas indias que tienen para el servicio doméstico, y no, como antes, a manera de esclavas; hablándolas con respeto y bondad, mandándoles no imperiosamente, sino más bien como suplicándolas, poniendo las mismas dueñas mano a la obra, para satisfacerles así por anteriores maltratamientos. Tienen escrúpulo retarlas ásperamente, a las cuales antes herían cruelmente de palabra y de hecho. Las grandes señoras parecen trocadas en criadas de sus criadas. Tanto se han aprovechado de la dirección espiritual de los nuestros, y han adelantado en el sincero servicio de Dios. Por lo demás, se comprende que ellas tendrían que sufrir algo en consecuencia de su confianza para con los nuestros; ya que un corazón lleno de odio quiere hacer el daño más grande posible, e implicar en la calumnia de muchos. Así sucedió, que algunos religiosos de esta ciudad vieron con malos ojos que se fuera tanta gente a los jesuitas, y no contentos con desaconsejarles privadamente, comenzaron a hablar públicamente desde el púlpito contra aquellas señoras piadosas, criticando su diaria asistencia a la santa misa, su modestia en el vestir, y su recogimiento en el andar público. La desvergüenza de los censores llegó a tal grado que también aquí algunos de ellos aconsejaron a las señoras, que fueran más bien a su iglesia, alegando por motivo, de que allí encontrarían buenos mozos. Refiero esto, no por detracción, sino para escarmentar a los nuestros y para hacerles ver el odio y la envidia del enemigo, para que resistan con ánimo y valor que a él y a sus cómplices, y para que con pura intención busquen la salud de las almas, siendo cautelosos al ver el proceder de otros; agradecidos a Dios Nuestro Señor de quien viene la pureza en la Compañía, y su limpieza de cuerpo y mente.

Y de los hombres, ¿no se ha hecho fruto con ellos? Al contrario. Se ha hecho bastante, especialmente entre los comerciantes ambulantes, los cuales vienen muchas veces a confesarse y buscar nuevos consejos. En especial a dos comerciantes se pudo acudir oportunamente. Aquí en casa hay un Padre destinado especialmente para el servicio de semejante gente, para lo cual tiene notable habilidad. Con él quiso confesarse un mercader que estaba para partirse en Buenos Aires; animado por sus amigos buscó al Padre hablando con él primero fuera de confesión sobre el triste estado de su alma, durando su mala vida ya años sin haberse confiado bien, así que sus remordimientos de confianza no le dejaban en paz. Por esto había venido para que los Padres de la Compañía lo sacaran del apuro. Que rogaran por él para que alcanzara de Dios luz y fuerza para arrepentirse, confesarse y enmendarse.

Todo se lo prometió el Padre y lo encomendó a las oraciones de sus hermanos en reli-

gión. Volvió aquel hombre y se confesó por tres días enteros, derramando torrentes de lágrimas, y a veces casi desmayándose de emoción. Que la confesión era buena, lo probó su edificante vida posterior.

Había otro, el cual por fuerza mayor, fue detenido en su mala vida. Desde su infancia por miedo y desvergüenza había hecho malas confesiones, prefiriendo morir en este estado, antes que confesarse bien. Dios no consintió, por su infinita misericordia para con sus predestinados en tal resolución. Primero le envió algunas molestias, como para despertarle de su sueño mortal, consistiendo ellas en algunas enfermedades bastante graves que despertaron en él, el recuerdo de su cercana muerte; cuya memoria para muchos es eficaz remedio contra la obstinación, peor no lo era para aquel hombre, ni otras duras pruebas que le sobrevinieron después. Siempre quedó la vergüenza por sus grandes crímenes deshonestos como un obstáculo de su salud. Al fin enfermó en Córdoba de tal manera que no hubo esperanza de escapar con vida. En este trance comenzó a animarse poco a poco, a vomitar al fin tanto veneno diabólico, llamando confesor. No se le halló en este momento en ninguna casa religiosa sino en la nuestra. Pero desgraciadamente se confesó otra vez mal el enfermo, aunque ayudado por el Padre. Este mismo no estaba bien impresionado de aquélla confesión, y después de haber encomendado a las oraciones de los novicios “cierto negocio”, el mismo pidió a Dios, misericordioso Padre del eterno, la salud de su alma, añadiendo asperidades a su oración; y Dios le oyó. Pues, mientras que el pobre enfermo sufría horribles angustias, como si tuviera presente el demonio; quedando medio muerto de susto, volviéndose a la calma, conoció por la divina gracia lo peligroso de su obstinación, e hizo llamar otra vez al Padre contándole todo. Hizo una buena confesión y comunión, y juntamente con la salud de su alma recobró la del cuerpo.

Entre las muchas e importantes paces concertadas por los nuestros (costumbre nuestra, aunque la gente tenga aún mayor enemistad con nosotros mismos) había una hecha después de una discordia muy larga, causada por una injuria. Ya por siete años y más buscaba el ofendido ocasión para vengarse, haciendo asechanzas graves al enemigo. No pensaba otra cosa, sino matar al contrario. Le había ya herido varias veces en los desafíos, y todos los empeños para reconciliar a las dos eran inútiles; hasta que se le ocurrió a cierta persona, encomendar el arreglo a los nuestros. Primero consiente aquel en una conversación con el Padre, aunque de mala gana, le persuade al fin el Padre a perdonar a su contrario, y hacer una buena confesión. Aquel hombre antes tan aferrado, se ablandó completamente y hace ahora lo que le manda el Padre; perdonó, se hizo amigo de su contrario, se confesó, no una, sino muchas veces, componiendo su antes muy licenciosa vida, con no poco provecho suyo con gran edificación y consuelo de todos.

Había un joven de una familia muy noble, el cual en el Reino del Perú por largo tiempo con ánimo desenfrenado había cometido toda clase de crímenes y escándalos; seduciendo a muchos a vivir de igual manera. Entre otros crímenes indecorosos y con gran deshonor de su familia, y mayor ofensa aún de Dios, jugaba con dados falsos, defraudando así en el juego innumerables veces. Pero aquel que vino a la tierra para buscar a los pecadores, estaba buscando también a este, atrayéndole primero por medio de algunas desgracias, por de

pronto sin efecto. Pero la misericordia de Dios es mayor que la iniquidad del pecador. Y así sucedió al fin que aquel impío por divina ilustración cayó en la cuenta de su maldad, y habiendo conocido a uno que otro de los nuestros en el Perú, visitaba aquí a uno de nuestros Padres para tratar sobre el triste estado de su alma y sobre el modo de salir de esta ciénaga de pecados. Siguiendo los consejos del Padre, se apartó de la mala compañía, hizo una buena confesión, y no obstante su nobleza comenzó a trabajar para poder restituir lo que había sustraído con el juego fraudulento.

Con la ayuda de Dios tenían los nuestros ocasión para salvar la buena fama de cierta dama distinguida. La había pedido para esposa cierto joven por la hermosura y honradez de ella. Oponiéndose el padre de él, se huyó de su casa para irse a la quinta o casa de campo, donde moraba la doncella con su madre. Llamó a un sacerdote para bendecir el matrimonio, sin que tuviera facultad para esto. Después de estas funciones inválidas vuelve la pareja a la ciudad. El padre del joven denuncia el caso, y el Vicario, conocida la invalidez del matrimonio, manda la separación bajo pena de excomunión. Por desgracia habían ya transcurrido bastantes días en que vivían juntos como casados, y por consiguiente el alboroto de la gente al saber esto, era grande, con no poca vergüenza de la mujer, conocida hasta ahora como muy honrada. Otra vez acuden a ellos los jesuitas para que deshagan este lío. Les causaba a estos lástima la pobre mujer que había sido su penitenta; consiguieron felizmente que el vicario revalidase honrosamente el matrimonio, y además que el del padre joven se conformase y no impidiese por más tiempo a los recién casados la entrada en su casa. Así se compuso el asunto con gran contento de la ciudad y con honra de los agradecidos esposos.

No sólo las discordias entre los hombres se compusieron, sino también se hizo paz con Dios para muchos muy enredados en asuntos sospechosos. Con todos se hizo caridad.

Algunos tenían que restituir lo mal habido, así uno tres mil pesos, otro cuatro, sirviéndose ellos de los nuestros para el arreglo de las conciencias.

Se puede decir que los asuntos más importantes de estas dos provincias se han arreglado por mediación de los nuestros. Es verdad que algunos de estos asuntos no son conformes a nuestro Instituto, pero en estas tierras no hay fuera de la Compañía, quien se ocupe en estas obras buenas, y además, así procedió San Ignacio al fundar la Compañía. En cierto caso determinado, accedió a la insinuación por parte de nuestro principal amigo en estas tierras. Así me determiné a tomar a mi cargo el asunto y fue el siguiente:

Vivía en Córdoba cierta señora muy distinguida y muy afecta a la Compañía, confesándose ella por casi toda su vida en nuestra iglesia y adelantando no poco en la vida espiritual bajo la dirección de sus confesores. Lo que contribuyó más a su adelanto espiritual era su gran entusiasmo por la vida de Santa Catalina de Sena. Así sucedió que, aunque ella estaba casada, sin embargo comenzó a proyectar un convento de vírgenes consagradas a Dios.

Se consultó muchas veces con su marido sobre este asunto, al cual no disgustó la idea; al contrario, al transformar con más gusto su casa, e interrogado para qué se hacía casa tan grande, contestó: “Estoy edificando convento para mi mujer”. Parece que Dios había inspirado esta idea a la señora, y para este fin había concedido tanta fortuna a su marido, sin tomar en cuenta la considerable dote de su mujer, negándoles, empero, sucesión muriéndose

el único hijo que tenían a la edad de dos años. Este año murió también aquel caballero, e inmediatamente suplicó la señora al obispo que fuera a Córdoba. Nos fuimos los dos, el obispo y yo, a la señora, porque ella quiso consultarme también a mí. Me pareció bien el proyecto de la señora, y no me hubiera servido contradecirle, o excusarme, porque el obispo, a toda costa, quería aprovecharse de mis consejos, como suele hacerlo en todos los asuntos importantes de esta provincia. Había de deshacer en este asunto algunas dificultades enmarañadas, que parecían cortapisas puestas por la envidia del demonio. Al fin, con el fervor de Dios, se concluyó todo felizmente. El mismo obispo, acompañado por algunos de nuestros Padres puso la primera piedra de la iglesia, removiendo él con su propia mano los primeros canastos de tierra. Se construyó la iglesia conventual, y se evacuó la casa correspondiente, y al fin puso el obispo en la catedral el hábito de Santa Catalina de Sena a diecisiete novicias, las cuales fueron llevadas en solemne procesión a su convento.

Ordenó el obispo que los nuestros siguiesen confesándolas como antes, y que les hicieran una plática de comunidad cada semana. No me negué a tal cargo, para dar consistencia a una obra de tanta gloria de Dios; ya que nadie lo hubiera hecho, sin arruinar todo en poco tiempo.

Las reglas son las mismas que conoce ya Su Paternidad. Así fundada la obra sólidamente, pronto se vieron sus buenos resultados. Ya se distinguen algunas de esas monjas por su desprecio del mundo, y por su desprendimiento de parientes y amigos.

Es este convento el único donde pueden refugiarse vírgenes para consagrarse a Dios en una redondez de setecientas leguas; y tanta es ya su buena fama que han acudido a este convento tres novicias del Perú y otras tres de Santiago (de Chile). Pues son sus reglas las de las Carmelitas Descalzas, casi en su totalidad, consistiendo en la frecuente meditación, y en la más estricta clausura: no teniendo ellas cosa propia, sino todo en común.

Cosa rara: hasta entre las indias se despertó la vocación a semejante vida, y a que también ellas son destinadas para el cielo. Había una indígena de buena familia instruida en la doctrina, y confesada por los nuestros. Ella entró en amistad con una buena señora española, la cual le instruyó en las labores y bordados. Esta señora entró en las monjas, y la india le quiso seguir.

Obteniendo el permiso de sus padres para entrar en el convento, se avisó en cierto día determinando a todos los indios, para que se juntaran, como en día festivo, en nuestra iglesia. De allí llevaron a la virgen aspirante de monja, bien vestida con el traje acostumbrado de las indias, en solemne procesión por toda la ciudad al convento, con gran regocijo también de los españoles que concurrieron en masa a contemplar este espectáculo. Llevaban el hábito de monja dos niños españoles en bandejas de plata. Era indescriptible el entusiasmo de toda la ciudad por cosa tan inaudita. El vicario general (ya que era bastante tiempo después de la fundación del convento) esperaba revestido con los ornamentos sagrados en la puerta de la iglesia conventual a esta pobre india, no de otra manera, sino como si hubiera sido una de las principales damas europeas. Le seguirán otras, si sigue Dios bendiciendo a este convento como esperamos. Da una idea este suceso del empeño de los nuestros en levantar el espíritu religioso de las indígenas.

### *El Seminario de San Francisco Javier*

Siendo este convento de monjas una obra de mucha gloria de Dios, era de suponer que no había sido tan fácil realizarla; lo mismo se puede decir de esta otra de que vamos a hablar, siendo ella de no menos gloria de Dios, honra de la Compañía y provecho de la provincia. Hablo del Colegio Convictorio para jóvenes, los cuales juntamente con la instrucción en las letras reciben una buena educación religiosa. La ocasión porque aquí se pensó en edificar otro, semejante al Seminario episcopal de Santiago del Estero, era esta. Halló el obispo muy a propósito a esta ciudad para los estudios, tanto por su buen clima, como por su vida barata, y por la buena consolidación de nuestras casas. Al manifestarme él su pensamiento, le indiqué que tal idea no era sino en gran provecho para su diócesis; ya que él buscaba el mejor modo de procurarse sacerdotes bien instruidos. Así destinó la renta regia, concedida al seminario de Santiago para alimento de nuestros profesores, a la fundación de este nuevo. Inmediatamente se alquiló una casa situada al costado de la plaza mayor, y se la arregló para este fin en cuanto lo permitió la brevedad del tiempo, preparándose al mismo tiempo las becas, o traje de los estudiantes y acto seguido se abrió el seminario con diecisiete alumnos; concurriendo pronto más de ambas provincias; así que subió su número a treinta. Siguen el reglamento acostumbrado entre los nuestros. El Padre Juan Albis<sup>78</sup> es su profesor y prefecto, el cual desempeña su cargo de instruir y educarlos con tan buen resultado que ya ahora, diez meses después de la apertura del seminario, hay alumnos que predicán en la lengua de los indios, familiar a ellos desde su niñez, haciendo al mismo tiempo grandes y consoladores progresos en la latinidad; estos muchachos que antes se habían criado con rusticidad entre la servidumbre, y habían sido mal educados, atrevidos, perversos, ahora son ya modestos, bien educados, respetuosos y piadosos, y saben muy bien los fundamentos de la gramática y sintaxis. Señal de que les han entrado ya sentimientos de virtud, es que cuando se van en vacaciones a su casa (cosa rara, y no tan deseada por ellos de su gran afición al Seminario), y cuando a su llegada sus padres mandan a las criadas a lavarles los pies, ellos no lo permiten de ninguna manera, diciendo que los alumnos educados por los de la Compañía, no se han de tocar por mujer alguna; por lo cual quedan muy edificados sus padres, alabando ellos a Dios y a la Compañía. Sus reglamentos son los de costumbre. Tienen una casa propia con su capilla y sus clases. Se portan muy bien, y son respetados y queridos por los nuestros y los extraños, en especial de sus mismos parientes siendo ellos el justo orgullo de la Compañía, a la cual se atribuye este buen resultado, no obstante la mala voluntad que tienen contra nosotros por la cuestión de los indios.

---

<sup>78</sup> Nació en Madrid el 5 de enero de 1588, ingresando a la Compañía de Jesús de Toledo en 1607. Tres años después llegó a Buenos Aires, haciendo sus últimos votos en Santiago del Estero una década después. Las noticias sobre su paradero alcanzan hasta 1669 en que se encontraba en Santiago de Chile (STORNI SJ, Hugo, p. 5), donde fue viceprovincial entre 1655-1658 (LEONHARDT SJ, Carlos Tomo XIX, p. 437).



### *La fundación del Colegio de Córdoba de parte del obispo*

Bastante ha hecho ya este celoso obispo, incansable en adelantar el bien de sus ovejas; y todavía proyecta otras obras más y bien grandiosas. Un día estaba invitado a comer con nosotros, y durante la mesa estaba contemplando a los novicios, a estos ángeles en carne humana. Se preguntaba: “¿De qué viven tantos sujetos? Son treinta en número; no tienen renta ninguna, y Dios los mantiene”. Dijo además que realmente esta ciudad era muy a propósito para un colegio de estudios mayores de la Compañía, ya que está ella en una región fértil, de buen clima y con abundantes materiales de construcción. Con pocas rentas se podían instalar aquí los estudios mayores.

Después de comer añadió algunas ideas más, diciéndome que su plan era fundar una Academia para los estudios de los nuestros y destinar para este fin unos mil y quinientos pesos de sus rentas anuales. No rechacé la propuesta, sino que era esto una verdadera inspiración de Dios. Con toda mi alma me aproveché de una ocasión tan deseada para dar solidez y consistencia a nuestra provincia. Quedó el obispo, en su gran amor para con nosotros, firme en su idea, y no contento con lo que de sus propias fuerzas podía contribuir a su realización, recomendó a la Compañía públicamente, hablando en todas partes y en toda ocasión honoríficamente de ella, y con expresiones del mayor entusiasmo tanto en las conversaciones privadas, como en sus sermones, ensalzando a más no poder sus obras, trabajos y sacrificios, quedando nosotros al oírlo, muy confundidos. En estas conferencias reveló su plan a los oyentes, de sacrificar toda su fortuna para nuestras empresas, sintiendo él que no tuviera más recursos, y añadiendo que ellos no habían favorecido debidamente a la Compañía solo porque no la conocían; y si no lo que querían hacer en adelante, él mismo la alimentaría con las primicias que debían ellos dar al obispo; y daría también sus rentas de diezmos a la Compañía, y la fomentaría con su fortuna entera, ya que ellos no querían hacerlo aunque podían.

Con esta ocasión de la fundación de un convento de monjas, quiso Dios Nuestro Señor ayudarnos también en nuestra extremada pobreza mediante su suave providencia para con la Compañía; y al mismo tiempo darnos una satisfacción por los trabajos y las persecuciones sufridas por Cristo Nuestro Señor y alivio de los indios.

Se hizo pues el contrato sobre la dotación provisional del Colegio, consistiendo ella, hasta la fundación perfecta, en la renta de mil quinientos pesos sacados de los diezmos anuales, para sustentar en casa dos profesores de teología, uno de filosofía y uno de gramática.

Por lo tanto, espero que con el favor de Dios, podré en un año trasladar los estudios del Reino de Chile acá, con no poco aumento de la honra y la gloria de esta región.

Después de la mencionada liberalidad de este generoso obispo, se acabaron por completo las pocas limosnas que se enviaban antes a casa, y últimamente con mayor abundancia. Y aunque ellas faltaban, funcionó en este tiempo la Congregación Provincial estando en esta casa cuarenta sujetos, y sin embargo no faltaba el acostumbrado sustento.

Lo pasamos muy bien. Y ¿De dónde y cómo se saca esto? Sólo Dios, el Padre de todos lo sabe. Nada faltó, ni falta, ni faltará siendo él el protector.

Los Padres que vinieron de otras partes eran diez; y era tiempo de Cuaresma, y estábamos contentos y unidos.

Las sesiones de la Congregación se hacían en la capilla de los novicios, donde también después de la cena y antes de dormir nos juntábamos todos los días rogando a Dios por el feliz éxito de nuestras empresas.

Yo había advertido al Padre Rector Francisco Vázquez, que si venían Padres antes de la llegada del provincial, hiciesen los Santos Ejercicios por ocho o diez días. Así se hizo, y al ver los novicios el buen ejemplo de los Padres se confirmaron en sus propósitos.

Tenían, en especial, ocasión de aprender lo que es la pobreza. La ropa de algunos Padres era tal, que unida en un fardo para venderla, no valdría más de cuatro pesos. Era mayormente de algodón y gastada. Para que aprendieran los novicios también lo que es humildad y paciencia, y lo viesan practicado los Padres viejos, se ordenó, que para ellos, como es costumbre con los demás, se hiciese una represión pública de sus faltas; la que consistió en criticar aparentemente lo que merecía más bien alabanza, y era que no querían cambiar su ropa gastada por otra nueva. Se hizo esto, para que los novicios y todos comprendiesen: “si esto se hace en la madera verde, ¿qué se hará con la madera seca?”.

Se concluyó la Congregación con la aprobación de algunos decretos propuestos; y son estos:

Que se conserve entre los nuestros la mayor unión y caridad, tanto que no haya ni sombra de desconfianza.

La obediencia para con los Superiores sea cada vez más perfecta, a ejemplo de nuestros primeros Padres.

En el trato con los seglares no hay que meterse en asuntos que no pertenecen a la salud de sus almas.

Nunca se puede buscar en los viajes hospedaje en casas donde hay mujeres; nunca se puede hacer visitas inútiles, y menos de mujeres; a estas no han de dirigirse cartas.

Además se compuso una norma práctica y científica, para oír en confesión a caballeros: Qué se requiere en el penitente; qué de parte de los confesores.

Esta norma es la que se practicó en el caso de los dos caballeros de esta ciudad que se ha confesado y de quienes antes hicimos la mención.

Al fin, antes que volviesen los Padres a sus respectivas residencias, hice, según fue mandado por cédula real, celebrar solemnes exequias por el alma de la difunta reina Margarita, madre muy afecta de la Compañía.

La oración fúnebre estaba a cargo del Padre Diego González Holguín, muy bien preparada, la única con esta ocasión, y muy laudatoria para la Reina.

Con ocasión de una visita que hizo un buen caballero muy afecto a la Compañía a los Padres que habían venido a la Congregación, hizo un bien razonando panegírico de nuestro Santo Padre Ignacio, que sorprendió a todos, porque no le esperaban de la boca de tal hombre, el cual habló sencilla, pero al mismo tiempo elocuentemente, citando oportunamente

sentencias de los santos; tanto que ni el más erudito entre los nuestros hubiera podido hablar más y mejor. Por lo cual cuando él había concluido su discurso, le agradecí efusivamente por su gran amor a la Compañía y a nuestro Santo Padre Ignacio, manifestando que todos los Padres estaban convencidos que no había hablado por sí mismo, sino por la inspiración de Dios. Era aquel caballero uno de los dos que después de haberse arreglado con los indios había hecho confesión general.

Hecha la consagración con tanto provecho, despedí a los Padres, para que volviesen a sus respectivas casas, dándoles para el camino buenas provisiones, en cuanto lo permitió la pobreza de nuestra casa.

Pienso demorarme todavía algo aquí, en compañía de los novicios, de su Padre maestro Juan Bautista Ferrufino, italiano, del Padre rector Francisco Vázquez, del Padre ministro Juan Salas, y del apóstol de los indios Padre Marco Antonio.

Las rentas anuales de esta casa comenzaron este año a cobrarse, que son mil quinientos pesos<sup>79</sup>.

No hubo deudas, aunque se han hecho muchos gastos. Con el favor de Dios se han comprado dos casas, las cuales nos alivian con su censo. Hubo algunas limosnas de parte del señor vicario de esta ciudad, amigo de la Compañía, el cual da desde hace tres años a esta parte anualmente cien pesos. Se construyó la azotea de la iglesia, importante por la defensa de las paredes y mayor adorno de la casa. Se ha reformado la sacristía, y después se ha pintado, y techado con tejas; cosa rara, todavía aquí, por lo cual parece ser construcción europea.

---

<sup>79</sup> Se agrega en el texto latino: “Constat autem munus octenis quasi Juliis Roamnis” que estima Leonhardt equivaldrían a 800 ducados (LEONHARDT SJ, Carlos Tomo XIX, p. 423).

## Carta Anua de 1614<sup>80</sup>

### *Colegio de Córdoba del Tucumán*

Después del traslado de la filosofía y teología de Chile a este colegio, viven aquí nueve sacerdotes, veintiséis hermanos escolares, seis coadjutores y dieciocho novicios, por todo sesenta sujetos. Diré lo más notable de cada una de estas clases de individuos de este colegio.

Ya que el señor obispo del Tucumán destinó las entradas de las primicias para el sustento de este colegio, con el fin de que se enseñase allí la filosofía y teología, y como la situación de este mismo colegio es tan céntrica y, con excepción de Chile, de fácil acceso a todos los demás colegios, trasladé, después de algunas dificultades felizmente vencidas, los estudios de Chile a este lugar. Enseñan los Padres Francisco Vázquez y Juan Pastor<sup>81</sup> la teología a unos doce hermanos escolares y a algunos convictores y el Padre Juan de Albiz enseña Aristóteles a treinta escolares, de los cuales catorce son de la Compañía, y los demás parte convictores, parte externos; todos los cuales si logran ser graduados en letras con el beneplácito del obispo o de su provisor (como me comunica el Padre Francisco Figueroa),

---

<sup>80</sup> Esta carta es la última escrita por el padre Diego de Torres quien la firma en Córdoba el 12 de junio de 1615. Describe las 1.200 leguas que de largo tiene la provincia, donde se encuentran 5 colegios (Córdoba, Santiago del Estero, Tucumán, Asunción y Santiago de Chile), 2 convictorios (San Francisco Javier en Córdoba y Edmundo Campion en Santiago de Chile), 4 residencias (Santa Fe, Buenos Aires, Mendoza y Concepción de Chile) y un total de 131 sujetos. Se describen las misiones entre los indios guaycurúes, los del guayrá y los itatines, para resumir ocho años de intensa labor que se concentraron en la persona del padre Diego de Torres. Fue publicada por Carlos Leonhardt SJ en el tomo XIX pp. 441 a 446.

<sup>81</sup> Nació en Fuentespalda, Teruel, España el 18 de octubre de 1580. Ingresó a la Compañía de Jesús de Aragón en 1596, arribando a San Salvador de Jujuy en 1607 y haciendo sus últimos votos en Santiago de Chile en 1614. Fue procurador a Europa en 1644 y provincial en el trienio que se inició en 1551. Murió en Córdoba en 1658 (STORNI SJ, Hugo, p. 214). Fue el primer historiador oficial de la orden, escribiendo dos tomos manuscritos, actualmente perdidos, del que se sirvieron tanto Lozano como Techo.

hacen esperar no poco adelanto, así de las letras, como de los estudiantes. Uno de los hermanos escolares (terminando su noviciado) enseña la gramática (por lo tanto, mientras no se ensanche la casa, viven sus sesenta moradores con suma estrechez, y mientras no pague la renta, también con extremada pobreza).

Entre los españoles se ha trabajado asiduamente, con frecuentes sermones, en especial durante los domingos de cuaresma, (a las que asistían todos los ciudadanos), y dos veces durante la semana en la cuaresma se contaban ejemplos, y se oían muchas confesiones, consiguiéndose que algunos, impresionados por los ejercicios espirituales y la confesión general, y hechas las restituciones a los indios (cosa muy ardua para los españoles, por lo cual evitan confesarse con jesuitas), frecuentan ahora todos los domingos los santos sacramentos de la penitencia y eucaristía; dejándose por completo de sus antiguas costumbres viciosas, y satisfaciendo ahora por medio de su buen ejemplo.

Esta ciudad esta situada en el camino que conduce del puerto de Buenos Aires a la región del Perú, por lo cual tienen los sujetos de este colegio buena ocasión de ejercer su celo con los viajeros, como se verá en los casos que pondré aquí. Uno de estos forasteros bastante enredado en varios delitos tomó finalmente la resolución de confesarlo sinceramente. Pero cada vez cuando estaba para echarse a los pies del sacerdote le hizo la vergüenza insensata volver atrás, hasta que la gracia de Dios le dio fuerza para manifestarlo con dolor y lágrimas.

Con otro sucedió casi lo mismo, (lo que dejo de contar para no alargarme demasiado).

Se ha erigido la congregación del Santísimo Sacramento y de la Virgen de Loreto, a la cual se agregaron las personas más distinguidas de la ciudad, con no poco provecho suyo; pues, aumentó la frecuencia de los santos sacramentos de la penitencia y eucaristía. Igualmente se trabajó con provecho en el convento de monjas, las cuales bajo la dirección de los Padres de la Compañía hacen grandes progresos en la satisfacción de sus almas y en la observancia del instituto.

La principal labor según costumbre de esta Provincia, se dedica a los pobres indios, los cuales se juntan en nuestra iglesia los domingos para instruirse en la doctrina cristiana, después de la cual hacen su procesión por las calles de la ciudad, concluyéndose con un sermón. Resultado de este trabajo es el gran número de confesiones y comuniones. Los miércoles y viernes de la cuaresma se les cuenta, por la noche, ejemplo, y se sigue una disciplina. Además sepa Su Paternidad que se trabaja también con los negros, aunque con más dificultad por la corta edad de ellos. A los trabajos a favor del prójimo pertenece también el catecismo para los niños, como indiqué ya en otras cartas del año pasado, en el cual ministerio nos ayudan los más adelantados de los hermanos estudiantes.

El noviciado, abundante en novicios, desde algunos meses incorporado a nuestras casas de formación, aunque interinamente, parece ha de ser de gran provecho en lo venidero, pues, el buen ejemplo de los novicios ha de influir en el buen comportamiento de los estudiantes, como lo demuestra ya la experiencia, sin que por eso afloje la aplicación a los estudios. Los que estudian los cuatro años de teología no tienen trato con los júniores, ni el recreo, al cual asiste el maestro de novicios, el Padre Juan Bautista Ferrufino y su socio.

Los novicios están separados en el comedor y en la vivienda; se distinguen en virtud y prometen llegar a ser buenos jesuitas. Puedo asegurar a Su Paternidad que la divina Providencia no nos ha abandonado; pues, casi sin limosnas, y todavía sin rentas, ya que no hay esperanzas de que dentro de algunos años nos provenga algo de los bienes del obispo, y sin embargo Dios mantiene a los sesenta sujetos nuestros, hecho que excita la admiración de los seglares, y la gratitud de los nuestros, tanto más, cuanto que cuando había habido sólo dos sujetos, apenas conseguían lo necesario para mantenerse.

Voy a referir algo de la muerte del obispo, nuestro gran amigo y fundador de este colegio. En septiembre pasado vino acá, así para recibir los votos de las monjas, como para hacer la visita pastoral de esta región, y él y su séquito fueron recibidos con gran alegría; y dejando algo desengañados a los moradores del convento de su Orden, se hospedó en nuestra casa. Recibimos al obispo con un solemne acto literario.

Pronto después salió a su gira pastoral para administrar el sacramento de la confirmación a los indígenas de la comarca, pero fue obligado a volver por un intolerable dolor de cabeza, y estuvo aquí enfermo durante dos meses, asistido continuamente por los nuestros. Durante todo este tiempo se lo oía pronunciar las jaculatorias: “Señor, dadme de más paciencia, y más sufrimiento”. Pensaba al fin, que para restablecerse sería necesario, volverse al clima acostumbrado de su tierra de Santiago del Estero (aunque todos le desaconsejábamos esto), y realmente partió, acompañado por un Padre y hermano escolar de nuestra comunidad. Pero, ya después de dos días nos sorprendió la triste noticia de que el obispo estaba agonizando. Inmediatamente me encaminé en compañía de otros Padres; le encontré todavía vivo, y me recibió él, sólo con estas palabras del Salmista: “*Laetatus, sum in his quae dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus*”. En el mismo instante, habiendo ya recibido los últimos sacramentos, rodeado de cinco Padres jesuitas, entregó su alma a Dios, dejándonos a todos persuadidos de su eterna salvación. La capilla ardiente de su cadáver se puso en el centro de nuestra iglesia, desde donde le llevamos a la sepultura con gran acompañamiento y muchas lágrimas de parte de la gente. Nueve días duraron los funerales y sufragios, durante los cuales se predicó cuatro veces. Era verdaderamente un buen pastor porque entregó su vida por su rebaño.

Más que nadie sentía la Compañía la muerte de este insigne prelado, ya que bien habíamos experimentado su amor paternal para con nosotros. Nos causó espanto el pensar que con su muerte habíamos perdido el más decidido protector y defensor contra las consabidas persecuciones. Siendo él, además, fundador, hemos ofrecido en toda la provincia los acostumbrados sufragios por el eterno descanso de su alma.

(Se invirtieron doscientos pesos en el arreglo de la capilla, y se han pintado por uno de nuestros estudiantes dos imágenes, una de la Virgen Santísima, la otra de San Ignacio. Además se adquirió un buen reloj).

### *Colegio Convictorio de San Javier*

En este colegio están empleados tres sujetos, un solo Padre y dos hermanos escolares,

es decir, el vicerrector, el ministro y el profesor de gramática, todos ocupados en la formación de los convictores, con no poco adelanto de ellos en virtud y letras. Ha sido de gran provecho la fundación de la congregación mariana. Se puede decir que este convictorio es una joya de la ciudad, y será para lo venidero una gran bendición en provecho de todas estas tierras, y hasta en bien de la Compañía; pues entre los colegiales ha habido ya algunas vocaciones religiosas de individuos de gran talento y buen natural. Entre estos treinta internos hay estudiantes de gramática, de filosofía y teología; todos los cuales se han distinguido en actos públicos sobre materias relativas a los estudios.

## Carta Anua de 1615 <sup>82</sup>

### *Letras Anuas de la Provincia del Paraguay del año mil seiscientos y quince*

Por ser esta la primera anua que de esta provincia se envía a Vuestra Paternidad me corría la obligación a dar en ella a Vuestra Paternidad la más larga relación de todas las cosas que la ordinaria; pero no lo haré porque lo habrá hecho el Padre Juan de Viana<sup>83</sup>, procurador de esta provincia que habrá dado a Vuestra Paternidad entera cuenta de los puestos y personas de ellas que entrando en esta cuenta las de la misión del obispado de la Imperial del Reino de Chile que está a cargo de Padre Luis de Valdivia<sup>84</sup> son todas ciento treinta y cuatro, de los cuales, los cincuenta y cinco somos sacerdotes, los demás estudiantes teólogos, artistas del Seminario, coadjutores, y novicios, y estos se han recibido este año hasta ocho, y ninguno ha muerto por la misericordia del Señor. Se han despedido tres, un novicio y dos estudiantes, que habían comenzado el curso de artes. Se divide la provincia en tres gobernaciones muy largas: de Tucumán, Paraguay y Chile, tendrán de distancias mil leguas. Son por todos los colegios seis, y el noviciado que está incorporado con el colegio de Córdoba. Las residencias son tres. Misiones y reducciones de indios infieles son ocho, y en ellas están ocupados quince sacerdotes.

He hablando generalmente de todos los de la provincia aunque no he podido visitar a

---

<sup>82</sup> Esta carta fue firmada por el padre Pedro de Oñate para informar lo acontecido en 1615, siendo dirigida al padre Mucio Viteleschi quien asumía el generalato ese mismo año. Fue publicada por Carlos Leonhardt SJ en el tomo XX pp. 7 a 10.

<sup>83</sup> Nació el 18 de febrero de 1565 en Viana, Navarra, ingresando a la Compañía de Castilla en 1584. Llegó al Paraguay en 1593, haciéndos sus últimos votos en Salta en 1602. Su cargo como procurador a Europa lo cumplió, viajando en el invierno de 1614 y regresando en el verano de 1617. Volvió a Córdoba, donde falleció el 28 de febrero de 1623 (STORNI SJ, Hugo, p. 303).

<sup>84</sup> Nació en Granada en 1561 ingresando a la Compañía en Castilla veinte años después. En Santiago de Chile obtuvo su sacerdocio en 1599. Varios años después vuelve a España donde muere el 5 de noviembre de 1642 (STORNI SJ, Hugo, p. 293).



los de las misiones del Guayra puedo decir a Vuestra Paternidad que por la divina clemencia resplandece en todos muy vivos deseos de su aprovechamiento, y entre ellos hay muchos de extraordinaria y rara virtud. Y mucha comunicación con nuestro Señor y celo de la salvación de los prójimos. A mí me ha sido de cordialísimo consuelo el haber visto tan de cerca y tocado con las manos lo que había entendido en el Perú por relación, y he echado de ver la regalada y paternal providencia con que el soberano labrador, y autor de este nuevo mazuelo lo ha agregado y cultivado, no sólo con carismas y dones del cielo, sino (con lo que mucho lo he ayudado) de continuas persecuciones, trabajos y pobreza que por su divino amor han padecido todos y en todos los puestos desde el primer día que se comenzó a fundar esta provincia, que a poco más de ocho años y medio y más necesidad he tenido de tirar el freno a muchos que corrían con notable fervor.

### *Gobernación del Tucumán Colegio de Córdoba y Noviciado*

Por ser esta ciudad no sólo de buen temple, y baratos mantenimientos, y acomodada para edificios, sino como el corazón de estas tres gobernaciones, y de toda la provincia, le pareció a mi antecesor y a las dos congregaciones pasadas que se debían asentar aquí todos los estudios, y poner un noviciado por la facilidad de visitar esto a menudo el provincial a causa de que todas las veces que pasa de una gobernación a otra ha de ser por esta ciudad; y en cualquiera otra que se pusiese el noviciado, y estudios sería dificultoso visitarlos cada año y con el espacio que pide la cultura de estos seminarios. Se ahorran con esto los largos caminos, gastos, y distracciones que se habrían de pasar en la mudanza de los novicios a los estudios, y hay otras comodidades en ello que el Padre Provincial habrá dicho a Vuestra Paternidad y así se ha deseado y procurado fundador para este colegio del noviciado. Lo pretendió ser el señor obispo pasado, y con grandísimo afecto y voluntad dejó para ello unas haciendas que pudieran ser suficientes, pero se le han crecido tantos pleitos, que lo que quedare en paz será de muy poca consideración, y así, sólo quedará el señor obispo como benefactor, y del colegio, con poca menos necesidad que antes, dignársela a Dios Nuestro Señor con su paternal providencia de remediarlo como lo ha hecho hasta ahora, que con ser los nuestros que residen en el colegio del noviciado más de sesenta se han sustentado bien aunque en el vestuario se pasan algunas necesidades, y no debe mil pesos por este respeto, aunque por el señor obispo deberá mil quinientos, que no teniendo limosnas consideración es lo de muy grande que lo temporal tenga el estado que he dicho, y antes se va proveyendo esta casa de algunos esclavos, ganados y heredades. Al noviciado dejó un buen hombre en Potosí, siete años ha, bastante fundación sobre unas gruesas haciendas, que se van desmenuando despacio, y con ello difiriendo la dicha fundación.

Hay en este colegio estudios de latín, artes y teología, y son por todos los que residen en él, trece sacerdotes, de los cuales están los cinco en tercera probación. Los demás son maestros y superiores, y obreros, y maestros de novicios. Los estudiantes teólogos de los nuestros son siete, los artistas diez, del seminario de latín seis. Coadjutores antiguos seis. Novicios estudiantes y coadjutores veinte, con los de tercera probación. De manera que todos los de esta casa llegan a sesenta, tienen aparte su habitación los novicios, y también los cuadrienios, y

cada día se irá mejorando con el divino favor con el que esperamos poder apartar presto del noviciado del colegio en casa aparte. En el noviciado se ha procurado el aprovechamiento, y fervor de los nuestros que proceden bien con el cuidado del maestro de novicios, y demás superiores. En los estudios también se procede con fervor, guardando los ejercicios, y todo lo demás en el libro de *ratio studiorum* siguiendo a Santo Tomás por los expositores de la Compañía y en el curso al Padre Rubio, el cual se lee *in voce* por haber experimentado en el curso pasado muy gran comodidad, y aprovechamiento de nuestros estudiantes de los de fuera perseveran diez y tres de la teología, y en el latín pocos más por la emulación de ciertos religiosos que con extraordinarios medios procuran llevar allá a los estudiantes de latín, pero como el ministerio, no es conforme a su instituto esperamos cesara este estorbo, y se mejoraran los estudios de latín, y con ellos los demás. Los actos que se han tenido así de artes como la teología han sido con mucha satisfacción dándola los maestros en el presidir, y los estudiantes en el sustentar. El ministerio con los indios se continúa, aunque también nos ha estorbado la emulación de dos religiones, que han querido fundar cofradías de indios atrayéndolos con medios desdican de nuestro instituto, pero son agradables a los indios, si bien el tener los nuestros entera suficiencia en la lengua, y mucho fervor, y caridad en ejercitar la mueve a los más a no nos dejar, ya otros volverse a la Compañía y lo mismo puedo decir del ministerio de los negros. Y en estas mismas contradicciones resplandece más la caridad, y paciencia de los nuestros, de los ministerios españoles no tengo que decir de nuevo más que se continúa lo que los años pasados, predicando los nuestros con espíritu y fervor, y con el mismo han hecho los ejemplos de la cuaresma, y acuden a las confesiones de los que nos buscan, y se dejan persuadir, y atraer de los nuestros que ordinariamente son pocos por estar casi todos enredados con el servicio personal y agravio de los indios, y huir de los hombres doctos, que pueden desennarañar sus conciencias, *nolentes intellegere ut bene agat, et ceci cecis ducatum prestant faciat Deus ne infoueam cadant*. De las mujeres que están libres de estos cargos de conciencia acuden muchas a confesarse con los nuestros, y frecuentan sacramentos y hay muchas de conocido, y extraordinario ejemplo. Algunas cosas particulares se pudieran decir de todos estos ministerios, y algunas amistades que por medio de los nuestros se han hecho principalmente unas de ciertas personas principales, que había más de ocho años que andaban en pleitos muy sangrientos en que han gastado más de treinta mil pesos, y se confederaron con grande ejemplo, y consuelo de esta ciudad pero lo que principalmente nos ha consolado, y se experimenta es, que a la hora de la muerte, y cuando en vida Dios da vivo deseos a algunos de su salvación acudan a procurarla por medio de los nuestros, y así se han compuesto las condiciones de algunos restituyendo grande parte de sus haciendas, y generalmente hablando todos tienen gran concepto de los nuestros por el gran recogimiento de esta casa, y la paciencia y silencio, con que ha llevado y llevan los de ella muchos, y muy graves testimonios y agravios e injurias que algunas personas especialmente religiosas en público, en los púlpitos, y en conversaciones, y por escrito han procurado sembrar contra los nuestros por desdorar, y tiznar su buena opinión, pero ha crecido por este mismo medio notablemente por la misericordia infinita de Nuestro Señor Dios sobre que se pudieran decir muchas cosas particulares de gran consuelo y edificación para los nuestros que se dejan tocar por personas religiosas, y sólo digo que aunque los superiores de cierta religión, arbitrate *se obsequim prestare Deo* han procurado

mover a los suyos al mal afecto, y lenguaje con que detractado de los nuestros no lo han podido alcanzar de algunos queriendo antes perder el favor, y gracia de sus Superiores, que la de nuestro Señor ni la amistad, que con la Compañía tienen, antes han crecido en ella, y en el afecto, y estimación de los de la Compañía y por ello han padecido, y padecen, no poco, pero como es causa de Nuestro Señor el va volviendo por ella, *et tacentibus nobis pro nobispugnat, aelsea lagloria in eternum* y sea servido de dar a estos buenos padres los dones, y desengaño que puede y le suplicamos siempre.

### ***Colegio Convictorio del beato Javier***

Este colegio se fundó a instancias del señor obispo que haya gloria con intento, y fin de que en él se criasen estudiantes de este obispado, y del Paraguay en letras y virtud, por haber grande penuria en todas estas tierras de ministros tales, ha habido en él de ordinario de veinticuatro a treinta colegiales, y sin bien con el fervor de los principios, calor, y presencia del señor obispo esta planta prometió copiosos frutos y no tenemos perdida la esperanza de ellos, *inimicus homo superseminavit cicaniam*, por medio de las personas religiosas arriba dichas, la cual contradicción y emulación ha ido siempre continuando y creciendo, esperamos que con la bendición de Vuestra Paternidad para que se continúe esta obra se llevará adelante a mayor gloria divina, y que ayudará mucho para ello, y los demás estudios la facultad que la majestad del rey nuestro señor sea servido dar para que aquí se reciban grados en artes y teología. Residen en este colegio un sacerdote de los nuestros que es vicerrector, y dos hermanos estudiantes y otro coadjutor. Al cabo de la relación de estos dos colegios y casas, y sus ministerios me pareció añadir que el haber mirado con consideración la persecución, y contradicción tan larga que la Compañía a padecido en todos los ministerios desde que entró en esta ciudad hasta el día presente, y por otra parte la grande prudencia, silencio, y paciencia, con que los nuestros se han portado en cosas tan graves, y el fruto que de ellas han sacado para sus almas, y el gran ejemplo y resplandor de estas cosas me hace persuadir es traza de Nuestro Señor, principio y fundamento de grande bien, y muy general de esta provincia, y que el demonio temeroso de él, le ha hecho tan fuerte, y continua contradicción como el castillo y fortaleza principal, y seminario de esta Provincia de donde han de salir los ministros, y soldados, que le han de desterrar de estas tres gobernaciones que tan tiranizadas ha tenido hasta ahora, y espero se verá con brevedad el afecto de lo que he dicho a mucha gloria de Dios Nuestro Señor y de la Compañía y bien general de las almas de indios y españoles de estas gobernaciones<sup>85</sup>.

---

<sup>85</sup> Continúa con la descripción del Colegio de Santiago del Estero, el de San Miguel de Tucumán con su misión del Calchaquí, para luego tratar la gobernación del Paraguay con su Colegio de Asunción, las reducciones de Santa María de los Reyes, San Ignacio del Paraná y Anunciación del Uruguay. Posteriormente se transcribe el informe anual del padre Roque González al provincial, continuando luego con las misiones de Nuestra Señora de Loreto y San Ignacio del Guayrá y describiendo finalmente las residencias de Santa Fe y Buenos Aires. En cuanto al reino de Chile se hará la descripción de su colegio ubicado en Santiago, con su convictorio. Concluye con la residencia de Mendoza para terminar con una larga nota suplementaria a la anua del año anterior.

## Carta Anua de 1616<sup>86</sup>

### *Letras Anuas de la Provincia del Paraguay del año 1616*

Quiero comenzar estas letras anuas agradeciendo y dando las gracias a Vuestra Paternidad en nombre de todos los de esta provincia del socorro de tantos y tan buenos compañeros, como el Padre Juan de Viana nos ha enviado mostrándonos en ello la paternal voluntad y cuidado especial que Vuestra Paternidad tiene de estos sus hijos que en esta provincia cultivan la viña del Señor de quienes fue tanto mejor recibido este socorro cuanto tantas veces oprimidos con los trabajos y mucha mies y por verse pocos para ella daban voces al cielo a Vuestra Paternidad por el *annuebant socys* que están de él en la Europa para que les ayudasen a llevar la carga que aunque con sobra de voluntad la falta de fuerzas se la hacía más pesada y no tan provechosa para los próximos que por ser muchos y poquitos los operarios era fuerza en muchas cosas faltarles en que se les suplieron ahora con los que Vuestra Paternidad nos envía de refresco, ya que en todo (porque para esto son muchos necesarios por la abundancia de tierra que hay inculta) pero a lo menos en todo lo que se pudiere como siendo nuestro señor servido de avisarle a Vuestra Paternidad al año que viene contentándome sólo éste brevemente tocar lo que tan pocos operarios como somos en esta provincia tan extendida y copiosa de mies y fuerzas naturales por corresponder a los fervores que Nuestro Señor les comunica de emplearse en nuestros ministerios, como si fuesen muchos.

Tiene la Compañía en esta provincia repartidos en 5 colegios, tres residencias, y 6 misiones y dos seminarios (según se diera en cada uno) 120 sujetos, los 47 son Padres, estudiantes 31, coadjutores 32, y 10 novicios, y todos ellos ocupados en los ministerios que usa la Compañía, sacando Nuestro Señor, y ella el fruto que verá Vuestra Paternidad por lo que diré brevemente de cada puesto.

---

<sup>86</sup> La carta anua de 1616 está sin fechar al igual que la anterior, estando dirigida por el padre provincial Pedro de Oñate al padre general Mucio Viteleschi. Fue publicada por Carlos Leonhardt SJ en el tomo XX pp. 65 a 71.

### *Colegio de Córdoba*

En este colegio, que es el principal de esta provincia estaba junto el noviciado y seminario de estudios y así de ordinario residían de los nuestros 64, entre sacerdotes, hermanos estudiantes coadjutores y novicios; el cual número se volverá a cumplir con los que vienen de España; pero después que se apartó el noviciado han residido en el este año 46, Padres doce y Hermanos 34, teólogos 6, artistas 8, seminaristas 9 y 11 coadjutores. Todos los cuales han experimentado una muy particular providencia de Dios Nuestro Señor en el sustento temporal pues sin tener este colegio ni limosnas ni rentas, así por ser la tierra muy pobre, como también por tenernos poco afecto los españoles por causa de defender a los indios sino es en los de la Compañía como ellos dicen, en otro ninguno no hallan acogida, ni amparo, con todo eso la divina providencia los ha sustentado con admiración no sólo de los que la experimentaban sino también de los seglares que la habían tenido por cosa como milagrosa sustentarse tantos con el modo y ayudas, que he dicho y reparando que algunos religiosos que no pasan ni a veces llegan a cuatro se quejan de la penuria y necesidad que en esto padecen, lo cual es en los nuestros nuevos motivos para darse más a Nuestro Señor y agradecerle esta merced y que en medio de esta providencia les deja algunas ocasiones de ejercitar la pobreza en muchas cosas, a que es ocasionada casi toda esta provincia por la penuria que hay de cosas necesarias para la vida humana y más esta de Córdoba: pero todo lo facilita otra no menos particular providencia que en lo espiritual tiene Nuestro Señor con los de este colegio, que la manifiesta muy bien el cuidado y deseo que todos ponen, y tienen de su aprovechamiento máxime en la observancia religiosa nuestra ayudándose por medio de los superiores de los medios que la Compañía usa principalmente de los ejercicios espirituales, que casi todos han tenido este año fuera de los tres días de recogimiento para renovar sus votos. El mismo cuidado han tenido los estudiantes en su estudio, teniendo sus ordinarios ejercicios literales y sustentando actos públicos que han mostrado el cuidado que en el estudio ponen, y aunque los teólogos no son muchos por causa de haber acabado muchos sus estudios, no se falta a sus ordinarias lecciones y ejercicios de letras como si hubiera muchos, además de los estudios mayores dos clases de latín, la una para los nuestros y los de fuera que van más adelante y otra para los que comienzan o no alcanzan tanto en que trabaja un hermano industriándoles a confesar y a comulgar a menudo lo casi todos hacen particularmente los de la congregación de Nuestra Señora confesándose, y comulgando muchos cada ocho días que es mucho para esta tierra y para los naturales de ella. Celebraron la fiesta de la Concepción de Nuestra Señora que es la titular de la congregación con mucha solemnidad según los límites y cortedad de la tierra ayudó orando oraciones de alabanza de esta Purísima Señora.

Los Padres se han ocupado en sus ministerios, y en los de los españoles ha habido más frecuencias este año que otros, y particularmente al jubileo de las 40 horas fue extraordinario el concurso a los sermones mañana y tarde, que en aquellos tres días hubo en nuestra casa y el fruto fue grande confesándose muchos en casa y comulgando casi todo el pueblo y haciéndose ejercicios para componer sus conciencias de muchos años gente de la más principal del pueblo y haciendo confesiones generales. Se celebró la fiesta con mucha música y

ornato posibles a la tierra. Entre otros frutos que los nuestros han cogido de los españoles ha sido hacer algunas amistades de importancia con que se han evitado muchos inconvenientes y ofensas que de Nuestro Señor se pudieran seguir, y también se han atajado pleitos antiguos y peligrosos.

La Cofradía o congregación de los indios se va continuando, tocándoles todos los domingos a la doctrina, a la que acuden con mucho cuidado, ayuda a esto el decirles cada domingo primero del mes una misa por sus difuntos de la Cofradía, a que acuden todos oyéndola con velas encendidas en las manos y aunque no se saca el fruto que se quisiera y el cuidado que los nuestros ponen con los indios pedía; con todo eso hay alguno de confesiones comuniones y reformaciones de vida, que aunque mirando por sí parezca poco fruto mirados impedimentos que el demonio ha puesto en esta tierra y en estos naturales es mucho. Los españoles son estorbos a los indios para su salvación, y así experimentamos, que donde no hay españoles sino sólo los indios se gozan los trabajos de los nuestros y donde hay por grandes que sean se malogran. También los indios sirven a los españoles de estorbo para confesarse y componer sus conciencias, y así los unos a los otros se impiden la salvación, y el fruto de nuestros ministerios que sea copioso pero los que vemos los impedimentos que pone el demonio, estimamos y agradecemos a Nuestro Señor cualquiera que se coja. Un indio no muy bueno se vino a confesar con un Padre el cual persuadiéndole que se enmendase y confesase a menudo tomó también el aviso, que habiéndose ausentado por un mes volvió a confesarse con el Padre y vino también tan enmendado, y en un mes que había que le confesó no tuvo casi materia para absolverle y perseveró confesándose a menudo y otros pudiera contar que siendo dados al vicio de la deshonestidad por medio del sacramento de la penitencia alcanzaron reformación en esto. Los miércoles y viernes de cuaresma se les tocaban el Ave María para que acudiesen a la iglesia a tomar disciplina y vienen muchos contándoseles primero un ejemplo.

La cofradía de los negros es la que más se ha aumentado de todas con algunas cosas exteriores que por ganarles y atraerles se han probado y al fin han salido bien viniendo casi todos los del pueblo a nuestra casa todos los domingos a la doctrina donde se les enseñan las cosas de Dios, de que tienen suma necesidad, y si no es en los de la Compañía es desahuciado el remedio de saberlas; porque no hay quien cuide de enseñarlos, porque es gente incapaz y pobre y por eso los nuestros le acuden con particular cuidado y afección, el cual conociendo ellos se viene casi todos a confesar con nosotros, y es grande el fruto que del trabajo, que con estos miserables se pone saca Nuestro Señor de confesiones y reformaciones de vida. Una negra que había sido distraída se reformó de suerte que procurándola un sacerdote resistió e insistiendo él en su perverso intento, por ser negra no muy ladina ni capasa como si fuera una santa de mucha capacidad, le dio una represión diciéndole que tuviese vergüenza y temor de Dios, y como diciendo misa, y tomando a Jesucristo en sus manos se atrevía a pretender aquello y abreviando razones con sus corto caudal le dijo que se fuese en hora mala, y pues era sacerdote viniese como tal, y con esto le despidió dejándole que roer para hartos días, y que una negra de Etiopía media bocal predicase a un sacerdote de Cristo. Otros ejemplos como estos pudiera decir de negros y de indias, que por brevedad se dejan también a los morenos se les toca en la cuaresma a disciplina, la cual ellos hacen con

mucho cuidado y concurso conándoseles un ejemplo.

Lo temporal de este colegio se ha aumentado con una hacienda que se procura entablar a 6 leguas de la ciudad para sustento de él; también la sacristía según la cortedad de la tierra con algunas cosas de plata, y algunas imágenes, y estará lo demás con los cálices, reliquias e imágenes que el señor cardenal de Milán nos envía, mostrando el particular amor que tiene Su Señoría a esta provincia y la grande estima del empleo que tienen los de la Compañía. En ella como muchas veces lo escribe el pare Diego de Torres, rector de este colegio y antecesor que fue mío con quien tuvo su señoría grande comunicación cuando fue por procurador a Roma del Perú, el cuál aunque por haberse ocupado muchos años en gobierno, al acabar el de esta provincia me hizo grande instancia, y al presente la hace por ir a una misión de infieles, o enseñar en alguna escuela a los niños a lo menos irse al noviciado por un par de años con todo eso le dejé aquí por rector de este colegio, por ser él, el principal de la provincia y donde están los estudiantes a quienes por haber recibido y gobernado, conocía muy bien, y así les aprovecharía. Mas heme holgado que Vuestra Paternidad lo confirme; aunque de nuevo hace instancia para dejar el oficio quiero rematar lo que toca a este colegio refiriendo a Vuestra Paternidad el castigo que Nuestro Señor ha hecho a esta ciudad sobre otros muchos, que cada día les hace por los agravios que hacen a estos pobres naturales e impedimentos que ponen a su salvación. Un caballero de esta ciudad hizo una entrada a indios con alguna gente de la guerra y licencia del gobernador, la cual por ser injusta y prohibida por el rey, los nuestros se lo advirtieron con un parecer muy comedido, y bien fundado, pero todo lo atropelló y siguiendo el de otros religiosos ejecutó intento y en dos meses trajo más de 200 personas de sus tierras donde estaban con sus parientes y como los cogió desapercibidos y ello le vieron armado y a sus compañeros y siendo naturalmente pusilánimes sin pelear, luego, le dieron las manos y se le rindieron, pero Nuestro Señor no tardó en mostrar lo que le había desagradado y ofendido de semejante atrevimiento, comenzó el cielo a llover piedra y dos o tres aguaceros razonables de que creció el río que antes era muy pequeño que se hizo un gran mar furioso, llevando por delante cuanto topaba y dando en las estancias, se llevaba de suerte, que habiendo en una casa-estancia iglesia y molino y otras cosas ni aún señal dejó del sitio y asiento del edificio, se llevó a muchos indios que los halló durmiendo y otros que cogió de día, no dejándoles otro refugio ni guardia sino los árboles y yendo los pobres a guarecerse en ellos, el agua al cuello después de cansarse en subir arrancándose los árboles de cuajo daban consigo en el raudal y corriente de agua que se había levantado sobre la tierra mas de 20 estados y así murieron más de 100 indios en este segundo diluvio y lo que da más compasión es que más de 20 de ellos borrachos. Corrió el agua más de diez leguas, que siendo de siembra las dejó infructíferas sin poder ser más de provecho que parece se cumplió el castigo que profetizó David en el Salmo 106 *Posuit et terram fructiferamin salsuginem a malitia inhabitatum in ea*, porque no contentándose Nuestro Señor de haber ejecutado el castigo que un poco antes había dicho por el mismo profeta, *posuit fulmina in desertum et exitus aquarum in sitim*, enviando dos meses antes tanta sequía que perecían los sembrados y la tierra. Envío el segundo castigo que fue tanto mayor que el otro, fue breve el tiempo en que se hizo, durando sólo tres cuartos de hora en que cayó piedra y que se levantó tres varas en alto, creciendo el río con tanta furia que no dejó ganado en aquellas partes ni cosa viva

trayéndolo todo por delante juntamente con los cuerpos de los indios, unos descabezados, otros sin brazos y otros hechos pedazos, causando grande confusión y lástima este espectáculo y para que se vea que pretendía Nuestro Señor con esto castigar al capitán de la maloca o guerra referida a quien llegó el mayor daño y al alférez, de suerte que los principales fueron también antepuestos en el daño, él ha sido tan grande que ha dejado asombrados a los de esta ciudad, por no haber visto, ni oído tal cosa aunque no sé si advierten la causa de él.

### *Colegio convictorio del beato padre Francisco Javier*

El aumento de este colegio convictorio ha impedido una oposición que hemos tenido los de la Compañía de algunos religiosos que han levantado estudios de latín y como por una parte esta tierra es amiga de novedades y por otra tan corta de estudiantes queriendo sustentar en dos partes estudios a entrambos, hay falta y así ni ellos ni nosotros podemos hacer lo que se hiciera si solo acudieran todos a una parte ha se procurado hacer todo lo posible para atraerlos aunque de modo que no se ofendiese, ni quejase nadie de nosotros; querrá Nuestro Señor que quitado este impedimento como se espera serán nuestros trabajos más fructuosos aunque no dejan de serlos con los pocos colegiales que tenemos que son hasta 20, confesándose y comulgando a menudo acudiendo a sus estudios y teniendo conclusiones públicas de artes. Celebraron su fiesta del beato padre Francisco Javier con oraciones en su alabanza, y con la solemnidad que el no estar aún canonizado permitía, contentándose en festejarlo en secreto. Hay en este colegio un padre que es vicerrector de él y un hermano coadjutor que le ayuda; y ambos a dos con extraordinario trabajo los proveen por la gran pobreza de la tierra pero animales el provecho y servicio a la república y servicio a Nuestro Señor<sup>87</sup>.

---

<sup>87</sup> Continúa relatando lo acontecido en los colegios de Santiago del Estero, Tucumán con su misión de calchaquíes, Asunción, la reducción de Santa María de los Reyes, San Ignacio del Paraná, Loreto y San Ignacio del Guayrá, las residencias de Santa Fe y Buenos Aires, el colegio de Santiago de Chile y su convictorio, para concluir con la residencia de Mendoza.



## Carta Anua de 1617<sup>88</sup>

### *Letras Anuas de la Provincia del Paraguay del año de 1617*

Quiero dar principio a estas letras anuas dando las gracias a Vuestra Paternidad en nombre de todos los de esta provincia del socorro de 30 compañeros, que Vuestra Paternidad con el Padre Juan de Viana nos ha enviado<sup>89</sup> mostrándonos en ello la paternal voluntad, y cuidado especial, que tiene de estos sus hijos.

Tiene la Compañía en esta provincia en nueve colegios, 3 residencias, 5 misiones, y un colegio seminario, 175 sujetos, los 74 son Padres, Hermanos estudiantes 38, coadjutores 43, novicios 20. Han muerto dos Padres y se han recibido 20 novicios, los 7 por el Padre Juan de Viana en el discurso de su navegación y los 13 en esta provincia.

### *Colegio de Córdoba*

En este colegio que es el principal de esta provincia, han residido 58 sujetos, los 14 sacerdotes, estudiantes 30, de éstos los 13 teólogos, 14 artistas y 3 humanistas, y 13 hermanos coadjutores han experimentado una muy particular providencia de Nuestro Señor en el sustento temporal, pues sin tener este colegio ni rentas ni limosnas, así por ser la tierra muy pobre como también por tenernos poco afecto los españoles por causa de defender a los indios, con todo eso la Divina Providencia los ha sustentado con admiración, no sólo de los que la experimentaban sino también de los seglares que la vivían.

Los Padres se han ejercitado en sus ministerios, y en los de los españoles ha habido

---

<sup>88</sup> Esta carta la escribe el padre provincial Pedro de Oñate al general Mucio Viteleschi, estando firmada en Córdoba el 22 de abril de 1618. Fue publicada por Carlos Leonhardt SJ en el tomo XX pp. 110 a 119.

<sup>89</sup> Se refiere a la expedición que condujo el padre procurador Viana que arribó a Buenos Aires en el verano de 1616 y en la que se condujeron muchos extranjeros: flamencos, alemanes, italianos y por cierto españoles. Entre ellos mencionemos a los mártires Alonso Rodríguez y Diego de Alfaro.

estos dos años más frecuencia que otros, y particularmente, al jubileo de las 40 horas fue extraordinario el concurso a los sermones de mañana y tarde, y el fruto muy grande, confesándose muchos en casa y comulgando casi todo el pueblo, lo cual tanto fue de mayor estima, cuanto mayor la contradicción, de algunas personas religiosas, que pretendieron impedir la fiesta ha hecho también ejercicios en el discurso de la cuaresma (para componer sus conciencias de muchos años) gente de la más principal del pueblo haciendo confesiones generales. Entre otros frutos que los nuestros han cogido de los españoles han sido algunas amistades de importancia con que se han evitado muchos inconvenientes y ofensas de nuestros que se pudieran seguir. También se han atajado pleitos antiguos y peligrosos. Ha ayudado mucho a la reformatión de los seglares de este pueblo, una congregación de Nuestra Señora que se ha entablado, a que acuden cada domingo con muy particular cuidado confesando y comulgando conjuntamente cada mes los más de ellos: hacía mucho tiempo que se deseaba entablar, y con haber comenzado algunas veces se había dejado por desistir de lo comenzado, los de ella pero ha sido Nuestro Señor servido que ahora se entable con más firmeza, el instrumento que Nuestro Señor tomó para fundar esta congregación fue un Padre de los que trajo el Padre Juan de Viana, el cual tratando con algunos seglares de cosas espirituales los fue poco a poco ganando, y persuadiendo que fuesen a oírle contar un ejemplo [...] domingos, con esto y con salirlos el Padre a buscar y hablar a sus casas y tiendas vino a ganar breve tiempo tantos en número, que se ha hecho una buena y fervorosa Congregación.

A la Cofradía de los indios se acude como siempre, acudiendo a ellos con puntualidad para lo que la ayuda el decirles cada domingo primero del mes una misa por sus difuntos a que acuden todos, oyéndola con velas encendidas en las manos. El fruto de las confesiones y comuniones de estos naturales es como el de los demás años pasados y así sólo quiero poner un caso de un indio no muy bueno que se vino a confesar con un Padre el cual persuadiéndole que se enmendase y confesase a menudo tomó también el aviso que habiéndose ausentado por un mes volvió a confesarse con el mismo Padre y vino tan enmendado que en un mes que hacía que le confesó, no había casi materia para absolverle y perseveró confesándose a menudo. Otros pudiera contar que siendo dados al vicio de la deshonestidad por medio del sacramento de la penitencia, alcanzaron la reformatión. Los miércoles y viernes de cuaresma se les ha tocado la campana para que acudan a nuestra iglesia, a tomar disciplina y han venido muchos contándoles primero un ejemplo.

La cofradía de los morenos se ha aumentado mucho con algunas exteriores que por atraerlos se han poblado. Y al fin han salido bien, viniendo casi todos los del pueblo a nuestra casa los domingos a la doctrina donde se les enseñan las cosas de la fe, de que tienen suma necesidad, y si no es en los de la Compañía, es desahuciado el remedio de saberlas, y por esto los nuestros acuden con particular cuidado el cual conociendo ellos, casi todos se vienen a confesar a nuestra casa no siendo poca su reformatión por medio de las confesiones de lo cual solo pondré un ejemplo. Una negra<sup>90</sup> que había sido distraída se reformó de suerte que procurándola un sacerdote resistió varonilmente e insistiendo él en su perverso

---

<sup>90</sup> Este relato ya es mencionado en la carta anua del año anterior.

intento con ser negra no muy ladina y capaz la reprendió diciéndole que tuviera vergüenza y temor de Dios que como diciendo misa y tomando a Jesucristo en sus manos se atrevía a pretender aquello, y abreviando razones con su corto caudal le dijo que se fuese en hora mala y pues era sacerdote viviese como tal, con esto le despidió dejándole que roer para hartos días, otros ejemplos como estos se pudieran decir de negras e indias que por brevedad se dejan. También a los negros se les toca la cuaresma a disciplina, a que acuden con mucho cuidado, precediendo siempre un ejemplo.

Por tener grandísima necesidad espiritual los indios, que residen en la comarca y contorno de esta ciudad, me determiné a que los Padres Juan Pastor y Juan de Humanes<sup>91</sup> saliesen a hacer misión a estos indios de la cual se sirvió mucho Nuestro Señor de la cual se cogió el fruto que declara una del Padre Juan de Humanes en que dando relación de la misión así: Salimos de ese colegio para nuestra misión día del seráfico doctor San Buenaventura muy gozosos en tal ventura dimos principio a la misión a pie y en lo restante lo hemos continuado si no es en jornadas muy largas, que a trechos, subíamos a la carreta y a trechos volvíamos a caminar a pie. Apenas salimos de casa cuando ya los indios sabían de nuestra venida, y corrió la voz por muchas leguas, y con ella el gozo y contento que tenían y como lo testifica el haber salido los fiscales, alcaldes y otros tres, cuatro leguas a darnos la bienvenida y convidarnos para sus pueblos que todos estaban muy agradecidos de que por su bien tomásemos tanto trabajo, viniendo a pie solo por enseñarles las cosas de Dios, y de su salvación. A la entrada de los pueblos nos salían a recibir en procesión cantando la doctrina cristiana y llegando a nosotros como a cosa del cielo, se arrodillaban besándonos las manos a porfía y dándonos a voces la bienvenida y unos a otros mil para bienes detenernos en sus pueblos. Llegó a tanto el consuelo, y gozo que todos tenían, que hasta las viejas lo mostraron (que como algunos nos dijeron Padres hasta las viejas se han alegrado con vuestra venida) que es lo más que se puede decir y en carecer, y realmente lo echamos de ver pues siendo ellas las que más aborrecen a los españoles, y por no verlos se privan de la vista del sol y viven sepultadas en vida. Salieron con nuestra llegada de sus cuevas y con palabras de gozo y reverencia y palmadas, nos daban la bienvenida, repitiendo muchas veces estas palabras: *laus te xpe*. Declaran más este común gozo de nuestra llegada y estima que tienen de los de la Compañía dos cosas con que quiero concluir lo que toca al modo con que nos recibieron. Se había asentado un indio de mucha capacidad de su casa, mujer e hijos, y retirándose a los montes donde pasaba grandísima necesidad, y corría riesgo su vida; la ocasión de esta ausencia fue haber querido estorbar una gran ofensa que se hacía a Nuestro Señor teniendo un español, por fuerza una hija suya aprovechándose de ella contra su voluntad, por esto y por lo que decía a sus padres era maltratada y porque mostraron sentimientos lo fueron ellos y porque su padre acudió a quién lo podía remediar, fue necesario el ausentarse temeroso de ser gravemente oprimido y castigado, por causa de lo cual habitaba en el monte

---

<sup>91</sup> Nació en Mohernando, Guadalajara, el 24 abril de 1581, ingresando en la Compañía de Jesús en Aragón en 1603. Llegó a Buenos Aires en mayo de 1610 y a siete años después hizo sus últimos votos en Córdoba. Falleció en Santiago del Estero el 30 de julio de 1660 (STORNI SJ, Hugo p. 144).

pero sabido de nuestra llegada al punto vino al pueblo y con lágrimas nos contó el caso, y el riesgo que se había puesto sólo por vernos. Luego se puso el remedio competente y el indio, quedó agradecido y con gusto en su casa. No acababa una india de dar gracias a Nuestro Señor y a nosotros por nuestra venida y decía Padres que hace 25 años que confesándome con uno de la Compañía, me exhortó mucho a que no ofendiese a Nuestro Señor y 4 meses hace que acordándome de sus buenos consejos pedí afectuosamente a Nuestro Señor enviase de aquellos Padres y ya veo cumplido mi deseo y petición. Llegados a los pueblos nos íbamos a las iglesias y dadas las gracias a Nuestro Señor les declarábamos a lo que habíamos venido. Por las mañanas se les enseñaba el catecismo, tras este, había sermón y misa y lo restante del día todo era confesar hasta la tarde que se volvían a juntar todos para oír otra vez el catecismo y sermón. Acabadas las confesiones, bautismos, casamientos y lo demás, que se ofrecía en cada pueblo para bien de sus almas, les preveníamos viniesen todos con cruces, disciplinas, sogas, palos y otros instrumentos de penitencia y con estas insignias ya tarde se ordenaba, una muy devota procesión en que iban unos con pesadas cruces en los hombros, otros con palos aspadados medios desnudos, otros ceñidos de ásperas y gruesas sogas, otros disciplinándose y todos con sus cruces en las manos, precediendo sus banderas pobres y negras todos con gran orden y concierto, modestos y devotos y cantando las oraciones. Iban de ordinario con este orden a algún lugar apartado del pueblo a alguna cruz, donde habiendo dicho uno de nosotros una oración, y el acto de contrición a voces claman a Dios misericordia, y esto con tal ternura que no sólo ellos, pero los españoles que se han hallado presentes, han derramado muchas lágrimas, llegados a la Iglesia, se les predica de la excelencia y eficacia de la penitencia, exhortándolos a ella. Acabado el sermón salen las indias fuera, y quedan dentro los indios, los cuales diciendo uno de nosotros el *miserere mei* se disciplinan todos: mozos, viejos y niños con gran fervor, sollozos y suspiros. Salidos los indios, entran las indias y de afuera se les dice el *miserere*, disciplinándose con no menos verdadero sentimiento que los hombres. Acabado el *miserere*, claman todos los de adentro y de fuera a Dios su misericordia. Acabado este devoto acto se les da a entender lo mucho que deben a Nuestro Señor por haberles dado tiempo de penitencia y que pues, quedan hijos de Dios, procuren no volver a pecar y con esto nos despedimos, agradeciéndoles lo bien que lo han hecho. Este ha sido de ordinario el dejo bueno con que los dejamos: repartimos con estos pobres de nuestro pobre matalotaje que era un poco de maíz y bizcocho, particularmente con los enfermos. No puedo dejar de decir lo que nos decían de Dios, cuando les enseñábamos las cosas de la fe y reprendíamos sus borracheras y otros vicios, decíanos con gran sentimiento: “Padre nunca hemos oído estas cosas, ni sabemos más que hilar, tejer, sacar chaguar, y otras cosas a este tono. No es encarecimiento lo que digo sino, grandísima verdad que demás de dos mil y ciento que hasta hoy hemos confesado, los más ignoraban si hay Dios, y vivían como unas bestias sin tener cuenta con mas que comer y beber. Causanos grande lástima y compasión el ver muchas iglesias de estos pueblos, destechadas, casi caídas sin campana y sin Santo. Me ha acontecido llegar al altar para ver el patrón de la iglesia, y hallarle en un andrajo tal, que por más que hice jamás le pude conocer todas a una mano fuera de una están tales que parecen más casas de la irrisión, que de Dios, Nuestro Señor. Pero quiero dejar estas cosas que son harto para llorar y proseguir dando cuenta de nues-

tra misión. Descendiendo casos particulares y dejando otros comunes y ordinarios, sólo quiero tocar dos o tres por parecerme muestran más la predestinación de estos desamparados indios. El día de Nuestro Santo Padre Ignacio se bautizó un niño que por esto se llamó Ignacio y a la noche se fue al cielo. Habiendo ya concluido con todo los de un pueblo, se partió el padre Juan Pastor a confesar unas viejas y enfermos que tenían sus casas apartadas y sus almas alejadas de su criador, en particular, una vieja infiel que se estaba muriendo, la dispuso el Padre, y con gran consuelo, la bautizó. Otro caso bien semejante ha estado sucediéndome a mí, y fue así: habíamos ido a ver un curaca, haciéndonos instancia llegásemos a su pueblo fui, al que catequicé y confesé a los enfermos y a las viejas, despachando otros que me parecieron podían ir al pueblo dónde estaba mi compañero. Mas, no conociendo su daño, siete viejos se volvieron del camino. Hice diligencias para que me llevasen a otro pueblo, pero fueron sin efecto. Me lastimaba el corazón el ver que los dejaba sin conocimiento, sin haberse confesado toda su vida, y moralmente sin remedio humano por estar ya a las puertas de la muerte. Mas como el tiempo de la misión era breve y la mies tanta, pues cerca de donde llegamos en una sierra hay más de mil almas notablemente necesitadas, y era fuerza el dejarlas, no pareció había otro remedio al presente, que encomendar estos y los 7 viejos al Nuestro Señor. Habiendo pasado un mes, estando ya de vuelta en la ciudad, y a 7 leguas del pueblo de los viejos, llegó un indio de este pueblo a pedir fuese a confesar un enfermo que se estaba muriendo. Partí al punto con notable consuelo, por confesar los siete viejos, y por el camino iba repitiendo que tenía misterio mi ida y que no era el enfermo, llegue y hallé que no estaban tan adelante como me habían dicho, y con esto me confirmé mas: debían de ser los viejos. Los hice al punto juntar, les dije cuan bueno era Dios, pues huyendo ellos de él y de su bien, su majestad los iba a buscar y les enviaba un Padre para que los instruyese en las cosas de su salvación. En esto salió una vieja diciendo que no era cristiana, que la bautizase porque ya estaba por morir, y quería ir con el Dios que les había enseñado. Me alegre sobremanera y me pareció era este el misterio de mi venida. La di por bien empleada y aún la de España sólo por esto después de bien instruida con notable júbilo suyo y mío la bauticé con otro niño de días, que por no haber cura, ni quien supiese bautizar, estaba infiel. Yo había traído las crismas para dar la extrema unción al enfermo, que no lo estaba tanto, que la pudiese recibir, y no sirvieron sino para que se diesen el bautismo con más solemnidad. En otro pueblo hallamos a otras tres viejas infieles, que instruidas, se bautizaron. Otros casos a este semejante dejo por brevedad, sólo digo que cuando el Padre fue el cuarto de legua de que hice mención arriba, cuando bautizó a la vieja, como fue a pie con grandísimo sol y ayuno, se halló algo indispuerto, y deseaba mucho más en esta ocasión, *disolui et esse cum xpo* yo como veía lo mucho que el Padre trabajaba y había trabajado, y que sin mirar a su indisposición trabajaba por cuarto de día y de noche al sol y sereno casi sin comer ni dormir, todavía me recelaba no se le cumpliesen luego sus deseos mas fue Nuestro Señor servidos de darle salud para tanto bien de estos pobres indios. En lo que más se ha trabajado en esta misión ha sido en las confesiones y así ha sido el fruto, pues en menos de dos meses y medio, se han confesado más de dos mil y cien personas y los más que no se habían confesado en toda su vida ni sabían palabra de las cosas de Dios, dejó los errores que sean desterrados de las borracheras, que se han quitado los amancebamientos y otros vicios

que se han atajado, no cuento las lágrimas y sollozos de muchos que eran tantos que apenas se podían confesar y a hablar. Convidados una vez de un español fuimos a ver una heredad y en las casas que tenía halló el Padre Juan Pastor tres viejas con solo el nombre de cristianas, yendo a confesar a un enfermo discurriendo por sus casas y cuevas que estaban unas de otras un cuarto de legua, halló otras 7 y bien instruidas. Las confesó y yo, en el ínterin yendo a confesar otro enfermo, le hallé acabando. Recibió tanto consuelo con mi visita, que parece revivió, y aunque no podía hablar ya bien y por señas le confesé; en esta misma casa hallé dos viejas que de pura vejez estaban en el mismo trance, una de las cuales tenía harta necesidad, porque no se había confesado en su vida ni sabía Dios si en esta ocasión no llegará ni le conocieran, ni le confesaran, muchos indios e indias en llegando a nuestros pies, que con no haberse confesado en toda su vida ni tenido un conocimiento de su criador con habersele dado no se querían confesar y muchos ya reducidos a esto no se querían doler de sus pecados, pero al fin, con sufrimiento, trabajo y oraciones, se ablandaron y confesaron. Entre otros, se señaló uno tanto en su dureza que vino a decir no se le daba nada de Dios ni de su gloria ni temía sus castigos, y que con mucho gusto iría al infierno a vivir con los demonios y esto con tal tesón que por mucho tiempo que se batalló con él, jamás se quiso reducir, pero encomendándole a Nuestro Señor y volviendo a la batalla de razones, se rindió y arrepintiéndose confesó. Una india fue tentada del demonio de los hombres en materia de deshonestidad, y por muchos años se defendió siempre con decir: “como puedo yo hacer esto pues me está mirando Dios” y con sólo esto jamás consintió; otra, poniéndole un puñal a la garganta, no quiso consentir en una cosa bien torpe. Otra solicitada mucho tiempo de un español con ruegos, dones, y amenazas y viendo no eran de efecto, ciego del torpe amor, cargándola de golpes y cosas la arrastró de los cabellos, y como todo esto le saliese en vano, la colgó de un árbol, desnudándola de todas sus vestiduras y puesta así la hizo azotar a dos indios hasta que la dejaron llena de llagas, y por muerta, ella estuvo tan en sí que jamás consintió con gusto antes le desengañó diciendo no se cansase, porque aunque podía matarla, no podía conquistarla como confiaba en el Señor y así quedó victoriosa, y el hombre desistió de su mal intento. Otros casos semejantes a este, dejo por brevedad. Era tanto el afecto de algunos indios que venían en busca de nosotros solo por confesarse 2, 3, 4 y hasta nueve leguas, que muestra bien el amor que tienen a las cosas de su alma y a los de la Compañía, lo cual también mostraron en la ocasión que diré. Viniendo un indio a pedir a un doctrinante fuese a confesar a un enfermo que se estaba muriendo, no quiso ir, y por tenernos tan conocidos vino en busca de nosotros y con estar a más de tres leguas fui al punto y confesé al enfermo, que de puro goce me repetía muchas veces “ha padres, que desde que os fuisteis acordándome de vosotros no me hartó de llorar por que el bien que nos hacéis, y porque no sois como estos padres doctrinantes. Se han hecho muchas amistades y casado muchas personas, que pensándolo estaban amancebados. Esto se me ha ofrecido de nuestra misión en breve y va escrito hartó de prisa en los Santos Sacrificios y Oraciones de Vuestra Reverencia, mucho me encomendó, de Ongamira a 22 de Setiembre 1617.

Lo temporal de este colegio se ha aumentado con una estancia de ganado que se procura entablar en seis leguas de la ciudad, y con otra muy buena que hemos comprado que tiene viña y sementeras y de estas dos haciendas esperamos en gran parte el fácil sustento

de este colegio primario. También la sacristía se ha aumentado según la cortedad de la tierra, con algunas cosas de plata y algunas imágenes y en especial los cálices y reliquias que el ilustrísimo señor cardenal de Milán nos envió, mostrando el particular amor que su ilustrísimo tiene a esta provincia, y la grande estima del empleo que tienen los de la Compañía en ella como muchas veces lo ha escrito al Padre Diego de Torres rector de este colegio.

### *Casa de Probación*

Está en esta ciudad de Córdoba la casa de probación, que se pasó de San Miguel de Tucumán y ha sido y será de suma importancia a esta Provincia porque separados aquí del colegio se crían en todo con la comodidad para su duración espiritual, y ejercicio de mortificación, que usa la Compañía y se les echa de ver palpablemente en su aprovechamiento espiritual. Residen en ella dos Padres, 17 novicios estudiantes y dos hermanos coadjutores; se ve en todos los hermanos novicios grandes fervores, y deseos de su perfección, acudiendo a sus ejercicios con aquella exacción y puntualidad, que la Compañía procura en sus noviciados; están en el sitio que fue de los colegiales del seminario, el cual, por no poderse sustentar a causa de acudir muy mal con las pagas se hubo de hacer, pasan los hermanos novicios pobreza por no tener renta alguna el noviciado, mas esperamos en el Señor que remediará presto su necesidad como nos ha remediado otras, en el ínterin se les acude con alguna contribución de la provincia<sup>92</sup>.

---

<sup>92</sup> La carta continúa con los hechos acontecidos en el colegio de San Miguel de Tucumán y su misión de calchaquíes, la residencia de Salta, el colegio de Asunción, las reducciones de indios guaycurues, de san Ignacio del Paraná, de Nuestra Señora de la Encarnación, de Nuestra Señora de Loreto, san Ignacio del guayrá, el colegio de Santiago del Estero, la residencia de Esteco, los colegios de Santa Fe, Buenos Aires, Santiago de Chile y Mendoza.

## Carta Anua de 1618 - 1619 <sup>93</sup>

### *Letras Anuas de la Provincia del Paraguay de los años de 1618 y de 1619*

Por haber acabado ahora de dar vuelta entera a toda esta provincia y ser ocasión en que va el Padre Procurador electo por ella (que es el Padre Francisco Vázquez) a verse con Vuestra Paternidad me pareció tomar más de propósito dar clara, y útil noticia de ella. Tiene esta Provincia, aunque tan nueva, ciento y ochenta y uno de la Compañía, los 84 son Padres, los 47 hermanos estudiantes y los 50 hermanos coadjutores; es tan dilatada y extendida que para dar la vuelta en la dicha visita he andado mili y quinientas leguas en 20 meses que duró por que comprende tres gobernaciones que son la de Chile, la de Tucumán y la del Paraguay, las cuales están en tal disposición que en la de Chile se andan las quinientas leguas a caballo y en la de Tucumán otras quinientas a carreta de bueyes (y en la del Paraguay otras quinientas) las más de ellas por el gran Río de la Plata y en balsas y por esto es forzoso que el provincial haga tres navíos diferentes. Corre toda esta Provincia de Norte a Sur desde 23 grados en que esta la ciudad de la Asunción hasta 47 en que está nuestra residencia de la isla de Chiloé y de Este a Oeste trescientas leguas que hay desde la costa de Buenos Aires a la que le corresponde en la misma altura de Chile.

Tiene repartidos los ciento y ochenta y un sujetos en 9 colegios y una Casa de Probación y ocho residencias. Los colegios están en ciudades de españoles que tienen grandes comarcas de indios cristianos pero muy necesitados de doctrina. Las residencias todas son de indios infieles reducidos a la fe por los mismos de la Compañía y que requiere tan evangélicos ministros porque en todas las dichas residencias no sólo los indios de ellas estaban pocos años en las tinieblas y ceguedad de su paganismo, sino también vivían del todo desnudos, sin casas y sin pueblos y sin ningún orden de república, haciéndose perpetua guerra los

---

<sup>93</sup> La carta está firmada el 17 de febrero de 1620 por el padre Pedro de Oñate quien la dirige al general Mucio Vitelleschi. Fue llevada personalmente por el procurador Francisco Vázquez Trujillo, quien años después estará a cargo de la provincia. Fue publicada por Carlos Leonhardt SJ en el tomo XX pp. 170 a 172.



unos a los otros, y comiendo carne humana de esta salvajina fiereza los ha reducido la Compañía no sólo a casas y pueblos y sementeras y orden de república, sino también al suave yugo de la ley de Cristo y a costumbres tan cristianas y pías como abajo irá declarado. Y si es muy dichosa esta provincia por la mies de infieles que tiene ya reducida al evangelio, no lo es menos por la que va descubriendo, rompiendo el campo inculto de esta ciega gentilidad con el arado del evangelio, y abriendo muchas puertas patentísimas para él porque ahora de nuevo en el Uruguay nos están llamando (a lo que se entiende) más de cincuenta mil almas de gentiles que se quieren reducir. En el Iguazú más de cuarenta mil. En el Yjaña otras muchas. En los Ytatines se están obra de diez mil en su gentilidad llamando sacerdotes. *Sed pertinent panem et non erat qui frangerent eis*: Junto a la Villa Rica del Guayra hay otras muchas naciones de indios en esta disposición. Aquí en Tucumán en el Valle Calchaquí se van convirtiendo muchísimos infieles. En la Comarca de Mendoza hay más de dieciséis mil almas, muchas en su gentilidad y los bautizados no tienen de cristianos sino solo el nombre y ahora se hace una nueva entrada a la provincia de los Césares que corre Norte a Sur como trescientas leguas hasta el estrecho de Magallanes, en la cual se espera se han de descubrir grandísimo número de infieles que será también mies para esta provincia y en Chile fuera de los indios amigos infieles que son muchos, esperamos en Nuestro Señor que se han de pacificar y convertir los de guerras, que será una copiosísima mies, y fuera de nueve mil o más indios que doctrinan ya Padres de Chiloé, hay los chonos y muchas otras naciones en un archipiélago de Indias islas mies no menos lastimosamente necesitada que dispuesta para el evangelio y que están ya llamando a los Padres de las reducciones (que les tienen como a la vista) y para que les vayan a predicar a sus tierras.

Y cierto si se mira con ojos espirituales es muy poco menos gloriosa la mies de nuestros colegios porque cada uno tiene en su comarca un muy copioso número de indios aunque cristianos en el nombre y bautismo, pero tampoco cristianos en la doctrina y en las obras que difieren poco de los dichos gentiles, de manera que podemos decir que cada colegio tiene en su circuito una misión del Guayra o del Paraná y aún los mismos españoles (a quien en último lugar en esta tierra acudimos) están tan necesitados en sus almas con la libertad y distracción que trae consigo la tierra y tienen tan enmarañadas sus conciencias en casos dificultosos que el acudir a ellas se puede contar por una de las obras apostólicas de la Provincia.

Y para que no faltase nada para los ministerios de ella para ser verdaderamente evangélicos, juntamente con ser ministerios de conversión de tanta gentilidad se les añade como esmalte. Lo primero la suma pobreza de esta provincia en la que no sólo en las residencias sino también en muchos de colegios se carece de mucho de lo necesario para la vida humana no comiendo pan sino mandioca, ni carne de vaca o terneros sino, cuando mucho, tasejos viviendo en buyos [sic] de paja y vistiendo no paño, sino estameña o lienzo de la tierra, teñido que es lo más común, lo cual también ha dado ocasión para que Vuestra Paternidad conceda los colegios incoados [sic] (aunque algunos no tienen más de cuatro o cinco de la Compañía) porque fuera imposible sustentarse de limosna y es necesario fundar alguna renta con el sudor de nuestro rostro y trabajo de nuestras manos esta pobreza pues digo que es una gran ventaja de esta provincia. La segunda es el trabajo de los caminos larguísimos y

peligrosísimos sin pueblos y sin ventas que necesitan atraer todo el atoar y matalotaje a cuestras *periculis latronum, periculis exgenere, periculis exgentibus*. La tercera ventaja son las persecuciones que en esta provincia se nos han levantado y levantan por predicar el santo evangelio y en particular en toda ella contra el servicio personal y en Chile el arbitrio y guerra defensiva y por defender a estos pobrecitos indios hijos espirituales nuestros de los insultos y agravios de los españoles de lo que nos han levantado tantas borrascas y torbellinos de contradicciones, odios y falsos testimonios cuantos dudo haya padecido otra provincia de la Compañía desde su fundación y eso no se puede negar ser gran ventaja pues es primera verdad el que dijo en el evangelio *beati qui persecutionem patintur propter iustiam* para que nada faltase al colmo de la felicidad de esta provincia para ser del todo evangélica y apostólica no faltan en ella ocasiones de martirio, pues hemos tenido ya las gloriosas muertes de los padres Martín de Aranda, Oratio Vecchi y el hermano Diego Montalbán<sup>94</sup> que derramaron su sangre a manos de los indios infieles por la predicación del evangelio a cuyas felicísimas muertes ni Vuestra Paternidad ni ninguno que bien entiende y penetra sus causas creo les negará la dicha cualidad tan honorífica del martirio y las cosas están dispuestas en la Provincia de manera que se entiende no faltarán en ella a los ministros evangélicos otras muchas ocasiones semejantes.

Y porque esto no es alargar sino abreviar antes que diga de los puestos quiero decir algunas cosas generales de la provincia que servirán de que no se repitan en cada puesto. Y sea la primera que si bien la mies es evangélica, Nuestro Señor ha proveído en esta provincia a Vuestra Paternidad de gran número de obreros, hombres de tanto espíritu, tan deshechos de sí, de tan profunda humildad y de tanta honra, que se echa de ver claramente que es aquel *qui dat niuem sicut lanam* pues ha proveído esta, su mies de tan proporcionados obreros y palpablemente vemos que todas las misiones piden y requieren el espíritu más apostólico y levantado tanto más acuden nuestros con él a los que están en ellas y cierto que algunas veces poniendo los ojos en su grande espíritu y fervor me parece se cumple en ellos aquello que San Pablo *ni hiliminus habeo aceteris apostolis, et i doneos nos fecit ministros nouui testamenti* y no quiero dejar de añadir una cosa de grandísimo consuelo, y es que en todos los de esta provincia hay tan grandes deseos y ansias de ir a estas misiones de los gentiles más dificultosas y trabajosas que parece que la ambición que en otras partes pudiera haber a los puestos más plausibles y lustrosos de los españoles de cátedras y púlpitos y prela-cías todo se ha trocado en ella en estas pretensiones de estas misiones apostólicas con tanta ansia y extremo que ha sido menester en públicas exhortaciones avise a todos muy de veras que pongan rienda a sus deseos y reduzcan a más indiferencia y aunque amenace con que los que no la tuvieran nunca conseguirán sus deseos.

De ellos nace el fervor con que en toda la provincia se toma el aprender la lengua de los indios para lo cual hay una hora señalada de cada día y las misiones de todos los cole-

---

<sup>94</sup> Murieron el 14 de diciembre de 1612 en Arauco, Chile. El primero era chileno, el segundo italiano y el tercero mexicano. Este último hacía unos pocos meses que había llegado a la provincia. Mientras que el padre Aranda había arribado a Santiago de Chile en 1599 y Vecchi en 1607.

gios, en cada uno de los cuales se hacen dos por lo menos cada año con el fervor y fruto que en particular irá declarando.

También es muy común y de grande edificación en toda la provincia, que habiendo en ella puestos que no tienen más de tres o cuatro de la Compañía y habiendo solamente en cada residencia en todas hay campanilla con que se toca a levantar oración comer exámenes y con el mismo orden que en cualquier colegio muy formado y numeroso, y esto se guarda así, inviolablemente aunque quede uno solo y con esto aún los muy solos acuden a toda la observancia y disciplina religiosa si no es en casos de precisa necesidad porque *ipsi sibi sunt lex*.

También digo de una vez para todos los colegios que se ha entablado en todos ellos un jubileo de 40 horas con admirable frecuencia y fruto, de manera que parece Semana Santa, no obstante que en muchos de ellos tampoco el ornato, música y sermones que puede haber por la cualidad de la tierra, que nos hace decir a *Dno factum est istud y et est mirabile in oculis nostris*, con la misma facilidad y fruto se ha entablado en todos los colegios el Jubileo de las comuniones generales de cada mes y unción celestial de la Compañía para la conservación de las almas, para la gracia divina, y para la reformación universal de la Iglesia. Con esto que he dicho en común excusarse el repetir muchas cosas, en particular en cada colegio diciendo solamente el fruto de estos años y los casos particulares. Han muerto en ella dos y recibíendose en la Compañía doce en estos dos años.

### ***Colegio de Córdoba***

Viven en este colegio al presente, 53 de la Compañía, los 12 sacerdotes de los cuales dos son maestros de teología escolástica y 29 hermanos estudiantes de los cuales uno es maestro de seminario y otros dos de latín, y once hermanos coadjutores. Y por ser este el colegio primario de la provincia y donde están los estudios de ella, se pone en él sumo cuidado en que los estudios se entablen del todo conforme al Libro de *Ratio Studiorum*, y con esto y con los buenos maestros salen de ellos tan buenos estudiantes que en cualquier parte de Europa pudieran lucir: pero mucho mayor se pone en la buena educación de esta nuestra juventud y los frutos de este cuidado se cogen copiosamente en la observancia y disciplina religiosa, fervor de espíritu y deseos de las misiones de los indios que comúnmente se ven resplandecer en todos nuestros estudiantes cuyos actos literales se ha dignado favorecer el reverendísimo de este obispado con su asistencia y argumentos y con mayor demostración del singular afecto con que su ilustrísima ama a la Compañía. En la fiesta de Nuestro Buen Padre Ignacio nos honró con su misa de pontifical y en la de la de la circuncisión con un sermón lleno de alabanzas de la Compañía.

Y aunque este colegio se ocupa principalmente en los estudios, no por eso se olvida de los ministerios de las almas antes las ayuda principalmente con cinco medios, el primero la congregación de los seglares, el segundo de los estudiantes, el tercero de los indios, el cuarto la de los morenos, el quinto la de la decuria de los niños con los cuales cinco medios de tal manera abraza todos los ministerios que puede hacer la Compañía en este pueblo que a

ninguna suerte de gente le falta en cuanto pueden ser ayudadas de nosotros. Y en especial en la congregación de los seglares y de los estudiantes ha resplandecido mucho la frecuencia de los sacramentos y otras obras pías y consiguientemente la pureza de sus conciencias y aprovechamiento de sus almas y al fin todos saben que la Compañía no les ha de faltar en ningún tiempo ni en ningún ministerio. Muchos publican aquí, no sin confusión nuestra que no hay otra religión sino la Compañía y todos están edificados y tienen gran concepto de ella, no obstante que algunos por otras causas no nos son bien afectos.

Dejo de decir el fruto en particular no por ser poco sino por ser muchas veces repetido en otros años. El mayor se pudiera coger en esta comarca necesitadísima con misiones a los pueblos y estancias de indios, mas estas se han dejado por falta de obreros, porque aunque es tan numeroso el colegio todos están necesariamente ocupados con los estudios de él; con todo (aunque con gran dificultad) se han podido hacer dos misiones de indios de las cuales se ha sacado muy grande fruto en muchos bautismos y confesiones que en ella se hicieron en las cuales es cosa memorable que en tanta rudeza y falta de la doctrina como hay entre estos indios con todo eso hallaron los Padres algunas almas que apenas daban materia de absolución principalmente aquellos que se habían confesado otras veces en otras misiones con los Padres de la Compañía con tanto cuidando que daban de su aprovechamiento.

Lo temporal de este colegio ha tenido estos dos años muy grande aumento, el principal es haberse acabado de entablar las dos haciendas, la una de toda suerte de ganado de vacas, ovejas, yeguas y cabras en gran cantidad en Caroya; y la otra de la viña y sementeras de trigo y maíz de Jesús María. Para estas haciendas se han comprado ocho esclavos de nuevo y se ha hecho una casa en Caroya. Se ha aumentado también nuestra sacristía con cinco ornamentos, uno rico, y cuatro ordinarios y el Padre Diego de Torres le trajo de Potosí un buen sagrario, una lámpara de plata muy hermosa y dos campanas grandes de mucho valor y ha pagado el colegio más de cuatro mil pesos de la plata que debía.

Se han hecho también algunas amistades (entre los frutos espirituales que este colegio ha tenido) de mucha importancia máxime entre dos casados que con escándalo se habían apartado y pedían divorcio, y por medio de uno de los nuestros se reconciliaron y viven en paz. Entre otros dos que vivían con mucha edificación y confesaban y comulgaban muy a menudo, procuró meter el demonio cizaña, de suerte que no tenía paz. Pero hablando uno de los nuestros al que más rebelde estaba se deshizo todo este nublado, y han vuelto a su unión y concordia.

### *Casa de Probación*

Está también el noviciado de esta provincia en la misma ciudad de Córdoba por que así conviene, pero todo apartado del colegio. Ha habido en él a tiempos 20 de la Compañía, dos Padres y dos hermanos antiguos, cuatro de tercera probación, y los demás novicios. Al presente no hay más de 15 padres antiguos y un hermano y un padre de la tercera probación, 6 hermanos novicios estudiantes y 6 coadjutores, y en general se puede decir del noviciado que con esta separación está tan acomodado para la buena educación de los novicios, en es-

píritu como cuantos hay en Europa, porque tienen buena casa, bastante, y capaz y como el pueblo es pequeño nadie asoma allá y ayuda también para su buena crianza que como no tiene fundación, vive de la contribución de la provincia. Y así no tiene el padre rector ni nadie de él ninguna solicitud ni cuidado de las cosas temporales; con todo eso deseamos quitar la carga de la contribución a la provincia y voy dando orden de ello porque fuera de tener ya el noviciado la dicha casa que es suya y una estancia de trescientas vacas y ochocientas ovejas les he comprado ogaño mil y quinientos pesos de esclavos para cuando se pusieren de por sí que es pero en nosotros podrá ser presto comparándoles una estancia de buenas tierras y pastos.

No es justo pasar en silencio lo que tanto manifiesta la eficacia de la divina vocación y medios de los predestinados. Un novicio venía de muy lejos al noviciado con palabra de ser luego recibido en la Compañía. Le dio una gravísima tentación con la fuerza de la cual resfriado determinó de volverse al siglo y para ponerlo por obra se iba quedando atrás de las carretas en que venía con otros de la Compañía. Anduvo a pie casi toda una noche sin que hubiese remedio con él para que entrase en las carretas ni los nuestros que le traían a la vista le diesen lugar a la fuga que intentaba, mas queriendo el benigno pastor de las almas, recoger aquella oveja descarriada, le hirió luego aquella noche con una enfermedad de dolor de costado tan agudo y grave que le puso en diez días que le duró su rigor, muy a las puertas de la muerte y conociendo tan evidente castigo de la providencia divina para volverle a su vocación. Repitió muchas veces que nunca jamás le pasaría cosa contra ella por el pensamiento y luego convaleciente de la enfermedad del cuerpo y del alma y entró en la Compañía<sup>95</sup>.

---

<sup>95</sup> Continúa la carta con las descripciones del colegio de Santiago del Estero, San Miguel de Tucumán, la misión de La Rioja, las residencias de Esteco y Calchaquí, el colegio de Chile y de la Concepción, la residencia de Arauco, , de Buena Esperanza y Chiloé, los colegios de Mendoza, Buenos Aires, Santa Fe y Asunción, la residencia de los guaycurues, las misiones de San Ignacio y Loreto del Guayrá y las de San Ignacio, Itapúa, Iaguapoa en el Paraná, para concluir con la misión del Uruguay.

## Carta Anua de 1626-1627 <sup>96</sup>

### *Letras Anuas de la Provincia del Paraguay de los años de 1626 y 1627 de los Colegios y Misiones de la Compañía de Jesús*

El Padre Gaspar Sobrino<sup>97</sup> procurador de esta provincia del Paraguay, llevó el anua del año de 25 en la cual vería Vuestra Paternidad los trabajos que padecen sus hijos en esta provincia y la extrema necesidad que tenían de sujetos. Vuestra Paternidad como Padre amoroso con el dicho Padre nos ha enviado un socorro tan copioso (que nunca le hemos visto mayor) que nos obliga a dar gracias a Vuestra Paternidad que se sirvió socorrernos colmando nuestros corazones de singular contento, aunque también le corre a Vuestra Paternidad obligación de dar gracias a Nuestro Señor que sea agrado tanto de la venida de 41 sujetos<sup>98</sup>, que se ha servido librar al Padre procurador y a sus compañeros de evidentes peligros de la vida, de que me veo a apuntar algunos, para que sea glorificada la admirable providencia del Señor por los maravillosos efectos de ella que experimentó el Padre y sus compañeros y en ellos todos nosotros. Como fue que, habiéndose el Padre embarcado en una carabela que sola había en el puerto de Buenos Aires para dar principio a su viaje, llegados al paraje de un famoso bajío o escollo que llaman Los Abrojos de la otra parte del Río Género, principal tropiezo de toda aquella navegación con particular tiento y cuidado de salvarlos por un lado por el manifiesto peligro de encallar o hacerse pedazos la embarcación, cuando no pen-

---

<sup>96</sup> Las presentes anuas las firma el provincial Nicolás Mastrilli Durán el 12 de noviembre de 1628. Fueron dirigidas al padre general Mucio Vitelleschi. Fue publicada por Carlos Leonhardt SJ en el tomo XX pp. 226 a 329.

<sup>97</sup> Nació en Alagón, Zaragoza el 5 de julio de 1589. Ingresó a la Compañía de Jesús en su pueblo natal a fines de 1606, embarcándose para las Indias diez años después. Estudió en Córdoba y obtuvo sus últimos votos en 1622, alcanzando a ser provincial en el periodo 1654-1655, fecha esta última en que muere (STORNI SJ, Hugo p. 272).

<sup>98</sup> Una detallada nómina de los sujetos que vinieron en la expedición del padre Sobrino del año 1628 en LEONHARDT, Tomo XIX, p. LIII.

saban haber llegado a ellos se hallaron de repente de la otra parte y que la carabela había pasado por encima con evidente riesgo que no conocieron hasta que estaban ya fuera de él; y todos los expertos reconocieron en este caso, particular favor del Señor y no menos en el que se sigue. Pasada la Baya navegaban a media noche muy confiados porque a la cuenta del piloto se hallaban más de cincuenta leguas metidos al mar, dormían todos a sueño seguro, sólo un marinero de buen tiento velaba advertido, éste reparando le pareció divisar cerca tierra avisado el piloto no hizo mudanza, por parecerle imposible. Se vino inquieto el solícito marinero; antes certificada más la vista se volvió a hacer nueva instancia y requerimientos del peligro que, reparando todos vieron tal al ojo que a poco trecho fueron inevitable porque se iban con la proa a tierra, que vieron tan cerca de las tinieblas de la noche, que a poca tardanza encallaba sin remedio la nave. Muy alentados quedaron el Padre y sus compañeros por haber escapado de dos tan grandes peligros, pero les faltaba mucho mayor, el tercero. Dos meses había que 10 navíos enemigos asombraban a Pernambuco y sus costas por las cuales andaban en corso con tanta ganancia, que no se escapó embarcación de sus manos porque tenían tomadas todas las entradas del puerto. De unos pescadores tuvieron noticias se esperaba del Río de la Plata una carabela de retorno que era la que al Padre llevaba, concibieron grandes esperanzas de un rico pillaje si la habían a las manos y así se determinaron aguardarla como lo hicieron por muchos días. Mas les hizo Dios herrar el lance; porque un día antes que el Padre llegase, un repentino temporal forzó al enemigo a engolfarse, y el mismo apresuró el curso de la carabela, metiéndola con mucha prisa en el puerto, como quien le abría la puerta al enemigo, la cerraba de golpe. Cuando los vieron entrar salvos concurrió toda la villa admirada y atónita pregonándolo por milagro de la divina providencia y avisados con la novedad los que iban inocentes en su peligro dieron todos al Señor afectuosas gracias.

En Pernambuco se detuvo el Padre 4 meses por haber aviso de Su Majestad que toda aquella carrera estaba infestada de corsarios y orden que ningún navío se hiciese a la vela por el manifiesto riesgo. Al cabo de estos, aunque con hartos peligros, fiándose de quien en tantos había mostrado acompañarle se embarcó para Lisboa. A cuya vista estuvo muy a pique de padecer fortuna el navío y tan zozobrado que los que en él iban se daban ya por perdidos, tal que un estudiante que el Padre consigo llevaba llamado Don Manuel de Cabrera hijo de un caballero muy principal de estas partes que le enviaba a España a lograr las esperanzas que sus muchas prendas prometían asaltado del miedo y de tan conocido peligro hizo voto de engañarlas si escapaban, entrando en la Compañía como lo cumplió en el noviciado de Tarragona, donde persevera con edificación.

Llegado el Padre a Europa y concluidos con mucha brevedad los negocios que llevaban a su cargo y alcanzado de Vuestra Paternidad tan buen número de sujetos se partió con su santa bendición para la corte y de ahí a Lisboa para donde había convocado los sujetos de todas las provincias que en breve se juntaron habiendo en los caminos dejado notables ejemplos de edificación y hubo quien con su religioso trato hablando el rebelde corazón de un clérigo de muchos años amancebado y que había tres que no se confesaba, porque traía siempre consigo la mala compañía, la cual apartó de sí y mudó de vida, como lo hicieron otros que dejo, por no alargarme y los muchos peligros que cada particular padeció por ve-

nir a los que fueron comunes.

Ya estaban en Lisboa todos los sujetos juntos y a punto para embarcarse cuando de repente les sobrevino un embarazo que les detuvo, mas el que pensaban que lo había de ser de su viaje, ordenaba Dios para allanar el camino. El veedor general de su majestad pretendía que el navío que los Padres tenían fletado era de contrabando y por eso perdido. Les prohibió la partida, instaron los Padres con ruegos representándole inconvenientes, interpusieron personas de mucha autoridad, a todo se mostró inexorable, y al fin los detuvo algunos días después del señalado para la partida. Ya estaban determinados fletar otra embarcación aunque muy incómoda y mal segura. Dio parte el Padre procurador de su determinación al veedor el cual de repente trocado (por la gran suma de sacrificios, oraciones y penitencias que todos los padres y hermanos se ofrecieron para alcanzarlo de Nuestro Señor) dijo quería dar la licencia que había negado para que partiese el navío. En esto entró por la barra otro más grande y reforzado pero lastimado y roto por haberse escapado huyendo de una refriega con dos navíos de turcos que tenían ocupados los pasos del puerto días hacía y aunque con 4 hombres muertos y muchos heridos se tuvo por bien librado respeto de otro que dos días antes había caído en manos de los enemigos, los cuales era imposible escapar los padres a no haberles el veedor, aunque por distinto fin, estorbando la salida. Por su mudanza repentina dieron al Señor muchas gracias haciendo todos disciplina pública en el refectorio, y alentados con la paternal providencia que experimentaban del Señor aunque había grandes asonadas que hervía el mar de piratas y muchos por esto les disuadían la partida, se arrojaron en sus manos prevenidos con muchas penitencias y oraciones a 15 de febrero de este año de 1628 y a vista de innumerable gente que lo tuvo por un agradable espectáculo de admiración y consuelo por ver la resolución y alegría que manifestaba en tanta juventud con que las delicias y regalos de Europa trocaban por los trabajos de tan remotas provincias. Hasta cerca de la línea gozaron de muy favorable tiempo y con el de mucho consuelo, mas se les huyó de aguar porque el que hacia la descubierta dio vista a dos navíos que venían en su alcance a poco más de legua de distancia, estaba a la sazón el día muy despejado y sereno, cuando de repente avivando más el aire se vistió de una oscura nube que poniéndose en medio defendió la vista al que parecía enemigo. Dentro de una hora se quedó el día tan limpio como antes y no se vieron más los navíos. En el río Género se hicieron escala para tomar algún refresco donde no se puede fácilmente decir las demostraciones de amor de todos los Padres de aquel colegio y regocijo con su llegada; porque luego en sabiéndola fue el Padre rector del abordo (previendo con extraña industria el desembarcarse el Padre procurador porque no le ganase de mano) acompañado del gobernador de la tierra y de toda la nobleza de ella con mucho aparato de canoas a la usanza de aquellas partes, y de chirimías y otros instrumentos que resonando por aquellas riveras ocupadas de la multitud del pueblo regocijada con la tranquilidad del mar y una agradable vista que ofrecía la amenidad de las arboledas circunstantes, hicieron a los Padres un solemne recibimiento. Llegados al colegio es sobre todo encarecimiento explicar el agasajo y regalo que todos los de él, a nuestros pasajeros hicieron, esmerándose con muy grande caridad en regocijarles (como lo tienen de costumbre cuando por el Brasil pasa alguno de esta provincia y lo hicieron a la ida en Pernambuco con el Padre procurador) desacomodándose en su habitación y otras cosas por hacer



comodidad a 43, que eran los huéspedes. Diez días los detuvieron en aquel colegio con el regalo dicho y al cabo de ellos se embarcaron dando a aquellos Padres no menos muestras de caridad que la despedida que en su recibimiento. Salidos del río Género padecieron un manifiesto peligro de hacerse pedazos el navío en una peña de que maravillosamente les libró nuestro Señor. Finalmente a postrero de abril, llegaron al puerto de Buenos Aires donde yo los estaba esperando aunque no tan presto, y así cuando los vieron entrar todos los entendidos se maravillaron mucho por la brevedad del viaje que cuando es próspero suele ser de 3 meses y los Padres aún no pusieron dos y meses pero es sin duda que en este caso mas que en ninguno de los referidos se mostró el Señor con nosotros amoroso padre por lo que luego diré porque lo notó toda la tierra y alabó al Señor por ello. No sabré decir el consuelo de que nos bañamos todos los de aquel colegio, certificados ya de su feliz llegada, habiendo por el deseo de ella y peligros grandes de que entonces estaban llenos estos mares (tales que casi del todo había cesado su navegación) estado incrédulos a todo el pueblo que nos lo certificaba, hasta que vimos al Hermano compañero del Padre procurador. Todos salimos llenos de gozo a la playa recibiendo en nuestros brazos con ternísimos parabienes a los que ya gozaban de la tierra que de tan laxos habían buscado. Para que fuese más solemne el recibimiento había hecho bajar con tiempo de la reducción de San Ignacio del Paraná al puerto, al Padre procurador Comental, con la música de ella, que eran 20 indios grandes y pequeños, diestros cantores y excelentes músicos de vihuelas de arco y otros instrumentos al son de cuales cantaron en nuestra iglesia de acción de gracias un solemne *Te Deum Laudamus* y en casa les hicieron los primeros días varios regocijos de danzas y otras invenciones con mucha destreza y gracia, que se sirvieron de más recrear a los huéspedes del tedio de tan trabajosa navegación, de cebo de sus fervorosos deseos y ansias que todos traían de convertir esta gentilidad viendo en aquellos niños y demás compañeros el logro tan patente de los apostólicos trabajos de los que se ocupan en esta gloriosa empresa, porque no es fácil de creer el consuelo que recibían en verlos que no cabiendo en el alma, rebosaba por los ojos, arrasándolos de lágrimas, viendo por una parte la devoción y compostura con que celebraban los divinos oficios y mostraban en todo su trato; y por otra la destreza e industria en todo género de policía y ejercicios liberales en que exceden a muchos cultivados de Europa, gente pocos años antes tan bárbara que no los distinguía de los brutos sino la figura y que los más de ellos bautizaron los de la Compañía siendo ya grandes pero de esta materia no faltará lugar donde se trate más de propósito. Quince días no más habían pasado después de la llegada de los Padres cuando estando tratando de su despacho vino a toda la tierra un trabajo que por lo menos les sirvió de harto desosiego y asombro. A 15 de mayo asomaron dos velas juntas que por ser cosa desusada para aquel puerto hicieron estar alerta y más cercanas se conocieron un navío grueso bien artillado y una ligera lancha que venía guiándole y sondando la entrada, indicios claros que eran enemigos y los hicieron ciertos el haber visto algunos hombres de la tierra que aferrando el navío desviado bien del fuerte llegó la lancha a la playa con buen número de mosqueteros. Corrió luego la voz de que eran enemigos ya al cerrar de la noche y con ella un sobresalto tan grande, que puso a todo el pueblo en gran turbación por ser la gente de él muy poca y estar por todas partes abierto y sin ninguna defensa y recelarse que quedaba escondida alguna gruesa armada y venía aquel navío a espiar

como sucedió en la toma de la Baya. No salió a tierra el enemigo aquella noche y así las gastaron los del pueblo en poner sus familias y hacienda en las heredades del campo con grande trabajo en cobro y pérdidas de ambas cosas nos cupo harta parte por tener ocupada la casa con los sujetos y con lo que habían traído de Europa; pero al fin conforme permitió el tiempo se despachó a nuestra heredad donde también mandé asistir los Padres y Hermanos que por la turbación y revuelta con que andaban las cosas comenzaron a gustar de las muchas incomodidades que en las misiones pasan y a dar muestras de ellas de su igualdad de ánimos. Tres días estuvo el enemigo a vista del pueblo y sondeando y tanteando (con su lancha que siempre llevaba delante) algunas leguas que hacia el norte río arriba corre el puerto y en moviendo a todos los rumbos la nave con tanta destreza que se espantaban los más prácticos de este río que por estar principalmente dentro del mismo puerto, lleno de bancos no se puede entrar a él sin grande tiento y peligro y embarcaciones menores. Así anduvieron a tiro de cañón más y menos desviados de la tierra que estaba toda puesta en armas aguardando el fin de tantos fieros y amenazas, que por entonces no fue otro que partirse sin echar gente en tierra; aunque después de algunas leguas desviados del pueblo tuvieron habla con un hombre de él y le dijeron que eran holandeses derrotados y buscaban bastimentos, mas su intención la declararon en unos pliegos que dejaron derramados por la playa con este sobre escrito. A los gobernadores y justicias del Perú guarde Dios Cristo. Los abrieron las de aquel puerto y hallaron dentro de muchos trasuntos de un cuaderno impreso en Holanda lleno de impiedad y desvergüenza que bien manifestaban sus autores. Todas las cláusulas se enderezaban a destruir la suprema potestad del Romano Pontífice en la Iglesia y el legítimo dominio de su majestad en estas Indias con promesa de grandes premios a los que se hiciesen de su bando. Convocaremos eclesiásticos y seculares a consejo de guerra y a mí también me llamaron allá. Determinaron en esta junta sacar muchos traslados de este cuaderno y enviarlos a las ciudades del Perú para que constase de su atrevimiento. Mas yo desbaraté esta traza persuadiéndoles se podían seguir grandes inconvenientes de divulgarse semejantes blasfemias. Con esto aunque desocupó el enemigo de la tierra no los ánimos de los moradores del temor para lo de adelante, mas a nosotros nos abrió los ojos, para conocer un nuevo beneficio de la divina Majestad y puso en obligación de eterno agradecimiento, porque conocimos claramente que el haber apresurado tanto su camino a los Padres no tanto la clemencia de los tiempos como la Divina, fue para escaparlos de las manos de estos enemigos de su iglesia, que a poner en el viaje del tiempo, que aún cuando se tiene por muy próspero se acostumbra: que son como dije 3 meses, era sin remedio caer en sus manos porque puntualmente al dicho tiempo fue cuando el estaba en el río y herró por sólo 15 días a los Padres en cuyo seguimiento se entendió venía hubo a lo menos después vehementes indicios que cuando pasaron estaban el enemigo albergado en la Isla de Maldonado que está hacia el poniente en la misma boca del río y es ordinario tomarla los que han de embocarle, pero los padres sin darle vista la dejaron a mano derecha porque un recio temporal los desvió de ella estando ya cerca y con deseo de tomarla. Todo esto notó el pueblo con mucha admiración de la divina providencia, reconociéndola muy particular en este viaje de los Padres y es cierto no podemos dudar de ella pues a la ida y a la venida del Padre procurador hervía la mar de corsarios de tal suerte que en todo este año en que el Padre llegó no ha venido al

puerto de Buenos Aires más de un sólo navío y traía de Pernambuco a los religiosos de San Francisco con su procurador y estuvieron un año entero detenidos en Brasil después de haber sido robados de holandeses de Lisboa a aquel puerto y aún 7 Padres nuestros que de la provincia del Brasil vinieron a ordenarse a Buenos Aires han estado detenidos más de año y medio sin volver a su provincia por este mismo riesgo de enemigos. Así que por todo esto nos hemos visto obligados a dar a Nuestro Señor infinitas gracias.

Partido el enemigo, recogí al colegio los Padres y Hermanos y traté de despacharlos con brevedad a sus puestos como lo hice enviando con el Padre procurador Comental que volvía a su reducción todos los Padres que venían acabados sus estudios. Los llevé conmigo 6 leguas que dista del pueblo el paraje donde se embarcaron en el grande río Paraná para las reducciones. Allí los despedí con grande consuelo mío que me causó la alegría con que partían por verse ya cercanos a emplear sus fervorosos deseos de conversión de tan extendida gentilidad. Vuelto al colegio salí dentro pocos días con los demás que quedaban parte de este colegio de Córdoba, donde llegamos después de un mes de camino, con increíble fiesta y gozo de todos los que recibieron con extrañas muestras de amor a los carísimos hermanos que con tantos deseos esperaban. quince días después partió el Padre procurador para su vice provincia de Chile con los 6 sujetos que Vuestra Paternidad mandó darle y los demás quedaron ocupados en este colegio en sus estudios hasta que llegue el tiempo de empearlarse en la copiosa mies que les está esperando en tantas provincias, que es el fin que de Europa les trajo. Esto es lo que me ha parecido digno de notar a cerca del viaje del Padre procurador y sus compañeros.

Ahora daré principio a lo demás tocante a la provincia ofreciendo a Vuestra Paternidad por fin de mi oficio los copiosos frutos que se han cogido en estos dos últimos años de los trabajos los 85 sacerdotes, 23 estudiantes, 38 hermanos coadjutores y 10 novicios repartidos en nueve colegios, una residencia y veinte reducciones de indios. Se han recibido 6 y pasado a mejor vida dos, cuyas virtudes refiere en sus lugares. No escribiré en esta las cosas comunes o repetidas otras veces, contentándome con decir en general que en todos los nuestros se ha visto exacta observancia a la disciplina religiosa, acudiendo con puntualidad cada uno sus obligaciones de ejercicios espirituales, renovaciones de votos y demás que nos ordenan las reglas, se han conocido mayor aumento en los ministerios, principalmente en la frecuencia de sacramentos y solemnidad de jubileos y acrecentamiento de las cofradías de indios y de negros, misiones ordinarias por las haciendas que los españoles tienen en los campos ha gozado toda la provincia de suma paz con los prelados, religiones y demás seculares y de grande unión y conformidad entre nosotros, se ha continuado la diligencia de examinar los bautismos de los negros venidos de Angola de que hay muchos en estas partes y cada día se va conociendo más su extrema necesidad porque son muy pocos los que se hallan con suficiente bautismo y así se han bautizado por los nuestros gran número de ellos. Todas estas cosas dejo por comunes, si bien no lo ha sido el acrecentamiento que han tenido en toda la provincia que por estar en sus principios es de mayor estima. Viniendo pues a las particulares, comenzando de la cabeza y seminario de ella que es él.

## *Colegio de Córdoba*

Hay en este colegio 10 Padres, los dos son maestros de teología, los otros dos de artes, 23 estudiantes de facultad, 11 teólogos (de los cuales 9 se ordenaron este año) otros tantos artistas repartidos en dos cursos y uno que lee latinidad, 13 hermanos coadjutores. Ha sido muy particular la observancia y religión que he advertido en este colegio y el fervor de nuestros estudiantes que juntan maravillosamente el de la devoción con el de las letras de que entre ambas cosas se experimentan crecidos aumento. Fuera de este número es el del noviciado (que últimamente por orden de Vuestra Paternidad se juntó con el colegio) donde además del Padre que le tiene a su cargo hay dos de tercera probación, y 10 novicios entre estudiantes y coadjutores, todos acuden con mucho fervor y devoción a los ejercicios de su estado, de suerte que todos los que al presente sustenta este colegio son 59.

Nuestros ministerios se ejercitan en particular en este colegio con mucha edificación y no menor provecho de las almas, así de los españoles (nombre general con que se distinguen los nacidos en Europa o descendientes de ellos) como de los naturales y negros. El Jubileo de las 40 horas se celebra con tanta frecuencia y devoción que casi no se ve el rastro del abuso que el demonio tenía introducido en aquellos tres días, por estar toda la gente ocupada en recibir los sacramentos y oír los sermones de nuestra Iglesia que la entretiene mucho con su adorno y curiosidad. Con lo cual y con la industria que ponemos de nuestra parte, tenemos toda la gente muy ganada, porque además del buen ejemplo de los nuestros en su religión y trato, van con la experiencia conociendo la puridad con que sólo buscamos el provecho de sus almas y que les resulta muy crecido de que pudiera contar muchos casos pero contentarme con escoger algunos. Dos hombres principales estaban con escándalos, enemistados, se había el uno al otro mordido en lo vivo de la honra, el odio parecía inmortal porque las condiciones que se pedían eran del todo imposibles, tomó la mano uno de los nuestros de ablandar su dureza y después de mucha batería rindió al uno a admitir la paz con cualquier dispendio; el otro preservaba en su rebeldía y tan obstina que se volvía furioso contra quien con mucha blandura le procuraba el remedio. Se quejó ofendido a los nuestros que le perseguía aquel Padre y al Padre rector para que le reprimiese, que sirvió de darle más ánimo para instarle de nuevo, vale a buscar a su casa, el otro, viéndole en ella, comienza alborotado a dar voces, levanta el Padre la suya, amenazándole con mucho celo que había de ser ante el tribunal de Dios, testigo de su dureza y que iba a decir misa para que Dios le alumbrase porque le veía ir derecho al infierno. A quien no mitigó la suavidad, ablandó la aspereza, porque luego fue en alcance del Padre y delante otro de casa rompió un papel de las condiciones que pedía diciendo que sin ninguna quería más que lo padeciese su fama que su alma, y que se ponía del todo en sus manos. Se hicieron amigos con grande contento y edificación del pueblo.

Otro mancebo vino la cuaresma a uno de los nuestros pidiéndole confesión, y lo primero que hizo fue echarse en sus brazos y besarle las manos deshecho en llanto, diciéndole que aquel día esperaba salir del infierno por medio suyo, porque había oído publicar de otros penitentes la suavidad y blandura con que nuestros confesores los admitían a la penitencia, y que él hacía once años callaba por empacho muchos pecados, pero que todo se le

había quitado las buenas nuevas que de los nuestros había oído. Se confesó con mucha contrición a satisfacción del Padre.

Mucho ayuda para esta estima que tienen de nosotros y fruto que de ella resulta la devoción de nuestro Padre San Ignacio que cada día se va extendiendo mucho en estas provincias, haciéndole el Señor glorioso en ellas en el retorno de la gloria por medio de sus hijos de su Majestad recibe. Porque han sido muchas las mercedes que por medio de su devoción y reliquias, varias personas milagrosamente han alcanzado, en particular en males del corazón y partos revesados, de los primeros no puedo callar uno, por haber sido muy célebre. Un estudiantico de tiernos años era muy molestado de mal de corazón que le apoderaba con tal crueldad, que causaba gran lástima verle muy a menudo con ese accidente. Estaban en extremo afligidos sus padres por su dolencia, sin haber hallado alivio en muchos remedios naturales que le procuraron. Se acogieron a los divinos sacrificios novenas de la virgen y otras devociones, y por lo tanto, determinaron vestirle del hábito de San Francisco, aunque ya era grande para ello. Dio parte el niño a su confesor que era uno de casa de lo que sus Padres trataban y le dijo como de pasatiempo que vistiese él de San Ignacio, mas el muchacho, lo tomó tan de veras que insistió en pedirlo con gran porfía a sus padres, los cuales para que no los juzgara el pueblo a novedad, no le dejaron rendir de sus ruegos. Les amenazó, él haría pedazos cuantos le vistiesen pues sabía no le había de dar Dios salud, no tomando con devoción y afecto otro que el de San Ignacio, por divertirlo y engañarle, vinieron en que escritos los nombres de los santos se sacase por suerte cuyo hábito había de vestir y hacer Dios más ilustre el milagro el día antes que se sacasen las suertes y salió San Ignacio, se llamaron a engaño los Padres que sólo se pretendían divertirlo, se volvió a las suertes, las sacó un niño que carecía de razón, salió San Ignacio. Comenzó con esto el muchacho cantar victoria. Los Padres tercios en proseguir su porfía instan tercera, cuarta y hasta más de treinta veces y sin faltar ninguna salió San Ignacio con ser siempre diferentes los que sacaban las suertes y al fin se hubieron de dar los Padres por vencidos y hacer a su hijo un manteo y sotana de la Compañía que bendijo el Padre rector, y con una reliquia del Santo se la vistieron. Y él sirvió a nueve misas que dijo su confesor al santo a este intento. Extraña maravilla desde aquel punto no ha sentido ni primeros asomos de esta dolencia, habiendo hasta ahora pasado casi dos años, en dos cuales no se ha quitado nuestro vestido. Se divulgó el milagro por toda esta provincia con mucha gloria de nuestro santo.

A los indios que viven entre españoles se les acude también con mucha puntualidad su cofradía de que se ha escrito otras veces va teniendo buenos aumentos en lo espiritual y temporal y algunos de estos en el trance de la muerte han revalidado confesiones sacrílegas de muchos años.

Este cuidado y trabajo que se pone en la enseñanza de los indios del pueblo no hace olvidar de los que están fuera del tanto de mayor estima cuanto es mayor la necesidad y desamparo que tienen, entre ambos se pueden llamar extremos. Al remedio pues de estas pobres almas se ha acudido con dos muy provechosas misiones (fuera de horas comunes) que se han hecho de diversos tiempos por toda la comarca. En la primera se gastaron dos meses enteros y se podía dudar cuales fueron mayores o los trabajos que padecieron los misioneros.

ros, o los frutos que de ellos cogieron. Unos y otros fueron bien grandes de lo primero baste decir que 20 días pasaron con un poco de bizcocho y los demás con un poco de tasajo. De lo segundo no quiero escribir mas que no llegaron al pueblo ninguno de los indios (y llegaron a muchos) que antes de salir no dejasen a todos los de él confesados muchos, además de 50 años y otros de tornar su vida y a todos instruidos y consolados sucediendo a veces servirse de 4 lenguas diferentes para poder industriadles. Bautizaron más de 300 indios muy viejos, unos *sub conditiones* de su primer bautismo recibido antiguamente, por haber el mismo fundamentado de dudar de su valor, que es el de los negros de Angola; otros absolutamente porque nunca lo habían recibido.

La segunda misión fue a una hacienda veinticinco leguas de aquí donde había más de cien negros adultos de los cuales bautizaron más de treinta y cinco indios muy viejos que algunos pasaban de cien años, los cuarenta sin condición porque aunque trataban con los demás indios cristianos, y frecuentaban las iglesias con ellos y con ellos se averiguó que no habían recibido el santo bautismo y parece que nuestro Señor se le guardaba para que cuando ya no fueran capaces de perder la gracia que con que él se les comunicaba, cuyos efectos comenzaron a sentir luego no cabiendo de regocijo y derramando muchas lágrimas de consuelo, celebraban con grande afecto la dichosa suerte que sin pensar por medio de los Padres les había cabido, a quienes afectuosísimamente rogaban que volviesen a consolar, dándose los Padres por bien pagados con este espectáculo del grande trabajo que habían puesto en disponerlos, siendo necesario recogerlos por estar derramados a cuarto, media y una legua, y volver al catecismo en 8 leguas diferentes para su instrucción y todos los días que allí se detuvieron se los pasaban enteros confesando a la gente mientras el hermano estudiante que llevaba catequizaba toda la gente que se había de confesar y bautizar. Estando ya para partirse llamaron de noche a un Padre para confesar un enfermo que estaba a media legua de allí con extremo desamparo y hubo de ir rompiendo camino por un arcabuco muy recado, lleno de espinos y cambroneras que les destrozaron todo el vestido. Le confesó en fin y le consoló porque hacía treinta años que no se confesaba y a la mañana se lo llevó Nuestro Señor volviendo este mismo Padre de su misión sólo porque dejó el compañero ocupado en otra parte, caminando por un camino real y con guía práctica en él y en los demás caminos, con ser de día se perdieron, para hallar unas almas que Dios le tenía preparadas en aquellos desiertos andando por ellos descaminados sintió ruido acaso a las raíces de una peña la reconoció el Padre y dio con una gruta en la cual halló ocho personas entre indios e indias y tan viejos todos que pasaban de 80 años. Les habló el padre y halló que en toda su vida no habían visto gente de Europa ni tenido noticia de nuestra santa religión. Se la dio el Padre, los instruyó en cuatro lenguas diversas y los bautizó con grande consuelo del Padre y de los indios.

No es menor trabajo ni menor provecho el que se pone en la enseñanza de los negros del pueblo que tiene una muy buena cofradía y acuden con mucha puntualidad a sus doctrinas y ahora más atraídos de la curiosidad y aparato de sus procesiones que ha tenido muy buen aumento con la venida del Padre procurador y buen trato e industria del Padre que los tiene a su cargo que aunque está ocupado en leer el curso de las artes no le estorba de suerte que no le acuda como si no tuviera otra cosa en que entender. Muchos de estos negros se

han bautizado *sub condicione in artículo mortis*, en sus necesidades espirituales y temporales no conocen otro refugio sino el de la Compañía y de cuanta importancia les sea parece lo quiso dar a entender Nuestro Señor en el caso siguiente. Una mañana de invierno que hacía riguroso frío, fue muy temprano un negro a buscar a un Padre a su celda que le confesase el cual por la aspereza del tiempo estaba cerrado en su aposento, le dijo volviéndose entrado más el día, pues no había necesidad que diese prisa, él insistió que le había de oír luego. Lo hizo con gusto el Padre y en la confesión le dijo el negro que aquella noche durmiendo le pareció hallarse en su tierra donde había un incendio espantoso de fuego en que muchos se estaban horriblemente abrasando, entre los cuales conoció a su madre que padecía aquel tormento entre otros muchos de su tierra, iba por el camino que venía a dar en aquel paraje, más que dos Padres de la Compañía le tomaron del brazo y con grande imperio le divirtieron para otra parte, y atemorizado con esta visión luego en madrugándose había venido a confesar.

Otra negra que estaba en una heredad de su amo 30 leguas distantes de la ciudad, le apareció un hermoso mancebo y reprendió de algunos pecados en que actualmente estaba enredada y amenazó la muerte si no se confesaba. Hizo luego instancia a su amo para que le dejase venir de la ciudad, lo alcanzó y vino a buscar uno de los nuestros con quien se confesó que tenía harta necesidad.

El principal aumento de lo temporal de este colegio ha sido la sacristía con algunas cosas curiosa para el culto divino que le trajo el Padre procurador que con otras que acá se buscaron valen \$3.500 que se deben a la liberalidad de una señora devota nuestra<sup>99</sup>.

---

<sup>99</sup> La anua continúa con la descripción del colegio de los colegios de Santiago del Estero, Buenos Aires, Santa Fe, Tucumán, La Rioja, Esteco, Salta y Asunción. Se dedica luego un capítulo especial al descubrimiento de las provincias del Chaco, finalizando con unas extensas descripciones de lo acontecido en las reducciones del Paraná, del Guayrá y del Uruguay

## Carta Anua de 1628-1631<sup>100</sup>

(...)

Este mismo año pasado la cuaresma salieron un Padre y un Hermano ambos lenguas a correr los ríos que llaman (1º y 2º) de esta ciudad y están poblados de muchas haciendas e indios ocupados en el servicio de ellas. Gastaron un mes en esta misión confesando el Padre todo el día y más de dos horas a la noche y catequizando este tiempo el Hermano y así quedaron muy instruidos y consolados, se hicieron muchas confesiones generales porque por el temor a sus curas y poca devoción que les tienen habían callado algunos pecados en las confesiones pasadas a la fama que corría de que llegaba el Padre por aquellas tierras (porque era conocido de los indios) se convocaron otros muchos de otra partes, y así era mayor el trabajo y el fruto el cual porque no impidiesen los pobleros y mayordomos, procuró el Padre ganarlos y acomodarse con ellos, y con las faenas de ocupaciones de los indios y así fue en busca de los pastores a donde pastan sus ganados, y a la sombra de un árbol, gastó mucho tiempo en catequizarlos y confesarlos. También se bautizaron muchos viejos *sub conditione* por la necesidad que se ha hallado de este resguardo en los que fueron bautizados en la primera entrada de los españoles como se ha escrito otras veces, y acudieron con el mismo cuidado a la enseñanza de los mozos que llaman españoles (a distinción de los indios no menos necesitados de la doctrina)

Al fin del año treinta, discurrieron (el Padre Juan Pastor hizo esta misión) otros dos Padres por las estaciones de los pueblos que llaman de los algarrobales que distan algunos más de 40 leguas de la ciudad y por espacio de dos meses trabajaron la enseñanza de los naturales con no menor fervor y trabajo que fruto, porque aunque todos los indios de esta comarca están muy necesitados del remedio de sus almas, estos mucho más, por estar distantes de la ciudad y no llegar los curas a sus tierras por ser lenguas peregrinas los dejan por

---

<sup>100</sup> El padre Leonhardt deja perfectamente aclarado que esta anua se encuentra incompleta, faltándole el inicio y la parte de las misiones. Era provincial en este periodo el padre Francisco Vázquez Trujillo y general el padre Mucio Vitelleschi. Se comienza con el colegio de Córdoba aunque también falta el inicio de este capítulo. Fue publicada por Carlos Leonhardt SJ en el tomo XX pp. 386 a 390.



desahuciados en llegando los Padres a los pueblos o estancias se juntaba toda gente movida de la fama de que andaban por sus tierras Padres de la Compañía. Les predicaban mañana y tarde y gastaron todo el día y gran parte de la noche en confesarlos, después acudían todos a la Iglesia y se disciplinaban con gran fervor, mientras les cantaba el Padre el Miserere y en alguna parte donde había más número de indios y comodidad se hacía su procesión muy solemne con disciplina de sangre implorando a voces la divina misericordia. Toparon gran número de viejos y viejas de edad decrepita que pasaban de cien años, a los cuales confesaron e instruyeron por intérpretes, precediendo la diligencia de asegurar sus bautismos y en medio de aquellos desiertos llenos de espinas y maleza, y tan extremos desamparo hallaron algunas almas muy favorecidas de Dios, que con su devoción y concierto en sus costumbres, pregonaban la suavidad y eficacia de la divina ley que es más fácil de guardar de lo que la perversión del mundo publica. Entre otras les consoló mucho una india que estaba ya muy al cabo, y en llegando los Padres les dijo bañada en gozo que toda su vida había pedido con grande instancia a Nuestro Señor, que antes de su muerte le deparase alguno de la Compañía con quien se confesase y consolase y como se lo había concedido, partía de esta vida muy contenta y confiada en la divina misericordia. No fue sola ella la que mostraba este contento con la visita de los Padres, porque todos generalmente, se alegraban con ellos en extremo y les decían “¡O padres, si os viéramos en nuestra tierra más frecuentemente!” cuan diferentes eran nuestras costumbres porque con una doctrina quedamos enseñados y con cuestras amonestaciones alentados a vivir conforme a ella.

Tan grande necesidad que padecían de lo temporal como de lo espiritual y así los Padres les repartieron del bizcocho y pobre comida que llevaban, aunque como era muy poca no alcanzó a remediar muchos que perecían de hambre miserablemente a vista de los Padres que se deshacían de pena por no poder socorrerles, que fue este año el hambre tan grande y general que me escribió el Padre Juan Pastor, que es el que hizo la misión, estas palabras: “quebra el corazón ver morir esta pobre gente de hambre y de disentería de sangre causada de comer langosta que ésto les ha forzado el hambre, no hay menor pobreza y miseria que la de esta pobre gente, ni los macarios hicieron la mitad de la abstinencia, quisiera haber estudiado medicina para curar muchos que vienen a pedir remedio para sus enfermos aunque el más han de menester es el de comer; de lo que llevamos partimos porque la necesidad es extrema y pluguiera a Dios pudiera esta ocasión empeñarme o poder algo que yo curara a muchos de estos enfermos sin otra medicina” (hasta aquí la carta).

No contentos los Padres con el fruto que hicieron de presente dejaron en algunas apartes entablado para que fuese de dura que se juntase un día a la semana toda la gente en que su cura (que prometió hacerlo así) les enseñase la doctrina y renovase los acuerdos que los Padres les habían dado y trajeron al colegio un muchacho de lo más despierto y hábil que hallaron hijo del cacique principal de un pueblo el más numeroso de todos para que instruido bien en la doctrina, volviese a su tierra y la enseñase a su gente en ausencia del cura.

Finalmente el año 31, fueron dos Padres a dos obrajes que están fuera de la ciudad y trabaja en ellos gran número de negros de Angola, y a todos los catequizaron y confesaron en su lengua, y bautizaron *sub conditione* a todos en los que hallaron bastante fundamento

para dudar del valor de sus primeros bautismos, conforme lo que otras veces ha escrito de la duda tan fundada que se tiene en todas las Indias del bautismo de estos pobres, en la gente de uno de estos obrajes había empezado a picar la peste de la viruela y así se aseguró más el fruto, porque murieron algunos acabados de confesar, y eso cuanto al punto de las misiones.

Está este colegio no menos rico que favorecido... con el tesoro de una firme devoción a nuestro patriarca con la cual tiene toda esta ciudad aunque había echado ya la criatura, estaba desahuciada de todos y ella muy afligida tratando de sólo disponerse para la muerte porque no le quedaba esperanza de vivir por haber experimentado sin fruto de todos los remedios humanos, le inspiró nuestro Señor se valiese de la intercesión de nuestro glorioso Padre y enviase por su santa reliquia. Lo hizo así (aunque no era de las que más devoción tenían) se la llevó un Padre a tiempo que habían ya comenzado para darle el sacramento de la extremaunción, las oraciones y sin dejarles pasar adelante, (exhortó) a la mujer (hiciese) un voto (a nuestro santo Padre como lo hizo) se colgó la reliquia al cuello (...) y le dijo la oración de santo y se volvió a casa apenas había entrado en ella cuando de parte de la enferma la fueron a avisar que se hallaba ya buena y sin riesgo ninguno, porque en haciendo el voto al santo echo sin ninguna dificultad lo que le llevaba tan a prisa a la muerte.

Lo temporal de este colegio ha tenido estos años buenos aumentos con algunos esclavos para beneficio de las haciendas, que por no tener otra renta, está librado en ellas todo el sustento<sup>101</sup>.

---

<sup>101</sup> Continúa con los colegios de Santiago del Estero, Esteco, Salta, las misiones del Chaco, los colegios de Tucumán, La Rioja, Buenos Aires, Santa Fe y Asunción.

## Carta Anua de 1632-1634<sup>102</sup>

*Anales de la Provincia del Paraguay desde el año 32 hasta el 34. A nuestro Reverendo Padre Mucio Viteleschi Prepósito General de la Compañía de Jesús.*

Con el Padre Juan Bautista Ferrufino, procurador de nuestra provincia del Paraguay, remitió a Vuestra Paternidad mi antecesor, el Padre Francisco Vázquez Trujillo, los anales de ella que cerraban su narración en el fin del año de 31; de donde seguirán los presentes el hilo de la historia de los trabajos y fatigas que han llevado adelante los fieles obreros del Evangelio, que Vuestra Paternidad tiene en ésta su provincia: y han dichosamente logrado con el precioso y colmado fruto de la gloria y el ensalzamiento de Nuestro Señor y felicidad de sus escogidos; reparándose las quiebras que hizo el demonio los años pasados, por medio de sus ministros en esta nueva cristiandad. Como parecerá todo, por la narración; la cual no dudo, sino que le será a Vuestra Paternidad grata en extremo: porque verá campear en ella el celo infatigable de sus hijos, y la virtud de su capitán Jesús, que les asiste siempre, igual, y constante, en tanta variedad y desproporción de sucesos. Los de los nueve colegios continuaremos primero, hasta el fin del año 34. Después le seguirán y más largamente, por pedirlo ellas así, las 27 reducciones, que asoladas 12 en el Guayra florecen hoy en esta provincia; aunque no alcanzarán más que hasta el fin de 33, desde el cual término, por la obediencia a Vuestra Paternidad, la tengo a mi cargo; y en ella 150 de la Compañía, 91 Padres; de ellos 35 profesos de 4 votos: 59 hermanos, los 13 estudiantes, los 56 coadjutores. 9 han pasado, en estos 3 años, a mejor vida; de cuyas virtudes se dará cuenta, cuando lleguemos a los lugares donde fallecieron.

### *Colegio de Córdoba*

El número de los de este colegio, como es de estudiantes, ha sido estos años desigual y

---

<sup>102</sup> Esta anua, localizada como señalamos en la introducción, en dos versiones, una por el doctor Leandro Tormo Sanz y otra por Hugo Storni SJ, fueron publicadas por Ernesto Maeder, a través de la Academia Nacional de la Historia en 1990. La firma el padre provincial Diego de Boroa el 26 de julio de 1635, remitiéndosela al padre general Mucio Viteleschi.

vario; se hallan en el principio del año de 35, cuando esto se escribe 11 Padres los cuatro maestros, dos de teología escolástica uno de artes y otro que a los de fuera les enseña gramática, siete hermanos estudiantes (el menor número que ha habido en todos estos años por ser el recibo muy raro y haberse dilatado la venida del Padre procurador ultra del tiempo acostumbrado) diez hermanos coadjutores que benefician las haciendas de este colegio (que están hoy bien argumentadas) que por no tener fundación ni de donde sustentarse, nos dan de comer con el sudor de su rostro. Se crían también en este colegio en cuarto aparte los novicios, y fuera del padre su maestro hay otros dos de tercera probación, y ocho hermanos entre coadjutores y estudiantes y juntos todos los que este colegio sustenta el presente son 39 de la Compañía.

Se han ejercitado nuestros ministerios con igual fervor de nuestros obreros que el fruto de los fieles, especialmente componiendo pleitos y diferencias que fueran, si no se atajaran de mucho escándalo, reconciliando entre sí a muchos que mantenían graves odios y enemistades, y con Dios y por medio de las confesiones generales a otro grande número, de los que por largos años habían confesado y comulgado en pecado, tocándoles Nuestro Señor por medio de los sermones de los nuestros en especial de los ejemplos de las tardes cuando se han referido algunos castigos de los que en la confesión ocultaron sus pecados y trayendo a otros de tierras bien remotas a descubrir a nuestros padres las llagas de sus almas; y uno que en Europa los había largo tiempo ocultado feísimas alcanzó la salud de su alma manifestándose en la confesión a uno de nuestros Padres que le redujo a vivir en adelante una vida cristiana y parece no le trajo Nuestro Señor a otra cosa de regiones tan distantes.

Como en otros años también en éstos ha dado Nuestro Señor a entender a esta ciudad con muchas demostraciones cuanto vale en su acatamiento la intercesión de nuestro glorioso patriarca. Apuntaré por muestra alguno de los muchos favores que los han venido a los fieles por su medio porque son entre los demás ejemplares. Caía una persona muy frecuentemente en vicios torpísimos y abominables que con la costumbre le tenían ya como arrojado y cautivo aunque había probado a valerse de varios remedios para soltarse. Le dio uno de los nuestros Padres una medalla del santo encargándole fiase de su intercesión su rescate. Se la colgó al cuello y parecer que a su vista se le cayeron de suyo aquellas duras prisiones porque todo el tiempo que la trajo consigo fue tan señor de sí que nunca se rindió a la pasión; se aseguró con esto imprudente y volvió al padre santo retrato pero el vicio que lo había tenido respecto volvió luego a sojuzgarle tan miserablemente como de antes. Acudió a dar cuenta su confesor, del cual conociendo de quien le venía el amparo le volvió a armar con la misma arma del cielo mandándoles que nunca la apartase de sí.

A una persona virtuosa molestaba lastimosamente un mal de corazón muy furioso o por mejor decir el demonio que a lo que se entendió muy claramente pretendía retraerle de la virtud, causando en ella estos accidentes. Experimentó en vano muchos remedios, acudió finalmente al probadísimo de la intercesión de nuestro glorioso Padre, le ofreció un corazón hecho de plata y un novenario de misas y luego se sintió libre y sana sin que hasta ahora aunque ha pasado largo espacio de tiempo haya vuelto el demonio a molestarla.

Otra mujer principal que estaba muy al cavo y desahuciada de una puntada halló con las

mismas devociones remedio de su mal en el santo y un niño de muy tierna edad que del mismo mal de corazón estaba en el extremo peligro, prometiendo sus padres en teniendo edad de vestirle sotana por las devoción de santo quedó luego sano y sus padres agradecidos añadieron al voto un corazón de plata; esto en la ciudad.

Mas no se encerró en ellas el fervor de los padres y el fruto de sus trabajos. Lo han cogido muy copiosos con las misiones que en toda la provincia han continuado (estos años) conociéndose cada día más su utilidad, o por mejor decir, su necesidad precisa; y cuanto sirve en ellas Nuestro Señor escribiremos las más señaladas en sus lugares y en las que a este colegio le tocan.

Tiene al ciudad de Córdoba muy dilatada su jurisdicción y comarca y poblada cuarenta leguas en torno, de muchos cortijos y majadas donde se cría el ganado, que todo el comercio de esta tierra y con vocablo vulgar llamamos estancias, en las cuales demás los europeos suyas son, o las tienen a cargo hay para el servicio de ella grande número de indios y lo están los demás indios que viven retirados en sus pueblos y casales antiguos porque por maravilla los ve sacerdote y sus curas con un torpe descuido de casi del todo lo desamparan o porque no saben sus lenguas diferentes de la que generalmente se habla, o porque comúnmente son menospreciados del español así también hacen muy poca estima de sus almas aunque los tienen los trabajos e incomodidades tan consumidos que donde por el padrón antiguo de esta ciudad se contaban en su fundación cuarenta mil indios apenas llegan a mil los que hoy se halla, tan cruel riza ha hecho en ellos la comunicación y trato del español en sesenta años. A recoger pues el aprisco, que así se puede decir por su extremo desamparo a estas pobres ovejas tan desvalidas y descarriadas y consolar a los demás [que] de las estancias salieron del año 32 el Padre Juan de Cereceda<sup>103</sup> y Juan Díaz de Ocaña<sup>104</sup> en el corazón del invierno que fue para ellos muy riguroso por las muchas nievas de aquel año (cosa por acá bien rara) para la aspereza de los caminos pues fueron los más largos por la sierra y por la incomodidad grande de las chozas e iglesias arruinadas, e indecentísimas donde estaban todo el día confesando; pero todo lo hizo fácil el fervor de los misioneros y muy suave el fruto grande que cogieron de sus trabajos mas porque salieron después a continuar los otros dos Padres porque los primeros descansasen lo recogeré el de unos y otros en breves palabras. Hicieron mil y ochocientas confesiones muchas generales, o de mucho tiempo y de toda la vida, algunos no se habían confesado en toda ella aunque eran ya de edad decrepita otros alcanzaron el beneficio de la absolución por particular providencia divina en el último término de la vida que hubieran muerto sin duda sin ella. Se bautizaron al pie de cuarenta unos absolutamente otros por la duda que hallaron de sus bautismos *sub condicione*. Quedaron todos bien instruido y

---

<sup>103</sup> Nació Villalbilla, Madrid, el 25 de junio de 1585. Ingresó a la Orden en el colegio de Toledo en 1607. Diez años después arribó a Buenos Aires, haciendo sus últimos votos en Tucumán en 1621. Luego de permanecer en Córdoba, según la noticia de esta carta, pasó a Salta donde falleció el 8 de julio de 1639 (STORNI SJ, Hugo, p. 62).

<sup>104</sup> Nacido en Córdoba el 11 de mayo de 1601, ingresó a la Compañía a los 16 años, pronunciando su cuarto voto en 1637. Falleció en su ciudad natal el 3 de junio de 1642 (STORNI SJ, Hugo, p.83). Su obituario lo podemos encontrar en la aua 1641-1643.

muy consolados habiéndoseles costado mucho trabajo a los Padres por ser muchos de ellos viejos decrepitos y rudísimos y más noticia de los misterios divinos que si no fueran cristianos y serles necesario valerse de tres y cuatro lenguas peregrinas para dársela. Pagaron los pobres el beneficio a los Padres mostrándoles un entrañable afecto y grande regocijo con su vista, siguiéndoles por gozar de ella de los sagrados ministerios de la misa (a los cuales mostraron a particular devoción no habiéndolos muchos de ellos oído en toda la vida) de un lugar a otro y parece que Nuestro Señor se dio por bien servido; pues habiendo a una seca tan grande que perecía todo el ganado y no tenía esperanza ninguna de lograr lo sombrado les acudió con una lluvia copiosa y ellos reconocieron el beneficio de su mano. Algunos viejos hallaron de vida muy inocente y maravillándose los Padres decían ellos: si yo tuviera pecados no me hubiera Dios conservado tan largo tiempo la vida arrebatando a tontos mozos la muerte temprana.

Finalmente el año de 34 corrieron toda esta misión y comarca por espacio de dos meses y medio los Padres Lope de Castilla<sup>105</sup> y Pedro Pimentel<sup>106</sup> y con su fervor y trabajos volvieron a coger de nuevo el fruto que acabamos de referir y por eso no se repite y más copios o por haberlo tomado más despacio y demás de la lengua general saber ([...]) bien la lengua de Angola; hubo también muchos bautismos de viejos decrepitos que salieron como fieras de los montes a la fama de los Padres y todos venían desde lejos desalados y despreciados de hambre por su grande pobreza a buscarlos y a gozar del consuelo grande que en todos ellos hallaron. Demás de éstos hicieron entre muchos españoles desavenidos con descubijas muy importantes amistades, y ellos y los demás quedaron con notable agradecimiento y estima a la Compañía y los Padres muy gozosos de haber padecido muy grandes trabajos por la salud de sus hermanos y haber visto tan al ojo el fruto muy crecido.

Así trabajaba la Compañía en esta tierra, cuando se gozaba con sus nuevos aumentos la del cielo. Los tuvo como esperamos con tres que estos años envió este Colegio de esta vida mortal a la eterna: de cuyas religiosas vidas haré no más un breve sumario. El primero fue el hermano Felipe de Guevara<sup>107</sup> coadjutor temporal formado y natural de Salamanca a quien llamó Nuestro Señor a la Compañía en la provincia de Castilla con un ejemplar castigo y muy patente que ejecutó en un mozo desbaratado y de una vida muy licenciosa en todo género de vicios, los cuales le hacían andar huyendo de los de la Compañía a quien por el contrario tenía Felipe siendo mozo seglar y galán mucha afición y en ella se confirmó con el desastrado fin de aquel miserable y temiendo la divina justicia se acogió luego al sagrado de la religión donde vivió en España con edificación y por esto y por su mucho agrado

<sup>105</sup> Nació en Lima e 25 de abril de 1595, ingresando a la Orden en 1614. Sus últimos votos los hizo en 1632 en Buenos Aires, donde falleció el 11 de octubre de 1610 (STORNI SJ, Hugo, p. 58)

<sup>106</sup> Nació en Santiago del Estero el 20 de enero de 1602, ingresando a la Orden 1621. Sus últimos votos los profesó en Salta en 1640, muriendo en Tucumán en 1684 (STORNI, p. 221).

<sup>107</sup> La fecha de su nacimiento es 1560 y su ingreso a la Compañía en 1596. Sus últimos votos los dio en Santiago de Chile en 1614, falleciendo en Córdoba el 23 de junio de 1632 (STORNI SJ, Hugo, p. 131).

le ocuparon siempre los superiores en oficios de mucha confianza en los principales colegios de aquella provincia. Pasó después a ésta el año de 1609 con el Padre Juan Romero<sup>108</sup> de buena memoria y en ella procedió con la misma edificación y tenor sirviendo muchos años en el oficio de sacristán y portero con satisfacción de los de dentro y fuera los cuales entretenía con pláticas apacibles y devotas que procedían del trato largo que tenía con Nuestro Señor gastando muchos ratos ante el Santísimo Sacramento que le tenía especial devoción.

Todos los días tenía su particular devoción señalada para alcanzar de Nuestro Señor buena muerte y en los últimos meses de su vida coligiendo en la flaqueza y desfallecimiento con que se le rindió de repente la naturaleza habiendo hasta entonces vivido muy sano y robusto que se le acercaba el fin se sus trabajos hablaba de él con mucha devoción y ternura y se dispuso con mucha solicitud para que la muerte le cogiese del todo desaseado de las cosas de esta vida, repartiendo todas las cosillas que usaba con licencia hasta su propio sombrero tomando el uno muy viejo y roto y ejercitando muy fervorosos actos de virtud, y sufriendo con gran paciencia sus trabajos y dolores, especialmente los quince días últimos de su vida en los cuales Nuestro Señor quiso purificarle tendiéndole en una cama, aunque muy vivos y despiertos los sentidos, hecho un retablo de la humana y felicidad y miseria. Al cabo de ellos dándole el hermano enfermo la nueva de que se moría le abrazó con mucha alegría y ternura y gozando de grande seriedad y quietud que le causaba la señalada confianza que tenía en los preciosos merecimientos de Nuestro Señor Jesucristo, le rindió su espíritu a los setenta años de su edad, los cuarenta de la Compañía y el 632 de nuestra redención.

El segundo fue el hermano Lázaro Borges<sup>109</sup>, coadjutor temporal y portugués de nación que al fin del primer año de su noviciado y el de seiscientos y treinta y tres fue llamado a recibir el premio de sus breves dejando a los novicios buen olor de sus virtudes.

Le siguió de allí a pocos meses este mismo año el tercero y último el Padre Diego Ribero<sup>110</sup>, portugués, que desde que lo recibió en Lisboa para traerlo a esta provincia mi antecesor el Padre Francisco Vázquez se señaló en toda su virtud, sirviendo en el navío a sus hermanos como si fuera un esclavo de todos, valiéndose no menos de su fervor que de su robusta complexión para aliviarles los molestos trabajos de la navegación; llegado a este noviciado de Córdoba lo edificó mucho con el ejemplo de sus virtudes en especial de su pro-

---

<sup>108</sup> Nació en Marchena, Sevilla en 1560, ingresando a la Compañía de Jesús en Andalucía en 1584. Llegó al Paraguay en 1593, siendo designado superior de la misión en 1593, función que desempeñó hasta 1607, periodo en el cual da sus últimos votos en Salta en 1602. En la primera Congregación provincial fue designado procurador a Europa, regresando en 1610. Entre 1626 y 1628 fue el primer provincial de Chile, donde fallece el 31 de marzo de 1630. (STORNI SJ, Hugo, pp. 248-249). Se han ocupado de su biografía numerosos historiadores de la Orden desde el mismo Pedro Lozano, Nicolás del Techo, entre otros.

<sup>109</sup> Falleció en el mes de abril de 1633 (STORNI SJ, Hugo, p. 42).

<sup>110</sup> Su fecha de nacimiento es el 1º de mayo de 1600. Ingresó a la Compañía de Jesús y llegó a Buenos Aires en 1622. Falleció en Córdoba en 1633 (STORNI SJ, Hugo, p. 238).

funda humildad la cual hizo pedir con mucha instancia a los superiores le admitiesen en el seguro estado de los hermanos coadjutores y después en todo el discurso de su vida se señaló mucho en esta amabilísima virtud cautivando los corazones de todos. Siguió y acabó sus estudios en este colegio de Córdoba y en el de Santiago leyó gramática, edificando siempre con su religión y modestia, acompañada de grande afabilidad y llaneza a los de fuera y de dentro de casa. Ordenado de sacerdote hizo algunas breves misiones en la comarca de Córdoba con grande fervor y muestras de celo de Nuestro Señor que ardía en su pecho el cual le hizo aprender la lengua de los indios en los ratos que le sobraban de sus estudios, con estar muy fatigado de una calentura lenta que vino después a acabarle. Se ocupó después de los ministerios con la misma edificación y fruto, hasta que juntándose en el colegio de Santa Fe los Padres que habían de tener tercera probación fue llamado a ella y procedió con notable ejemplo y rendimiento (porque siempre lo profesó muy grande a la santa obediencia) sin abrir la boca con conocer el temple y ocupación eran sus achaques. Hasta que advirtiendo esto los superiores le enviaron orden para que se viniese a este colegio de Córdoba para asistir y consolar a los hermanos de las estancias, pero habiendo sido enviado antes de partirse para este colegio al convento de Santa Fe a asistir a la fiesta de San Antonio hizo un día muy áspero y desabrido y un viento frío le penetró el pecho y le ocasionó un modo de asma que le afligía y agobiaba; mas el mortificado Padre pasó en pie su achaque disimulando su mal hasta que se puso en camino y con las incomodidades del aunque se le proveyó bien de lo necesario, se le arraigó más y creció la calentura que había tres años le iba lentamente consumiendo. Y aunque llegando a este colegio se le acudió luego conociendo su peligro con toda claridad y medicinas posibles el mal le tenía ya tan rendido que dentro de seis días habiendo recibido devoción le acabó con mucho sentimiento de los de casa que le amaban tiernamente por su grande virtud y caridad y llaneza que usaba con todos siendo de edad de 35 años y los once y medio de Compañía en los cuales juntó con religiosa vida mucho caudal de merecimientos<sup>111</sup>.

---

<sup>111</sup> La anua continúa describiendo los colegios de Santiago del Estero, Esteco, Salta, La Rioja, Buenos Aires, Santa Fe y Asunción. Luego siguen las reducciones.



## **Carta Anua de 1635-1637<sup>112</sup>**

### ***Anales de la Provincia del Paraguay desde el año de 35 hasta el mes de Julio de 37 a nuestro muy Reverendo Padre Mucio Viteleschi Prepósito General de la Compañía de Jesús***

En los últimos del año pasado de 34 remití a Vuestra Paternidad los anales de la provincia donde di cuenta de lo sucedido en ella hasta aquel tiempo, dando fin al discurso de los sucesos y gloriosos empleos en que los hijos de Vuestra Paternidad se ocupan de estas partes con la visita que hice de ella rematando en las misiones del Paraná y Uruguay en que tanto se sirve a Nuestro Señor con grande gloria suya. En esta proseguiré estos dos años siguientes de 35 y 36 y parte de 37 donde los sucesos no han sido menos gloriosos, ni los trabajos de los hijos de la Compañía de menor mérito, antes mayores y más gratos a los ojos de Dios. Cuanto lo testifica la sangre nuevamente derramada por la fe y promulgación del Santo Evangelio acompañada de muchos niños inocentes, los cuales imitando a los de la primitiva iglesia, primero han ido a gozar del cielo que de la tierra, dejándola matizada, y hermosa con el carmín rojo de su sangre acabando sus vidas a manos de crueles e inhumanos tiranos.

Los sucesos de estos tiempos han sido varios, unos prósperos y felices, otros de calamidad y trabajosos con pestes y enfermedades y persecuciones, parte causadas de los indios bárbaros que se han rebelado en diversas partes de esta provincia y parte no sólo de los hechiceros infieles que publican ser dioses y procuran desarraigar la fe de estos pueblos cristianos y acabar con esta nueva cristiandad tan agradable a Dios Nuestro Señor. Pero la más rigurosa ha sido la de los mismos cristianos que con increíble inhumanidad entran por nuestras reducciones matando, destrozando cautivando y llevando en cadenas a los indios de

---

<sup>112</sup> Esta anua, quizás la más extensa de la serie publicada por Leonhardt se encuentra firmada por el padre provincial Diego de Boroa, quien lo hizo en Córdoba, el 13 de agosto de 1637. Fueron impresas al igual que las de 1626-1627, siendo publicada por Carlos Leonhardt SJ en el tomo XX pp. 443 a 481.

ellas a las costas del Brasil de donde han venido a hacer crueldades los años pasados, como largamente de cuanta de Vuestra Paternidad asolando totalmente aquella florida cristiandad del Guayra y ahora nuevamente han vuelto a continuarlas en esta del Uruguay que tan gloriosamente iba creciendo, de cuyos sucesos iré dando cuenta cada uno en el lugar y tiempo en que ha sucedido.

Pero antes de comenzar en particular los sucesos de esta provincia, quiero representar a Vuestra Paternidad la gran falta que en ella hay de obreros evangélicos que distribuyan y repartan el pan que con tantas ansias piden de todas partes; así las nuevas provincias de infieles ya dispuestas para recibir el Santo Evangelio, como de las ciudades de españoles y pueblos de indios antiguos de toda esta gobernación, según lo dan a entender las cartas que de muchas partes y ciudades me han escrito los cabildos y vecinos de ellas.

Porque con la venida del Padre Juan Bautista Ferrufino, procurador pasado, ha tenido esta provincia alguna ayuda con los nuevos sujetos y fervorosos operarios que Vuestra Paternidad nos cambió y salido del cuidado y aflicción que nos causaba su tardanza y prolija navegación. Pero como la falta de obreros es tanta la mies sobrada y la necesidad grande, y sujetos que han faltado en esta provincia en el ínterin que el Padre procurador fue y vino fueron en tan gran número que llegaron a 37<sup>113</sup> y entre ellos insignes ministros del Evangelio y operarios fervorosísimos de la viña del Señor que llenos de grandes méritos, dejándonos raros ejemplos de sus virtudes y santa vida se fueron a gozar del premio colmado de sus virtudes y trabajos enviando delante innumerables almas que por su medio predicaron se salvaron, como esperamos, y el número que vino con el padre procurador fue solamente de 22 sujetos, los once sacerdotes, los cuatro Hermanos estudiantes y los demás coadjutores no se ha podido aún llenar el vacío que quedó de tantos como faltaron con que la falta de operarios es conocida, y la necesidad de ayuda mayor. Porque solamente tiene esta provincia 156 sujetos<sup>114</sup>, los 95 sacerdotes, los 36 profesos de cuatro votos y los 55 hermanos, los 11 estudiantes. Los demás coadjutores y era imposible poder acudir a tantas partes y ministerios como en esta provincia hay. Si Nuestro Señor no diera a los hijos de ella tanto fervor, y deseo de trabajar y padecer por su amor con que se cogen tan colmados frutos.

Y porque no queden sepultados en el olvido gloriosos trabajos que han padecido el Padre procurador y sus compañeros en su navegación, queriéndoles industrial el cielo para los que les esperaban en esta provincia en la promulgación del Santo Evangelio y en el cultivo de tantas bárbaras naciones donde los hijos de la Compañía se emplean con gloriosos empleos, y fruto conocido de tantas almas y Dios Nuestro Señor es glorificado y conocido por medio suyo. Haré ante todas cosas una breve relación del discurso de su viaje, y de los trabajos y necesidades que padecieron y de las ocupaciones gloriosas en que se ocuparon con

---

<sup>113</sup> El mismo Leonhardt en el Tomo XIX p. LIV, consigna los nombres de los 22 sujetos que llegaron con el Padre Ferrufino en 1635.

<sup>114</sup> Si sumamos los sacerdotes, incluidos los profesos, los hermanos coadjutores y estudiantes, suman 161 sujetos.

gloria de Nuestro Señor y provecho de las almas. Pero porque de la ida del Padre procurador a España no hay cosa particular más de que Nuestro Señor con su paternal providencia le libró visiblemente de los enemigos corsarios del mar, porque habiendo salido otros dos navíos de su compañía y caminando juntos los otros dos cayeron en manos de los corsarios y el Padre solo se libró y llegó a salvamento a la ciudad de Oporto en Portugal; haré solamente relación de lo sucedido de vuelta de Roma desde que se desembarcó en Lisboa hasta que llegó a esta provincia por ser cosa digna de historia.

### ***Relación de lo sucedido al padre Juan Bautista Ferrufino y a sus compañeros desde que se embarcaron en Lisboa hasta que llegaron al Puerto de Buenos Aires***

Llegó el Padre Juan Bautista Ferrufino con sus compañeros por fin de mes de mayo de 1635 a la ciudad de Lisboa con ánimo y deseo de embarcarse luego en compañía de la armada que estaba aprestada para el socorro del Brasil, donde recibidos de todos los Padres de aquella ciudad con grandes muestras de alegría, caridad y agasajo, como siempre lo acostumbra a ser a los que vienen a esta provincia hospedándolos con grande amor, y regalándolos con grande cuidado, no sólo de San Antonio, sino en la casa profesa y en el novísimo de que esta provincia está muy agradecida y reconocida a tanta caridad; mas no tuvo efecto su partida, porque faltando navíos de satisfacción, para la armada y soldados se embarcaron por su majestad los que había en el puerto de particulares para socorrer aquella necesidad, y entre ellos se embargó el navío que el Padre tenía fletado por ser bueno, con que por entonces se estuvo [detuvo?] su partida. Y fue necesario estar más tiempo en aquella ciudad hasta hallar embarcación a propósito y compañía segura con quien ...[viajar?] con seguridad. Viendo el Padre su detención en el ínterin que buscaba otro navío y se alistaba para salir para aquí, los padres que traía consigo comenzaron a efectuar los fervorosos deseos que traían la salvación de las almas. Ordenó que saliesen algunos a hacer misiones dentro de la misma ciudad y a sus arrabales, como lo hicieron. La primera fue al castillo de los castellanos que está en medio de la ciudad donde fueron los Padres por tres veces haciendo mucho fruto en ellos con las pláticas y sermones que les hicieron consolándolos a todos y a sus mujeres donde se hicieron confesiones de mucha importancia y gloria de Nuestro Señor que hacía años que no se confesaban y recibieron el Santísimo cuerpo de Cristo Señor nuestro con grande consuelo y alegría de sus almas y provecho suyo habido más a hacer fruto entre estos soldados el predicarle en su lengua castellana y confesarlas en ella como ellos decían, quedando muy agradecidos a esta buena obra y edificados muchos oficiales reales de aquel castillo viendo el suelo y fervor con que los Padres les enseñaban confesaban y trataban.

La segunda misión fue a una nave de la India, que estaba llena de soldados para el Brasil y tenía grande necesidad del socorro espiritual de sus almas publicaron los [...] nao el jubileo y fue también recibido de todos que confesaron y comulgaron habiendo prevenido algunas pláticas en que se les enseñó las obligaciones que tenían de ser soldados cristianos y vivir como tales de que tenían harta necesidad. La tercera no menos gloriosa que provecho-

sa, fue a las galeras por ser gente mas necesitada y llena de miserias, como lo significa el ejercicio y habitación que tienen. Estaban muchos de estos miserables mal amastados con mujercillas perdidas y viles, porque ellas les acudan con algún sustento para el cuerpo no haciendo caso del peligro de sus almas. Luego que los Padres les comenzaron a tratar de su negocio de ellos, era pedir socorro y limosna para el sustento del cuerpo y nada para el alma, y diciéndoles los Padres que venían a traerles las cosas de sus almas y que se confesasen, respondían que, cómo querían que se confesasen si no tenían qué comer y se estaban muriendo de hambre. Oyendo esto, un Padre pareciéndoles que más lo decían por tristeza que por necesidad, queriendo con aquel modo estarse con sus malas vidas y peores acciones, cogió la mano y les respondió enseñándoles el cuidado que debían tener de no ofender a Dios y que la causa de padecer necesidad en el cuerpo, era porque sus almas estaban más necesitadas de remedio. Les hizo una buena y fervorosa plática sobre este punto [...] con el cual se movieron de manera que comenzaron todos a decir que querían confesar, diciendo que querían ser más hijos de Dios que esclavos del demonio, aunque sus cuerpos padeciesen. Y se llegó de ver de veras lo que decían y que les salía del corazón, porque al día siguiente, se confesaron todos y recibieron el Santísimo Sacramento habiendo compuesto sus almas, dejando unos las mujercillas y echándolas de sí, y otros casándose con ellas, con que quedaron todos remediados y muy consolados, los cuales pidieron a los Padres volviesen allá otra vez a consolarlos, pues habían comenzado, y así lo hicieron, cogiendo siempre el fruto de sus visitas. También acudieron diversas veces a la casa profesa a confesar, acudiendo mucha gente y concurso, edificándose mucho los Padres profesos del fervor de los nuevos misioneros.

Se detuvo el Padre en esta ciudad hasta la pascua de navidad, esperando ocasión de embarcarse, ocupándose los Padres en estos ejercicios y misiones que hemos dicho y llegándose el día de hacerse la vela, que fue el segundo día de pascua, salieron del puerto en compañía de seis bajeles que iban a diversas partes del Brasil y apenas habían salido, cuando se alborotó el mar con una tempestad y viento contrario tan furioso que fue forzoso volver atrás y arribar otra vez al puerto de Lisboa, de donde habían salido. Estuvieron otro mes y medio esperando tiempo para volver a su viaje. No estuvieron ociosos los Padres en este tiempo porque había en el puerto dos navíos que iban de socorro al Brasil, y cayeron enfermos en ellos muchas personas. Acudieron los nuestros a confesarlos y consolarlos y quedaron tan agradecidos a esta obra de caridad que ... [solían?] decir a los marineros y gente de nuestro navío, que eran dichosos por llevar a los Padres en su compañía. Se serenó el tiempo y se mudó el viento contrario en favorable, el lunes segunda semana de cuaresma, a once de febrero de 1636. Se hicieron luego a la vela en compañía de los mismo navíos, caminaron aquel día y llegando la noche de sobre nuestro navío uno de turcos, y comenzó a disparar algunas piezas, pero como nuestro navío iba a la sombra de otros dos bien artillados, hicieron la resistencia, y conociendo la fuerza el enemigo vio sin hacer daño alguno. Caminaron nuestros Padres con próspero viaje y viento favorable, hasta la altura del río Género. Muy alegres de verse en aquel paraje, pareciéndoles que dentro de pocos días llegarían al puerto de Buenos Aires, pero Nuestro Señor, que les quería dar el noviciado de antemano y ejercitar a los trabajos para que no se les [...] nuevo el verlos que tan a manos llenas padecen los

ministros del Evangelio en estas partes, ordenó y permitió que los tiempos se mudasen y trocasen de manera que parecía que el viento y el mar andaban en contienda; y por fin, para afligirlos más y más, ya con tempestades y vientos contrarios sin dejarles hacer el viaje. Comenzaron las almas tan grandes y pródigas con un calor y bochorno tan grande, que no podían vivir. Se fueron continuando por muchos días con que el mantenimiento y el agua faltando, y el poco que quedaba con el calor se corrompía y se pudría de suerte que no era de provecho, comenzaron a sentir los Padres la necesidad y dar muy por taza la comida. Dejando de cenar, comiendo solamente a medio día era una muy corta y limitada ración, que era un poco de bacalao y unas pocas de lentejas. Quiso Nuestro Señor consolarlos porque cesaron las calmas y el soplo del viento valeroso y favorable que les llevaba la falta de comida con consuelo y alegría, pero les duró poco tiempo porque les sobrevino un temporal de viento furioso que duró cinco días, volviendo a desandar el navío lo que había caminado, volvieron las calmas después de la tempestad y los pilotos se hallaron muy apartados del puerto sin poder hacer viaje y el matalotaje se iba acabando a toda prisa, y fue necesario poner mayor tasa en la comida y aminorar las porciones, contentándose todos tener con que meramente pudiesen vivir pasando una perpetua colación detrás de calmas. Vino una tempestad mayor y más cruel que duró tres días, que parece que al paso que se les iba disminuyendo la comida, se les iba acrecentando las tempestades y trabajos, hallándose en trabajo que no podían tener otro socorro que el de Dios. Fue grande su aflicción y aprieto en que se hallaron los marineros, rendidos del trabajo continuo y cuidado de gobernar el navío, agarrando dos y tres al leme y gobernarle, y no le podían sujetar por ser grandes las mareas y fuerzas del viento. Accedieron todos nuestros Padres a pedir socorro al cielo, invocando en su ayuda a la Virgen Santísima, derramaban todos copiosas lágrimas, pidiendo misericordia, cebraba [quebraba?] el corazón ver aquel espectáculo, llenos todos de contrición y temor, esperando ya la muerte. Por horas hicieron voto de ayunar todas las vísperas de la Limpia Concepción y de Nuestro Señor Padre y de San Francisco Javier y los renovaban todos los días después de las letanías. No se oía en el navío sino llantos y suspiros de los nuestros como de los marineros. Prometieron muchas misas a las almas del purgatorio. Crecía cada día más la tempestad y más el terror y contrición, y los Padres iban ofreciendo más y haciendo buenas promesas a la Virgen y a Santos de devoción. Vino a tal punto la tempestad, que se juzgaba por cierto ya el peecer todos en este estado. Un Padre salió al combés del navío y dijo las oraciones que la Iglesia tiene para las tempestades. Conjuró los vientos y echó al mar una reliquia de San Francisco Javier, y Nuestro Señor fue servido por intercesión de su siervo, consolados que tan afligidos estaban. Sosegó el viento, y volviendo favorable dio el navío vista a la isla de los lobos que está en la boca del Río de la Plata, a 60 leguas del Puerto de Buenos Aires, y poco después a la isla Maldonado y Montevideo, y el piloto no era práctico y pareciéndole que iba muy junto a tierra, hizo al mar, apartándose de la tierra tanto, que no volvieron a ver más por algunos días. Siendo así que si siguiera el rumbo que llevaba con el viento que hacía en 24 horas echara ahora en el puerto de Buenos Aires. Pero habiéndose mareado dio lugar a que el tiempo se mudase como lo hizo, viniendo un recio temporal que fue necesario coger las velas y calar todos los mástiles y dejar el navío a sus aventuras, perdiendo las esperanzas de poder tomar otra vez el río ni entrar en el

puerto, con que se determinaron a arribar en Brasil. Se puso en ejecución esta determinación. Caminó el navío con aquel viento dos días en demandas de algunos de los puertos de Brasil, dejando el Río de la Plata y el puerto de Buenos Aires por popa con ánimo de invernar en el Brasil y en la primavera, cuando corren los tiempos favorables, volver en busca de él y acabar el viaje. Pero al cabo de dos días se les mudó el viento de proa tan contrario, que no les dejaba ganar rumbo ninguno, aquí fue mayor la confusión y perplejidad, viendo que caminaban en demanda del puerto de Buenos Aires, hallaban el viento contrario si volvían hacia el Brasil, se les mudaba el viento de suerte que hacia donde el navío mudaba, la proa para hacer viaje, hallaba el viento en contra. Gastaron en estas contradicciones quince días. La comida por días fue ya acabando y tasándola mas de suerte que ya no quedaba en el navío más que una pipa de agua y un poco de bizcocho y el deshecho de unas pocas pasas secas. Al fin descubrieron el puerto de la villa San Sebastián y dieron fondo en ella. Salieron los Padres flacos, amarillos en los huesos, hechos unos esqueletos de la necesidad que padecieron con la falta de comida. Allí estuvieron dos días, luego pasó el navío a la villa y puerto de Santos por ser más seguro y acomodado puerto. Para invernar, hay en esta villa una residencia de la Compañía. Luego, los padres de ella supieron la llegada del Padre procurador y sus compañeros acudieron con muy grande amor y caridad y les hospedaron con mucha liberalidad, regalándolos mucho con todo lo que tenían, haciendo grandes demostraciones de su caridad, y porque esta casa era pequeña y los huéspedes muchos que porque pudiesen estar con más comodidad se dividieron los Padres, parte quedando en Santos y parte fue al colegio de San Pablo, 14 leguas de allí, usando con ellos los Padres y Hermanos de aquel colegio muy grande caridad y regalo.

Tuvo noticia el Padre rector del colegio del río Género de la arribada del Padre procurador y sus compañeros y luego al punto despachó un barco cargado de muchos regalos. El mandó orden que los superiores de la residencia de Santos y San Pablo, gastasen con los Padres huéspedes todo cuanto hubieran menester con gran liberalidad, que él lo pagaría y así se hizo, que no permitieron que tiempo que allí estuvieron los Padres que fueron seis meses, gastasen un sólo real. No es nueva esta caridad que aquel colegio del río Género y los demás de la costa del Brasil, usan con esta provincia del Paraguay no sólo que [cuando] a pasar por allí los sujetos que vienen de España, sino que cada año, participamos los que acá estamos, de su extremada caridad y nos hallamos cortos y alcanzados de que fuerzas para corresponder tanta caridad, si bien deseamos ser agradecidos y pregoneros de obras de tanto amor e insigne caridad. El tiempo que nos tuvieron en Brasil acudieron los Padres a su ejercicio acostumbrando a confesar y predicar. Hicieron misiones a una, la villa de San Sebastián. La otra a la Cananea, con grande fruto de los vecinos y moradores de ella y agradecimiento de lo que los Padres habían hecho, siendo recibidos con mucha alegría y consuelo, y el fruto que en ellos se hizo fue grande, porque no tenían allí religiosos ningunos. En San Pablo se hizo lo mismo, predicando los Padres contra el vicio y pecado enorme de ir a cautivar los indios cristianos de las reducciones, y aunque en los demás del pueblo no se remedió cosas, en algunos se sacó fruto, proponiendo volver allá jamás, como hicieran, diciendo que aunque se murieran de hambre no habrían de cometer más aquella maldad. Una persona que había tratado a uno de los nuestros el tiempo que estuvo allí, no acababa de com-

poner su conciencia, pero llegado el tiempo de volver a hacerse viaje y partiéndose de San Pablo al puerto de Santos, donde el navío estaba, Nuestro Señor le movió de suerte que fue en busca de él hasta Santos, donde se confesó y compuso su conciencia muy a su gusto, quedando muy agradecido al Padre. Se partieron los Padres de este puerto por el mes de diciembre de 1636, un año después que salieron de la ciudad de Lisboa la primera vez, y dentro de pocos días llegaron con próspero viento al puerto de Buenos Aires, víspera de navidad. Se descubrió el navío desde tierra, y los padres del colegio que tenemos en aquella ciudad, deseosos de saber si era el Padre procurador y sus compañeros, acudieron luego a una torrecilla de donde se descubre el mar y se ven entrar los navíos, y cuando ya estaban sin esperanzas que podían ser ellos, les vino un mozo español a avisar de su llegada, con que fue el consuelo y alegría de los nuestros, muy singular y de toda la provincia, que deseaban su llegada, donde fueron recibidos de todos con muestras de gozo y consuelo. Y fue mucho mayor que supieron los trabajos que habían padecido por verlos ya puestos en seguro y con esto podemos proseguir el hilo de la historia de los anales de esta provincia y de lo sucedido en toda ella, así en los colegios como en las misiones, dando principio a los colegios y cosas tocantes de ellos.

### *Colegio de Córdoba*

El fruto que Nuestro Señor ha sido servido coger en este colegio por medio de los hijos de la Compañía en estos dos años ha sido muy copioso y grande por causa de las pestes y enfermedades que esta provincia han corrido desde principio del año de 34 hasta fin del treinta y seis. Comenzaron primero unas recias calenturas y dolores de cabeza con temblores del cuerpo, que los naturales llamaban chavalongo y después se continuaron unos recios tabardillos, y últimamente un cruel sarampión que de diversas partes donde cada cosa de por sí había dado se vinieron a juntar en un mismo tiempo en esta ciudad de Córdoba y su distrito, donde ha muerto mucha gente, así españoles como indios y negros, cabiéndole muy buena parte a este colegio donde cayeron enfermos casi todos los de casa y la gente de servicio, y murieron cuatro de los nuestros, con que el número de sujetos, que otros años había sido menor en estos, porque como se han recibido pocos, y estos con selección, y el Padre procurador con quien esperábamos socorro de sujetos, tardó casi cinco años. Faltó el concurso y número que en él solía haber, así de Padres como de Hermanos estudiantes. El que al presente hay, es de cincuenta sujetos con el noviciado y tercera probación, maestros y estudiantes: veintidós sacerdotes, nueve están acabando sus estudios, los demás son hermanos, los cuatro estudiantes, los trece coadjutores. Está en este colegio la casa de probación con su maestro de novicios con cuarto y clausura aparte, done también los Padres, que van acabando sus estudios, tienen su tercera probación, siéndoles instructor el mismo maestro de novicios con que este colegio se ve siempre gran fervor y edificación, y se vive con vigilante observancia [...]. Se han ejercitado en este colegio, en estos dos años nuestros ministerios con notable fruto y edificación de toda la ciudad. Acudiendo los nuestros en el tiempo de la peste a todo género de gente, españoles, indios y negros, con tan grande cuidado y deseo de su bien espiritual, y con un ánimo incansable y celo de los hijos verdaderos de la Compañía

ña, acudiendo a todas horas, de día y de noche a confesarlos y ayudarlos en sus últimas agonías, gobernando sus conciencias con grande gloria de Nuestro Señor, y provecho de sus almas, queriendo cada uno de los nuestros ser el primero en acudirles. Y aunque a veces de hallaban rendidos con tan continuo trabajo y enfermos actualmente, y muchas veces con tres y cuatro sangrías y otros acabados de purgar, luego que eran llamados, acudían con tanta alegría y fervor, que edificaban sumamente, queriendo mirar mas por el bien espiritual de su prójimos que por su propia salud, con que todos eran llamados verdaderos Padres.

Con la continua comunicación que los nuestros tenían con los enfermos y apestados, se les pegó el contagio y peste, de suerte que a pocos lances la trajeron a casa. Comenzaron a hacer los nuestros y ser nuestra casa un hospital, sin que por esto los que andaban en pies dejasen de acudir a los que llamaban, y haciendo a todas manos, confesando a los de afuera y consolando a los de adentro, acudiendo a todos en sus necesidades con mucho fervor. Comenzó a caer también la gente del servicio de casa, con los cuales los nuestros mostraron su mucha caridad, sirviéndose de enfermeros y acudiéndoles con todo cuidado y edificación. Fue apretado el rigor de la enfermedad, así en la ciudad como en nuestra casa.

Y la muerte a hacer su oficio, llevándose mucha gente, y a veces casas enteras sin perdonar a nadie quiso Nuestro Señor coger en casa la cosecha sazónada de los nuestros, llevándose para sí y a mejor vida los que halló dispuestos y llenos de méritos para darles premio de sus trabajos.

El primero que murió fue el Hermano Juan Díaz<sup>115</sup> coadjutor, formado natural de la ciudad de la provincia de Andalucía, el cual pasó a esta Provincia el año de 1616 en compañía del Padre Juan de Viana [...]. Era sujeto de consideración y estimado en su provincia, y como tal estaba ejerciendo oficio de solo ministro en el colegio de Granada actualmente, que fue nombrado para venir a las Indias por el deseo que tenía de cuidar en algo a la conversión de los infieles, y en esta lo ha sido trabajando insaciablemente en todos los oficios de su estado, con mucha edificación y obediencia. El cual, como llegó en tiempo que se iba entablado esta provincia, y la tierra estaba tan pobre, trabajó muchísimo en orden a entablar las chacras y haciendas con que se pudiesen sustentar los nuestros en este colegio, el cual como no tiene fundación alguna, y todo sustento y gasto pende del cuidado de los nuestros. El hermano con su trabajo, ayudó muchísimo en aquellos principios, y después, por diversas veces lo continuó con mucho fervor y celo con que el colegio tiene hoy con que sustentarse cómodamente. Los sujetos que en él hay, los maestros, estudiantes y obreros en que trabajó incansablemente y asistiendo personalmente en las haciendas y haciendo oficio de procurador así del colegio como de la provincia, y acudiendo a los demás oficios que le ordenaba la obediencia con puntualidad y satisfacción. Una cosa de suma edificación le notaron los compañeros que tuvo consigo en estas ocupaciones, y fue el cuidado vigilante que tuvo en hacer sus ejercicios espirituales y oración de suerte que jamás se le vio dejar sus ejercicios de oración y lección y las demás devociones, por muchas y ahogadas que fuesen las ocupaciones que tuvie-

---

<sup>115</sup> Nació en Baeza, Jaén, 2n 1582, ingresando a la Compañía de Jesús en la provincia de Andalucía en 1607. Llegó al puerto de Buenos Aires en 1617, pasando a Córdoba, donde falleció.



se previendo el tiempo, levantándose de mañana a hacer sus ejercicios espirituales para poder después siendo de día, acudir a los corporales. Fue celoso del bien y honra de la Compañía, y sentía mucho cuando oía nuevas de persecuciones y calumnias que padecían los nuestros, y se alegraba sumamente cuando oía referir los buenos sucesos y cosas de edificación de sus hermanos. Procuró, conforme la regla, cuidar a sus prójimos en sus conversaciones y cuando no tenía sacerdote en su compañía.

Los días de fiesta y domingos juntaba la gente de servicio y les hacía la doctrina y contaba sus ejemplos con que les aprovechaba y se hacía amar y respetar de todos, y para poder acudir a estos ejercicios con la decencia debida, procuró con los superiores le hiciesen una capilla donde se dijese misa y se enseñara la doctrina a la gente de servicio que había en las haciendas como se hizo. Fue muy compasivo con los padres enfermos y pasajerosendiéndoles [...] con caridad en sus necesidades, y sentía cualquier falta que les hiciese, procuraba remediarla con edificación. Queriéndole Nuestro Señor premiarle sus trabajos y llevarle a descansar, le previno cuatro meses antes que muriese, con la memoria de la muerte, le parecía que le había de morir dentro de pocos días, conque se dio más a devoción y trato de Nuestro Señor, visitando a menudo el Santísimo Sacramento, pidiéndole una buena muerte, y que fuese en la Compañía, y por esta causa, ayudaba todas cuantas misas podía, ofreciéndose a ello y las que no ayudaba oía, y reparando uno de los nuestros le dijo que cómo oía tantas misas, le respondió que entendía que había de morir presto, y quería oír tantas misas [...] como días había vivido (desde que nació). En estos ejercicios le cogió la enfermedad. Al principio parecía que no era con rigor, pero dentro de pocos días se declaró malicia. Un maligno tabardillo que a toda prisa le privó de sentidos y le quitó la vida temporal para que pudiese ir a gozar de la eterna como esperamos. Murió a 28 de diciembre de 1636 a los (53) de su edad y (32) de Compañía y los 21 en esta provincia.

Le siguió dos días después el Hermano Manuel de Sosa<sup>116</sup>, también coadjutor, portugués de nación natural [...] en el reino de Portugal. Vino de España en un navío que llegó al puerto de Buenos Aires con ánimo de pasar al Perú a buscar tesoros, como otros lo han hecho, pero Nuestro Señor le escogió para que entrando en la Compañía en esta provincia atesorase en breve muchos tesoros de virtud y méritos y los fuese a gozar en breve en el cielo. Murió dos años y ocho meses después de haber entrado en la Compañía [y los dos años estuvo en el noviciado y los ocho meses después de haber hecho votos...] Era ángel en condición, fervoroso y devoto, procedió con suma edificación en su aprobación, acudiendo a todos los ejercicios de novicio con mucha obediencia y devoción. Lo ocuparon los superiores los últimos meses de noviciado en oficio de enfermero, y lo continuo después, hasta que murió con sumo cuidado y caridad con que tenía edificada toda la casa, acudiendo sin descansar. Le pegó la enfermedad en este ejercicio, de que murió con grande sentimiento de los de casa, y envidiosos de esta muerte, viendo que en tan breve tiempo fuese a gozar del premio de sus trabajos y del fruto de sus fervorosos deseos. Era dado a la oración y trato con Nues-

---

<sup>116</sup> Ingresó a la Compañía de Jesús del Paraguay en 1634, falleciendo en Córdoba el 30 de diciembre de 1636 (STORNI SJ, Hugo, p. 275).

tro Señor. Lo mostraba en la devoción con que ayudaba a misa con tanta modestia y compostura que decían muchas personas de fuera de casa, que les causaba grande devoción solamente ver ayudar a misa al Hermano Sosa, pareciéndoles veían su alma llena de Dios y de sus dones en lo exterior, dando muestras en su compostura y modestia.

Apenas parece habíamos cumplido con los sufragios y funeral de los Hermanos y que daba algunas treguas la muerte; amainando su furia el rigor de la enfermedad cuando nos tocó arrebató con mayores aperturas los tabardillos y peste, cayendo de golpe los demás que andaban en pie infectados del sarampión que venía abracando la tierra y entre estos nuevos asaltos con que acometió a los de casa la enfermedad, se halló mal herido el Padre Cesar Gratiano<sup>117</sup> de un cruel tabardillo, conque dichosamente murió dejándonos raros ejemplos de su virtud en fervor y caridad, acabando su vida en las manos de la caridad, acudiendo a los apestados y enfermos con grande edificación y provecho de sus almas, siendo de edad de 45 años y ocho de profeso de votos y 29 de Compañía, habiendo vivido en esta provincia los veinte de cuya virtud y raras partes haré una breve relación.

Nació el Padre César Gratiano en Bovino, ciudad de Apulia en el reino de Nápoles, corte de don Ignacio de Quebrara de buena memoria. Duque entonces de aquel estado, de quien el Padre Gratiano fue muy favorecido y por su medio e intercesión fue recibido en la Compañía interponiendo el Duque su autoridad con los superiores de aquella provincia para que lo recibiesen como lo hicieron, siendo de edad de 17 años, reconociendo en él aún en aquella su aventajado ingenio, prudencia y buenas partes. Tuvo en Nápoles su noviciado y habiéndose hecho los votos oyó el curso de artes con opinión de escogido ingenio, pero en este tiempo se iba Nuestro Señor leyendo otra lección más levantada de espíritu, dándole vivos deseos de emplearse en la conversión de los infieles, y así se ofreció a los superiores para la empresa de Constantinopla, y comenzó a aprender la lengua turquesa para este efecto. Pero como Nuestro Señor, que le tenía para esta provincia, movió a los superiores que no le admitiesen. Entonces y habiendo llegado en esta ocasión el Padre Juan de Viana, procurador de esta Provincia, se halló con mayores deseos de emplearse en conversión de los infieles y hallándose movido para estas misiones del Paraguay, se ofreció a los superiores, haciéndoles instancia para que le enviasen a esta provincia representándoles sus deseos y ánimo que Nuestro Señor le comunicaba para servirle con estas empresas; conque fue señalado para esta provincia y se partió luego en compañía del Padre procurador aquel año que fue el de 16, donde llegaron dichosamente el año siguiente de 17. Acabó sus estudios en este colegio de Córdoba con tanta satisfacción que antes de acabarlos le ordenaron los superiores leyese curso de filosofía, porque el Padre que estaba señalado para leerlo, había de venir de Chile y aquel año no podía pasar la cordillera por causa de las nieves. Bajó el Padre Gratiano la cabeza a esta obediencia aunque con harto sentimiento suyo, viendo se le estorbaba el ir a emplearse en la conversión de los gentiles, cuyo deseo le había traído de Nápoles, mas Nuestro Señor le consoló porque inopinadamente y sin pensar llegó el maestro señalado y

---

<sup>117</sup> La fecha de nacimiento es 24 de mayo de 1593, ingresando a la Orden en 1611 (STORNI SJ, Hugo, p. 128)

así le dio luego su lugar festejando su venida en una alegre elegía en verso latino en que era también aventajado, ofreciendo un buen número de misas al que le dio la nueva con que pudo acabar su teología y después tener con sosiego su tercera probación, donde procedió con notable edificación y provecho de espíritu y allí se encendieron con más vigor las llamas del fuego que ardía en su pecho de emplearse en el bien de las almas y conversión de la gentilidad, pidiéndolo con mucha instancia los superiores se lo cedieron. Y teniendo ya todo a punto para salir a las misiones, Nuestro Señor que quería servir de él en la cátedra y ministerio de letras, trocó de repente a los superiores que le ordenaron no fuese a las misiones, sino que sirviese a Nuestro Señor en leer. Se rindió a la voz de los superiores como a la de Cristo Nuestro Señor. Leyó primero un año de seminario a los Hermanos seminaristas y luego les leyó a los mismos tres años de artes con grande satisfacción y provecho entre sus discípulos, y dentro de seis meses entró a leer la cátedra de teología y la continuó por diez años (hasta que murió) con grande satisfacción y aplauso común de todos, porque era de ingenio raro y agudo y liberal y universal, de una memoria feliz, copiosa y tenaz, que juntamente con una atable llaneza y facilidad en el trato, así con los nuestros como con los seculares, se hacía no menos amable y respetado de todos y no se contentaba con leer su cátedra tan cumplidamente, sino que por faltas inexcusables de los demás maestros, solía leer por largas temporadas dos ilusiones de diferentes materias con tanta facilidad y provecho de sus discípulos, como si no leyera más que una.

Acompañaba las letras con el ejercicio de raras virtudes; fue devotísimo de la Virgen Santísima y daba muestras de esta devoción en sus pláticas ordinarias y sermones, los cuales, aunque siempre los hacía muy curiosos y de aventajados discursos siendo de la Virgen, se llenaba supra y se aventajaba de suerte que se echaba bien de ver la devoción que moraba en su pecho, en los afectos y discursos que predicaba de esta Señora. Procuraba hacer algunos servicios en sus festividades y todos los sábados fregando aquél día platos en la cocina y ayudando en reverencia suya y saliendo a barrer la iglesia con la comunidad, escogió la capilla de la Virgen, esmerándose en su devoción y por esta causa lo era también de los santos patriarcas San Joaquín y San José, por ser tan conjuntos de la Virgen.

Y aunque las letras de suyo suelen traer estimación propia, en los siervos de Dios suele causar mayor humildad y conocimiento propio como le sucedió a nuestro Padre Gratiano, el cual aunque echaba de ver lo que Nuestro Señor le comunicaba en esta parte, nunca se antepuso a nadie, antes era gran estimador de los talentos ajenos, alabando cualquier cosa, aunque fuese ordinaria y menuda que veía en los otros, mostrando la estimación que de otros tenía en su concepto. De esta humildad le salía el consultar a todos en sus dudas, hasta a sus mismos discípulos, pidiéndoles con mucha llaneza, su consejo y parecer; porque aunque su talento era extraordinario, no daba muestras de tener de sí el concepto de lo que era, mostrando su humildad en esto y en el respeto que tenía a los superiores y a sus órdenes, recibiendo con grande sujeción y humildad cualquier aviso que le daban.

Tuvo notable estima de su vocación, y dio muestras de ello en la vida tan regular y ajustada a nuestras Reglas, fue puntual en la obediencia y exacto en las penitencias con que domaba su carne. Pedía licencia para todo cuanto hubiese de hacer aunque fuesen cosas muy

menudas y ordinarias, comunicaba todos cuantos negocios pasaban por sus manos (aunque era n muchos y muy graves) con los superiores, pidiéndoles su dirección. Y decía que un religioso no tenía otra guía, regla y norte para guiarse y acertar que su superior y así aún los negocios y ejercicios de caridad que hacía en bien de los prójimos, los pasaba por este registro y encaminaba por este norte. Fue muy amigo de seguir en todo la comunidad, no quería en su persona singularidad alguna. Era celosísimo del buen nombre de la Compañía, por lo que la amaba y estimaba de corazón. Todas estas virtudes adquiría del familiar trato que en la oración tenía con Nuestro Señor, la cual era en la iglesia delante del Santísimo Sacramento (de quien fue devotísimo) sin que los rigores del frío que hay en esta ciudad le pudiesen hacer retirar en busca de abrigo, y solía decir que deseaba dejar la cátedra para poder (tener) más tiempo desocupado para darse a la oración y trato más continuo con Nuestro Señor y así guiado decía misa, la decía con grande paz y sosiego para gozar más de su presencia, preparándose para celebrar con toda la preparación que podía, y se echaba de ver bien lo que Nuestro Señor se le comunicaba en la devoción con que celebraba y en los sentimientos con que hablaba de los misterios altos de la misa y soberano sacramento.

Campeó en el Padre Gratiano la caridad y celo de la salvación de las almas al paso que en sí mismo campeaban las demás virtudes, acudiendo a todos con grande amor y familiaridad, así a los de casa como a los de fuera, haciéndose todo a todos, sin que para esto le fuese estorbo alguno la lectura continua. Predicaba a menudo con fruto y aplauso de los oyentes. Era frecuente en el confesionario así en casa a los sanos como a los enfermos en las suyas sin exceptuar a nadie, ricos, pobres, indios y negros, todos hallaban en él consuelo a cualquier hora del día o de la noche que le llamaban. Tenía un trato muy agradable con los prójimos por la suavidad y llaneza con que a todos se comunicaba, y a ninguno se negaba, con lo cual tenía tan ganados los corazones de los de la ciudad que hacía y alcanzaba de ellos lo que quería, componiendo enemistades, volviendo por los pobres, intercediendo por los afligidos y así, de todos era amado y estimado, concurriendo a él todos en sus dudas y dificultades, procurando que todos sus negocios fuesen enderezados y encaminados por su medio.

Pero donde más mostraron los de la ciudad la estima que del Padre Gratiano tenían y el Padre, su celo y caridad y deseo del bien de sus almas fue en el tiempo de la peste, y así apenas se sentía alguno herido del mal cuando luego le llamaban para confesarse con él y comunicar sus cosas, deseando ser guiados por su dirección y tenerle a su lado en aquella ocasión y apretura. A lo cual acudía el Padre con grande caridad y fervor, sin que le retardase el temor de la peste, ni el olor del mal contagio, ni la muerte de tantos como cada día se enterraban y veía morir a sus ojos. Antes de esto le daba más ánimo y mayor aliento para acudir a todos con mayor fervor, cuanto veía era mayor la necesidad y ofreciendo su vida y salud por el bien de las almas sin perdonar trabajo. Entre otras casas donde la peste parece se hizo fuerte, fue una de un vecino de esta ciudad pariente muy cercano de nuestro Padre y patriarca San Ignacio acometiendo con tanta y violencia que en el espacio de mes y medio le arrebató la mujer y cuatro hijas y dos hijos y muchos negros e indios del servicio de casa, y últimamente le vino a atacar a él, quedando como atónitos y fuera de sí los vivos porque apenas sacaban uno a enterrar cuando venían corriendo a sacramentar otros que comen-

zaban a agonizar. Acudía a todos el Padre Gratiano con mucho cuidado y caridad, lo uno por ser sus pertinentes ordinarios y gente muy devota y que vivía con edificación, lo otro por el desamparo en que se hallaban pues aún los muy íntimos amigos huían de ellos como de apestados y finalmente por ser casa tan allegada a nuestro patriarca, acudiéndoles a todas horas de día y de noche, ayudando a los que se querían morir y consolando a los vivos sin que por esto dejase de acudir a otras partes donde era llamado, siendo necesario muchas veces pegarse al enfermo para poderle oír y no ser oído por haber muchos en un mismo aposento, y allí extendidos en el suelo, que era necesario que el Padre se echase de pechos en el suelo y estribase en los codos para poderlos oír y consolar, asistiéndoles muy largas horas, con que recibía en sí el hálito del enfermo y el mal olor de la enfermedad, sin temer a su peligro, ni haciendo caso se le pegaría la peste, queriendo dar vida en este ejercicio, por imitar a su Creador que la dio por el bien y salvación de las almas, ofreciendo el Padre Gratiano la suya en esta ocasión por su amor y salud espiritual de sus prójimos.

Quiso Nuestro Señor recibir este holocausto tan agradable a sus ojos y premiar al Padre Gratiano actos tan heroicos y así andando en este ejercicio el mes de enero de 1636 se sintió herido del mal y con calentura. Al principio no pareció ser maligno. Y duró en este estado viernes y sábado y dándole lugar a decir misa entendiendo que era solamente catarro y cansancio de las trasnochadas que daba y salidas de noche acudiendo a los enfermos, hasta que el domingo comenzó a descubrir más su malicia, aunque al parecer no era mucha con que no se descuidó. Pero el enfermo que interiormente sentía lo que tenía, procuró luego confesarse generalmente desde el tiempo que había vivido en la Compañía con grandes lágrimas y devoción, quedando con tanta paz y sosiego de su conciencia y espíritu que daba bien a entender la pureza de su alma, y admirándose un Padre de esta quietud y se lo dijo. El enfermo le respondió “Yo ya he hecho las diligencias y así no tengo cosa que me de pena” testimonio de la buena cuenta con que había vivido y que no temió darla comenzó a descubrir la malicia de su enfermedad con tanta prisa que queriendo el Padre Gratiano comulgar por su devoción después de haberse confesado. Fue necesario avisarle recibiese el Señor como viático por el peligro en que estaba. Le dieron la nueva y la recibió con mucho consuelo, sin alterarse, preparándose con actos ferviosísimos para recibir a tal huésped. Acabado de recibir el viático pidió que le viesen y con muchas lágrimas y humildad pidió a todos los de casa perdón de las faltas y mal ejemplo que les hubiese dado, y como todos le amaban tiernamente, causó gran pena este espectáculo, haciéndose los ojos de todos fuentes de lágrimas de sentimiento y dolor.

Fue creciéndole la enfermedad, aunque no le privó del sentido luego, ocupándose todo el tiempo que le tuvo en dar gracias a Nuestro Señor por verse morir en la religión de la Compañía y en hacer dulces coloquios con un Cristo que había traído de Italia. Llevando la lлага del costado tiernamente a sus labios y dándole ósculos tiernísimos, le decía *Socius peregrinationis meae*. *Socius peregrinationis meae*, hasta que el miércoles siguiente se le subió el mal a la cabeza y comenzó a desvariar, pero la lengua entre estos delirios comenzó a manifestar lo que en el corazón estaba a protestar y afirmar que ni en el siglo ni en la religión no había maculado la estola cándida de la virginidad, y es testigo cierto de esta verdad, lo que en secreto había dicho a un Padre que no le remordía la conciencia de haber cometido

pecado mortal a sabiendas todo el tiempo que había vivido en la Compañía. Comenzó el tardillo a salirle afuera y cubriéndoles el rostro y cuerpo, de tal suerte que aunque se le hicieran muchos y grandes remedios con todo cuidado, no fueron bastantes para que no le causase la muerte, con lo cual dio fin a su vida dichosamente comenzando a gozar la eterna en compañía de aquel Señor por cuyo amor había tan dichosamente trabajado.

Le cupo gran parte de estos cuidados y gloriosos trabajos al Hermano Blas Gutiérrez<sup>118</sup> coadjutor temporal, acudiendo a los enfermos con suma edificación, caridad y solitud, hasta que dio la vida y vino a morir en la misma demanda a los 72 años de su edad y 22 de Compañía siendo un verdadero ejemplar y dechado de Hermanos coadjutores, de cuya vida, conversión y virtud pondré en estos anales un breve sumario.

Fue el Hermano Blas Gutiérrez natural de Castilla la Vieja. De Vegacervera pasó a las Indias para ejercer su oficio de barbería y cirugía en que era primo y tenía lindas [trances].

Llegó a Lima y estuvo en aquella ciudad en casa del arzobispo don Toribio Mogrovejo, estimado y querido de todos así por su oficio como por su buen trato y modesto proceder. De allí pasó a Chile, habiendo muerto el arzobispo, en compañía del gobernador don Alonso de la Rivera con esperanzas de valor en el mundo pero Nuestro Señor le llevó para que poniendo en las cosas del cielo, tuviesen mayor valor sus trabajos y acciones; le comenzó a dar algunos toques interiores dándole en rostro con las cosas del mundo que poco valen los favores mundanos y se fue encendiendo el fuego y desengaño de suerte que habiendo llegado a la ciudad de Santiago de Chile, quiso tener unos ejercicios espirituales en nuestra casa, retirado del tumulto y trabajo de los hombres, para con maduro acierto, determinar el modo de vivir que había de tomar. Tuvo sus ejercicios y Nuestro Señor le declaró su voluntad dándole vivos deseos de ser religioso de la Compañía. Y así trató luego que le recibiesen, haciendo grande instancia a los superiores para que lo admitiesen. Vencidas algunas dificultades, y quedó el Hermano tan agradecido a Nuestro Señor por este beneficio y con tanto aprecio de su vocación y estado cuanto le mostraba el fervor y el cuidado con que se entregó todo a la obediencia para todos cuantos oficios de pudieran ocupar con tanto tesón y afición al trabajo y continuación, que parecía hecho de acero. Acudiendo a muchos oficios juntos, de cocinero, sotoministro, enfermero y refitolero que cada uno de ellos era bastante para ocupar a otro cualquiera que no fuera el Hermano. Trabajo con este tesón muchos años hasta que la naturaleza se rindió, pero no su espíritu, haciendo cuanto los achaques le daban lugar, deseando trabajos hasta morir, y se solía lamentar algunas veces (viendo que alguno de los Hermanos, o se cansaba del trabajo o no lo hacían con cuidado) de no tener fuerzas para echarse a cuestras toda la casa como el decía y solía hacer en otro tiempo.

Juntó la vida de Marta con la de María hermanando sus acciones en uno con verdaderas hermanas, porque no era menos aplicado a la labor del espíritu que de las acciones del cuerpo, siendo muy solícito en sus devociones y trato con Dios, cuanto lo era en los ejerci-

---

<sup>118</sup> El año de su nacimiento es 1565. Ingresó al Paraguay en 1614, dando sus últimos votos en 1626 en Córdoba, donde falleció diez años después (STORNI SJ, Hugo, p. 133).

cios corporales y así cuando las ocupaciones exteriores eran tantas y tan forzosas que no le daban lugar a sentarse con María y cumplir los ejercicios cotidianos de oración y lección entre día, luego que se había desocupado en anocheciendo y cuando sus Hermanos dormían y descansaban, él se ponía en vela y por largos ratos con el gusto de las cosas espirituales aparentaba su espíritu, supliendo las faltas del día y añadiendo mayores ganancias y accesos. Era necesario que el Padre ministro sabiendo su distribución le fue a avisar que descansase. Era muy dado a la lección de libros devotos y especialmente del *Contempus Mundi*, gastando largos ratos en su lección. Y en estos últimos años, como sus achaques no le dejaban dormir, y comúnmente le despertaban más de una hora antes de la comunidad, luego se ponía en oración y la continuaba con la de la comunidad, y acabando se iba a oír dos o tres misas con gran devoción.

De esta comunicación con Nuestro Señor, participó su espíritu de una luz muy grande y conocimiento de cualquiera culpa por donde quiera que fuese, para huirla con que se vino a regular y ceñir con una muy puntual observancia, reparando y consultando a sus superiores y confesores sobre cosas muy menudas. Con esto se conservó en una grande pureza de conciencia que dejaba a sus confesores muy edificados y aunque el demonio le procuró inquietar con vanos temores y escrúpulos, no pudo prevalecer con la claridad y obediencia que el Hermano guardaba con sus confesores y se echo de ver bien que Nuestro Señor le guiaba, pues en el tiempo último de su vida y cuando se reconcilió para morir le vino una tranquilidad tan admirable en su alma y espíritu, que viendo el confesor no daba materia de absolución, le advirtió se acusase de algunas culpas comunes para poderse absolver. Ni después hasta que murió tuvo escrúpulo alguno, sino una paz muy grande en su espíritu.

De este mismo trato con Dios alcanzó un grande encogimiento y humildad y despegó del mundo, no haciendo caso a los aplausos y alabanzas con que los seglares le trataban, porque como el Hermano había sido enfermero tantos años, y tenía tanta experiencia y notable aplicación a su oficio y con su mucha caridad había aprendido, leído y experimentado medicamentos para acudir a los enfermos y necesitados y Nuestro Señor se había comunicado acertó en el curar, los seglares tenían extraordinaria fe con sus curas, esperando buen suceso en que todo lo que Hermano Blas ponía su mano, atribuyéndolo a su virtud y religión, alabándoles y estimándole mucho por esta causa. Pero el Hermano jamás hizo caso de estos aplausos y lisonjas vanas, atendiendo sólo a las cosas eternas. Y aunque sus achaques eran grandes, ejercitó casi siempre por sus manos oficio de barbero de todos los de la casa, siendo juntamente médico y enfermero de todo el colegio y de muchos pobres de fuera, acudiendo a todos con singular cuidado y caridad y agrado a cualquier hora que le buscasen, con que era amado por todos y estimado por sus virtudes.

Pero lo que más resplandeció en el Hermano Blas y le hizo muy estimado en los ojos de los hombres, y ahora en el cielo grande delante de Dios como esperamos, fue su extremada caridad y compasión que tuvo siempre a los enfermos, ayudándoles y sirviéndoles con un tesón y cuidado infatigable. Por muy asquerosa que fuera la enfermedad y contagios, el accidente, y por mas llagado que estuviese el enfermo y podrida la herida, jamás se vio en el rostro ni señal de asco ni aversión. A todos acudía, curaba, limpiaba, lavaba y revolvió en

la cama asistiéndoles hasta que morían, y dejarlos amortajados aunque fuese indio o negro con una caridad muy grande con que a todos edifica sumamente. Entre estos ejercicios no se olvidaba de la mortificación, venciendo con grande ánimo, sufriendo a los enfermos sus impertinencias y padeciendo los accidentes que es fuerza intervengan en este oficio de mal olor, vigiliyas y quejas, sin que diese muestra alguna de sentimiento. Sucedió un caso en el ... dio bien a entender. Le aconteció a curar a un indio miserable y pobre, lleno de asquerosísimas llagas, feas, podridas y encanceradas que echaban de sí un olor pestilencial. Se halló presente uno de los nuestros y al tiempo de removerle los parches, salió de las heridas y llagas tal hedor y contagio que hizo en el que se halló presente, tal impresión, y no pudiendo sufrir, fue menester apartarse de allí. Pero el Hermano Blas con su apacibilidad y sin hacer asco ninguno, tomó los parches llenos de aquella corrupción y humor horrible y los llevó a las narices y boca sin que causase en él alteración alguna, clara muestra de lo que en esta parte se había vencido y mortificado otras veces.

De esta raíz le nació al Hermano Blas los achaques con que vivió por tiempo de casi ocho años de unos corrimientos terribles que le andaban por todo el cuerpo, resultándole unas grandes hinchazones que era necesario abríselas muchas veces con navaja para que divirtiesen el humor tan cálido que en ella se congregaba, causándole intensos dolores y dejándole a veces casi todo el cuerpo lleno de llagas con que andaba tan consumado y exhausto que causaba gran compasión verle, llevando al Hermano su enfermedad con admirable paciencia sin que por eso dejase de acudir a los demás enfermos. Le causó este accidente de una obra de caridad que usó curando a un religioso de Santo Domingo que estaba desamparado y sin remedio, el Hermano acudió a su cura con mucho cuidado y caridad la cual como fuese muy larga y dificultosa y era necesario para curarle tener el aposento muy abrigado y echó un fuego con braceros encendidos, y el Hermano le asistía de continuo y de suyo era sanguíneo y fogoso, aquel fuego y calor del aposento le causó los corrimientos y achaques que después de sano el religioso comenzó a padecer el Hermano y le duraron hasta poco tiempo antes que muriese, cerrándose todas llagas y quitándosele las hinchazones y cobrando sus fuerzas que causaba admiración. Viéndose el Hermano con esta disposición quiso volver al tesón antiguo y trabajar como solía, haciendo instancia a los superiores, que le quitasen el entredicho que le habían puesto en las penitencias por causa de sus achaques, alegando tenía ya fuerzas para ello. Pero no le duró mucho esto porque aquella mejoría fue disposición para dejar del todo esta vida, y pasar a gozar la eterna, recibiendo el premio de sus gloriosos trabajos, porque como se cerraron las llagas por donde el humor evacuaba, se le fue reconcentrando hacia dentro y le sobrevino un dolor de costado de que murió bien preparado y ayudado con todos los sacramentos, haciendo actos fervorosos con Dios Nuestro Señor, estando en su juicio entero, estaba una hora antes que expirase. Fue notable el sentimiento que en toda la ciudad se hizo con su muerte, llamándole santo y predicando sus virtudes.

En este tiempo de la peste han sucedido algunas cosas de edificación y casos raros en que Nuestro Señor ha usado de su misericordia con los que con dolor se vuelven a él y le piden perdón. Estaba una persona enferma con peligro de su vida, pero no trataba confesarse por temor y vergüenza que le causaban sus pecados y se recelaba de confesar con su con-



fesor ordinario por no perder la buena reputación que con él tenía (engaño en el que caen no pocos y a veces gente de calidad) le fue apretando la enfermedad y con más rigor su mala conciencia y ella no cuidaba de confesarse. Estando en estas congojas y aflicciones, y dudando si se confesaría o callaría y no determinándose, vio que en su aposento estaban unas fantasmas de horrible aspecto, negras y espantables, que le hacían mil visajes. Y aunque ella se procuraba cubrir con la ropa y esconderse de ellas, nunca pudo librarse de su aspecto horrible. Con esto comenzó la conciencia a darle mayor garrote, conque se determinó a confesarse pero no atreviéndose con su confesor, sabiendo que un Padre de los de casa que solía estar ausente había llegado, le cambió a llamar y se confesó con él con grandes muestras de dolor y de sus pecados, quedando libre de aquellas fantasmas, los cuales no vio más después que se confesó; y habiéndose despedido el Padre de la enferma y salido del aposento, vio ella que luego entró un mancebo hermosísimo pero con rostro severo (que debía ser el Ángel de su guarda) y traía una hermosa corona en la cabeza y le puso a mirar un buen rato, y luego le arrojó un paño que traía en sus manos, diciendo limpiase las lágrimas con este paño, y habiendo obedecido y tomado el paño, fue tanto el dolor que sintió de haber ofendido a Nuestro Señor, que no pudiendo sufrirlo, comenzó a dar gritos prorrumpiendo en un llanto muy grande, pero con esto le quedó tan grande consuelo interior que le parecía que en su vida había tenido tal cosa, con que desapareció aquel mancebo y el paño que le había dado, quedando ella muy alegre por verse libre de aquella aflicción que tenía como lo refirió después a su confesor.

Otra persona hacía días que estaba disgustada con su marido, por causa de ciertos celos que le pedía aunque él estaba inocente de la demanda, falta en que suelen caer de ordinario las mujeres. Llegó el enojo a tanto que entre los dos hubo grandes disgustos y ella por vengarse de su marido se determinó de ofenderle haciéndole traición, y pasó esto: Una noche a deshora, dejando descuidar a su marido, se salió de su casa por las calles con intento de entregarse a todos cuantos encontrase, y pasen por allí. Para esto escogió un puesto acomodado a su intento, dónde se sentó para cumplir con su intento. Apenas se había sentado, cuando le pareció que bajaba del cielo una grande llamarada de fuego que le quería abrazar y consumir. Cayó en el suelo despavorida y casi sin sentido de temor y como pudo se volvió a su casa con firme propósito de enmendarse y aunque los de su casa echaron de ver que venía demudada y con temor entendiendo que había tenido en el corral por donde había entrado, ella no les dijo lo que había pasado, sino sólo a su confesor a quien dio cuenta de todo, enmendado su vida y teniendo paz allí en adelante con su marido.

Había otra vivido en su mocedad licenciosamente dándose a todo género de vicios, especialmente viviendo algunos años mal amistada.

La conciencia comenzó a hacer su oficio, a darle crueles remordimientos, avisándole su misma vida. Trató de confesarse, pero no se atrevió a confesar el estado en que más le conviene descubrir con que se quedó más arraigada en sus vicios, y molestando, vivió de esta suerte doce años, hasta que acusándole su mala conciencia y el demonio que se valió de la ocasión le agravó tanto su mal estado representándole la gravedad de sus pecados y al parecer imposibilidad para confesarse, que le vino a traer y hacer caer en desesperación y así

trató de ahorcarse, y para ponerlo en ejecución, tomó un lazo, lo echó en un tirante de su casa, cerró la puerta por dentro para que nadie le estorbare. Se subió sobre una silla para atarse el lazo a la garganta y dejarse caer, quedando colgada. Al punto que comenzó a atarse el lazo, sintió que le hablaban al oído y le exhortaban a que se confesase, y con esto se libraba de su aflicción, facilitándole lo que antes se hacía tan dificultoso. Reparó en ello, quitase el lazo y salió de su casa al punto en busca de un confesor. Al salir de su casa encontró con otra persona que al parecer, trato, voz y vestido parecía una a quien tenía obligación. Le preguntó dónde iba, pero esta persona disimuló lo que había pasado y el intento que llevaba. Esta otra le entretuvo en varias pláticas con que le estorbó por entonces el intento que tenía que confesarse. Se volvió a su casa con esto y sin acordarse más de lo que le había pasado se volvió a su mala amistad con más continuación que antes, y duró esta manera en su mala vida otros seis años, hasta que enfilado el demonio de hacerle caer en ofensas divinas le incitó de nuevo con mayores estímulos de su mala vida a nueva desesperación, y a que se ahorcarse de hecho lo puso por obra haciendo las diligencias pasadas y estando ya para arrojarse. Ató el lazo al pescuezo, volvió a oír las voces primeras que le decían que se confesase, facilitándole el perdón, aunque no veía al que le hablaba (sin duda debía ser su santo ángel de su guarda), con que volvió a arrojar el lazo y salir de su casa con nueva resolución de confesarse de veras y dejar su mala vida. Al tiempo que iba a salir por su puerta se encontró la misma persona que había encontrado la primera vez y le parecía que era verdaderamente una persona a quien tenía obligación y respeto, pero echose de ver que era el maligno espíritu que transformándose y contrahaciendo su figura, y ocultando quién era, quería estorbar el bien de aquella alma, como lo hizo que preguntándole donde iba y tratando con ella varias pláticas le estorbó la confesión y resfrió del propósito de confesarse, con que fue causa de que se volviese otra vez a su mal estado, y a continuarlo por algunos años siguientes, no haciendo ya caso de su salvación. Sucedió que entró en nuestra iglesia en ocasión que un Padre estaba contando un ejemplo de las penas que padecían los que callaban pecados y de los que desconfiaban de la divina misericordia, conque le parecía que el predicador sabía lo que había pasado y así se determinó de descubrirse al mismo predicador, como lo hizo aquella misma tarde con tanto dolor y lágrimas que se echó de ver bien su mudanza de la mano poderosa de Dios y se confirmó con la enmienda que tuvo de allí adelante su vida en que persevera.

Dejo muchos otros casos que por ser comunes y haberse escrito muchos en los anales pasados no se especifican en particular de concordias y amistades que se han hecho, entre personas que no se podían ver, y honras y haciendas que se han restituido y singulares providencias que Nuestro Señor ha usado con algunos pobrecitos, que estando muy lejos de la ciudad y en parte donde no podían confesarse por no haber allí sacerdote y allegado acaso un Padre de los nuestros y teniendo noticia de su enfermedad, lo fue a visitar y confesar dentro de un cuarto de hora y unos otros de media, bien preparados dar el alma a su Creador con grande consuelo del Padre que los confesó y no menor alegría de los que se morían viendo les cogía la muerte habiéndose confesado uno solo. Quiero concluir este punto con un ejemplo de un indio mozo chasqui principal de un pueblo comarcano a esta ciudad para que se vea cómo Nuestro Señor conserva en todos estados y géneros de gente almas puras para

que le sirvan y sean dechado de otros. Vivió este mozo con mucho recado y edificación en su pueblo, jamás se vio en él vicio alguno de embriaguez y deshonestidad como en otros de su estado. Era ejemplo de sus vasallos. Nunca le vieron ocioso sino siempre bien ocupado, le dio la peste que corría, y estando ocho leguas apartado de poblado se hizo traer a donde estaba un Padre de los nuestros, diciendo que quería morir como hijo de Dios y recibir los Santos Sacramentos. Avisaron al padre como le habían traído, acudió luego a su consuelo, quedando el Padre reconocido en los efectos de la divina gracia que tan liberal se comunica a quien no pone impedimento alguno para recibirla, confesote y reconoció, vio muchas veces edificándose sumamente, ver en aquel indio los indicios claros de su salvación. Le había comunicado Nuestro Señor el don sobrenatural de la conformidad con la divina voluntad con tanta paz y quietud de su alma que el Padre tuvo mucho que hablar al Señor y que aprender en él repitiendo cada rato con grande afecto y ponderación que no quería vivir ni rehusaba la muerte sino solamente que hiciese en él la voluntad de su buen padre y Señor que son palabras suyas parecía un perfecto religioso, en los actos fervorosos con que se volvía a hablar de Dios, quedó el Padre no menos edificado que admirado, viendo que en él vivía el espíritu del Señor, de cuya asistencia había aprendido tan soberana doctrina, sin que otro alguno le hubiese enseñado, ni enderezado su alma en aquella soledad. Recibió el viático y extremaunción con grande veneración y devoción, despidiéndose de sus hijos y mujer que le habían venido acompañado con grande paz y quietud haciéndoles un breve razonamiento de que fuesen buenos y no ofendiesen a Dios, conque se despidió de ellos diciendo se los dejaba encomendados a Dios, acabado de recibir el viático llamó al Padre y le dijo que al tiempo que le había traído el Santísimo Sacramento vio que les venían acompañando con sirios blancos encendidos en las manos y unos ramilletes de hermosísimas y olorísimas flores unos mancebos hermosos de extremada belleza que le miraban con rostro risueño y asistieron allí todo el tiempo que duró el administrarle el viático con cuya visita quedó el enfermo tan consolado que ya decía le parecía deslustrado y feo cuanto vi acá en la tierra deseando ver a su Padre Celestial en el cielo, en cuyas manos entregó su alma dichosa dentro de poco.

Ha experimentado esta ciudad en estos dos años el singular favor que el cielo ha hecho otros años antecedentes por la intercesión y devoción que tenían con Nuestro Señor Padre y Patriarca San Ignacio, favoreciendo a las mujeres que estaban en peligro en sus partos y otras enfermedades. Sólo pondré un caso en que Nuestro Señor ha querido dar a entender cuan grato le sea esta devoción. Cayó enferma una persona de una enfermedad muy plomiza de que vino a morir. Después se le fue graduando la enfermedad y reconcentrándole el mal humor al corazón, de suerte que le vino a dar un mal de corazón tan terrible que era compasión ver a una persona tan flaca y debilitada con la enfermedad ordinaria, padecer nuevos accidentes y dolores de corazón. Llamaron a un Padre para que le fuese a confesar un día, y habiendo llegado en su presencia, le dio un mal de corazón con tanta violencia que le sacaba de juicio. Se compadeció el padre de la enferma, sacó una reliquia que llevaba de nuestro Santo Padre, se la aplicó, y dentro de poco volvió en sí. Le exhortó el Padre a que se encomendase al santo de veras, y le pidiese le librase de aquel accidente. Lo hizo la enferma con devoción, y fue Nuestro Señor servido que todo el tiempo que tenía la reliquia no

le daba el mal. La tuvo seis o siete días consigo y en este tiempo se halló libre de accidente, pareciéndola que estaba buena el Padre pidió su reliquia. Al punto le volvió el mal, volvió a pedir la reliquia y la tuvo veinte días sin que en este tiempo le diese. Cayó en esta ocasión en la misma casa otra persona enferma de un mal extraordinario y repentino. Quitaron la reliquia a la enferma que la tenía, para ponérsela a la otra, y apenas se la habían quitado, le dio el mal con la misma violencia que le solía dar antes, se la volvieron a poner y luego se le quitó el mal. La tuvo más de un mes sin que le diese más, pero cayendo otro enfermo de una enfermedad grave que le afligía, y pidiendo la reliquia para adorarla y encomendarse al Señor, también le volvió la enfermedad otra vez, de suerte que cuatro veces se la quitaron y otras tantas le volvió la enfermedad, hasta que se la dejaron y la tuvo mas de seis meses sin que le volviese a dar el mal de corazón; hasta que murió de la otra enfermedad primera.

Otro caso semejante sucedió en otro colegio como diremos en su lugar, en que nuestro Padre dio claras muestras de que la salud y treguas que daba el mal era por la intercesión y devoción del santo<sup>119</sup>.

---

<sup>119</sup> Los extensos capítulos siguientes tratan sobre los colegios de Santiago del Estero, La Rioja, Tucumán, Buenos Aires, Salta, Santa Fe y Asunción. Luego vendrán las misiones con el capítulo que trata sobre la de Itatín, luego sobre las misiones del Paraná y el Uruguay, el Tape, Jesús María, San Cristóbal, Santa Ana, la Natividad, San Joaquín, Santa Teresa, San Cosme y Damián, San Miguel, Apóstoles, San Carlos, Santos Mártires, San José, Santo Tomás apóstol, Candelaria de Uruguay, Yapeyú, San Nicolás de Pirantini, Santa María la Mayor, San Francisco Javier, virgen de Acaraguá, las reducciones del Paraná, deteniéndose en la de Itapúa, Corpus, Loreto, San Ignacio del Guayrá. Finaliza con un breve comentario a la Congregación de 1637 celebrada en Córdoba y con dos cartas del obispo del Tucumán, una dirigida al provincial y otra al rey.

## Carta Anua de 1637-1639<sup>120</sup>

### *Cartas Anuas de la Provincia del Paraguay*

Contienen los hechos notables que se han realizado por los esfuerzos de la Compañía de Jesús en servicio de Dios Nuestro Señor por el espacio de estos tres años, 1637 a 1639. Se envían a Roma a nuestro muy reverendo Padre General de la Compañía de Jesús, Padre Mauricio Viteleschi, de parte del Padre Provincial de esta Provincia, Padre Francisco Lupericio de Zurbano<sup>121</sup>, en Córdoba del Tucumán.

Algo atrasadas llegarán estas Cartas, muy reverendo Padre, pues debían enviarse hace ya tres años, cuando llegué a esta Provincia, hice lo posible para despacharlas. Pero sobrevivieron muchos estorbos imprevistos, que impidieron el cumplimiento hasta de nuestros deseos más apremiantes. Ya en 1637 había ido a Roma el Padre Procurador Francisco Díaz Taño<sup>122</sup>, y el Padre Provincial de entonces, Diego de Boroa<sup>123</sup>, tenía que hacer su viaje de

---

<sup>120</sup> La anua de este periodo está firmada por el padre Francisco Lupericio de Zurbano en Córdoba, el 13 de diciembre de 1643. Al comienzo aclara que partieron para Europa en febrero del año siguiente y también que se encontraba demorada por las dificultades que tuvo el padre Boroa en compilarlas. Fue publicada por Ernesto J. A. Maeder pp. 29 a 41.

<sup>121</sup> Nació en Ambel, Zaragoza en 1589, ingresando a la Orden en el Perú en 1610. Sus últimos votos los obtiene en Sucre en 1624, llegando al Paraguay como provincial en 1640. Su cargo lo ejerció hasta 1645 en que pasó a ser provincial del Perú hasta 1649, muriendo en Lima el 25 de enero de 1667 (STORNI SJ, Hugo, p. 315)

<sup>122</sup> Nació en Las Palmas, Islas Canarias, el 17 de mayo de 1593, ingresando en la Compañía de Jesús de Andalucía en 1614. Llegó a Buenos Aires en 1622, emitiendo su profesión solemne en Santo Tomé en 1629. Fue procurador a Europa en dos oportunidades, entre 1637-1649 y 1658-1663. Además ocupó el cargo de superior de las misiones en 1635, entre 1646-1649 y 1656-1658, secretario del provincial entre 1640 y 1641, rector de los colegios de Buenos Aires, Santiago del Estero, Asunción y Córdoba (1668-1669). Finalmente fue maestro de novicios en 1670 en Córdoba, donde muere el 8 de abril de 1677 (STORNI SJ, Hugo, p. 82 y MAEDER, p. 136).

<sup>123</sup> Nació en Trujillo, Cáceres, el 25 de julio de 1585. Luego de estudiar en Alcalá de Heneres, ingre-

Visita por la Provincia, dejando encargada la redacción de esta Carta. Se frustró este pedido por los trastornos que lo sobrevivieron. Tal vez influyó en el fracaso cierta lentitud en suministrar las informaciones necesarias de parte de los Rectores de los diferentes colegios. El caso es que mientras de nuevo puso mano a la obra el Padre Diego de Boroa, recibí en Lima inopinadamente las Letras Patentes de parte de Vuestra Paternidad que me nombraron Provincial de esta Provincia apostólica del Paraguay. Me fue forzoso acatar estas órdenes, siendo ellas la expresión de la voluntad de Dios, aunque me parecían mandar una cosa muy difícil y poco proporcionada a mis fuerzas tan limitadas. Dejé mi cátedra de teología, subí a caballo y me encaminé hacia acá, haciendo un dificultísimo viaje, de unas quinientas leguas. Salí de Lima a fines de mayo, y casi en línea recta, dejando a un lado la ciudad de Potosí para no demorarme, trepé por las montañas casi inaccesibles, y llegué con el favor de Dios, al feliz término por setiembre. Inmediatamente comencé la Visita de la Provincia.

Encontré entonces que todavía no estaban redactadas definitivamente estas Cartas Anuas, disculpándose el atraso por las circunstancias desfavorables. Reunidas por el Padre Boroa, conocedor de la región paraguaya desde el Tucumán, las envié por fin. Ahora puede completarlas. No pude enviarlas el año pasado porque estuve ausente, y no se las pudo terminar. Nada llega a feliz término si no se lo emprende con espíritu esforzado. Bien, me alegro; llegadas a su término, van para allá, pasado el 1643, el 5 de febrero de 1644.

Con estas Cartas Anuas presento a los ojos de Vuestra Paternidad los piadosos y gloriosos trabajos de sus hijos. Estoy persuadido de que, como me conmovieron a mí, así impresionará no menos este espectáculo a Vuestra Paternidad y a toda nuestra Compañía, y como a mí me han entusiasmado, así excitará el celo de otros. Parece que esta Provincia es la vanguardia de la Compañía, fervorosísima, admirable, realizando grandes hazañas, no solamente sus jefes, sino también los soldados subalternos, siendo los jefes sumamente solícitos, vigilantes, edificantes, y los soldados incansables, valerosos, ávidos de emprender cosas difíciles, constantes en los sufrimientos, impávidos en los peligros, cuando se trata de la salud de las almas, prontos a hacer cualquier sacrificio, pareciendo como hechos para todo esto y predestinados a emprender cosas grandes para la gloria de Dios nuestro Señor y para la salud de las almas. Tienen tal celo que no me parece exageración cuando afirmo que ellos buscan la salud de las almas con tanto fervor como si se tratara de salvar su propia alma.

Comencemos pues con la misma narración de los hechos. Estos consisten en lo acaecido aquí desde la fecha de la partida del Padre Procurador a Roma por el espacio de tres años, reduciéndose la narración a lo más necesario, interesante y edificante, dejando a un lado todo ulterior adorno, y lo menos importante. Pero lo acaecido durante mi propio gobierno, esto, con el favor de Dios, lo referirán las Anuas que en otra ocasión se enviarán, si no

---

só a la Orden en Toledo en 1605, arribando al puerto de Buenos Aires en 1610. En ese mismo año fue ordenado sacerdote por el obispo Trejo en Santiago del Estero. Nueve años después profesa sus últimos votos en las misiones, donde permaneció once años. Fue rector en dos periodos de los colegios de Asunción y Córdoba, provincial entre 1634 y 1640. Muere en San Miguel el 19 de abril de 1657 (STORNI SJ, Hugo, p. 42 y MAEDER, p. 177).

sobreviven algunos contratiempos en el viaje, o de parte de los adversarios.

Brevemente, se puede decir que nuestros operarios han trabajado con éxito y constancia tanto en Tucumán como en el Paraguay. Los sujetos de esta Provincia son por todo 143 repartidos en las 24 reducciones del Paraguay y en los 8 colegios de la Provincia. A la vuelta del Padre Procurador, el mismo día de Navidad de 1639<sup>124</sup>, vinieron con él otros 28 sujetos más, muy bienvenidos para ayudarnos en los trabajos que más abajo se mencionarán. Hubo en este período 9 muertos, que esperamos están ya en la gloria. En su lugar entraron aquí en la Compañía 14 novicios en parte para hermanos escolares y en parte para coadjutores. Todos son gente fervorosa en el servicio de Dios, en la propia santificación y en el cumplimiento de las santas reglas; todos son buenos hijos de San Ignacio. A todos es común un gran entusiasmo por las misiones entre los indios. Este buen espíritu de lo nuestros me alivia un poco el cargo del gobierno.

Se manifestará este buen espíritu en lo que voy a contar de cada colegio en particular y cada una de las reducciones de indios, lo que resultará interesante a cualquier persona que lo oiga en Europa.

### *Colegio Máximo de Córdoba*

Como nada tiene consistencia en este mundo, mucho menos se puede esperar de este último rincón del globo. Así este colegio por cierta estrechez en lo temporal, ya desde hace años, no progresa en su fortuna. Es cierto que tiene estancias para diferentes cultivos, y algunos esclavos negros para la labranza. Pero no hay salida de los productos en esta misma región, y así fue preciso vender cada año en el Perú 4.800 cabezas de ganado para sacar así una renta de 2.000 pesos. Hay esperanza de salir poco a poco del mayor apremio y poder pagar la gran deuda de 5.000 ducados. Se acumuló esta gran deuda por las malas cosechas, causadas por la inclemencia del tiempo y por la calamidad de los granizo, caídos estando ya para madurar el grano, y otros semejante infortunios, como son grandes heladas, langostas innumerables, y enfermedades en las espigas; no obstante tantos infortunios, algo se podía cosechar todavía.

Lo más admirable es que el Padre Manuel de Cabrera, de esta ciudad, alumno<sup>125</sup> del fallecido padre Don Pedro Luis de Cabrera, donó a este Colegio 15.000 escudos, parte de la herencia que le había correspondido, la que fue empleada en gastos de alimentación, aparte de 12 esclavos a los que asigné campos fértiles. Y no estaría de más lamentar cuántos esclavos de estos predios murieron a consecuencia de pestes que sobrevinieron en estos últimos tres años; fueron más de doscientos, con gran perjuicio para la casa.

Del precario estado económico del colegio se puede deducir que el número de sus sujetos, durante este trienio, debía variar no poco. Su mayor número era de 60, bajando enseñada a 41, incluso los novicios. En este momento, en que se escriben las Cartas Anuas, con-

---

<sup>124</sup> Maeder aclara que en realidad se trata de la navidad de 1636 (MAEDER, p.177)

<sup>125</sup> Debe interpretarse como hijo.

tiene este colegio 21 sacerdotes, incluyendo a los Padres de la Tercera Probación, con su Instructor; 5 Hermanos teólogos, otros 5 hermanos filósofos y trece Hermanos coadjutores.

Se notaba la misma fluctuación en los estudios y estudiantes, cesando temporalmente la cátedra de filosofía por falta de oyentes; como si hubiera habido una reacción de cansancio después de tantos años de florecimiento de los estudios. En la teología, también algo lánguida, hubo sin embargo hasta 10 oyentes de los nuestros, faltando casi talmente la asistencia de extraños. A los estudiantes, aunque pocos en número, no faltaba la aplicación al estudio, siguiendo adelante la costumbre de las diputaciones periódicas y de las resoluciones de casos de conciencia. En la vida espiritual, empero no se notó ningún relajamiento, ni en los Padres por el ejercicio de los sagrados ministerios, ni en los estudiantes por las preocupaciones literarias, ni en los coadjutores por sus quehaceres domésticos. Fielmente han hecho todos sus Ejercicios Espirituales cada año, y la renovación de los Votos cada semestre. Resultado de este fervor era el éxito más halagüeño en la santificación propia y la de los prójimos.

Vamos a ver ahora los trabajos de los nuestros en particular. La mencionada peste duró en esta ciudad y sus alrededores por espacio de algunos años. Trabajaron incansablemente los nuestros durante ella, llamados de día y de noche, por los españoles e indios, para administrar los santos sacramentos, siempre con el pie en el estribo. Así se logró que nadie muriese sin los sacramentos de la Iglesia, aunque era excesivo el número de víctimas del contagio, tomando en cuenta la pequeñez de este pueblo, hasta suceder que en un solo día fueron sepultados seis, siete y hasta nueve muertos.

Hubo a veces una pausa en el furor de la peste, lo cual sin embargo no dio motivo a los nuestros para descansar del trabajo. Florecen las congregaciones de indios y morenos, debido al celo de sus Padres directores.

Tienen sus acostumbradas reuniones los días de domingo, sin falta, para asistir a la explicación del catecismo y la predicación de la Divina Palabra. Los mismos domingos y los viernes un Hermano escolar, destinado a este fin, explica el catecismo a los niños. Además acuden muy numerosos los españoles, indios y morenos, y criollos mestizos a nuestra iglesia a confesarse y comulgar, no sólo en los jubileos, sino hasta durante la semana, especialmente muchísimas señoras nobles con poco adelanto en las buenas costumbres. Así trabajan los nuestros incansablemente en provecho de las almas, siendo al mismo tiempo muy frecuentada la portería por los pobres y hambrientos que hallan allí alivio en sus sufrimientos materiales. Se les reparte, sean pocos o muchos, alimentos en abundancia; no pocas veces también abrigos para cubrirse. Esto para los sanos. Para los enfermos, empero, hay una botica especial en casa, de donde se reparte gratis toda clase de medicinas. Así logra la Compañía acudir a todas las necesidades humanas, las del alma y las del cuerpo, todo por amor a Dios y por caridad para con el prójimo.

Estas cosas suceden en casa. Fuera de ella no se hace menos. Continuamente son llamados los nuestros al campo y a las estancias, muy numerosas en esta tierra, para asistir a los enfermos, tanto espiritual, como corporalmente. Pues fuera del alimento de las almas les suministran medicinas y alimentos convenientes. Sería interesante referir todo lo que se ha



hecho en estas ocasiones para la gloria de Dios y bien de las almas. Pero el espacio limitado de estas Cartas no me permite alargarme. De lo poco que se dice aquí se puede deducir lo mucho que, especialmente en ciertas épocas, se ha hecho. No lo puedo especificar para no causar fastidio.

Suelen los nuestros hacer excursiones de dos en dos por la montaña que se extiende al occidente de Córdoba desde el año 1638, siendo estos viajes abundantes en privaciones y molestias. Fruto de estas correrías han sido las 1.743 confesiones, con las cuales han remediado vidas extraviadas hacía ya muchos años; otros han hecho confesiones generales de toda su vida, por haber sido mal hechas las anteriores.

A más todavía se extendió el celo de nuestros operarios, no retrocediendo en hacer sacrificios para la salvación de las almas. Hay aquí en Tucumán gran variedad de idiomas difíciles, los cuales no era difícil aprender a la vez y en tan poco tiempo. Así los misioneros se vieron precisados a servirse de intérpretes para oír unas 150 confesiones. Referiré algunos sucesos acaecidos en estas ocasiones, que tal vez interesarán en Europa.

Había un joven sumergido en toda clase de crímenes. En lugar de borrar sus pecados por una buena confesión, los aumentó por sus confesiones mal hechas. Mientras tanto, los remordimientos de conciencia no le dejaban de sosegar. Muy inclinados son los indios a hacer malas confesiones, lo que se comprende tomando en cuenta su rudeza e incapacidad para profundizar sus conocimientos religiosos. Obstinadamente siguió aquel joven en su mala vida, haciendo con sangre fría las más grandes barbaridades. La misericordia de Dios, empero, había resuelto sacudir aquel corazón endurecido. Estaba una vez durmiendo, cuando se vio puesto, por medio de unos demonios, delante del tribunal del Eterno Juez. Siguió el sumario y se pronunció la sentencia. Se sintió el joven azotado bárbaramente por los demonios y cuando despertó, le atormentó tal dolor en todo su cuerpo que no pudo levantarse. El gran sufrimiento le hizo volver a buen juicio y arrepentirse de veras. Llamó por el Padre e hizo una larga y buena confesión. Sanó el alma y cuerpo, y persevera en el buen camino.

Otro individuo, encontrándose por casualidad con un sacerdote de la Compañía, depuso a sus pies la carga de sus pecados, mostrando después gran enmienda en su vida.

Sucedió que con ocasión de estas mencionadas excursiones, este joven se encontró otra vez con los nuestros y acudió a ellos para confesarse de nuevo. Le hizo este servicio uno de los dos misioneros, el cual quedó sorprendido al encontrarse con un alma limpia, apenas manchada con pocos pecados y muy leves. Preguntó al joven, como podía mantenerse sin culpa grave en semejante ambiente corrompido. Contestó el penitente: Padre, desde aquel tiempo, en que la primera vez me había confesado con los Padres de la Compañía, logré de la Divina Misericordia la gracia de aborrecer siempre las faltas graves, y cuando me venían tentaciones, las rechazaba haciendo la señal de la Cruz. Así contestó. En dos casos mencionados se ven los diferentes caminos de Dios al hacer misericordia con los hombres, dirigiendo nuestra vida a su gloria y a nuestra salvación. Es él mismo, quien adorna los prados con la variedad de flores, y la Iglesia con las diferentes virtudes de los hombres.

Experimentaron los favores del cielo no sólo los jóvenes sino también gente de edad madura.

Cierta anciana, muy devota de la Santísima Virgen desde su más tierna infancia, se había conservado hasta su vejez libre de toda culpa grave, por la intercesión de su celestial Patrona, la cual oyó benignamente el rezo del Santo Rosario de su devota; esta, en vez de una sarta de perlas, contaba decenas de Ave Marías con sus dedos. La virgen recompensó también este recurso de su devota.

Pues, vagando un día la anciana por los campos, para buscar yerbas para comer, encontró, al arrancar una de ellas, un hermoso rosario. Agradecida a la Divina Providencia, lo llevó como premio a su piedad.

Lo que voy a contar ahora, me parece un prueba de la verdad que delante Dios no hay distinción de personas, cuando se trata de mantener en su divina gracia hasta almas rodeadas de espinas y abrojos. Hallaron un día los Padres a un indio muy anciano en un rancho pajizo. Estaba cubierto de terribles y dolorosas llagas. Con todo esto estaba muy alegre y contento. Al manifestarle los Padres su conmiseración, contestó muy serio: ¿Qué es lo que dicen Ustedes, Padres? ¿Os impresionan mis sufrimientos? Mas bien debéis felicitar me porque nuestro Señor haya hecho tantos favores a un pobre hombre como yo. Estas llagas me parecen ser regalos. Tengo sólo una pena y es que estoy imposibilitado a asistir a la Santa Misa, ni puedo comulgar. Si quieren hacerme un favor, llevadme de cualquier modo a la iglesia y haciéndome recibir el Santo cuerpo del Señor. Esta será la mejor medicina en mis dolores y el mejor alivio de mis llagas. Cumplieron los Padres el deseo del buen anciano, el cual después de comulgar volvió con gran alegría a su choza.

Es verdaderamente admirable la benignidad del Señor para con esta pobre gente. En realidad, nadie entre ellos, ni siquiera los más indignos, mueren sin sacramentos.

Conocida es la inclinación de esta gente a la ebriedad. Sin embargo, se encuentran no pocos entre ellos libres de aquel vicio. Mas todavía: aunque su alimento es sumamente deficiente, nunca, empero, les falta la carne. Sin embargo, no comen carne en los días prohibidos por la Iglesia. De paso digo, que cosa semejante se puede decir también de los negros, esclavos de los españoles, que labran la tierra. Hay entre ellos quienes son tan temerosos de Dios, que sirven de buen ejemplo a sus amos, tanto por su virtud, como por su piedad; señal de que la gracia de Dios no excluye a nadie.

Dirijamos ahora nuestros pasos hacia el sur. Al siguiente año misionó uno de los Padres por aquellos dilatados campos, y no sin fruto. Es verdad que encontró a aquella gente muy abandonada, y como embrutecida, tan entregados al servicio del demonio, que ya no había nada de bueno en ellos. Sucede casi diariamente que se les presenta el demonio personalmente en figura humana y, viviendo ellos tan embrutecidos fácilmente obedecen a sus horribles insinuaciones y se dejan engañar miserablemente.

Un día se encontró uno de nuestros Padres con esta clase de indios, el cual no sabía cómo podía atraer a hombres tan perversos para reducirlos al buen camino. Hizo a lo menos una tentativa y atrajo así, por medio de donecillos, a uno de ellos. Comienza a aconsejarle e instruirle; este, después le contó sinceramente todo lo que el demonio hacía con ellos. No lo puedo repetir aquí sino en parte para no faltar a la decencia. Este antiguo embustero en gañó miserablemente a estos pobrecitos con fraudes y mentiras, y con hechicerías. Este mis-

mo indio, que contó estas cosas, un día se encontró solo en el campo. Se le presenta el antiguo enemigo de los hombres en un disfraz muy grande y temible con barba muy larga, con ojos horribles. Sin embargo saludó blandamente al Indio, prometiéndole muchas cosas, con tal que se le entregara a su servicio. No disgustó esto al Indio, el cual en su estupidez no consideró que nada de bueno le podría ofrecer un ser de tal figura. Entones salió este mal enemigo con sus exigencias, mandando al indio la circuncisión. Obedeció el indio y sufriendo las consecuencias, el demonio se burló de él y le mandó aguardar la sangre para hechicerías. Así iniciado en la maldad, se enredó cada vez mas en la perdición, sirviendo como esclavo a aquel tirano implacable, el cual se le presentó cada noche en figura humana para cometer indecibles barbaridades.

Así por veinte años enteros, este pobre miserable hombre estaba sujeto al enemigo maligno, enredado en innumerables crímenes.

Para cumplir sus solemnes promesas y para tapar en algo sus engaños, dio el maligno como única recompensa a aquel pobre iluso un poncho ya viejo gastado.

Así le contó el mismo indio al Padre que le había atraído por medio del buen trato y de regalillos. Siguió instruyéndole en la religión y le desengañó tocante a las mentiras satánicas, le admitió al fin a los santos sacramentos y le envió a su casa, animándose el Padre por este buen suceso a intentar la salvación de otros pobres malhechores entre gente dispersa.

Siguiendo así en sus correrías campestres el Padre, topó un día con un campamento de unas quince casas dispuestas como las de los gitanos. Era de la misma laya que la de aquella pobre gente, totalmente embrutecidos, y totalmente ignorantes en cosas de la religión cristiana, pero ejercían prácticas de idolatría, y esto en una región habitada por españoles cristianos. Daba lástima al Padre tal estado de cosas, y comenzó a explicarles algunas verdades religiosas: del Creador del mundo, de Jesucristo, nuestro Salvador, mostrándoles un gran crucifijo y doblando delante de él sus rodillas. Los bárbaros al instante hacen lo mismo que el sacerdote arrodillándose delante de la Santa Cruz. Les habló también del Santo Bautismo y ellos, sin dificultad, le ofrecen sus párvulos, para que los bautizara, mostrando su contento. Bautizó el Padre los párvulos, pero difirió el Bautismo de los adultos para otros tiempos, para excitar así más el deseo de recibirlo. Se retiró de los Indios, y se dirigió hacia cierto valle, donde encontró a 15 españoles pobres, agricultores, los cuales vivían con grandes privaciones en una especie de pequeña aldea. Pero con extremada discordia, tan distantes de la caridad cristiana como distaban de la ciudad. Reinaba a la sazón una gran sequía, y todos deseaban una lluvia abundante, porque era tiempo de sembrar. Al encontrarse pues, de improviso con un sacerdote, se les ocurrió luego el mismo pensamiento a todos: le detienen y le suplican que les diga la Santa Misa para obtener de Dios que les envíe lluvia; y al mismo tiempo suplicaron que el padre organizara una procesión en honor a Santa Ana, abuela de Cristo Nuestro Señor. No pudo menos el Padre que consentir en deseos tan piosos. Les dijo la Misa, y después del Evangelio les hizo una plática enérgica sobre el amor de Dios y del prójimo. Después de la Misa siguió disertando sobre el mismo tema, añadiendo que Dios no miraría con buenos ojos sus rogativas, mientras ellos guardaran en su corazón tan-

to odio contra el prójimo. No cayeron en el vacío estos buenos consejos, pues con la ayuda de la divina gracia, se abrazaron y perdonaron mutuamente. En seguida salió la procesión por estos campos silvestres y por las breñas hacia el camino real. Dios oyó las súplicas de aquella gente ya pacificada. Envió una lluvia abundante y se impregnó la tierra de agua. Al mismo tiempo cayó el rocío de la divina gracia sobre estos corazones, que igualmente se ablandaron y purificaron por el sacramento de la penitencia. En una palabra, de aquella excursión campestre resultaron 600 confesiones entre españoles, indios, negros, la mayor parte de ellas hecha por gente abandonada.

Baste lo referido sobre los trabajos de los operarios de este colegio; son magníficos, por cierto y honran mucho a este colegio, inflamando sus resultados a sus moradores con un crecido celo en bien de las almas.

Tenemos que añadir ahora también algo sobre los que han fallecido. Murieron 2 Hermanos coadjutores.

El primero era Francisco de Puebla<sup>126</sup>, coadjutor formado. Alcanzó la edad de 68 años, habiendo estado en la Compañía 23 años.

Era un hombre piadoso y activo. Era del pueblo Adamus de la diócesis de Córdoba, en España. Descendía de familia noble, cuya honra no sólo quiso conservar, sino ensalzar más todavía. Por esto, sirvió primero en Lisboa en la milicia de los castellanos del presidio. Ascendido al rango de alférez se embarcó con mil soldados más para el reino de Chile. Era tan popular entre los suyos que allí, por aclamación universal fue elegido jefe del ejército. Era hombre honrado delante de Dios y de los hombres. Desengañado del mundo, se dedicó cada vez más a la piedad, y comenzó a tratar con cierto Padre franciscano, piadoso y prudente, sobre su vocación religiosa. Aquel Padre le aconsejó entrar en la Compañía de Jesús. No faltaban religiosos de otras órdenes que le prometían el sacerdocio, con tal que entrase en su Religión; pero él prefirió el humilde grado de Hermano Coadjutor en la Compañía, diciendo textualmente que le gustaría más servir de cocinero, fregar platos y cortar leña que brillar en otra parte con la dignidad sacerdotal. Admitido en la Compañía, abandonó Chile y se encaminó derecho a la provincia del Tucumán. Hizo su noviciado en San Miguel del Tucumán, contento con la suerte de Marta. Tenía una piedad tan sólida, tal modestia y humildad, y era de tan perfecta observancia regular, que no parecía novicio, sino un soldado veterano en la milicia de Cristo. Su firmeza de carácter, su magnanimidad, que había demostrado antes en el manejo de las cosas seculares, la conservó en la Religión, mudando únicamente el objeto. Después del noviciado pasó a Córdoba, con gran contento de todos los moradores del Colegio. Sirvió allí de portero, desempeñando al mismo tiempo el cargo de panadero. Era ya algo anciano cuando fue trasladado al Colegio de la Asunción. Aunque era quebrantada salud, siguió durante 12 años.

---

<sup>126</sup> La fecha de nacimiento es 1581. Ingresó a la Orden en el Paraguay en 1616, luego de haber sido soldado en Portugal y Chile. Fue ecónomo y maestro de niños en Tucumán, Asunción y Córdoba, ciudad esta última donde muere en 1638 (STORNI SJ, Hugo, p. 239 y MAEDER, p. 22)

Enseñando las primeras letras a unos 200 niños de aquella ciudad, tarea ciertamente muy trabajosa y abnegada. Supo el Hermano instruir a sus alumnos no sólo en las primeras letras, sino también en las prácticas de la religión. Mientras así estaba dedicado a la educación de la juventud, Dios nuestro Señor estaba preparándole la corona de la gloria, no sin enviarle otras ocasiones para probar su santidad. Sufrió mucho de gota en los últimos años de su vida, sin que aflojase en el trabajo. Aguantó sus dolores por 10 años enteros. Quebrantadas ya sus fuerzas físicas, pero todavía muy despejado de espíritu, fue enviado otra vez a Córdoba, sin que se siguiera allí algún alivio en su enfermedad. Aunque piadoso durante toda su vida, se acrecentó cada vez más su piedad, asistiendo él cada día a tres Misas y alargando el tiempo en sus meditaciones. Dos veces cada semana se acercaba bien preparado a la Santa Comunión, y casi continuamente rezaba el Santo Rosario, mirando muchas veces una pequeña calavera, fijada en su Rosario. Le fue forzoso al fin guardar cama, ya que la enfermedad ascendía desde los pies hacia la cabeza. No se pudo atajar una hemorragia por la nariz, hinchándosele al mismo tiempo la garganta. Apresuradamente pidió los últimos sacramentos, antes que la enfermedad le imposibilitara recibirlos. Apenas administrados ellos, murió este buen soldado de la milicia de Cristo, el cual había despreciado por el Señor los grandes honores del mundo que le esperaban, pasando a mejor vida en Noviembre del año mil seiscientos treinta y ocho.

El segundo difunto de este colegio fue el Hermano coadjutor Gabriel Brito<sup>127</sup>, de Villarrica, pueblo del Paraguay. Fue admitido a la Compañía a la edad de 20 años, y vivó en ella con mucha edificación, así en el noviciado, como después de haber hecho los votos. Era muy obediente a la voz Superior, muy modesto y amante del silencio. Después de haber cumplido con sus quehaceres domésticos, dedicaba el tiempo restante al trato con Dios. Al principio se le destinó a los estudios, pero pareciendo que era poco apto para ellos, e inclinándose más a los servicios humildes por amor a Jesucristo, pidió y alcanzó de los Superiores que le destinaran al estado de los Hermanos coadjutores. Vivió después contentísimo en su grado. En Córdoba se le encargó la administración de la estancia, después de haber servido en otra parte por poco tiempo como maestro de primeras letras. En su nuevo oficio le sorprendió el común contagio de viruela que estaba devastando la región de Córdoba. Se había retirado Gabriel al colegio para hacer sus Ejercicios Espirituales anuales. Los hizo con tal fervor, como si hubiera presentado su cercana muerte. Volvió al campo y allí asistió a los muchos obreros enfermos, atacados por la peste, hasta que la enfermedad lo atacó a él mismo. Apenas se había confesado, cuando perdió el conocimiento. En su delirio se manifestó su corazón acostumbrado a la piedad. Pocas horas antes de fallecer volvió en sí, y pudo recibir los demás Santos Sacramentos.

### *Casa de Probación*

Poco hay que añadir en lo referente al colegio de Córdoba. El noviciado es un anexo

---

<sup>127</sup> El año de su nacimiento se lo señala en 1612 y el de fallecimiento 1638 (STORNI SJ, Hugo, p. 44, MAEDER, p. 178)

de este colegio y forma con él una casa y una comunidad. Se mantiene a expensas de la provincia, de fondos especiales, administrados por el procurador de la Provincia. Le proporciona todo lo necesario al colegio, pasando la cuenta al Procurador de la Provincia. Le proporcionaba todo lo necesario al colegio, pasando la cuenta al Procurador. En estos tres años hubo muy pocos novicios. Es estéril esta región en vocaciones y lo será no de otro modo en adelante. Por lo demás, sean pocos o muchos novicios, no faltó para mantenerse y esto por la prudente y acertada disposición del ex Provincial Padre Diego de Broa, el cual hizo vender en el Perú 1.300 mulas, sacando así un capital de 12.000 ducados, de cuyas rentas se pagan estos gastos generales de la Provincia y los viajes del Padre Provincial, quedando así libres las demás casas de esta Provincia de cualquier contribución. Los novicios todos, como es obvio, también en lo espiritual, reciben una formación sólida, con la única diferencia que los novicios aquí no pueden hacer los experimentos acostumbrados de ministerios den bien del prójimo. Así no pueden salir a los hospitales porque no los hay, o porque el único que ha y casi siempre está vacío. Cárcel no hay tampoco, aunque sobran malhechores los más desvergonzados. Transitoriamente se ofrece a veces a los novicios una pequeña ocasión de ejercer los oficios de caridad y humildad en público; de la cual ávidamente se aprovechan. Lo dicho basta para estas Anuas; en las Anuas que se escribían acerca de los años subsiguientes, se dirá algo más del noviciado<sup>128</sup>.

---

<sup>128</sup> Continúa la anua con los colegios de Santiago del Estero, La Rioja, San Miguel, la residencia de Salta, los colegios de Santa Fe, Asunción y Buenos Aires. Posteriormente comienza el relato sobre las reducciones, iniciándose con la guerra con los portugueses. Se describen las reducciones de Santa Teresa, San Ignacio del Paraná, Itapúa o Encarnación, Candelaria, San Cosme y San Damián, Santa Ana, Loreto, San Ignacio de Yavevirí, San Carlos, el pueblo de San José, Corpus Cristi, el pueblo de Concepción, San Miguel, Santa María la Mayor, Apóstoles, Mártires del Japón y San Nicolás.

## Carta Anua de 1641-1643<sup>129</sup>

### *Anales de la Provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús desde el año de 1641 hasta 1643*

Dudaron los hijos de Israel si Dios podía ponerles una mesa abundante en el desierto, y hicieron mal de educarlo cuando dijeron así: *Numquid poterit Deus mensam in deserto* (Acaso no podría Dios preparar una mesa en el desierto?) pero la magnanimidad de Dios para volver por su decoro se la puso entonces abundantísima lloviéndoles del cielo maná, que les sabía a todo lo que su gusto apetecía; y para desempeñar ahora aún más el mismo Dios su poder, ha puesto otra semejante mesa en el desierto de esta gentilidad del Paraguay llena de platos regaladísimos, de las innumerables almas que han convertido a Cristo los apostólicos hijos de Vuestra Paternidad. Y como estas (y los trabajos que por reducirlos se padecen) son la comida que mejor le sabe a Dios, y a Vuestra Paternidad también, por eso de esta mesa espléndida (que como dije puso Dios en el desierto de esta inculta gentilidad, cultivado ya con su sangre de mártires) escoger los platos que pienso serán más sabrosos al gusto de Vuestra Paternidad aunque de carne de fieras, que fue el palto mas regalado, que el cielo le envió a Pedro. Y tanto serán de más gusto cuanto van guisados con la insigne victoria, que alcanzaron los nuestros de los enemigos de San Pablo, y con mas paz, y sosiego, que la que han presentado a Vuestra Paternidad los anales pasados que llegaron hasta el año de seiscientos y cuarenta, y así estos proseguirán la historia memorable de esta apostólica Provincia contando (con el estilo más breve que pudiere) las cosas más notables, que han sucedido desde el año de seiscientos, y cuarenta y uno hasta el de cuarenta y tres.

---

<sup>129</sup> Esta anua está firmada por el padre provincial Francisco Lupercio de Zurbano en Córdoba, el 22 de octubre de 1644. Varios acontecimientos importantes surgen de su lectura como la victoria de los guaraníes en Mbororé y los festejos del centenario de la Orden. Pero prevalecen los aspectos espirituales que en definitiva son la fórmula prescripta en Roma para un grupo de lectores que no se circunscribe exclusivamente a quien está dirigida, es decir el padre general Mucio Viteleschi. Fueron publicadas por Ernesto J. A. Maeder en el Instituto de Investigaciones Geohistóricas de Resistencia, Chaco en 1996.

## ***De mi venida de Lima a esta Provincia, y lo que hice después de entrar en ella***

Luego que recibí la patente de Vuestra Paternidad en que me mandaba venir a esta Santa apostólica Provincia por superior de ella salí de la dicha ciudad de Lima a 9 de mayo de 1640, y me vine por tierra; gasté cuatro meses y medio en el camino hasta llegar al primer pueblo de la Gobernación del Tucumán, llamado Jujuy distante de donde salí más de cuatrocientas leguas, De aquí pasé a otro que se llama Salta de donde comencé a entrar en el Colegio de esta Provincia consolándome grandemente de ver a los padres y hermanos que allí moraban contentos con su mucha pobreza, pero muy ricos de bienes espirituales trabajando con gran fruto y edificación en la salvación de los prójimos. Visítelo aunque de paso. Y de ahí pasé a los Colegios de San Miguel de Tucumán y Santiago del Estero donde hice lo mismo con igual gusto, y consuelo mío. Proseguí mi viaje, y llegué al Colegio de la Ciudad de Córdoba que es el máximo de esta provincia donde están los estudios seminario, población y noviciado. Apenas vi y hablé a los Padres y Hermanos cuando me partí para el Puerto de Buenos Aires en el cual hallé a mi antecesor el Padre Diego de Boroa y al Padre Procurador General Francisco Díaz Taño, que ya había llegado con sus compañeros. Fue extraordinario el consuelo que tuve con su visita, y con la mucha caridad que experimenté allí, y en toda la Provincia, dando por bien empleado el trabajo de tan largo camino conociendo la mucha religión, y partes de los nuevos obreros que Vuestra Paternidad enviaba al cultivo de esta viña del Señor. Acrecentó también no poco mi consuelo la vista de los niños, y cantores que habían traído de las Reducciones para festejar la venida del Padre Procurador General y sus compañeros con su música, e instrumentos en que pueden competir con lo bueno de Europa. Estuve en el dicho Puerto algunos días, en ellos ordené cosas, envié con los cantores un Padre que venía profeso, aunque ellos no se contentaban con tan poco; otro dejé en el Colegio y un Hermano que les leyese la gramática; y el resto de los demás Padres y Hermanos me traje al Colegio de Córdoba, unos para que tuviesen su tercera probación, otros para proseguir sus artes, y teología. Se comenzó otro curso de artes para los seminaristas que aguardaban a los de Europa. Se apagó con nuestra llegada un gran incendio de discordias, que ardía entre el obispo y el gobernador; dispuse varias cosas tocantes al gobierno. Visitaba el colegio con grande consuelo de mi alma, por la mucha perfección que hallaba en él, cuando de repente me trajeron nuevas de aquella famosa victoria, que los nuestros alcanzaron de los crueles enemigos de San Pablo, la cual (aunque se refirió latamente en los anales pasados por que no quedase suspenso Vuestra Paternidad sobre el suceso de la guerras) escribiré aquí brevemente por haber sucedido en este tiempo por el mes de Marzo de 1614, que da principio a estos anales.

## ***Insigne Victoria que alcanzaron nuestros indios de los portugueses de San Pablo***

Estando los nuestros gozando de paz en sus reducciones (aunque no descuidados de las sangrientas guerras que esperaban) trajeron nueva nuestras espías que para destruirlas todas, bajaban por el río Uruguay un grande Ejército de casi cuatrocientos portugueses, y dos mil y



setecientos indios tupís de quien se valen para emprender tan injustas conquistas. Al punto que se oyó esta voz se tocó alarma en las reducciones, y de las principales, se convocaron con presteza cuatro mil y doscientos indios de guerra, y se juntaron en un puesto llamado Embroré que está un día de camino del Acaragua, donde estaba alojado el enemigo. Salió éste del dicho puesto con grande orgullo, y gritería con mas de trescientas canoas, que llenaban todo el río apellidando victoria, según bogaban ufanos (no sabiendo que sabe Dios armadas mas pujantes hacer que se las sobra el mar y se las traguen los ríos) delante pues de la del enemigo venían a buena distancia 4 canoas de las nuestras espiondo sus designios, hasta que a boga arrancada volaron a toda prisa a dar aviso tres cuartos de legua del Embroré donde estaba alojado nuestro ejército. De éste salieron cinco canoas ligeras, y bien armadas a desafiar animosas a los contrarios (para empezar a hacer con menos la victoria mas gloriosa) llegaron a competente distancia, y el capitán Don Ignacio Abiarú, indio tan valeroso como cristiano, les habló lo primero afeándoles sus maldades y tiranías, y requirió lo segundo que ellos en cuanto cristianos, no pretendían mas que defender su libertad, iglesias y Padres que los llevan al Cielo. Mientras el Capitán Don Ignacio estaba animoso razonando con el cobarde enemigo (con venir tan pujante) nuestros soldados que estaban en las demás canoas impacientes ya de la dilación de la guerra, se metieron entre las de los enemigos con una balsa en que iba un tiro pequeño de artillería, y enarbolado un estandarte con la imagen del Apóstol del oriente San Francisco Javier (Patrón de estas nuevas batallas del occidente, en prueba de que abraza su amparo a todo el mundo) apellidado a voces el nombre del glorioso apóstol, dispararon nuestros indios el tiro en tan buena hora, que guiando el Santo las balas y las oraciones de los padres que estaban de rodillas rezando las letanías, al entonar el nombre de Javier teniendo levantadas las manos, cual otro Moisés para que venciese el pueblo, echó a pique tres canoas del enemigo con muerte de dos portugueses y algunos tupís de los que traían. Con tan feliz golpe acudieron luego veloces las demás canoas nuestras con las arcabucería y hicieron notable estrago en el enemigo, el cual viendo lo mal que les iba por le río para divertir su daño (ya que no podían huirlo) intentaron acometernos por tierra lanzando en ella la gente de siete canoas; pero salieron de emboscada al encuentro veinte mosqueteros de los nuestros, que al primer acometimiento, derribaron dos de los de San Pablo, y los demás se retiraron temerosos de su daño. Pero habiendo saltado en tierra, por otra parte sin ser sentido el otro mayor grueso del ejército enemigo, se trabó una tan sangrienta batalla, que duró hasta la noche, que con sus tinieblas sola pudo despartirlos, quedando muertos doce portugueses de su parte con indios tupís, y de la nuestra solo tres, con algunos pocos heridos. Casi la misma fortuna corrieron ambos ejércitos otra vez (y aun otras) que se afrontaron por tierra siempre con pérdida considerable del enemigo, hasta obligarle a pedir treguas por cartas; respondiéndoles nuestros indios con balas (pues no merecía ya otra respuesta ese sacrilego atrevimiento confirmado con invasiones repetidas tantos años). En este estado se hallaban las cosas de esta batalla cuando un día después de estos sucesos, se armó en las nubes una horrible tempestad, que descargó sobre los nuestros, a tiempo que estaban haciendo una contra palizada, para obligar a los enemigos cediesen, pero ellos aprovechándose de la ocasión (como venida del cielo) se fueron huyendo, y metiendo a gatas por la espesura de un bosque, que tenían cerca. Advirtiéndoles los nuestros la fuga ignominiosa de los enemigos fue-

ron tras ellos, y a distancia de una legua, que solamente anduvieron todo el día (por ser insuperables las esperanzas del bosque) les dieron alcance, y cercaron, teniéndolo así toda la noche. Llegada la mañana les dieron el más cruel Santiago, que vieron jamás aquellos montes. Duró la batalla hasta las dos de la tarde que es cosa milagrosa, en la inconstancia natural del Indio. El lugar era un bosque cerrado, como dije arriba, en el cual a dos pasos no se veían, sus serranías altísimas, con mil quebradas y despeñaderos, su subida inaccesible por las punzantes espinas, cañas cortaderas y zarzales, que la impedían, y viendo que entre la espesura de este bosque inculto no podían jugar las armas, vinieron las manos, pero con mejor fortuna de nuestros indios pues murieron tres, con cruenta heridos. El daño que recibió el enemigo fue sin comparación mayor, pues quedó todo que aquel bosque lleno de cuerpos muertos, principalmente de los indios tupís, y hubieran acabado con todos, nuestros valeros indios, si ya cansados de romper por la espesura de aquella breña, no hubieran dejado huir infamemente a los enemigos de San Pablo que se iban lamentando (como referían después los indios que de ellos se venían a los nuestros) de su mala suerte, y desgraciada fortuna. Esta es la insigne victoria, que gloriosamente alcanzaron nuestros indios de las armas portuguesas de San Pablo para que sepa el mundo que no es ahora Dios menos poderoso que en la antigua Ley, pues si esta, con una pedruzuela desbarataba estatuas de Nabuco, y con una flaca mujer como Judit cortaba cabezas de Olofernes, y con un pastorcillo David con una honda en la mano derriba en tierra gigantes, ahora en la Ley de gracia con unos flacos indios derriba, degüella, desbarata los fuertes gigantes, los olofernes, y estatuas de bronce moradores de los moradores de San Pablo, que no es victoria menor que las pasadas.

Donde advierto para cumplimiento de esta insigne victoria que según se refieren personas verídicas venidas del mismo Brasil al puerto de Buenos Aires, que faltaron ciento veinte portugueses, contados los que después de la derrota llegaron a San Pablo, de los cuales fueron en ella 60 muertos. Los demás, parte salieron heridos de la batalla, parte de los tigres y una tempestad de piedra los mataron, como en las reducciones de los itatines refirieron los que de ellos huyeron. De los indios tupís llegaron muy pocos porque fueron muchos los que murieron en la batalla, y fuera de ella por el camino, y no menos los que se huían de los enemigos, y se pasaban a los nuestros por las horrendas crueldades que con ellos usaban; de ellos bautizaron nuestros Padres muchísimos, como después veremos, juntamente con las apostólicas correrías que hicieron como verdaderos Pastores buscando las ovejuetas que andaban perdidas y descarriadas por aquellas breñas y montes en tiempo de la batalla, y aún después de la victoria.

Luego que tuve la nueva de ésta en el colegio de Córdoba traté de partirme a las reducciones para recoger el fruto de la guerra, que es la paz con la cual convidan ya de aquí adelante a Vuestra Paternidad estos anales. Pero antes de entrar en las dichas reducciones (a donde fui como después se dirá) es fuerza referir aquí el estado de la Provincia en general, y en particular de todos sus colegios.

### *Del estado de la Provincia en Común*

Tiene al presente 180 sujetos, de estos 115 son sacerdotes, profesores 54, estudiantes

teólogos nueve, artistas no los hay, coadjutores 54, novicios 5, difuntos desde el año de 641 hasta el 43, que se escriben estos anales, 7, y todos los sacerdotes. Deudas no las tiene la Provincia, acrecentamientos sí, como se verá después descendiendo a lo particular de sus colegios. Estos son por todos 8. El de Córdoba, el de La Rioja, San Miguel de Tucumán, el de Salta, Santiago del Estero, Buenos Aires, Santa Fe, y la Asunción del Paraguay, que es la madre y abrigo de las Reducciones. Estas llenan el número de 22, de las cuales las dos últimas pertenecen a la Provincia de los indios de Itatines llamadas San Ignacio, y Nuestra Señora de Fe, y las otras 20, a la que llamamos Paraguay situadas por igual a las corrientes de los dos famosos ríos Paraná y Uruguay, las 10 que pertenecen a este río son las siguientes: La Concepción, San Miguel, Santa María La Mayor, Los Apóstoles, Los Mártires, San Nicolás, San Javier, La Asunción de Nuestra Señora, Santo Tomé, Los Reyes. Y las otras 10 del Paraná son estas: San Ignacio, La Anunciación, La Candelaria, San Cosme y San Damián, Santa Ana, Loreto y San Ignacio del Yaberetí, San Carlos, San José y Hábeas Cristi, La Misión del Calchaquí se lleva adelante con grandes esperanzas, de la conversión de aquellos indios miserables.

El aprovechamiento espiritual de los de esta Provincia como de personas que están inmediatamente dedicadas a reducir infieles; en su observancia de las reglas, exactos en sus ejercicios espirituales de cada día (y del año según el uso de las Compañía puntuales). Nuestros ministerios se hacen generalmente en todos los colegios como pide nuestra religión. Se lee a los estudiantes con todo cuidado donde hay escuelas, se enseña con el mismo a los niños la doctrina cristiana, se predica con igual espíritu a negros, indios, españoles en sus lenguas, no se perdona trabajo por llevar adelante sus cofradías, y congregaciones. Acuden fieles con frecuencia a las confesiones y comuniones principalmente las mujeres; se acude a todas horas a los enfermos que llaman dentro y fuera de las ciudades muchas leguas en contorno. En la grande peste que ha azotado estas Provincias por casi dos años no han cesado de acudir los nuestros a negros, y blancos con admiración de todos; se les ha acudido no sólo con el sustento del alma sino con el del cuerpo, con regalos y medicinas. Se han apagado por medio de los nuestros incendios de discordias, reconciliado enemigos, pacificado casados, compuesto pleitos por vía de paz viniendo en ello las partes, y con ser estas obras tan patentes, y notorias al mundo (aunque generalmente estamos bien opinados, y queridos de la gente noble y plebeya) con todo eso no han faltado contradicciones que todas se han quebrado y deshecho en la firme roca de nuestro silencio y paciencia, que son las armas invencibles de la Compañía, la cual puede estar muy gozosa de abrazar en sus inmensos senos esta apostólica Provincia que aunque es la última en estos últimos fines del mundo pero no la mínima en perfección entre las principales de la Sagrada tribu de Juda de La Compañía *nequaquam minima est in principibus juda* [Judá de ningún modo es la más pequeña entre las primeras] pues ella (por decirlo en una palabra para no repetirlo después con muchas cada colegio). Los superiores en su oficio, los predicadores en sus púlpitos, confesores en sus confesionarios, los lectores en sus cátedras, los misioneros en sus misiones, los estudiantes en sus estudios, los hermanos en sus oficios y finalmente, todos en lo que está a su cargo cumplen con las obligaciones de hijos verdaderos de la Compañía como irá viendo Vuestra Paternidad descendiendo en particular a los colegios de esta apostólica Provincia.

### *Colegio de Córdoba del Tucumán*

El número de los sujetos de este colegio que es el máximo de esta Provincia suele ser siempre desigual por depender sus creces de los que vienen de España. Como del no venir de sus menguas por ser recibo corto. De aquí es que estos años pasados por haber llegado los padres que Vuestra Paternidad nos envió con su acostumbrada caridad han pasado de 60 sujetos de este colegio mas al presente hay solo 54, de los cuales son los 22 sacerdote, estudiantes 9, coadjutores 15, novicios 8.

Hay dos maestros de teología escolástica, uno de gramática, y dos de artes. Los dos años antecedentes a este de cuarenta y tres en que se acabó el curso que era común a los de dentro y fuera, con aprovechamiento de todos; de estos últimos se graduaron 5 de maestros en este mismo colegio por ser universidad, dando los grados del Sr. Obispo D. Fray Melchor Maldonado, con toda solemnidad para autorizar la tarde del día de Nuestro Padre San Ignacio como había autorizado la mañana en el púlpito con grande loa de la Compañía contra muchos que entonces la mordían tan injustamente como siempre. El acto general de la teología del año pasado se dedicó al Sr. Fray Bernardino de Cárdenas Obispo del Paraguay, que pasaba a su obispado, y no poco se admiró de ver en esto último del mundo las letras en tan alto punto cuanto en cualquiera Provincia mas lúcida.

Algunas pérdidas de hacienda ha habido con ocasión de la peste que las restauró luego Nuestro Señor con gran limosna de veinte mil pesos que dio con su misma persona a este colegio el hermano Alonso Nieto de Herrera<sup>130</sup> cuya vocación en señal de agradecimiento a tan gran bienhechor diré aquí brevemente. Era casado (habiéndolo sido otra vez) y escribano Real, y de grande ejemplo a los de este oficio y no de menor a los de aquel estado. Se le murió la mujer, y sabiendo que se quería entrar en la Compañía un sobrino<sup>131</sup> suyo estudiante que había venido de España a heredarle por carecer de hijos, se resolvió dejar el mundo desengañado con la muerte de la mujer y ejemplo del sobrino; y así (no haciendo caso de interesados que se lo disuadían, siendo de años 68 vino con él a la Compañía con toda su hacienda, con toda su hacienda, dejándola a este colegio a donde proceden en el noviciado tío y sobrino con grande ejemplo, y edificación.

Por aumentos de este colegio se puede contar también una torre para las campanas, ornamentos para la sacristía, vestidos para el niño Jesús, un retablo para el altar con sus cuadros en forma de arquitectura muy agradable a la vista, que servirá mientras se hace la iglesia nueva (para que se vaya trayendo la madera) con la plata que Vuestra Paternidad asignó de la legítima del Padre Manuel de Cabrera, que con tan grande liberalidad, dejó a este colegio. Cuyos aumentos también son unos corredores en el patio interior para abrigo de la ca-

---

<sup>130</sup> Nació en El Algarrobbillo, Sevilla, en 1574, ingresando como coadjutor de la Compañía de Jesús en 1643 junto a su sobrino y luego de la muerte de su esposa. Legó al colegio todos sus bienes entre los que se encontraba la estancia de Alta Gracia. Falleció en Córdoba en 1661 (STORNI SJ, Hugo, p. 199). Su obituario se encuentra en carta anua del periodo 1659-1662.

<sup>131</sup> El sobrino se llamaba Francisco Nieto y su obituario se encuentra en la Carta Anua de 1663-1666.

sa, y una capilla doméstica para las pláticas (que son cada ocho días) y puede competir con las mejores de Europa: en su descripción quedará corta la pluma, por haberse alargado en ella tanto el pincel. Está toda hecha con admirable arquitectura: sus frisos por arriba parece se salen de la pared; sus columnas de jaspe remedadas tan a lo natural, que parece lo son. Entre columna y columna embutidos los cuadros de nuestros santos maravillosamente pintados. En los vacíos que hacen los principales misterios de la virgen. En el testero un Cristo crucificado (dejando a un lado y a otro los principales pasos de su pasión) que con haber pretendido pintarle muerto parece quedó vivo, según está vivamente pintado. En la cabecera está el retablo labrado con extremados lazos y labores dorado, y estofado como los mejores de Europa; carga todo él sobre unas gradillas de lo mismo, y en medio un sagrario de la misma mano, que custodia preciosa del Cristo con que expiró Nuestro padre San Ignacio (que dio Vuestra Paternidad al Padre Juan de Viana cuando fue Procurador a Roma); la cumbre sirve de urna al sagrado depósito del cuerpo de San Epimaco mártir, tesoros con que se honra esta capilla juntamente con bellísima imagen de la Virgen Madre que está en medio de una concha, que faltan palabras con que describir sus primores. A sus lados en dos nichos están dos bultos de talla de San Miguel y el Bautista que son los dos Querubines, que asisten y hacen cuerpo de guardia a esta arca misteriosa de la Imagen de María, que en su rostro, modestia, gravedad y hermosura dice ser reina de cielos, y tierra y complemento de esta capilla. Se hizo en la colocación de esta Santa imagen una grande fiesta con ricos altares, y procesión solemne que honró el Señor obispo y lo mejor de la ciudad, hubo sermón y se dijo misa con toda solemnidad. Se colocó en la natividad de la virgen este año 43 y el antecedente se hizo otra semejante colocación en la Capilla del noviciado a otra bellísima imagen que tajo el Padre Procurador de España cuya hermosura robó aquel día los corazones de los que la acompañaban, principalmente el de un estudiantico de nuestros estudios congregante suyo, que quedó tan preso de su amor que al colocarla en la concha del altar se ofreció con voto de perpetua virginidad, que observaba con gran gozo de su alma y no menor gloria de esta señora por haberla defendido constantemente de un ladrón poderosos que a solas se la quería robar.

Los ministerios con los prójimos se ejercitan con particular cuidado por ser esta ciudad la mas numerosa de esta gobernación; las mas de las mujeres e hijas de los españoles se confiesan en nuestra Iglesia frecuentando las comuniones muy a menudo con grande fruto de sus almas; tan bien industriadas y enseñadas de sus confesores que parecen algunas de ellas religiosas, pues mañana y tarde tienen su hora de oración mental, lección espiritual, y demás ejercicios, disciplinas y cilicios continuos, ayunos a pan y agua, decir sus culpas, y otras mortificaciones, que por extraordinarias se callan, hasta tener los ejercicios de Nuestro padre San Ignacio por diez días en un aposentillo de la casa sin hablar con nadie, que no es poco para quien aún vive en el mundo, ni mucho para quien tan de veras ha tomado a Cristo por esposo.

En los indios y negros es digno aún de mayor alabanza (por ser de menos capacidad y obligaciones) la frecuencia de confesiones y comuniones por lo bien enseñados que los tienen los padres que les acuden, predicán, y doctrinan en sus lengua, todos los domingos por la tarde. Las cofradías de los unos y otros están muy lucidas, y aumentadas en lo temporal

con andas, pendones, vestidos para los niños Jesuses, y en lo espiritual no menos; y basta por prueba decir en general que muchas indias y negras viven entre las llamas sin quemarse, ni amancillar su pureza por ruegos ni amenazas, que es tanto de mayor admiración y gloria de Nuestro Señor cuanto tienen ocasiones mayores de perderla, y menores resguardos para guardarla. En los negros que del puerto de Buenos Aires pasan por esta ciudad a venderlos en los Reinos del Pirú han hecho los padres que saben su legua gran fruto bautizando a unos absolutamente, a otros *sub conditione* en que han sucedido casos de la singular providencia que tiene nuestro Señor con estos pobres miserables que es Dios tan bueno para todos, que ni de un negrito quiere olvidarse su paternal providencia como se ve allá en el otro de la Reina Candase que le cogió Dios para sí en el camino desde Pirú no unos sino muchos negros escoge Dios para sí por medio de nuestros Padres.

Se pone todo esfuerzo en que vaya delante la congregación de los españoles, y no menor en la de los estudiantes, que se han entrado en esta religión. Celebran su fiesta de la concepción de nuestra Señora con fuegos, y mucho regocijo la noche antes.

En tiempo de la peste se ha cuidada con singular puntualidad las confesiones de los negros, indios y españoles dentro y fuera de la ciudad muchas leguas sin reparar en soles, ni aguas, calores ni fríos, en que se hizo mucho bien a las almas, y provecho a los cuerpos estando nuestra abierta para todos pero mucho mas abiertos han estado los corazones fervorosos de los padres de este colegio acudiendo a porfía a los apestados sin reparar en la muerte, fervor que premió nuestro Señor con no haber muerto ninguno de los nuestros.

La fiesta de las cuarenta horas está muy válida en este colegio celebrándose con lindo aderezo de altar, seis sermones, gran concurso de confesiones y comuniones y todo esto junto tomó Dios para convertir un alma perdida. Esta era una mujer que oyendo cuan lindo estaba nuestro altar las cuarenta horas por curiosidad vino a verle. Entró en la Iglesia y viendo el aseo y adorno del altar, los confesionarios cercados de gente para confesar, las barandillas para comulgar, quedó atónita, y tan conmovida con la devoción que le causaba el altar y ejemplo de los que confesaban y comulgaban, que se salió de la Iglesia, fuese al convento de Santo Domingo, pidió por el prior, vino, le rogó la oyese de penitencia, lo hizo con tantas lágrimas, que preguntándole qué le había conmovido a confesarse con tanto dolor le respondió la ya convertida eficacia del buen ejemplo para convertir un alma.

En otros tiempos del año hay también aquí particulares concursos de confesiones y comuniones principalmente las fiestas de Cristo y su Madre, y la semana Santa en que se ha cogido estos tres años mucho fruto, y remediado muchos pecaderazos; sirvan de ejemplo los siguientes por mas notables.

Había estado uno amancebado con dos esclavas suyas madre e hija por tiempo de ocho años, se vino a confesar más por cumplir con la Iglesia que con sus obligaciones pues no quería hacer lo que debía en un caso tan apretado; y así le negó la absolución, pero él, revestido del demonio empezó a hablar tan alto que no faltó sino sacar la daga, todo era amenazas, y que no se había de confesar jamás; el Padre le dijo con ánimo que si tal hacía se lo llevaría el diablo, y así que tratase de disponerse para la absolución, con que fue hecho un león, de ahí a algunos días volvió pero tan indispuerto como antes, y así hizo el Padre su

oficio como la primera vez despidiéndolo sin absolución. El cual movido ya de Dios que ablanda los corazones más que de bronce vino blando como una cera, y de león bravo hecho una oveja llorando sus culpa, y que ya tenía dispuesto vender las dos esclavas y echar de su casa aquel tropiezo comprando otras, y esto con tales muestras de contrición que esta tercera vez le absolvió el Padre con mucho consuelo de su alma.

Otro hombre (aún mucho peor que el pasado), a quien el demonio había engañado persuadiéndole el ateísmo, que no había Dios ni infierno para los malos. Con esto largó tanto las rindas a todo vicio principalmente al de la deshonestidad que llegó a pasar los términos de la naturaleza; le apareció el demonio en figura de un monstruo horrible tal vez en un campo, el cual parece se lo quería llevar, de lo cual sobresaltado el pobre hizo ademanes de que veía alguna cosa, porque un hermano suyo que le acompañaba empezó a decir Jesús, con que desapareció aquel monstruo del demonio, pero lo que pasma es que ni después de esta horrible visión se enmendó este miserable pecador, porque aunque ya creía que había infierno y pues ya había visto demonios de allá, y que también había Dios, pero teniendo la vista sus enormes pecados desesperaba de su patrón, que un abismo de maldades llama a otro abismo, y a veces mucho peor. Pero cuando más hundido estaba este pecador en el pozo, y abismo de su desesperación le echó la misericordia divina la soga para sacarle, en una secreta inspiración que le apretó los cordeles hasta que los puso a los pies de uno de los nuestros que le confesó generalmente de toda tu vida, con muestras de verdadera contrición, venerando en este caso las esperas de la misericordia divina para ganar este pecador, y abominando de los engaños del demonio para perderle.

Llamaron a un padre para confesar a un hombre, fue pero más lo llamaba Dios para confesar bien a un muchacho, al cual le dijo el padre se confesase porque estaba de peligro Empezó a sudar con unas inquietudes mortales, se le trabó la lengua por mucho rato, hasta que el fin habló aunque mal, diciendo que el demonio le abogaba y no dejaba confesar de vergüenza feísimos pecados que siempre había callado; le animó el Padre echó por la boca sapos de enormes bestialidades, y viéndole dispuesto usó de su jurisdicción, gozoso de haberle quitado de la garganta al demonio la presa para que no lo habían llamado.

Una señora de las que se confiesan en casa sirvió de apóstol a una mujer que se estaba muriendo, pero con el galán a la cabecera, que no quería dejarla, aunque ella lo deseaba para confesarse; entonces la buena señora traza como enviar a llamar a uno de nuestros Padres; fue, entró en la sala, los echó a todos con el galán fuera, la confesó bien y murió con prendas de salvación, que a lances tan apretados reduce Dios a veces la salvación de un alma para que nadie desespere.

A una negrita quiso una hacer fuerza, se defendió fuertemente pero viendo que podía más el agresor no tuvo otro remedio sino decirle que la dejase por amor a la Virgen, a quien tenía dedicada su virginidad con que la dejó por respeto a María, siendo grande gloria de esta señora tener en tan negro estado quien lograrse la blanca flor virginidad.

Se vino a confesar una tarde a casa un mozo medio tonto, tuvo un Padre con quien encontró dificultad de hacerlo por dudar si era capaz del sacramento y así lo advirtió, pero él instó tanto que examinándole en la doctrina y dándole buena cuenta lo confesó muy a gus-

to. Fuese después a San Francisco y pidió perdón a un religioso del, a quien servía, el cual aquella mañana estando oyendo sermón en la iglesia, le dio tan gran desmayo, que entendieron había muerto. Extrañó el religioso esta acción del mozo, el que le dijo yo vengo de confesarme porque no quiero morir sin confesión como te vi que morías esta mañana. Con esto el día siguiente se fue este mozo al río a lavar sus vestidillos y viendo que algunos niños se estaban bañando quiso él hacer lo mismo; entró en el agua y allí se ahogó casi a la misma hora que se había confesado el día antes, que es caso raro; por corona del cual y de los pasados pondré aquí dos insignes victorias que de los duendes ha alcanzado la firma de Nuestro Padre San Ignacio.

La primera aunque sucedió en el año de 40 por ser más cerca del 41. se dejó para estos anales. El caso sucedido en casa de uno que ahora es hermano nuestro y como escribano Real que antes era, dio fe del diciendo que por ocho días hubo en su casa un duende que todo cuanto había en ella lo trastornaba y sacando la ropa de las arcas, y tendiéndose por el suelo, ya colgando unas madejas de color por los árboles, ya hallando por tierra los libros que él acababa de dejar sobre un bufete; diez o doce sillas que estaban arrimadas a la pared las puso una noche en medio de la sala tendida una alfombra, y sobre ella un cojín de terciopelo en forma de estrado. Estando una vez comiendo tiró dentro del aposento donde dormía una piedra, entraron al ruido, y viéndola un Padre grave de San Francisco que allí se halló dijo pues perro ya que tiras piedras, no las traieras de chocaya (que son unas minas ricas del Perú) apenas lo dijo cuando arrojó una piedrita toda plateada; quedaron atónitos y asombrados de temor, y viendo que el negocio de veras enviaron a casa por la firma de Nuestro Padre San Ignacio. Fue un Padre con ella, la fijó en la pared, conjuró al duende o demonio con gran fervor, y aquella noche estando cenando con su mujer pegó fuego al aposento; entró la primera a apagarlo la mujer y se quemó una mano, la sacó su marido medio ahogada en el humo, se apagó el incendio (que no hizo casi daño) y con este ruido de fuego se fue al infierno aquel espíritu maligno, huyendo de la firma, como antiguamente quebrando las vidrieras huyó del aposento de Ignacio.

Muy poco menos que lo referido, hizo otro duende en otra casa, y como ya sabían el remedio llevaron la misma firma, le dijo una misa a Nuestro Santo Padre y fuese el duende corrido, quedando el santo más glorioso y aplaudido de la ciudad y más honrado con dos insignes victorias.

Más porque no haya nadie en esta ciudad que se esconda del calor ardiente de los nuestros d, acuden también según lo que permite nuestro instituto a un convento de carmelitas descalzas que ha y en ella. Son estas señoras muy hijas de su madre Santa Teresa en el amor y afecto a la Compañía y deseo de guiarse por ella como siempre lo han hecho pidiendo pláticas, que oyen con tanta devoción, que a veces prorrumpen en lágrimas.

Pero el futuro más sólido lo han cogido los ejercicios de Nuestro Padre San Ignacio, que algunos Padres espirituales de casa les han practicado mediante las cuales han salido algunas no sólo aprovechadas discípulas pero diligentes maestras para darlas a otras sus compañeras, engolosinándose tanto con sabrosos frutos de este árbol de la vida,, que no se contentaban muchas con hacerlos una vez al año, sino dos, y más y alguna a quien Nuestro Se-



ñor se le comunicó más por un mes entero, con los cuales ejercicios ha llegado este Santo convento a muy alto grado de perfección, y unión con Nuestro Señor siendo una de las congregaciones más santas, y agradables de su divina majestad que hay aquí en estos reinos.

Ni la caridad de los obreros de este colegio se encierra en sola la ciudad pues se extiende a toda su comarca con tres diferencias de misiones; la una hace un padre que en compañía de nuestros hermanos coadjutores está en las estancias y heredades de este colegio a donde no sólo doctrina, y acude a los indios y negros domésticos sino a todos los de aquel contorno, que acuden a misa sermón, confesar y comulgar las iglesias, que hay en ellas bien adornadas, y a todas horas acude también a los enfermos que llaman de las estancias, y pueblos comarcanos salvándose muchos por este medio. Y esta misión es continua.

Como también lo es la que hace este colegio a todos los pueblos y estancias de este contorno viniendo todo el año muchas veces de diez, veinte y treinta y más leguas a buscar confesor para españoles, indios y negros, acudiéndoles siempre con gran puntualidad en que suceden casos que muestran la providencia que el Señor tiene de los pobrecitos indios y negros, que parece les estaba conservando milagrosamente la vida hasta recibir los sacramentos.

Demás de esto han salido más de propósito estos tres años en tres misiones a correr toda la comarca enseñando más despacio a los negros más rudos, indios, y gente española, que por estar unos lejos, otros en suma pobreza, no pueden acudir a la ciudad al remedio de sus almas.

La primera misión hicieron el año de 41 dos Padres que corrieron toda la comarca, que es más de 40 leguas por pueblos, chacras y estancias, con grande celo, y cuidado. En general hicieron muchas confesiones generales remediando muchos pecados. Lo particular de esta misión no lo notaron los Padres y así se deja; y sin duda hubo cosas de mucha gloria de Nuestro Señor por ser obreros muy fervorosos.

La segunda misión fue el mismo año de 41 a que fueron otros dos Padres y trabajaron gloriosísimamente confesando, predicando y doctrinando a españoles, indios y negros, a todo tiempo. Los casos más particulares que sucedieron son los siguientes.

Una india estaba sola lavando su ropa en un río, y no pudiendo las aguas de este apagar el fuego de la concupiscencia que ardía en un mal hombre, llegó este a querer gozarla. Resistió ella tan valientemente que no pudiendo, aunque hombre, rendirla, sacó cruel un cuchillo y con él le dio en el hombro una herida, pero ella con más ánimo que de un a mujer le asió del cuchillo, y quitándose lo arrojó en el río, y huyendo se libró dejando avergonzado al lascivo mozo, corrido el demonio, victoriosa ella, aunque corriendo sangre, y gozoza la pureza de haber triunfado en una india y tan a costa suya, de tan sangriento enemigo.

Un hombre después de haber ocultado sacrílegamente muchos años feos y abominables pecados dio en el escollo de la desesperación (acosado de la vergüenza) donde tantos vergonzosamente perecen. Y así teniendo los ojos de su consideración a sus innumerables maldades decía hablando consigo; imposible es que Dios me perdone, no es posible que me quiera sacar su misericordia del cieno de tantos vicios, lo que los otros miserables lloraban

pero tarde el infierno. *Coronemus nos rosis, nullus sit...*[Coronémonos de rosas, que nadie sea...] (que no reparaba en brutalidades) si se le ofrecía alguna dificultad. La jaculatoria que hacía (caso horrendo) era invocar al demonio con estas o semejantes palabras, ea demonio por hijo me tienes, y tuyo soy si me concedes que yo alcance la persona que me pide apetito, y si me alcanzas llévame cuando quisieres. Quien entendiera que cuando este miserable pecador tenía tan en su memoria al demonio, y tan olvidado a Dios, este piadoso señor se había de acordar del, llamándole por medio de una conversación espiritual a una verdadera confesión, como la hizo con uno de los Padres que le alentó con la esperanza del perdón, y selegó de un terrible miedo con que después de la confesión le quedó al demonio por los ofrecimientos pasados.

El año siguiente de 42 salió uno de estos dos mismos Padres con otro a otra misión de los cuatro ríos por dos veces y en ambas a mucha gloria de nuestro Señor en los tres ríos primeros, donde quitaron muchos amancebamientos convirtiéndolos en casamientos. Las más de las confesiones pasaban de a dos años; muchas se hicieron generales reiterando no pocas por pecados callados. De ahí pasaron al río cuarto siguiendo su misión, lo cual escribe así uno de los Padres: “Confinan estos indios de este río con los pampas y guarpes de Mendoza reteniendo aún sus antiguas idolatrías, y supersticiones. Se pintan muy feamente principalmente los viudos y mucho más las viudas, y huyen de todo lo que es devoción y culto de Dios. Saben las cuatro oraciones y mandamientos, mas como papagayos; andan desnudos sólo envueltos en unos pellejos; de estos bauticé algunos adultos; a muchos casé porque no lo estaban sino a su usanza. Usan muchos de estos indios hechizos y yerbas, y cada parcialidad tiene su hechicero, que es como su médico que los cura con ellos, y con chuparles la mala sangre tienen, con mil artificios y embustes. Lo que nosotros hacemos ellos deshacen, con sus embustes y ritos gentílicos, se matan con hechizos, y bocados frecuentemente (de aquellos quité algunos que vinieron a mi noticia y los quemé); para solicitar mujeres tienen mil yerbas, y polvos con que las hacen caer miserablemente y está esto tan entablado y las tiene el demonio tan engañadas, que cualquier cosa que de esto haya, dicen ellos, que no hay fuerza humana para poderlos resistir. Es gente muy carnal, tratan con todo género de animales –las mujeres para ser queridas usan en sí una crueldad, cual es el demonio que las enseña, porque aún en esta vida padezcan algo en medio de sus torpes deleites. Se punzan con unas espinas largas, o punzones, que para el efecto tienen dentro de la nariz, y en otras partes más delicadas, y destilan la sangre en un mate, o calabazo, y con otros ingredientes hacen un betún con que se untan el cuerpo, y esto lo hacen principalmente las doncellas con lo cual los hombres se enloquecen, y pierden por ellas. Contra esta barbaridad apreté grandemente la mano la primera vez, y así con el ayuda de Dios hallé de esto menos de la segunda. Los indios tienen un modo de pelear más que bárbaro. Se desanñan dos con unas bolas de piedra redondas en medio, y agudas en las extremidades, y atadas en sus sogas, y están en competencia cuál de las dos ha de empezar a dar el primer golpe, cediéndose al uno al otro fundando en esto su valentía, porque empezar el primero es de cobardes; el más animoso pues aguarda el golpe con la cabeza baja, y luego asegunada con el suyo, si acaso no quedó muerto y si quedan vivos, es regla que no se han de curar las heridas, habiendo gran fiesta, y gritería por parte del vencedor; también usan por valentía pasar toda una flecha por

el pellejo del vientre, que como lo traen siempre al aire pueden hacer esa prueba; y de estas hacen otras mil crueldades cual es el cruel tirano que los posee los enseña”. Hasta aquí en suma el Padre.

El cual con otro Padre diferente fue el año siguiente de 43, a la misión de la sierra y algarrobales, distantes por partes más de 40 leguas de la ciudad. Se hizo tanto fruto como en las pasadas principalmente en muchos viejos, y viejas, que pasaban de ochenta años, y desde que los bautizaron en tiempo de la conquista de estas tierras jamás se habían confesado y los más necesitaban de intérpretes porque habían olvidado ya con los años la lengua general, sabiendo apenas la propia. Luego que supieron la venida de los Padres salían de sus cuevas, que las tenían debajo de la tierra y llena de penosos animalejos de que tenían dañados los pies, pero mucho mas las almas, que curaron los médicos del cielo, con la medicina de la confesión. Otros bajaban de los montes como salvajes, pero venerables por sus barbas, y cabello blanco envejecido tanto en edad como en los vicios, y rudos todos mas que piedras, pero de esas piedras supo Dios sacar hijos de Abraham, pues entre ellos parece había algunos como lo prueban los dos casos siguientes (que es estilo de Dios entre muchos malos tener algunos buenos).

Entre estos viejos topó el padre uno venerable que pasaría de cien años, el cual no sabía mas que su lengua, de la doctrina cristiana y misterios necesarios para salvarse ni rastro. No se había confesado en toda su vida, porque después que le bautizaron se había retirado con otros a los montes (que son las madrigueras de estas fieras racionales); gastó el Padre por intérprete casi una tarde con él, examinándole menudamente, y no le pudo sacar cosa grave que hubiese hecho en toda su vida, habiendo conservado sólo una mujer, y preguntándole que si se acordaba de Dios, o rezaba algo dijo, que rezar no sabía pero que de Dios se acordaba muchas veces levantando las dos manos puestas, y los ojos al cielo, y repitiendo muchas veces Dios se acordaba muchas veces levantando las dos manos puestas, y los ojos al cielo, y repitiendo muchas veces Dios, Dios, lo cual hizo el buen viejo (son palabras del Padre a quien le pasó) con tal afecto, y señales, que me enterneció, y hizo creer de su inocencia. Le hizo hacer muchos actos de contrición que a su modo los hacía fervorosos, y lo absolvió, y esto sólo debía de aguardar Dios para llevárselo al Cielo, pues estaba ya tan viejo.

Llegando a un pueblo de los de esta sierra supo el Padre como había muerto un indio ya de edad sin confesión; preguntó su nombre y halló que él mismo le había confesado en Córdoba, cuatro meses antes que viniese a este pueblo donde murió, y por no haber por allí ningún sacerdote, y estar muy distante la ciudad no había llamado a ninguno. Pero el buen indio, viendo que no tenía con quien confesarse, cogió un hilo y fue haciendo en él tantos nudos a su usanza cuantos pecados tenía que confesar, encargando a su mujer, que en viendo al dicho Padre tenía que confesar, encargando a su mujer, que en viendo al dicho Padre se lo diese para que se los perdonase, y sin duda los perdonó nuestro Señor atendiendo a su rareza, devoción y deseo de confesarse.

Dejo aquí otros muchos casos, que les han pasado a nuestros fervorosos obreros en sus misiones, y a los demás en sus colegios; dejo los favores milagrosos que Nuestro Padre San

Ignacio por medio de su firma ha obrado en las mujeres de parto en esta ciudad que son tantos que se puede decir con verdad, que *quotquot tangebant, salvifiebant* [A todos cuantos tocaba eran hechos sanos (se salvaban)].

Finalmente quiero dar a este colegio con el dichoso fin que tuvo el Padre Juan Díaz de Ocaña, que fue a los 9 de setiembre del año de 1643 de su edad 43. y 45 de Compañía, y profeso de 4 votos. Nació en esta ciudad e Córdoba. Le criaron sus padres con mucha virtud, tuvo cordial amor a la Santísima Virgen, a quien hizo voto de perpetua virginidad siendo a 8 años delante de su altar, y después lo hizo de religioso para guardarla mejor, y aunque su madre sabiéndolo le dio largas para probar mejor su vocación, y llegando a los dieciocho. Años alcanzó de ella licencia o por mejor decir de nuestro Señor con ayunos, y penitencias recibíndole en su compañía a 25 de febrero de 618.

Tuvo un noviciado con mucho fervor, y edificación, modestia, y silencio procediendo con el mismo tenor de vida en sus estudios hasta ser sacerdote. Lo ordinario estuvo en este colegio de Córdoba obrero de indios, y españoles: a aquellos enseñó con mucha caridad, y defendió de sus agravios, que son muchos los que estos pobres reciben en esta tierra de los más poderosos, con grande valor, padeciendo a muchas mortificaciones por defenderlos en el alma y en el cuerpo. A algunas señoras encaminó a mayor perfección, y trato con Nuestro Señor en la oración, y mortificación, haciendo en esta parte con el fervor excesos. Juntamente con los ministerios ejerció muchos años en este colegio el oficio de ministro, acudiendo a todo sobre fuerzas, que eran pocas, por ser muchos los achaques, pero a todos superior su ánimo, corriendo varias veces en misión por todas las estancias, y comarcas de esta ciudad con grande fruto.

Lo dotó Nuestro Señor de muchas, y excelentes virtudes; fue muy pobre y deshecho de las cosas de esta vida, y aunque tenía madre y hermanos ofreció su patrimonio a la Compañía juntamente con otra herencia particular su padre para festejar con el debido aparato la canonización de Nuestro Padre San Ignacio de quien fue muy devoto hijo, que sucedió en aquel tiempo; mucho de lo restante de herencia aplicó al culto divino, y adorno del altar, haciendo ricos ornamentos y una colgadura de tafetanes para la iglesia, especialmente se esmeró en el culto del santísimo sacramento de quien fue devotísimo, a quien dedicó una hermosa custodia con su viril, y guión muy rico, y andas que hizo traer de España.

La pureza virginal que votó cuando niño le guardó el resto de su vida en flor, como el mismo lo descubrió a su Superior dándole cuenta de las misericordia, que en esta parte le había hecho nuestro Señor con una vergüenza y encogimiento virginal, sus ojos en el suelo cuando salía del confesionario, retirado de visitas de mujeres; y constante en jamás ir sin compañero aunque fuese a los ranchos de los indios enfermos de casa. El amor a la pureza era al paso de la que tenía a la Santísima Virgen teniéndola por madre y estando años antes de su muerte casi desahuciado, oyendo las mercedes que hacía a su imagen de Monserrat se la puso con tanta fe sobre el estómago (cuya flaqueza lo tenía en aquel trance) que al punto sintió mejoría y salud, que cobrada viendo aun negro de casa en el mismo trance hizo la misma rogativa, y quedó sano con perpetuo agradecimiento del Padre, pintando una imagen de Monserrat de quien fue siempre muy aficionado.

Su obediencia a los superiores pronta y rendida. En la humildad sin humos, no resabios de mundo, la obediencia en el tiempo de sus estudios hizo en él una prueba tan grande, que a no tener tanto lastre bambalera, pero estuvo lejos de eso, que antes hizo tanta gala de su mortificación el verdadero humilde, que obligó a los superiores, a que honrasen a quien tan de veras se despreciaba, y sentía bajamente de sí; fue siempre muy callado, sufrido, y paciente, principalmente en su última enfermedad que le duró cinco meses, y fue la piedra del toque de su virtud, y paciencia, mostrando aquella en el rendimiento a los enfermeros, y ésta en las penosas curas, y medicinas que tomaba y dolores intensos que sufría como si fuera de mármol, y cuando nuestro Señor le apretaba con ellos mas de lo ordinario los cordeltes, decía justo es que suframos al Señor enfermos, pues su divina Majestad nos sufre tanto sanos. Su consuelo era el continuo tanto con nuestro Señor, teniendo casi siempre puestos los ojos en una imagen del niño Jesús, y de la Virgen de Monserrat arriba dicha. Rezaba todos los días su rosario ayudado de su hermano que le asistía y mandándole dejar este Santo ejercicio por el daño que le hacía, obedeció al punto. Pero rogó al hermano lo rezase en voz alta que lo pudiese oír, y ofrecer a la Virgen a quien rezaba también ayudado del mismo un oficio muy devoto para que le alcanzase buena muerte, y así alcanzó la Santísima Virgen previniéndole para ella con singulares ejemplos de humildad pues con ser tan ejercitado en cosas espirituales pidió a un hermano que le asistía le enseñase a hacer un acto de contrición, y por su consuelo lo hizo repitiéndolo con gran ternura como le decía, y viendo el solícito y espiritual negociante, que se acercaba ya su hora rogó a otro le escribiese las indulgencias que podía ganar en aquel trance, haciendo sus diligencias para ganarlas todas. Se prevenían para recibir el Señor (que era muchas veces) con reconciliaciones repetidas hasta que poniéndole en el último peligro la tísica le recibió por viático pidiendo perdón a todos llamándose con profundísima humildad religioso falso y fingido, edificando a todos las circunstancias en muerte, como lo había hecho en vida, y hecho aquel acto tan heroico de humildad recibió el cuerpo del Señor, a quien llamó el humilde San Francisco *Sacramentum humilitatis Christi* [Sacramento de la humildad de Cristo]. Y recibida después la extremaunción, y haciendo repetidos y fervorosos actos de fe, esperanza y caridad, con grande paz y sosiego rindió el alma en las manos de su Criador, como esperamos de tan religiosa vida y feliz muerte<sup>132</sup>.

---

<sup>132</sup> Continúa esta carta con el colegio de Santiago del Estero y la entrada a los indios abipones, el colegio de Tucumán, el de Salta y la misión de calchaquí, los colegios de La Rioja, Buenos Aires, Santa Fe y Asunción. Siguen luego las reducciones y la descripción de cada una de ellas.

## **Carta Anua de 1644**<sup>133</sup>

### *Carta Anua*

***Sobre los hechos de la Provincia del Paraguay en el año 1644, enviada por el R.P. Francisco Lupercio de Zurbano, Prepósito Provincial de la Compañía de Jesús en la provincia paraguaya a Nuestro Padre en Cristo, P.N. Prepósito General de la Compañía de Jesús***

Las cosas y mercancías de las Indias suelen estar en gran precio, y no menos para ti, Reverendo Padre, aunque no se trate de aquellas ganancias que la avaricia humana adquiere con tantos trabajos y peligros, sino de aquellas que, con no menos esfuerzo, el infatigable celo por la salvación de las almas, procura para mayor lucro de la Compañía.

Siendo la Provincia del Paraguay feraz en esto, aunque pobre en lo demás, pensé en escoger, como de costumbre, algunas ganancias que tornan insigne el botín de este año y transmitir las a Vuestra Paternidad, que disfrutará en cierto modo, del tesoro que buscan los generosos hijos de San Ignacio, no en el campo fértil, sino por estériles montes y bosques. El ingente cuidado y paterna solicitud vuestra por la salvación de las almas, que nunca permitirá se deje de lado, constituye el corazón de este documento.

Son ciento ochenta los miembros de la Compañía en esta Provincia, repartidos en

---

<sup>133</sup> Consta de 33 fojas firmadas por el padre provincial Francisco Lupercio Zurbano en Córdoba el 28 de enero de 1645. Son las últimas de su provincialato y van dirigidas al general Mucio Vitelleschi quien fallecía el 3 de febrero de ese mismo año. Por tanto fueron leídas por su sucesor el padre Vicente Carafa. En el archivo del colegio del Salvador se encuentra la traducción de Leonhardt faltando el primer cuaderno que va hasta la foja 4. Dentro de estas primeras fojas y según el resumen del mismo Leonhardt se inscriben los comentarios al Colegio de Córdoba. No obstante la carta fue publicada íntegramente por Ernesto Maeder *Cartas Anuas de la Provincia Jesuítica del Paraguay. 1644*. Documentos de Geohistoria Regional N° 13, Instituto de Investigaciones Geohistóricas, CONICET, Resistencia, Chaco, 2000.

veintitrés pueblos de indios y en ocho colegios, que posen en las principales ciudades de los españoles. De estos colegios salen frecuentes misiones para atender espiritualmente las almas de indios y españoles del campo. Nadie puede esconderse o escapar del fervor y calor de estos esforzadísimos operarios, salvo aquellos que, después de muchos intentos, rechazan pertinazmente, con ánimos tercios, la saludable doctrina de la ley evangélica.

Por lo demás, estos agricultores trabajaron enérgicamente durante este año, y como siempre suelen hacerlo, no escatimaron ningún esfuerzo que pareciera provechoso para la cultura de las almas en tan dilatada Provincia. Y así por designio divino, resultó que no solo cultivaron a otros con los acostumbrados trabajos, sino que, para que dieran mayores frutos, ellos mismos fueron probados y cultivados con gran provecho de sus almas por gravísimas calumnias y detracciones, con lo que se demostraron verdaderos hijos de la Compañía de Nuestro Señor. Y así, ni en las reuniones privadas, ni en los sagrados sermones, nada fue dicho ni hecho que resultara indecoroso para la Compañía en su acostumbrada modestia. Causó universal estupor el que fuéramos tan gravemente atacados, y que, sin embargo, nos defendiésemos con silencio y la paciencia y que ni con palabra alguna imitáramos levísimamente a los que con tanta saña nos perseguían, lo que ayudó no poco, a disparar en el ánimo de todos, los imaginados delitos y reproches.

A los eternos premios de sus trabajos fueron llamados, como esperamos, dos Padres profesores y un coadjutor temporal. Y por Providencia divina fueron admitidos otros tantos, para que no decreciera tan exiguo y necesario número de socios.

### *Colegio de Córdoba*

Este Colegio es el primero y mas frecuentado de nuestra provincia y es la Atenas de nuestros escolares. En él, este año tuvo lugar la Congregación Provincial, la más célebre de las tenidas hasta ahora, pues se completó con el número justo de cuarenta padres.

Hubiera resultado gratísimo si las hubiésemos podido trasladar al Colegio Santa Fe para comodidad de los que debían venir de las reducciones, y principalmente porque así había era el parecer de Vuestra Paternidad, pero nos lo impidieron gravísimos inconvenientes.

Por unánime consenso fue electo Procurador el padre Juan Pastor, unos de los primeros padres que fueron enviados a esta Provincia y muy meritorio de ella. En el día señalado se celebró la festividad de Corpus Christi con magnífica pompa por la asistencia de tantos padres y por la presencia del pueblo. Fueron presentados niños que saludaron a la Divina Hostia con piadosos versos. Dos veces tuvo lugar una disputa pública sobre temas teológicos durante el tiempo de las asambleas. Terminadas éstas, el avío a los padres viajeros (algunos tenían que reemprender camino de mas de doscientas leguas) fue suministrado con liberalidad.

Nuestro templo es frecuentado asidua y diligentemente por el pueblo en procura de los sacramentos y por todos los colegiales que sufren alguna calamidad a fin de encontrar remedio solaz. En peligro de muerte llaman a los nuestros, aún a aquellos que antes no habían tratado a fin de afrontar la muerte mas seguros, tranquilizada la conciencia por su ministe-

rio. Son reparados los daños de confesiones generales; algunos, ayudados por los nuestros, removieron las ocasiones de pecar y otras, apoyadas por oportunos consejos, fueron sacadas de iguales peligros a fin de que emprendieran nueva vida.

La pública y conocida piedad de muchas señoras estimula los trabajos de este colegio, mas aun, los de la compañía. Algunas cultivan la piedad tan íntimamente, que quisieran quitar el pecado hasta de la misma vida; otras se dan de tal modo a la oración, al dominio total de las pasiones libidinosas y a la mortificación de los cuerpos, que podríamos admirar como propias de sexo masculino más robusto.

Alguno de nuestros padres predica los domingos de cuaresma y de adviento, a su pedido, a las vírgenes consagradas a Dios en los dos cenobios, y a otras, que siguen las Reglas de Santa Teresa, varias veces al año.

A éstas, les aprovechan de tal manera las enseñanzas de la Compañía, autorizados por nuestras instituciones, y los Santos Ejercicios para realizarlos anualmente y a veces con mas frecuencia, que no solo se entregan con sumo empeño al cultivo de las virtudes, de la oración, y de las disciplinas corporales, sino que también Dios les concede el don de la oración y reciben muestras de la Divina benevolencia.

Las predicaciones al pueblo son frecuentes, y éstas, como también los ejemplos narrados en ciertos días de gran ayuno, sirvieron para que muchos hombres de conciencia castigada y abatida fueran arrancados del cieno de sus vicios al que cayeron por sacrílegas confesiones.

Este medio trajo al sagrado tribunal a una mujer que, por piedad fingida y por vanagloria, muchas veces se había acercado a la Divina mesa, y muchas veces se había confesado pero callado enormes pecados. El confesor comenzó a exhortarla y a animarla para que hiciera una buena confesión, y de tal modo la conmovió, que abrió su alma y prometió expiar los crímenes de su vida pasada.

Otra que no se avergonzaba de haber cometido en sus tiernos años pecados nefandos y no obstante confesaba y comulgaba frecuentemente, vencida al fin por los remordimientos de conciencia, vino al Colegio y llamó a un Padre con quien nunca había hablado. Habiendo comenzado a abrir las pústulas de su alma, encontró grandes dificultades para hacerlo, pero el confesor recibió de los cielos la luz suficiente para ayudarla y enviarla libre de tales heridas.

Alguno enfermó después de muchos años de abominables pecados, agravándose mas aún; los familiares insistieron en que se preparara para la muerte con la ayuda de los sacramentos; lo hizo, o para decir verdad, simuló hacerlo, confesando sacrílegamente antes de recibir los demás sacramentos. Estando por morir, oyó que uno de los nuestros era un hombre admirablemente humano y compañero al que le causaría enorme placer asistirlo. Mandó a llamar al padre y suavizado el ánimo por sus palabras, entre exponer algo leve o lo que temerariamente borrara de su memoria, prefirió reconciliarse con Dios y fue una verdadera reconciliación, pues el infeliz carecía de ella por los pecados callados en la confesión desde la infancia, y retornó a la amistad divina con el dolor de ánimo penitente e íntegra confesión,



muriendo poco después.

Un amor torpe había unido durante muchos años con escándalo a dos personas que no podían ser separadas por ninguna autoridad o consejo prudente. Finalmente y casi al mismo tiempo, una grave y larga enfermedad los postró en el lecho. Vivían en distintas casa y con todo, el mal de la mujer crecía en forma proporcionada al del varón, para que quedara a la vista cómo la igual culpa no engendraba pena desigual. Conoció primero el amante la mano benigna de Dios justiciero y llamó a uno de nuestros padres y después de lavar los pecados con lágrimas y con la preciosa sangre de Cristo comunicada por la penitencia y demás sacramentos, murió, como esperamos, más feliz de lo que vivió. Ella, enterada de la muerte del hombre y entendiendo a su vez que su fin era inminente, aprendió tarde al menos, a aprovecharse del buen ejemplo, cuyo uso tanto tiempo había dejado. Llamaron a un padre y fue, por casualidad, el mismo que rompió las cadenas del pecado de su compañero.

Las cofradías de indios y morenos se pueden contar no solo entre las principales de Córdoba sino de toda esa provincia, pues frecuentemente en los días establecidos llevan consigo imágenes, ya de los santos, ya de Cristo Nuestro Señor, en andas doradas y ornamentadas y con solemne pompa, dispuesta entre los grupos que avanzaban, con sedas y hermosísimos estandartes, de modo que en el pueblo todos los ojos se volvían hacia ellas. No poco fruto se obtiene de esto, pues atraídos como por una comida, los indios acuden mas frecuentemente a las fiestas, sobre todo en los días dedicados a la administración e los sacramentos. Los varones son alejados así de la ebriedad, vicio familiar en esa gente y las mujeres son fortalecidas a proteger fuertemente su pureza del deseo de los hombres pedidos, de tal modo que algunas prefieren padecer indigencia o hambre a cometer infamias. Hubo una que hizo tres días de abstinencia, por no querer preparar alimento para el cuerpo, por una torpe ganancia y la perdición de su alma.

Cierta india maligna, revolcada en el cieno de la impureza, dejando la casa y marido, vino a esta ciudad, malamente asociada. Un tiempo vivió con un adúltero, pero como es costumbre en estos casos, cansada de él buscó a otro indio como marido. El otro, ofendido, dijo al párroco que el marido de esta india vivía; ella negó comprobando el celibato con falsos testigos. Finalmente contrajo matrimonio. Con este monstruoso pecado, se atrevió a recibir otra vez los sacramentos, aunque muchas veces era amonestada por el confesor y por otros (pues constantemente el indio decía que estaba casada). Ella lo negaba y persistía en el escándalo. No soportó mas el Supremo Juez y la castigó y afligió con una enfermedad. Amargada, yace y grita y llamando un sacerdote ello intentó confesarse negligentemente y fue cuidada por otros religiosos. Finalmente, apiadándose Dios, se presenta un sacerdote nuestro ante la moribunda; la aconseja piadosa y fervientemente sobre el peligro próximo e inminente de eterna condenación, aunque todavía había tiempo de un saludable remedio. Conmovidada en su conciencia, confiesa llorosa las culpas de toda su vida, no sin gran consuelo de los dos, y concebida una esperanza de salud, se preparó a un mejor fin.

Un día fue llamado un sacerdote para administrar sacramentos a un indio enfermo en una estancia lejana. Como no había caballo, tuvo que viajar en un carro muy lento. Marchó el sacerdote para no faltar a una necesidad extrema, y así fue, pues encontró al enfermo to-

davía conciente, pero que apenas podía retener en la punta de los labios el alma huyente. Sin embargo vivió el tiempo necesario para recibir los sacramentos de nuestra salvación.

Una mujer, entregada a la prostitución, se arrepintió al fin y se confesó con uno de los nuestros, descubriendo su vida, llorosa solicitó remedio para el futuro. Ten confianza, le dice el sacerdote, encontrarás ese remedio en la comunión frecuente. Me corregiré, dice la mujer, y comulgaré como me aconsejas. Así lo hizo muchas veces. Pero un día, hostigada por el demonio y vejada por un joven, quedó sometida al pecado. Atormentada por la conciencia del delito, durante la noche, dormida, le pareció ver una Hostia que salía de su estómago y de la boca, y con ella toda alegría y auxilio. Despertó la mujer con un grito y padeció insomnio la restante noche. Pasó en la estancia los días siguientes hasta que, llevada a la ciudad, llorando, expuso al sacerdote su pecado y su visión. Ella expulsó la turbación de su alma, pero no el fruto y esperanza de una vida mejor, en la que firme, persevera actualmente.

Una mujer morena vivía en una casa vecina a nuestro colegio y era muy amante de la Compañía. Estaba atormentada por crueles dolores de parto, porque se estimaba que el feto estaba atravesado o muerto por lo que no podía extraérselo por no causarle grave daño. Gritaba la mujer, cuando a su ama, por instinto, se le ocurre llamar a la hija consagrada a Dios por voto de virginidad. Trae, le dice, al niño Jesús (éste, a quien esta virgen venera y adorna con increíble piedad y devoción, es custodiado por la cofradía de indios). Lo hizo y procuró que el Niño tocara con su pie el vientre de la parturienta, y, como si la hubiesen mandado, dio a luz con admiración de ella y de los presentes. El niño, librado del peligro y bautizado, sobrevivió un año íntegro.

Un sacerdote que pasaba todo el tiempo en nuestras estancias a fin de ayudar a los indios, morenos y demás campesinos del aprendizaje y cumplimiento de los preceptos cristianos es buscado y requerido día y noche para oír confesiones de los enfermos de los pagos y estancias de españoles, con gran bien de las almas y gloria de la Compañía.

Un día, estando ausente el sacerdote asignado pero presente el Padre Rector, fue llamado para atender a una india gravemente enferma en una estancia remota. Acudió al momento el Padre Rector quien, a pesar de su presencia y salud, se puso en marcha siguiendo al indio guía cuando caía la noche y estando a la vista una furiosa tempestad que no tardo en desatarse. El turbión arrastraba a los caballos sin guía y sin camino; fragosos truenos retumbaban y los frecuentes relámpagos servían de antorcha, hasta que llegaron a dónde estaba la enferma.

El padre oyó la confesión y al llegar el alba ya preparada convenientemente, ella recibió la comunión. El mismo día murió piadosamente la india, alabando los presentes la Providencia de Dios y la caridad de la Compañía, que afrontando los peligros de esta vida, cuidan de las almas, aún las de las indias pobres.

Había un joven de depravadas costumbres que añadía a sus torpezas el hecho de vejar a su esposa, empujándola a la ignominia. Un padre trató con empeño, pero en vano, de apartarlo del vicio. Un segundo padre lo amonestó diciendo: “Breve es la vida, cierta es la muerte y eterno el castigo”. El joven lo despreciaba y se burlaba, pero Dios no quiso dejar sin castigo tan loca y grande arrogancia. Volvía el joven de camino hacia su casa, cuando un to-

ro descomunal lo embistió y lo arrojó por el aire, dejándolo desmayado. Acudieron los compañeros y espantando al toro, lo levantaron y llevaron a la casa. Fue llamado un sacerdote, aunque resultara inútil porque el joven permanecía sin voz ni sentido. Movidado de compasión y misericordia, el sacerdote pidió a Dios le conceda la voz y el habla al herido a fin de que pudiera confesar sus pecados. Accedió a Dios a las súplicas del enfermo con razón y sentido recuperados, reconoció su justo castigo. de la mano del sacerdote, expía sus culpas, expulsa a la concubina, vuelve a su legítima esposa y vive con ella en armonía y en el cumplimiento de las prácticas cristianas.

Un indio provocó, en un día de fiesta, un alboroto mayúsculo que fue motivo de escándalo, a tal punto que muchos dejaron la misa y despreciaron la doctrina cristiana. Entederado de ello un sacerdote nuestro, los enfrentó agriamente, amenazando castigo si no recapacitaban. Y el presente castigo de Dios alcanzó a aquel indio, pues borrachos él, su hijo y otros familiares, se trezaron en pelea por cosas sin importancia. El hijo, ebrio, atacó con un palo a su padre golpeándolo gravemente en la cabeza, y acuchillándolo. Por casualidad no estaba la esposa quien al regresar encontró a su esposo tendido en el suelo. Vuelta la mujer a nuestra estancia llamó a un confesor para el moribundo; acude un padre y encontrándolo sin sentido, espera hasta hallar un modo de socorrerlo, aunque en vano, porque después murió. De ese modo Dios tomó venganza de su burla y desprecio por las fiestas sagradas.

Una de las misiones que suelen ser anuales y por pedido, fue realizada por los Padres Pedro Herrera y Tomás de Ribera, peritos en lenguas indígenas<sup>134</sup>. Fueron a esta región dilatadísima, donde no escatimaron ningún trabajo a fin de aumentar todo género de piedad, con resultado igual o mayor que los anteriores. Además de emplear todos los días en la catequización, oír confesiones y demás oficios de la Compañía, sin comida ni descanso, por las noches vigilaban para no dejar sin atención a aquellos que venían de todas partes. Y aunque en muchos lugares se encontraron con caminos difícilísimos y peligrosos, lo emprendieron animosos por la salud de las almas sin abatirse por estas dificultades.

Para que el perdón de los pecados fuese mas completo, se le concedió a la gente la indulgencia de medio jubileo, por lo cual acudieron todos con mayor fervor a los sermones y los sacramentos<sup>135</sup>. El principal esmero consistía en preparar a la gente a la santa comunión, con el buen resultado que todos se acercaran a la sagrada mesa con mayor reverencia. El efecto de este sacramento se notó por todo el año siguiente en la mayor resistencia que opu-

---

<sup>134</sup> El padre Pedro herrera nació en Santiago del estero en 1602. Ingresó a la Compañía de Jesús en 1617; pronunció su cuarto voto en Córdoba en 1637 y falleció en su ciudad natal en 1649. A su vez, el padre Tomás de Ribera nacido también en Santiago del Estero había ingresado a la Compañía de Jesús en 1640; pronunció sus últimos votos en 1653 y falleció en la misma ciudad en 1677 (MAEDER, 2000, p. 23).

<sup>135</sup> Alude al indulto pontificio por el que se conceden indulgencias y ciertos privilegios a los fieles que practican las obras que en el mismo se prescriben. El jubileo ordinario o mayor fue dispuesto por Paulo II en 1470 cada veinticinco años y el menor o extraordinario, según se diera algún motivo particular (MAEDER, 2000, p. 23).

sieron aquellos a sus inveteradas malas costumbres. Además, como los habitantes de aquellas tierras son muy inclinados a la embriaguez, tanto que era casi irremediable este vicio que, por la gracia sacramental parece ahora saber renovado su naturaleza, porque un buen número que ya no han recaído y hasta prometen por voto, por respeto al Santísimo Sacramento, no cometerlo jamás.

Unas cuatro mil personas se han confesado durante estas excursiones, unas mil quinientas han comulgado, diecisiete han sido bautizadas y unas cincuenta y seis se han casado por Iglesia. De las confesiones muchas han sido generales, de toda la vida, o de veinte y treinta años y otros se confesaron por primera vez.

Hubo un caso de especial providencia y bondad de Dios hacia una pobre india. Por casualidad (si es que se puede hablar así, ya que Dios dirige todas las cosas) encontraron nuestros padres en el camino una de las carretas que hacen el viaje entre la Provincia de Cuyo y esta ciudad de Córdoba. En ella estaba una vieja ya consumida por la edad, cuya hija al saber de los Padres, les habló del estado de su madre anciana y todavía no bautizada. Los padres la visitan y la instruyen en la región y pronto la hallan capaz de ser bautizada. Poco después de bautizada murió la vieja, perteneciendo, seguramente, al número de los escogidos.

En esta ocasión llegaron los Padres hasta el llamado Río Cuarto, habitado por los indios que solo de nombre eran cristianos. No costó poco trabajo a nuestros padres instruirlos, logrando bautizar algunos y casarlos por la Iglesia.

Otra región vecina es la habitada por los indios pampas según la lengua quichua. Es gente salvaje y bárbara, que no usa ni ropa ni casa, reemplazando ambas cosas por unos pellejos con los cuales se abrigan en cualquier lugar donde los pilla la noche. Sin embargo, algunos de estos indios han pedido ser bautizados por los Padres; condescendieron al ruego de aquellos bajo la condición de que se reuniesen en un lugar fijo, a su gusto, para que los Padres los pudieran visitar y adoctrinar cada año. No les gustó la condición y así se quedaron en su infidelidad. Cierta india ya cristiana con toda su familia, mezclado hace tiempo con estos indios pampas, no sé por que motivo se separó de ellos en esta ocasión. Se confesó justamente con su mujer y como sus hijos eran todavía infieles, se les administró el bautismo. Preguntando como pasaba la vida entre los infieles, contestó que la Cruz fue siempre su consuelo y ayuda, y en cualquier paraje donde se establecía, lo primero que hacía era levantar y adorar la Cruz de rodillas para preservarse así de las insidias del demonio. Por esta práctica cristiana, alcanzó la gracia de volver a buen juicio y fijar su cede entre los cristianos.

Recorrieron así los Padres unas cuatrocientas leguas y misionaron por unos seis meses, alcanzando un doble fruto de este trabajo: el primero, haciendo vivir a aquella gente mas cristianamente; el segundo, ganándose un buen cúmulo de méritos por los muchos trabajos y privaciones derivados de tales correrías.

Como conclusión de la relación de noticias referidas a este colegio de Córdoba, pongo aquí la de la muerte del Padre Marco Antonio D'Otaro, napolitano, soldado veterano, o mas bien capitán de ellos, ya que era unos de los mas antiguos padres de la Provincia. Murió con sesenta y ocho años de edad, cuarenta y ocho de Compañía y muchísimo después de

la profesión de cuatro votos. Era un alma cándida y de sólida virtud según el espíritu de la primitiva Compañía. Fue enviado a las regiones de las Indias con el Padre Diego de Torres, entonces procurador de la Provincia del Perú. Este al ser nombrado por el muy reverendo Padre General Claudio Aquaviva, de santa memoria, primer provincial de la provincia del Paraguay, tenía facultad de escoger, entre los sujetos traídos por él de Europa, a algunos para compañeros suyos en la nueva provincia, entre ellos el padre Marco Antonio, muy apreciado por él por su humildad, ya que él había servido de cocinero durante todo el viaje de seiscientos leguas. Por su aplicación y habilidad en aprender el quichua, apenas llegado a Córdoba pudo predicar la palabra de Dios a los indios y españoles con tal éxito que sacó no poco provecho de sus trabajos, ganando otra vez para Cristo a los españoles perdidos por su vida licenciosa, malas costumbres y sus múltiples pecados. Se ocupó mas todavía de los pobres indios, tan sumergidos en sus errores diabólicos ya que solo había entre ellos borracheras, adulterios, asesinatos y la mas burda idolatría.

Instituyó de pronto el Padre, como remedio, la congregación del Nombre de Jesús (que todavía existe y existirá en provecho de muchas almas) por la cual se les facilitó mas de la instrucción cristiana y la frecuentación de los sacramentos: los reunía en la iglesia los domingos, les explicaba allí el catecismo y les hacía una plática para apartarlos de los vicios y animarlos a llevar una vida cristiana.

Dio pues buenos resultados este trabajo asiduo, que agradecieron mucho los vecinos de buena voluntad, mientras que los malévolos, enredados en sus malas amistades, le llenaron las calumnias y oprobios porque les había quitado sus malas ocasiones, sufriendo el padre todo esto con admirable paciencia, confiado en que Dios haría justicia.

Fue después por orden de la santa obediencia al Colegio de Santiago del Estero para organizar el Real Seminario Convictorio, encargo que emprendió con entusiasmo, como si no hubiera nacido mas que para eso; fue un profesor acabado y cumplió con tal perfección los demás cargos, que será difícil decir en cual se distinguió más. Amaba a todos y a cada uno de sus discípulos como a otros hermanos, los cuales no podían menos que amarle también, aún los de mala índole. Resultó de esto un adelanto admirable de gran parte de ellos en virtud y letras, lo cual, al fin y al cabo, salió en gran provecho del mismo país. No contento todavía con esto, quiso el padre servir a todos los españoles e indios, confesándolos, visitando a sus enfermos y cumpliendo los demás ministerios de la Compañía, desde la mañana hasta la noche.

En los ministerios sagrados tenía el padre especial cuidado de que nadie sin confesión. Era grande el respeto y la veneración de todos para con él, por lo cual se sentían felices de poder recibirle en su casa, escuchando sus consejos como un oráculo. Trasladado al colegio de San Miguel [de] Tucumán, obtenía el padre allí los mismos resultados.

De allí fue llamado a este colegio de Córdoba, lo que causó gran regocijo en su alma, dando por motivo que así podía edificarse con el fervor de los novicios y hermanos escolares.

Ya no pudo dedicarse a los trabajos de antes, sin oír algunas confesiones, dedicando el otro tiempo a su propia perfección y a la asidua oración delante del Santísimo Sacramen-

to, al cual era tan devoto, que allí pasaba horas enteras, abismado en piadosas meditaciones. En estas santas ocupaciones le sorprendió la muerte, alcanzando a ser auxiliado con todos los sacramentos, los que recibió con alegría, exclamando: ¡Oh feliz ahora!, ¡Oh deseada partida! Nada mas dulce y agradable que morir.

Poco a poco se le iban las fuerzas, que estaban rezando las preces de los moribundos, expiró plácidamente, guardando todavía después, al ser enterrado, las facciones alegres de su rostro, tanto que parecía vivo.

Era un hombre de íntima unión con Dios y de gran desprecio de sí mismo, lo cual pareció indudable cuando se lo nombró Rector, cargo que él rehusó tenazmente, diciendo repetidas veces, que le bastaba ser siempre obediente. Buscaba la humillación propia, no dejando pasar ocasión para ejercicios humildes. Así sucedió que cuando ya viejo debía enseñar las humanidades a nuestros escolares, había corregido erróneamente a uno de ellos en un asunto literario. Cuando se dio cuenta de esto, se desdijo públicamente, diciendo que bien merecía ser corregido él mismo por cualquiera de sus discípulos.

Cuando vine acá desde la provincia del Perú, para gobernar ésta, como lo había ordenado nuestro Reverendo Padre General Mucio Vitelleschi, de santa memoria, este padre me hizo cuenta de su conciencia por escrito, contándome sus defectos para que lo conozca, quedando yo admirado de su humildad. Ya muy anciano y exhausto de fuerzas solía postrarse delante de la puerta comedor, para que lo pisasen los que entraban, y hasta en la hora de la muerte, todavía decía que sentía ser un viejo tan inútil y molesto a todos, que no valía ya la pena que él ocupase la tierra.

Mostró ya por todo su exterior que amaba la pobreza como madre, componiendo él mismo con su propia mano la ropa y no teniendo nada de su uso propio sino la Cruz y una imagen de papel.

Amaba la cruz, padeciendo de tiempo en tiempo agudos dolores en silencio, y no molestando a nadie, ni siquiera durante su larga última enfermedad. Su único remedio en su acostumbrada debilidad de estómago era el ayuno, en consecuencia de lo cual quedó muy demacrado. Es que no quiso nunca excepciones en la comida, aunque bien lo necesitaba. Y hasta en su última enfermedad cuando se le enviaba de fuera de casa algo reconfortante, apenas lo probaba. Tampoco quiso que otro arreglase su pieza, y cuando por mandato de los superiores pusieron un enfermero a su disposición, se confundía diciendo: ¡Pobre hombre que se ve tratado con tanto cuidado, mientras mi señor en la cruz sufrió solo y abandonado!

Esta alma hermosa se deshacía en servir a las almas y llevarlas por todos los medios al buen camino, mostrando al mismo tiempo un cariño especial para aquellos misioneros que tenían a su cargo la cura de las almas de los indios. Antes de morir les recomendó el mayor esmero en administrar este cargo diciendo: tenedlos y cuidadlos como a hijos de Dios. Por lo mismo se ofreció durante su vida a enseñar el idioma de los indios misioneros recién llegados de Europa, recomendándoles que se ocuparan mas bien de los pobres indios que de los ministerios más relucientes de los españoles.

Hemos perdido, pues, a un hombre ilustre en todo el género de virtudes. Las sacó de

su íntima unión con Dios, con cuya voluntad era de siempre tan conforme, que nunca se notó en él la menor alteración de ánimo.

En la oración mental invirtió cada día unas cinco horas, dejándose llevar por la devoción en especial al decir misa, sintiendo en ella grandes consuelos. Tenía muchas ganas en alargarla pero se contuvo por mandato de los superiores, para no causar fastidio a los que asistían a ella, contestándose con tres cuartos de hora. Lo que le faltaba para satisfacer su devoción, lo suplió por una larga y fervorosa acción de gracias después de la misa, en la cual no quería ser molestado ni por urgentes ocupaciones. Así es que no podía menos que hablar de cosas religiosas, y esto con tal unción, que entusiasmó a los que le oían, a practicar el bien y evitar el mal.

No es de maravillarse, por lo tanto, que todo el mundo lo respetara, lo cual saltó a la vista en sus funerales, a los que acudieron con muestras de gran dolor, los religiosos, el clero secular y la alta sociedad española, la cual por turno llevó el ataúd a hombros a la iglesia. Al entrar en ella, la multitud estalló en gran llanto, especialmente las personas que le tenían de director espiritual, y las que estaban seguras de tenerlo ahora como intercesor en el cielo. Nosotros también creemos que Dios le habrá recompensado sobradamente sus virtudes y trabajos<sup>136</sup>

---

<sup>136</sup> Continúa con la descripción de lo acontecido en los colegios de Buenos Aires, Santiago del Estero, la Rioja, San Miguel de Tucumán, Salta y las misiones de Jujuy y Calchaquí, y Santa Fe. Posteriormente siguen las reducciones de los santos Cosme y Damián, Santa Ana, Loreto, San Ignacio del Yabebirí, San Carlos, San José, Hábeas, Concepción, San Miguel, Mártires, Santa María la Mayor, Apóstoles, San Nicolás, San Francisco Javier, Asunción de la Virgen, Santo Tomé, Yapeyú, San Ignacio de Caaguazú y Santa María de Fe.

## **Carta Anua de 1645-1646<sup>137</sup>**

*Cartas Anuas, las cuales contienen los acontecimientos sucedidos en la Provincia del Paraguay en los años de 1645 y 1646, dirigidas al Muy Reverendo Padre Vicente Carafa general de la Compañía de Jesús por el Reverendo Padre Juan Bautista Ferrufino Provincial de la Provincia del Paraguay de la misma Compañía*

*Cartas anuas sobre los acontecimientos acaecidos después del año mil seiscientos cuarenta y cuatro por espacio de dos años en la Provincia del Paraguay*

Sabiamente ha sido dispuesto por la naturaleza, o más bien por su autor que, para iniciar o conservar la mutua unión, contribuye no poco la observación de que los bienes de que disfrutamos parecen aumentar cuando haya quien participe de nuestra alegría.

Así también nuestros males se nos alivian, cuando podemos comunicar las congojas de nuestro corazón.

Por las pasadas cartas hemos descrito a Vuestra Paternidad la tempestad, la cual se originó en la capital del Paraguay (aunque comenzó ya algo antes) e infestó también otras y las más importantes ciudades de esta provincia.

Por estas noticias referentes a nuestros trabajos y sufrimientos nos aliviamos no poco, sabiendo el interés que toma de ellas Vuestra Paternidad y lo demás de la Compañía en Eu-

---

<sup>137</sup> Fue enviada por el padre provincial Juan Bautista Ferrufino (1581-1655) al padre general Vicente Carafa. Se encuentran dos originales de la misma. Una escrita en latín ubicada en el Archivo romano de la Compañía de Jesús y otra en castellano ubicada en la Colección De Angelis de la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro. En el Archivo del Colegio del Salvador se encuentra la fotografía de la versión latina y la traducción con los resúmenes del padre Leonhardt. La totalidad del texto latino consta de 12 fojas. Aquí transcribimos la introducción y generalidades de todos los colegios, hasta el de Córdoba inclusive (Biblioteca del Colegio del Salvador, Cartas Anuas, 1645-1646, Estante 4).



ropa y mucho más sabiendo que por sus oraciones y sacrificios se ha conseguido de Dios que amainas no poco.

En las siguientes líneas se dará cuenta brevemente de lo que en los años 1645 y 46 se pudo hacer en paz para la mayor gloria de Dios, para que Vuestra Paternidad dé gracias juntamente con nosotros por este nuestro consuelo a Dios, fuente y origen de todos los bienes, y para que favorezca Vuestra Paternidad y apoya esta buena voluntad y celo apostólico de vuestros hijos.

### *De lo que es común a todos los colegios*

Para poder ser más breve después, y para no tener que repetir siempre lo mismo, referiré primero, antes enumerar a cada colegio en particular, lo que tienen todos en común.

Los sujetos de esta provincia por todo son 164, de los cuales son sacerdotes 109, Hermanos escolares 8, Hermanos coadjutores 47.

En todos los colegios hay un Padre destinado para el servicio de los Indios, y otro para los Morenos. Aunque es verdad que su principal encargo es doctrinarlos y confesarlos, sin embargo, por ser aquellos tan pobres y abandonados, tienen nuestros Padres que ayudarles en todo a gran consuelo suyo y edificación de los españoles.

Hay además en cada colegio un sujeto destinado a enseñar las primeras letras a los muchachos, cosa importante en todo el mundo, pero más en estas tierras, por la universal corrupción de costumbres.

Los demás Padres se dedican a la obra importante de oír confesiones.

Dos de los Padres hacen cada año misiones populares campestres, no sólo en beneficio de indios y morenos, sino también de españoles pobres, que tienen que ganarse la vida por la agricultura y los cuales están allí abandonados, hasta que vengan nuestros misioneros a instruirles y administrarles los sacramentos, ya que hay por allí una casi absoluta falta de sacerdotes, y muchos de estos pobres viven del centro urbano distantes hasta 50 y 60 leguas. Ya se puede suponer en qué estado se hallen aquellas almas, faltas de todo cultivo espiritual y por tanto tiempo, lejos de cualquier autoridad civil que los sujete, lejos de cualquier testigo que los observe, lejos de cualquier benévolo que los pueda aconsejar.

A tan extremado libertinaje y corrupción espantosa se oponen con energía nuestros Padres en estas ejecuciones campestres con inmensas fatigas, pero no sin éxito. Más todavía: estas excursiones desde los colegios se hacen ya con cierta regularidad a algunos puntos céntricos, por ser tan frecuente que se les llama a confesar en lugares campestres de muchas leguas de distancia.

### *Colegio de Córdoba*

Viven en este colegio 14 sacerdotes de los cuales dos enseñan teología y uno filosofía. Además enseña uno la gramática. Hermanos teólogos hay 4, filósofos 3. Hermanos coadjutores ocupados en la casa y en las estancias hay 15.

El noviciado forma comunidad aparte, y viven en él fuera del maestro de novicios otros 3 sacerdotes más, los cuales hacen su Tercera Probación. Novicios hay 4. La estancia sustenta a todos con abundancia, aunque ella ha sufrido mucho en consecuencia de pestes y sequías.

Lo principal es que ha sido rica la cosecha espiritual, habiendo habido muchas confesiones, de las cuales algunas hechas de muchos años. A las comuniones de los días festivos acude casi toda la ciudad. Esta nos cobró mayor afecto en consecuencia de nuestra paciencia enfrente de la gravísima avalancha de calumnias, originadas, como se ha dicho, en consecuencia de los asuntos paraguayos. Vienen ahora con mucho más confianza al colegio para consultar con los Padres sus asuntos espirituales.

Buena cosecha se recogió también en una excursión apostólica campestre de seis meses por el distrito de Córdoba para administrar los sacramentos y para corregir las inveteradas malas costumbres. Con esta ocasión se halló a un indio de más de 80 años, el cual ni siquiera estaba bautizado, lo cual se remedió. Acudieron los nuestros hasta a la salvación de los esclavos negros. Una negra estaba resuelta a cambiar de vida y prefirió morir antes de condescender a las exigencias del seductor, contestando a él únicamente diciendo: Dios lo ve.

Lo mismo dijo en contestación a semejantes amenazas que sería mejor morir que hincharse.

Otros muestran su buena disposición por las lágrimas con las cuales se acercan a la confesión. Por donde se ve que estos esclavos participan no sólo de la dicha, sino también de las costumbres de los hijos de Dios. Hubo varios entre ellos que tenían que ser bautizados bajo condición.

Había cierto individuo, varias veces denunciado a la autoridad civil por vivir en concubinato público, el cual pensaba más bien en sustraerse del castigo humano que en evitar la venganza de la justicia divina; por lo tanto, aunque tenía mujer legítima en otra parte, fingió casarse con la concubina, hasta que al fin por los buenos consejos de uno de nuestros Padres fue inducido a hacer penitencia de la vida pasada y reconciliarse con su legítima esposa.

Otro individuo era tan perverso que sacrílegamente escupió contra el santo Cristo crucificado, y después, como desesperado de su eterna salud, se entregó completamente a los vicios, hasta que uno de los nuestros le inspiró mejores ideas, y se convirtió haciendo una confesión general.

Fuese, como esperamos, a mejor vida el Padre Vicente Hernández<sup>138</sup>, natural de Valencia, profeso de cuatro votos, de 38 años de Compañía y 78 de edad, hombre virtuoso y

---

<sup>138</sup> Nació en Mediana, Valencia, a fines de 1608, ingresando a la Orden en el colegio de Aragón a mediados de 1624, llegando a Buenos Aires cuatro años después y falleciendo en Córdoba el 7 de setiembre de 1645 (STORNI SJ, Hugo, p. 140). Esta anua consigna como fecha de su muerte el 22 de agosto de 1646.

piadoso, dedicado desde un principio a la enseñanza religiosa de los indios, pero dispuesto a cualquier otra ocupación que le mandara la santa obediencia, enseñando dos veces gramática a los niños de Santiago, aunque la segunda vez le costó mucho por haber esperado ser destinado para vivir entre los indios embargo obedeció pensando mejor en la obediencia que los sacrificios. Con todo, logró al fin sus deseos de ser destinado a la vida apostólica, pues, después de haber estudiado bien la lengua guaranítica, fue enviado a la misión de los Itatines.

Allí había bastante materia de mortificación, estando todo todavía en sus primeros principios; sin embargo era tan animoso que dio efusivamente las gracias al Padre provincial por haberle designado a tal ocupación.

En la primera reducción de los itatines, llamada de San Benito, antes de poder emprender con éxito la enseñanza religiosa, enseñó con su propia mano la agricultura, hasta en el más horrible calor de verano. Pues, de otra manera había peligro de que los indios reducidos se esparcieran otra vez por las selvas para buscar con qué vivir. Mientras crecía y maduraba la cosecha, mantuvo a los indios con carne de vacas distribuyéndola él mismo en persona.

Su fervor de espíritu dio fuerzas a su cuerpo ya bastante quebrantado añadiéndose llagas en las piernas, sin embargo ayudó en gran manera a realizar las empresas del Padre Justo Mansilla, superior de aquella misión, el que ya casi había sucumbido por los muchos trabajos y cuando este último tenía que ausentarse al mejor clima del Paraná para restablecer su salud, lo reemplazó el Padre Vicente en la administración de aquella reducción. Sucedió entonces que, el principal cacique Nanluebacu sublevó a la mayor parte de los demás caciques, ya que la gente estaba aburrida de aquellas transmigraciones, y mas por exigencias de la ley evangélica sufriendo como una nostalgia a su tierra natal; y así resolvieron abandonar la reducción de San Benito y volver a sus antiguas casas, en realidad ya la mayor parte había escapado.

Al padre Vicente no quedó remedio, sino hacer de la necesidad una virtud, y seguir como buen pastor detrás de sus ovejas. Envió, pues, por medio de algunos caciques de la misma nación un recado a los fugitivos diciendo que con gusto haría la reducción en aquella su tierra y que Nandubaza construyese mientras tanto la capilla y el rancho para los Padres, a los cuales aquel se fue al encuentro con su gente, recibiendo los con alegría. Dio cuenta al Padre provincial de lo hecho y sufrido en aquel lugar del siguiente modo: nos cuesta tanto reunir y convertir a aquella gente, que solo una extremada caridad la puede aguantar. El suelo aquí parece ardiendo de fuego, los viajes son muy largos, la tierra espantosa, los ríos y arroyos se traspordan inundando toda la comarca. Pero todo esto y los demás incómodos, juntamente con la escasez de todo lo necesario para la vida, no lo pongo en la lista de las dificultades, y sería una vergüenza si lo hiciera un obrero apostólico, sino lo único que me molesta extremadamente es nuestro aislamiento de todo comercio con nuestros hermanos en religión, ya que la más cercana reducción, la de San Ignacio, dista 40 leguas, sin tomar en cuenta los pantanos que nos separan, y los que más bien sirven para las fieras, que para seres humanos.

Pero al fin, estos excesivos trabajos y privaciones, los ardientes calores y el clima malo acabaron con la salud de este Padre, en tal grado, que todo su cuerpo se ulceró. Sin embargo no se dejó de sus acostumbrados quehaceres, ni siquiera cuando el Padre rector de la Asunción, informado de su estado, lo había invitado a descansar algo en el colegio. Sus indios le importaban más que su salud; hasta que, mandándole el rector en virtud de la obediencia, le obligó a irse a la Asunción.

Restablecido allí de su dolencia, se dedicó con mucho celo a los ministerios de la Compañía, con tal éxito que, cuando pidió ser devuelto a los indios, se le detuvo por más tiempo.

Acompañó después al Padre Francisco Lupercio en su visita de la misión de itatines, el cual notó que no podía fiarse de la salud del Padre Vicente, para dejarlo allí, sino le destinó para las reducciones del Paraná, cuyo clima era más favorable. Allí pasó por algún tiempo trabajando a su gusto en la instrucción de los indios, hasta que fue llamado a Córdoba, donde primero enseñó moral, y después la teología dogmática.

Se dedicó con tal entusiasmo a este nuevo oficio, que bien se veía que más le valía obedecer que cuidar de su salud. El perpetuo revolver de los libros le quebrantó las fuerzas, tanto que dos veces le vino un vómito de sangre, lo cual sufrió, sin dejarse de su deber, ni por la anchura de un dedo. Pero notándose en él los síntomas de la tisis, le prohibió el rector del colegio seguir enseñando. Contestó él, que lo que le molestaba, era sólo el escribir, pero bien podía prescindir del escrito y enseñar de viva voz. Pronto se vio, que ni para eso ya tenía fuerza, vomitando sangre el mismo día de San Ignacio. No tanto para lograr la salud, como el mismo dijo, sino por su deseo de poder misionar a los indios, estrechó la imagen de la Virgen, prometiéndole entre lágrimas, si le diese la salud, emplearla para adoctrinar a los itatines. Pero quiso Dios llamarle, no a nuevos trabajos, sino al premio de su edificante vida, muriendo el Padre el 22 de agosto de 1646<sup>139</sup>.

---

<sup>139</sup> Continúa con la descripción de los colegios de Santiago del Estero, Buenos Aires, San Miguel de Tucumán, la Rioja, Santa Fe, Salta, Asunción. Luego aparecen las reducciones del Paraná y Uruguay. Finalmente las necrológicas de los padres Francisco Broglia, Pedro Romero y Mateo Fernández.

## Carta Anua de 1647–1649<sup>140</sup>

Reverendo Padre que goza la paz entera de Cristo

Aunque últimamente en el pasado trienio la ira premeditada de los hombres nobles y humildes se ha desatado tenazmente contra la destrucción de la Provincia del Paraguay, aún así no es seguro si ha experimentado un daño más que un provecho y una gloria por los sucesos adversos: parecen así numerosas tempestades enviadas por voluntad divina al considerar Jesús a la pequeña provincia de su Compañía como una navecita en la cual se viajaba, sacudidos con violencia, para emerger con más gloria de los naufragios violentos.

En verdad, entre la violencia de los vientos adversos, allí, de manera firme dirigió su camino cuando se confiaba que la actividad propia de la mayor gloria de Dios y de las almas podría ser organizada de manera favorable.

Y como hablaré sin ambigüedades en estas cartas que escribo de manera completa al Reverendo Padre, leerás el ardor de tus hijos en los peligros afrontados, la diligencia contra los lobos que deben alejarse del redil, la fortaleza en las situaciones adversas y el vigor siempre íntegro de nuestra Orden entre las amenazas de los demonios conjurados y la violencia manifiesta de los hombres.

En todas partes, se procuró que todos los compañeros con una dedicación similar conservaran las costumbres antiguas y buscaran las nuevas con tanto éxito como fuera necesario para conciliar la admiración entre los mortales y la envidia entre los demonios, de quienes pensamos que se han reproducido con mucha astucia de tal modo que no sólo muchos Prefectos de las cosas sagradas y profanas y algunos habitantes de las ciudades y desertores de nuestra Compañía fueron hostiles con nosotros sino también para impedir el acceso desde Europa hacia nosotros de Hermanos auxiliares, hecho que para esta Provincia es desfa-

---

<sup>140</sup> La presente anua constan de 45 folios y se encuentra escrita en latín en el archivo general de la Compañía de Jesús en Roma. Fueron traducidas para esta edición por el lic. Juan Pedro Kalinowski. Las redactó el padre provincial Juan Bautista Ferrufino, quien la envió al padre general Vicente Carafa. Pero como éste falleció en 1649 no llegó a leerlas. Probablemente tampoco su sucesor el padre Francisco Piccolomini, quien falleció en 1651, sucediéndole el padre Alejandro Gotifredo, quien gobernó por escasos dos meses, cuando asume el padre Gosvino Nickel (Biblioteca del Colegio del Salvador, Cartas Anuas, 1647-1649, Estante 4).

vorable y lamentable o bien a partir de esto puede pensarse que bastan 108 sacerdotes, 13 escolásticos y 43 Coadjutores, muchos arrebatados por la muerte, para mantener 8 Colegios y para organizar más de 22 reducciones de indios, habiendo asumido nuestras obligaciones.

Pero aunque la cantidad de Hermanos se haya reducido a este escaso número, sin embargo, no es fácil contar lo que cada uno ha hecho para quien quiera hacerlo, pues todos los que recuerdan nuestra Orden no estimaron a nada como más valioso que la integridad y no consideraron a nada más importante debajo de su rectitud que siempre será evidente en la descripción de cada uno de los hechos que empiezo a escribir y es de mucha utilidad para otros.

### *Colegio de Córdoba*

El Colegio de Córdoba, el principal de nuestra Provincia, mantiene a 41 hermanos en actividad en sus instalaciones y afuera; 2 de los 13 sacerdotes enseñan Teología Especulativa, uno Filosofía y otro Humanidades; de estas disciplinas se incluyen doce auditores de nuestra Orden y pocos de otras; sin embargo, en favor de la obra del lugar cuanto menos numerosos (fueron) en cantidad más diligentemente trabajaron individualmente, por lo que sucedió que todos podrían mostrar su ejemplo sobresaliente tanto privada como públicamente y pudieron mostrar que quienes trabajan con cuidado pueden hacer florecer sus talentos en este desierto aislado, si no están privados (de ello); de todos ellos dos jóvenes, cumplido felizmente el Curso de Teología con las pruebas públicas ofrecidas al hábil Maestro, fueron premiados con la aprobación de todos con tanta gloria que en las más nobles escuelas de Europa se le considerarían capaces de arrebatarse la gloria a otros.

Las restantes actividades de los Nuestros que se orientan hacia la virtud han sido consagradas tanto en los Colegios de España como en los de las Indias, Etiopía y Marianos, con sermones públicos y encuentros privados de tal manera que el fruto en los años anteriores de alguna manera creció; por eso de las Indias se consiguió que finalmente pudieran tener aversión de la ebriedad, de la que antes se vanagloriaban de exhibir como la baja más vergonzosa de la naturaleza humana.

Pero si quisiera narrar los hechos habituales, es necesario que sea más extenso que lo establecido y produzca cansancio. Igualmente seleccionaré los hechos más sobresalientes, a partir de los cuales fácilmente pueda realizarse una suposición. No obstante, pienso que en un comienzo se debe conocer inmediatamente esto, es decir, que en este trienio los hermanos de esta Provincia han sufrido más gloriosamente que lo que han actuado; en efecto, aún más, hombres de toda clase obstinadamente se opusieron a nuestra Compañía (diré luego por qué motivo) de tal modo que sería dudoso si algún otro hecho más grave en algún lugar en cierta ocasión fue padecido. Y aunque en la ciudad de Asunción un hecho especial sucedió, como en efecto suele ocurrir en los grandes terremotos, todos los lugares cercanos fueron conmovidos. Por este motivo unos libritos conocidos fueron difundidos a escondidas entre el pueblo, versos injuriosos cantados, cuentos compuestos por todas partes con todos los cuales los enemigos de la Compañía intentaban conducirlo hacia la envidia y el terror de los restantes. Pero puesto que estos hechos no fueron suficientemente eficaces para los hombres

de la Compañía sorprendidos por un rumor popular, los mentirosos se atrevieron a ejecutar un malvado plan directamente en público; por consiguiente, en los sermones populares, los hombres sagrados obligados por su condición se expusieron a las burlas de nuestra Compañía muy penosamente de modo que casi nada de la verdad y de nuestras costumbres parecía que podía ser afirmado más que lo ajeno.

Entre estos sucesos los nuestros protegidos con el pequeño manto de su inocencia, pues de este modo querían dar fe de sí mismos y no quisieron nada más espontáneamente que actuar bien y sufrir mucho y con ardor por Cristo. Aquí no se detuvo la insolencia de los calumniadores sino que fue casi confirmada con nuevos intentos y con el silencio de los Nuestros también la tolerancia se hizo más audaz; por este motivo en el mismo día un cierto hombre consagrado, educado en una orden religiosa conocida, al practicar el misterio de la Eucaristía, añade un hecho muy vergonzoso puesto que en una fiesta para honrar a la insignie Iglesia, habiéndose reunido los nuestros con las restantes órdenes, para que la injuria fuera más conocida, expulsó a uno de nuestros sacerdotes por la impotencia de su alma con tanta violencia que vomitó copiosa sangre, estando junto a un banco y cayéndose con todo su peso, por su corazón agotado hace tiempo: (se produjo) tanta conmoción por la humillación (del pueblo) de ese hecho tan vergonzoso que numerosos ciudadanos durante mucho tiempo denegaron que la ofrenda habitual sea dada por una Orden muy piadosa, afirmando que ellos fueron castigados con razón con la abstinencia, puesto que se atrevieron no sólo a decir tales cosas con motivo sino actuar en contra de los padres muy amantes de sus almas y defensores de la verdad. Así más allá del propósito de los malvados la heroica virtud de los nuestros al soportar fue más merecedora de un sincero elogio que lo que hubiera podido esperarse en situaciones favorables: después cedió el rencor del demonio a nuestro favor, como suele suceder. El Obispo tucumano Melchor Maldonado, cuando el rumor puso en evidencia estos sucesos, así me escribió desde la ciudad de Santiago en el año 1649, motivo por el cual el nombre de nuestra Compañía continúa con afecto: dijo, *“Me he aflijido con estos hechos en Paraguay muchísimo, pues me parecen bastante lamentables porque presagian con seguridad peligros mayores. He observado cuán injustamente la Compañía de Jesús ha sido conocida y estimada perfectamente por mí a causa de los nuevos poblados y he experimentado cuán útil es para mi comunidad por numerosas experiencias, lamento tomar medidas y lamento que ésta sea considerada por una acusada para quien las leyes de la inocencia favorecen: sin embargo, en cualquier infortunio que os haya arrastrado, oh Padres, me tendréis como compañero y defensor; cambiaré todos mis consejos en aquello (que sea útil) para defender a los inocentes. Borraré con la pluma los ojos de los corazones y haré que se piense que hay más de verdad en mis escritos que en los monjes falsos de los mentirosos. A todas las ciudades sometidas a mi cuidado envió un documento oficial en el que ordeno que todos los escritos difundidos contra la reputación de la Compañía sean anulados y sean callados y quien obrare mal anuncio públicamente que ahora se deberá someter a las penas Eclesiásticas: no obstante controlo todo hecho de tal modo que en mi función parezca querer no irritar sino controlar a los acusados de las órdenes religiosas. Después, cualquier perturbación que se me creara, la minimizaré, pues estimo sobre toda las cosas esa paz sincera; hechos numerosos y graves por un inocente pueden sufrirse; no me dejaré*

*intimidar con una crisis de ningún tipo en un futuro porque la apoyo con ardor no sólo por el mérito de la Compañía sino también por mi afecto hacia ella, dada la circunstancia. También deseo vivamente que los hombres integrantes de la Compañía entera conozcan estos consejos míos y las decisiones certeras de mi espíritu, en especial éstos, por quienes en una reciente oportunidad, como si yo fuera compañero, me afligí al compadecerme.*

Estas afirmaciones (efectuó) el destacado Obispo para afianzar los espíritus de los nuestros, que permanecieron muy firmes entre estos disgustos, a fin de que fuera evidente que ellos no carecían de un apoyo humano sino que estaban protegidos por una cierta fuerza divina para que no estuvieran abatidos. Las frías aguas de los detractores no tuvieron fuerza para extinguir su caridad sino que el calor reflejado se hizo fuerte especialmente a través del perdón, de donde sucedió que más fervientemente suplicaron a Dios y mortificaron sus cuerpos pública y privadamente y satisficieron completamente el nuevo precepto del Señor al distinguir sus enemigos. En Córdoba no pudo ser contenido el fervor de los hermanos sino que en torno a sitios alejados derramó saludables rayos y desde lugares aledaños a la ciudad de nuestras vocaciones siempre estuvieron a disposición. Transcurrido recientemente el trienio todas las pequeñas reducciones de indios de los alrededores y los poblados de los españoles han sido recorridos por dos sacerdotes. En esta tarea se dedicaron 4 ó 5 meses de cada año, jamás sin una elevada recompensa por dicha tarea, pues muchos han sido purificados con éxito del libertinaje y los adulterios han sido elevados del fango, hechos conocidos de los que me abstengo para no provocar una nausea por la similitud de los hechos. Sin embargo, diré que la mayor parte de estos frutos se deben a la preocupación del muy Ilustre y Reverendo Señor F. Melchor Maldonado, quien es muy echado de menos, para que nuestros sacerdotes no dejen de lado su autoridad en sus misiones.

### *Casa de Probación*

Uno de nuestros sacerdotes educa de manera cuidadosa no más de seis novicios destinados al régimen de nuestra Compañía, unos en los estudios, otros en los asuntos domésticos. Todos desarrollaron un trabajo sobresaliente en su éxito y en el fervor de la piedad ya sea en las actividades religiosas domésticas, ya sea en las pruebas habituales de los novicios externos. En el comedor comunitario con los veteranos y en casi toda la residencia a través de un muro contiguo y abierto también emplean objetos separados no sin provecho de unos y otros: los viejos al moderar las pasiones de los novicios con la firmeza de las virtudes y los novicios al animar a los veteranos con su joven fervor. Dos ayudantes de los bienes temporales tienen la dirección de la finca próxima a la ciudad, de cuya producción esta residencia se mantiene<sup>141</sup>.

---

<sup>141</sup> Continúa con los colegios de La Rioja, San Miguel de Tucumán, Santiago del Estero, Santa Fe. Las reducciones del Paraná y Uruguay. En las necrológicas se menciona al padre Pedro Herrera, al hermano Sebastián Rodríguez, a los padres Carlos Arconato, Juan B. Hornos, Claudio Royer, Adrián Formoso, Domingo Martínez y al hermano Juan Cárdenas. Prosigue con el Colegio de Asunción, la misión de itatines y la necrológica del padre Alonso Arias.



## Carta Anua de 1650-1652<sup>142</sup>

### *Cartas Anuas del Paraguay (1650-1652)*

Nuestro muy Reverendo Padre en Cristo.

Como pequeña prueba del afecto mío, y del de toda esta Provincia hacia Vuestra Paternidad voy a referir con toda sinceridad, lo que hace pocos meses he escrito yo difusamente a Europa en lengua española, sobre los trabajos apostólicos de vuestros hijos pertenecientes a esta modesta parte de la Compañía, después de haberlo traducido al más conciso lenguaje del Lacio. Así merecerá (este relato), ser enviado a Roma, capital de la latinidad, y tendrá entrada al escritorio de Vuestra Paternidad, y ser leído por ella. Estas páginas contendrán brevemente lo que por durante tres años se ha hecho y emprendido, y lo prudentemente se juzga tener derecho a perpetua memoria, y a no ser conservado por escrito. Omito muchas cosas, ya referidas en otras ocasiones, y además se trata de una Provincia, en la cual se acostumbra hacer más bien las cosas grandes a la Mayor Gloria de Dios, y no hablar tan profundamente de ellas. Se trata de los hechos de unos varones apostólicos, los cuales se fijan ante todo en que sus nombres figuren en el Libro de la Vida, para una recompensa más sólida; y los cuales tienen poco tiempo para dar cuenta de sus trabajos, ni aún sumariamente, y cuando lo mande la obediencia.

Se cuentan en esta Provincia del Paraguay ciento sesenta y seis sujetos, de los cuales ciento diez son sacerdotes, ocho son escolares, treinta y nueve son hermanos coadjutores, y nueve novicios.

Están ellos repartidos en ocho colegios, en una Casa Noviciado, y en veintidós residencias.

Lo que todos estos sujetos han hecho por la Gloria de Dios en toda esta Provincia y lo

---

<sup>142</sup> Están escritas por el padre provincial Juan Pastor, siendo suscriptas por su secretario Francisco Vázquez de la Mota quien las dirigió al padre general Goswino Nickel. (Biblioteca del Colegio del Salvador, Cartas Anuas, 1650-1652, Estante 11).

que han sufrido, lo repartimos del modo que en primer lugar trataremos de las residencias o pueblos de indios reducidos, pasando en seguida a las excursiones a países de indios bárbaros, a las estaciones misionales erigidas allí; después trataremos de las cosas notables, acaecidas en los Colegios. Al fin referiremos las gravísimas persecuciones que han sufrido aquí los hijos de la Compañía, los cuales han sido probados en toda clase de vejaciones, y por toda clase de gente, para que se manifieste en todo su acabada perfección.

Comienzo aquí con el relato breve de mi viaje de Procurador a Roma, y de mi vuelta a la Provincia con una expedición de nuevos misioneros, después de cinco años de ausencia, el cual ayudará a excitar a los ánimos a sufrir con paciencia cualquier incomodidad. Estaba yo tranquilamente en Córdoba, desempeñando el oficio de Maestro de Novicios y de Instructor de la Tercera Aprobación, cuando en la Congregación Provincial fui, casi con unanimidad de los votos de los Padres, designado a irme a Europa como Procurador de la Provincia a Madrid y Roma, para tratar allí sobre los graves asuntos que se refieren a ella. Me quise excusar del cargo por mi avanzada edad, poca salud, amor a los indios y por preferir una vida más sosegada, siendo además incapaz para desempeñarlo bien; añadiéndose el inconveniente de las actuales circunstancias: de ser obstruido el camino por mar en consecuencia de la rebelión de los portugueses, así que casi todo el viaje tenía que hacerse, desde aquí hasta España, con grande molestia por sierra, pasando por el Perú.

Sin embargo me rendí, en vista de que antiguamente ya me había sacrificado a sufrir cualquier molestia, en caso de que se trate de la Santa Obediencia y la Gloria de Dios. Así no me quedó remedio, sino sujetarme y cumplir con mi deber, y esto yo sólo, teniendo que desempeñar no sólo mi propio cargo, sino también el de mi compañero de viaje destinado por el Provincial, el cual no me alcanzó, ya que estábamos separados por el intervalo de más de doscientas leguas. Así me preparé para la partida, siendo menester ocuparse con menudencia para que no me falte nada en el desamparo de una distancia de seiscientas leguas. Hasta ahora no había habido tanta incomodidad en las expediciones a esta Provincia, ya que siempre tenía el Procurador a su lado a su compañero de oficio, y el camino real a Buenos Aires no era más de cien leguas. Desde allí se iba al Brasil con embarcaciones portuguesas, siendo el viaje corto, fácil y barato hasta España, sin necesidad de preocuparse aquí de carretas y jumentos; allí de arrieros, silla y mulas; embarcar y desembarcar los bultos, acarrear los víveres y otras necesidades de la vida, pagar los impuestos y fletes, y tragar las sinvergüenzas de los empleados del puerto. Cinco meses habían ya pasado, después que se me había encomendado este cargo de la Provincia, y todavía no había llegado mi compañero, y hubo de suplirlo con otro sujeto, el cual, por desgracia, no entendía nada de preparativos para tal viaje, ni tenía aptitud para los otros requisitos que se ofrecían en este su cargo, aunque mostraba buena voluntad. Resultó de eso que durante el viaje y por la intemperie, se han agravado mis zozobras, en especial, porque por la ferocidad de los jumentos, y por lo escabroso del camino, muchas veces se volcaron las carretas y se hicieron pedazos, exponiéndose a peligro nuestra vida. Otras veces se han escapado todos los bueyes; después han sido impuestos los bultos a mulas inútiles, porque no marchamos con más soltura adelante; ya que tuvimos que experimentar que las mulas, escogidas para este fin en Córdoba, eran tercas y reacias: Así me vi obligado a alquilar otras, con doble gasto, y al fin, después de no

haber tenido ninguna ayuda en mi compañero, llegue a Potosí casi exhausto de fuerzas y falta de recursos. Me socorrió allí, tocante a mi salud, el caritativo Rector de aquel colegio, dejando incurable la falta de recursos, por no permitir que no se aceptasen las limosnas que se me ofrecían por los extraños.

Entre tanto llegaron cartas de la Provincia, las cuales daban cuenta de que en la Asunción se atentaba por aquel obispo contra los bienes del Colegio de la Compañía, y contra las reducciones de los indios, encomendada antiguamente al cuidado de la Compañía por Reales Cédulas. Así me vi obligado a implorar la protección Real, y a este fin, me fui a la Real Audiencia de la Plata. Desde allí envié varios decretos de la Real Audiencia a la Provincia, contra los que se atreviesen a desterrar a los nuestros, o a invadir sus competencias. Volví a Potosí, bajando de allí por la ruta ordinaria, aunque árida hasta el puerto de Arica enfermándose mi compañero ya en el comienzo del viaje, tanto que por fuerza tenía que demorarse algunos días. Yo proseguí el viaje a marcha forzada, sirviéndome solo un indio muchacho. Este comenzó un día a pelear con los arrieros que hacían el mismo viaje, y fue gravemente herido, y le asistí hasta llegar a Arica aplicándole las medicinas que pude tener a la mano. Allí en Arica me embarqué con mi compañero, todavía medio enfermo llegando con felicidad a Callao, puerto de Lima. Gracias a la Divina Providencia podía yo, después de tres días, recuperar un gran cofre cargado, al cual había olvidado al desembarcar; además, al salir de Lima me fueron enviados desde Potosí otras cargas menores, pero valiosas, las cuales del mismo modo habían sido olvidadas allí. Estos incidentes ocasionados por la completa incapacidad del compañero, me obligaron a devolverlo a la Provincia animándome a este paso los Padres más graves y experimentados del colegio de Lima. Se enojó por eso, y ya en mi presencia comenzó a hablar disparates de mí, y me dio a la postre ocasión para hacer actos meritorios de paciencia; con esto partí del puerto mientras él comenzó a vivir tan disolutamente, que no quiso volver a su Provincia, como se lo había ordenado, y que los Superiores de la Provincia Peruana tuvieron repetidas veces que encerrarle para impedir su disolución.

Así es, que tuve que arreglarme solo en los preparativos de mi viaje por mar, porque, por una extraña fatalidad, se me enfermó también otro compañero más, que se me había designado como substituto del anterior; se mejoró un poco y pudo embarcarse, pero apenas comenzado el viaje, se enfermó otra vez, así que, hasta llegar a Panamá, todo el peso de los cuidados cargaba solo sobre mis hombros. Por añadidura vinieron nuevas molestias de parte del capitán del buque, con el cual habíamos contratado un camarote reservado para mí y mi compañero; pero él, por avaricia nos obligó a compartir el camarote con un caballero acompañado con su hija soltera, lo que no solo nos causó incomodidad, sino era un atentado contra la modestia religiosa. Más injurioso, y perjudicial a la vez, es lo que al embarcarme en la flota real me sucedió con uno de nuestros sacerdotes capellán marítimo, muy apreciado por el almirante, este se comprometió a guardar todo mi dinero fuera de lo que quería declarar a los oficiales reales. Lo declaró sin embargo todo a ellos, y hubo que pagar 500 ducados de contribución, alcanzando de este modo que no pude ocultar nada para no tener que pagar las excesivas contribuciones. Al fin pude dirigirme a Tierra firme a España. Aquella infidelidad me costó 1500 ducados. La travesía resultó bastante agitada por algunos temporales deshechos, tanto que se rompió un día el gubernalle y estábamos al punto de naufr-

gar. En este trance levanté el Santo Cristo a lo alto, exhortando a todos que se arrepintieran y confesasen sus pecados; y bajé a la mar un Agnus Dei con reliquias de los santos... y escapamos del naufragio. También este capitán de buque no era muy recomendable, ya que por un miserable camarote para mí y mi compañero pidió novecientos ducados, y no cumplió lo convenido. Pues al llegar a Cádiz me hallé enfermo; aquel empero me hizo poco caso; al contrario me hizo sufrir más en mi desamparo, insultándome con cualquier ocasión, y no dejándome desembarcar un día entero; y a mi compañero, el cual había contestado resueltamente a sus atrevimientos, lo asaltó a puntapiés, por cierto poco agradecimiento por los muchos beneficios de nuestra parte prestados tanto a él como a los demás pasajeros.

Me trasladó a Madrid y conseguí del Consejo de Indias todo lo que yo pretendía: es decir, el permiso para llevar treinta nuevos compañeros de España a Paraguay a costa del real erario, en viaje derecho a Buenos Aires. Así esperaba yo poderme librar de las enfermedades que me habían causado un viaje tan largo por tierra y mar, y los dobles cuidados y trabajos.

En seguida emprendí el viaje a Italia pasando a lo largo de la costa de España. Embarqué en Valencia y llegué a Génova, Milán y Loreto, haciendo en voto la última legua a pie. Allí (en Loreto) me entregué de lleno a mi devoción, y proseguí mi viaje para llegar felizmente a Roma, muy poco después de haberse allí concluido la Congregación General de la Compañía, la cual había elegido al Padre General Vicente Carafa. Me recibió este con paternal cariño, y me concedió liberalmente todo lo que solicité en nombre y en bien de mi Provincia. Solo me prohibió quejarme delante del Sumo Pontífice sobre las injurias que hemos sufrido de parte del obispo de la Asunción del Paraguay.

Permanecí dos meses íntegros en la Ciudad Eterna. Poco me atrajo su grandeza y fausto, ni sus grandiosas antigüedades, ni sus construcciones monumentales modernas, ni las cortes de los Cardenales y de otros personajes, sus huertas y villas, ni el mismo Sacro Palacio, y me hubiera quedado hasta sin ver al Papa, mucho más, por ser difícil la entrada a él, cuando el Padre General no me hubiera mandado lo contrario. Pues, fui admitido a besar los pies de Su Santidad, y al homenaje hecho al Vicario de Cristo, y alcancé muchas indulgencias. Al fin salí de Roma. Por desgracia no habían llegado a tiempo a Italia los presentes que yo había traído de mi Provincia propios y ajenos; pues no era posible desembarcarlos luego a mi llegada a España. Así no tenía yo con que promover el fácil despacho de los negocios como lo deseaban los que me los habían encargado. Roma, pues, es una corte santísima, pero de todos modos una corte accesible a los obsequios. Me socorrió, empero, en mi apuro, el Padre General y otros caritativos, en especial el Padre Lorenzo Montmorancy, Asistente de Alemania, el cual de las Provincias (de la Compañía), encomendadas a su cuidado, me procuró diecinueve compañeros (nuevos), de ellos seis Hermanos coadjutores, hábiles en toda clase de oficios mecánicos, y trece sacerdotes de los cuales cuatro ya habían profesado y otros dos muy aptos para la enseñanza superior. Además me concedió el Padre Asistente de Italia diez misioneros, y otros tantos el Asistente de España. Al fin me fui por Livorno y Génova a España, y me encontré en Valencia con el Padre Provincial de Aragón, al cual conocí de antes, y esperaba que sería mi principal apoyo, para que no solo pudiese llevar conmigo a los misioneros ya desti-

nados, sino a otros más de su Provincia. Me engañé, empero, y no conseguí a ni uno solo.

Recibí aquí una carta de mi hermana, monja profesa en el convento de Tortosa, la cual deseaba encontrarme allí, juntamente con mi numerosa parentela. Pensaba yo, si hubiera cumplido estos santos deseos, me habrían pedido al instante lo mismo los demás parientes de la vecindad, como por derecho. He preferido la más edificante forma de viajar, practicada por San Javier, y me contenté con contestar simplemente aquella carta, y me dirigí derecho a Madrid, y después de haber recibido allí los despachos reales seguí adelante a Sevilla. Mientras se preparaba la partida, recibí de mi Provincia cartas y documentos oficiales, en los cuales se referían las inauditas injurias cometidas por el obispo del Paraguay contra la Compañía, y se pedía del Rey Católico protección y remedio. Para este fin volví a Madrid, y logré lo que pedí: Reales Cédulas y decretos de la Santa Inquisición, suficientes para reprimir la audacia desenfadada, con tal que hubiera habido más energía en los oficiales reales del Paraguay, y menos contumacia en el obispo y sus secuaces. Pude volver pronto a Sevilla, y me embarqué con treinta y nueve compañeros, cuando, todavía en el puerto, estalló una atroz tempestad, provocada desde la Asunción, capital del Paraguay, y por su obispo, el cual había fingido muchas calumnias contra los Padres extranjeros de nuestra Compañía, secundándole el Residente del Consejo de Indias. Por mandato de este, prohibió el Presidente de la llamada Casa de Contratación de Sevilla, por público pregonero, que ningún conductor o changador se atreviese a embarcar a un jesuita extranjero, bajo pena de doscientos azotes; y que no los admitiesen los capitanes, bajo graves multas pecuniarias. Acto seguido hizo pasar delante de sí, al fiscal mayor, y el real escribano a todos los jesuitas que estaban para partir a las Indias, para examinarlos. Así se halló que de los que estaban al punto de irse con las expediciones del Paraguay, de Méjico, y de Chile y del Perú, que ochenta y cinco eran extranjeros. Todos ellos se vieron obligados a volver a sus respectivos países y provincias, sin que les valiesen sus encarecidas instancias, a los obsequios ofrecidos. Para urgir con más eficacia esta determinación, extorsionó el Presidente, prevenido por algunos émulos de la Compañía, en nombre del Rey, de los Superiores del Colegio de Cádiz y de la Provincia de Sevilla, el precepto de obediencia, que mandaba lo mismo a cada uno de los Procuradores de las diferentes Provincias ultramarinas.

El que sufrió más con todo esto, era yo, viéndome forzado a enviar a tantos jesuitas, a regiones tan remotas, con muy grandes gastos, sin recursos como estaba yo, cargando, por consiguiente, con deudas a mi pobre Provincia.

Alcanzó a algunos de los instigadores de la persecución el castigo que merecieron, es especial a cierto capitán de navío (almirante de la flota), el cual, al salir del Puerto de Buenos Aires con mucha carga, tuvo que presenciar su total ruina, en espacio de dos horas, quemándose el buque con toda su valiosa carga, y pereciéndose además algunos de la tripulación.

Fracasada así la partida de tantos misioneros, pude, a duras penas, conseguir a un sólo Padre, el cual era capaz para cualquier ministerio, tanto la enseñanza, como para gobernar, y a trece mas entre Hermanos estudiantes y coadjutores<sup>143</sup>, y me embarqué con el dolor que se

---

<sup>143</sup> La lista completa en LEONHARDT SJ, Carlos. *Cartas anuas...* Tomo XIX, p. LIV.

comprende, tanto mayor, porque era inesperado. Tuve, además, el trabajo, de deshacer a muchos bultos grandes, para sacar de allí y devolver las cargas menores de los jesuitas extranjeros en lo cual no pudo faltar que se extraviasen algunos paquetes entre tantas manos, que se metieron con las consiguientes quejas posteriores sobre mí, de parte de las respectivas Provincias. Todo mi culpa, empero, consistió en que no tengo la comprensión y providencia, como la tiene Dios.

Duró el viaje por mar unos dieciocho días, con sus inseparables molestias y peligros sin que se omitiesen en el buque las distribuciones religiosas que se acostumbran en los colegios, como son las oraciones, exámenes, lecturas espirituales, y misa diaria para la comunidad. A la demás gente se predicaba a veces y se explicaba el catecismo. Muchísimas veces pudieron comulgar los nuestros, y a veces también alguna buena gente, que iba con nosotros. Una que otra vez hicimos rogativas públicas, ante todo, cuando, ya en el Río de la Plata, y no lejos del puerto de Buenos Aires, se sentó en un banco de arena el buque, llenándonos a todos con el miedo que se comprende. Pero, por el favor de Dios, y con la habilidad del piloto, salió el buque de la arena, sin haber sufrido notable avería, y llegamos todos con felicidad al puerto deseado, aún los que se habían enfermado gravemente durante el viaje, el 13 de enero de 1648.

Encontré esperando al Padre Provincial, el cual me contó luego el aumento de las tempestades provocadas por el obispo de la Asunción, las cuales dejaban prever aquel cataclismo, el cual sobrevino a la Compañía luego al año siguiente, siendo ella expulsada por aquel, con grandes injusticias, despojada de sus bienes, su casa deteriorada y entregada a las llamas, juntamente con la iglesia, incendiándose en nada menos que veintitrés partes<sup>144</sup>.

[...]

### *El Colegio de Córdoba*

Sirve este colegio, que es a la vez Universidad, para estudios literarios, y aunque son pocos nuestros escolares, sin embargo, se distinguen ellos por su talento y carácter, y dan prueba de sí en los frecuentes actos literarios. Hay tres filósofos y cuatro teólogos, con dos profesores de los nuestros, para la facultad de teología, uno para filosofía, y un profesor de gramática. Generalmente hay también un hermano coadjutor para enseñar las primeras letras. Dirige a todos el Prefecto de Estudios.

Viven en el mismo colegio también los novicios, los cuales son por todos nueve, en este momento en que escribimos esta Carta.

Los Padres que tenían que hacer su Tercera Probación, por nuestra escasez de personal tuvieron que desparramarse en los diferentes ministerios de la Compañía.

Actualmente hay en este colegio, juntamente con los sujetos de las tres estancias, y con los compañeros del Provincial, cuarenta y siete personas, además dos donatos (llaman a los

---

<sup>144</sup> Luego describe las reducciones: San Ignacio del Paraguay y San Ignacio de Yabebirí, Itapúa, Loreto, Apóstoles, San Nicolás, Santa María la Mayor, Candelaria, Santo Tomás, Yapeyú y Mbororé, entre otros.

que libremente, y sin votos, nos sirven, y llevan como distintivo un ropaje oscuro).

Cuidan los Padres de la Congregación de españoles, de la Congregación de estudiantes, y de la de indios y morenos denominada: Cofradía. Las dos últimas tienen por directores suplentes algunos Hermanos escolares nuestros. Estos pasan los domingos por las calles, a la hora determinada, para recoger a todos cuantos hallan, para llevarlos a la explicación de la Palabra de Dios. Así se ejercitan ellos para los futuros ministerios apostólicos.

Hay diecisiete sacerdotes en el colegio de Córdoba, de los cuales siempre uno que otro sirve de párroco en nuestras estancias, ya que son tres, y viven allí más de cuarenta negros y conchabados; además esta la región de Córdoba llena de quintas campestres, hasta una distancia de ocho, diez, veinte y más leguas; las más de las veces pobladas con las familias de la ciudad, y siempre con numerosa servidumbre y con negros. Así es, que nuestros Padres estancieros son llamados muchísimas veces afuera para ejercer los ministerios acostumbrados de la Compañía.

Además, cada año, van dos Padres del colegio por tres meses enteros, y con grandísimas incomodidades, misionando por la región de Córdoba, la cual se extiende a ciento treinta leguas a la redonda, recogiendo una gran cosecha de almas. Es verdad que por los campos haya también algunos sacerdotes clérigos, encargados con parroquias; pero muchas veces son demasiado interesados de su propio provecho, haciendo poco caso de las almas a ellos encomendadas.

Estos nuestros sacerdotes misioneros, campestres, los ocupados allí temporalmente o constantemente, son muy aficionados a esta clase de trabajos apostólicos, porque casi tocan con la mano la presencia y asistencia de Dios, y porque les es tan apreciada aquella gente humilde y despreciada de conchabados y negros, los cuales ven en ellos sus padres, y enviados de Dios.

Mencionaré solo unos pocos casos interesantes, para que se tenga una idea de esta clase de trabajos. Fue llamado un día el Padre estanciero, para confesar a un enfermo. Al volver, por una rara casualidad y seguramente por especial disposición de Dios, perdió el camino, encontrando al fin a un español, el cual le avisó de su equivocación, preguntándole como había venido acá. Contestó el Padre: Viniendo de una confesión. Entonces aquel individuo fue tocado por la gracia de Dios, y lleno de dolor y arrepentimiento, preguntó al Padre: Si sería capaz a oír en confesión también a él. Como no! dijo el Padre, y continuó aquel: Pero son muchas mis barbaridades. Cómo me puede dar la absolución?. La daré, dijo el Padre, si te confiesas bien. Después de progresados algunos pasos, comenzó a llorar el hombre y, apeándose los dos, echose el hombre a los pies del sacerdote, confiándole los secretos del corazón, y, sacando al viejo Adán, fue trocado en hijo de Dios. Pues, si el Padre no hubiese perdido el camino, aquel individuo hubiera seguido en sus malos pasos; por lo cual se puede decir bien al caso: “No hay mal que por bien no venga”.

Un día, cuando nuestros misioneros habían venido a una villoría bastante grande, encontraron allí a un hombre, el cual por miedo y vergüenza, ya por muchos años, había llamado sacrílegamente un pecado muy grande. Estaba ya por perderse eternamente por desesperación, cuando uno de los Padres, aunque no conocía a aquel hombre, seguramente por

inspiración de Dios, le saludó abrazándole cariñosamente, hablándole de la misericordia de Dios, y animándolo a una buena confesión. Se confesó aquel y alcanzó la gracia de Dios.

Dos hermanos carnales vivían en gran discordia, tanto que ya varias veces quiso matar el uno al otro. Hasta la suprema autoridad eclesiástica y civil de esta provincia, es decir: el Ilustrísimo Señor obispo y el Señor gobernador, no habían dejado piedra por mover, para que estos dos infelices se dejasen de su encarnizado odio. Todo inútil. Estaban a la sazón en su estancia, cuando pasaron por allí nuestros misioneros. Como era su deber, les hablaban del mutuo perdón. Uno de los Padres era muy joven, y esta era la primera vez que iba a misionar, y por esto, con mayor fervor, trataba de ablandar a los dos, esperando en la ayuda de Dios. Como por casualidad se encontraron los dos en un mismo sitio. Sabiéndolo la gente, se juntó por curiosidad para ver que sesgo tomaría la cosa. Pues, viéndose los dos frente a frente, cayeron de rodillas, pidiéndose perdón, uno al otro. Había desaparecido por completo el odio, y se amaban en adelante como hermanos.

Oigamos ahora algo del Colegio! Afligió, el año pasado, la peste a todas estas provincias, de tal modo, que especialmente de los indios y morenos murió tercera parte de una viuela muy fuerte.

Deslizó la enfermedad a los pobres de suerte, que al levantar los brazos a los niños difuntos, se soltaron del cuerpo. El olor de los enfermos era intolerable, tanto que vino el desmayo a los sanos que se acercaban. Ordenó al Señor obispo rogativas públicas, para aplacar la ira de Dios. Para preparar a esto los ánimos, organizaron los nuestros, con aprobación del obispo, funciones diurnas delante el Santísimo expuesto, y penitencias al caer la tarde. Muchos se acercaron a los santos sacramentos.

Se avisó desde el púlpito, que vinieran una hora después de haberse puesto el sol, para una función extraordinaria en honor de la Inmaculada delante de su hermosa imagen. Les gustó tanto este arbitrio que apenas pudieron esperar la entrada del sol. Casi toda la ciudad se conmovió, y apenas había hombre o mujer, que no acudiera a nuestra iglesia. Mientras tanto se pusieron en orden nuestros niños, que aprenden las primeras letras en el colegio, los cuales tenían que representar algunos misterios de la Sagrada Pasión, y que llevar en las manos las insignias de ella, y a la cofradía de los indios y morenos, predicó desde el púlpito uno de los Padres a la casi infinita multitud de habitantes, la cual no sólo llenó la iglesia, sino también el vestíbulo, la plaza y calles vecinas, deshaciéndose todos en lágrimas. Pero quedaron duros los corazones de los personajes principales, a los cuales se dirigió expresamente el predicador, ni quisieron dejarse de su mutua discordia. Después del sermón siguió la procesión de penitencia, siendo los congregantes marianos, los personajes más distinguidos de la ciudad, los primeros, en poner a sus hombros las andas, que llevaban a la Virgen. He aquí que se presentó toda la comunidad de los Padres del seráfico San Francisco, con su guardián a la cabeza, para llevar las andas de la Virgen, cuyas alabanzas saben ensalzar tan bien y doctamente en sus escritos.

Pasó la procesión por las principales calles de la ciudad, haciendo estación en todas las iglesias. Durante ella muchos se azotaron hasta la sangre mientras los demás derramaron lágrimas de penitencia. Pero, ya que no se compusieron las discordias en la ciudad, tampoco cesó la peste, haciendo por meses enteros, cada día muchas víctimas.



Prestaron los servicios de caridad los nuestros a los enfermos, tanto que llegó el caso de que los mismos profesores de filosofía y teología abandonaron sus cátedras, para practicar de hecho los ministerios acostumbrados de nuestro Instituto. Sirvió de socorro universal nuestro colegio de Córdoba, siendo que nuestro Hermano boticario apenas pudo descansar un rato, porque el Padre Rector había ordenado que no sólo se diesen víveres de balde, sino también todas las medicinas necesarias, además ropa, colchones, frazadas en abundancia.

El barrio de los indios cerca de la ciudad pereció casi por completo por la peste, quedando algunos sin abrigo al aire libre; por lo tanto mandó recogerlos en nuestra casa y cuidar y curarlos con la caridad que se acostumbra. Todos nuestros sacerdotes pasaron muchas noches sin dormir, acudiendo a los enfermos a todas partes, auxiliándolos. No se detuvieron en casa, sino salieron por la vecindad hasta los valles apartados, y los montes, preparando con los sacramentos de la iglesia a muchos para el viaje a la eternidad.

Sucedió con tal ocasión, que uno de los Padres había acabado a confesar a una india moribunda. Quiso marcharse a otro enfermo, cuando por casualidad tocó la frazada harapienta de la india, oyendo un vagido. Preguntó que significaba esto, y encontró una criatura medio muerta, tocada por la peste en consecuencia de la leche infectada de la madre, siendo ella tan dejada que ni siquiera había avisado de esto al Padre, poniendo en peligro la eterna salvación de su criatura recién nacida, por no haber sido bautizada. Inmediatamente bautizó el Padre a la criatura, muriendo ella luego, salvándose así por especial Providencia de Dios.

Cierto día salió un cuervo manso de nuestra casa a la estancia de un español para ocasionar la conversión de una mala mujer. Esta era una negra, y no había cumplido por la Pascua. Muy dura en sus vicios, hasta se burlaba de los demás, cuando la aconsejaban. A distancia de más de tres leguas, en nuestra estancia, había un indio, el cual criaba al cuervo manso, el cual no hacía daño a nadie, y no se apartaba del lado del indio. De repente vuela alto, y se dirige a la casería, donde estaba aquella infeliz mujer, y no haciendo caso de los demás, asalta a la mujer con sus garras y a picazos, quedando todos admirados, y saliendo uno por uno de la casa.

Descansa un rato el cuervo, y quiso salir también aquella mujer, cuando comenzó a graznar el cuervo y asaltarla de nuevo para desgarrarla.

Este extraño acontecimiento hizo pensar a la mujer, y resolvió a confesarse con uno de nuestros Padres, que había pasado por allá. Lo curioso del caso era, que, habiendo cumplido el cuervo con su oficio de policía de la divina justicia, voló a su antigua casa.

Omito otros muchos casos, para ser breve. Sólo quisiera yo añadir que por nuestro empeño sucedió que esta peste, tan fatal para la salud temporal, ha sido, al fin y al cabo, muy provechosa para la salud de las almas, lo mismo que para el buen nombre de la Compañía. En general se puede decir, que todos los sujetos de este colegio, son religiosos muy edificantes. Lo ha sido, en alto grado, el finado Hermano coadjutor Juan Alvares<sup>145</sup>, el cual alcanzó

---

<sup>145</sup> El año de su nacimiento es el de 1623, ingresando a la Compañía de Jesús en 1640 y falleciendo en Córdoba el 16 de setiembre de 1649 (STORNI SJ, Hugo, p. 10).

26 años de edad, y 10 en la Compañía. Había nacido en la diócesis de Oporto de Portugal, y fue admitido a la Compañía en la misma nave, al volver el Padre Procurador a Roma, Francisco Díaz Taño, de Portugal acá. Ya en el noviciado se vio que el Hermano era como hecho adrede para la Compañía; siendo el siempre alegre, muy modesto y obediente, muy servicial, muy sacrificado y mortificado, siempre inclinado a los oficios más bajos y humildes, muy áspero consigo mismo, haciendo penitencias que superaban sus fuerzas, muy querido por los de la casa y los de afuera, sacando a risa, cuando un comerciante le había engañado. No se le veía nunca alterado de impaciencia, ni por los frecuentes huéspedes, ni por las importunidades de los nuestros. Pues, el colegio de Santiago del Estero, donde servía de cocinero, despensero y subministro, es muy frecuentado, por pasar por allí el camino a varios colegios de esta Provincia y al Perú.

Hasta en su última enfermedad no tenía pretensiones y gozaba de la pobreza y del abandono, no queriendo ninguna excepción para sí y haciéndose útil todavía, relegado a la enfermedad. Quebrantado ya de fuerzas, obedeció a su llamado a Córdoba, siendo su último sacrificio el abandonar por mandado sus acostumbradas mortificaciones. Se arrastró todavía dos años, consumiéndose por la tisis. En este tiempo se promulgó el decreto de la octava Congregación General<sup>146</sup>, y el rescripto de nuestro Padre General Vicente Carrafa, de santo memorial, el cual prohibió el uso del bonete clerical a los Hermanos coadjutores, y al instante lo dejó; aunque no le tocaba todavía esta disposición. Por lo demás, era muy respetuoso para con los sacerdotes, callando en su presencia. Durante su larga enfermedad no quiso ser molesto a nadie. Era muy recogido en Dios siendo muy piadoso, cuando sano, y muy conforme con la voluntad de Dios, cuando enfermo.

Pocos días antes de expirar hizo una confesión general de toda su vida, pudiendo admirar su padre espiritual su inocencia a la manera de San Juan, y su extremada delicadeza de conciencia. Recibido el santo Viático, y la Extrema Unción, entró en agonía, y murió el 18 de Setiembre de 1649.

Dos años después, se fue a la eternidad en el mismo colegio el Padre Francisco Vázquez Trujillo, natural del presidio Julio, llamado vulgarmente Trujillo, en España. Le guardó la Divina Providencia para cosas mayores, cuando él tenía solo tres años de edad, pues, había caído al río y fue llevado por la corriente, sin que se ahogara. Después de un rato, salió el solo, riéndose, a la orilla.

A la edad de doce años fue llevado al Perú, para que allí estudiara la carrera eclesiástica, a ejemplo de otros parientes suyos. Fue admitido al Real Colegio de San Martín, donde se distinguió en virtud y letras, por lo cual no hubo dificultad para que el Padre Provincial Juan Atienza despachara favorable su solicitud de ser admitido a la Compañía. Por supuesto, hubo gran alboroto de parte de sus parientes, no haciendo caso de ellos y de sus esperanzas mundanas nuestro Francisco. Ya en el noviciado se pudo pronosticar la altura de

---

<sup>146</sup> La octava Congregación provincial recién se realizó en noviembre de 1657, siendo provincial el padre Francisco Vázquez de la Mota. En la oportunidad se eligió procurador al padre Francisco Díaz Taño por entonces rector del Colegio de Asunción.

virtud que alcanzó en su avanzada edad de ochenta años. Siguió después su formación literaria, defendiendo las tesis de Filosofía y Teología en un Acto Público, bajo la presidencia del Padre Menachio. Enseñando después Filosofía, fue enviado por los superiores al Reino de Chile, donde quedó catorce años con los oficios de ministro y rector del colegio de Chile. Hizo allí su profesión, y fue destinado por el Padre General al cargo de Socio del Provincial. Mientras tanto predicaba incansablemente, y oía confesión a los penitentes.

Fue después Rector de este colegio (de Córdoba), y después otra vez Socio, Rector del colegio de Buenos Aires, y fue elegido en la Congregación Provincial Procurador a Roma. Allí fue recibido en audiencia muy benignamente por el Sumo Pontífice Gregorio XV, con que ocasión el Papa alabó a esta Provincia con las siguientes palabras: “Vosotros sois la gloria de toda la Compañía”. Contestó el Padre: “Más bien de toda la Iglesia, Beatísimo Padre”. Dijo el Santo Padre: “Así es”.

Volvió a la Provincia, acompañado por una gran expedición de nuestros misioneros, y en adelante, casi hasta el fin de su vida, siempre tuvo cargos de gobierno, con gran contento de todos, especialmente en el tiempo de su Provincialato.

Ya por cuarenta años enteros había sido superior, cuando al fin consiguió por sus ruegos ser librado de todo cargo. Durante todo el tiempo, en que gobernaba a otros, fue siempre adelante, enseñando la virtud por su ejemplo.

A la edad de ochenta años le abandonaron las fuerzas, para ejercer los sagrados ministerios, pero no, para ejercer buenas obras, preparándose un año entero a bien morir, deseando con toda su alma, irse pronto al cielo, murió el 24 de Agosto del año pasado (1651). Expiró, como para dormir, quedando su rostro como reluciente de hermosura. Asistió a sus funerales el Ilustrísimo Señor Obispo, todas las comunidades religiosas, y todo lo más grande de la sociedad juntamente con la autoridad civil, glorificándolo de este modo, Dios ya en este mundo, reservándole más para la eternidad.

Era un perfecto religioso, y desde su mocedad de una gran prudencia, y singular modestia, la cual le preservó en la inocencia bautismal, añadiendo él grandes austeridades corporales, siguiendo esta práctica hasta su avanzada edad. Era tan amante de la santa pobreza, que saliendo de su cargo de Provincial a Rector, a Procurador a Roma, no quedaba nunca con cosa para sí, ni reliquias, estampas, libros, ni otra cosa de curiosidad o valor. La obediencia que exigió como superior con perfección, la practicó perfectísimamente como súbdito. Era, al fin, lleno de caridad para con Dios y el prójimo, sacándola de sus prácticas de piedad. Muriendo nos dejó con gran sentimiento y gran edificación<sup>147</sup>.

---

<sup>147</sup> Continúa con el colegio de Buenos Aires y la necrológica del hermano Bernardo Rodríguez, el colegio de Santa Fe y luego una breve mención de los colegios de la Rioja, Salta y Tucumán. Finalmente aparece una descripción del colegio de Asunción.

## Carta Anua de 1652-1654<sup>148</sup>

### *Cartas Anuas de la Provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús desde el año 1652 hasta el de 1654*

Casi la última, según el orden, pero de ninguna manera según su importancia y mérito, envía la provincia del Paraguay a Roma el relato de lo que ha hecho durante un bienio para la gloria de Dios, para el aumento y decoro de la fe romana, y para el acrecentamiento de los tesoros de méritos de vuestra paternidad, es decir, de la universal Compañía, que está a su cargo. Sacamos estas noticias en extracto de lo que se ha escrito primero en lengua española, refiriendo primero lo hecho en los 8 colegios, y en la Casa de Probación, después el incansable trabajo y celo apostólico, desplegado en las 22 residencias misionales.

Hay en esta provincia por todo 168 sujetos, entre los cuales 5 son novicios, 45 hermanos coadjutores, y 9 hermanos escolares; y los demás son sacerdotes<sup>149</sup>.

[...]

### *El Colegio de Córdoba*

No menos de ochenta leguas dista del colegio de Santiago del Estero el de Córdoba. Como punto central se halla aquel del Noviciado de la Provincia, la Universidad literaria, siendo formados aquí nuestros jóvenes desde la gramática y retórica hasta las cumbres de la filosofía y teología. Acabados los estudios y la formación religiosa, salen para practicar lo aprendido por los ministerios de la Compañía en cualquier parte de la Provincia. Cincuenta sujetos viven en este colegio, contándose mis socios y a los que moran en las estancias. Novicios hay seis, esco-

<sup>148</sup> Contiene 45 folios escritos por el padre provincial Laureano Sobrino quien la dirige al general Goswio Nickel. Hace referencia a que esta carta es un extracto de las anuas escritas en castellano, de las que se desconoce su paradero, como las de 1655-1657 que seguirían a éstas (Biblioteca del Colegio del Salvador, Cartas Anuas, 1652-1654, Estante 11).

<sup>149</sup> Luego de esta breve introducción sigue un capítulo que describe lo acontecido en el Colegio de Salta, después en la misión del Chaco, la misión de los calchaquíes, el colegio de Tucumán, las necrológicas de los padres Marco Falcón y Pedro Álvarez, el colegio de Santiago del Estero y las necrológicas de los padres Antonio Macera y Miguel de Ampuero.

lares nueve, Hermanos coadjutores diez y seis, sacerdotes diecinueve; todos buenos y fervorosos religiosos, aspirando a los mejores dones de Cristo. Se perfeccionan por la oración y penitencia, y salen con frecuencia por la vasta región de esta ciudad, visitando diligentemente a los enfermos, y asistiendo a los moribundos, y buscando las almas descarriadas por los vicios.

Para que se conozca al león por las uñas, descenderá a algunas particularidades. Un día fue llamado uno de nuestros sacerdotes a confesar a un indio enfermo. Por una feliz equivocación perdió el camino, y se encontró con una española tan afligida, que su congoja se manifestó por su palidez y su temblor.

Preguntada por la causa de su tristeza, manifestó que estaba embarazada, siendo de buena familia y soltera.

Habiendo tomado varias veces remedios para hacer abortar la criatura, sin alcanzar su intento, y ahora su desesperación había alcanzado tal grado que pensaba suicidarse, colgándose de una cuerda. Le habló tranquilamente el sacerdote, para quitarle la idea de matarse de un modo tan infame. Le animó con mansedumbre, para que, en lugar de pensar en infanticidio y suicidio, compusiese su conciencia y procurase volver a la gracia de Dios. Lo hizo luego después, con tan grande dolor y arrepentimiento por los crímenes cometidos e intencionados, que ya no temía la infamia, sino deseaba la muerte para no ofender más a Dios, y hacer penitencia mientras vivía para satisfacer a la infamia causada a su familia. Oyó Dios los clamores de la penitente, le perdonó, y la libró de todas malas consecuencias.

Había una india, la cual, cuando todavía era niña, había perdido la virginidad por culpa de una persona eclesiástica, quedando ella embarazada, sin poder ya ocultar su estado. Temía mucho la niña a su madre piadosa y honrada, e hizo lo posible para que aquella no descubriese lo que había. Ya cerca de dar a luz, se alejó a un valle solitario, y después de nacer la criatura, la mató con una crueldad más grande que la de un tigre, siendo ella doblemente asesina, ya que la criatura no alcanzó bautismo. Hecha la doble barbaridad se propuso no confesarlo nunca, seducida por una vergüenza sacrílega. Así lo hizo por veinte años enteros, aunque muchas veces se acercaba a los sacramentos, no obstante de los muy frecuentes remordimientos de conciencia. Cayó al fin enferma, y acordándose de sus crímenes, y agitada por el demonio, se desesperó, para morir así, y condenarse eternamente.

Estando ella en esta condición, se acercó por una rara coincidencia, y misericordiosa disposición de Dios, uno de nuestros sacerdotes, el cual logró hacerla confesarse de toda su vida, y vestirse de nuevo con el vestido de la divina gracia. Hecho lo cual, voló, como se puede suponer, al banquete celestial.

Muy diferente ha sido el caso con un indio recién llegado de otra parte, el cual, en compañía de su amo, frecuentaba nuestro colegio. Varias veces le había aconsejado nuestro Hermano portero, que procurase la salvación de su alma, haciendo buena confesión, en especial porque se decía que aquel individuo estaba muy enredado en relaciones ilícitas. No hizo caso aquel de los avisos, difiriendo a después la penitencia. Un día antes de partir con su amo había oído otra vez el consejo de siempre, y otra vez no hizo caso. La misma noche quiso escalar la casa, donde la autoridad civil había encerrado a aquella mala mujer, con la cual estaba en relaciones. Atropelló al guardián de la casa, que le quería rechazar. Se equi-

vocó por la oscuridad de la noche, obcecado por la pasión y se traspasó por su propia lanza. Suceden muchos casos de esta clase. El más grande provecho espiritual se saca, del dilatado campo de Córdoba, adonde cada año se dirigen los Padres, recorriendo a una distancia de 130 leguas. Con tal ocasión se suelen componer muchas discordias, y vuelve la paz y concordia a las familias. Se deshacen muchas relaciones ilícitas, convirtiéndose algunos en matrimonios legítimos. El año pasado han sido instruidas en los elementos de la religión cristiana muchas mujeres indias, antiguamente bautizadas, pero, en consecuencia de su trato con infieles, muy ignorantes en las cosas de religión, y, por sus costumbres, muy semejantes a infieles y a los mismos brutos. Muchas de ellas tenían ya cerca de 100 años. Una vieja de más de 100 años estaba todavía para ser bautizada, e instruida con las demás en el catecismo. Era ya ciega de cuerpo, pero se la iluminó con la luz divina. Todas se confesaron, por medio de intérprete, de los pecados de toda la vida. Es de esperar, que estas almas llamadas a la hora undécima, tendrán todavía el denario de la eterna recompensa.

Tiene envidia el demonio, e instiga a algunos individuos, para que le ayuden a hostilizar a sus contrarios. Se sirve para este fin de algunos españoles, cristianos solo de nombre, olvidados de su propia salvación y de la de los suyos, llenos de codicia, y de corrupción. Estos alejaban la gente de los Padres, levantando falsos testimonios contra ellos, denigrando a más no poder, a la Compañía y a sus ministerios. Opusieron los Padres a todo eso de resignación y buen ánimo, sintiendo únicamente que los indios y los esclavos de aquellos malévolos quedasen privados de los buenos servicios de los Padres.

Murió uno de los misioneros el 9 de Abril de 1653. Era el Padre Antonio Serra<sup>150</sup>, natural de Monzón en Aragón, de 28 años de edad, de muy ilustre familia, ya desde niño de muy maduro juicio. Esto se mostró varias veces, al quererle seducir algunas mujeres sin vergüenza, atraídas por el buen parecer del niño. Por haber sabido guardar su inocencia, alcanzó la gracia de la vocación a la Compañía, donde entró a los 18 años de edad. Era un novicio ejemplar, muy servicial para con los otros, austero consigo mismo, de mucho celo de las almas, y tan agradecido a la Compañía, que le consagró su valiosa herencia. Era muy humilde y abnegado, por lo cual pidió y alcanzó ser destinado a esta Provincia, a la cual llegó hace seis años a esta parte. Tuvo que interrumpir los estudios por su poca salud y enseñó gramática a los niños por dos años. Ordenado de sacerdote, era primer prefecto de la cofradía de morenos, siendo muy querido durante estas ocupaciones, en especial por los pobres negros, a los cuales trató con cariño, y les ayudó en todo, defendiéndolos contra los agravios, y no temiendo en esta tarea los enojos y amenazas de los poderosos, resistiéndoles con heroica energía cuando convenía.

En su ministerio apostólico no conocía obstáculos. Así, llamado un día a un moribundo, se le obstruyó el camino, habiéndose hinchado mucho el río por las lluvias. Ya estaba para pasar a nado, cuando se lo prohibió su compañero, deteniéndole por fuerza.

---

<sup>150</sup> Su fecha de nacimiento es el 29 de mayo de 1625. Ingresó a la Compañía de Jesús de Aragón en 1644, viajando a las Indias y arribando a Buenos Aires en el verano de 1648. Pasó a Córdoba, donde murió el 9 de abril de 1653 (STORNI SJ, Hugo, p. 268).

Era muy constante en su vocación, resistiendo valerosamente a ciertas provocaciones de parte de personas de alta posición, pero de bajo carácter.

Acabó pronto la vida, lleno ya de virtud y méritos. Murió en la Semana Santa de 1653.

Le siguió a la gloria después de 4 meses, el Padre Francisco Giattino<sup>151</sup>, natural de Sicilia; profeso de cuatro votos alcanzando cerca de setenta años, de los cuales había vivido en la Compañía cerca de cincuenta y cuatro. Había entrado en ella, estando en su patria, descendiente de una ilustre y rica familia, siguiéndole en la vocación, a sus consejos su hermano menor, y hasta su padre anciano, abogado real en aquella isla. Así sucedió, que los tres juntos, aunque no a un mismo tiempo, hicieron a la Compañía heredera de su considerable fortuna, constando ella de más de 100.000 ducados, cedidos en favor del Colegio Romano. Los hijos siguieron la carrera literaria y fueron ordenados de sacerdotes; a su padre nunca se pudo persuadir para lo mismo aunque era muy letrado queriendo contentarse con el grado de Hermano coadjutor. A nuestro Francisco pareció para el trabajo que le esperaba en Europa, asemejándose en esto a Alejandro de Macedonia, y así con autorización de parte del Padre General, se fue, para decirlo así, al descubrimiento de nuevos mundos, caminando de Sicilia a Roma, de allí por toda Italia, por Ginebra y Francia, a España y Portugal, partiendo de Lisboa a África, siendo por algunos años misionero en Angola y del Congo, en circunstancias muy angustiosas, y con peligro de vida, pero siempre muy animado, sabiendo imponerse a los negros feroces, siendo el confesor de la reina de aquellas tierras, y su director espiritual hasta su muerte. Desde Afrecha se trasladó al Brasil, donde en vano pretendió dominar la lengua de los bárbaros, contentándose con enseñar la teología moral en latín y a predicar en portugueses, y esto con general aplauso, hasta que sabiendo de la abundante cosecha espiritual de esta Provincia, pidió y consiguió, hace quince años a esta parte, ser trasladado a ella. Apenas llegado al puerto de Buenos Aires, comenzó a misionar por los alrededores de aquella ciudad, por las quintas y estancias, por las aldeas y rancherías, correspondiendo el fruto al trabajo. Con muy buena gana se ocupaba siempre con lo mas humilde y pesado, hasta con enseñar las primeras letras a los pequeños, y cuidando de la cofradía de los negros, siendo muy pronto para oír las confesiones, y para visitar a los enfermos, como para predicar en el púlpito, donde se distinguió por su doctrina sólida, y elegancia de la forma; por lo cual atrajo mucho a los curiosos y estudiosos. Era el protector de los pobres y miserables, ante todo de los indios y morenos, repartiendo entre ellos profusamente los regalillos enviados a él para este fin de Europa e Italia, y para que tuviese siempre abundancia de estos objetos de devoción, él mismo, con sus propias manos, los fabricaba.

Se distinguió por muchas virtudes, pero en especial por dos: Si faltó en algo, aunque inocentemente, no supo juntar a su acostumbrada sencillez de paloma, la prudencia serpentina, teniendo a todos tan sinceros como era el mismo, y no sospechando astucia, donde la había patentemente.

---

<sup>151</sup> Nació en Palermo el 3 de octubre de 1583, ingresando a la Orden en Sicilia en 1601. Volvió a su pueblo natal donde profesó sus últimos votos en 1621. Arribó a Buenos Aires a fines del mes de noviembre de 1640 y murió en Córdoba el 12 de agosto de 1653 (STORNI SJ, Hugo, p. 117).

Así sucedió que se causó grandes disgustos, sin que estos le hiciesen caer de ánimo. De allí le vinieron en los últimos años angustias de corazón, desfalleciendo de fuerzas, y, al fin, la misma muerte. Al acercarse ésta, para que no se sospechase en él, grave culpa en los disgustos pasados, declaró sinceramente, a consejo de los prudentes, y confirmando con juramento delante de Dios y sus Santos, que desde que había entrado, hace 54 años, a la Compañía, nunca había cometido pecado mortal, ni de pensamiento, ni de palabra, ni de obra.

Se sobrevino el mal de muerte estando en el campo, en la estancia de la Compañía, adonde algunos meses antes le habían enviado los Superiores para que sirviese de capellán de los Hermanos y de la gente trabajadora ocupada en ella y que eran cerca de 200 almas. Logró ser trasladado al colegio, donde, recibidos los últimos sacramentos se fue al cielo el 12 de agosto, de 69 años de edad.

El mismo año se perfeccionó también el estado temporal de este colegio, por haber salido felizmente de sus deudas. Además está la estancia más cercana de la ciudad en tan próspero estado, que pronto bastará, para proveer a todos los sujetos con el necesario sustento, y vestido, y para sacar los recursos para la fábrica del templo y los ornamentos sagrados, para la reparación de los demás edificios, y otras necesidades. Ahora, al fin, pudo comprarse una buena custodia para la exposición del Santísimo, por valor de 1.000 ducados. Es de plata dorada de un exquisito gusto artístico. Se compró, además, para el noviciado una cruz grande del mismo metal labrado, engastada de insignes reliquias, es decir: una partícula de la Santa Cruz, del tamaño de un dedo, y además un pequeño dedo incorrupto de uno de los Santos Inocentes, una espina de la corona de Cristo, y, por fin, un pedacito del velo de la Santísima Virgen. Se compró esta cruz en Lima, por 1.100 ducados, habiendo traído las reliquias el venerable Padre Antonio Ruiz de Montoya, al cual se las regalaron, como señales de especial amor y veneración, algunos miembros distinguidos de la real familia de España.

Una todavía mayor señal de su amor a Dios dio, hace unos cinco años, el recién hace pocos meses muerto en este colegio Antonio Ordóñez<sup>152</sup>, antes coadjutor de la Compañía, y después de su salida de ella donado, como se llaman aquellos, que nos sirven sin votos, en vestido negro. Este ex religioso se portó como un perfecto religioso por su fervor, en adelantar en virtud y perfección, siendo el siempre la edificación de todos.

Era natural de Molina en España, de buenos padres, de los cuales fue privado en los años de su mocedad, conservándole, sin embargo, en su buen juicio y pureza de costumbres. Así llegó al Perú siendo comerciante, hasta los 22 años de edad. Encomendó mucho sus asuntos a Dios, el cual le ilustró de tal manera que comenzó a aspirar los bienes eternos. Abandonó su fortuna en favor de las almas del purgatorio, fundando con los intereses misas perpetuas, que se debían celebrar en la catedral de Lima. Así siguió desnudo a Cristo, desnudo en la Compañía, haciéndose Hermano coadjutor. Le pareció que sufría bastante en la

---

<sup>152</sup> El año de su nacimiento es el de 1605 y el de su ingreso a la Orden en Perú en 1627. Dos años después se traslada a la provincia del Paraguay y profesa sus últimos votos en 1641 en Córdoba, donde renuncia en 1651 y muere el 16 de julio de 1654 (STORNI SJ, Hugo, p. 205)



Provincia del Perú, por lo cual pidió ser trasladado a la nuestra, que era mucho más pobre. Fuese por mar a Chile, y sin servirse de mulas, aunque se le ofrecía este servicio, a pie atravesó aquella tierra y las empinadas cordilleras llegando, medio muerto de cansancio a Mendoza. Apenas recuperadas las fuerzas, caminó a pie, por 100 leguas, hasta Córdoba, dejando maravillados a todos los religiosos y seglares, compañeros de aquel viaje, por su buen genio y piedad. Se portó siempre muy bien en este nuestro colegio, coronando su virtud después de tres años, es decir, poco antes de morir, por lo que voy a decir:

Por casualidad se halló un día, después de cenar, entre los Hermanos escolares, cuando uno de ellos, sin darse cuenta del alcance de sus palabras, comenzó a hablar de los impedimentos, que anulan los votos hechos en la Compañía. Entre esto descubrió Antonio una obligación que tenía antes de entrar a la Compañía, y no declarada al pedir ser admitido en ella, por parecerle de poca monta. Quedó perplejo; pero todavía no creyó deber avisar de esto a los superiores, cuando otra vez, y una tercera vez, de seguro por una especial disposición de Dios en favor de la Compañía, se conversaba de la misma materia. Entonces pasó aquel, como otras muchas veces, toda la noche orando al pie de la cruz, para saber qué hacer. Apenas se había levantado, cuando encontró a uno de nuestros Padres, muy piadoso y docto, y le consultó del caso, del modo, como si se tratara de otra persona. Oyó la contestación, que era obligación grave para aquel religioso, manifestar a su Superior el impedimento dirimente. A pesar suyo, halló ser verdad esto, y al instante se fue al Superior, le manifestó el asunto y le rogó, que se interpusiese delante del Padre General (para alcanzar dispensa). Se hizo así, pero sin efecto, mandando el Padre General su dimisión de la Compañía, lo cual se ejecutó el 26 de Marzo de 1652, 24 años después de haber entrado a la Compañía, y 10 años después de sus últimos votos. A todos saltaron las lágrimas de dolor con esta ocasión. Sólo él mismo guardó su serenidad, ya que se había resuelto a que hacer en adelante. Dijo: Entré a la Compañía para servir a Dios. Siendo la voluntad que lo mismo haga fuera de ella, lo haré.

Al otro día, cuando todos estaban reunidos en recreo después de comer, vino también nuestro Antonio, en adelante más nuestro que nunca, y se echó de hinojos delante del Superior, y, bajando la vista al cielo, y elevando su espíritu a Dios, dijo: Ya que mis pecados me privan de servir a Dios en compañía de tantos ángeles, pido el permiso de poderle servir como esclavo.

Se obligó con juramento a ser donado, dejando pasmados a todos, y es de creer que Dios y el cielo miró este sacrificio con mayor complacencia. Siguió viviendo de la misma manera como antes, en ropa oscura, siempre humilde y piadoso, buscando, estando todavía en religión, y fuera de ella, siempre los servicios más bajos, la ropa más usada, la vivienda más estrecha, siendo esta última más bien una cueva, de 12 pies de largo, y 6 de ancho, llenando el además este reducido espacio con mil cosillas del uso común, sirviéndose de ropa deshecha y de ajuares que ya no servían a otros. Dormía al suelo, sin ropa de cama, las más de las veces usando siempre el cilicio, y flagelándose cada día cruelmente. Ayunaba muchas veces a pan y agua. Tenía deseo de sufrir, y refrenaba con energía los ímpetus de la naturaleza; siendo inclinado a la ira, y habiendo faltado precipitadamente por ella, luego pidió per-

dón de rodillas, aunque los ofendidos fuesen de la plebe y de los esclavos. Era tan inclinado a los ejercicios de piedad, que no se contentaba con las horas de oración, prescritas por la Compañía, sino pasaba en ella 6 y hasta 7 horas en ella casi todas las noches, donde sacó aquella ilustración que después se manifestaba en la conversación y en unos versos, aunque rudos, pero no sin talento poético, que emanó, no de Baccho, o de la fuente Aganippe, sino de la Eucaristía, fuente de la divina consolación, donde tenía él su morada en pensamientos y deseos. Tenía tanto amor a Dios, que, en Santa Catalina de Sena, deseaba ser puesto a la entrada del infierno, para detener a cuantos querían entrar. Rogaba mucho por todos los religiosos, para alcanzarles la gracia de la perseverancia en su vocación; y por los infieles y pecadores, para alcanzarles la gracia de la conversión, suplicando para lo mismo a la Santísima Virgen, a la cual era muy devoto. De allí su gran amor al prójimo, teniéndolo todo el mundo por padre, hermano y protector. Para no molestar a nadie, pidió a Dios con las lágrimas, que no tuviese una enfermedad larga que causaría trabajo a otros. Lo alcanzó, pues, sufriendo muchas enfermedades y dolencias, siempre se mantuvo en pie, y estaba, antes de morir, sólo 10 horas postrado en la cama. Recibiendo entonces, todos los sacramentos de la iglesia, murió el 16 de Julio de 1654<sup>153</sup>.

---

<sup>153</sup> Finaliza la anua con una descripción de los colegios de Buenos Aires, la Rioja y Santa Fe, la necrológica del hermano escolar Juan Núñez de Avalos, las misiones populares en Corrientes, el colegio de Asunción, la misión de Itatines, la necrológica del hermano Antonio Rodríguez y el padre Juan Ignacio Beizamo, los pueblos del Paraná y Uruguay y las necrológicas de los padres José Cataldino y Pedro Canigral.

## **Carta Anua de 1653<sup>154</sup>**

### ***Anuas paraguayas del treinio de 1653***

#### ***El Colegio de Córdoba***

En este Colegio, en donde también una Universidad ha sido erigida, florecen los estudios humanísticos y aunque existen escasos estudiantes entre los nuestros por su manera de ser y por su talento, y especialmente por los muy frecuentes ejercicios, son equivalentes a muchos: tres se dedican a la filosofía y cuatro a la Teología. Éstos se valen de dos maestros, aquéllos de uno particular, un sacerdote de nuestra Orden enseña Gramática y a lo sumo un hermano coadjutor es designado para enseñar las primeras letras a los niños; sobre todos ellos el Prefecto de Estudios tiene autoridad: en este mismo Colegio son formados los novicios quienes, mientras escribimos estas líneas, se cuentan en un número de (ocho) (nueve) y cursaban el tercer año del noviciado repartidos a causa de la escasez de sacerdotes que se contraponen a la variedad de obligaciones emprendidas por la Compañía: durante todo este período viven en este Colegio, si contara no sólo a esos que viven en las estancias de a tres sino también a mis hermanos, 47 personas y dos han sido recompensados, pues así consideran a aquellos que por nuestra voluntad y con una indumentaria negra sin los votos son vestidos: (existe) amistad de los alumnos y de los padres, mérito de la obra de los compañeros españoles, y la amistad de los indios y de los esclavos, a las que llaman cofradías. Dos alumnos de los nuestros han sido incorporados como hermanos para que en los días domingos visitando en horas establecidas las plazas públicas y las calles alienten a entrar incluso a los renuentes a la cena del Verbo de Dios y, al mismo tiempo, los novicios en persona lo llevan a cabo y se acostumbran al ministerio cuyo progreso está siempre a simple vista.

El Colegio cordobés mantiene a 17 sacerdotes, quienes siempre alternadamente en el campo cumplen la función de párroco, pues en tres poblaciones se contabilizan más de 400 esclavos y trabajadores, además de que aunque el territorio cordobés esté lleno de poblaciones, a 8, 10, 20 y más leguas de la ciudad, y dado que una multitud numerosa siempre de fa-

---

<sup>154</sup> Traducción del Lic. Juan Pedro Kalinowski. Incluye el obituario de Francisco Juan Alvares y Francisco Vázquez. Trujillo (Biblioteca del Colegio del Salvador, Cartas Anuas, 1653, Estante 4).

milias civiles, de criados y esclavos vive allí, es digno de destacar cuán frecuentemente los nuestros son llamados por quienes viven en el campo, además casi siempre están ocupados en cumplir y satisfacer eso para lo que han sido llamados a partir de las disposiciones de la Compañía. Por otra parte, cada año dos padres de este Colegio durante tres meses completos, padeciendo innumerables dificultades, recorren el campo cordobés que se extiende hasta 130 leguas y recogen el fruto copioso de las almas para llevar al granero divino, puesto que, a pesar de que los clérigos de las parroquias para desempeñar sus deberes, una vez asignada la función, hayan sido distribuidos a lo largo de las campos, puesto que son trabajadores, también llega hasta éstos un gran número de fieles, no tan dóciles como la cosecha producida por ellos que son de su agrado; quienes se consideran convocados en estas misiones todo el tiempo y quienes siempre se desenvuelven en el campo por lo que desempeñan sus funciones más libremente, en ocasiones se sienten llamados por la inspiración divina más propicia y siempre atienden la población postergada de trabajadores y esclavos abandonada tanto para sí como para los Padres, o mejor dicho, a los representantes de Dios. Brevemente mencionaré otros temas, como los asuntos que se dieron a conocer por la prudencia de éstos: aquel sacerdote que vive en el campo convocado para recibir la confesión de un aborígen enfermo, tan pronto retomó el campo, no sé porque motivo sino por un feliz suceso atribuible a los hechos inaccesibles de Dios, andaba errante en los campos, cuando se encuentra con un español que le advirtió de su extravío y le preguntó de dónde venía. Respondió de recibir la confesión de un indio. Entonces aquél conmovido por la gracia de Dios y abatido por el miedo de sus pecados (dijo): “¿Oirás, Padre, también mis pecados?”. Asintió con su cabeza pero aquél se colocó junto a sí y (dijo): *Me considero miserable por tales cadenas, absórbeme inmediatamente de tantos pecados. El Padre dice: “Te absolveré si no los abandonas por tí mismo”*. Juntos andan un trecho pequeño, el sacerdote elevando oraciones a Dios, el pecador vertiendo lágrimas desde el fondo de su corazón, entonces éste salta de su caballo y se postró suplicante a los pies del sacerdote; allí mismo se libró de los secretos de su alma, dejó de lado el viejo Adán y se transformó en un fiel discípulo de Dios. Si el Padre no hubiera andado errante por el camino, aquél hubiera vivido quizá siempre entre sus pecados y fácilmente puede afirmarse aquí también que difícilmente, si no hubiera andado errante, hubiera inspirado lo honesto a partir del pecado; en un camino sucedió esto pero en otro camino, habiéndose dirigido nuestros misioneros a una cierta población, encuentran allí a un hombre que al callarse cierto delito horrendo había sido demasiado desvergonzado y sacrílego durante numerosos años; al perder su salud ya se acercaba a la muerte cuando otro de los padres no identificado rodeó de afecto a dicho hombre como un familiar inspirado por Dios y, a la vista de todos, se muestra feliz contra sus hábitos; de allí, al decir muchas cosas sobre la Clemencia Divina induce a que, recobrada la esperanza de salvación, ofrezca la vergüenza insana y se apruebe por su absolución y completo arrepentimiento, elegidos por Dios. La discordia había distanciado a dos hermanos de tal manera que bastante a menudo uno procuraba la muerte del otro; dos moderadores de esta provincia como un muy ilustre obispo, ya sea por importantes argumentos de orden político o de orden eclesiástico, habían cambiado la necedad completa de modo tal que en vano dejarían de lado sus antiguos rencores a pesar de que vivían en el campo; cuando misioneros nuestros que caminaban por allí se predisponen para intentar su reconciliación; el sacer-

dote más joven, poniendo en práctica entonces su ministerio, apoyado en Dios, habló con un hermano y con otro, inspirado por Dios, consiguió que al mismo tiempo se reunieran en un lugar convenido, motivo por el cual no pocos se congregan con la intención de ver el encuentro; allí ambos hermanos se ponen de rodillas, se estrechan en un abrazo, deponen sus rencores, reanudan sus lazos de parentesco y a las antiguas diferencias injuriosas las unen con fraterno amor. Pero ya regresemos del campo a la casa: una peste devastó en el año próximo pasado todas estas provincias, especialmente en la población de esclavos e indios hasta tal punto que casi la tercera parte de ellos pereció: con ampollas, pus, además de fiebres ardientes se consumían de tal manera que mientras se levantaba el brazo de un niño recién fallecido cayó arrancado del resto del cuerpo. Los enfermos exhalaban un olor tan fétido que ningún individuo sano se atrevía a acercarse hasta ellos, más aún podía sufrir la disminución y la ausencia de sus fuerzas. Alentado el Obispo a ir a elevar oraciones con las cuales el ardor de la indignación divina suele apaciguarse, para que los ánimos se restablecieran por esto más eficazmente con la aprobación del mismo Obispo, los nuestros celebraron acciones de gracia nocturnas luego de terminado el día expuesta públicamente el platillo de la Eucaristía para que los rueguen, estimulados por el púlpito no sólo lo adoraran sino también elevaran una oración de elogio muy usual para que luego de la caída del sol en una ocasión se pudiera acercar la servidumbre sin enfermedad que llevaría la imagen hermosísima de la Santísima Virgen. Hicieron esto con ánimo tan favorable que parecían quejarse de la tardanza de la noche u odiar al mismo sol; casi toda la ciudad marchó en procesión e inclusive apenas alguien de uno u otro sexo se aproximó a nuestras residencias; el resto fue el grupo de niños que todavía aprende en nuestro Colegio los rudimentos de las letras y solían representar los símbolos y misterios de la Pasión Dominical o llevar ofrendas expuestas en sus manos, al mismo tiempo que la comunidad de indios y de esclavos. El Padre de nuestra orden fue elevado del púlpito por la multitud casi infinita de los ciudadanos que no sólo colmaba la Iglesia sino también el atrio y la plaza pública por todos los alrededores e hizo brotar lágrimas constantes de los ojos de los fieles pero los corazones de los personajes principales a los que un sermón atacaba muy especialmente se habían endurecido y no habían logrado refrenar los odios engendrados entre sí. Mientras la súplica ya se iniciaba acabado el sermón, también los personajes más nobles de la ciudad devotos de la Virgen colocaron sobre los hombros una angarrilla con la cual la imagen de la Virgen era transportada. He aquí que la muchedumbre entera de serafines, precedida por el prelado de San Francisco, descarga la Virgen de los hombros a la que los devotos alaban tan prudentemente y alegremente con flautas y cantos. Esta particular súplica propia de la ciudad dispuesta en todos los templos y el abundante derramamiento de sangre por las flagelaciones y aun más las lágrimas por el arrepentimiento culminaron. Pero puesto que las discordias que devastan la ciudad fueron dejadas de lado no en todas partes, la epidemia durante meses completos no dejó constantemente de atacar aniquilando las casas de los pobres. Los enfermos tuvieron rápidamente la atención de los nuestros hasta tal punto que en ocasiones los maestros mismos de filosofía y teología dejaron de enseñar para mostrar la disposición en los hermanos al actuar. El Colegio cordobés ofreció a los necesitados todo lo relativo a las provisiones, un boticario de los nuestros apenas encontraba un tiempo breve de descanso; el Padre Rector ordenó distribuir generosamente todas las cosas necesarias e inclusive medicamentos para la

subsistencia. Cubrió a éstos con vestimentas, a muchos otros con colchones y mantas y puesto que la aldea de los indios cercana a la ciudad casi pereció por completo por la peste y muchos carecían de techo, ordenó que todos fueran conducidos a la Residencia y que sean cuidados con el esmero que los nuestros suelen tener: todos los sacerdotes pasaban en vela sin dormir muchas noches. De allí mismo fueron convocados en numerosos lugares para ofrecer auxilio espiritual a los enfermos. El fervor de todos en la Residencia no sufrió impedimentos. Algunos acuden a través de tierras cercanas o inclusive por los valles y montañas y abren su camino al cielo para muchos por medio de los Sacramentos de la Iglesia. Uno de estos sacerdotes había recibido ya la confesión de una india moribunda, cuando al sentarse para brindar consuelo a otro enfermo, toca la colcha de tela de la india y enseguida oye el gemido de alguien que llora, investiga bastante sorprendido y encuentra un pequeño niño medio muerto, a quien la madre enferma a causa de la leche ya contaminada por la enfermedad le quitaba la vida que hacía pocos días le había dado y deseaba muy injusta con un silencio negligente apartarlo del cielo no purificado con el bautismo. Inmediatamente el Padre lo purificó y el niño ya alegre por la adopción del hijo de Dios se elevó junto a los superiores. La Divina Providencia en esta ocasión cuidó que un inocente pudiera dormir el sueño eterno; salió precipitadamente de nuestro Colegio hacia la hacienda de un caballero español con cierto halcón amaestrado para que una mujer enferma recobrar una vida honesta; una mujer esclava había despreciado el precepto de la confesión anual y, conservando sus vicios, no respetaba o eludía las amenazas y consejos de los compañeros que la persuadían. Un aborigen en nuestro predio de una extensión de tres o más leguas criaba a un halcón doméstico, que no molestaba a nadie, y que cuando de repente volaba con frecuencia hasta la puerta (de la tienda) del aborigen y hasta la estancia en donde una desdichada mujer vivía; no se acerca a nadie salvaje y no atacaba irritado a nadie con sus garras, excepto a la mujer en su rostro. Ahora todos admiran aquí lo novedoso de este hecho, ahora aquel sale a la entrada, el cuervo se calla, se queda inmóvil; una mujer intenta salir y, en seguida, el ave grazna, la arremete para que no huya inmediatamente. Por este episodio aquella se arrepiente, y habiendo solicitado un sacerdote de los nuestros confiesa sus culpas y al instante el cuervo doméstico recupera su conducta como un prodigio admirable del divino Juez: dejaré de lado muchas cosas respetando la brevedad. Añado sólo este hecho, por el cuidado y dedicación de los nuestros la epidemia de casi todos los individuos dio lugar a la salud de los espíritus y a la gloria para el nombre de la Compañía a la que se dedican con todo su esfuerzo quienes se forman en este colegio con la aprobación de los superiores para ejemplo de todos.

En lo que respecta a los primeros tiempos el coadjutor temporal Francisco Juan Álvarez sobresalió mientras vivió, quien a los 26 años luego de 10 años en la Compañía emprendió el camino de la eternidad entre los superiores de modo tal que es conveniente creer que emprendió su camino rápidamente. Nació en la diócesis del puerto portugués y fue admitido en la Compañía en la misma nave, mientras el Padre Francisco Díaz Taño, Procurador General de esta provincia, regresando de Portugal viajó en barco hasta aquí, incluso dio una prueba en el mismo noviciado para la Compañía, de buen humor en su expresión, reservado en su palabra, rápido para la obediencia, muy dispuesto para mostrarse complaciente, deseaba cualquier asunto difícil, en su ánimo consumía los temas complejos, si no era capaz

en sus ministerios más corrientes por algún motivo aplicando el deseo de su corazón, afrontaba inflexible las cadenas, azotes, ayunos y muchos otros castigos más allá de sus fuerzas, amable y alegre unas veces con los demás esclavos otras veces inclusive con los extraños de modo tal que no maltrataba a nadie con una maldad propia de soldados. No se incomodaba con la afluencia de viajeros, molestia para los nuestros, mientras vivía en el Colegio de Santiago del Estero por donde existía un camino a numerosos colegios y a la Provincia del Perú.

Al mismo tiempo hacía de cocinero y de proveedor de los administradores. Aplicado intensamente al bien, incluso enfermo, tenía una gran estima sólo a esto: deseaba estar libre de deseos, no aspiraba a nada, incluso no quería aceptar los regalos habituales para los enfermos y, quebrantadas sus fuerzas tanto como se quiera, desempeñaba por sí mismo aquellas obligaciones que estaban destinadas a una persona débil, no a un enfermo hasta que convocado en Córdoba fue obligado a ceder a la obediencia y había perdonado cualquier mortificación en otro tiempo. Trabajó durante dos años con tisis, habiendo oído en aquel momento el decreto de la Octava Congregación y en aquel lugar puso a salvo a los coadjutores prohibiendo un escrito sobre el solideo clerical de la Santa Memoria de Nuestro Padre Vicente Caraffa, a pesar de que fuera dejado de lado, hizo uso del pñleo en un futuro, recibiendo también a los sacerdotes con tanto respeto y veneración que apenas se atrevían a decir una palabra en su presencia, entre las molestias de una enfermedad prolongada, y sin molestar a nadie, estaba completamente entregado a Dios de tal manera que vivía enfermo sufriendo con tanto agrado y frecuencia como cuando al orar estando sano en otro tiempo. Pocos días antes de la muerte repasando en su mente toda su vida puso al descubierto en el confesionario sus hechos, al igual que la inocencia de Juan, al que admiraba por las muy leves culpas de sus pecados, y recibido el alimento Eucarístico para el Viaje, que se había acostumbrado a disfrutar al menos dos veces por semana, el atleta fortísimo fue ungido con el aceite de los enfermos e ingresó en la agonía final y su alma triunfante regresó al Señor el 16 de Octubre de 1649.

Dos años después ingresó en el mismo camino de la eternidad desde este Colegio el Padre Francisco Vázquez Trujillo nacido en España en el pueblo de Trujillo de la guarnición de Julio; durante tres años atendió a la niñez en aquellos asuntos que para gloria de Dios había dispuesto y había estado a punto de morir por la Divina Providencia cuando las olas lo elevaron arrebatado por la corriente por mucho tiempo antes que se hundiera y completamente a salvo y sonriente depositaron a doce individuos junto a la costa del mismo río sin la ayuda de nadie; los padres lo envían desde España al reino del Perú para que fortalezca sus vocaciones religiosas con el ejemplo de sus camaradas de entre quienes sobresalía por su talento; fue admitido en el Colegio Real de San Martín viviendo continuamente en la piedad y las letras; dio pruebas de su talento y forma de ser, lo cual pudo impulsar al Provincial de nuestra Compañía Juan de Atienza a que fuera admitido tan pronto como la Compañía lo pretendiera, oponiéndose en vano sus familiares, a quienes también Francisco había desalentado la esperanza de todo provecho material, estableciendo en el noviciado los fundamentos de las virtudes que aseguraron la dignidad que consiguió a los 80 años; libre de todo impedimento y feliz en el noviciado, se dedicó a la filosofía y la teología y las impulsó públicamente con el

Padre protector Menacho y mientras es destinado a la enseñanza de la filosofía, es enviado por los Superiores al reino de Chile, en donde se desempeñó como Ministro y Rector del Colegio de Chile durante 14 años; ya distinguido por el testimonio de los 4 votos y aconsejado por el Padre Provincial General fue designado hermano; sin descanso decía públicamente entre todas las cosas desde el púlpito que deben recibir la confesión con frecuencia y siempre; por ello fue el Rector de este Colegio y a su vez Padre Provincial, luego Preposito en el Colegio de Buenos Aires, es enviado como Procurador elegido en las asambleas de la Provincia a Roma, en donde con mucha bondad fue recibido por el Pontífice Gregorio XV que elogia a la Provincia con estas palabras: “*Vosotros sois la gloria de la Compañía*”; y respondió: “*Al contrario, Santísimo Padre de toda la Iglesia*”. Luego oyó: “*Así es exactamente*”. Regresó a la Provincia no sin un gran contingente de hermanos, llevó a cabo grandes obras para el agrado de todos hasta casi la muerte del Superior en aquel momento para beneficio de la Provincia, especialmente en el período en el cual la dirigió como Provincial. Recobradas las oraciones después de 40 años enteros, había desempeñado el oficio de prelado para orientar a los otros y finalmente había conseguido un privilegio para que durante mucho tiempo fuera protector de los otros; exhortó con su ejemplo a todos al incremento de las virtudes. Ya octogenario incapaz de hablar bien pero no de actuar correctamente, durante un año entero anticipó los efectos de su muerte, que ya sentía próxima y no sintió temor sino que más aún deseó el inicio de una vida mejor para su alma llena de vida, cumplido finalmente su deseo después de recibir todos los Sacramentos de la Iglesia el 23 de septiembre del año próximo pasado murió semejante a un durmiente, con el rostro después de la muerte también bañado por la luz de la virtud, ignoro por qué motivo de belleza. Estuvo presente en el funeral el muy Ilustre Obispo y al mismo tiempo todas las agrupaciones de las órdenes religiosas y la nobleza completa con su magistrado para que así Dios en este mismo siglo glorificara a quien había distinguido para triunfar junto a él durante mucho tiempo. Fue un hombre admirable por la belleza de todas sus virtudes e inclusive de gran prudencia ya desde los primeros años, dotado de una modestia singular con la cual cimentó una defensa para su natural integridad y a causa de las frecuentes aflicciones de un cuerpo inocente, a las que inclusive ya octogenario expulsaba, añadió un antemural; entregado a la pobreza de tal modo que como ex-Provincial y ex-Rector tantas veces, como Procurador de la ciudad nada se había guardado para sí ni original ni valioso, ya sea en los cofres de las reliquias o en las imágenes de adorno o en los pequeños libros o cualquier otra cosa. Como Superior exigió una perfecta obediencia a la que se sometió como súbdito de manera perfecta y dejaré de lado las restantes cosas a las que en honor a Dios y sus prójimos distinguió con la oración y con la caridad que incrementó con las frecuentes plegarias sobre temas divinos. Al morir dejó la máxima añoranza de sí mismo y los mayores anhelos para la dedicación a la perfección que se aspira.



## Carta Anua de 1658-1660<sup>155</sup>

### *Cartas Anuas de la Provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús que contienen los años mil seiscientos cincuenta y ocho, nueve, y sesenta.*

El número de los nuestros de esta provincia es de 178 sujetos; de los cuales son sacerdotes 89, escolares 42. Hermanos coadjutores 47, distribuidos en 8 colegios, una casa de probación y 21 residencias. Habían sido estas últimas, en los años pasados, 23, y se han reducido a 21 por haber sido abandonada la misión de calchaqués, en sus dos residencias.

En el colegio de Córdoba viven 70 sujetos, de los cuales son 14 sacerdotes, y escolares 39, Hermanos coadjutores 17. En este mismo colegio hay una Academia (o Universidad), en la cual dos enseñan la teología escolástica, una la [roto], dos la filosofía natural, uno la gramática. Hay que añadir a estos un maestro de las primeras letras, cargo desempeñado por un Hermano coadjutor.

Los novicios viven en la misma casa y comen en la misma mesa con los demás del colegio, corriendo, empero, aparte su fundación con sus rentas, de las cuales también se mantiene el Padre provincial con sus compañeros, lo mismo los procuradores de la Provincia, tanto los que viven aquí, como los de otra parte.

En el colegio de la Asunción viven 6 sacerdotes y hermanos coadjutores. De estos sacerdotes uno enseña gramática, y de los hermanos, uno enseña las primeras letras.

En el colegio de Santiago del Estero viven 12 sujetos, es decir: 6 sacerdotes, de los cuales uno enseña gramática, otro es capellán de la estancia; un escolar que enseña moral, y 5 Hermanos coadjutores.

En el colegio de Buenos Aires hay 4 sacerdotes, un escolar, el cual enseña gramática, y 4 Hermanos coadjutores, de los cuales uno enseña las primeras letras.

---

<sup>155</sup> Las presentes anuas constan de 22 folios y están rubricadas por el padre provincial Simón de Ojeda quien las dirige al general Goswino Nickel (Biblioteca del Colegio del Salvador, Cartas Anuas, 1658-1660, Estante 11).

El colegio de Santa Fe tiene 3 sacerdotes, y 2 hermanos coadjutores, de los cuales uno enseña las primeras letras.

En el colegio de San Miguel de Tucumán hay tres sacerdotes, y 2 hermanos coadjutores. Uno de los sacerdotes es maestro de los niños españoles, quedando los otros dos para los ministerios espirituales.

En el colegio de Salta viven 6 sujetos, entre ellos 4 sacerdotes operarios, y 2 Hermanos coadjutores.

En el colegio de La Rioja se mantienen 4 sacerdotes, 3 Hermanos coadjutores, y un escolar, profesor de gramática.

La misión de los itatines depende del colegio de la Asunción, y esta situada a 50 leguas de distancia del colegio. Viven allí 4 sacerdotes en dos residencias, para desempeñar el cargo de párrocos, y buscar indios infieles, y cristianos fugitivos.

### *Las misiones de los ríos Paraná y Uruguay*

Entre los indios, habitantes de la región de estos ríos, viven 36 sacerdotes, a los cuales asisten 4 Hermanos coadjutores. El número de pueblos es de 19. Los sacerdotes son curas párrocos desempeñando su cargo apostólico según el espíritu de la Compañía.

De vez en cuando hacen ellos algunas excursiones a los indios infieles escondidos en la vecindad, para ver modo para ganarles para la religión. Todos estos sujetos son buenos hijos de Vuestra Paternidad, de gran celo apostólico, trabajando con buen éxito, especialmente en el confesionario, donde logran a veces componer confesiones mal hechas, de mucho tiempo atrás, en consecuencia de un sacrílego pudor. Hay gran frecuencia de sacramentos, hasta en los pueblos de indios, los cuales todos suelen comulgar hasta seis y más veces al año. Pues, tienen una viva fe a este gran misterio, aunque siendo todavía cristianos nuevos, gracias a las enseñanzas públicas, y privadas de los Padres, a las cuales acuden con puntualidad, y las oyen con atención.

En las demás partes de la Provincia, gracias a las misiones circulares de cada año, se logró apartar gran número de españoles e indios de las amistades malas, e inducirles a restituir la plata mal habida, y la fama injustamente violada; quitándose también muchas enemistades.

En Córdoba del Tucumán tiene la Compañía una Universidad, en la cual nuestros Padres enseñan la teología escolástica y la moral. Y aunque no se distingue tanto por el número de los estudiantes, sin embargo es ella de suma importancia, para desterrar la extremada ignorancia en cosas de religión en estas tierras hasta entre los mismos españoles por falta de doctores aptos. En esta misma Universidad se dan los grados académicos de Maestro en artes y de Doctor, precediendo un examen riguroso. No se olvidan, al mismo tiempo, los nuestros, de formar los corazones en las virtudes cristianas, en especial por medio de la frecuentación de los sacramentos, y el culto de la Virgen Madre de Dios. Y, en realidad florece en fervor la congregación de la Inmaculada entre los estudiantes.

En los colegios de la Asunción, y de Santiago del Estero, aprenden los niños españoles no sólo las primeras letras, sino también la gramática; y en general todos los niños, aunque no frecuenten la escuela, son instruidos esmeradamente en los misterios de la fe cristiana, lo mismo que en la urbanidad y bien comportamiento, a gran provecho de los españoles de estas tierras.

Las congregaciones se han introducido en todos los colegios, fuera del de Santiago del Estero, donde no hay tanta necesidad de ello, siendo ya aquellos habitantes de sí mismo muy propensos a las prácticas religiosas, y muy afectos a la Compañía. Esto no quiere decir, que también en las demás ciudades en especial en la Asunción, y en Buenos Aires hay falta de asistencia de los españoles a las iglesias de la Compañía, para las acostumbradas prácticas religiosas del cristiano.

Además se han fundado en toda la Provincia cofradías de indios y morenos, con sus propios estatutos, estando ellas al cargo de dos Padres de cada colegio. Aunque se debe decir que el fruto de estas cofradías no corresponde al trabajo invertido por aquellos Padres, siendo los indios ya muy pocos, y los negros muy ocupados en el servicio de sus amos; sin embargo no se trabaja de balde, instruyéndose a ellos en su lengua los domingos y predicándoseles, habiendo además cada año una procesión en las fiestas patronales de cada nación; y así se hace lo que se puede, en favor de ellos para instruirlos, a lo cual corresponden ellos con un gran afecto a la Compañía. Pues, con gran confianza acuden ellos a sus Padres perfectos de sus cofradías, en todos sus apuros, en especial, cuando se enferman gravemente. Entonces es su único o mayor consuelo, ser visitado por uno de estos Padres, y poder confesarse con ellos, y ser preparados por ellos para el último trance. No se equivocan ellos en este punto, porque nuestros Padres tienen gran predilección para este ministerio entre los pobres.

Lástima, que las misiones circulares por las estancias de los españoles, y las aldeas de indios, estos años no eran muy frecuentes; pues, han muerto varios operarios que lo solían hacer; y muy pocos han sido admitidos a la Compañía para suplirlos un día. Las expediciones de nuestros misioneros que vienen de España son raras, y poco numerosas. Así es, que sólo del colegio de Córdoba salen algunos cada año, a estas misiones rurales, a veces los mismos profesores de teología, y otros ocupados en cargos importantes, ya que a veces hay falta absoluta de otros.

Con todo, no puede haber ocio en los colegios, donde se trabaja a modo de misión permanente. Pues, al enfermarse gravemente cualquier persona, sea español o indio, o negro, al instante se manifiesta su afecto y confianza a los de la Compañía, de los cuales saben que siempre se prestan para acudirles en su necesidad, con prontitud y paciencia no reteniéndolos ni el mal tiempo, ni las grandes distancias, ni el estado miserable de los enfermos, para cumplir con ellos los oficios de caridad; tanto que algunos creen que nosotros tengamos obligación para tales oficios de caridad, y que nosotros nunca nos podamos negar a prestarlos.

Uno que conoce la extremada ignorancia de los españoles, indios y morenos que viven en las afueras de la ciudad en pobres aldeas, casas y ranchos, en cosas de religión cris-

tiana, sus múltiples y grandes miserias espirituales, la gran escasez de buenos pastores, este, por cierto, estima en mucho los trabajos de los nuestros en esta clase de ministerios, de los cuales depende la salvación de tantas almas. Para mencionar a lo menos algo: por la industria de los nuestros, muchos se han apartado de sus malas amistades, en las cuales vivían innumerablemente, o se han casado legítimamente, y cuando era muy difícil el remedio, lo han encomendado los Padres a Dios, o han solicitado la intervención de la autoridad de los ministros del Rey. En una sola de aquellas misiones rurales hubo 1.340 confesiones, muchas de ellas las primeras de la vida, o hechas después de muchísimos años. También se bautizan en estas misiones muchísimas criaturas; y algunos adultos, de cuyo bautismo con razón se duda, se bautizan bajo condición.

Las misiones de los demás colegios, aunque menos frecuentes, han tenido igualmente buen resultado. Así se hizo una desde Salta con el pueblo de Jujuy, predicándose allí con fruto de santa cuaresma.

Más grande era el fruto en la misma ciudad de Salta. Allí se practicó la costumbre de contar ejemplos de la divina justicia en algunas funciones nocturnas, lo que causó conversiones muy llamativas.

Desde los colegios de Asunción, Buenos Aires, San Miguel de Tucumán y Rioja, sólo se pudo atender (por la escasez de operarios) a las aldeas y viñas más cercanas y sin embargo no volvieron los Padres con manos vacías, siendo mayor aún el provecho sacado por las misiones entre españoles e indios de la comarca de Santiago del Estero, para cuyo fin había dado a aquellos Padres el señor obispo facultades amplísimas para administrar todos los sacramentos en todas partes. Fue tan extraordinariamente grande el resultado de estas misiones en estos años, especialmente en el próximo pasado, por una epidemia entre los indios y morenos, los cuales en gran parte hubieran carecido de los santos sacramentos al morir, si no les hubiera socorrido con el tiempo la caridad de los nuestros, a los cuales excitó todavía más la extremada miseria de aquella pobre gente, y la suciedad de los ranchos, donde estaban postrados.

Esto es en resumen, lo que por estos años trabajó la Compañía en esta Provincia, para la Mayor Gloria de Dios, y la salvación de las almas. No han faltado tampoco algunos sucesos, en los cuales se manifestó la Divina misericordia, providencia, y justicia, y por lo tanto no conviene ocultarlos por el silencio. En la ciudad de Santiago del Estero uno de nuestros Padres estaba aconsejando al temor de Dios a dos nuevos cristianos, acordándolos de la grave pestilencia que hubo en aquellos días. El uno tomó a pecho el consejo, y cuando pronto después cayó enfermo, se confesó la primera vez después de 30 años. Así escapó felizmente de la ira de Dios, muriendo después de recibido los demás sacramentos de la Iglesia. El otro despreció obstinadamente los consejos del Padre, fue atacado repentinamente, perdiendo luego el conocimiento, y murió sin sacramentos. Del mismo modo desgraciado murió una señora española, aunque antes muchas veces avisada por un Padre, para que se confiese a tiempo. No hizo caso aquella mujer, sino al contrario, olvidada de todo cuidado para procurarse la pureza de mente, pensaba sólo de fiestas y tertulias con compañía de algunas amigas. Murió repentinamente, y se acabaron las risas. Hizo tanta impresión esta des-

gracia a otra señora no desemejante a la anterior en cuanto a frivolidad de tal modo, que desde aquel día desterró lejos de sí la pompa mundana, portándose en adelante de un modo muy edificante, en especial por su modestia y gravedad.

Uno de nuestros Padres explicaba uno de los acostumbrados ejemplos, para hacer ver la atrocidad del crimen de una confesión mal hecha por callar pecados. Al oír tal cosa, se espantó una española, la cual por cuarenta años enteros había callado cierto pecado grave de juventud, y había recibido, sin embargo, sacrílegamente la comunión. Comenzó a temer la venganza de la justicia de Dios, despreciado por ella ya tanto tiempo. Deshecha en lágrimas se echó a los pies del confesor, para abrir al fin toda su conciencia. En adelante llevó una vida tan compuesta, que bien se echó de ver, que sus lágrimas tenían por origen, no una sensibilidad mujeril, sino el más sincero y profundo dolor.

No hay que olvidar a algunas señales de la divina misericordia, las cuales, por sus circunstancias no estarían muy lejos de un milagro. El año pasado estaba uno de los Padres misionando en los alrededores de Córdoba, predicando un día con mucho entusiasmo sobre la Santísima Virgen y de su poderosa intercesión. Le oyó con suma atención un joven español, y por de pronto, en honor de la Virgen, hizo una buena confesión. Era muy a tiempo pues, poco después quiso domar un caballo, pero el animal mordió el freno y se escapó hacia un profundo precipicio, saltando abajo con el jinete encima. Volando así por el aire, invocó el joven con gran fervor a la Virgen Santísima. Le oyó la Virgen y le ayudó. Pues, cayó sin mayor daño sobre una peña de abajo, quedando sólo poco tiempo privado de sentidos. Lo que era más extraño en ese caso, fue que poco antes, por miedo del precipicio, quiso agarrar el borde, dislocándose el brazo.

También San Francisco Javier hizo favor a uno de los nuestros, el cual sufría de repentineros y graves achaques. Cierta día se encontró más mal que nunca, y prometió ayunar cada año en las vísperas de la fiesta de San Francisco, y rezar cada día la oración de la Iglesia en su honor. Luego se encontró fuera de peligro.

Otro caso sucedió en Salta con una india, insigne y célebre señal de la poderosa intercesión de nuestro patriarca San Ignacio en favor de sus devotos. Pues, aquella mujer estaba ya dos años postrada por una parálisis, cuando oyó en la víspera de la fiesta de nuestro Santo Padre el alegre repique de las campanas, y le vino una indecible gana de asistir a esta fiesta, por lo cual sanó repentinamente. Tan inclinado era San Ignacio a favorecer a sus devotos. Pues, aquella ya no pudo contenerse en su lecho, se levantó y con paso firme acudió a la Iglesia, por decir las gracias a Dios y a San Ignacio, su patrono. El amo de ella, y otros muchos, que bien conocían el anterior estado de su salud, quedaron pasmados de estupor.

Cuando, empero, a ejemplo de nuestro buen Padre, se reciben por los beneficios nada más que injurias también en beneficio, y así hemos recibido muchos de esta clase de bendiciones, en las cuales fue ejercitada colmadamente la modestia y paciencia de los nuestros.

Omito, por de pronto, la destrucción de nuestra misión entre los calchaqués (para hablar de este asunto después). Y en la ciudad de Santa Fe se puso a gran prueba la paciencia de los nuestros. Predicó uno de nuestros Padres en la fiesta de la Circuncisión del Señor, diciendo entre otras cosas que era glorioso para la Compañía, ser tratado mal e injuriosamen-

te. Esto precisamente era el más noble adorno de la Compañía, que sus miembros, por la paciente y tranquila tolerancia de las injurias, se mostrasen dignos de ser llamados socios de Jesús. Aunque Dios algunas veces permite que sea molestada la Compañía por calumnias y mentiras, hasta ser casi aplastada por ellas, sin embargo tiene cuidado de que un día se manifieste su inocencia, y de que se devuelva su buena fama.

Asistió al sermón como representante de su prelado un joven religioso de cierta orden, que era profesor, el cual llevó muy mal lo dicho en el sermón (parece que él mismo era cómplice de lo perpetrado en la Asunción contra la Compañía), y lleno de rabia salió de su asiento, y se quejó que nosotros infiltrásemos malas doctrinas a los oyentes, ya que la Compañía era odiosa y aborrecida por todo el mundo, no por la imitación de Jesús, Rey y Señor suyo, sino por su audacia en despreciar todas las leyes divinas y humanas. Dicho esto, salió del templo. Esta protesta, ni aparentemente justa, después de llenar con ello los oídos de los habitantes, para que más aparezca su extremado afán de dilacerar la fama de la Compañía, la propaló en una poesía harto larga, entreverada con sarcasmos y burlas, con sentencias de los santos Doctores y de los códigos de ambos derechos, todo torcido odiosamente contra la Compañía, de una manera grosera y atrevida. Intentó con esta poesía renovar las llagas infligidas al buen nombre de la Compañía tan injustamente por el obispo del Paraguay. Pero todo el trabajo, invertido por él en componer aquella sátira era perdido, lo mismo que sus empeños en propalar y enviarla a otras ciudades, ya que todos se habían formado ya su criterio sobre la causa de los enojos del obispo contra la Compañía, y sobre la inculpabilidad de la Compañía. Únicamente entre los suyos, parece que cosechó algo de loes y recompensa por su infeliz lucubración, pues, poco después, con admiración de todos los que se habían escandalizado de la insolvencia de aquel hombre, fue promovido a la prelatura del convento que tiene aquella orden en Santa Fe. Pero la Compañía no se vengó de esta palmaria injuria de otro modo, sino por la modestia y el silencio, muchas veces el más honroso y eficaz defensor de la verdad.

En la ciudad de Asunción hubo por estos dos años pasados algo más de tranquilidad en los asuntos de la Compañía, estando reprimida la audacia de los émulos, para no decir su malicia. Grandemente contribuyó a este estado de cosas el enérgico modo de proceder del oidor de la Real Audiencia de La Plata Juan Blázquez Valverde<sup>156</sup>, gobernador del Paraguay. Pues, se había propuesto este, visitar los pueblos de indios de las riberas del Paraná y Uruguay, encomendados a la espiritual solicitud de la Compañía, para investigar lo que se decía de las minas de oro<sup>157</sup>, ocultadas allí por la Compañía, a gran detrimento del Real erario. A este fin llamó primero a un interrogatorio jurídico a los delatores, y después tomó una providencia que la sugería la importancia de aquel negocio, mandando a los mismos con voz de pregón garantizando su vida, que le acompañasen en su expedición a las minas de oro, de cuya fama habían llenado a ambas ciudades, prometiendo él repetidas veces grandes pre-

<sup>156</sup> Era Oidor de la Audiencia de Charcas, ocupando el cargo de gobernador entre 1656 y 1659.

<sup>157</sup> Este tema lo trata extensamente el padre Furlong en *Misiones y sus pueblos de guaraníes*, pp. 438-446.

mios a los que se las descubriesen. Por desgracia, no había ni sombra de aquel oro, y así tuvo que castigar a los impostores descubiertos, aunque el castigo no correspondió al tamaño de la calumnia, quedando a lo menos la Compañía vindicada en su fidelidad para con Dios y el Rey. El resultado de esta investigación consta por los documentos oficiales, enviados a España, y leído en el Consejo de Indias, y así fue restablecida la Compañía en su anterior aprecio y amor de todos<sup>158</sup>.

---

<sup>158</sup> Continúan las notas necrológicas con los hermanos Gregorio Proaño, Claudio Flores y los padres Baltasar Abadía, Pedro de Helgueta, Juan Guardia, Diego de Salazar, Ignacio Medina y Juan de Humanes. Esta sección culmina con un compendio de la vida y actuación del padre Diego de Borroa. Posteriormente siguen generalidades sobre las misiones del Paraná y Uruguay, para luego detenerse en las misiones de Itatí y Calchaquí.

## Carta Anua de 1659-1662<sup>159</sup>

### *Cartas Anuas de la Provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús desde el año 1659 hasta el año 1662*

Pax Christi etc.

Al llegar a mis manos las órdenes de Vuestra Paternidad, por las cuales me nombró Visitador del Paraguay, inmediatamente dispuse mi pronta salida de Lima, y después de un viaje de unas 600 leguas, llegué al primer colegio que tiene levantada esta Provincia en Salta; seguí después el viaje, por unas 200 leguas más, hasta llegar a Córdoba; cuando en el camino se me entregó la patente de Vuestra Paternidad que me nombró Provincial, traída desde España por el recién vuelto padre procurador Francisco Díaz Taño. Concluí de esto que las Anuas de los años anteriores a 1659 se habían perdido, enviadas por el Padre Provincial de entonces, Simón de Ojeda, a Vuestra Paternidad, por doble vía, en los buques que en aquella temporada salieron del Puerto de Buenos Aires a España, algunos correos tomaron otra ruta, y los que llegaron a España, descuidaron transmitir las al Procurador de las Indias. Por consiguiente procuré redactar otras, resumiendo los sucesos más notables acontecidos desde entonces, para que continuando el hilo de la narración, el informe sobre este período resultase más completo.

Mantiene el Paraguay 192 sujetos de los nuestros, de los cuales 122 son sacerdotes, 36 escolares, 42 Hermanos coadjutores (por cierto, un número muy corto para una cosecha tan copiosa, la cual se presenta por todas partes); cuenta la Provincia 22 reducciones y 8 colegios, en donde con suma alegría encontré una floreciente disciplina religiosa, y una estricta observancia regular; superiores ejemplares, y súbditos obedientes, todos llenos de celo apos-

---

<sup>159</sup> Contienen 30 fojas y están escritas y firmadas por el padre provincial Andrés de Rada quien las dirige al padre general Goswino Nickel. El padre Rada supone que las cartas anteriores (1658-1660) se perdieron, por lo que al principio repite información de aquellas. Si bien están firmadas el 20 de enero de 1663 estima el padre Leonhardt que debe haber una equivocación ya que en el folio 115 se habla de las biografías ya publicadas de las que se encuentra la del padre Cataldino hecha en 1664. Pues entonces no duda en adjudicarle el año de 1665. (Biblioteca del Colegio del Salvador, Cartas Anuas, 1659-1662, Estante 11).



tólico, ni gravados los colegios de deudas, al contrario, bien provistos con el necesario sustento, tanto que les es posible repartir abundantes limosnas a los pobres en especial a los vergonzantes. Es necesario, empero, adelantar algunas cosas, que no se puede mencionar cómodamente al hablar de los colegios.

### *El Colegio de Córdoba*

Este Colegio Máximo de la Provincia cuenta con unos 70 sujetos, entre novicios, Padres de Tercera Probación, escolares y maestros de primera enseñanza. Está en un floreciente estado la Universidad, sostenida por dos profesores de filosofía, otros tantos de teología, con uno de teología moral; habiendo 2 sujetos de los nuestros para la enseñanza de gramática, acudiendo la juventud hasta de ciudades muy remotas, lo cual es muy importante para levantar el nivel de cultura y conocimientos en estas regiones, juntamente con el de espíritu cristiano, aprendido con el trato con los nuestros. Se iguala ésta a las Universidades de Europa por el derecho de conferir los grados académicos, que se dan, después de severos exámenes, con mucha solemnidad.

Se hicieron útiles los nuestros, no sólo por restablecer la paz entre los habitantes, después de enemistades pertinaces por muchos años, sino también con servir a los apestados durante una cruel epidemia que devastaba casi todas las ciudades de toda la Provincia. Día y noche registraban los nuestros, cada uno en el distrito que se le había designado por los superiores llamados algunos con la campanilla por los penitentes, otros acompañando a los Padres en sus salidas, para acudir a los moribundos corporal y espiritualmente. En este tiempo hubo necesidad de que hasta algunos profesores dejaran su clase, para organizar misiones extraordinarias por las aldeas del vecindario. Era igual el trabajo en todas partes, e igual en fruto, ya que toda la provincia estaba azotada por el flagelo.

Lograron, además, restablecer la paz entre dos familias principales, contrarias entre sí ya por largos años, habiendo llegado el alboroto a tal punto, que toda la ciudad parecía dividida en dos bandos, que se perseguían a más no poder, teniendo uno de los partidos a su disposición los soldados, enganchados para la guerra contra los calchaquies rebeldes; mientras la otra se apoyaba en los decretos de la Real Audiencia, desafiando tenazmente a los otros. Las dos facciones apelaron al Rey. Creció de día en día el incendio, no quedando otro remedio sino el empeño de los nuestros, sus ruegos y diligencias, por lo cual se aplacaron al fin las iras y cesaron sus funestas consecuencias, dándose (las cabecillas) la mano para confirmar la paz en nuestra capilla doméstica, delante el Santo Cristo del altar y alegrándose toda la ciudad, y anunciando la fausta noticia el festivo replique de las campanas. Todo el mundo alababa la Compañía, porque ella sola había logrado tal éxito.

Recorren las aldeas (y estancias) circunvecinas, las cuales serán más de 600, cuatro de nuestros Padres cada año de los cuales, los unos se encuentran en las montañas casi inaccesibles, los otros en lugares apartados, tanto que a casi todas, por los malos caminos, sólo se puede llegar a pie. Por supuesto, hay por allí una extremada ignorancia, tanto que apenas oírían algo de nuestra fe, sino se lleva allí la noticia de ella por nuestros Padres. Lástima que

ellos tienen a su disposición sólo pocos días para instruir a esta pobre gente. Por esto, durante todo el resto del año quedan abandonados en su miseria moral, hasta que puedan volver allá nuestros Padres, siendo ellos sus únicos pastores espirituales. Hasta este grado ha llegado la pobreza y el abandono de esta gente miserable.

En una estancia se halló a un español completamente sumergido en el fango del vicio, y enredado en asuntos pecaminosos, sin que se pudiera esperar remedio alguno, ya que ni siquiera quiso entrar en contacto con nuestros misioneros. Le habían avisado ellos que procurase su salvación, porque estaba gravemente enfermo, y que buscase confesión, para que no le sorprendiese la muerte en sus pecados. Todo era inútil, y ya estaban por salir de allí los padres misioneros. Por última vez quiso uno de ellos hacer una tentativa para salvar a aquel individuo. Visitó al enfermo y le habló cariñosamente que se preparase a bien morir. El enfermo contestó que se vaya, porque no le necesitaba. Partieron los padres, cuando muy entrada la noche los llamó el enfermo (pues, le había sobrevenido un antiguo mal fuerte).

Volvieron, y lo encontraron todo bañado en lágrimas, y lleno de dolor y arrepentimiento de sus pecados. Hizo una muy buena confesión general, y creo que al secreto de esta conversión singular era, que aquel enfermo la debía a la Reina del cielo, a la cual oraba diariamente, en medio de su barbarie, como él mismo lo observó.

Había otro viejo, ya decrepito, por sus 90 y más años el cual, ya desde muchos años atrás, estaba sumergido en la deshonestidad. Parecía que estaba sólo esperando todavía la llegada de nuestros Padres en aquel lugar, para que sacado del fango por el ministerio de ellos, y aligerado de la carga de sus pecados por la penitencia, volase a las mundísimas mansiones de los bienaventurados, como lo hizo creer a los Padres su inmediata muerte.

Uno de nuestros misioneros, ensanchando el radio de sus actividades, llegó, como por inspiración, a una de las aldeas de la jurisdicción de Santiago del Estero, donde le esperó una cosecha muy grande. Ya por tres días sufrió allí una pobre india de crueles dolores de parto, pero por el contacto con una reliquia de nuestro patriarca San Ignacio dio con bien a luz su criatura, bautizada en seguida. Además vivía allí un español, viejo decrepito y con una conciencia miserablemente enredada, el cual, apenas se había confesado, murió, en presencia del Padre, santamente. Omito otros casos semejantes, que se presentan con frecuencia a nuestros Padres, para contar sólo una prueba de la singular protección de María Santísima para con sus devotos.

Un día estaba uno de los nuestros misioneros rurales predicando sobre el poderoso patrocinio de la Madre de Dios, asistiendo cierto joven, el cual se impresionó mucho por lo que oía, resolviéndose a honrar a la Virgen aquel día. Algunos días después subió a caballo, el cual se desbocó y se precipitó, escapó a galope por los escarpados montes, saltando de piedra en piedra, cayendo al fin, con el jinete encima, a un precipicio de una profundidad de unos 20 codos, donde de seguro los dos tenían que estrellarse en la peña de abajo. Felizmente, al caer invocó el jinete de toda su alma el socorro de la Virgen, acordándose del sermón pasado y, cosa admirable! Parecía que la Virgen había, ablandado la piedra; pues, cayó sobre ella de lo alto de aquel hombre, sin hacerse daño. Se levantó ileso, y comenzó a caminar, como si nada hubiera sucedido.

### *Los Muertos en este Colegio*

El Padre Ignacio de Medina<sup>160</sup> era natural de San Miguel de Tucumán, hijo de padres nobles y piadosos, tan devotos de nuestro santo patriarca, que aunque todavía no estaba beatificado por el Sumo Pontífice, eran ellos los primeros que construyeron un santuario a su honra. Educado en estos piadosos sentimientos de sus mayores, y llegado a la edad competente, pidió encarecidamente ser admitido a la familia de nuestro santo Padre. Comenzó allí su vida inculpada, que le quedó característica, distinguiéndose también en el estudio de las letras, sin que en ello sufriera mengua su humildad. Así, concluido el estudio de teología se dedicó con celo a cultivar la viña del Señor por medio de nuestros ministerios. Era incansable en el trabajo, prefiriendo siempre la gente más humilde y abandonada; era muy querido por su bondad, muy servicial, siempre dispuesto a predicar al pueblo, y a oír sus confesiones. Con su característico celo apostólico logró ser el primero que audazmente se adelantó a la tribu de los ocloyas, para fundar una misión entre ellos, aunque fuese con peligro de vida. Se dedicó con esmero a esta tarea apostólica, logrando con su bondad atraer a aquellos bárbaros y juntar en breve tiempo una reducción de nuevos cristianos.

Los recién bautizados ya dieron cada día más pruebas de una vida cristiana, y tuvo buena esperanza de poder aumentar aquella cristiandad, cuando se troncharon estas esperanzas por un repentino torbellino, suscitado tal vez por un celo religioso, pues se opusieron algunos religiosos a que como decían, nosotros metiésemos la hoz en cosecha ajena. Por lo tanto tuvo que retirarse el Padre con gran dolor suyo, y también de los españoles los cuales hasta hoy día están indignados de la retirada de los Padres y de la consiguiente miseria de los pobres indios. Pero el fuego de la caridad ardía todavía, aunque ocultamente, hasta que pudo prorrumpir hacia otra dirección. Se marchó el Padre al Chaco, con sus numerosos habitantes, el cual ya estaba regado de antemano por la sangre allí derramada por los Padres Gaspar Osorio y Antonio Ripario, y por consiguiente era tierra bien preparada para recibir la semilla de la Palabra de Dios. Allí atrajo la gente, como el imán al hierro, tanto que abandonaron sus rancherías para reducirse a donde el Padre estaba, aunque este les aconsejaba a no abandonar por completo sus aldeas. Había crecido tanto esta población, que ya no había con que mantener a todos. Se vio obligado el Padre a irse a las poblaciones más cercanas de los españoles, a buscar bastimento suficiente para los hambrientos. Mientras tanto algunos bárbaros, de recién llegados de otra parte, hicieron traición y apostaban y sólo por el oportuno aviso de algunos amigos escapó con vida el compañero del Padre, que había quedado allí. Por lo tanto, por esta y otras causas, hubo que abandonar también aquella misión. Por estos otros trabajos apostólicos, y por la austeridad de su vida, quedó al fin quebrantada su salud, hasta que murió santamente.

---

<sup>160</sup> La fecha de nacimiento es el 3 de mayo de 1604. Ingresó a la Compañía de Jesús en 1627 dando sus últimos votos el Salta en 1645. Falleció en Córdoba en 1660 (STORNI SJ, Hugo, p. 182).

### *La muerte del hermano Antonio Bernal.*

El hermano Antonio Bernal<sup>161</sup>, coadjutor temporal, era de la nación Lusitana, natural del ducado de Braganza. Alcanzo 80 años de edad, de los cuales pasó 42 en la Compañía de Jesús. Antes de entrar en ella era desde su mocedad soldado por tierra y mar, conservando sus buenas costumbres, habiendo logrado por su valor subir en el escalafón militar, hasta ser nombrado capitán de caballería en el reino de Chile. Siempre hostil a la depravación de las costumbres, no emitía ocasión para refrenar de palabra la licencia militar, por lo cual algunos malvados pensaban deshacerse de él, asesinándolo. A este fin supieron meter en su carpa de campaña unos dos o tres fusiles cargados de balas de plomo y pólvora, dispuestos de tal modo, que se pudiesen descargar por medio de una mecha, y destrozár su cabeza al tiempo de dormir. En una noche tempestuosa, la destinada para el crimen fue despertado repetidas veces por su buen ángel custodio, hasta que no pudo menos que levantarse.

Registró la tienda de campaña, y halló la máquina infernal, pronta a descargarse sobre su cabeza. Impresionado por este inminente peligro de muerte, comenzó a arreglar su vida a modo de nuestros Padres, que allí estaban presentes como capellanes militares, hasta que, sintiéndose llamado a la milicia del Rey celestial, entró en su Compañía, providencialmente precisamente al tiempo en que sus servicios en las misiones del Paraná eran muy oportunos. Fue enviado allá a toda prisa, siendo él muy bienvenido a los Padres. Él era el primero que allí introdujo la caballada y la ganadería, la cual prosperó, gracias a su industria, en adelante, muy maravillosamente, proporcionando a los indios y sus misioneros abundante sustento.

Cuantas veces estos cristianos recién convertidos hubieran apostado, engañados por los entonces poderoso hechiceros, cuando el buen Hermano no los hubiera desengañado! Y cuantas veces estos pobres indefensos no hubieran escapado de las hordas enemigas del vecino Brasil y su triste esclavitud, si no él hubiera estado allí organizando con increíble paciencia, la defensa de la libertad de los pobres indios contra las invasiones de los mamelucos! En una de estas invasiones dirigidas contra nuestras reducciones, había apuntado contra él su escopeta uno de los Lusitanos. Cosa maravillosa! La bala se incrustó en la pequeña medalla de la Virgen, que solía traer puesta en el pecho, siendo él defendido por este escudo y quedando ileso.

Era compañero de los trabajos y éxitos del Padre Pedro de Mola, de santa memoria, en la nueva reducción del Tape, llamada Jesús María, donde se contaban más de 3.000 familias. Los dos eran incansables en asistir a aquel pueblo, en especial tratándose de socorrer a los moribundos. Pues, había invadido aquella provincia un fatal contagio tan cruel, que en su pánico abandonaron las madres a sus hijos en el campo, para escaparse de la peste. Por lo tanto, para socorrer a tanta gente se resolvió el Padre, a registrar, él y el hermano separa-

---

<sup>161</sup> Nació en Aplaca, Duero litoral, en 1582, ingresando a la Compañía de Jesús en 1615. Sus últimos votos los dio en Encarnación en 1626, falleciendo en Córdoba el 13 de abril de 1661 (STORNI SJ, Hugo, p. 37).

damente, aquella región, y salvar a los que habían huido, y estaban en peligro de caer en manos de los numerosos salvajes de allí.

Encontró el Hermano a muchas criaturas, las cuales, aunque no lo podían expresar con su lengua, siendo recién nacidos, exigían de su modo, que se los bautizase, para que así blanqueados volasen al instante a la morada de los ángeles. Más extensamente se habló de todo esto en las Cartas anuas de 1637 y en la Historia General de la Provincia, la cual pronto se publicará<sup>162</sup>.

No le parecían exagerados sus trabajos y sudores, para devolver a las reducciones los refugiados en los escondrijos de las selvas por miedo de los brasileños. Los hacía subir a los enfermos que encontraba a su propio caballo, proporcionado a él por los superiores para su mayor comodidad, mientras el mismo, muy contento, volvía a pie a la reducción distante unas 100 leguas. Un día había así encontrado a un indio exhausto de fuerzas por su enfermedad. Le puso sobre su caballo, y él, con sus 70 años, lo condujo a casa con muy grande caridad, asido en la rienda para no hacer pasar el caballo por malos, ensillándolo cada vez al amanecer para el pobre indio, mientras decía: “Preparo el caballo para mi Señor”, viendo en el pobre a Cristo Nuestro Señor, como él mismo lo enseñó.

Al fin, después de haber sufrido allí grandes trabajos fue llamado otra vez al colegio de Córdoba, para servir allí de principal portero, cual ministerio desempeñó con satisfacción de todos. Era muy cumplido, de gran familiaridad con Dios, pasando gran parte de la noche en oración en el templo, e hincado de rodillas, o postrado en el suelo, habiendo conseguido el permiso de los superiores para estas visitas a deshora. Su preparación a ellas era una cruel disciplina, usando además de otros muchos piadosos inventos, para humillarse o mortificarse al comer y descansar. Su vivo natural, que le molestaba mucho por el peligro de arrastrarle a sentimientos precipitados, había, por esta vida mortificada, dominado de tal modo, que parecía haberlo trocado a lo contrario y el menor descuido en refrenar los ímpetus, que se le asomaban, le causaron gran remordimiento de conciencia. Un día se le había escapado una palabra algo áspera al ser molestado por un hombre petulante. Después lo sintió tanto, que deseaba irse mal vestido por las calles de la ciudad, para condescender con aquel hombre molesto, y pedir perdón, y no se tranquilizó hasta que los superiores le prohibieron esta humillación.

Con ocasión del consabido decreto para nosotros referente al uso del bonete (sacerdotal) era el primero que se sujetó a las órdenes de los superiores. Otras virtudes más no se pudieron ocultar fácilmente entre las paredes de la casa, sino se manifestaron también a los de afuera, así que el obispo del Tucumán muchas veces solía decir, que nadie como el Her-

---

<sup>162</sup> Seguramente se refiere al trabajo del Padre Nicolás del Techo, quien en 1648 obtuvo la licencia del padre general Gosvino Nickel para escribir la historia del Paraguay y la vida de los mártires muertos en ella. Recién llegó a publicarse en 1673. Esta *Historia* que llega hasta el año 1660, constituye un tomo en folio de 400 páginas donde, además de insertar una descripción geográfica, se refirió a los principios de la conquista. Luego se editó en flamenco en 1718, en inglés entre 1743 y 1746 y más de cien años después en castellano (versión traducida por Manuel Serrano y Sáenz) en cinco tomos publicados en Madrid en 1897.

mano Bernal causaría envidia, y la causaría cada vez más. Por largo tiempo ocultaba las molestias corporales, hasta que se le consumían las fuerzas, y se vio obligado a postrarse en la cama. A un confidente suyo de los nuestros manifestó, que sus dolores eran tan grandes que le parecía que unos perros hambrientos estaban desgarrando sus entrañas. Durante toda su enfermedad, no se quejaba, sino cuando le hacían más caso, como le parecía bien, suplicaba a los enfermeros que se abstuviesen de querer consolarle, y que no se hiciesen gastos por él. A los que querían velar al moribundo, dijo que se fuesen a reposar para cobrar las fuerzas necesarias ya que no moriría aquella noche, ni sin testigo, como si hubiera sabido la hora de la muerte por inspiración superior. Realmente murió el Sábado Santo, mientras se entonaba el *Gloria in excelsis* en la misa que se celebraba a esta hora en nuestro templo. Su última suplica era ser puesto al suelo, con grandes sentimientos de piedad. Los nuestros se confirmaron en su persuasión de estar con él en la gloria, por el suave olor que percibieron en su aposento, donde expiró. Murió bien auxiliado el 13 de Abril de 1661.

### *La muerte del Hermano Alonso Nieto.*

Acaeció el mismo año de 1661 la santa muerte del Hermano Alonso Nieto, coadjutor temporal. Era natural de Extremadura, descendiente de familia acomodada. Ya en el siglo era un joven muy formal pero como religioso se distinguió por su virtud. Desde niño era muy devoto de la Santísima Virgen, estando acostumbrado a rezar las horas del oficio parvo y el rosario de ella. Correspondió esta buena Madre con cada vez mayores favores espirituales, protegiéndole en repetidos peligros de muerte, de los cuales sea permitido referir uno solo. Un día había ya salido del puerto, para hacer su fortuna en las Indias, cuando una repentina tempestad hizo naufragar el buque que fue tragado por las olas, dejando con vida a muy pocos, y entre ellos a Alonso, el cual fue arrastrado por ellas arriba y abajo, desde las siete de la noche hasta el amanecer. En esta mortal angustia invocó a María, la cual le oyó, pues, fue arrojado al fin a la arenosa playa del puerto. Dijo después, que en aquel terrible trance le parecía que una invisible, pero conocida mano, le sostenía sobre las olas.

Llegado al fin acá, desempeñó el cargo de escribano público con tal honradez, que era estimado por todos, por cierto, un caso muy raro. A nadie molestaba, a todos servía, siempre favoreciendo la paz. Al iniciarse un litigio, una vez persuadido, de que lado era la justicia, disuadía a la parte contraria de insistir en el pleito, para no perder inútilmente el tiempo y el dinero, cosa que no pudo menos que ser aprobado por todos, llamándole la gente: ángel de paz.

Estaba casado con una señora muy religiosa, noble y rica, y entre los dos existía este único litigio, quién de los dos era más piadoso. Era él muy acostumbrado, en el siglo, a repartir sus bienes para fines religiosos y entre los pobres, y así, muerta su esposa, y entrado en nuestra Compañía, donó a nuestro colegio de Córdoba una respetable estancia<sup>163</sup>, su rico mobiliario

---

<sup>163</sup> Además de la estancia de Alta Gracia, su principal posesión, donó inmuebles en la ciudad de Córdoba que fueron enajenados por la Orden.

rio y numerosos esclavos; y esto a un tiempo tan crítico, que faltaba a los nuestros hasta lo más necesario para vivir y vestirse.

Todos le felicitaron por su resolución de ingresar a religión. Por motivos religiosos soportó una grande injuria, aunque provocado, no se vengó. Le había dado una bofetada, delante de toda la gente, un individuo criminal. El dominio sobre sí mismo, en este tranco, llegó a tal grado que se echó a los pies del ofensor y le pidió perdón. Fue arrojado a la cárcel aquel individuo; pero Alonso intercedió por él delante de los jueces. Esta clase de venganza arrebató a todos a la admiración, resultándole la injusta injuria no a deshonra, y el perdón a mayor gloria delante de la gente, ya que la sinceridad de esta virtud era ya conocida por anteriores casos.

Andaba con la idea de entrar en religión, pero todavía no pudo resolverse definitivamente. Se dirigió, por lo tanto, mucho a Dios, para que le iluminase, y encargó misas con la misma intención. Al fin le pareció que la Virgen le invitaba al estado religioso con estas palabras: “Ea pues, arregla tus asuntos, y entra en esta santa Compañía!”.

Al instante obedeció a la voz de Dios que le llamó, encaminándose sin demora a nuestra casa, teniendo por compañero a un jovencito, hijo de su hermano, al cual había hecho venir de España, para que fuese su heredero. Pidió para los dos la admisión a la Compañía, al tiempo, en que recién había partido a la ciudad de Santa Fe el Padre Provincial, dejando poder (de seguro, por un presentimiento misterioso, ya que Alonso todavía no se había manifestado sobre su idea de entrar en religión) de admitirlo en la Compañía de Jesús, si lo pidiera. Una vez recibido en ella, aunque a él como hombre de avanzada edad, debían molestar las prácticas infantiles y pueriles de los novicios, sin embargo que era humilde, sujetándose a todo; y aunque se sabía que era hombre muy rico, se portó como si fuese un hombre pobre, no admitiendo siquiera servicios de parte de aquellos siervos que había donado a la Compañía; siendo él mismo muy servicial para con todos. Comulgaba dos veces a la semana. Y cuando, entrado en años, se le debilitó la memoria, sin embargo la comunión no olvidó nunca. Él se arrastraba, apoyado en su bastón, a la iglesia, donde dirigía, gran parte del día, su mirada llena de respeto al sagrario. Al acordarse de la dicha del estado religioso, le subían las lágrimas a los ojos. Omíto la mención de sus otras muchas y muy grandes actos de virtud; pero no puedo callar de la increíble paciencia en los sufrimientos de sus últimos días causados por la vejez, estando postrado en cama por más de un año, pareciendo más fuerte que Atlante y más inmóvil que las (...) en la tempestad, sufriendo callado, diciendo solo *Alabado sea Dios, Hágase su voluntad*. Se pudiera decir mucho todavía de su edificante vida, con la cual se preparó para la eternidad, a la cual entró, bien auxiliado, a la edad de 90 años, habiendo vivido 21 años en la Compañía.

### *La muerte (necrología) del Hermano Diego Lolieu*

Un año después, murió el Hermano coadjutor Diego Lolieu, a la edad de 90 años. Era inglés (bretón, flamenco?) de nación del estado de Arstoo (Anton?)<sup>164</sup>, donde entró a la Compañía, llegando a esta Provincia con el Padre Viana, entonces Procurador de esta Provincia. Sirvió casi siempre, desde entonces, de sastre, siempre muy laborioso, hasta que, por su avanzada edad ya no pudo dedicarse a su oficio. Sin embargo se hizo útil todavía con fabricar objetos de devoción, y prolongó más la lectura espiritual y la oración. Advirtió una vez con espanto, como alguna gente impúdica intentaba echarle redes para ajar el lirio de su pureza; sin embargo, quedó firme, y, para librarse del peligro, acudió al director espiritual, el cual, con prudencia, puso remedio. Sufrió mucho de (pódagra y gíragra) artritis en manos y pies, lo cual atribuyó mucho a ganar méritos por su paciencia. Murió, bien sacramentado, el 10 de octubre de 1662<sup>165</sup>.

---

<sup>164</sup> Estos interrogantes de Leonhardt son salvados por Storni quien afirma que el hermano Lolieu nació el 2 de julio de 1582 en Béthune, Paso de Calais, Francia. Ingresó a la Compañía de Jesús en 1614, llegando a Buenos Aires dos años después y muriendo en Córdoba el 18 de octubre de 1662 (SORNI SJ, Hugo, p. 164).

<sup>165</sup> Continúa la descripción del colegio de Santiago del Estero, la necrológica del hermano Claudio Flores y del padre Juan de Humanes, el colegio de Buenos Aires con las necrológicas de los padres Pedro de Helguera y Juan de la Guardia. Prosigue el colegio de Santa Fe, luego el de San Miguel de Tucumán con la necrológica del hermano Gregorio Proaño, los colegios de la Rioja y de Salta. Posteriormente se enumeran las misiones de los calchaqués, de Jujuy con las necrológicas del padre Baltasar de Abadía y el hermano Domingo Suárez. Luego se inscribe el colegio de Asunción y las reducciones de itatines y de los ríos Paraná y Uruguay, donde se incluye la reducción de San Ignacio, Itapúa, Loreto con el compendio de la vida del padre Juan de Hornos, la Candelaria, la de los santos Cosme y Damián, Santa Ana, San Ignacio de Yavevirí y la necrológica del padre Diego de Salazar, Corpus, San José con la necrológica del padre Pedro de Mola, la de los mártires del Japón con la necrológica del padre Pedro de Salas, San Carlos, San Nicolás, San Miguel, Concepción, San Francisco Javier, Santa María la Mayor, Santo Tomás, Asunción del Mbororé y finalmente Nuestra Señora de los Reyes del Yapeyú.



## Carta Anua de 1663-1666<sup>166</sup>

### *Cartas anuas de la Provincia del Paraguay desde el año de 1663 hasta el año de 66.*

#### *Colegio de Córdoba.*

El Colegio de Córdoba es del Paraguay el más importante y ordinariamente cuenta 60 sujetos, inclusive los novicios, los padres de la Tercera Probación, Hermanos coadjutores y escolares, y los demás sacerdotes. En la costosa, hermosa y espaciosa construcción de su templo, todavía no acabada, han transcurrido ocho años sin la más mínima interrupción, sin mencionar los grandes gastos del colegio, en compras varias, vasos sagrados de plata y numerosos ornamentos sagrados, todo sin menoscabo de las obras de caridad, organizadas desde esta especie de centro de refugio, en socorro de los muchos necesitados que aquí no faltan nunca: al contrario, se dieron más limosnas que nunca, no sólo a gente seglar, a religiosos y a religiosas. Parece que Dios nos recompensó con extraordinarios rendimientos de la estancia.

Tenemos aquí una Universidad muy floreciente en letras, y muy frecuentada de estudiantes, que llegan hasta acá de tierras muy remotas, a no pequeño levantamiento del nivel de conocimientos, y a gran honra de la Compañía. Aquí se dan también los grados a los más adelantados, después de una estricta serie de pruebas y exámenes, y con aparato solemne. Tiene la Universidad tres profesores de teología, dos que enseñan filosofía y un padre dedicado a la enseñanza de humanidades para los nuestros, mientras dos sujetos más enseñan las primeras letras y gramática a los muchachos seglares. Últimamente fueron introducidos los estatutos de las Universidades de Chuquisaca y de otras, con ocasión de desempeñar mi cargo de Visitador de la Provincia, lo que ha levantado el prestigio de la nuestra. Entre estas

---

<sup>166</sup> Esta Anua está escrita y firmada por el padre provincial Andrés de Rada y su sucesor el viceprovincial Francisco Jiménez que se mantuvo en su cargo entre 1665 y 1669. Consta de 29 fojas y es dirigida al padre general Goswino Nickel aunque las recibió su sucesor Pablo Oliva (Biblioteca del Colegio del Salvador, Cartas Anuas, 1663-1666, Estante 11).

determinaciones precisamente aquella llamó la atención y fue recibida con gran satisfacción en el recinto de los magistrados y doctores reunidos en el claustro para la proclamación oficial de ellos, que ordena que nadie será promovido al grado, cuya suficiencia no consta por mayoría de votos de los examinadores.

Muy copioso también ha sido el fruto recogido por el asiduo trabajo apostólico de nuestros Padres, ya que toda la ciudad acude a nuestra iglesia para confesarse, y siendo especialmente grande el concurso de fieles con cada ocasión de la fiesta de la Virgen María, tanto que los nuestros apenas pueden dar abasto a este inmenso gentío. La congregación de caballeros ha sido dirigida con gran solicitud por el Padre Rector, contribuyendo a fomentar de gran manera la devoción de toda la población a María Santísima, la imagen de la Asunción de la Virgen de una maravillosa hermosura, recientemente llegada de España por encargo de esta fervorosa congregación, colocada en su altar especial, provisto por los mismos.

Las claras verdades de los Ejercicios de nuestro santo Padre Ignacio han ilustrado las mentes de muchos cuyo buen criterio se había trastornado por las neblinas de los pecados con muy buenos resultados prácticos.

Pues, se dieron en nuestra iglesia; y los que los hicieron seriamente, vieron sus buenos efectos, de enmienda de vida, de ocios extinguidos, de malas costumbres desarraigadas encendiéndose en sus corazones un santo celo de hacer participar también a otros de su dicha, alargándoles la mano para que saliesen del cieno de sus vicios.

La muerte sorpresiva de cierta mujer, acompañada de claras señales de haber sido una muestra de la justicia de Dios, instigó a un joven, mal relacionado con ella, ya desde muchos años a esta parte, para que hiciese los Ejercicios, de los cuales se había escapado hasta ahora, no obstante las invitaciones hechas repetidas veces, de parte de uno de nuestros Padres. Dios se apiadó de él durante este retiro, y él correspondió a la divina gracia, vomitando el veneno que le corroía entre un torrente de lágrimas, y comenzó desde este momento una vida tan ejemplar, que todos quedaron maravillados por la decidida religiosidad de un hombre, antes conocido por su obstinación en los vicios.

Se admiraron no menos sobre la conversión de otro insigne pecador, con ocasión de los santos Ejercicios; pues, dedicado antes a un lujo exagerado, lo comenzó a detestar de tal manera, que se vistió en adelante con el sayal de los Terceros de San Francisco.

No poco trabajo llevó a nuestros Padres cortar las graves enemistades, ya muy arraigadas en los corazones.

En especial, dos de las familias más principales se tenían un odio mortal ya desde tiempos muy remotos, y en vano se había trabajado para establecer la paz entre ellas. Sucedió que aquel individuo que era la causa principal de toda esta discordia, y arrastraba en pos de sí todo su poderoso séquito, oyese predicar a uno de nuestros Padres un sermón de Semana Santa, cuando de repente se sintió trocado, apagándosele la llama de la discordia, volviéndosele la paz y el sano juicio.

Al instante se dirigió a la habitación de su contrario, se le echó a los pies, y entre lá-

grimas y con ruegos muy sentidos le pidió perdón, alcanzándolo, a una inmensa satisfacción de toda la ciudad.

Las estancias pertenecientes a esta jurisdicción exceden al número de seiscientos, algunas de ellas muy distantes de la ciudad, fundadas de españoles pobres. Más pobres son ellos por su abandono espiritual. Por lo cual se empeñan nuestros Padres procurarles largamente el sustento de la vida espiritual, aunque con muchos trabajos y sacrificios de nuestra parte, en el frío del invierno, y el calor del verano, por caminos casi intransitables, por páramos secos, por profundos pantanos y ríos, por horribles precipicios, y montañas casi inaccesibles, con enormes gastos de viajes por aquellas regiones dilatadas. Pues tiene que costear el mismo colegio los bastimentos, ropa, cabalgadura, y objetos de devoción para regalar. Pero al sacrificio corresponde una riquísima cosecha de almas, en semejante campo, regado por los sudores de nuestros Padres. Serían menester más padres de los que se envían para recoger la abundante mies. En realidad, son muchos que misionan en los alrededores más cercanos, mientras sólo dos pasan por las poblaciones más apartadas, para predicar la luz del Evangelio. Han dispuesto los superiores que siempre haya cuatro caballos a la mano, para que en caso de necesidad, pudiesen salir nuestros Padres (a las confesiones de moribundos), a muchas leguas de distancia, determinación muy acertada, para no acobardar a esta pobre gente de llamar al sacerdote a auxiliar a los enfermos. Pues, antes muchos murieron sin haber recibido los últimos sacramentos. Las propias estancias del colegio no sólo son profieras en frutos del país, sino también en frutos espirituales porque allí se junta no sólo el personal de la misma estancia, sino también innumerables personas más de los alrededores, para dar misa y para recibir los santos sacramentos, y así, bien fortalecido de lo alto, emprender sus caminadas. Desde allí también se sale a visitar y consolar a los enfermos, detenidos en sus respectivas casas.

Es casi imposible determinar exactamente el gran número de confesiones, y sólo me limito a contar algunos casos notables.

Cierta mujer había, por una detestable vergüenza, cerrado de tal modo el camino de salir del triste estado de su alma, que estaba resuelta, a manifestarse a nadie del mundo, estando como dominada del demonio el cual se le presentó no raras veces bajo una forma horrible, amenazándole, pegándole, vejándole de mil maneras, y teniéndola subyugada por la lujuria. Ella misma se atormentaba con grandes austeridades de ayunos y disciplinas, pero sin ninguna esperanza en la misericordia divina, de poder alcanzar, jamás el perdón de sus pecados. Llegó a tal grado su desesperación que ya pensaba en quitarse la vida, colgándose en una cuerda. Estaba ya por ejecutar esta determinación, cuando el mismo día llegaron allá los Padres misioneros. Presenció ella los saludos de ellos desde el púlpito al pueblo que había acudido de las poblaciones circunvecinas, impresionándose ella, por lo que decían, de tal modo que ya no pudo contener el triste secreto de su alma manifestando todo en la confesión. Cayó, así, de su cuello el pesado yugo de su miserable esclavitud quedando ella en adelante libre de las insidias de Satanás.

Llegaron un día nuestros Padres a la caída de la tarde, a cierta casa donde vivía un individuo que era el escándalo de todos los transeúntes: pues vivía ya él ya por muchos años

mal amistado, teniendo siempre consigo una mala mujer. Por lo tanto, aquel hospedaje [forzado] no pudo agradar a nuestros viajeros. Al amanecer fue la diligencia de aquel individuo de mala conciencia esconder su cómplice en el monte, para que nuestros misioneros no le reconviniesen por su mala vida. Allí, empero, ella supuso su vida a un grave peligro, siendo luego mordida por una víbora, y se vio obligada a volver a casa lamentando por los terribles dolores que sufría. Le asistieron espiritualmente los Padres, procurando que el veneno del alma no le sería más dañino que el de la víbora, aconsejándole que se confesase a los médicos puestos por Dios. Se le aumentó a cada momento el tremendo dolor, resistiendo a todos los remedios, así que la mujer se vio obligada a hacer penitencia, no obstante de la contradicción de su cómplice.

Sanó ella del veneno de la víbora que le había causado tanto tormento, y para que ella no volviese a su pecado, la separaron los Padres de su mala amistad, procurándole en otra parte una colocación.

Había un joven muy enredado en los vicios y muy agitado por los estímulos de su conciencia, hasta llegar a la desesperación. En este estado de ánimo se entregó por completo a los vicios, y se marchó a las tierras de los bárbaros para cometer sus crímenes con más libertad. Así se metió en las juntas de los hechiceros y participaba en las canciones en honor de los ídolos. Fue llevado por los indios hasta los coloquios con el príncipe de las tinieblas. Se presentó realmente a ellos muchas veces bajo figuras alegres, aconsejándoles que pasen buena vida, y que se permitiesen toda clase de licencias; que no se afligiesen de nada; y entonces siempre podían disfrutar de su intervención. A este pobre envuelto en las redes tenebrosas, plugo a Dios, abrirle los ojos [sobre el triste estado en el que estaba] y al instante se apartó de allí; pues, felizmente supo que se habían acercado por aquel tiempo acercado nuestros misioneros a aquellos parajes; predicando sus acostumbradas misiones. A éstos se dirigió solícitamente, les abrió toda su perversidad, pidiendo y alcanzando perdón.

Otro hombre libidinoso estaba tan desesperadamente envuelto en las redes que le había tendido una mala mujer que negó deshacerse de ella sino por la muerte. Esta muerte no se dejó esperar; pues, por aquel tiempo se acercaba a aquella, según solía, a casa de su cómplice cuando él cayó de repente muerto, sin la menor señal de dolor y arrepentimiento de sus pecados, por el contrario, habiéndose siempre negado a oír los consejos de los Padres.

Sólo el cielo era ya capaz para hacer confesarse bien a una mujer, después que ella, siempre hasta ahora, había engañado a su confesor, y así se había obstruido e camino a la bienaventuranza eterna. Cayó ella en una dolorosa y grave enfermedad, en la cual, al fin, se vio obligada a confesarse [bien] a uno de nuestros Padres y luego murió.

No menor era el celo apostólico de nuestros Padres en la misión de los pérfidos y feroces habitantes del valle de Calchaquí, los cuales tantas veces han perturbado la paz y tranquilidad de los españoles por sus continuos asaltos, en especial en los años próximo pasados, durante los cuales con brutal insolencia, y repartidos en bandadas, invadieron y saquearon las estancias quemando edificios, destruyendo las sementeras, y haciendo inseguros todos los caminos. Al fin se les declaró la guerra, poniendo el gobernador remedio a tantos males. Durante todas estas operaciones militares, y acudiendo la milicia de todas las ciuda-

des, pudo también la Compañía hacerse útil a la tropa que se juntó en Córdoba para marchar al lejano campo de operaciones. Pues los nuestros contribuyeron literalmente con vituallas para la campaña. Más todavía: el mismo gobernador juzgó que le podría ser útil la aceptación de que gozaban los Padres siempre entre aquellos bárbaros, y que por ella se pudiera conseguir más por estos últimos, que por la fuerza, y así, en virtud de las instrucciones del Consejo de Indias, y por su propia autoridad pidió a los Padres de la Compañía para capellanes militares de la expedición que él iba a emprender, como se le concedió. Muchas veces en adelante, no tuvo empacho en declarar públicamente, que [de esta asistencia] dependería la victoria y nunca le abandonó esta idea hasta el feliz éxito de la guerra. Lo mismo decían todos los demás, que a consecuencia de aquel buen tratamiento se habían sujetado los bárbaros, sin que hubiera necesidad de derramar sangre.

Al volver los soldados llevaban consigo un botín vivo (el cual consistió en la más belicosa y feroz tribu de los Quilmes, a la cual llevaban desterrada, para que no hiciera daño a la vecindad de las ciudades).

Les fueron al encuentro los dos Padres que entendían la lengua de los cautivos, para consolarlos en su desgracia y hacerles soportable el cautiverio por medio de bastimentos y donecillos. Al llegar a la ciudad, hubo más ocasión todavía para ejercer la caridad. Los proveyeron de nuevo con víveres, porque sin demora se tuvieron que marchar los pobres treinta leguas más, al lugar asignado a ellos por el gobernador. Allí se les concedió sólo un breve descanso, y otra vez, y otra vez, durante este largo viaje, procuraron nuestros Padres que se socorriese donde la ciudad a esta gente que perecía de hambre. Se comprende fácilmente que por esos servicios caritativos, se conquistaron de tal modo los Padres el cariño de los indios, que ya no rehusaron se les bautizase a sus hijos, hasta ofreciendo por gratitud a los mayorcitos, a que sirviesen a los Padres en cualquier parte. Por eso también pudieron impedir los padres que los indios no se suicidasen colgándose de una cuerda. Constaba esta tropa de salvajes más de mil almas, bautizándose sus hijos [*indescifrable*].

Desde aquel lugar, donde se les había concedido un breve descanso, tuvieron que caminar por ciento veinte leguas hasta el Puerto de Buenos Aires, con la intención de quitarles por la distancia toda esperanza de poder volver a su tierra natal, donde antes habían cometido tantas fechorías. También en esta trasmigración los acompañaron algunos de nuestros Padres, sintiendo ellos mucho la desgracia de los indios (de seguro, un trabajo muy meritório, el de consolar a los desterrados, y detenerlos a quitarse a sí mismos la vida). Pues, antes muchas veces decían que se iban a matar a sí mismos. Al llegar a la ciudad, se portaron con mucha confianza para con nosotros, por los servicios y hospedajes recibidos, y con sus hijos en brazos venían a nuestra casa, para pedir que los bautizasen, o les enseñásemos la religión. Mientras tanto no faltaron ocasiones para ejercer la paciencia de nuestros Padres, por las injurias y vejaciones de parte de aquellos, que nos debían más bien gratitud por beneficios recibidos.

### *Necrología del Padre Francisco Hurtado*<sup>167</sup>

Era hijo de una familia pura y noble de Cuzco. Vino de allí a la capital del reino de Perú, para formarse en letras y costumbres, como convenía un joven distinguido. Entre los alumnos internos de San Martín, donde la instrucción y educación está a cargo de los nuestros, supo por su virtud y letras, conquistarse la benevolencia del venerable Padre Arriaga. Llegado a la edad de veinte años, siguió los consejos de aquel Padre y abrazó el estado religioso en la Compañía. Vivió en ella cuarenta y siete años, siendo profeso de cuatro votos. De la ciudad de Lima partió al Paraguay, parte por preferir la mayor distancia de sus parientes, parte por sus deseos de poder ayudar a los operarios de aquella recién fundada misión. En Córdoba concluyó sus estudios con buen resultado y fue ordenado de sacerdote. Después fue enviado a su patria para arreglar la sucesión de sus finados mayores. Era muy edificante durante este largo viaje, como lo atestiguaron aquellas personas, con quienes tuvo que tratar, mostrándose como buen hijo de la Compañía.

Trajo en su vuelta su rica herencia de once mil ducados, con otros muebles más para aliviar generosamente la pobreza que apremiaba al colegio, el cual, en consecuencia de esta limosna, pudo al fin levantar el colegio, y librarse de sus deudas, en especial por verse ahora en la situación de poder comprar una estancia de mayor rendimiento, que aquella que había sido prometida a la Provincia.

Más generosamente todavía se portó [este Padre] con redimir a mucha gente miserable del triste cautiverio del demonio, por medio de sus sabios y elocuentes sermones, y por oírlos en confesión con presteza y paciencia, o por gobernar las casas a satisfacción de los de adentro y los de afuera.

Siendo ya de edad, sufrió una total parálisis de sus miembros, por lo cual tuvo que servirse de una silla portátil, o quedarse postrado en la cama, donde ni moverse pudo, cayendo a veces al suelo, sin perder, con todo, su buen humor. Había contraído este lamentable estado de salud por sus antiguas correrías apostólicas, tan incansables, por montes y llanos, en el calor del verano y por pantanos. La aceptó como de la mano de Dios, el cual quiso con esto probar su paciencia. Una vez reducido a la inacción, quería, sin embargo, hacerse útil todavía confesando a muchos, sentado en su silla, o tendido en la cama, y confesando a otros con piadosas conversaciones, hasta que terminó sus días, después de haber recibido los últimos sacramentos, el 9 de febrero de 1664.

### *Necrología del Hermano Diego Banzos*<sup>168</sup>

Murió este Hermano a la edad de treinta años, el 7 de junio de 1666. Vivió seis años

<sup>167</sup> Nació en Cuzco el 3 de diciembre de 1596, ingresando a la Compañía de Jesús en 1616. Sus últimos votos los dio en Santiago del Estero en 1634 (STORNI SJ, Hugo, p. 244).

<sup>168</sup> Nació en Riberas, Oviedo, España, en 1636, ingresando a la Compañía de Jesús de Toledo en 1660. Llegó a Buenos Aires tres años después y pasó a Córdoba, donde murió (STORNI SJ, Hugo, p. 30).

en la Compañía muy religiosamente como uno de los más fervorosos escolares. No se notó en él ni la menor falta contra las santas reglas, como atestiguan sus superiores, a los cuales obedecía con prontitud.

Era natural de Asturias, descendiente de una de las más nobles familias de aquel principado, y había pasado la juventud con sus características de piedad, siendo la honra de su distinguida familia. Frecuentaba nuestras escuelas, siendo siempre muy edificante, juicioso, modesto, pacífico.

Ya muy recomendable por sus progresos en la virtud, entró a la Compañía en la Provincia de Toledo, para ser enviado después a esta nuestra, donde prosiguió con mucha aplicación sus estudios, adelantando al mismo tiempo en la vida espiritual, de tal modo, que pedía frecuentemente a Dios, que le quitase la vida, si después de los veinte años ya no adelantaría en la virtud.

Persiguió tan cruelmente a su cuerpo, que no necesitaba de estímulo, sino de freno para que con sus grandes austeridades no debilitara su cuerpo. Todas las vigiliias, precedentes a las festividades de la Virgen, ayunaba a pan y agua, y para no llamar la atención de sus compañeros, lo tomaba, con permiso de los superiores, en su aposento. Era tan humilde que muchas veces se declaraba indigno de consideraciones, y en esta sincera persuasión muchas veces rogaba a los superiores, que no lo tuviesen por capaz para proseguir los estudios. Pero, como demostraba en los ejercicios literarios bastante suficiencia, y lo mismo en las demás cualidades, necesarias a un operario de la Compañía, no se condescendió a sus humildes deseos. En su gran familiaridad con Dios y sus Santos no se contentaba con los Ejercicios Espirituales reglamentarios, sino dedicaba a la oración gran parte del día, sintiendo que las obligaciones de la Compañía no le permitían dedicarse a Dios el día entero, y lo recompensaba, al salir de su aposento (donde casi siempre quedaba retirado) con hacer visitas en el oratorio privado, donde se reservaba el Santísimo Sacramento. Lo visitaba también regularmente antes y después de las clases y los otros ejercicios.

Se notaba que se acercaba su fin, cuando en su grave enfermedad de una fiebre maligna apareció la complicación de una afección pulmonar. Se había sentido mal ya por un mes entero, sin dar cuenta de su estado, hasta que se agravó de tal manera su malestar, que ya no pudo mantenerse en pie, y tuvo que acostarse, sufriendo mil dolores. Todavía nadie se dio cuenta de la gravedad de su enfermedad, aunque lo examinaron varias veces los médicos, hasta que le sobrevinieron vómitos de sangre, que eran al principio muy violentos pero en el decurso de la enfermedad más expeditos, aunque entre grandes dolores. Entre santos sufrimientos, era la mayor congoja del enfermo, su persuasión de ser modesto a otros. Por lo tanto dirigía fervorosas súplicas a Dios, que le abrieran las puertas de la cárcel de su cuerpo, para irse él más bien al cielo, antes de molestar a alguien por su impaciencia. Conservó su claro conocimiento hasta el fin, lo mismo la paz y tranquilidad de su alma, haciendo fervorosos actos de caridad, y de dolor y arrepentimiento por sus pecados pasados, hasta que murió, rodeado de sus hermanos en religión, los cuales sentían una santa envidia con este Hermano por su tan singular religiosidad y gloriosa suerte, de poder entrar sin estorbo al cielo. Murió bien auxiliado con los últimos sacramentos.

## *Necrología del venerable Padre Francisco Vázquez de la Mota*

En el mismo año murió nuestro Padre común, en cuyo seno casi todos los sujetos de esta Provincia han sido formados. Me atrevo a decir (sin quitar los méritos a nadie) que entre los héroes de esta Provincia, él fue el mayor, el más apreciado. Murió a los noventa años de su edad, lleno de méritos, habiendo pasado setenta en la Compañía, a gran honra de ella, pareciendo a ella este espacio de tiempo muy corto en comparación con el amor que le tenía, ya que nunca quería ella verse privada de semejante preciosa joya. Había pasado después de su profesión de cuatro votos, cincuenta y tres años. Fuera del peso de sus muchos años sufría de la casi obstrucción de su vía urinaria, lo cual le aceleró la muerte. Los últimos ocho días quedó postrado en cama entre atroces dolores, tanto que semejante triste espectáculo podía ablandar de lástima hasta un corazón de piedra. Plugo a Dios, darnos a él como ejemplo de paciencia y prepararle una riquísima corona en el cielo por el cúmulo de males que sufría sin queja, al contrario, con sincero agradecimiento hacia la justicia divina.

Era natural de Belmonte, ciudad de la provincia de Toledo, y su familia era descendiente en línea recta de los condes orgacenses, y tuvo por tío al celeberrimo Padre Gabriel Vázquez. Era desde su niñez muy vivo y despierto, de una feliz memoria, de su gran sinceridad y bondad, muy servicial y atento, y muy inclinado a la virtud.

En Granada entró a la Compañía, y tuvo la gran dicha de tener por instructor de la vida espiritual al venerable Padre Alonso Rodríguez, a la sazón maestro de novicios, el cual, descubriendo las prendas de su discípulo, se le mostró muy benévolo. Éste, por su parte, llevó impreso en su corazón y guardó fielmente la santa instrucción de su Padre espiritual, las cuales conservarán su valor por los siglos venideros...

Su salida de España a estas tierras, después de haber concluido sus estudios, la alcanzó, después de encarecidas súplicas, de nuestro Padre General Claudio [Aquaviva] de santa memoria. Su viaje hizo en compañía del Padre Diego de Torres, el cual partía de España con el cargo de fundar esta Provincia. Al llegar a la capital del Perú, se fue el Padre Diego de Torres de Visitador a Nueva Granada, mientras el Padre Vázquez, todavía no ordenado de sacerdote, por no llegar a la edad canónica, comenzó a enseñar filosofía en el muy afamado colegio de Lima.

Manifestó con esta ocasión su gran talento, como si hubiera sido hecho para esta clase de cargos.

Al terminar el curso de filosofía, fue ordenado de sacerdote. Pronto después abandonó a Lima, siendo compañero de viaje del mismo Padre Diego de Torres hacia esta provincia nuestra. El primer cargo que desempeñó el Padre Vázquez en el colegio de Córdoba, fue el de ministro de la casa al cual, aunque no le era agradable, sin embargo lo desempeñó a satisfacción de sus compañeros, dando él a todos buen ejemplo de moderación y piedad. No duró mucho este cargo, porque pronto tuvo que enseñar de nuevo filosofía. Terminado el curso, fue trasladado a Santiago de Chile; para enseñar teología, quedando por muchos años con este cargo, habiendo sido siempre un maestro de primer orden. Se apartó al fin de este trabajo para tomar sobre sí el cargo de Rector, primero en Santiago del Estero, y dos veces en Cór-



doba, siendo además varias veces maestro de novicios e instructor de los Padres de la Tercera Probación, para acabar con ser nombrado Provincial. En todas estas ocupaciones, era siempre eximio, a todos aceptó, lo mismo como confesor y director de conciencia. Para con todos tuvo un corazón de Padre, y era un seguro refugio para los que sufrían perturbaciones del ánimo; era el consuelo de los enfermos, rebozando siempre de amor, y puedo asegurar que jamás ha dejado ofendido a alguien. Le tenían demasiada confianza, para llevarlo a mal, cuando una vez, por obligación de su cargo, tuvo que castigar a alguien severamente. Así es que nadie se quejaba de él.

No bastan estas Anuas para enumerar todas sus virtudes preclaras, que ejercía en nuestra presencia. Sólo un poco de ellas quisiera referir. Lo demás se dirá en la Historia General. Tenía él a todos los demás por superiores a él, también en las ramas que él enseñaba con tanta maestría. De allí venía que, cuando otro se distinguía en el saber, lo reconocía sin envidia, alabando en el otro la profundidad de ideas y la elegancia de la forma, diciendo que él mismo no se hallaba capaz para tanto. Muchos casos hubo de esta clase, que comprobaban el profundo arraigo de su modestia y humildad.

Así sucedió en la ciudad de Santiago del Estero que (según costumbre de la Compañía, en estas poblaciones reducidas) se juntó con las demás gentes, durante la procesión del *Corpus Christi* para acompañar al Señor sacramentado, renunciando al lugar de precedencia entre el clero y las comunidades religiosas, como le correspondía por su cargo de Rector, sufriendo las injurias de un lego de otra religión, con admirable mansedumbre y humildad, el cual le mandó con atrevimiento, retirarse a lugar más humilde, porque no sería digno de ocupar el lugar de preferencia.

Sin alterarse en lo más mínimo, contestó (nuestro Padre). Tiene razón nuestra Paternidad, franqueando el lugar por aquel pretendido. Este caso de heroica humildad edificó grandemente a todos.

Un caballero distinguido llevó muy a mal sus sermones al pueblo, seguramente porque le había tocado en lo vivo, tanto que no pudo contenerse de insultar públicamente al orador y difamarle en todas partes como si fuera el Padre de baja procedencia y notado por la misma Inquisición. Se calló el Padre oponiendo únicamente el silencio a semejante provocación atrevida. El cielo mismo se encargó de su defensa, resultando él tanto más honorificado, ya que el obispo y la principal nobleza conocían muy bien su ilustre prosapia, y la dieron a conocer, juntamente con el testimonio de su intachable conducta. Aquel caso se propaló más allá de los fines de esta tierra, y su fama llegó a oídos de su hermano en España, que era caballero seglar. Éste trasmitió a su hermano (en América) la genealogía de su familia, juntamente con abundantes testimonios de la pureza de su sangre: allí también apareció la larga lista de los relacionados entre ellos con el Santo Tribunal, por los cuales no pudo haber sospecha en este sentido; cerrando la múltiple documentación auténtica, el nombramiento de nuestro Padre Francisco Vázquez de calificador del Santo Oficio. Pero ninguna fuerza humana, sino sólo la muerte, manifestaron estas prolíficas y honoríficas cartas, que significaban el glorioso triunfo de la humildad de su destinatario.

Fuera de todo esto, se pudo conocer su humildad en sus facciones tranquilas y serenas,

ajenas de cualquier alteración, aún en circunstancias que hubieran causado la perplejidad e irritación de cualquier otro. Así un día se le falló la memoria, mientras estaba predicando el panegírico de cierta fiesta. Dijo gracias a Dios, bajó tranquilamente del púlpito y salió de la iglesia diciendo: *Bonum mihi, quia humiliasti me.*

Ya desde mucho tiempo atrás estaba él acostumbrado a estos ejercicios de humillación propia, así no era de maravillarse de que se recreaba ahora también en despreciarse a sí mismo y ser despreciado de otros. Pues, estando él todavía en Sevilla, al mismo tiempo que estaba allí estudiando uno de los nuestros, salió un día, según nuestra costumbre, para juntar la gente pobre a la doctrina, con cual ocasión tuvo que sufrir las injurias de un hombre atrevido, en contestación de su bondadosa invitación al catecismo, llegando aquel individuo al punto de darle una bofetada. Él, empero, le ofreció la otra mejilla, para que la hiciese a su gusto.

Desde su niñez guardaba su pureza angelical. Al entrar a la Compañía hizo su confesión al Padre Alonso Rodríguez, y siendo preguntado con mucha insistencia por aquel insigne director espiritual, si había ocultado una falta contra la pureza; [contestó que] no le había pasado tal cosa por la mente, sino le era totalmente desconocida esta materia; y le hubiera quedado desconocida, a no tener que estudiarla para poder dedicarse a la salvación de almas.

Siendo él Rector hizo comparecer cierta matrona por un asunto. Siendo ella una gran embustera, había impartido a sus perversos criados las instrucciones del caso, tuvieron que detener al compañero del Padre en la antesala, mientras aquella, lejos de los testigos, pudiese cometer sus obscenidades. No tuvo idea el Padre de este plan inicuo y entró. Pronto, notó algo sospechoso en la conducta de la mujer, en su traje y modo de hablar, y comenzó a llorar y se salió apresuradamente, reprendiendo a su compañero por haberle dejado solo. Tuvo, empero, el cuidado de ocultar la impudencia de la mujer, pretextando por motivo de su retirada, quererla esperar juntamente con su compañero, hasta que, presentándose ella decentemente, la pudieron saludar y despedirse los dos, volviendo a toda prisa al colegio, notándosele el susto por el cual había pasado.

Era muy amante de la pobreza por lo cual no acumulaba libros en su habitación, donde no se hallaban sino sus propios manuscritos; frecuentando él por lo demás asiduamente la biblioteca común, donde consultaba las obras que necesitaba. No se permitía ninguna comodidad que le hubiera distinguido de los demás, aunque nadie se hubiera extrañado, después de tantos años de Compañía. Hasta la poca vista, consecuencia de su avanzada edad, procuraba ocultar. Se sentaba juntamente con los demás en el comedor, para comer lo que comían los otros, aunque le hacía mal; hasta que tuvieron que intervenir los superiores, temiendo ellos por su salud, por el frío de las noches del invierno, por la cortedad de su vista, y por la debilidad de sus piernas. Sin embargo no admitía un plato exquisito, que no era común a todos. Si descubría semejante piadoso contrabando, prefería comer nada de eso, hasta que se le diesen manjares comunes a los demás. Por cierto si pudiesen hablar las paredes de su retirado aposento, manifestarían el frecuente descuido de aquel que tenía que servir al anciano Padre, lo cual este último nunca propaló, quedando siempre agradecido, y

alabando como grandes los servicios de aquel. Pues, no raras veces se le dejó todo el día sin comer, y sin embargo, no se quejó. Por lo cual quedaban los de la casa cada vez más persuadidos de su eximia santidad, no descubriéndose en él ninguna de las debilidades humanas que suelen manifestarse en los ancianos, y hacen tan difíciles el cuidar de ellos.

También su obediencia era perfecta y acabada. Cumplía cualquier mandado de los superiores, como si hubiera salido de a boca de Dios, y sólo recurría a varios piadosos inventos, por los cuales sólo se hacía más expedido a la obediencia, y quitaba la repugnancia o deslealtad a otros, para que fielmente cumpliesen lo que se les había encargado.

Creo que nadie le igualaba en el amor a nuestro Santo Padre Ignacio. Recomendaba frecuentemente los incomparables Ejercicios de San Ignacio, y los hacía con gran consuelo y provecho espiritual. No pudo sufrir que se buscaba este último en toda clase de autores, menos en el libro áureo de los Ejercicios. Ponderaba el progreso en la virtud, ante todo según la familiaridad que tenía uno con los Ejercicios de San Ignacio.

En su más avanzada edad, su debilidad le hizo también pesado de oídos, por lo cual tuvo, a gran dolor suyo, abstenerse de oír las confesiones de los nuestros, y las de las monjas de Santa Teresa, cuyas conciencias hasta el momento había dirigido con tanto acierto y provecho de ellos. Después de haber dado ya buena prueba de su paciencia, se le mejoró el oído, pero se agravó la debilidad de los ojos, siéndole muy doloroso el abstenerse en delante de decir la santa misa, lo cual había hecho todos los días con indecible consuelo; no pudiendo tampoco ya rezar el oficio divino del breviario, ni hacer lectura espiritual, ni otras prácticas piadosas acostumbradas. Sin embargo, supo ocuparse todavía, dando los Ejercicios cada año a su tiempo, confesando, haciendo las exhortaciones domésticas a los nuestros, y (ya que no pudo decir la misa) comulgando muy devotamente.

Era además un inmenso servicio, que nos hizo en su avanzada edad, darnos el ejemplo de una heroica paciencia en aquellos sufrimientos que le asaltaban de todos los lados. Se recreaba ya únicamente con sentencias de la Sagrada Escritura, sin que se le oyera queja alguna, sino sólo actos de ofrecimiento en sus grandes dolores, y suspiros con que anhelaba el cielo; y a sus muchos actos de caridad, sólo la muerte pudo poner fin. Pudo recitar todos los últimos sacramentos, lamentando toda la ciudad su muerte, prueba de la general aceptación de este Padre.

No dejaría de mencionar algunas señales, con las cuales el cielo comprobó la santidad de nuestro Padre. A una señora de probada virtud a la cual habían ordenado los confesores poner por escrito todo lo extraordinario que sentía en su alma, manifestó tres veces el cielo la gran virtud y santidad del Padre; a lo cual estaba conforme la intachable conducta y el fervor religioso del Padre. Así lo vio una vez en forma de corderito sobre la blanca nieve, otra vez, como descansando en sus brazos [divinos]. Vio además su corazón como un vaso de oro, lleno de flores de gran hermosura y de mil colores: los cuales, y al ser expuestos a los rayos de una grande luz, despidieron hacia el cielo un ambiente de olor suavísimo.

Más todavía. Se hallaba aquella una vez muy triste, porque aquel día no pudo asistir a la santa misa, cuando vio de repente la figura del Padre, el cual al mismo tiempo decía la misa en la capilla del noviciado: vio al momento de la consagración, cómo bajó el Señor del

cielo sobre el corporal, con facciones muy afables, y en forma de un hermosísimo niño. Al leer el mismo sacerdote el último Evangelio de San Juan, vio ella otra vez al Salvador, al cual servía de cuna la misma tabla del Evangelio, adornada de oro y piedras preciosas, siendo la cabecera dorada muy extendida y rodeada de una hermosa inscripción, de cuyas letras salieron cristalinos arroyos, que formaron juntos un gran río, el cual se derramó al pecho del Padre.

Así le manifestó el cielo los secretos más recónditos, encerrados en aquellas letras del Evangelio, los cuales aumentaron aquella mar de sabiduría, que desbordó de sus labios al explicar la doctrina evangélica, y refrescaba tanto a los corazones sedientos que le escuchaban, y los hacía fértiles en virtudes.

Cierta monja de Santa Teresa había rogado mucho a Dios en su santo retiro por la salud del Padre Vázquez, ya gravemente enfermo, cuando el lúgubre repique de las campanas le advirtió que había ya muerto. Se acordó en este momento, que el Padre le había prometido, en caso de que él muriera primero, de alcanzarle en el cielo la gracia de un gran arrepentimiento de sus pecados, y un gran amor a la Virgen Santísima. Se cumplió esta doble promesa de dolor y arrepentimiento, y amor a la Virgen, [y lo sintió] lo sintió como nunca ella lo había sentido en su vida, no acabándosele, hasta hoy día, las lágrimas de consuelo.

La opinión de su santidad se confirmó además por conservarse sus facciones frescas y lozanas, acudiendo el pueblo en masa para verlo y besar sus restos, pidiendo al mismo tiempo una reliquia de los objetos que usaba el Padre. Muchos, que habían invocado su intercesión, han experimentado su poder delante de Dios, tanto que por su fama de santidad, a nadie se le ocurrió rogar por el eterno descanso de su alma. Concurrió toda la ciudad y las Comunidades religiosas para tributarle los últimos honores con motivo de su entierro, cantando cada convento su oficio fúnebre en particular. Nadie pudo apartar la vista al hermoso y querido cadáver, hasta que quedó encerrado en el ataúd y cubierto de tierra<sup>169</sup>.

[...]

---

<sup>169</sup> Continúa con los colegios de Buenos Aires, Santiago del Estero y Asunción con las necrológicas de los padres Pedro Vázquez, Antonio de Villagran y Bernardo Tolú. Siguen los colegios de Salta, San Miguel de Tucumán, La Rioja y Santa Fe. Posteriormente los pueblos del Itatí con las necrológicas de los padres Lucas Quessa y Justo Mancilla (Josse Van Suerck). Finalmente las reducciones del Paraná y Uruguay con San Ignacio del Paraguay y la necrológica del hermano Francisco Couto, Encarnación de Itapúa con las necrológicas del hermano Blas Fernández y el padre Antonio Palermo, Candelaria y los santos Cosme y Damián, Santa Ana, Loreto, San Ignacio de Yabebirí, Hábeas y la necrológica de Francisco Clavijo, San Carlos y la Necrológica de Francisco Nieto (sobrino de Alonso fundador de Alta Gracia), concepción y la necrológica de Juan de Sassatelli, San Miguel Santa María la Mayor y Mártires, San Francisco Javier y la necrológica de José Oregro, San Nicolás, Asunción de Mbororé y Yapeyú.

## **Carta Anua de 1667<sup>170</sup>**

### ***Cartas anuas de la Provincia del Paraguay de este año de 1667***

En este período contó la Provincia 168 sujetos inclusive los escolares y Hermanos coadjutores. Entre ellos hay 108 sacerdotes, y 20 escolares, siendo los demás Hermanos coadjutores. Ninguno de ellos, gracias a su amor a Dios, y a la disciplina religiosa, ha dado ocasión de descontento a su superior, pues, todos son gente modesta y concienzuda, inclinados a obedecer al instante a su superior, y a fomentar la mutua caridad entre sí mismos y la paz para con los extraños, teniendo ellos gran cuidado de chocar con nadie, y mucho menos con personas de autoridad. Nuestros Padres misioneros han recorrido apostólicamente toda la provincia, saliendo ellos de sus respectivos colegios, con el resultado consolador de siempre como se verá al referir los sucesos de cada colegio.

### ***El Colegio de Córdoba***

Hay aquí 25 sacerdotes, 16 Hermanos escolares. Y otros tantos Hermanos coadjutores, total 57 sujetos. Las facultades mayores y menores conservan su esplendor ya referidos en las Anuas anteriores; y los Padres se dedican con celo a los demás Ministerios de la Compañía. Pues, toda la ciudad suele acudir a nuestra Iglesia para recibir los santos sacramentos; y día y noche, cuando hay necesidad, son llamados siempre los nuestros para auxiliar a los moribundos. Las monjas de Santa Teresa, con facultad del Ordinario del lugar, su superior, ya desde hace tiempo, estaban acostumbradas a confesarse con los Padres destinados a este fin; pero recientemente tenemos que prestar este servicio también a las monjas de Santa Catalina de Siena, ya que nos lo pidieron con tanta instancia. Además tenemos que predicarles, y dar los Ejercicios de San Ignacio a ambos conventos, y esto con gran provecho espiritual de ellas, por las ilustraciones de la mente y los afectos del corazón. Llamó la atención a los mismos habitantes el fervor religioso de las monjas, desde que están bajo la di-

---

<sup>170</sup> Esta breve carta la envía el padre provincial Andrés de Rada al padre general Pablo Oliva . (Biblioteca del Colegio del Salvador, Cartas Anuas, 1667, Estante 11).

rección espiritual de nuestros Padres.

Ya por varios años falló a las sementeras la lluvia, y por consiguiente resultó mala cosecha y creció sobremanera el número de los pobres hambrientos. En esta carestía aumentaron nuestros Padres las limosnas para los pobres, de los cuales, como ya insinué abunda tanto esta ciudad. En especial, a ambos conventos de monjas se ha repartido toda clase de socorros con abundancia, y, sin embargo, no sufrimos quebranto en nuestras rentas; al contrario, parece que la Divina Providencia nos aumentó el producto de las estancias, para poder acudir a las grandes necesidades que sufrió toda la ciudad.

La construcción de la iglesia, que dura ya tantos años, ha sido continuada sin interrupción, aunque la circunstancia de que las rentas de la estancia se ocupaba en limosnas, hubiera acobardado a otros de continuar a una obra tan costosa.

El noviciado, adjunto a este colegio fue edificado hermosamente en su sitio, más aislado y más devoto. El antiguo edificio amenazaba ruina.

Tan pronto que llegó acá el aviso oficial de la muerte de Don Felipe IV, Rey de España, ordené que cada uno de nuestros sacerdotes ofreciese tres misas para el eterno descanso del ilustre difunto, esperando otras disposiciones de parte de Vuestra Paternidad; además se apresuró el Colegio a celebrar solemnísimos funerales para el Rey, insigne bienhechor nuestro, levantando un gran catafalco, rodeado de velas de cera y adornado artísticamente con las insignias reales, y cargado con piezas literarias alusivas a este luto, escritas caligráficamente, con arabescos y miniaturas, así que todo el aparato alcanzó casi hasta la bóveda. Asistieron a estos funerales, como testigos de nuestro respeto y nuestra gratitud para con el Rey, los oficiales Reales, el clero y el claustro universitarios y un numeroso gentío. Se cantó un Réquiem polífono e se hizo un discurso fúnebre, quedando el auditorio muy satisfecho de estos últimos honores a su Rey.

Nada menos que cuatro misioneros han salido de este colegio, misionando por la comarca; dos de ellos en la llanura regada por los ríos Primero, Segundo, Tercero y Cuarto, donde se hallan muchas estancias y aldeas; las otras dos en la parte montañosa; correspondiendo en todas parte el resultado a la labor invertida. Se pudieron bautizar muchos indios calchaquíes, desterrados acá por fechorías cometidas en su tierra, los cuales juntamente con los anteriores de la misma raza, no mencionados en las Anuas anteriores, son por todo, entre grandes y chicos, unas 129 almas, esperando los obreros de esta viña del Señor, que estos neófitos, sujetos el dominio español, quedarán constantes en la fe.

### *Necrología del Hermano Benito Panis* <sup>171</sup>

Era natural de Flert en Francia, de padres católicos y honrados, y era sastre de profesión, sustentando con el ejercicio de este su oficio a sus mayores pobres, los cuales le tenían gran

---

<sup>171</sup> El año de su nacimiento es el de 1583, ingresando a la Orden en 1606 y dando sus votos en 1620. Dos años después llegó a Buenos Aires, muriendo en Córdoba el 20 de febrero de 1667 (STORNI SJ, Hugo, p. 212).

cariño por este y otros motivos. Sin embargo, la dura necesidad le obligó salir de su tierra, para ganarse la vida en otra parte, y se ocupó en el taller de un maestro del mismo oficio, el cual estaba contratado a hacer la ropa del colegio. Este, después de haber experimentado la habilidad y formalidad de aquel joven, le encargó en adelante el corte y confección de nuestra ropa. Este oficio era para él un grado para subir a cosas más altas. Pues, por el trato familiar con los nuestros, le vino poco a poco un aprecio de la Compañía aunque antes no la podía ver siquiera. Por el mismo tiempo llegó la noticia de los trabajos y privaciones de los de la Compañía en las Indias, en especial, por falta de Hermanos coadjutores; entonces no dejó piedra por mover para alcanzar la admisión en la Compañía y la destinación a aquellas tierras, para poder ofrecer allí sus oficios. Dos años enteros se había empeñado incesantemente a ser recibido en la Compañía, marchándose a Barcelona, para hablar con el Padre Provincial, para que le facilitara la tan deseada admisión y aquel viaje. En realidad consiguió ambas cosas. Ya estaba en el noviciado, cuando le sobrevino una fiebre maligna, que resultó hética. Así le tenían muchos por inhábil para hacer los votos de la Compañía. Él, empero, suplicó con instancia a los superiores que le empleasen para los oficios más humildes, y él se sujetó a todo, contento y alegremente. Mientras él estaba así ocupado, plugo a Dios, que se le restableciese por completo la salud, de tal modo que se le podía encargar a la vez todos los oficios del colegio, el de sastre, dispensero, enfermero y cocinero. Hizo enseguida los tres votos de la Compañía y aunque deseado en muchos colegios, fue destinado a Zaragoza, donde comenzó a trabajar con todo ahínco siendo en todo un buen religioso. Sucedió mientras tanto que pasaba por allí el Padre Francisco Vázquez Trujillo, procurador de esta Provincia a Roma, al cual manifestó su deseo de ser enviado a este último rincón del mundo, para dedicarse a la salvación de las almas. No lo hubiera conseguido, sino el muy Reverendo Padre General hubiera removido todo obstáculo, dando las órdenes del caso a los superiores inmediatos. Ya en el camino prestó muchos servicios de caridad, y en Lisboa supo salvar la vida a muchos enfermos. Pues, hacía tiempo, que había adquirido gran práctica en la medicina y farmacéutica. Descubriendo que por allí se hacían muchos disparates en la curación de nuestros enfermos, suplicó a los superiores que le encargasen de su cuidado, lográndose así la salud de muchos, que ya estaban desahuciados.

Los gloriosos sudores de este Hermano, acostumbrado al trabajo duro, derramados en las misiones y colegios, han contribuido mucho a su prosperidad, como lo experimentó en especial este de Córdoba del Tucumán, cuyo estado material se mejoró grandemente por la industria de este Hermano, invertido tanto en las estancias, como en casa. Era grande su natural modestia de vista, su exactitud en la disciplina religiosa, su amabilidad en el trato mutuo, su prontitud en prestar servicios, hasta para con los esclavos, a los cuales acudía en sus necesidades y los cuidaba como una madre en sus enfermedades, tanto que los pobres quedaron muy agradecidos. Todos los buenos manjares que se le regalaban para el viaje, lo repartía a los pobres y enfermos.

Llamaba la atención que el hermano no dejó parte del día sin ocupación. Los ratos libres que le quedaban, después de haber cumplido con sus encargos, destinaba a picar leña para la cocina; y estando en el campo se le veía arrastrándose agobiado por una carga de leña, que sacaba a hombros de la vecina montaña para el uso de la casa. No se crea que por todo eso había perdido jamás un instante de los acostumbrados Ejercicios Espirituales. Se

levantaba en la mañana puntualmente, al toque de la campana, rezando de rodillas luego las tres Ave Marías del Ángelus y el ofrecimiento a Dios, hacía sus visitas en la iglesia y sus coloquios a los Santos de su devoción. Rezaba el santo rosario a la Virgen, (a la cual amaba mucho) fijándose bien en los diferentes misterios de él, variándolos cada día. Era muy austero por el uso de las pertenencias corporales hasta su avanzada edad.

Su amor a la santa pobreza era extremado, y todos sus ajuares que se le encontraron después de su muerte, consistían en sus instrumentos de penitencia, en el libro de reglas y la Imitación de Cristo. En la pureza imitaba a los ángeles del cielo, y como prueba de esto se puede aducir que este hombre que por oficio tenía que tratar con toda clase de gente, jamás, en tantos años, se atrevió a algo que no, según el testimonio de la misma gente, estaba impregnado del espíritu de la castidad.

Ardía de celo por la salvación de almas, siendo para muchos, con quienes tuvo que tratar, un asidero, con cuya ayuda salieron del fango de sus pecados. Supo una vez, que una de las esclavas intentaba matar su criatura antes de nacer, por ser ilegítima; logró prevenir este atentado estimulando a la criminal al arrepentimiento. Para que la criatura, al nacer, no propalara por su lloro incesante la deshonra de su madre, procuró salvar la honra de ella, enviándola a otra parte, donde diera a luz.

Había cierto hombre que andaba con la intención de seducir a cierta doncella honrada. Él lo supo e hizo lo posible para quitarle esas ideas. Aquella empero estaba por casualidad presente a una instrucción espiritual de las esclavas contándose ejemplos, y él se aprovechó de la ocasión, haciéndola ver indirectamente la fealdad del pecado.

Así llevaba una vida muy ejemplar, edificando por su conducta aún a religiosos ya veteranos; hasta que se enfermó muy gravemente, postrándole por espacio de siete meses enteros, y sufriendo él muy grandes dolores. Comenzaron con punzadas al costado muy agudas, después se extendieron hacia la pierna, donde apareció un gran tumor, el cual, abierto por una operación, se convirtió en una gran llaga, por donde salió gran cantidad de materia descompuesta. Se juntaron con todo esto otras dolencias que acabaron al fin con sus fuerzas, trocándole en un esqueleto o vivo cadáver.

Durante su enfermedad comulgaba muchas veces en forma de Viático, confesándose él cada día, y haciendo continuamente actos de virtud, de caridad, humildad y paciencia, no oyéndole proferir quejas; edificando a todos que le visitaban. Habiendo recibido todos los últimos sacramentos, descansó en paz para recibir los eternos premios del buen obrero, el 20 de febrero, a la edad de 87 años, 61 de Compañía, 46 de su formación.

### *Necrología del Padre Juan de Acuña*<sup>172</sup>

Era portugués de nación, y en Buenos Aires entró en la Compañía el año de 1636. De-

---

<sup>172</sup> Nació en Oporto, Portugal, en 1612, dando sus últimos votos en 1666 en Córdoba, donde fallece al año siguiente (STORNI SJ, Hugo, p. 2).



sempeñó los ministerios de coadjutor espiritual, en cuanto no excedían su capacidad mental, teniendo a su cargo, casi por toda su vida, la administración espiritual de las quintas y las estancias, tanto de este, como de otros colegios, siendo siempre un buen religioso, edificando extraños y domésticos.

El año de 1666 fue llamado, desde su residencia en la estancia de Jesús María, a una distancia de 14 leguas de pésimo camino, para asistir a un moribundo con los últimos auxilios. Este viaje le costó a él mismo la vida, agravándosele la enfermedad, de que padecía hacía tiempo, y que consistía en un mal de estómago tan grave, que no pudo retener ni la comida más liviana. Habiendo aguantado ya esta enfermedad por un año entero, sin abandonar el puesto que se le había encomendado, al fin ya no pudo más, y se retiró a casa, donde quedó postrado todavía tres meses sufriendo continuamente grandes tormentos, con gran paciencia y resignación a la voluntad de Dios. Le consolaba sobremanera que tuvo la dicha de morir en la Compañía. Se confesaba todavía a menudo, entre lágrimas de sus fallidas y recibió al fin el Santo Viático y la Extremaunción, muriendo santamente el 15 de noviembre, a los 56 años de edad, y 32 de Compañía<sup>173</sup>.

[...]

---

<sup>173</sup> Continúa una descripción del colegio de Asunción con las necrológicas de sus difuntos. Luego los colegios de Santiago del Etero y Buenos Aires. Posteriormente el colegio de Salta y los trabajos apostólicos en Jujuy, además de los realizados con los calchaquies. Siguen los colegios de Santa Fe, San Miguel y La Rioja para luego entrar en las reducciones del Paraná y el Uruguay, la necrológica del jesuita flamenco Luis Ernot.

## Carta Anua de 1668<sup>174</sup>

### *Cartas anuas de la Provincia del Paraguay de 1668*

Aunque me abstengo de escribir muchas cosas, por ser semejantes a lo referido repetidas veces en las anuas anteriores, y por ser breve, sin embargo no puedo menos que afirmar que el amor a la vida religiosa y a los trabajos apostólicos, han florecido en esta temporada tal vez más que nunca, esmerándose los nuestros en dar buen ejemplo a los extraños y ganar sus almas. Los colegios no tienen ni un centavo de deudas. La Provincia contaba este año 168 sujetos, de los cuales 108 eran sacerdotes, 16 escolares, y los demás Hermanos coadjutores.

### *El Colegio de Córdoba*

Tiene 20 sacerdotes, 14 hermanos escolares, 16 Hermanos coadjutores, y sólo 3 novicios. Fomentó mucho la observancia religiosa la circunstancia de que los años próximo pasado se libró al colegio de buen número de sujetos de mala ley. La Universidad florece siempre con el mismo esplendor y prestigio de que ha hallado ya repetidas veces. El número de sujetos se ha reducido tanto, porque el Padre Procurador que tenía que traer nuevos desde España, ya tantos años no pudo partir del puerto. Pero los pocos (estudiantes nuestros) sirven para inspirar amor a las letras a los muchos estudiantes seculares, hijos de las familias más distinguidas de estas tierras, los cuales frecuentan nuestras aulas. Por la penuria de los habitantes y la pobreza de la tierra no se habían organizado en ninguno de nuestros colegios hasta la fecha las procesiones de la doctrina cristiana; pero ahora, con el favor de Dios, se han dedicado los sujetos más conspicuos a este ministerio, acostumbrado en Europa, y se han iniciado con feliz resultado y con universal asistencia de la gente. Esta ha sido ocasión para adelantarse un paso más, y se ha comenzado a celebrar el jubileo de doctrina de San José, tan célebre en Es-

---

<sup>174</sup> La firma el padre provincial Andrés de Rada y la dirige al padre general Pablo Oliva. Al igual que la anterior es muy breve, sencilla y concisa (Biblioteca del Colegio del Salvador, Cartas Anuas, 1668, Estante 11).

paña. Sobre sus copiosos frutos referiré en las anuas siguientes.

Este colegio, donde ahora abundan los sacerdotes, pudo enviar nada menos que ocho de ellos a misionar por el campo, adelantándose dos de ellos, más allá de los acostumbrados términos, trepando por las ásperas montañas, y por valles que sólo son madrigueras de tigres para buscar por aquellos parajes a hombres semejantes a las fieras. Llegaron a la primera ciudad de la jurisdicción del Reino de Chile, llamada la Punta, misionando por sus poblaciones vecinas, no correspondiendo en aquella misma ciudad el resultado al trabajo invertido. Hablando ellos allí de la brevedad de la vida y de los castigos eternos por los pecados cometidos, comenzaron a alborotarse los habitantes contra los mensajeros de la paz. Estaban ya los misioneros por marcharse a San Juan, distante de allí 100 leguas a los pies de las altas montañas, llamadas la Cordillera de Chile, cuando el Rector del colegio de la ciudad de Mendoza les indicó por carta, que aquél trabajo caritativo correspondiera a él y así desistieron de su propósito. Dieron vuelta por la sierra de Córdoba, donde había muchos necesitados. Volvieron al fin a casa después de una ausencia de muchos meses.

Salieron en su lugar otros dos fervorosos misioneros hasta los ríos de Santiago, por donde regularmente trabajan dos Padres de aquel colegio. Otros dos misioneros a la luz de los cuatro ríos más cercanos a Córdoba todo a casa cargados con los frutos de sus ministerios apostólicos. Quedó todo el mundo edificado de la abnegación de nuestros Padres, y de su bondad y prudencia, con la cual supieron ablandar hasta al hombre más obstinado: el cual era caudillo de un gran fuego de discordia, la cual iba creciendo de día en día entre los habitantes de uno de los ríos susodichos. Aquel individuo había jurado que nada fuera de la muerte le podía detener de tomar venganza, y solía enfurecerse contra aquellos, aunque fuesen de gran nobleza y autoidad, que le querían detener en su funesto intento. Se arregló amistosamente aquella discordia después que los nuestros con mucha paciencia habían desmarañado el lío.

Se pudieron bautizar calchaqués adultos bien preparados, y en diferentes épocas del año otros 50 de la misma nación, entre chicos y grandes.

### *Necrología del Hermano Juan de Aragón*<sup>175</sup>

Era natural de Castro a las orillas del Cantábrico (Vizcaya). Era de familia distinguido, y en su juventud se había dedicado al comercio; y por ese motivo había llegado al Brasil, y de allí a Buenos Aires, sufriendo naufragio al entrar en el dilatado Río de la Plata. Fue arrojado con unos pocos compañeros a una playa pantanosa, de la cual apenas se pudo librar. Estaban todos casi muertos de hambre y tuvieron que pasar por aquellos salvajes antropófagos, escapando de ellos felizmente. Desde el puerto de Buenos Aires pensaba irse al Perú, esperando que pudiera allí rehacer su fortuna. Ya llegado a los confines del Perú, y estando a la sazón en la

---

<sup>175</sup> Nacido en Castro-Urdinales, Santander, en 1585; ingresó a Compañía de Jesús del Paraguay el 7 de enero de 1608. Sus últimos votos los dio en Asunción el 15 de setiembre de 1619 y falleció en Córdoba el 18 de agosto de 1668 (STORNI SJ, Hugo, p. 17)

ciudad de Jujuy, entró en amistad con los de la Compañía de Jesús, los cuales pasaban por allí, conducidos por el Padre Diego de Torres, primer procurador de esta Provincia a Roma. Se juntó con ellos vistiendo la sotana de los nuestros. Hizo su noviciado en Córdoba de donde fue enviado a la Asunción, capital del Paraguay. Él con sus propias manos levantó las murallas del colegio con material concreto, él era el primero que labró la tierra con azadón y arado, para procurar la comida de sus hermanos de religión, dedicados a los sagrados ministerios y a la salvación de las almas. Se dedicó al mismo tiempo a muchos otros oficios humildes, por espacio de ocho años y después se encaminó para asistir a los misioneros de indios paraguayos y guaycurúes recién convertidos. Les sirvió de cocinero [o despensero] y en muchos otros oficios; en especial siguió a los escapados por montes y breñas para buscar y devolverlos a la reducción, exponiéndose en esta empresa hasta al peligro de vida. Honró a la Compañía con el fiel desempeño de todos los trabajos propios a un Hermano coadjutor. Cuando el Padre Provincial le destinó de compañero del Padre procurador de Roma, Gaspar Sobrino dijo a este: “*A vuestra Reverencia entrego por compañero a un esclavo blanco; y en realidad, como tal soportó en todas partes*”. Pues, era extremadamente humilde. Un día le dijo su superior, que bien merecería unos azotes el muchacho, que estaba a su cargo y servía de monaguillo. Al instante se puso a disposición para sufrir el castigo. Contestó el superior, que no lo entendía de esta manera, sino sólo quería decir que aquel muchacho, que allí estaba presente, cumpliera mejor con su cargo.

Al fin, después de haber pasado su vida entre muchos trabajos, se enfermó de tal manera, que quedó largo tiempo postrado por la contracción de todo su cuerpo dando él un preclaro ejemplo de paciencia. Después de dos años sanó, y fue destinado a enseñar a los niños las primeras letras, pasando en este sus últimos diez años, hasta que se quebró por completo su salud, sobreviniéndole otras enfermedades más; así que hubo que exonerarlo de este y de los demás cargos. Su única ocupación era en adelante, arrastrarse, como ir a la iglesia, asistiendo toda la mañana a las misas que se celebraban, y visitando al Santísimo Sacramento. Su enfermedad principal era su avanzada edad, durando su última sólo veinte horas. Recibió todos los últimos sacramentos, y murió el 18 de agosto, a los 83 años de edad y 60 de Compañía, 49 después de sus últimos votos<sup>176</sup>.

[.....]

---

<sup>176</sup> Continúa con la descripción de los colegios de Asunción, Santiago del Estero y Buenos Aires. Luego lo hace con el de Salta y la misión de Jujuy, para continuar con las reducciones del Paraná y Uruguay.

**Carta Anua de 1669 1672<sup>177</sup>**  
*Cartas Anuas de la Provincia del Paraguay*  
*Desde el año 1669 inclusive hasta el de 1672 inclusive*

Tengo que omitir mucho para ser bien, ya que son cosa semejante a las tratadas ya en Anuas anteriores.

Esta provincia tuvo en los años próximos pasados apenas 130 sujetos, entre sacerdotes, escolares, Hermanos coadjutores y novicios, repartidos en 8 colegios y 22 reducciones populosas donde nuestros operarios se dedican con entusiasmo a su pesada tarea, la cual sería suficiente hasta para fuerzas gigantescas. En todas partes procuran la salvación de las almas, con buen éxito, tanto en misiones campestres muy distantes, como en los ministerios sacerdotales del mismo colegio, siendo nuestros Padres los únicos que son elegidos de confesores. La escasez de personal redujo a cinco o seis los sujetos de cada colegio.

Entre todos los colegios de la Provincia es el más grande el de Córdoba, donde sus pocos moradores tienen que trabajar por muchos. Desde allí son enviados dos veces al año dos misioneros por las regiones campestres, donde trabajan con buen resultado apostólicamente. Tuvo por falta de otros dedicarse por dos meses hasta el mismo padre rector del colegio, el cual, en todas partes, fue recibido como mensajero de la paz, ya que por su misma autoidad, pudo quitar muchas discordias entre las numerosas familias de cierto valle, muy relacionadas entre sí por el parentesco. Acompañó al rector en este ministerio un profesor de teología, después de tres meses todavía no cumplidos, movido por las incesantes súplicas de otros, diseminados por allí de que no se los dejase sin asistencia espiritual.

En las riberas de uno de los cuatro ríos del distrito de Córdoba había una estancia, donde hubo tres sujetos que parecían esperar la llegada de los misioneros sólo para el fin de pre-

---

<sup>177</sup> Esta carta, compuesta de 9 fojas y media, no lleva ni fecha ni firma. Posiblemente fue enviada por el provincial Cristóbal Gómez quien asumía en 1672. Lo hacía continuando el mandato del viceprovincial Agustín de Aragón quien llevaba los destinos de la provincia desde 1669 en que tuvo que reemplazar al padre provincial Andrés de Rada. Está dirigida al padre general Paulo Oliiva. (Biblioteca del Colegio del Salvador, Cartas Anuas, 1669-1672, Estante 11).

pararse para su muerte inminente. El uno de ellos era español y los otros dos eran indios. El español era un hombre muy enfermo que deseaba mucho confesarse y comulgar. Se prestaron como siempre para eso los misioneros, tan pronto como llegaron a aquellos parajes. Apenas auxiliado, espiró, con muy buenos indicios de su eterna salvación. Los otros dos, después de haberse preparado como convenía, le siguieron uno o dos días después. Todos estos se hubieran muerto sin confesión, porque fuera de los misioneros no había, sino muy lejos, otro sacerdote.

Tal feliz término no tuvo la vida de otro sujeto de la comarca del mismo río, el cual, para sustraerse de la confesión, se escapó por la campiña. Al haber pasado por allí los misioneros, volvió el infeliz, jactándose de su escapada. Pero de repente murió impenitente.

Cierto indio, todavía no bautizado, se atrevió a acercarse a los sacramentos, engañando por su anterior a usanza de los españoles, al sacerdote, hasta que Dios mismo sugirió al misionero la pregunta, si era bautizado. A esto presentó aquel un documento, por el cual constaba que no estaba bautizado por haber abandonado su tierra natal de sólo infieles en edad ya madura, no habiendo hecho nunca las diligencias de caso. El misionero tuvo que instruir y bautizarlo.

Muy grandes patentes hizo aquí San Javier, lo cual fomentó mucho en todos la devoción hacia este Santo.

Me abstengo de mucho que pudiera yo mencionar aquí, y sólo referiré los casos más notables.

Una señora muy distinguida recién había dado a luz a un niño, el cual se enfermó, y fue llevado como muerto. Estaban ya preparando su sepultura, y mientras estaban adornando el cuerpiño con flores, como se acostumbra con criaturas recién bautizadas, e aquí abrió los ojos y comenzó a dar ruidos, le tomó la ama de leche y lo alimentó, lo que antes había rehusado.

Este repentino restablecimiento y vuelta a la vida, fue atribuida a la poderosa intercesión de San Javier, porque habían puesto al cuello del niño reliquias del Santo, invocando al mismo tiempo su intercesión.

Ha sido ese caso el preludeo a otro más notable. La madre del niño había quedado muy enferma de las consecuencias del parto, hasta que también ella fue llevada como muerta, porque ya no daba señal de vida. Descubrió que todavía le latía el corazón. Invocó la enferma, con los últimos restos de fuerza a San Javier, haciéndole promesas en caso de sanar. Plegó a Dios devolverle la salud por intercesión de San Javier. Abrió de repente ella los ojos y volvió en sí de su desmayo. Se acercaba ya el día de la fiesta del santo, y ella, completamente restablecida, pudo asistir a las funciones sagradas de la iglesia.

El nuevo parto del año siguiente le dio otro niño, el cual ya en los primeros días de su vida por su debilidad, se redujo casi a solo cuero y huesos, y por quince días no pudo alimentarse de más de apenas una cucharada de leche. Así era más patente el portento que después obró también con él San Javier, dándole la salud, quedando por tan esclarecidos hechos toda la población muy devota a San Javier, acudiendo ella en todos sus apuros a su podero-

sa intercesión. Ambos niños, en memoria de los prodigios, se llamaban Javier.

Una de las monjas de Santa Teresa sufría de úlceras en todo el cuerpo, endureciéndose sus entrañas, al mismo tiempo casi como una piedra; por el cual ya quedaba varios años postrada. Durante su enfermedad había alcanzado varias veces alivio, haciendo mandar a San Javier. Una vez, apenas hecha su promesa, pudo levantarse, y quedar en pie, no habiendo podido, poco antes, ni menear sus miembros en la cama, ni con ayuda de tres monjas. Recayó, sin embargo en su enfermedad y ya estaba desahuciada por el médico, y sólo para prolongarle un poco la vida le recetó una solución de polvo de acero en gran cantidad. Ella renunció a tomar esta medicina, con permiso de su confesor, porque tuvo escrúpulo en desconfiar a su gran protector San Javier de que le devolviese la salud.

Suplicó ella al confesor que se dirigiera de su parte a San Estanislao, cuya fiesta de beatificación ya se acercaba; para que este santo, en unión con San Javier, más fácilmente impetrase el restablecimiento de su salud. Prometió el confesor que por ocho días quería ofrecer la santa misa con esta intención. Todavía no había pasado el séptimo día de este octavario, cuando avisó la monja por carta al confesor que de repente habían desaparecido los tumores, así que estaba sana. Por lo tanto, que tuviera la bondad de ofrecer la octava misa en acción de gracias por el beneficio hecho por San Javier. Hubo una buena comprobación del milagro. Había visto en sueños una monja a San Javier, mientras dormía un poco, descansando de las fatigas en asistir a la pobre moribunda, la cual le daba mucha lástima por sus grandes sufrimientos. Vio ella a San Javier, acompañado por uno de nuestros Padres, y hablando bondadosamente con la enferma. Al retirarse se dirigió también a la monja que dormía, y le dijo que no se infligiese más, porque luego la enferma se levantaría sana. Así sucedió de veras. Todas las monjas presenciaron este prodigio, por lo cual rebosaron de alegría. Se comunicó esta fausta noticia a toda la población, llamándola a repique de campanas, para que se juntasen con las monjas a cantar el *Te Deum laudamus*. Lo demás omito por brevedad.

El jubileo de la doctrina, que se celebra en la fiesta de San José, se ha celebrado aquí este año la primera vez, con un buen número de confesiones y comuniones.

El mismo día comenzó la congregación provincial<sup>178</sup>, y también la consagración de nuestra iglesia, después de haber gastado en esta hermosísima construcción nada menos que doce años, sin dejar nunca la mano de la obra. Esto no quiere decir, que ella esté ya del todo concluida, sin embargo, nos pareció bien, ponerla en disposición de un modo, para que pudiese ser consagrada.

Pareció que uno de los sujetos del colegio estaba sólo esperando esta fecha feliz, para poder morir luego santamente<sup>179</sup>.

---

<sup>178</sup> Esta era la undécima congregación, reunida el 8 de agosto de 1671. Se eligió como procuradores a Europa a Vicente Alsina y Tomás Dombidas.

<sup>179</sup> Se refiere a Felipe Lemaire, proyectista y constructor de la iglesia, cuyo obituario sigue al de Francisco Velásquez.

### *Necrológica del Padre Francisco Velázquez*<sup>180</sup>

Era natural de Extremadura, descendiente de una familia distinguida. Entró en la Compañía en Oropesa. Allí había aprendido las primeras letras; allí fue llamado por Dios para irse al Paraguay, haciendo allí en Córdoba del Tucumán tanto su noviciado, como todos sus estudios, mostrando buen talento y gran aplicación, siendo muy humilde y servicial. Se halló muchas copias de la literatura ascética, componiendo de su propia iniciativa otros trabajos de este género, para fomentar la piedad. Ordenado ya de sacerdote, se mostró muy celoso operario, siendo en adelante dedicado a estos ministerios de la Compañía. Insistía en la fiel observancia de las reglas y las cumplía exactamente. Esta circunstancia determinó a los superiores a confiarle cargos de gobierno. Así primero fue ministro del colegio de Córdoba, después rector del colegio de Santa Fe, dos veces en Santiago del Estero, una vez en Buenos Aires y una vez en Córdoba. En todas estas partes era fiel guardián de la regular observancia, y buen administrador de los bienes de los colegios. Entre sus muchas virtudes religiosas, edificó a todos su solicitud por los pobres esclavos negros. Dedicó a su bienestar espiritual gran parte de su vida apostólica, siendo a esta pobre gente como un padre amante y compasivo. Para poder ayudarles mejor, había aprendido con gran trabajo y buen resultado la lengua de ellos. Así durante su larga permanencia en Buenos Aires, adonde llegan grandes cargamentos de esta mercancía humana (e inhumana a la vez), siempre recibía a estos pobres miserables con gran cariño, así que ellos pronto perdieron todo miedo y toda tristeza. No sólo los consolaba de palabra, sino repartía entre ellos panecillos y les hacía mil servicios caritativos, con la premeditada intención de atraerlos a la religión cristiana con estas pruebas palpables de su verdad. Y, en efecto, ganada de este modo, aquella gente, para la religión, e instruida en ella, con gusto se dejaron bautizar, muriendo no pocos de ellos pronto después, para irse al cielo. Le costó este ministerio no poca abnegación, especialmente en tiempo de frecuentes epidemias entre esta gente desterrada de su clima nativo y tan abandonada.

El Padre hasta les preparaba la comida y la repartía entre ellos con sus propias manos, cuando había necesidad.

Su gran predilección por este, aparentemente, tan despreciable ministerio, se mostró con ocasión de ser relevado de su cargo de rector de Buenos Aires, para ser uno de los consultores de Provincia en Córdoba; entonces no dejó piedra por mover, hasta que le encomendasen la cofradía de los negros. Cuando estaba confesando a esta gente, no permitía acercarse a su confesionario a ninguna señora española, tan distinguida que hubiera sido, hasta que había confesado la última esclava negra. Además, se dirigió a Vuestra Paternidad solicitando ser dedicado por todo el resto de su vida a este ministerio, que más correspondía a

---

<sup>180</sup> Nació en Don Benito, Badajoz el 11 de octubre de 1598, ingresando a la Compañía de Jesús en Toledo el 1º de setiembre de 1616. Llegó a Buenos Aires el 15 de febrero de 1617 dando sus últimos votos en Córdoba el 25 de julio de 1637, falleciendo en la misma ciudad el 11 de setiembre de 1670 (STORNI SJ, Hugo, p. 301).



sus fuerzas limitadas y que en adelante no permitiera que se le destinase a cargos de gobierno. Consignó, Dios mediante, esta su pretensión, pues entregado todavía a esta misma tarea apostólica le arrebató la muerte a nosotros, a los 61 años de su edad, a los 55 de Compañía y 33 de profeso de cuatro votos.

Su última enfermedad lo tuvo siete meses postrado, entre grandes dolores, tanto que movió a lástima a los que le visitaban, siendo su único consuelo la santa Comunión que recibía varias veces la semana hasta que murió.

### *Necrología del Hermano Luis de la Cruz*<sup>181</sup>

Acaeció la muerte de este Hermano a los 69 años de su edad, 44 de Compañía, y más de treinta después de sus últimos votos. Era belga de nación, siendo hijo de familia honrada.

Nació en Valenciennen. Dedicado por sus mayores a los estudios, con gran provecho suyo en letras y virtud, llevando una vida edificante. Al hacer los ejercicios, le vino la vocación a la Compañía, queriendo ser Hermano coadjutor. Al saber su decisión su padre se empeñó mucho en quitarle esta idea y le obligó a aprender filosofía, a lo cual se sujetó nuestro Luis, logrando el grado de maestro en arte, sin que aflojara en su amor al estado religioso. Mientras estaba estudiando filosofía, le sobraba tiempo para aprender también otras creencias, como matemática, perspectiva y cosmografía, porque pensaba que estos conocimientos le podían ser muy útiles en su trabajo de Hermano coadjutor, estando un día lejos entre fieles e infieles.

Alcanzó tanta habilidad en las mencionadas ciencias, que después de prolijos estudios confeccionó, según todas las reglas del arte, un mapa de todo el Perú, muy apreciado por los sabios europeos, y cuya copia se pedía en todas partes. Hizo otros trabajos matemáticos y de perspectiva, que se le habían encargado para ser publicados en Bélgica. Era incansable en su oficio de pintor, como lo atestiguan las casas y colegios de la Provincia, y todas las reducciones que abundan de pinturas, obras de su elegante pincel, y expresiones fieles del objeto que quieren representar. Mientras él prestó sus servicios de diligente pintor de la Provincia, siempre se mostró a la vez buen religioso.

La muerte de su padre, el cual se había opuesto tan resueltamente a su determinación de hacerse humilde Hermano coadjutor, le facilitó la ejecución de su propósito, y así entró en Bélgica a la Compañía. Después fue destinado dos veces como compañero de viaje de algunos de nuestros Padres que se iban a la isla de Irlanda, misionando y defendiendo la reli-

---

<sup>181</sup> El coadjutor La Croix nació en Ath, Henao, Bélgica, el 9 de enero de 1602. Ingresó a la Compañía de Jesús el 8 de abril de 1623, dando sus últimos votos en Mons, cerca de su pueblo natal, el 2 de julio de 1635. Llegó a Buenos Aires el 28 de noviembre de 1640 y falleció en Córdoba el 28 de mayo de 1671 (STORNI SJ, Hugo, p. 156). También puede consultarse datos biográficos en ALTAMIRA, Luis Roberto “*Córdoba, sus pintores y sus pinturas (siglos XVII y XVIII)*”, Universidad Nacional de Córdoba, Instituto de Estudios Americanistas, 1954.

gión católica contra los errores de la fe, con que ocasión tuvo que ponerse traje de seglar, haciéndose útil con su arte de pintar para encender entre aquellos disidentes el amor a la piedad y religión. Precisamente los buenos efectos que tuvo su arte, ha sido el motivo de permitirle la ida a las misiones de ultramar, para poder predicar allí el Evangelio por medio del pincel. El mismo Padre general Mucio Vitelleschi le concedió salir de Bélgica para irse a Roma, donde pidió del Padre general la licencia de irse a Indias, alegando que precisamente por eso había venido acá, para que no se le opusiesen otra vez sus parientes a su partida. Alabó el Padre general Mucio su propósito, y le quiso promover al sacerdocio, al ver sus grandes progresos en virtud y letras. Pero él en su humildad rehusó esta honra, por superar sus fuerzas, como dijo.

Era inclinado a irse al Japón, pero como no se ofrecía ocasión de viaje, se juntó con la expedición del Padre procurador paraguayo Francisco Díaz Taño. Consintió el Padre general, diciéndole que esta era la voluntad de Dios. Llegado acá, se portó de un modo muy edificante. La pureza era angelical. Era muy amante de la pobreza, y no admitía encargos, sino con el beneplácito de los superiores. Hacía con puntualidad sus ejercicios espirituales. Era muy allegado al retiro de su aposento, del cual no se ausentaba, sino para asistir a las distribuciones de la comunidad, llamado por la campanilla, no viéndole jamás nadie perder el tiempo en conversaciones con los nuestros o con extraños. Todo lo que le sobraba de tiempo, lo invertía en pintar cuadros devotos y en otras ocupaciones semejantes. Era un hombre muy erudito, que había leído muchos libros y que tenía muy a mano citas de los santos Padres y otros escritores, con que comenzaba la quiete después de comer, circunstancia que atraía hacia él en este tiempo a muchos curiosos. Nunca se le oía zaherir la fama de otro y no tuvo empacho de mostrar su descontento, cuando otros se atrevían a cometer esta falta, y si no dejaban de esto, los despedía de su aposento. Apreciaba tanto más el oficio de Hermano coadjutor, cuanto más estaba penetrado de su importancia.

Era muy devoto de la Santísima Virgen y comulgaba dos veces a la semana, los domingos y los jueves. Su malestar en los últimos años de su vida había llegado a tal grado, que estaba lleno su cuerpo de llagas abiertas, que supuraban cada día gran cantidad de materia descompuesta, reduciéndole al tiempo de morir a puro piel y huesos, tanto que uno no lo podía mirar sin horror. Apenas ya pudo sostenerse sobre sus pies y, sin embargo, los días señalados quiso recibir la sagrada comunión, arrastrándose a la iglesia, señal de su gran fervor espiritual que se menguó por los grandes sufrimientos, aunque hubieran sido tan grandes como la inundación que anegó toda la ciudad, causando a sus habitantes muchas pérdidas de vidas y fortuna. Aconteció en esta ocasión que nuestro Luis estuvo sumergido en las aguas hasta el cuello por espacio de varias horas, juzgando que había llegado la hora de su muerte. Le sobrevino fuerza de sus males habituales y su extremada debilidad, una continuada fiebre, y sin embargo e aquí que al día siguiente, se le vio arrastrarse apoyado en su bastón, hacia la iglesia, para comulgar, con admiración de todos. Pocos días antes de morir, en un domingo, no se le llevó a la hora determinada la santa Comunión a la cama, porque se pensaba en administrarle el mismo día el santo Viático. Entonces se vistió él, y se fue a la capilla, donde sabía que a la misma hora se decía la misa para comulgar en ella en forma de viático para su viaje a la eternidad. Así acostumbraba prepararse para la muerte. Le acon-

sejó el superior que no se molestara ya tanto, porque le faltaría poco de vida y que ocupara más bien el resto de sus días con afectos piadosos. Entonces contestó alegremente, que esta era su ocupación toda la vida y que durante su permanencia en la Compañía no había hecho sino prepararse para la eternidad. Ya agonizando fue preguntado por su confesor, si todavía algo molestara su conciencia y si quería hacer una confesión general; contestó, que no tenía nada que le atormentaba la conciencia, sino al contrario que Dios le había dado una gran tranquilidad de espíritu.

Así murió nuestro querido Hermano por pura consunción a causa de sus muchas apostemas. Murió muy conforme con la voluntad de Dios, auxiliado con todos los sacramentos.

### *Necrológica del Hermano Felipe Lemer*<sup>182</sup>

El año siguiente, 1671, se nos arrebató nuestro inolvidable Hermano, el cual se había hecho tan benemérito en construir muchos edificios de esta Provincia, siendo en especial un excelente carpintero para fabricar la armadura del techo. Ya estando todavía en Bélgica, era él un afamado maestro en construcciones navales. Sus conocimientos de arquitectura nos vinieron muy a propósito, mucho más, habiendo en estas tierras absoluta falta de hombres prácticos en este ramo.

Después de haber ejercido en su tierra su oficio, hizo varios viajes por tierras lejanas, pasando por Inglaterra y Portugal, llegando hasta el Brasil. Allí se le ofreció una buena ocasión de hacer fortuna, queriendo un lucitano rico adoptarle como hijo, por el gran amor que le tenía tanto él, como su esposa. Pero él deshizo este lazo, porque sentía vocación a la Compañía. Por lo tanto se fue al Paraguay y vistió nuestra sotana. Era ya un hombre maduro; pero a la maravilla se acomodó a la vida regular.

Se sacrificó por completo para hacerse útil a toda la Provincia, a gran provecho de todas las casas y todos los colegios. Más que en ninguna parte se hizo benemérito en el colegio de Córdoba del Tucumán, donde trabajó en su oficio por doce años completos en la construcción de la iglesia y su artístico maderamen, el cual la hiciera notable hasta entre las más grandiosas de Europa. Pues tiene una bóveda tanto en el cuerpo principal de la iglesia como en las naves laterales, y una cúpula en el crucero, además un ábside arqueado en forma de media naranja, teniendo todo el conjunto de una forma muy hermosa. El mismo ideó este plan estudiando su ejecución por medio de un libro de arquitectura encargado especialmente en Francia; no lo había visto realizado todavía en ninguna parte.

---

<sup>182</sup> Nació en Illes, ciudad del norte de Francia. Ingresó a la Compañía de Jesús en la provincia del Paraguay el 2 de noviembre de 1640. Sus últimos votos los obtuvo en Santiago del Estero el 2 de mayo de 1654. Falleció en Córdoba en 1671 (STORNI SJ, Hugo, p. 160) La transcripción completa y análisis de este texto en PAGE, Carlos A. "La nota necrológica sobre Felipe Lemaire escrita en las Cartas Anuas de la Provincia Jesuítica del Paraguay", *Anales del instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas "Mario J. Buschiazzo"*, Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires, N° 35-36, Buenos Aires, 2000-2001.

Fuera de estos trabajos de arquitectura se ejerció también en la escultura, utilizando para este fin maderas expresamente encargadas en el Paraguay, 300 leguas distante de Córdoba, y traídas acá en balsas por el río Paraná, no sin gran solicitud y trabajo, sufridos primero al cortarlas, en las selvas infestadas por tigres, después por las peripecias del viaje en un río revuelto por las tempestades.

Con toda su habilidad, siempre era un Hermano humilde y desprendido de sí mismo, tanto que se sentía molestado cuando le alababan. Era un religioso muy piadoso, muy puntual en las distribuciones de la regular observancia, dejando su trabajo al toque de campanilla, para retirarse a su aposento y hacer su examen de conciencia.

No omitía su lectura espiritual, y cuando, por los días cortos le faltaba la luz para trabajar, empleó el tiempo hasta la cena en visitar al Santísimo en la iglesia todos los días. Tuvo que aguantar mucho, tanto de parte de los nuestros, como de parte de extraños, lo que sufrió callado, no dejándose notar el disgusto por el aspecto de su rostro.

Estando reunida la comunidad en el comedor decía, según costumbre, su culpa de los defectos propios, haciendo la penitencia correspondiente, y otros actos de humillación. Halló ocasión para ejercer el celo apostólico. Así supo ganar para Dios y la religión a 10 extranjeros que vivían en la herejía, solo por medio de su trato familiar, siendo él todavía seglar; y después de haberlos convencidos de la verdad de la religión católica, los llevó a uno de nuestros Padres, para que concluyera su conversión. Lo mismo, cuando tuvo noticia de la determinación de los superiores en lo tocante al bonete clerical, prohibido a los Hermanos coadjutores, se privó de él inmediatamente. En una palabra: en todo se mostró como perfecto Hermano coadjutor de la Compañía hasta que murió santamente, lleno de méritos, aumentado todavía por los sufrimientos de su última enfermedad.

Era muy enfermo de pecho, teniendo que lanzar mucha flema áspera, pareciendo que vomitaba las mismas entrañas, tanto que daba lástima verlo sufrir tanto. Murió a los 62 años de edad, 31 de Compañía, y 17 después de sus últimos votos. Había recibido los últimos sacramentos<sup>183</sup>.

---

<sup>183</sup> Continúa la carta con la descripción de los colegios de Buenos Aires, Asunción, Santiago del estero, Santa Fe, La Rioja y Salta. Sigue con las reducciones del Paraná y el Uruguay.

## Carta Anua de 1672-1675<sup>184</sup>

*Cartas anuas de la Provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús, desde agosto 1672 hasta el mismo mes del año de 1675 dirigido al Muy Reverendo Padre Nuestro Juan Pablo Oliva, Prepósito General de la misma Compañía por el Padre Cristóbal Gómez, Prepósito Provincial del Paraguay*

Muy Reverendo Padre:

Al hacerme cargo del gobierno de esta Provincia, envió las Cartas Anuas de los años próximos pasados, redactados por mi antecesor, a Vuestra paternidad. Esperé hasta la terminación de nuestro cargo, obedeciendo a la última instrucción de compendiar, la relación de las felices hazañas de nuestros obreros en las viñas del Señor realizadas durante el tiempo de nuestro gobierno. Con todo me abstengo de referir cosas ya conocidas por las anuas anteriores y mencionaré sólo las cosas más notables.

Tiene esta provincia ocho colegios y veintidós reducciones de indios. Hay, por todo, 180 sujetos, de las cuales 101 son sacerdotes, siendo los demás escolares, Hermanos coadjutores y novicios. Todo con el favor de Dios, guardan la disciplina religiosa, son llenos de celo apostólico y son religiosos edificantes. Viven en paz con los de afuera y en especial con las familias religiosas [de otras órdenes] y con las autoridades públicas, prestándoles los oficios que exige la caridad, tanto que todos les están afectos en la actualidad, aunque tuvieron que pasar por algunos disgustos, soportados con modestia religiosa. El elevado número de sujetos proviene de la feliz llegada de 35 misioneros nuevos con la venida de la expedición a Buenos Aires, el once de abril del año próximo pasado, conduciendo este flamante ejército de pregoneros evangélicos el Padre Cristóbal Altamirano, procurador de la Provincia del Paraguay. Al llegar, después de una próspera navegación, a las cercanías del puerto, con la más completa serenidad de la mar, de improviso chocó la nave en un banco de arena. Sobre-

---

<sup>184</sup> Como su título lo indica está dirigida al general Pablo Oliva, siendo firmada por el padre provincial Cristóbal Gómez. Es su última anua ya que al año siguiente dejará su mandato. Consta de 25 fojas escrita en dos columnas (Biblioteca del Colegio del Salvador, Cartas Anuas, 1672-1675, Estante 11).

vino un viento desfavorable, así que todos se dieron por perdidos. Parece que Dios, nuestro Señor quiso darles una prueba de lo que esperaba en esta Provincia trabajosa para que después con buen ánimo lucharan por el buen Dios, como lo deseaban ya desde mucho tiempo atrás. Escaparon del peligro y se pusieron a salir. No se figura Vuestra paternidad la gratitud de toda la Provincia y la mía por esta lucidísima falange de operarios, todos hombres en la flor de su edad, tan apetecidos para meter la mano en la mies, ya madura para la recolección. Ya he despachado a cuatro de los recién llegados, hombres llenos de celo por la salvación de las almas, a las reducciones de los indios. Los demás vienen muy bien para levantar el prestigio de nuestra Universidad, algo decaída por el poco número de estudiantes. Ahora voy a referir a Vuestra paternidad, cuanto trabajó el reducido número de misioneros en aquellos vastos campos que se abren a la predicación del Evangelio, estando mientras tanto, afligidos aquellos nuestros celoso compañeros por la escasez de obreros espirituales.

### *I. Los colegios*

En todos ellos florece, la religiosa observancia, los ejercicios de la piedad, y todos los ministerios de la Compañía. Los superiores cumplen con su deber de vigilar sobre el cumplimiento de las santas reglas, y sobre la exactitud en los ejercicios espirituales. Puedo mencionar la primera vez en las Anuas, que es la costumbre en todos los colegios de la Provincia hacer cada año los Ejercicios espirituales [de San Ignacio] por ocho días completos. En general puedo asegurar del colegio de Córdoba, sin exageración, que en este tiempo y en estas circunstancias, habrá en ninguna parte de la Compañía una más floreciente regular observancia. Desde el día de la Ascensión hasta el sábado, víspera de Pentecostés, hay vacación de los estudios mayores, para que todos hagan su retiro espiritual, estando en este tiempo prohibida la entrada a los extraños, por estar en oración todos los profesores y sus discípulos. Sólo quedan dos sacerdotes a disposición de las confesiones de los fieles que pueden ofrecerse. Anticipan los novicios los Ejercicios, para que puedan encargarse en este tiempo de los quehaceres domésticos. Quedan unos cuarenta, que con todo fervor pueden dedicarse a este santo retiro; y a más prácticas de penitencia que de lo ordinario. Se juntan todos a la señal de la campanilla, aún los ancianos y Padres graves, a los fines del Padre espiritual, el cual les explica los puntos de las meditaciones de los Ejercicios de San Ignacio. Todas estas distribuciones se hacen con tal puntualidad y fervor, que parece que sopla un ambiente celestial. Así se disponen a recibir todos el Espíritu Santo, precisamente por estos mismos días, en que los esperaban los Santos Apóstoles en el cenáculo [de Jerusalén], siendo este además el más benigno de todo el año.

Los dos sujetos, que mientras tanto no hacen los Ejercicios, hombres maduros en edad y santidad, dan al mismo tiempo los Ejercicios a los mayores de los dos conventos de esta ciudad y con tan buen resultado que aquellas monjas no quedan menos fervorosas que los nuestros.

Aprenden los nuestros en este Colegio Máximo de la Provincia del Paraguay la ascética, como en un seminario de la perfección cristiana, y se hacen maestros en ella, para enseñarla después en sus respectivos colegios a los cuales son destinados, con mucha habili-

dad, dando aquellos tan eficaces Ejercicios de San Ignacio con muy gran fervor, ya que ellos mismos en su juventud quedaron tan impresionados al hacerlos cada año.

El fervor de los nuestros no se redujo a la casa propia, sino se defendió a los de afuera, después de haberse propagado esta práctica de los Ejercicios también entre ellos, y esto con buen resultado. Siempre hay un aposento a disposición para cuando los habitantes de Córdoba desean hacer este retiro.

En todas partes de la Provincia han atribuido los ministerios de la Compañía a granjear a los nuestros una buena reputación. Hasta los desafectos de la Compañía prefieren a los nuestros por confesores, y los llaman no pocas veces. Es casi increíble el gran número de mujeres que acude a nuestra iglesia. En todas las fiestas mayores del año vienen a confesarse. Y, aunque en todos nuestros templos es grande el número de los penitentes, más acuden ellos a nuestra grandiosa iglesia de Córdoba, la más elegante de toda la Provincia. En verdad su magnífica construcción impresiona favorablemente a todos los que la contemplan. Puedo citar como testigo al gobernador del Tucumán, recién llegado de Europa, el cual afirma que en ninguna parte había visto tal concurrencia de españoles a la iglesia, como en la nuestra. Precisamente, por aquel tiempo el por lo demás vastísimo templo, se hacía estrecho para los numerosos fieles que a él acudían, así que aquel señor no pudo abrirse paso por la puerta mayor, y tuvo que entrar por la portería.

El fruto que se saca del jubileo de la doctrina, bajo el patrocinio de San José, introducido ahora felizmente en todas partes, corresponde a la expectación de los Padres. Ni el día de Pascua, cuando urge el precepto de la Iglesia, hay más comuniones, como en esta ocasión. En las vísperas, después de la explicación doctrinal acostumbrada, asisten las autoridades civiles y eclesiásticas, y toda la población a la solemne procesión. Nadie faltó de los ciudadanos cordobeses a este acto religioso solemne, estando ellos repartidos en cinco grupos, siendo el más lucido el de las congregaciones marianas, compuesta de los caballeros más distinguidos de la ciudad, con su precioso estandarte de damasco purpurado, rodeado de cejo [o borde] plateado, el cual se estrenó precisamente en este día. A un lado se ve a San José, al otro lado a la Santísima Virgen, bajo la invocación de Asunción, con cuyo título han sido erigidas las congregaciones. Yo creo que Dios miró con complacencia este espectáculo. Rodeándola, como se acostumbra, la corona de los congregantes que caminaron adelante con religioso recogimiento.

Con el mismo y tal vez mayor fruto espiritual, debido a estas victoriosas doctrinas, pudo llenar el colegio de Buenos Aires los graneros del Señor. El insistente trabajo de nuestros Padres logró que aumentase el esplendor de nuestras procesiones de la milicia cristiana con asistencia del ilustrísimo señor obispo y de los ministros de la Audiencia Real. Puedo omitir los particulares, por ser ya mencionados en las Anuas anteriores. Fuera de éste, salen nuestros de todos los colegios en los días de domingo por calles públicas, precedidos por los muchachos, cantando con ellos las coplas de la doctrina cristiana, que de seguro suena agradablemente en los divinos oídos. Sigue entonces catequismo de los niños, haciendo después uno de nuestros Padres una plática a la concurrencia doctrinal, añadiendo por mayor ilustración un ejemplo [histórico]. Este trabajo, antes desconocido por perderse el tiempo con co-

sas infructuosas, ahora propagado con gran celo de los nuestros, siguiendo el ejemplo de Europa, produce frutos muy abundantes. A estas santas industrias [organizaciones], de que se suelen servir los nuestros para arrancar las almas de las garras del demonio, se añadió otro especial estímulo de la piedad. Se promulgó en los obispados de Tucumán y del Río de la Plata una Indulgencia plenaria, concedida por el Sumo Pontífice a todos los fieles, a favor de la guerra de Polonia, gracia concedida al Padre Cristóbal Altamirano, recién legado Procurador de la Provincia a Roma. Se fijó [esta promulgación] en las puertas de los templos, por la cual se entusiasmaron tanto los cristianos a ganar los tesoros espirituales de la Iglesia, que este trabajo tuvo muy buen resultado especialmente en las ciudades de Córdoba y Buenos Aires. Hasta los tibios en religión se empeñaron en los tiempos de este jubileo, o a hacer una confesión general, o una muy sentida; así que parecía haber venido la Semana Santa, quedando muy consolados nuestros Padres ocupados en este trabajo. Esto en casa y no menos resultado se consiguió fuera de ella, componiéndose muchas discordias. Era más apreciable esta clase de trabajo, cuando tenía consecuencias más vastas. Así en Santiago del Estero había una enemistad en la ciudad con los principales dignatarios eclesiásticos, no sin gran daño de los habitantes. Fue calmándose por el paciente empeño de nuestros Padres, tomándose más en cuenta los deberes cristianos.

Más trabajo todavía costó a nuestros Padres el colegio de Salta, donde había que arreglar odios muy inveterados y desarraigar un modo de proceder muy bárbaro ya endémico. Aplicaron los Padres los remedios de la paz, y pudieron reducir a la concordia una buena parte de los amotinados.

Para Asunción eran los últimos tres años muy luctuosos, a consecuencia de los asaltos de los indios guaycurúes, que continuamente amenazaban a las ciudades, tanto que opinaban algunos que había llegado el último exterminio. Tienen aquellos salvajes por domicilio los montes tupidos y los escondrijos de las selvas al lado opuesto del río Paraguay. Están vagando por tantas partes como las fieras, infestando la tierra y las aguas como anfibios. Por esto es tan difícil combatirlos, ya que no paran en ninguna parte, y saben esconderse en los rincones terrestres y en los brazos fluviales. Ya no era posible aguantar su insolencia. Varias veces se habían organizado expediciones militares contra ellos, sin conseguir más que quemar uno que otro pobre rancho y destruir una insignificante plantación, creciendo con esto cada más su audacia, hasta cometer asesinatos y robarse mujeres españolas. Más adelante, aún, procedió la perversidad de estos salvajes bestiales. Asaltaron de noche una reducción de indios cristianos, saqueando todo a sangre y fuego, dejando sumergidos en la tristeza a todos, al saber que había sido asesinado el cura párroco y todos sus feligreses, quemada la iglesia con todas sus imágenes y los ornamentos hechos trizas y profanados y sustraídos. Más todavía: ¡Cosa horrible! Tragaron estos infames el pan de los ángeles, el Santísimo Sacramento de la eucaristía. Todo el mundo quedó pasmado de pavor, y los que vivían en la ciudad, a cada momento vieron venir sobre sí al terrible enemigo, y cada uno pensaba sólo en salvarse a sí mismo, y andaban errabundos como locos. La ruina de los pueblos circunvecinos había desconcertado por completo a los paraguayos. Se hubieran entregado a la desesperación, si no las hubieran asistido en su aflicción los pocos Padres de la Compañía, los cuales se compadecían de ellos, y se empeñaban en calmarlos por medio de la administra-



ción de los sacramentos. Dándose cuenta de la insuficiente defensa de la ciudad, al primer amago de la invasión de los enemigos, todas las mujeres con la demás chusma acudieron a nuestro colegio, como si fuese una fortaleza sagrada, esperando allí seguros el desarrollo de los acontecimientos. Así, al menos los habitantes de la ciudad se sentían felices con este cuasi-presidio de nuestros Padres, mientras los pobres aldeanos tenían que dejar pasar sobre sí toda la furia del enemigo, sin que se pudiesen refugiar en la ciudad. Supieron los nuestros Padres también aliviar la triste suerte de aquellos infelices aldeanos, saliendo a los caminos públicos y animando a la gente desesperada, con la promesa que pronto los salvaría el Señor. No contentos con la asistencia espiritual, pensaron en cómo podían socorrerlos también materialmente. Ya sufrieron los habitantes más vecinos del enemigo escasez de víveres y creció enormemente el número de los pobres. Por lo tanto, por todo este tiempo de carestía, repartieron nuestros Padres muy literalmente limosnas en víveres y otros objetos de primera necesidad. Apremiado por tanta desgracia, no pudo el gobernador de la provincia que pensar en una expedición militar. Teniendo él que disponer de tan reducidas tropas, escribió al Padre superior de misiones, pidiendo tropas auxiliares para la defensa del territorio paraguayo. Llevó un Padre de gran autoridad al gobernador de la Asunción un ejército de 700 indios escogidos, para que con las mismas banderas de los españoles marcharan contra el enemigo, quedando con ellos aquel Padre como capellán militar y como guardián del buen orden de los indios cristianos. Pudo formarse una falange de 1650 soldados contra los rebeldes dispersos por todas partes. Llegó la expedición militar en su avance ya hasta las regiones muy apartadas de los bárbaros y ya habían hecho algunos estragos en las filas del enemigo, cuando la escasez de provisiones los obligó, no seguirles más por las selvas, sino volverse a casa.

Mientras tanto se cambió el gobierno y hay ahora muy fundada esperanza de poder dominar a los rebeldes insolentes.

Los estudios han florecido grandemente en esta época, mucho que en las pasadas, de las cuales se ha escrito ya. Ha sido grande el número de estudiantes, venidos de regiones muy apartadas a esta Academia de Córdoba, pertenecientes a las familias más distinguidas de esta provincia, para hacer su carrera científica. Los más adelantados de ellos, durante los años escolares próximo-pasados, preparados por nuestros profesores y examinados estrictamente fueron distinguidos solemnemente con los grados académicos, a gran prestigio de la Universidad. Se insistió mucho en que nunca faltasen actos literarios y en que los profesores de las facultades mayores, de los cuales una enseña filosofía y tres teología, puntualmente diesen sus lecciones.

Para fomentar el buen comportamiento de los estudiantes, procuró el prefecto de estudios, que se guardasen fielmente los estatutos de la Universidad. Parte de los estudiantes ha sido promovido al sacerdocio, a gran felicidad de las iglesias de la provincia; parte de ellos entraron en religión. Hay además dos maestros de primera y segunda enseñanza, lo cual no falta en ningún colegio, enseñando uno de ellos las humanidades y el otro las primeras letras. Cuan grande ha sido la utilidad de estas escuelas elementales en regiones tan apartadas como éstas, lo hemos experimentado de sobra en el discurso de los años pasados. Pues,

cuando adultos viven estos muy desparramados por estas dilatadas regiones de las Indias, preocupados en sus negocios cotidianos, falta de cultura espiritual por las enormes distancias; entonces depende su salvación eterna únicamente de lo que han aprendido, cuando chicos, sobre el llevar una buena vida cristiana... tener santos deseos y hacer obras meritorias. Tengo que mencionar también una señal de la especial providencia paternal de Dios para con los de la Compañía. Pues, sucede muchas veces que en las poblaciones de toda la provincia haya, por el tiempo desfavorable, carestía de víveres; pero jamás sucedió que fallase el rendimiento de nuestras estancias; al contrario, con el favor de Dios tuvimos siempre de sobra, para poder acudir a la necesidad de los pobres. Así sucedió en la comarca de Córdoba, para no mencionar otras pruebas de la bondad de Dios, que la plaga de las langostas había devastado completamente las plantaciones. Quiso la divina providencia proveer a los pobres de víveres, conservando la cosecha en las estancias del colegio.

Otra prueba insigne del amor de Dios para con las de la Compañía, de la cual no podemos callar, es que los colegios no tienen ni un maravedí de deudas; al contrario, tienen abundancia de medios de subsistencia. Estos, pues son los felices frutos de los sudores de los antiguos y tan santos Padres de la Provincia, de los cuales ahora gozan sus sucesores ¡Dios mío! ¡Cuánta pobreza tenían que sufrir estos pobres antiguamente! Y con toda su penuria y absoluta falta de lo más indispensable para la vida humana, han quedado ellos fieles al Instituto de la Compañía, fundando ellos esta Provincia, amantes de la pobreza evangélica; siendo necesario que, ahora, los hijos genuinos de aquellos venerables Padres veteranos, no olviden en la abundancia la Constitución de la Compañía, amando, como dice la regla [la pobreza] como madre. Hay que tomar muy en cuenta que este adelanto en la fortuna [temporal] se debe en parte al inteligente trabajo de nuestros Hermanos coadjutores, los cuales en medio de su solicitud para administrar los bienes de toda la Provincia, siempre se muestran como buenos religiosos que aprecian sobre todo los tesoros de la virtud cristiana.

En todas partes siempre se tiene lista y ensillada la cabalgadura, porque de repente, día y noche pueden ser llamados los Padres a las poblaciones pequeñas de la comarca; para administrar a los moribundos los últimos sacramentos. Pues es el prestigio de nuestros Padres, que no quieren prepararse los moribundos para el viaje a la eternidad, sino asistidos preferentemente por nuestros Padres. Dejo de enumerar estos casos frecuentes. Cada año, como lo permita el número de Padres, dejan algunos ministerios en casa, para misionar por las vastas regiones de los alrededores<sup>185</sup>.

[.....]

---

<sup>185</sup> Continúa con una descripción sobre las reducciones del Paraná y Uruguay, para luego insertar diversos temas como las misiones campestres a que dedica un capítulo, otro a las misiones de indios infieles, un quinto a sucesos particulares y el último a los difuntos de la provincia.

## Carta Anua de 1681-1692<sup>186</sup>

### *Annua de la Compañía de Jesús de la Provincia del Paraguay desde el año 1681 hasta el de 1692 escritas por el Reverendo Padre Tomás Dombidas Provincial de la misma Compañía a Nuestra Majestad Reverendo Padre General Tirso González*

Más de lo ordinario se ha dilatado el remitir a Nuestro Padre las anuas de esta Provincia, pues desde que el Padre Provincial Diego de Altamirano llevó la última que fueron hasta el año de 81 no se ha remitido otra, no por falta de suficiente materia que esta pudiera ser una muy cumplida historia sino por ser costumbre de esta provincia remitirla con los padres procuradores generales para que la comuniquen en Europa de palabra, por escrito para fer vorizar más a los que se hallan con vocación de emplearse en el ministerio de esta provincia, tan propios del verdadero espíritu de la Compañía como lo experimentan sus hijos de Vuestra Paternidad que con tan religiosa aplicación en ella se emplean.

El número no pasa de 210 sacerdotes, 119 hermanos estudiantes, 91 coadjutores, novicios 78, divididos en 8 colegios de que consta la provincia, 22 reducciones o residencias de indios cristianos.

Para que la noticia de estas anuales sea más clara, e individual los dividen en 6 capí-

---

<sup>186</sup> Si bien está dirigida por el provincial Tomás Donvidas al general Tirso González, la firma el padre Gregorio Orozco. Incluso por el periodo informado hace referencia a la administración del viceprovincial Tomás de Baeza (1681-1684) y de los provinciales Tomás Donvidas (1684-1689) y Gregorio Orozco (1689-1692). Como se ve hay una laguna entre la última carta anua de 1672-1675 y ésta. Parece ser que no se ha conservado la de este periodo, o bien no han llegado a destino pues el padre general se queja en carta del 20 de noviembre de 1687 que hace tiempo no recibe las anuas. No obstante el padre provincial menciona aquí que su antecesor Diego Altamirano había escrito la anua hasta 1681, de la que no tenemos noticias. La Carta Anua 1681-1692 está escrita en castellano y consta de 65 folios divididos en seis capítulos que son aclarados en los primeros folios (Biblioteca del Colegio del Salvador, Cartas Anuas, 1681-1692, Estante 5).

culos. El primero será del estado de los colegios en común así en lo temporal, como espiritual, por no repetir una misma cosa tratando de cada uno de ellos en particular que eso sería sobre molesto, inútil. El segundo será de las misiones que hace cada uno de los colegios que las caserías o estancias de los españoles, pueblos de indios cristianos. El tercero de las misiones entre gentiles. El cuarto de algunas personas de ejemplar vida que fueron instruidas por los nuestros en esta provincia. El quinto de las Doctrinas del Paraguay y Uruguay, y el sexto de los difuntos de la provincia de los cuales solo pondré los más sobresalientes que aunque todos lo fueron, es tratar de las vidas de todos fuera repetir una misma cosa.

### ***Estado de los Colegios en común así en lo temporal como en lo espiritual***

Mantiene esta provincia en sus colegios la disciplina religiosa tan sin desquiciar del primitivo espíritu en que fue fundada que afirman los padres más graves y demás experiencia que en ella se han criado haber siempre ido a más. Es el colegio de Córdoba del Tucumán el principal y como el alma que anima y da espíritu a todo el cuerpo de la provincia de lo que se dicen de su religiosa observancia se podrá colegir la de los demás colegios porque los sujetos de que componen estos en él se crían y de él salen. Componen de Noviciado, Seminario, Filósofos y Teólogos. El Noviciado aunque está en el Colegio separado, cuyo número de ordinario es muy corto, si bien es mucho el aprovechamiento espiritual y fervor, porque su distribución es tan exacta y puntual como si fuera muy crecido el número. En el colegio no se distingue el seminarista del filósofo, ni el filósofo del teólogo, aun en el recogimiento, silencio y modestia, como en materia de ejercicio espiritual, acudiendo todos desde el menor hasta el mayor de comunidad a ellos, y en especial a oración, examen y rosario, en que el principal estudio así de los superiores como de los hermanos estudiantes es de la virtud y guarda de las reglas a que se atiende con toda seriedad, sin mitar cosa que no se ponga remedio, mas en esto, hay muy poco para hacer porque cada uno procura ponérselo, siendo el fervor de todos por la mayor parte tal que se ven los superiores obligados a moderarlos en materia de penitencias y otras demostraciones de humildad y mortificación, todos o casi todos los sábados salen los hermanos estudiantes de comunidad con disciplina pública al refectorio, así júiores y teólogos, como novicios y padres de tercera probación rezan estas demostraciones y penitencias, con especialidad en tiempo de ejercicio, en las necesidades públicas y en las renovaciones de votos y cuan aceptas lean a [...] se experimenta en el copioso fruto que de ellas se coge, así dentro como fuera de casa, como se vio en la renovación del Padre del año 1688.

Con ocasión del lamentable estrago y ruina de la ciudad de Lima, causado de un espantoso terremoto que no dejó edificio en pie fue tal el temor que todas las ciudades de este reino convinieron que no sin gran fundamento se persuadieron que Dios quería vengar sus agravios también en ellas de que hubo algunos preanuncios que fue la forma constante y por haberse hecho Lima sorda a los avisos que del cielo tuvo por medio de algunos varones santos que la exhortaban a penitencia, como a otra [...] lloró su desgracia sepultada en sus ruinas con mortandad de muchos que fue el más eficaz sermón para que los que quedaron nimios estando antes tan nuestros, e insensibles a los avisos del cielo, se animasen a la peni-

tencia para aplicarla justa indignación de Dios a cuya imitación escarmentaron todas las demás ciudades, no en cabeza ajena, sino en su misma causa por solo Lima de todas ellas. Asistieron extraordinarias demostraciones de públicas penitencias, rogativas, profesiones de sangre y mortificaciones externas.

Entre las que mayores muestras de penitencia y santo temor de Dios dieron en esta provincia fue la ciudad de Córdoba del Tucumán, pues luego que tuvo noticia de tan ejemplar castigo, se juntaron el Cabildo Eclesiástico y seglares para resolver los medios que se habían de tomar para deshacer el brazo de Dios para que no les alcanzare el golpe de su justicia y para que la determinación fuera más acertada fueron convocados los superiores de las religiones para que con su asistencia y parecer tuviesen más fácil ejecución lo decretado. La resolución fue que se hiciese un octavario y que en él se estuviesen el Señor descubierto en el religioso convento del Seráfico Padre San Francisco que el primer día predicase penitencia al pueblo el provincial de la Compañía y el último fray Gabriel de Arregui, regente y catedrático de prima de dicho convento. Item que todas las noches del octavario se hiciese una gloria al pueblo en la iglesia del colegio de la Compañía de Jesús y rematase con un ejemplo de los castigos que Dios ejecuta en los que provocan con sus culpas su justa indignación. Item que el día tercero de dicho octavario saliesen los padres del Colegio con el acto de contrición de noche por las calles al modo que con tanto bien en las almas se practica en España y aunque tuvo sus dificultades por la falta de experiencia de tan soberano medio por ser esta la primera vez. Todos con el favor de Dios se vencieron.

Llegada la noche diputada se dispuso la procesión en la forma siguiente. Llevaba el gobernador de esta provincia, por dar ejemplo como causa a todos una sogá al cuello y en su mano un crucifijo. Iban a trechos algunos de los nuestros entonando las saetillas y como estas canciones eran tan desusadas, causaron grande novedad y no mayor provecho que se hicieron varias pláticas en diversas partes del pueblo, y lo último en la iglesia de nuestro colegio todos con extraordinario fruto y emoción, aunque la primera plática fue muy fervorosa que porque no se atrevían [a pronupir en acuas] exteriores de arrepentimiento o porque Dios quiso que le atribuyéremos toda la gloria de la extraordinaria nación. En todo el discurso de la plática no se reconocía afecto al que del fruto que la divina palabra había hecho en sus oraciones hasta que el Predicador conjurando al Demonio de parte de Dios porque no impidiese el bien de tantas almas en tan numeroso auditorio echándose así y a sus pecados la culpa de la poca moción que se reconocía y de los castigos que Dios ejecutaba se ofreció a hacer la penitencia, y sacando una sogá que llevaba prevenida se la echó al cuello pidiendo con muy sentidas palabras piedad al cielo, acción según se reconoció por los efectos inspirada de Dios, pues se le ofreció al padre en el sacrificio de la misa rogando por el fruto de los sermones con mucho fervor y pidiendo voz para predicar de suerte que se moviesen los oyentes a dolor de sus culpas. Bien se conoció haber sido la moción del Espíritu Santo, pues apenas se la echo al cuello, para luego se experimentaron singulares efectos en los oyentes, como si a sola esta acción estuviese reservada extraordinaria moción que hubo deshaciéndose en lágrimas y sollozos todo el auditorio, pidiendo a voces a Dios misericordia, hiriendo sus pechos y mejillas con terribles golpes, y porque no se persuadiese alguno que éstas eran solas demostraciones exteriores, mostró Dios que su divina palabra era la que les mo-

vía el corazón y que las muestras de sentimiento exteriores nacían de lo interior del alma, como se vio en un caso que inmediatamente sucedió, semejante a otro que cuenta San Ambrosio, porque yendo la procesión por la calle acababa de llegar a la ciudad un hombre, venía de una estancia o casería y andaba buscando entre el bullicio de la gente la cómplice de sus culpas para llevársela a su estancia (que ese era el fin de su venida): La encontró, pero muy otra de la que había sido y queriéndola llevar, ella le combino a oír la plática, y habiéndola oído que de tan trocado que desistiendo de su mal intento hizo una confesión con mucho dolor de sus pecados, y se volvió para su estancia con bien diferentes intentos de los que había traído.

Se dio fin a la procesión en nuestra iglesia con una muy fervorosa plática, el fruto fue muy copioso, tal cual se podía desear porque estaban los más principales hombres de la ciudad divididos en parcialidades muy perjudiciales a la quietud y paz de la república y hallándose todos en la oración en la iglesia como ya venían motudos de las otras, al fin de esta última fue tal su moción que rompiendo por todo humano respecto, se echaron los unos a los pies de los otros, pidiéndose a voces perdón y abrasándose arrepentidos de los desaciertos pasados. Mas quien mayores muestras dio de su arrepentimiento fue el teniente general de la provincia que dijo a voces daría pública satisfacción desde el púlpito si fuese menester para quietud de su conciencia. Otros prodigios dicen algunos que sucedieron en esta noche en que se manifestaron. Le vio, y sintió el sentimiento que hizo el demonio del grande fruto que se hacía viendo se libraban tantas almas de su tirana esclavitud, dicen también que debiendo unas llamas de fuego en el semblante de uno de los padres que hizo una plática con extraordinario fervor, cual no tiene ni fundamento más que el dicho de unos niños y función tan santa y tan del agrado de Dios no tiene necesidad para apoyo suyo de prodigios que no sean fundamentales más que mayor prodigio que el de la conversión de tantas almas que esta noche salieron de pecado. Este es el mayor prodigio dice San Gregorio que la omnipotencia de Dios ha obrado, afirmando que fue mayor milagro convertir Dios a San Pablo, que resucitar a Lázaro de cuatro días muerto. Hubo conversiones de penitentes que en muchos años no se habían confesado, muchas confesiones de confesiones sacrílegas, muchos santos con escandalosos pecados convertidos en Pablos, algunos de los sacerdotes seglares andaban descalzos por las calles cuyo ejemplo siguieron muchas señoras principales. Hubo mujer que anduvo de rodillas la procesión y generalmente las penitencias en todos fueron muchas muy particulares y rigurosas.

Efectos fueron todos estos de los indios que los ministros del Evangelio pusieron para que la semilla de la divina palabra, tuviere el logro que se pretendía y como en la ocasión ocurrió el triduo de la renovación se tuvo con notables demostraciones de fervor empleándose en él, muchas horas de oración, pidiendo muy de veras a Nuestro Señor el feliz suceso de las pláticas, que en dicho octavario se habían de hacer las penitencias, para este intento fueron muchas, porque movidos los superiores de la necesidad y gravedad de la causa alargaron la mano, pero sin pasar los límites de la discreción, por haber condescendido en todo fueran excesivas el día que hubo de salir el acto de contrición. La preparación fue una disciplina pública en refectorio, tan cruel y despiadada que algunos de los padres ancianos que eran solos los que estaban sentados a la mesa, movidos de compasión que los pacientes

no tenían de sí, o de consuelo, o edificados de tan grande fervor, se les saltaron las lágrimas. En esta forma se prosiguió todos los días del octavario. La disciplina pública guiada la comunidad del padre que había de hacer la plática aquel día ofreciéndola por el fruto y no les salieron vanas sus esperanzas con tan copioso fruto como el que se cogió.

### *Ciencias*

Siendo tan grande el espiritual adelantamiento que es el que tiene el principal lugar, no lo es menos el de las letras cuya distribución se observa inviolable que pudiera ser señalada donde más florecen las ciencias, y en ningún tiempo se ha experimentado, ni más número de estudiantes ni más aprovechados, si bien ha florecido esta nuestra universidad con sujetos muy aventajados desde sus principios, porque el tesón del ejercicio de las letras es grande, el cual se echa bien de ver en el lucimiento con que siempre se han tenido sus funciones literarias con concurso de los maestros y doctores, así religiosos como manteístas graduados, cuyos grados tienen la primera estimación en todas estas provincias, porque los exámenes para ellos son muy rigurosos y saben que no salen aprobados sino los de conocida suficiencia. El cuidado que los padres maestros ponen para que la consigan así los nuestros como los de afuera es grande, sin perdonar a distribución alguna de las que ya están entabladas por pretexto alguno. Jamás se interrumpe la lectura de tres cátedras de teología y una de artes, y cuando crece el número de estudiantes suele haber dos de filosofía y tal vez tres y el no las haber de continuo, no es por falta de maestros sino de discípulos, para que al presente a Dios gracias goza la provincia a sujetos no muy aventajadas prendas. Se pone todo cuidado en que los estudiantes que acuden a nuestras escuelas se críen en el santo temor de Dios y vivan asustados a las leyes y constituciones de la universidad que en otras partes, porque el temor y reverencia que tienen a sus maestros es grande.

Los estudios inferiores están en la mejor forma que se puede y en ninguna parte se experimenta así la necesidad, como la notoriedad de este ministerio tan propio de nuestro santo instituto, que en otras provincias en donde el estado eclesiástico no tiene más letras que las que la Compañía enseña, como ni más maestros para aprender los primeros rudimentos de leer, escribir y contar, para lo cual hay escuelas de niños en todos los colegios como también escuelas de Cristo, congregaciones y cofradías para los grandes, porque no quede estado ninguno que no participe las influencias de la Compañía en los colegios de Córdoba y Buenos Aires, donde el concurso es mayor se descubre el santísimo todos los sábados al tiempo de la escuela de Cristo. Se precian las personas de más suposición de ser alistados por congregantes, en estas congregaciones, teniendo no por menor honra los jueces y gobernadores deseo de ser sus prefectos cuando son nombrados que empuñar el vasto. Hay también en los colegios de Santiago del Estero, Buenos Aires y La Rioja personas que no siendo religiosas anhelan a la perfección religiosa consagradas a Dios con voto de castidad, dando de mano no sólo a los trajes ilícitos y profanos, sino también a los lícitos y competentes al estado vistiéndose pobre y humildemente hollando con el propio desprecio el que diera del mundo, dedicadas únicamente a todo ejercicio de virtud frecuente de sacramentos y continua asistencia a los templos de nuestros colegios gastando en ellos todos los días largas ho-

ras de oración. Se fomenta estos ministerios y ejercicios tan píos, y religiosos sus hijos de vuestra paternidad con continua asistencia de confesionario y púlpito.

así mismo tienen su forma de consagración o cofradía los indios y morenos, para cuyo ministerio hay en cada colegio señalado un padre lenguaraz que los instruya y doctrine en los ministerios de nuestra santa fe todos los domingos de entre año, sin omitir tan santo ejercicio jamás, y cuando no fuera más que excusar las borracheras en que esta gente suele emplear el día de fiesta, fuera este ministerio muy conveniente y de mucho agrado de Nuestro Señor, así lo reconocen los padres que se emplean en tan santa ocupación, aplicándose a él tan de veras, como si no hubiera en el mundo otra cosa mayor a que aspirar y se les luce tanto su trabajo que en algunas partes están las congregaciones de indios y negros más abastecidas de alhajas, imágenes, andas y ornamentos de precio, que las de los españoles, celebrando así sus fiestas y procesiones esta pobre gente con mucha solemnidad y lucimiento.

### *Lo temporal de los colegios*

Tocante a lo temporal de los colegios se muestra bien la Divina Providencia en mantenerlos, como los mantiene tanto con más larga mano cuanto menor se acorta la de los superiores en socorrer las necesidades de los pobres, porque los colegios de la Compañía en esta provincia son el común refugio así para las necesidades espirituales, como para las temporales para lo cual provee Dios la provincia toda de suerte que no le falta lo suficiente para alimentar los sujetos y mantener el culto divino con mucha decencia; Mas quien mas sobresale en esto es el colegio de Córdoba cuyo templo hace mucha ventaja en hermosura y primor no solo a los templos de los demás colegios, sino también de las demás comunidades religiosas. Los ornamentos son muchos y muy preciosos, tiene razonable música y se compone de los esclavos del colegio con que las fiestas se celebran con toda solemnidad, de aquí nace que como se procuran emplear también los bienes que Dios da a la provincia experimenta su bendición copiosa en las cosechas y frutos de la tierra.

El colegio de Santiago, el que al presente se halla algo atrasado, porque los efectos de las haciendas de que se mantiene, no han tenido el logro que solían, mas como la raíz y fundamento que es la estancia permanece, hay esperanzas de mejoría, y Dios será servido de que así sea pues, depende tanto de lo temporal, así de este colegio, como de los demás, el bien de tantas almas, que se perdieran sino fuera por los sujetos que en ella se alimentan. Ninguno de los colegios tiene renta que tenga estabilidad, todo depende del trabajo, y asistencia de alguno de los padres o hermanos que se aplican a cuidar de las haciendas, no sin mucha fatiga y afán porque como depende el mantenerlas de gente por la mayor parte asalariada, que son indios, mestizos, y mulatos, gente sobre manera inconstante, tiene bastante que ofrecer a Nuestro Señor. Los que con ellos tratan para mantenerlos en las haciendas.

De aquí es que los sujetos que aplican su solicitud, trabajo e industria para mantenerlas no sin mucha razón pueden merecer el renombre de insignes benefactores de la Compañía porque el ornato, y culto de los templos, ya el sustento y vestuario de los sujetos, ya lo material de los edificios y los avios para los dilatadísimos viajes que hay en esta Provincia



y lo que mas es el excesivo gasto que los padres procuradores generales que van a Roma hacen en conducir sujetos para esta provincia no depende de otra renta que la que se adquiere con sudor del rostro. Este es el fruto principal y la más segura finca de esta provincia.

## *Capítulo 2*

### *Misiones pertenecientes a los colegios por las caserías o estancias de españoles y pueblos de indios cristianos*

El ministerio de las misiones que están subordinadas a cada uno de los colegios de la provincia es el más glorioso, útil y necesario que en ella se ejercita así se reconoce, y así se ejecuta no sin grande logro del bien de las almas que hay en los dilatados términos y partidos que pertenecen a cada colegio discurriendo, ya por las caserías o estancias de los españoles, ya por las poblaciones de indios cristianos, no es mucho el número de la gente, pero es muy grande la distancia que las estancias comprenden porque distan las más de ellas muchas leguas de las repúblicas a que pertenecen y para que se vea el celo y trabajo con que los hijos de vuestra paternidad acuden al socorro espiritual de estas almas tocaré algo de la situación y distancia de las repúblicas en que hay colegios. La primera y en que desembarcan los que vienen de Europa a esta provincia es Buenos Aires y dista de la de Córdoba 120 leguas con poca diferencia en toda esta distancia, no hay otra ciudad, ni villa, ni alca sino algunas estancias o caserías de españoles que se extienden por espacio de treinta o cuarenta leguas vía recta, fuera de otros pagos y viviendas que hay en su circunferencia y jurisdicción, adonde acuden los sujetos del colegio que tenemos en esta república a misión todos los años porque ni cumplir con la iglesia pueden, si los padres no van, o por no darles lugar su pobreza, a venir a la ciudad al cumplimiento de esta precisa obligación o porque no faltan algunos que se les da muy poco de cumplir con ella por el poco aprecio que hacen de su salvación es extraordinario el fruto que se coge por medio de sus pláticas y confesiones por ser raro el que se deja de confesar y porque en habiendo algún escándalo público, dan queja a los padres misioneros para que apliquen el conveniente remedio.

Acredita su divina majestad este ministerio santo con algunas especiales providencias ordenadas al bien de estas pobres almas, como se vio en una de estas misiones y fue que habiendo concurrido con otros muchos en una de estas estancias una española a confesar y comulgar, haber cumplido con la iglesia algunos años por su gran pobreza. Estando aguardando la misión después de confesada para comulgar en compañía de otros muchos le dio un accidente que de ordinario padecía dejándola sin habla, y tal que más parecía muerta que viva, y el prodigio fue que la sobra durar el accidente todo el día. Trataron de llevarla a su casa avisando al padre que no esperase con la misa porque no había de volver en si de que quedó con no pequeño desconsuelo, viéndola imposibilitada para comulgar, y que si no lograba esta ocasión, no podría lograr otra quizás en algunos años porque ni sacerdotes, ni capillas para decir misa hay por la mayor parte en estas estancias, sino cuando va la misión y entonces el templo no es otro que un toldo o pabellón en donde se celebra el santo sacrificio de la misa en altar portátil que siempre llevan los padres misioneros consigo. Le fue for-

zoso al padre aquel día proseguir su misión y así no sin particular impulso mandó que no la llevaran, sino que la dejaran estar como estaba en el toldo donde se había decir la misa en la cual rogó muy de veras a Nuestro Señor para que no quedase aquella alma privada de tanto bien, y no fueron vanas sus oraciones pues apenas alzó la sacro santa hostia para que la adorasen cuando se levantó también la enferma y puesta de rodillas continuó oyendo también la misa con tantos alientos y serenidad, como si al sonido de la campanilla hubiera despertado de algún profundo sueño, y al fin de la misa comulgó con los demás, y atribuyeron el suceso a milagro para las experiencias que tenían de que el accidente le duraba todo el día.

### *Misión de España*

Llegó a 19 de febrero de 1681 a este colegio de Buenos Aires la misión que vino de España para esta provincia a cargo de los padres procuradores generales Cristóbal de Grijalva y Tomás Donvidas que se componía de 48 sujetos<sup>187</sup>, habiéndose muerto en el discurso de la navegación 8 que fueron un padre novicio, seis hermanos estudiantes y un hermano coadjutor, murieron asimismo 33 pasajeros que venían en el mismo navío en quienes se ejercitaron los ministerios espirituales que la Compañía acostumbraba disponiendo sus almas por medio de la penitencia para una dichosa muerte sin descuidar en acudir a los que quedaban vivos con continuas exhortaciones y pláticas que en el discurso de la navegación se hicieron. En el tiempo en que estuvo esta misión en esta ciudad tomando algún alivio y descanso después de tan penosa y dilatada navegación, no admitió treguas el celo y fervor de los nuevos misioneros, promoviendo el ministerio santo de las misiones al modo que en Europa se acostumbra, siendo esta la primera vez que en esta provincia se comenzaron a ejercitar, se dispuso los ánimos así de los ciudadanos como de la milicia con especiales muestras de fervor, y fue muy notado el silencio y compostura, de tan numeroso concurso en función en esta ciudad nunca vista, se dio fin al acto de contrición en la catedral donde esperaba el señor obispo don Antonio de Ascona con todos sus prebendados y clerecía. No quedó sin logro muy crecido el trabajo y celo de los muchos misioneros, siendo el fruto tal cual se podía desear como se experimentó en la extraordinaria frecuencia de sacramentos y mudanzas de vidas estragadas de suerte que en Semana Santa y Pascua que inmediatamente se siguieron apenas hubo que hacer, al haber cumplir con la iglesia.

Es grande la devoción que tienen en esta república a Nuestro Santo Padre y al apóstol de la India San Francisco Javier. Valiéndose de la firma del uno y anillo del otro en sus aprietos. Sucedió este mismo año que hallándose una mujer principal por tres días continuos luchando con su dificultoso parto tan descaecida por la fuerza de los dolores que apenas podía formar palabra, valiéndose de la firma de Nuestro Santo Padre y juntamente de un anillo de los que vienen de Roma tocados a la mano de San Francisco Javier, poniéndose la fir-

<sup>187</sup> El padre Leonhardt contabiliza 57 sujetos distribuidos en 11 padres sacerdotes, 12 hermanos teólogos, 28 hermanos filósofos y 6 hermanos coadjutores (*Cartas Anuas ...* Tomo XIX, pág. LVI.)

ma al cuello y el anillo en un dedo de la mano e invocando, en boca a los dos santos se vio al punto libre del riesgo levantándose por sí misma de la cama y cobrando perfecta salud.

### *Colegio de Córdoba*

La jurisdicción de las misiones que están subordinadas al colegio de Córdoba es la más dilatada de cuantas hay en la provincia, y no la menos necesitada de espiritual socorro, pues tiene al pie de 700 estancias o caseríos esparcidas en la circunferencia de su territorio por quinientas leguas a las cuales asiste este colegio continuamente con dos padres misioneros recorriéndolas por espacio de siete meses continuos cuando se hace sin interrumpir, y en el discurso de este tiempo se andan 900 leguas como consta del derrotero que tienen observado los padres misioneros, a cuyo cargo están estas misiones en tan dilatados términos algunas de las estancias, distando de la república las 40, 50 y más leguas, y sus moradores, ni saben que es misa, ni tratan, ni pueden confesarse si los padres no les acudieran atendiendo a su enseñanza e instruyéndolas en los misterios de nuestra santa fe, y sacándolos de su ignorancia que es tal que apenas saben dar razón de sus culpas, y del tiempo que se confesaron, pues siendo preguntados la respuesta común es: cuando pasó la misión, porque muchos en especial de la gente de servicio que la mayor parte no distinguen de meses ni años, y así es menester que el confesor adivine, el cuando, y no pocas veces sucede que no logrando el confesarse en tiempo de la misión no hallan otro, y suelen ser no poco los años que a algunos se les pasa sin confesarse.

Esta distancia es causa de que muchos mueran sin confesión y casi todos, sin viático, ni extrema unción porque aunque cada partido tiene su cura, pero este, o no los puede acudir por ser la distancia tanta, o lo que es más cierto los feligreses por la mayor parte no se acomodan a confesarse con él, sin tener otro recurso que el de los padres misioneros, y algunas veces acontece que teniendo confesores más cerca ya aun dentro de su casa no les parece que dan confesados, sino se confiesan con alguno de la Compañía llamando por esta causa de partes muy distantes al confesor que galopea las 30 o 40 leguas para que el enfermo no muera sin confesión y no pocas veces acontece que llegando cansado, hecho pedazos, ya el enfermo está en la otra vida que es de no pequeño sentimiento y tal vez de escúpulo de si anduvo con la diligencia debida, o si fue que descuidó suyo el malograrse el fin dictando trabajos; para acudir a estas necesidades tan extremas ha proveído la divina providencia estas tierras de abundancia de caballos, y no hay quien no los tenga porque el mantenerlos no les cuesta sino echarlos al pasto.

Para que se vean cuan adeptos le son a Dios estos santos ministerios pondré un caso que juntamente manifiesta cuanto se ofende del descuido en ellos como se experimentó en un manifiesto castigo que la divina justicia ejecutó en dos sacerdotes, el uno religioso y secular el otro. El caso fue que en una de las estancias o granjas del Noviciado de Córdoba se hallaba por cura de la gente de servicio, que es mucha, un padre de los nuestros ya anciano y muy enfermo; llamaron a una confesión de otra estancia que distaba de la dicha nuestra 18 leguas. El hermano que cuidaba de la hacienda viendo imposibilitado al padre escribió un billete a los dos sacerdotes que estaban en otra estancia a distancia de media legua, dán-

doles cuenta de la indisposición del padre y rogándoles hiciesen esta caridad, si acaso alguno de los dos se alentase respondieron que no tenían cabalgaduras. Se les volvió a escribir el hermano que el dueño de la estancia donde se hallaban le tenía una muy buena mula de camino que cualquiera de los dos que se animase la pidiese y fuese en ella. Volvieron a responder que no tenían licencia del cura. Sabiendo el padre enfermo lo que pasaba, se alentó cuanto pudo para no dejar aquella alma sin remedio y enfermo como estaba tomó el camino para la estancia del doliente, como la distancia era tanta y su flaqueza mayor se desmayó en el camino, y apeándose de la mula como pudo paso su accidente, volvió a proseguir su viaje, si bien en vano porque el enfermo ya estaba en la otra vida. Volvió el padre tan rematado después de haber caminado de ida y vuelta más de 36 leguas, que luego que llegó al colegio murió habiendo sacrificado su vida a Dios con un acto tan heroico de caridad a que como se expresa de su divina misericordia correspondería el galardón, y si el padre llevó el premio tan merecido de Dios no se guardarían sin el merecido castigo los dos sacerdotes que se excusaron con excusas tan frívolas y ridículas, para que el uno en breve perdió el juicio y el otro murió de repente, de aquí se echará de ver cuan trabajoso y no menos glorioso es el acudir como se acude a estas confesiones cada y cuanto que se ofrecen que es muy a menudo.

Mas no solo es trabajoso para las distancias de caminos para la incomodidad de la hora, por los malos temporales y dificultades de los nuestros que en tiempos de aguas, suelen ser muy peligrosos, en especial en los colegios de Salta y Tucumán, sino también para los efectos de la santa pobreza que se experimentan porque después de las molestias del camino con tanta fatiga y afán, llega el confesor a una estancia o rancho que se compone de cuatro estacas mal puestas, cubiertas con algunos pellejos de vacas o con pajas para siquiera tener algún reparo para las inclemencias del tiempo, en ellas se encuentra en una suma pobreza un enfermo, cuya cama no es otra que un cuero asimismo de vaca sobre el duro suelo, y el sustento tan poco que en partes no es otro que un poco de maíz cosido en agua, y aunque es mucha la abundancia de carne de vaca pero comúnmente la comen sin pan en tanta miseria y de amparo ya se deja entender el hospedaje que se hará al padre y el descanso que hallará después de tanto trabajo y no pocas veces acontece que si el padre lleva alguna cosa para el sustento de la vida como la caridad no sufre ver al próximo en tanta necesidad sin socorrerla se ve obligado a partir con el enfermo en especial el pan que es de lo que más carecen, y lo más de la vida a muchos se les pasa sin él, excepto las personas principales que tienen forma en sus estancias de hacer sementeras. Siendo el sustento de los padres de la calidad dicha. La cama para el descanso no es otra que el duro suelo, o el arrimo de algún árbol en la Compañía si le hay.

El fruto que se coge así en estas salidas a confesiones, como en la misión anual es sobremanera grande, porque en ellas fuera de lograrse el que tantas almas salgan de sus culpas, lo que no hicieran ni pudieran, si los padres no les acudieran, se bautizan muchos niños y se reitera en todos, o casi todos los que nacen en estas estancias, el sacramento del bautismo *sub conditione* porque ni asisten, ni pueden asistir a los bautismos los propios párrocos, ni se hallan siempre personas de satisfacción que los bauticen pues los que comúnmente los bautizan son personas ignorantes de quienes no se tiene adecuada satisfacción. Aunque el fruto que de

los niños se coge si bien el trabajo es mayor porque siendo tan trabajoso al confesor aún cuando se confiesan personas entendidas y capaces con quienes apenas tiene el confesor que hacer, pero el confesar esta gente es sin comparación mayor por su mucha rudeza en especial indios, negros y mulatos porque por la mayor parte raro es el que sabe las partes que tiene una buena confesión, ni los misterios de la fe que es necesario saber *necesitate medi* y así antes de confesarlos se ve obligado el confesor de instruir a cada uno en particular acerca de los que ha de creer y el modo con que se ha de confesar, que es un trabajo tal cual solo el que lo experimenta puede hacer bastante concepto de el y después de estar quebrándose la cabeza, el confesor queda siempre con recelo si quita bastantemente instruido porque son de una naturaleza tan ruda que con dificultad hacen bastante concepto de lo que se les a explicado, que es una pena bien considerable, y en quienes más se experimenta este trabajo es en los negros e indios que como gente de tan poca verdad que da de ordinario la sospecha de si la dice, porque les es tan connatural el mentir que sin reparar y sin malicia responden lo primero que se les ofrece sea verdad o mentira, y así el preguntarles en la confesión el número de los pecados en cada especie es acción ociosa para el intento, y aún escrupulosa, como lo advierte el obispo de Quito don Alonso de Monte Negro en su libro del Párroco, porque ellos sobre entender poco de números y no le saber es moralmente cierto que han de mentir porque son de una naturaleza tan apocada e inadvertida que si en una especie de pecado al principio dicen que pecaron dos veces en todos los demás dicen lo mismo, pues preguntado del confesor cuantas veces juraste, le responden dos veces al preguntarles cuántas veces dejaste de oír misa los días de fiesta, dan la misma respuesta prosiguiendo, en la misma forma en el discurso de la confesión; otras veces a todo responden que sí, aunque se le pregunten cosas increíbles. De aquí se podrá colegir el trabajo que da esta pobre gente y en los ahogos en que se ven los confesores para que no hagan confesiones sacrílegas, aquí se añade que todos o casi todos cargan sobre los padres de la Compañía a confesarse en esta provincia y a no pocos les parece no quedan confesados si no se confiesan con ellos, ni falta a quienes les parezca ser delito confesarse con otros confesores de que se acusan como culpa.

Mas aunque el trabajo es tan cual se deja entender con todo eso es muy llevadero y suave a vista del copioso fruto que a manos llenas cogen los que se emplean en el cultivo de estas almas, pues en ocupación tan santa no dejan de ofrecerse algunos casos en que se manifiesta la divina providencia para con sus escogidos. Sucedió que andando en la misión del año 1683 los padres de este colegio hallaron una india de anciana de edad, postrada en una cama por muy dilatado tiempo, falta de medicamentos, y en tal estado que se había ido secando poco a poco de calidad que vino a quedar echa un esqueleto con sola la armazón de los huesos y piel que los cubría, de manera que aún para asistir el alma no se le reconocía en lo exterior aptitud, pues apenas alentar podía, viniendo más afuera de la divina providencia que por disposición natural del cuerpo fue tal el consuelo que recibieron sus parientes y domésticos con la venida de los padres que acudieron con mucha alegría a participar a la doliente tan alegre nueva aunque dudosos por otra parte si sería ocioso el alivio que juzgarla más muerta que viva, que aunque tenía algunas señales de vida más al juicio de todos imposibilitada de volver en sí, no obstante prevaleció la caridad cristiana, y fiados como ellos decían que no envía Nuestro Señor acaso la misión para aquellos parajes en circunstancias

tales sino con altísima providencia pues había pedido tantas veces y con instancias tantas un confesor la paciente le gritaron llamándola por su nombre pero en lo inmóvil e insensible que el eco de las voces se mostraba daba a entender muy bien su incapacidad para la confesión. No obstante repitieron las voces y dijeron que los padres de la misión estaban en su casa a cuya voz como resucitara de muerte absurda abrió los ojos y desplegando algo risueña los labios exclamó diciendo: *Bendito sea el Señor de todo que tan provido y misericordioso se muestra con esta pobre esclava, aveis de saber que esto solo aguardaba mi alma para saber de este cuerpo en que tanto tiempo, pena como lo vereis, pues en confesando, y recibiendo el padre por viático acabare los trabajos de esta vida.* Y así sucedió pues, habiéndola el padre confesado y dado el viático entregó su alma al Creador con tal manifiestas señales de su predestinación.

En esta misma misión (si bien en otro paraje) se hallaron traídos de la Divina Providencia dos hombres a la plática, y ejemplo que de las penas del infierno contaron, y a una como iban juntos en su maldad se resolvieron a detestarla; porque manifestaron a los padres como estaban resueltos a ahorcarse por verse tan acosados de trabajos y en especial de la pobreza los cuales reconocían eran efectos de las enormes maldades que cometían y en la realidad eran muy terribles por haberse entregado ya despechados en manos del demonio, más movidos de curiosidad o llevados de una interior y suave, aunque eficaz fuerza divina, se llegaron a oír la plática muy ajenos de conseguir para sus almas conversión tan eficaz, fue tal el pavor y miedo que de ellos se apoderó que sin poder resistir a fuerza tan superior, les parecía hallarse ya en el infierno a cuya causa resolvieron a confesarse como lo hicieron muy a satisfacción de los padres detestando sus sacrílegas maldades y blasfemias en que por instantes, ya desesperados reincidían, conformándose con la pobreza y trabajo que antes aborrecían<sup>188</sup>.

---

<sup>188</sup> Continúa con los colegios de Santiago del Estero, Tucumán, Salta, Jujuy y Tarija. Siguen las misiones en el río Bermejo, de los calchaquies, el colegio de la Rioja, de Asunción. En el capítulo cuarto trata sobre casos particulares y virtudes de algunas personas, la expedición del gobernador Herrera contra los indios pampas y la misión de santo Domingo Soriano en el río Negro y las beatas de Buenos Aires. En el capítulo cuarto hace referencia a las reducciones del Paraná y Uruguay con sus 24 poblaciones. En el capítulo quinto se refiere a las misiones entre gentiles, como el proyecto en Patagones, o las misiones de guaranos, monday, chiriguano y chiquitos, la expedición al río Aracay. Finalmente el capítulo sexto hace mención de las necrológicas de los padres Nicolás del Techo, Andrés Gallegos, Eugenio Sánchez, Eugenio de Feria, Pedro Clavería, Noel Berthot y los hermanos José de la Peña, Juan de Montes, Juan de San Martín y Antonio Martines. Para cerrar la anua se agrega el periodo de Orozco, sobre todo de las fundaciones que se hicieron entre 1689 a 1692 como el colegio de Corrientes, Tarija y la misión de chiriguano y sus misiones rurales.

## Carta Anua de 1689-1700 <sup>189</sup>

### *Anua de la Compañía de Jesús del Paraguay desde el año de 1689 hasta el año de 1700 escritas por el Padre Ignacio de Frías provincial de la misma provincia a nuestro muy reverendo Padre General Tirso González*

Doy en esta a vuestra paternidad noticia del estado de esta provincia de los ministerios con que los ejercitan los sujetos de ella, desde el año 89 en que se terminasen las pasadas, hasta el de 1700. Procuraré hacerlo con mayor brevedad y pueda, porque aunque es así que estas letras anuas sirven para que comunicándolas en estrofa los padres procuradores que van a Roma se afervoricen los hijos de nuestro Padre San Ignacio que allá viven y procuren venir a participar de tanto bien que se hace en las almas y de tan gloriosos trabajos que por ellas se padecen pero principalmente se dirigen a Vuestro Padre para que nos envíe muchos y muy buenos sujetos, que se empleen en ministerios tan propios de nuestro instituto. Y estando vuestra paternidad tan frecuentemente ocupado en el gobierno de la universal Compañía el pasarle con relaciones dilatadas falta muy grande yerro y ocuparle parte del tiempo tan precioso, como el que se emplea en tanto bien de la Compañía. Para que esta relación sea más clara, la dividiré en siete capítulos. El primero será del estado de los colegios en co-

---

<sup>189</sup> La versión castellana de 68 folios y medio aquí empleada se encuentra en el Archivo de la provincia de la Compañía de Jesús de Toledo, contando el archivo del Salvador con una copia fotografiada. La firma el provincial Ignacio de Frías y la dirige al general Tirso González. En la biblioteca del Salvador también hay otra versión en latín más reducida. La que tomamos contiene la información de lo sucedido durante el mandato del padre Ignacio de Frías y el de tres provinciales anteriores: Gregorio Orosz (1689 a 1692), Lauro Núñez (1692 a 1695) y Simón de León (1695 a 1698). Estas anuas fueron llevadas personalmente por el procurador Francisco Burgués, elegido en la congregación de 1700. Está dividida en 7 capítulos de los que tomamos parte de los dos primeros que tratan sobre los colegios, las misiones rurales y una última referencia a la fundación del convictorio de Nuestra Señora de Monserrat. Falta el folio 59, justamente donde culmina la necrológica del padre Joaquín Gazola, primer rector del Convictorio de Monserrat. (Biblioteca del Colegio del Salvador, Cartas Anuas, 1689-1700, Estante 11 y 3).

mún, así en lo temporal como el lo espiritual y misiones, que en ellas se han hecho; en segundo de las que se hacen fuera de las ciudades donde están los colegios de españoles e indios cristianos; el tercero y cuarto de la fundación del colegio de las Corrientes y Tarija; el quinto de las entradas que se han hecho a las naciones gentiles y pueblos que se han fundado de nuevo; el sexto de las reducciones del Paraná y Uruguay; el séptimo el de algunos difuntos más sobresalientes en virtud que han muerto este; por que de todo sería causa muy prolija y dilatar esta relación fuera de las licencias que pretendo.

## *Capítulo 1º*

### *Estado de los colegios en común así en lo espiritual, como en lo temporal*

*Observancia:* Tiene esta provincia en diez colegios, una casa de probación y treinta y dos reducciones: 265 sujetos. Ciento setenta y tres sacerdotes, cuarenta y un hermanos estudiantes, 51 coadjutores y 10 novicios. Persevera en el cuerpo de la provincia por la misericordia del Señor por ser vigoroso el fervor de la religiosa observancia en que la función que fueron espejos de religión bastante solícito es lo que algunos reparan y es que ninguno deja de asistir a la oración a la hora acostumbrada sino que esté enfermo de enfermedad grave y siendo cierto, que al paso que anda la oración, andan las demás observancias y habiendo tanta puntualidad en esta se sigue, que es grande la que hay en la disciplina religiosa. Los mismos seglares la anotan y admiran, y en una misión que hicieron, dos de los nuestros por algunos parajes cerca de Tarija donde nunca habían visto Padres de la Compañía no les causaba menos admiración verlos por aquellos valles, que edificación su modo tan religioso y aún algunos expulsos de la Compañía en los cuales suele perseverar más la dejación que el amor de ella alaban y engrandecen esta verdad. Es el Colegio de Córdoba el Máximo de la provincia y juntamente casa de estudios, donde se enseña nuestra juventud en virtud y letras donde nuevamente se ha separado el Noviciado de esta casa en la misma ciudad y así el clamor, el favor del espíritu y devoción se conserva en los hermanos novicios más vivo y más atiende al paso que más recogidos apartarse el noviciado del colegio de los estudios pero no del ánimo de nuestros hermanos estudiantes, perseverando ejercicios en el estudio de su propio aprovechamiento y estudiantes diligentes en el de las letras. Acuden todos los días con puntualidad a la estación, exámenes, lecciones, espiritual y rosario, que rezan de comunidad, son frecuentes las dificultades públicas y demás mortificaciones en el refectorio. Hacen fundaciones literarias que son las mismas que nuestros colegios de Europa, jamás se falta. Hay tal unión e igualdad, que lo mismo es el teólogo que el que comienza la filosofía. Los ejercicios los tienen todos los de casa juntos todos los años, con tanto fervor, penitencias y mortificaciones, enfervorizándose los más al ejemplo de los otros que son de grande edificación a toda la provincia y saliendo de ellos maestros y discípulos con nuevos bríos para adelantarse en las virtudes y en el estudio de las letras. Este amor a la observancia religiosa se conserva en los demás colegios, siendo bien pocos sujetos en cada uno, tocando y acudiéndose a las distribuciones propias suyas con la puntualidad que en el colegio de Córdoba. Buen ejemplo de este amor a la perfección, que habiendo muerto aceleradamente en el colegio de Santiago el año de noventa y dos un padre muy antiguo al componer su



cuerpo, para vestirse los ornamentos sacerdotales, le hallaron de Roma de las carnes cinco celieros, unos de cerdas, y otras de alambre, cosa que causó grande espanto, y edificación en todos los de dentro, y fuera de casa, que a voces le aclamaron por santo con la misma puntualidad se toca, y cumplen las distribuciones en las reducciones, donde solamente hay dos de las nuestras de tal manera, que habiendo llegado el Padre superior de las misiones de los indios Chiriguano, y Chiquitos el año de 93 a visitar la reducción de san Francisco Javier, que entonces era la última, y hacía poco que se había fundado; siendo la iglesia una casa de pajas y la casa para los nuestros dos, o tres chozas de lo mismo, dando principio a su visita por lo que tiene el primer lugar que es la regular observancia, hallo, que se guardaba con toda exacción sin que faltase distribución de las que se guardan en el colegio mas observantes, siendo solamente los sujetos que en partes tan distantes atendía a la conversión de aquella gentilidad, quedando muy edificado, como escribe dicho Padre superior de su religiosa puntualidad, juntando costumbres de ángeles con empleo de apóstoles como verdaderos hijos de la Compañía.

*Ministerios:* Los ministerios están en el mismo fervor acudiendo los operarios de la iglesia en el tiempo conveniente y a las cosas de los enfermos de día, y de noche y al punto que son llamados para confesar, y ayudar así en morir a los próximos; en algunas partes hay no pocas confesiones entre semana en el templo por haber personas espirituales y otras que comulgan dos o tres veces cada semana con licencias repetidas veces que con largas experiencias han conocido su pureza de vida, y abiertos para la persuasión. Los domingos y días de fiesta las confesiones son muchas mas empleándose en ellas a veces toda la mañana. Llamado de los enfermos acontece salir un sujeto seis o siete veces al día y no pocas veces en oras y tiempos encimados, como en tiempo de siesta y por la noche; y en temple tan lluvioso que en los inviernos es con grandísimo trabajo por los grandes lodos, que ocasionan las lluvias continuas, volviendo a casa tras pasado del agua y dejando con el barro a media pierna. En las fiestas principales y semana santa, son nuestros operarios el alivio de los párrocos y de sus feligreses, oyendo confesiones desde muy de mañana y durando hasta muy entrada la noche por ser tan grande el concurso a nuestros colegios y cargar sobre ellos el mayor peso de las confesiones, y las he ido entablando en todas partes el jubileo de San José o de la doctrina cristiana con tanto concurso o mayor que la semana santa, yendo los más principales y aún los señores gobernadores llevando el estandarte y cantando las oraciones con tanto gusto en acción tan santa, que es de suma edificación y ejemplo, el cual sigue toda la ciudad, porque toda y todas acuden a función tan cristiana cuando se hace. Y no solamente se acude al bien de las almas, de los prójimos cuando no los llaman, sino que estando enfermos, nos entramos por sus puertas, con pretexto de cortesía y de visitarlos en sus enfermedades, ofreciéndonos al remedio de sus almas otras veces por pacificarlos unos con los otros, porque no se consuman con odios temas y pleitos, de todo lo cual hay gran abundancia en algunas ciudades y no pocas los ha tragado la caridad diligente de los nuestros la cual no se cansa en acudir a todo el bien de sus próximos.

*Casas particulares:* Usa muchas veces el Señor de su misericordia en crédito de los ministerios de la Compañía y de los que los ejercitan, como se lleva en lo que ahora referiré en un colegio de los nuevamente fundados llegó a uno de los nuestros una mujer española y le dijo padre mío, yo vengo a confesarme y no me atrevo hacerlo. Y preguntándole la causa dijo: estando el mal, que algunos dicen de vuestros padres persuadiéndonos a que no comuniquemos con persona alguna de la Compañía ni oigamos su doctrina y consejos, que nos causan estos recelos y temores por lo cual nunca me he atrevido a llegar a los pies de alguno de la Compañía, replicó el padre pues qué es lo que la movió ahora a venir entrando la buena, prosiguió la mujer, que van diciendo los que aquí se confiesan, que verdaderamente nos causa envidia a cuantos lo oímos y eso no es apoligado a venir ahora aunque contra mi voluntad y repugnando mi ánimo, y no se<sup>190</sup>.

[...]

### *Escuelas*

Para los estudios de gramática se procurará poner maestros que cumplan las obligaciones de ministerios tan propio de la Compañía y tan necesario en estas provincias; donde no hay más estadios de esta facultad que los nuestros, también en todos los colegios hay escuelas de niños donde se les enseña a leer y escribir ya la doctrina cristiana, por lo cual son de muy grande servicio de Dios Nuestro Señor y bien de las repúblicas; pues no habiendo entre los seglares quien se incline a esta enseñanza, haciendo claro el que a esto se aplicó donde no está la Compañía se experimenta grandísima ignorancia en los nuestros y aún en los grandes, de los misterios de Nuestra Santa Fe y de lo que se les conviene para la salvación de sus almas. Algunas cosas se cuentan en esta materia, que a la primera apariencia causan risa; pero miradas seriamente causan lágrimas, siendo tan grande ignorancia entre cristianos de las cosas de nuestra religión.

### *Temporal*

En lo tocante a lo temporal, aunque de los colegios es raro el que tiene deudas, pero estos últimos años, ya sea porque las sementeras en algunas partes han sido muy cortas y por otras no se ha cogido nada o ya porque habiéndose minorando mucho las minas del Perú, como poca plata en el reino haya por otras causas; lo pausan más con penuria y cortedad que con abundancia y lo mismo es en las reducciones, pues en algunas no se come pan de trigo, sino unas tortillas de allavi cocidas al fuego, las cuales recién hechas son tolerables pero después son desabridas. Otros sujetos se ayudan de lo que hacen de una raíz llamada Alamita, de que usan los indios y llaman en el Brasil harina de palo, pero todo lo llevan con mucho gusto, porque estas y otras incomodidades las padecen por amor de Dios.

---

<sup>190</sup> Continúa con las misiones en los colegios de Santiago del Estero, San Miguel de Tucumán, Salta, Asunción, Buenos Aires y Jujuy.

## *Capítulo Segundo*

### *Misiones por las estancias y pueblos de españoles e indios cristianos*

Todas las poblaciones de españoles de estas provincias tienen en sus contornos y partidos gran número de estancias y canteras algunas distantes veinte, treinta y hasta cuarenta leguas de las mismas poblaciones, otras menos, según [...] tierras, donde fundarlas, corresponden a las alquerías y granjas de Córdoba. Los más de los españoles viven en ellas casi todo el año con toda su familia y los que más ordinariamente transitan en las ciudades tienen en las estancias la gente de su servicio, como son negros, indios, mulatos y a veces algunos mestizos para la guarda y cultivo de sus haciendas. Lo más ordinario de esta gente es no oír misa en todo el año, sino es lo que están cerca de la ciudad o de alguna capilla o ermita donde se celebra. Y si tanta falta tienen de misa, cuanta será la que tienen de enseñanza de las cosas que debe saber un cristiano. De aquí es que se hallan en una extrema necesidad del pasto espiritual de la palabra de Dios, que están faltos de la noticia de las oraciones, de los sacramentos, de los preceptos divinos y eclesiásticos y aún de algunos de la Santísima Trinidad, encarnación y redención. Y hay algunas tan agrestes; que muy crecidos, no han venido a la ciudad ni entrado en la iglesia. Pues donde hay tanta ignorancia de cosas tan sustanciales, cuan grande será la que estas pobres padecen de los demás ministerios y verdades católicas. Allegase a esto la falta que tienen de sacramentos, puso vino para la moderación de las costumbres, porque aunque cada distrito tiene su cura, como la distancia es tanta, pocas veces llegan a sus casas y muchos no se consuelan de confesarse sino con los de la Compañía y así, comúnmente no se confiesan, ni comulgan, sino cuando los padres misioneros arriban a estos partidos de donde nace que aunque la gente no es mucha, son de mucho trabajo estas misiones así por lo que cuesta confesar e instruir a gente tan ruda y falta de enseñanza, como por tan grande distancia de estas caserías comprenden ya ese paso es el consuelo de los misioneros, por sacar de la noche de sus criptas a unas almas tan distintas y tan necesitadas de remedio. Por lo cual son muchos los pecados y daños espirituales que se remedian. Los abuelos hasta de crecida edad que jamás se han confesado y se les enseña y confiesa los mal amistades que se apartan, acaban, cuando los operarios llevan facultad de los párrocos para hacerlos, y los discordes que se [...] cuidan los bautismos, que se hacen y los que se revalidan su condición, poniendo santos oleos y suplicando las demás ceremonias de la iglesia a la que no se le han puesto, la cual acósenle aún a muchos ya crecidos porque no se [...] medio alguno con que se pueda ayudar [...] de los padrinos. Háganse todos los años estas correrías sino es que [...] accidentes tan preciso, que la estancia si hay bastantes sujetos [...] veces por falta de sacerdotes sale un padre acompañado de un [...] por que no deje obra de tanta gloria de Dios y bien de las almas.

Aunque nos alimente consuelo Nuestro Señor a sus siervos con las almas que sacan de pecado sino también encontrando en las confesiones muchos que viven con gran virtud y algunas que siendo ya de edad, jamás han perdido la gracia que recibieron en el bautismo cual fue una doncella tan temeraria de Dios, que oír el mal ejemplo de una persona muy conjunta, sabía ni las persuasiones de los que la incitaban a mal fueron bastantes para derribarlas y hacerla perder la flor de su pureza. Ante tal vez su insistencia a la culpa infundió en el que

la pretendía, amor a la castidad, trocando con santos palabras los malos intentos del que la hablaría alabando este y aplaudiendo su constancia, en tanto grado, que el que había llegado a solicitarle, no se lo desistía de su mala pretensión, si no que se convertía en predicador y elogiados de la castidad de la doncella, exhortándola a que perseverase firme en su propósito. Y era tanta su pasión y temor de Dios que le temblaban las carnes cuando la proponía alguna casa menos pura. Quiso sin duda Nuestro Señor premiar tan gran virtud suya moviendo su Divina Majestad el corazón de aquella persona tan conjunta en sangre, a que se confesase muy de veras, como de hecho se confesó con muchas lágrimas y grandes muestras de arrepentimiento.

En otro partido fue un padre a hacer misión a un pueblecillo, o por mejor decir una ranchería de indios, de la cual vino muy edificado habiendo experimentado la bondad de sus conciencias, la cristiandad de su vida, el gusto con que oigan la palabra de Dios y la paciencia con que llevaban la esclavitud del español, dando gracias a Nuestro Señor por haberles sacado de la ceguedad del gentilísima aún más que de sus tierras para morir cristianamente. Entre todos señalaba una india anciana de edad de noventa años. Su conciencia era de un ángel, su vida aclamada de los indios por santa, se había conservado virgen hasta este tiempo de manera que ni siendo gentil amancillo su castidad; antes si cuando moza alguno la solicitaba sino quería desistir de su mal intento, con un palo defendía su honestidad. Así había perseverado en mucha virtud hasta edad tan crecida.

### *Misiones en las estancias de Córdoba*

La misión que todos los años hace el colegio de Córdoba así por la sierra como por los ríos esta a las dilatada de toda la provincia pues comprende más de novecientas estancias en la circunferencia de sus términos, caminase quinientas leguas por las vueltas y rodeos que es necesario hacer para poder llegar a las estancias y gastarse en ella siete meses, cuando no se interrumpe sus moradores son de la calidad que dije, que los más ni de misa, ni confesión, ni comunión, gozan todo el año, sino cuando va la misión que entonces cumplen con la iglesia. Y aún de esta suerte se hallan algunos, que no consiguiendo entonces he hallarse en su casa por haber ido a buscar el remedio de su extrema pobreza, alejándose para ese fin a lo más retirado de los campos y serranías a recoger vacas y caballos, únicos remedios con que se visten y comen muchos de ellos, se les pasan muchos años sin llegar a recibir los santos sacramentos de la confesión y eucaristía.

A gente tan pobre en lo espiritual y temporal todos los años se les entra por sus puertas el consuelo del alma participando a manos llenas, y así a el eso solamente que luego se es parte por la comarca de cómo corre ya la misión, sin esperar a que los padres misioneros lleguen a sus casas, salen de ellas los hombres y mujeres, caminan muchas leguas venciendo las asperezas de aquellos caminos y serranías que habitan a costa de sudores, hambres y sed, por llegar a la presencia de los ministros de Cristo. Allí es digna de admirar la humildad y lagrimas con que en numerosos concursos oyen la palabra de Dios, confiesa sus culpas y reciben el pan de los ángeles; en estas confesiones generales se hacen muchas amistades entre los enemigos y muchas se deshacen entre las mal amistades, porque los contrarios

más sangrientos se perdonan y las ocasiones más antiguas se aborrecen, la hacienda y honra se restituye y a veces en público, y la disolución y el escándalo se convierten en edificaciones; en fin, tan sujetos se muestran a las palabras de los misioneros, que les dicen se ponen en sus manos para que hagan de ellos todo aquello que juzgaren ser necesario para la salvación de sus almas que ya estarían en más que los tesoros del mundo, al paso que antes las desestimaban.

Conduce mucha para el claustro espiritual, que Dios por este medio es servido de hacer en las almas, la actividad y singular estimación que aún después de tantas y tan frecuentes misiones hechas por aquellos partidos, se conserva bien entera para con los padres en tanto grado, que les siguen a prinada en por nada mucho de aquellos hombres mirándolos como a verdaderos ministros y apóstoles de Jesucristo y como hombre más del cielo que de la tierra, que con tantos pasos y afanes trabajos no buscan otro interés que la salvación y provecho de sus almas, así lo confiesan ellos mismos así lo hablan en sus corrillos y esta es la opinión y fama que de los padres corre por aquellos parajes de esta estimación, procede el que parece que no esperan sino la venida de los misioneros para componer sus diferencias y enemistades, dándolo cuenta de los escándalos que hay para que los remedien con su autoridad y celo. Y al contrario, los que no se sienten con valor para obedecer a sus amonestaciones, se retiran a lugares más remotos, donde no puedan ver, ni ser vistos de los operarios evangélicos; apoya esta verdad lo que suelen decir varias personas, que preguntándoles, porqué no se han confesado en mucho tiempo, responden que por no haber encontrado a ningún padre de la Compañía hasta la vuelta de la misión y de Dios Nuestro Señor tanta eficacia a las palabras de sus ministros y cuando platican, según se estila en las misiones, que como palabras de Dios puestas en las bocas de sus siervos, penetran los corazones, como con cuchillo de dos filos. Así se experimenta cuando varias personas llegan a los pies del confesor a manifestar los más enormes pecados que el empeño había ocultado en su pecho muchos años, los cuales aún sin ser preguntados responden que aunque habían estado resueltos a no confesarse, o lo que es peor a no confesar enteramente pero que las fervorosas palabras del predicador habían sido saetas del cielo que traspasando lo más íntimo de sus corazones, les habían abierto la boca, por donde con suave violencia les hacían brotar lo más encendido de sus conciencias, y otros que llegando a confesarse tan oprimidos de la vergüenza y vano temor, que estaban determinados a callar sus culpas con la santa industria del confesor, vomitando el veneno que encerraba sus corazones. Finalmente estas misiones que los de la Compañía hacen por estos distritos, aunque a costa de grandes incomodidades y fatigas, son un instrumento que Dios ha tomado para el bien y salvación de muchas almas lo cual aunque diera confirmarse con muchos y varios sucesos pero bastarían los siguientes.

Asistían dos hombres en este partido públicamente encontrados y como esta enemistad se fundaba en interés y no muy corto de hacienda pues como suelen de día echar carne y sangre en el seno de ellos se tenía por dificultoso el componerlos se juntó a esto el haber dado querella a una parte y puesto acusación ante las justicias de Córdoba contra su competidor, sobre el dicho interés notándolo de que lo había entrampado y quitado su hacienda, y como la nota que reste se le oponían, tocaban en puntos tan sensibles para un hombre

honrado cual era el acusado, como son el escrito y la persuasión, había quedado muy lastimado, tanto más difícil de causas es cuanto eran más penetrantes las heridas. En este estado se hallaban aquellos dos hombres, cuando llegó la misión a las casas de ambos y Dios Nuestro Señor por medio de este santo ministerio movió con tal eficacia el corazón de uno de ellos, de quien dependía al parecer todo este negocio, que llegándose a los pies de uno de los padres misioneros hizo una entera confesión de todos sus pecados, ofreciendo a su divina majestad por mano de su ministro toda su hacienda y persona, para que de todo dispusiese en orden a componer dicha diferencia y enemistad, añadiendo que más estimaba su salvación que toda cuanta hacienda tenía o podía tener. Así se hizo, quedando él tanto más contento y gustoso, cuanto antes le traía más lleno de inquietud y amargura, sumaba conciencia.

En otro paraje habitaban dos familias sangrientamente enemistadas y con tanto extremo que su enemistad era el blanco de las conversaciones y nota de aquella comarca, sin haber forma, que las pudiese componer. Pero Dios Nuestro Señor, que tiene escogida la misión para semejantes efectos, se valió de ella en esta ocasión para reconciliar sus contrarios corazones; llegó la una y otra familia a confesar con uno de los padres y noticiado éste del caso les habló con tal eficacia, que ofrecieron reconciliarse muy de corazón y se pidió perdón públicamente, como lo hicieron.

Otro caso semejantes sucedieron acerca de esta misma materia de componer enemistades entre los hombres. Pero más singular, es el que quiero referir de amistades hechas entre Dios y un pecador para cuyo ajuste tomó el Señor por medio a nuestros misioneros. Vino a confesar una persona la cual por un enfado que tuvo llegó a estar tan impaciente que se ofreció al demonio o le pidió su ayuda estando una vez a solas, oyó una voz que le decía amigo, amigo, y se le apareció en figura humana el demonio, a quien se había pedido su favor, a lo que esta vista resultó fuera, que cogiendo un cuchillo arremetió fuera de sí algunas personas que estimaban no muy lejos, y a no verle detenido hubiera hecho mucho daño. Después, estando en su casa solo y acostado, vio que con señas lo llamaban y por el efecto se conoció que era el demonio, porque estando cerrada aquellas horas la casa, salió como frenético de ella o ya saliese por ante del mismo demonio o ya arropándose de un lugar alto a la calle. No paró aquí el suceso, porque el común enemigo, que ya le parecía sabia la presa y quería dar con ella en el infierno, le llevó a cierto lugar donde irremediamente hubiera muerto sin confesión a no haberle sacado de él los que le vieren en aquel manifiesto riesgo de la vida con peso, finalmente después con grande arrepentimiento de sus culpas con uno de los misioneros y quedo en adelante sosegado.

Se ha hecho también con las misiones de estos años especial fuerza en personas, que habían callado pecados por tiempo de diez, veinte, treinta y cuarenta años ya con los ejemplos que se les predicaban de los que se han condenado por no haber confesado enteramente, ya por haberles enseñado los padres la fuerza inviolable del sigilo de la confesión, entre estos fue un hombre de setenta o ochenta años de edad, que por espacio de cincuenta años había hecho malas confesiones, y dijo había estado dos o tres veces a la muerte, y resuelto a condenarse, temiendo que si se confesaba quizás manifestaría el confesor alguno de sus gra-

vísimos pecados, entre los cuales eran dos homicidios, mas como en una plática se oyó la grande fuerza del secreto que se guarda en el sacramento de la penitencia y por otra parte la certidumbre de su condenación, si perseveraba en negar sus culpas, siéndole tan fácil el remedio, se confesó generalmente de todo aquel tiempo y fue tanta la alegría que mostró el viejo, después que se confesó, que sin poderse contener dio un abrazo al confesor, diciéndole repetidas veces, Padre, Dios le ha traído para mi salvación. Otro declaró muy graves y feos pecados que había negado en otra confesión, porque al comenzar a decir algunos de ellos se admiró el confesor. Pero llegando en esta ocasión a confesar y diciéndole el padre que no se admiraría aun que le dijese las más horribles culpas del mundo se confesó enteramente de todos sus pecados.

No menos se muestra la misericordia de Dios para con los pecadores en el año siguiente. Vivía en este partido un hombre de muy buen crédito y prendas naturales el cual habiéndose ausentado de su patria donde estaba criado y pasando por estos parajes tubo traza de casarse en ellos sin hacer aprecio del vínculo con que ya estaba obligado a Dios y a su primera consorte; como la conciencia es fiel ministro de la justicia de Dios, no dejaría de reprehenderle y tormentarle el alma, mas el sordo a sus reprehensiones y voces se estaba algunos años en su mal estado se confesó varias veces en este tiempo y en vez de mejorar llegándose a la confesión, enfermaba mas con tan saludable remedio, porque confesando a los pecadores callaría siempre el mal estado en que vivía. Así se hallaba este miserable pecador cuando llegó la misión aún de aquellas estancias, donde acaso y con oculta providencia le había llevado para mucho sin suyo. Predicó un padre de la incertidumbre de la salvación y contingencia grande de la condición eterna y que aún el más ajustado vive a la obligación de cristiano no se puede tener por seguro quanto menos el que vive a sus anchuras. Asistió este entre los demás oyentes y las palabras del predicador fueron flechas que traspasaron su corazón. Se resolvió a hacer una confesión: mas el empucho, o lo que es más cierto, la engegueda costumbre, y tenía arraigada en su pecho, la iba retardando y dilatando el remedio y tanto cavó en el que dispuso no hallarse en su estancias; cuando la misión llegase a ella para este fin dispuso todo lo necesario, mas Dios, que le quería sacar de aquel atolladero de pecados, dispuso las cosas de manera que se frustrase su acelerado viaje, haciendo que no estuyese a punto todo lo que para él había prevenido, cosa que en las circunstancias tuvo por una desacostumbrada providencia, y especial misericordia de su divina majestad viendo pues que ya no podía resistir a Dios que tan vanamente lo seguía y buscaba, se arrepintió a los pies de uno de los misioneros y contándole las misericordias que Dios había usado con el, aquí tan ingratamente había correspondido manifestó todas cuantas culpas había albergado en su pecho, le dio entera cuenta de su conciencia, buscándole el confesor el medio para salir de la muerte o infierno en que vivía, lo oyó el padre y habiendo averiguado con certeza que ya su primera mujer era difunta, aún cuando contrajo el segundo matrimonio remedió esta alma y la dispuso, para recurrir al beneficio de la absolución, la cual vivía con grande dolor y contrición de sus culpas. Quedó tan agradecido a la misericordia, que Dios la había hecho por medio de su ministro que no sabía apartarse del rincón que manifestar lo obligado que se reconocía siguiendo y acompañando con singular amor a los padres al paso que antes había querido

retirarse de ellos<sup>191</sup>.

[...]

### *Misiones de los Pampas de Córdoba*

No es para omitir la misión de los indios pampas de la jurisdicción de Córdoba porque aunque no tuvo el efecto que se deseaba, pero el trabajo y diligencias que se pusieron para su conversión están a cuenta de Dios para galardonarlas con premio sempiterna. Haciendo dos padres del colegio de Córdoba la misión de los ríos, como las hacen todos los años, llegaron a las estancias del Río Cuarto, que es el término más distante de estas correñas. Hablaron con un indio que dijo se llamaba don Ignacio Muturo, y era cacique de una tropa de indios pampas que por allí andaban y eran encomienda de un español que tenía allí cerca una estancia o alquería. Son estos pampas unos indios vagabundos, como los antecedentes, que viven por aquellos campos, donde mejor les parece. A veces entran la campaña adentro, y otras veces vienen a las estancias, que están sobre aquellos ríos. Todos se llaman con nombres de cristianos, de que se parecían, como de título de nobleza, por parecerse a los españoles, y aunque pocos están bautizados y de estos muy dudoso al valor del bautismo. Hablado los padres con este indio y después con otra parcialidad de pampas acerca del bien de sus almas, dijeron que gustarían de estar con los padres y que les enseñasen el camino del cielo, lo cual fue gran consuelo para los misioneros acabada la misión; y dando en el colegio esta noticia de la disposición que los pampas mostraban de reducirse, lo fue al padre rector y demás padres de grande alegría, y la resolución fue por entonces que en la misión del año siguiente se experimentase segunda vez si estos indios estaban firmes en su buen propósito, para que según la suposición se procediese en su remedio.

El año siguiente volviendo a hacer misión por aquellos parajes, hablaron de nuevo a los mismos indios y respondieron que estaban gustosos de reducirse al pueblo y hacer vida cristiana y lo mismo respondió otro cacique a quien llamaban el cacique bravo, por su arrojo y valentía; después de haberle satisfecho los misioneros a las dificultades que proponía para no reducirse. Con estos principios, persuadidos los misioneros a la fácil reducción de los pampas, en llegando al colegio comenzaron a hacer diligencias en orden a conseguir su intento. Hablaron al gobernador don Tomás Félix de Argandoña, que con mucho gusto vino en la empresa y así ofreció una buena limosna para la misión y señaló para el pueblo unas tierras que llamaban del Espinillo, las cuales los indios habían pedido; y por estas tierras estaban en litigio entre dos hidalgos de la ciudad de Córdoba, les aseguró de parte del rey, que al que después pareciese ser dueño de ellas, recompensaría en otra merced de tierras o en

---

<sup>191</sup> Se continúa con las misiones en las estancias de Santiago del Estero, las misiones en el partido de San Miguel, de Jujuy, de Lipes, de Paraguay. Luego y en el capítulo tercero se refiere a la fundación del colegio de Corrientes, en el cuarto al de Tarija, en el quinto a la entrada a los chiriguano y chiquitos y luego de hacer un comentario de los indios del Uruguay continúa con la misión de los indios pampas en Córdoba.



casa equivalente. Por esta acción tan cristiana del gobernador se mostraron los dos interesados muy adversos a la Compañía, pusieron grandes estorbos, y ellos y otros con sus dichos y murmuraciones dieron no poca materia de mérito a los misioneros; en las cuales borrascas debieron mucho al celo del doctor don Diego de Salguero, que desengañó a los contrarios y dio de contado ciento y cincuenta pesos para la misión de los pampas.

Habiéndose prevenido los dos padres especialmente de algunas cosas para agasajar a los indios como son yerba del Paraguay y tabaco en hoja, que ellos tienen por regalo, partieron por el río Cuarto, haciendo de paso misión por las otras tierras, llegaron a la estancia del encomendero de aquella parcialidad de indios, que dije; el cual escribió desde Córdoba a los padres les seguiría dentro de quince días para ayudarles, hablando a los indios y moviéndoles con su presencia; pero ni en los quince días, ni pasado el plazo parecía; le escribieron los padres, respondió que no podía ir por precisas ocupaciones de las particiones, en que estaban de la hacienda por muerte de su padre y por indisposición de su mujer. En los indios hallaban tan mal semblante, como en el encomendero y no el que los años antes habían experimentado, aunque llamándoles y agasajándolos con aquellas cosas de que ellos gustan vinieron; y con las muestras y palabras quedaban de reducirse, aliviaron el corazón afligido de los misioneros. No vino el cacique don Ignacio del cual dijeron que estaba en la toldería en forma. De esta manera pasaron los padres cerca de seis meses en aquel desierto con las incomodidades, que se dejaron entender: el bastimento que habían traído, así para su sustento como para agasajar a los indios, se iba acabando el fruto que se hacía, no era mucho, aunque se habían hecho algunos bautismos, así de adultos como de niños, y algunos matrimonios; siendo pues forzoso volver a Córdoba para traer nuevo refresco le pareció preciso a uno de los padres ir primero a uno de los toldos y hablar al cacique para saber sus intentos, porque se presumió que su enfermedad era fingida, como en efecto lo era.

Así lo ejecutó y habiéndolo llegado, le recibió el cacique en su toldo con grande sequedad reconviniéndole con su palabra debatirse, el hecho varias excusas y dificultades. Volvió después el padre a hablarle a él y a los demás indios, y habiendo satisfecho a sus razones, en especial habiendo dado un corte en la dificultad recibieron la resolución con aplauso, diciendo que con aquella condición eran contentos de redimirse.

Gozoso el padre con esto partió para la ciudad de Córdoba acompañándole un cuñado del mismo cacique llamado Diego Hidago y fue necesaria su venida para deshacer la oposición de algunas personas que con falsas aprehensiones, o mal informadas, ponían estorbos a la reducción de estos miserables, juzgando que los de la Compañía la intentaban para sus provechos temporales y para levantarse con todo con daño de los otros, de lo cual se valía el dominio como de instrumento de su malicia. El padre misionero con la luz de la verdad deslizó las tinieblas de los contrarios y les hizo abrir los ojos para que viesen lo que era más claro que el sol, pues en esta misión no solamente se conseguía el bien de los indios, sino el suyo. Hizo de toda relación cumplida al gobernador don Martín de Jáuregui, que era recién llegado a su gobierno, y su señoría se mostró muy deseoso de la reducción de Santa Fe de los indios pampas. Dio a encomendar un auto para que trajese los caciques a su presencia, con intento de oírlos y animarlos; y la supera de San Francisco Javier por la tarde de aquel

año, que fue el de noventa y uno. El padre rector bautizó solamente al indio que el padre había llevado en su compañía, llamado don Diego Vitag, cuyo padrino fue el señor gobernador, que acababa con su mujer; por ser indio hizo del cacique y cuñado de un cacique principal, con él se bautizó otro pampa, cuyo padrino fue otro caballero de Córdoba llamado don Alonso de Herrera con su mujer. Asistió al bautismo mucha gente de la ciudad y acompañaron los dos gobernadores a los recién bautizados en casa de sus padrinos donde los regalaron y dieron plata. Se hizo con toda solemnidad y honra la función para que sabiéndolo los ausentes se arrimasen a reducirse y bautizarse.

Después de la cual salieron el padre y el encomendero para el Río Cuarto donde luego juntaron los caciques, les leyó el encomendero el auto en que el gobernador les llamaba a la ciudad, para que representasen, tenían algo en orden a su reducción y su señoría los pudiese ayudar y honrar. De seis caciques que ya en este tiempo tenían puntos ya hablados, que tendrían como seiscientas almas escogieron cuatro, que gustaron de ir quedándose los otros dos con su gente y la del cacique don Ignacio en El Espinillo, que era el puesto señalado para el pueblo. Habiendo dado todos los caciques el sí de que se querían poblar, restaba vencer la dificultad de persuadirles un puesto a propósito por que cada uno quería el que deseaba y como eran diferentes parcialidades y con cuentos y desencuentros antiguos, estaba la dificultad de unir los ánimos ya de los ilesos en parte había ya cerrado; aunque no del todo, porque de pocos años a esta parte tenían por costumbre matarlos, y entre ellos habían muerto un famoso hechicero, que hacía cosas muy raras y espantosas con que tentaba a los indios embaucados y temerosos y les quitaba las mujeres cuando se le antojaba, traía con un grito a las restantes y todas a sus padres, y hacía otras cosas extrañas, por las cuales era temido y aborrecido. En su muerte sucedió un caso notable y fue cual apenas le habían enterrado, cuando del sepulcro se levantaron llamas de fuego tan altas que parecía llegar a las nubes. La cual vieron las tolderías que le rodeaban y con ser unas bárbaras les dio el Señor tal conocimiento que dijeron que este ya está en la casa del demonio, pues se abraza en su fuego digo pues que aunque habían muerto este y otros hechiceros, había quedado uno en la parcialidad del cacique don Ignacio que estaría en el Espinillo, el cual con sus malas artes quitaba a muchos la vida; y los demás caciques le temían y daban por esta causa de no juntarse en aquel puesto, que este hechicero les mataría la gente. Por ser muchacho y esclavo le conservaba el cacique, aunque se quitó también este impedimento; porque en partiendo su cacique a Córdoba, como luego dije, por año respecto no le habían muerto los padres de un mozo, a quien había quitado la vida y de que se había alabado, cogiéndole descuidado le hicieron pedazos, con lo cual quedaron todos contentos, los enfermos sanos con su muerte y quitado este embarazo para la reducción de los pampas.

Vino el padre misionero a la ciudad trayendo los cuatro caciques, mas cuando llegó, ya el padre provincial y el señor gobernador se habían partido de ella, lo cual atrasó mucho esta misión. Puedo en lugar del gobernador su teniente general a quien los llevó el padre; pero aunque los tuvo un racionamiento muy cristiano en nombre del rey, como no les convida con alguna cosa en lo cual ni el teniente, ni el padre advirtieron, porque a cualquiera de los dos, que se les hubiera ofrecido, fuera fácil el remedio, ellos hicieron de esto tanto duelo, que dijeron no había hecho caso de ellos y le cobraron tanta aversión que no qui-

sieron hablar más a su casa; y así enviara los despachos el padre al Río Cuarto bien de saberlos y a no haberles agasajado mucho el doctor don Diego Salguero y el padre procurador de provincia, dándoles algunas casas, hubieran ido mucho más desazonados, siguiéndoles el padre misionero y habiendo llegado al paraje, halló las casas muy alteradas; porque las tres parcialidades de indios que se habían juntado en el Espinillo, habían peleado entre sí estando embriagados y unos de otros se hirieron y murieron algunos. Este fue el primer principio de la ruina de la misión; por que formas que se trabajaría no era posible reducir una de las parcialidades para que se viniese con las otras; también los indios de otro cacique que se llamaba don Pascual comenzaron amalear; y exhortándoles los chismorreemos que se juntasen en un pueblo para que viviesen conforme a la ley y mandamiento de Dios; oponían las malas costumbres, que veían en los españoles, que visitan en sus estancias por las márgenes de aquellos ríos; y así los cristianos con sus malas obras y con sus malas palabras desayudaban a la conversión de los infieles.

A tanto llegó el atrevimiento de esta parcialidad de indios, que con resolución diabólica dijeron que no querían reducirse y predicándoles los misioneros con fervor y celo de las penas del infierno que les aguardaban, sino se convertían a Dios y mostrándoles una pintura de un alma condenada; aunque se les mudaron los rostros no los corazones para subir al principio ignoraban los padres misioneros la causa de esta dureza y rebeldía, la cual supieron después; porque el infierno quiso hacerles también guerra por sí mismo: cinco demonios venían todas las noches en forma visible a pervertir a los indios, hablándoles varias cosas y en varias lenguas; amenazándoles sino les obedecían, prometían ayudarles contra sus enemigos, avisándoles de sus peligros, y para mejor engañarlos sanaron con un enfermo que hacía días no se podía menear, y como no tuviesen hechicero, les decían, habían de darles un indio gentil para ese oficio. Entraban en una india a la cual hacían hablar diversas lenguas y cosas dignas de tales huéspedes. No contentos estos malignos espíritus de engañar a estos pobres indios molestaban a una familia de indios cristianos, que vivían cerca de sus tolderías en la hacienda de un español. Era el padre de familia un buen indio perulero, casado según el rito de la santa madre iglesia con una india pampa, tenían entre otros hijos uno como de once años, que era el mayor con que nos parece que los demonios tenían especial ofensa. Todas las noches venían a su rancho y les molestaban con varios espantos, hacían fuego alrededor del rancho y de repente desaparecían; entraban dentro, levantaban torbellino de viento y haciendo del muchacho le arrastraba por el suelo y hacían otras cosas con que los tenían atemorizados. El pobre muchacho con repetidos trabajos de tantas noches andaba muy flaco y macilento; por lo cual su padre afligido vino a pedir remedio a uno de los misioneros. Le dio esta agua bendita, para que rociase el aposento antes de acostarse, pero los demonios volvieron hacer los mismos daños. Pidió otro remedio que les librase de tantos males; al misionero les dijo que se confesasen, padre, hijo, lo cual hicieron; fue el padre misionero al rancho, pues en el una estampa de nuestro padre San Ignacio y habiendo dicho su oración los exhortó que se encomendasen al santo y le tuviese mucha devoción que con eso no vendrían los demonios; y si acaso viniesen invocasen a San Ignacio que con eso vivían. Así lo hicieron y quiso Dios Nuestro Señor librarle por este medio de las molestias de tan crueles enemigos.

Habiendo pervertido los demonios por justos juicios de Dios, la parcialidad dicha turba-

ron a las demás, levantando guerras entre ellos mismos y en los extraños porque en el Espinillo quedaron como ya dije, las parcialidades, que ya allí se habían juntado siendo la causa la natural inquietud del cacique Brabo que prestó pago las muertes, que aquí hizo, y la que había hecho la tierra adentro, porque apartándose de los demás caciques por la ocasión dicha en sabiendo los indios, que habitan las más retiradas campañas como estaban, solo vinieron sobre él de repente y dieron muerte lastimosa, que fue la total ruina de la misión por el parentesco que este tenía con los demás caciques, que ya estaban ganados para Cristo los cuales se empeñaron en ir a vengar la muerte del cacique Bravo, con resolución de morir, a vencer sin que los padres pudiesen disuadirles del intento. Y aunque les salvaran, porque los enemigos estaban divididos y así los destrozaron y mataron algunos, pero los vivos les amenazaron que sabían de juntarse todos los de la tierra adentro, y habían de venir sobre ellos y les habían de consumir y acabar por ser ellos muchos más en número y valor; con lo cual los vencedores volvieron más tristes por el riesgo que les amenazaba que alegres por la victoria y despojos que habían traído. Por esto le fue necesario retirarse de aquel puesto hacia el río Tercero entre las estancias de los españoles y trajeron a los misioneros, como no les era posible otra cosa, que pasados el peligro irían dos o tres caciques a llamarla al colegio y los padres viendo que por entonces no había modo para juntarlos y doctrinarlos se despidieron de ellos con recíprocas muestras de amor y habiendo misión por los padres de Córdoba, se volvieron al colegio. Este fin tuvo la misión de los pampas, que tan grandes esperanzas dio al principio, trabajaron los misioneros lo que pudieron; no pudieron lo que quisieron. Ojalá se llegue el tiempo, en que el señor obra el entendimiento a estos miserables, para que siendo el camino de su perdición, celebren de las penas eternas, que les amenazan<sup>192</sup>.

[...]

**Capítulo séptimo**  
**De algunos difuntos de la Provincia**<sup>193</sup>  
**Padre Joaquín Gazolas**

A cinco de mayo del año de 1698 fue Nuestro Señor servido de llevar para sí al Padre Joaquín Garzola, Rector del Colegio Seminario de Nuestra Señora de Monserrat, de un recio dolor de estómago que le duró más de dos meses, tan malicioso que desde el primer día se le dio el viático, por miedos a que sería el último de su vida; y habiéndole aplicado algu-

<sup>192</sup> Continúa el capítulo sexto sobre las reducciones del Paraná y Uruguay.

<sup>193</sup> Aquí se exponen las notas necrológicas de los padres Francisco Sánchez, Joaquín Gazolas, Cristóbal Altamirano y el hermano Diego Vidal, siguiendo con los padres Hernando de Orga y Hernando de Torreblanca. De ellos tomamos al padre Gazolas, primer rector del Monserrat, y al hermano Vidal, estanciero de Jesús María y Alta Gracia. Sobre Gazolas ver Page, Carlos A. “El padre Joaquín Gazolas SJ, primer rector del convictorio de Nuestra Señora de Monserrat. Orígenes y primeros tiempos de la institución”. *Revista de la Junta Provincial de Historia de Córdoba*, N° 21, Córdoba, 2004.

nos remedios, no sintiendo efecto la primera vez, por estarse el dolor en su fuerza, sin querer obedecer a los medicamentos, se le aplicaron segunda vez, por no hallar otro más eficaces, siéndolo en la realidad en esta ocasión para que diese dignas treguas por algunos días el achaque de suerte, que pudo predicar el inmediato domingo el sermón de la historia, que predicó aquella cuaresma, sin permitirle se aliviase el trabajo, hasta que renovándosele los dolores, después del cuarto sermón se rindió a su vehemencia, que le tuvo postrado en la cama lo restante de la cuaresma, por más que se le aplicaron en todo este tiempo los remedios que los médicos que le asistieron juzgaron muy eficaces. Pero al fin, obedeciendo el mal a su eficacia, cesaron los dolores y hallándose mejor fue a convalecer a la heredad de Jesús María por amarle este temiole más que otro; y hallándose al parecer del todo bueno recayó al décimo primer día repitiéndole con toda fuerza los dolores, que al tercer día le quitaron la vida, recibida a tiempo en sacramentos con mucho fervor y edificación de los viajantes. Murió el padre Joaquín tan santamente como vivió de edad de cuarenta y cuatro años.

Nació en Aurtiz, junto a la ciudad de Barcelona en el reino de Navarra. De padres nobles se guió en sus primeros años en Villagarcía que lo es de Castilla la Vieja a donde le trajo un tío suyo, bienhechor insigne del Noviciado, que en esta villa tiene la Compañía, donde aprendió a leer y escribir la gramática en nuestras escuelas, aprovechando no menos en virtud que en letras y siendo de modo de vida más de Novicio de la Compañía que de estudiante secular pidió ser recibido en ella, consiguiendo el logro de sus fervorosas ansias a cinco de enero de 1671. En el Noviciado fue ejemplo de fervor a sus connovicios, a quienes los superiores le proponían por ejemplar de virtudes religiosas, portándose como muy antiguo en el aprovechamiento, dando muestras del buen juicio, madurez y prudencia, de que con especialidad era dotado, aplicándose con tal ánimo y tesón a la observancia religiosa que basta los últimos alientos observado con tanta exacción, que pudo ser ejemplar y dechado de ella a los más observantes. Estudió filosofía y teología en Valladolid, aprovechando tanto en el estudio, que tenía nombre de teólogo aventajado entre los más sobresalientes. Al tercer año de teología decidió de emplearse en la conversión de los infieles. Pidió pasar a esta provincia y ofreciéndosele ocasión oportuna para el logro de sus fervientes deseos vino a ella en la misión que trajeron el año de 81 el padre Cristóbal de Grijalva, procurador general y el padre visitador y provincial del provincia de Chile Thomas Dombidas.

En el discurso de tan dilatado viaje se manifestó cuan hondos fundamentos había echado en la virtud procediendo con tanto ejemplo y recogimiento, como si estuviera en el Noviciado. Se ordenó de misa en Sevilla el año de ochenta. Fue muy sentida la partida del padre Joaquín para las Indias, así de los particulares, como de los superiores, por lo mucho que lo amaban y por ver se privaba la provincia de un sujeto tan cabal al tiempo que la había de servir concluidos los estudios. En el tiempo de la navegación, por evitar el ocio y para que se empleasen sus talentos, juzgaron los superiores que leyese filosofía a los hermanos filósofos, ocupando el tiempo en tan provechoso ministerio y procurando, cuanto podía su adelantamiento, no descuidando por esto de emplear su fervoroso celo en solicitar el provecho de los pasajeros, ya con pláticas espirituales, ya con el ejemplo de sus virtudes, por las cuales era venerado de todos en tanto grado, que uno de los pilotos, persona anciana, le cobró con tanto amor y reverencia que le pedía seriamente el ángulo para usar de él, como de co-

sa santa por el contacto de caso era. Desembarcó en el puerto de Buenos Aires a 24 de febrero del año de 81, en donde, mientras se hacía tiempo de pasar a Córdoba, le ordenaron los superiores, tuviese un acto de teología, presidiéndola el padre Francisco de la Fuente, procurador general de la provincia de Castilla en el Perú, en que dio muestras de su sabiduría con mucha satisfacción de los regulares y crédito de la Compañía. En Córdoba acabó sus estudios cursando el año que le faltaba, que era el cuarto de teología, en esta Universidad, acrecentando los créditos adquiridos en el discurso de sus estudios, causa porque los superiores le señalaron luego, para leer el curso de filosofía en esta universidad; y habiendo leído tres años y satisfecho a esta ocupación con los créditos que todos se prometían fue señalado para leer teología, empleándose en esta ocupación de doce para trece años, hasta que leyendo actualmente la cátedra de prima, creciendo siempre de aprecio que todos tenían de sus muchas letras, reconociéndose en el aprovechamiento de tantos y tan aventajados discípulos, que en tan dilatado tiempo juntó, fue señalado por primer rector del colegio real de Nuestra Señora de Monserrat, que fundó el doctor Dn. Ignacio Duarte y Quirós el año de 95 para que se criase en la juventud de estas provincias; ocupación que mantuvo con la cátedra de prima, atendiendo juntamente a la enseñanza de sus discípulos y a la crianza de los nuevos colegiales, fundándolos tan bien en sus principios, que más parecen Novicios de la Compañía que Colegiales seculares. Atendiendo tan loablemente a la enseñanza de las nuevas plantas fue nombrado por el santo oficio de la inquisición por su calificador, por estar informado de su mucha aptitud y suficiencia para cargo tan preeminente, que ejercitó con muchos créditos y satisfacción de todos. Fue rector del colegio seminario desde diez de abril de noventa y cinco hasta cinco de mayo de noventa y ocho, en que murió, habiendo hecho la profesión de cuatro votos a diez de mayo de ochenta y nueve.

Fue el padre Joaquín de trato muy familiar con Dios, muy dado a la oración, en que gastaba el tiempo que le dejaban desembarazado sus ocupaciones; y en éstas, fue ejemplo a todos de un verdadero religioso de la Compañía, esmerándose en todo genero de virtud tanto, que cada una de ellas parecía en él la más sobresaliente. Su caridad era tan uniforme para con todos, que cada uno se pudiera bien persuadir, era el a quien más afecto tenía. Estaba tan revestido de esta virtud, que se veía resplandecer en todas sus acciones con las calidades que dice San Pablo, pues siendo ella paciente, no sabía el padre más que sufrir y hacer bien a todos. Su sufrimiento bien se vio, aun siendo novicio; pues habiendo recibido sin causa que hubiese dado, una bofetada de un secular, las tolera con una mansedumbre de paloma, sin alterarse, ni inmutarse, como sino hubiera recibido injuria alguna. Jamás se le oyeron quejas de sus superiores, ni de particulares, mostrando mucha estima de todos sus hermanos y hablando bien de todos, estimándolos como a superiores, humillándose, como si fuera él ínfimo, aún siendo rector jamás se le oyó palabra áspera, dura o desabrida; todas sus palabras eran benignas, suaves, discretas y dichas con mucho amor y caridad, sin que jamás se supiese haber tenido algún desmán o sin saber que pudiese lastimar a otro. De donde se sigue que sus acciones eran muy parecidas a sus palabras; porque lo que decía eso hacía, ordenándolas con tan buen modo que se llevaba tras sí el afecto de todos los que le comunicaban; portándose con tanta prudencia, aún cuando hermano estudiante, que los padres más graves de la provincia de Castilla le llamaban el prudente, y como la caridad no sabe que

cría es soberbia, ni altivez, ni el padre Joaquín sabía otra cosa que humillarse, abatirse y confundirse, estimándose a sí, no como igual a los otros, sino como inferior a todos, siendo sus mayores contiendas ser el último lugar. Su inclinación a los ejercicios humildes era como connatural rehusando con eficacia cuando los superiores le querían poner en alguna ocupación que le pudiese adquirir honra así dentro como fuera de casa; como se vio cuando le señalaron para leer filosofía en la Universidad de Córdoba, causándole el sentimiento tales demostraciones que le obligaban a ser santamente modesto con sus propuestas a los superiores, que se veían obligados a proponerlas en consulta, la cual juzgó no se le debían admitir y en todos los doce y más años que leyó teología, más parece que leía la cátedra de la humildad que la de prima; jamás se le oyó palabra que pudiese redundar en propia estimación.

Conservó el padre Joaquín el tesón de vida uniforme constante y fervorosa a que dio principio en el noviciado hasta la muerte, sin que las ocupaciones de cátedra en tantos años y demás ministerios de confesionario y púlpito le hiciesen decaer en el fervor comenzado, sirviéndole estas de arraigarse más en todo género de virtud. Fue singular la modestia de todas sus acciones; parecía un novicio en todas ellas. El recogimiento de sus sentidos era como de quien venia su principal ocupación en lo interior de donde nacía el aplicarse tan de veras a los ejercicios espirituales, haciéndolos con tanta devoción que la infundía a otros, especialmente cuando rezaba el oficio divino y otras oraciones con tanta pausa y atención que repetía una y muchas veces las alabanzas y sentencias en que hallaba algún sentimiento, actuando con tantas veras el ánimo que parece no acertaba a pasar adelante. Esto sobresalía más al decir al fin de los *Psalms Gloria Patri* al decir misa y dar gracias, metido tan en lo interior como quien tenía su conversación en el cielo y como si no viviera en el mundo. Reparaba en cosas muy menudas, haciendo mucho caso de ellas, especialmente siendo orden de los superiores. Su obediencia fue muy exacta sin muestras de repugnancia, alzando mano de todo para obedecer puntual. Guardaba con mucha exacción las puertas de sus sentidos, manifestando así su angelical pureza en el sumo recato y cuidado, con que vivía. Sentía mucha repugnancia en ponerse cosa nueva por el amor que tenía a la santa pobreza, siendo sus mayores pleitos sobre vestirse más viejo, y era menester que los superiores metiesen la mano cuando por la decencia era fuerza ponerse algo nuevo. Deseaba con muchas ansias ocuparse en la conversión de los infieles y su mayor sentimiento como lo manifestó en su última enfermedad, era ver que se moría, sin convertir muchas almas a imitación del apóstol de las Indias San Francisco Javier, de quien era devotísimo. Le daba continuamente a los superiores le ocupasen en este apostolado ministerio. De donde nacía hablar siempre de aquello en que tenía puesto su corazón, con deseo de ir a nuevas misiones, ansioso de emplearse en la conversión de los infieles. Se avivaron sus ansias con las últimas cartas que vinieron de las conversiones hechas en la nación de los Chiquitos, volviendo a instar a los superiores para que le enviasen a emplearse en tan apostólico instituto y por condescender con su voluntad le respondieron, que lo propondrían en consulta como con efecto se propuso aunque en vano, por haber juzgado que convenía más siguiese en su cátedra leyendo, cooperando de esta suerte, para que sus discípulos, que fueron muchos y aventajados sujetos, se hiciesen aptos, como ocuparse en tan gloriosa empresa, teniendo no pequeña parte en tan costoso fruto, como se está cogiendo, por medio de los que se aprovecharon de su esperan-

za. Por dar algún consuelo a sus fervorosas ansias, fue señalado por prefecto de la congregación de los morenos, aplicándose con tantas veras a su enseñanza, como si fuera la más alta ocupación del mundo, con tanto gozo, que lo manifestaban sus cartas diciendo que ya que la obediencia no le ocupaba en la conversión de los infieles (causa porque pasó a las Indias) resarcía en parte el no ocuparse en tan alto ministerio, entregándose con todas veras a la enseñanza de los morenos, esmerándose sobre manera en fomentarles ya con sus pláticas y doctrina, ya con la diligencia y actividad, procurando solemnizar sus fiestas lo mejor que podía, dándoles contento en esto, para tener ganadas sus voluntades y adicionarles para la asistencia de entre año a la explicación de la doctrina. Donde más sobresalió su celo, fue el año de la epidemia general del sarampión, que tanto estrago hizo en estas provincias y dio tanto que hacer a los operarios evangélicos, y en especial al padre Joaquín, cargando sobre él todo el peso de la ranchería, siendo llamado con tanta frecuencia, que no se dejaban tomar alivio alguno, y solo parece que le recibía en acudir a todos infatigablemente con tanta puntualidad como si no tuviera más ocupación que de operario, asistiéndole de día y de noche con todos los remedios posibles así espirituales como temporales, siendo tan excesivo el trabajo que cayó enfermo.

Era muy devoto del Santísimo Sacramento, gastando en preferencia muchos ratos entre día y mucha parte de la noche en la iglesia, fuera de otras frecuentes y largas visitas, que hacía, cosa que observaron todos, y habiendo ido a convalecer a la estancia de Jesús María por persuadirse le era favorable el temple, sentía mucho que no estuviese el Señor colocado en la iglesia, deseando pasar a la de Santa Catalina, solo porque en su iglesia estaba colocado el Señor, y tener el consuelo de hacer sus acostumbradas visitas. Era muy templado en la comida, tomando precisamente lo que era menester para conservar la vida, absteniéndose de ordinario de los manjares más sabrosos, con pretexto de que no le hacían provecho. Su resignación a la verdad de Dios fue grande y en especial en su última enfermedad con ser tan recios los dolores, no se le oía palabra que no fuese indicio de mucha conformidad con Dios, pidiéndole que le diese fuerzas para padecer los dolores, que fuese servido, recibiendo a menudo lo que en su agonía dijo Cristo nuestro Señor: *Pater, si possibile est, franseat a me cáliz iste: venemeteniens non mea voluntad; sed tua fiat.* La sujeción a los médicos todo el tiempo de su enfermedad, que fue exactísima, sin salir un punto de lo que se le ordenaba; y estándose abrasando de sed no probaba agua sino se lo mandaban y no arrastrando la comida obedecía sacando fuerzas de flaqueza, cuando se la traían, sabiendo que luego la había de cerrar. Desde que cayó enfermo de día y de noche se ocupaba en frecuentes actos y ejercicio de todas las virtudes hablando de ordinario con Dios, con la Santa Virgen, San José, San Joaquín y Santa Ana, implorando con afecto muy intenso su favor. Repetía muchas veces el Himno del Espíritu Santo con mucha devoción mezclando muchas sentencias de la Sagrada Escritura. Sobre todo en donde más se reconoce, cuan bien logró el fin, para que entró en la religión a servir a Dios y asegurar la salvación, fue en la pureza de su conciencia; siendo esta tal, que habiéndose confesado generalmente muy despacio en unos ejercicios de toda su vida, desde que tuvo uso de razón no halló el confesor que hubiese perdido la gracia bautismal y habiéndose confesado también generalmente de toda su vida en la última enfermedad con otro confesor afirma lo mismo que no había hallado en él culpa grave



que hubiese cometido en toda su vida. Se contestó el padre Joaquín con este conocimiento, reconociendo ser gracia especial de Dios atribuyéndole a él solo la gloria y rindiéndole gracias por tan singular favor. Miraba desde entonces el confesor (como él mismo lo afirma) con particular afecto sintiendo consuelo en verle y hablarle reconociendo en él una alma escogida de Dios, siendo tal la riqueza de su conciencia y estando tan descarnado de las cosas del mundo, no en mucho dejarse verse libre de la cárcel del cuerpo, morir al mundo y vivir con Cristo, como lo manifestó poco antes de morir siendo preguntado por el padre que le asistía conforme con la voluntad de Dios en morir y salir de esta vida; respondió: *si aliquando com mon modo?* y luego pidió el viático. Requiriéndole el mismo padre que diese gracias por el beneficio grande que Dios le hacía en morir, recibidos los sacramentos, siendo así que muchos mueren sin lograr tan grande bien; respondió, que era muy debido, añadiendo como me podrá a mi faltar Santa Bárbara, a quien me he encomendado todos los días a imitación de San Estanislao, pidiéndole me alcance de Dios este favor. Recibido el viático con el fervor que había deseado, dio gracias con mucha devoción hablando con Dios con confianza cordial haciendo muchos y muy fervorosos actos todo el tiempo que le duró la vida, que fue desde prima noche en que se le dio el viático hasta el alba; y haciendo señal la campana, como se acostumbra, siendo advertido del que se asistía, que tocaban al alba, rezó con mucha pausa, expresión, fervor y devoción; y dicha la oración, que la iglesia señala en el oficio divino para el misterio de la encarnación del hijo de Dios (que fue la primera materia con que dio principio, cuando fue señalado para la cátedra de teología y la última que dictaba la misma aquel año) vertida la extremaunción respondiendo todo el tiempo que le duró el habla al tiempo, que lo ungían dio su alma a su Creador al fin de la recomendación del alma y luego fue traído su cuerpo a Córdoba, en donde fue universal el sentimiento así dentro, como fuera de casa, dentro así por la falta que hacía por su ocupación como por la buena com<sup>194</sup>.

### *Hermano Diego Vidal*<sup>195</sup>

En la reducción de Encarnación de Itapúa, en 26 de mayo de 1699 murió el hermano Diego Vidal, coadjutor temporal de 86 años de edad, 66 de Compañía y 13 de coadjutor formado. Su enfermedad fue habérsele agravado con la edad los achaques y dolores que padecía, por lo cual habiendo estado la semana antecedente a la muerte algo más aliviado, quiso

---

<sup>194</sup> En la Biblioteca del Salvador hay dos versiones de esta anua (1689-1700). La versión latina está fotografiada y es más reducida que la escrita en castellano y por ejemplo no contiene la necrológica del hermano Vidal. Mientras que la otra versión, escrita como dijimos en castellano, son dos ejemplares fotografiados, uno en negativo y otro en positivo y en ambos lamentablemente falta el folio 59 que concluye con la necrológica del primer rector del convictorio de Nuestra señora de Monserrat.

<sup>195</sup> Nació en 1613 e ingresó a la Compañía veinte años después. Llegó a Buenos Aires el 20 de diciembre de 1636, dando sus últimos votos en Córdoba el 11 de febrero de 1646 (STORNI SJ, Hugo, p. 303).

el domingo 24 ir a oír misa y estando oyéndola, le dio un desmayo, le trajeron a su aposento, volvió en su entero juicio y el martes por la mañana recibidos todos los sacramentos dio el alma a su Creador.

Fue el hermano Diego Vidal natural de la villa de Lebrija en Andalucía; hijo de padres honrados, le llamó Dios en temprana edad a la Compañía y él correspondió a su vocación tan fervorosamente que por toda su vida nos dio muy grandes ejemplos de toda virtud. Pasó a esta provincia por los años de 35 en compañía del padre procurador Juan Bautista Ferrufino. En ella se ocupó con mucho gusto suyo, y edificación de todos en los empleos propios de su estado, particularmente en las estancias donde estuvo, que fueron Jesús María y Altagracia del Colegio de Córdoba, la estancia de la comunidad de las Reducciones en el tiempo que la hubo. También tuvo a su cargo la de san Ignacio de Silipia del colegio de Santiago, la de los Lules de Tucumán y las de san Lorenzo del Paraguay, de donde, por ser ya muy viejo, le enviaron los superiores a las reducciones.

El tenor de la vida del hermano Diego fue siempre devoto y ajustado a sus votos y reglas, era por otra parte muy agradable, y así fue amado de los que le trataban. En la obediencia sujeto a sus superiores, procurando darles todo gusto. En la castidad y modestia fue hijo verdadero de la Compañía. En la pobreza pudo ser ejemplo de religiosos observantes, pues cuanto tenía en el aposento y tocaba a su persona y alhajuelas, de que usaba, todas so, como cosas propias de pobre.

Nos dio también el hermano Diego grandes ejemplos de paciencia, especialmente en un trabajo, que se sucedió, cuando cuidaba de la estancia de la comunidad. Porque habiendo ido con unos indios a hacer una vaquería, al volver con las vacas, a la orilla de un arroyo cayó el caballo, en que iba el hermano Diego, y le cogió una hernia, los que le vinieron a socorrer pretendieron que se levantase el caballo y lo hicieron con tan mal modo que le quebró al hermano la pierna, cuyo trabajo y cura llevó por amor de Dios y con gran mérito suyo.

También como un año antes de su muerte, saliendo de su aposento a la huerta, dio una caída y como le cogía en tan anciana edad, le fue en todo aquel tiempo causa de muchos dolores, los cuales llevó con gran paciencia, siendo el alivio de ellos el recurso a Dios, rezando sus devociones y la lección de libros santos, el visitar el santísimo sacramento al recibirle, lo cual hacía dos veces cada semana; devoción que hacía mucho tiempo que tenía, como la de oír todas las misas cuando concurrían muchos padres y siempre lo hacía de rodillas, aún con estar agravado de edad y achaques, hasta que en este último tiempo le fue imposible.

Era en el hermano Diego muy digno de notarse, que con ser así, que la edad era mucha y los dolores no pocos, no se hallaban en las impertinencias de viejo, antes un modo tan religiosamente alegre y tan modestamente risueño, que era su compañía y conversación muy caritativa y agradable, a los que mataban con el efecto sin duda de su caridad, paciencia y mistificación, cuyas virtudes premió el señor con una santa muerte.

[...]

### ***Fundación del Colegio Seminario de Nuestra Señora de Monserrat***

Los deseos que estas tres provincias del Paraguay, Tucumán y Buenos Aires, tuvieron de que, en Córdoba, a donde concurren estudiantes de todas ellas, hay facultades mayores, hubiese un colegio convictorio a cargo de la Compañía a donde se pudiesen criar sujetos en virtud y letras aptos para servir a las iglesias, siempre fueron grandes y los de la Compañía movidos del celo del bien común, en algunas Congregaciones Provinciales trataron este punto, especialmente en la novena del año de 1642, en que se determinó se erigiese, sin esperar nueva orden de nuestro padre general, por tenerla ya concedida. Pero aunque desde entonces se procuró por varios medios, nunca pudo tener efecto, hasta que nuestro padre fue servido mover el corazón del Dr. Ignacio Duarte y Quirós, clérigo, presbítero y confesor que entonces era de la santa cruzada eclesiástica muy ajustado a sus obligaciones, que prometió dar para la fundación del colegio 30 mil pesos en bienes muebles y raíces al de la Compañía de Jesús de Córdoba, para que se fundase un convictorio en dicha ciudad, dejando el gobierno total a la dicha Compañía.

Poco antes había partido para Europa el Padre Diego Francisco Altamirano, procurador general por esta provincia con negocios de ella, y se le escribió dándole de todo y encargándole que alcanzase de su majestad los despachos necesarios para la fundación del dicho colegio; y después de obtenida nueva licencia de nuestro padre general Carlos Noyelle, confirmada repetidas veces por nuestro padre general Tirso González la consiguió de su majestad en despacho de 15 de junio de 1685 en que mandaba al gobernador de esta provincia del Tucumán, junto con el obispo de ella, ejecutasen la fundación del convictorio en la ciudad de Córdoba, hallando ser firmes las conveniencias y medios, que para ella se ofrecían, consultándolo todo para el mayor acierto con el presidente de las Charcas. A que obedeciendo el provincial de la dicha provincia examinó testigos, que todos en lo que declararon fueron otros tantos panegistas del grande efecto que hacen los de la Compañía en la juventud, y el grande, que se esperaba en adelante con la fundación del colegio y que muchos principales luego que le viesen fundado dotarían becas, para que debajo de tal enseñanza se criasen sus hijos y descendientes. Mandó evaluar las tierras raíces, y muebles, de que el fundador había otorgado donación por escritura para con las calidades, que del derecho para su firmeza y estabilidad. Y finalmente hizo la erección y fundación dando a los colegiales reglas y constituciones muy ajustadas a los fines que se pretenden en el dicho colegio, consultando todo con el venerable deán y cabildo en sede vacante.

Y cuando se diese total cumplimiento a la Real Cédula, todo lo obrado se remitió al presidente de las Charcas licenciado don Diego Cristóbal Mejía, para que lo aprobase, pero por las dificultades que halló en la sustancia de la erección, que debía ser muy otras según decía de lo que a su majestad se le había representado por el padre procurador general, conforme la calidad de la dotación y su fundador y el fin para que se instituya; y que los grandes inconvenientes que después podrían resultar y resultarían sin falta, según juzgara, de aquella forma, nunca vino en aprobarla, ni en lo que el gobernador, ni el cabildo en sede vacante había obrado y estaba ya confirmado por su majestad en cédula de 25 de octubre de 1689, con calidad que el dicho presidente aprobase aunque se le hicieron muchas instancias

e hizo el nuevo obispo que sucedió por sus cartas, pero la devoción a la Compañía y estimación que de ella había tenido siempre favoreciéndola en cuantas ocasiones se le habían ofrecido por más de 39 años que tenía de oidor y presidente en las audiencias y chancillerías de Quito, Lima y Chuquisaca, no le daban lugar, según decía, a que asistiese a lo que conocía serle de daño y le podía trabar la paz y sosiego en algún tiempo. Y así dispuso la erección de otro modo, que tenía por más conveniente, por auto suyo del 3 de marzo de 1692. Sin consulta ni intervención alguna del obispo, arreglándola en todo por los demás colegios convictorios que están a cargo de la Compañía en el Perú, como son el de San Martín de Lima, San Bernardo del Cuzco, y San Bautista de Chuquisaca; cuyas constituciones mandó copiar y despachó con su auto, para que se gobernase por ellas, dejando libre al padre provincial que es, o fuere, la facultad que le da la Real Cédula para añadir o quitar y poner de nuevo en sus visitas las órdenes, que le parecieren necesarias y convenientes para el buen gobierno del colegio, mirando en todo a cerrar del todo la puerta, como escribió al padre provincial y lo muestra bien en su auto para que no pretendan los obispos, ni puedan arrogarse con el tiempo alguna jurisdicción o superintendencia en el dicho colegio y sus colegiales; y se eviten los pleitos, debates y diferencias que se han padecido en otras partes; si bien por mas que se prevenga no se pueden siempre excusar. Y en esta conformidad mandó que se fundase luego el colegio y se pasase a su breve ejecución por lo que en ella interesaban de conveniencia las tres provincias con obligación de traer después confirmación de su majestad de dicho auto, que es en todo favorable de mucho rédito y honra de la Compañía.

Por él y en su ejecución, estando todas las cosas prevenidas, se señaló día en que entrasen los primeros colegiales, y fue el diez de abril de 1695. Se hizo la función con grande solemnidad y concurso de lo más granado de la ciudad en nuestra iglesia que está solo calle en medio del convictorio. Presidió uno de los padres más graves de casa muy del intento, juntando la celebridad del día, que era domingo de Quasimodo, con la entrada de los colegiales y la adecuación del colegio. Los nuevos colegiales en la misa cantada, que celebró el fundador don Ignacio Duarte y Quirós, hicieron voto (como lo hacen al entrar y lo renuevan cada año la dominica infra octava de la Concepción de María Santísima Señora Nuestra) de defender la Inmaculada Concepción de esta celestial Reina en su primer instante. La advocación del colegio es de Nuestra Señora de Monserrat, por ser así voluntad del fundador y todos los años se hace su fiesta en la capilla del colegio convictorio, acudiendo todos los padres de casa, los colegiales, que han sido y son, y lo más noble de la ciudad.

Los sujetos, que de la Compañía tiene este colegio, son cuatro. El rector, el ministro, el prefecto de estudios y un hermano por procurador. Los colegiales que hay, son hasta 25: 9 teólogos maestros en filosofía, los demás filósofos y gramáticos, todos ellos son de la gente noble y principal de estas tres provincias, siendo rara la ciudad de que haya colegial. Su traje es de clérigos honestos, bonete y toga negra de paño ordinario, beca colorada y en ella un escudo del santo nombre de Jesús con una corona real en señal de patronato y protección de su majestad; para dentro de casa usan sobre ropas pardas, semejantes a las nuestras. En todo ello y en lo demás del vestido a nadie se permite cosa particular, vistiéndose todos uniformemente, sin sedas, ni colores, que no sean honestos.

En este corto espacio de tiempo, que está fundado este colegio, se han granjeado tantos créditos, que de todas partes estamos recibiendo repetidas cartas, pidiendo encarecidamente personas de su posición, se les de lugar a sus hijos en el colegio, valiéndose para conseguirlo de intercesiones de gobernadores y de otras personas puestas en dignidad; y en Córdoba sus vecinos con tanto esfuerzo y conato, que algunas veces nos hallamos perplejos, sin saber como cumplir con tantos, como piden, no satisfaciéndoles el mostrarles el colegio y el número de aposentos que ahora tiene, que no se pueden aumentar, por no haber capacidad por ahora, para que se extienda más la habitación, lo que se hace, para cumplir con todos, es ir recibiendo según la antigüedad del tiempo que lo han pretendido, acudiendo luego con gran puntualidad en sabiendo que sale alguno el que le toca por su orden entrar, quedando con grande consuelo y alegría, por tener ya prenda en el colegio. Todos los que ahora están en él se sustentan con sus propias rentas, dando cada uno al principio del año cien pesos para sus alimentos; porque aunque está ordenado por el fundador, entren seis muchachos a elección del padre rector para que se sustenten con las rentas del colegio estos no pueden tener lugar sino hasta que se consolide con la propiedad de usufructo que reservó para su congruo el fundador por sus días dando licencia su majestad para ello.

El principal cuidado de los padres es atender con grande vigilancia a la educación, buena crianza y aprovechamiento en virtud y letras de los que tienen a su cargo y de sus principios ha sido tan bueno el entable, que mas parece casa de religiosos que colegio de convictores seculares. A la mañana, luego que se levantan, que es media hora después de los nuestros, tienen su oración todos en su casilla con su rector inmediatamente misa y luego se recogen a sus aposentos a estudiar, hasta la hora de ir a sus lecciones. Tienen su acción espiritual, su rosario y examen antes de acostarse, acudiendo el ministro a todo esto y señalándose colegiales que visten como se usa con los nuestros. Entre día se cuida estén en sus aposentos estudiando sin perder tiempo, hablando unos con otros, y al que hallen haber faltado se le da su penitencia. Al comer y cenar están con gran modestia en el refectorio sirviendo por sus turnos dos colegiales: en los demás actos públicos guardar la misma seriedad tienen todos los alumnos sus ejercicios; no por obligación, sino por devoción en el cual tiempo y otros días entre año hacen las mismas penitencias en el refectorio que se acostumbran en nuestras casas. Piden licencia y salen de dos en dos llevando de comer a los presos de la cárcel y algunos la misma comidas que les habían de dar en el refectorio. Las confesiones y comuniones son muy frecuentes entre año. Les hace todos los meses una plática a todos fuera de las que oyen en nuestro colegio por congregarse de Nuestra Señora. Tienen grande recogimiento y la puerta del colegio siempre cerrada, llamándose con campanilla cuando ha de entrar alguno. No salen de casa sino en las pascuas con quien el padre rector les señalare y en caso de alguna enfermedad de sus deudos conocidos o personas de suposición. Prohíbesele hablar con personas de fuera del colegio y así si viniesen a visitar a alguno, pide licencia. En las quietes de parte de noche cuentan su ejemplo comenzando del padre rector y siguiéndose por sus antigüedades los demás. Y en fin, en todo lo posible se les procura según su estado, aficionarlos a la virtud, recogimiento, urbanidad y correría, rezando luego hasta sus mismos padres y parientes que en entrando al colegio se mudan los muchachos; pues antes en su casa no pudiéndose averiguar con ellos por traviesos los ven

después sosegados, modestos, corteses y atentos, de que dan repetidas gracias a los de la Compañía por haber formado a su cargo obra tan del servicio de Dios y tanto bien de estas provincias con tan buena enseñanza y educación, los mas se dedican a eclesiásticos y algunos a religiosos. En la Compañía hay ahora cinco que proceden muy religiosamente; en San Francisco hay dos, los que han salido para clérigos ocupan puestos de estimación conociéndose en su proceder la buena doctrina que aprendieron en el colegio convictorio.

No es menor el cuidado de que aprovechen en los estudios y así además de la puntualidad, con que ayuden a las funciones de universidad como son pazcas lecciones, conferencias, conclusiones comunes a todos los estudiantes; tienen todos los días del año de parte de noche por sus turnos su hora de conferencias, en que preside el padre prefecto y los domingos en su capilla conclusiones, para que se convidan los nuestros y asiste el padre rector y todos los que oyen facultad, abriéndose la puerta para que entren los de afuera, presidiendo otro colegial; todos los días al entrar a la mesa avisa el padre ministro, al que juzga ahora sea de familia, ahora dramático, para que diga en el púlpito, mientras los otros comen, la lección, que aquel día ha llevado a la clase, viniendo todos prevenidos, por no saber a quien señalará. Todos los que oyen facultad, predicán con unas veces sermones morales y de misión. Otros panegíricos. Hacen también sus lecciones de oposición de las materias que aquel año estudian; y los dramáticos oraciones en latín, haciendo todos sus funciones según lo que han estudiado. Y se ha conocido claramente lo mucho que aprovechan, pues habiendo empezado algunos a estudiar afuera sin aprovechar luego que han entrado al colegio, se han ido adelantando con admiración de los que antes los conocieron, haciendo las funciones literarias con satisfacción y lucimiento. Y asistidos actos públicos, conclusiones y exámenes de los colegiales son los más de ellos con tanta satisfacción y casi iguales a los de casa. Y no es mucho, los tengan con tanto lucimiento; pues antes en su colegio tienen varias veces sus tentativas ejercitándose y confiriendo las dificultades con los demás condiscípulos; y con su prefecto de estudios antes de salir en público.

Estos son los principios de este colegio de Nuestra Señora de Monserrat. Quiera Nuestro Señor vaya cada día adelantándose en virtud y letras, y que se logre el celo santo con que siempre deseaba esta provincia tener casa donde criar la juventud, malográndose antes tan buenos naturales y capacidades, que con el cultivo de la enseñanza hubieran salido aventajados sujetos, como se verán ahora con la ayuda de Dios y cuidado y vigilancia de los que los asisten y enseñan.

Ignacio de Frías

## Carta Anua de 1714-1720<sup>196</sup>

### *Cartas anuas de la Provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús desde el año de 1714 hasta el año 1720. Al muy reverendo padre Miguel Ángel Tamburini Prepósito General de la Compañía de Jesús*

El número de sujetos repartido en once casas y treinta y ocho residencias de la Provincia del Paraguay sube a 272 jesuitas, de los cuales son sacerdotes 172, escolares 50, hermanos coadjutores 50. Novicios hay cinco. Todos estos están repartidos en once casas y 38 residencias entre indios recién convertidos.

Viven en el colegio de Córdoba 92, de los cuales son sacerdotes 26, siendo 7 de ellos profesores de retórica, filosofía y teología respectivamente. Uno es maestro de primera enseñanza y 3 hacen su tercera probación. De los escolares enseña uno la gramática. En las diferentes facultades hay 45 escolares. En el noviciado, de cuyo edificio recién se puso la primera piedra, se instruyen en la vida religiosa tres. Son 17 los hermanos coadjutores. En el colegio de la Asunción hay 13 sujetos, de los cuales 8 son sacerdotes. Uno enseña gramática y otro las primeras letras, 5 son coadjutores. En el colegio de Buenos Aires hay 17 sacerdotes, de los cuales uno enseña teología moral; dos enseñan gramática y las primeras letras. Hay además tres escolares y cinco hermanos coadjutores. El colegio de Santa Fe tiene 10 sujetos de los cuales 7 son sacerdotes, enseñando dos de ellos gramática latina y literatura. Tres son hermanos coadjutores. El colegio de las Corrientes tiene 6 sujetos, de los cuales 5 son sacerdotes y uno es hermano coadjutor. El colegio de Santiago tiene 10 sujetos, de los

---

<sup>196</sup> Esta anua aparece luego de una gran laguna de información existente entre 1700 y 1713 debido quizás a la guerra de sucesión (1701-1714). Este documento, de 43 fojas, es incompleto al faltarle la última página que, por haber fallecido el provincial Juan Bautista Cea apenas entrado en el gobierno, probablemente firmó el viceprovincial José de Aguirre, quien sucedió en ese cargo al padre Luis de la Roca. La dirigió al padre general Miguel Ángel Tamburini y fue enviada personalmente por el padre Jerónimo Herrán al haber sido nombrado procurador a Europa en la Congregación de 1721 (Biblioteca del Colegio del Salvador, Cartas Anuas, 1714-1720, Estante 12).

cuales 6 son sacerdotes, 3 hermanos y 1 escolar, el cual enseña las primeras letras. En Salta hay 10 de los cuales 6 son sacerdotes, enseñando uno de ellos en la escuela primaria; 4 son hermanos coadjutores. El colegio de la Rioja tiene 6, de los cuales 5 son sacerdotes y uno es hermano. El colegio de Tarija tiene 8, de los cuales 6 son sacerdotes y 2 hermanos. En la residencia del Chaco viven dos sacerdotes, en la de Tarija otros dos. En las residencias entre los chiquitos hay 14 de los cuales uno es hermano. En las residencias del Paraná, Paraguay y Uruguay hay 74 sujetos, de los cuales 68 son sacerdotes y 6 hermanos.

Murieron (en este periodo) 51 sujetos, de los cuales 35 eran sacerdotes, 5 escolares y hermanos coadjutores 11. Fueron admitidos a la Compañía 82 sujetos, de los cuales 60 para escolares y 22 para coadjutores. Llegaron además de España 37 sujetos de otras provincias de Europa 36 más y de las mismas Indias (o de América) 9. Fueron despedidos de la Compañía 19 individuos, entre los cuales había un sacerdote, 8 escolares, 3 coadjutores y 6 novicios.

En general me atrevo a decir de todos los sujetos del Paraguay que son gente de sólida virtud de gran celo apostólico y de mucha piedad. Pero lo particular sobre nuestros ministerios y su resultado, logrado por cada uno, esto se verá al tratarse de cada una de las casas y residencias. De esto vamos a hablar ahora.

### *El Colegio de Córdoba*

En el Colegio Máximo de Córdoba, aunque estrecho, no obstante de ser el más grande de la provincia, gozaban los más de buena salud, lo cual llama mucho la atención, considerando el gran número de los de esta comunidad, aglomerados en esta casa, dedicados todos a un intenso trabajo, y habiendo por lo demás muchos enfermos en la ciudad. Sin embargo 15 de ellos murieron o en el mismo colegio, o estando a la sazón en otras partes. De ellos 6 eran sacerdotes, 4 escolares y 5 hermanos coadjutores. Sería demasiado largo, traer la necrología de cada uno, por lo tanto hablaré brevemente solo de cinco de ellos.

El primero es el hermano Antonio Martínez<sup>197</sup>, el cual fue enviado a socorro de los indios y morenos de servicio en nuestra estancia de Santa Catalina, atacados por una epidemia, con cual ocasión él mismo se contagió con la peste, la cual le aseguró el premio celestial por su trabajo glorioso. Alcanzó solo 32 años de edad y 8 de Compañía. Fue arrebatado por la misma epidemia el padre Antonio Torquemada<sup>198</sup>, rector del seminario de Córdoba y profesor vespertino de teología, a los 40 años de edad y 26 de Compañía. Se había distinguido por su probidad modestia y erudición. El rasgo característico era su gran celo de sal-

<sup>197</sup> Nació en Salamanca el 12 de julio de 1685, ingresando a la Orden en Paraguay el 27 de setiembre de 1709 y falleciendo en la estancia de Santa catalina el 15 de noviembre de 1718 (STORNI SJ, Hugo, p. 174).

<sup>198</sup> Nació en Cabra, Córdoba española el día de reyes de 1677, ingresando a la Compañía de Jesús el 25 de noviembre de 1692. Sus últimos votos los alcanzó en Córdoba el 15 de agosto de 1711, falleciendo el 13 de agosto de 1718 (STORNI SJ, Hugo, p. 285).



var almas, unido con una gran fineza en su trato, por la cual atraía a todo el mundo. Ya por estas virtudes era bastante maduro para el cielo, a lo cual se añadió el heroico sacrificio de su vida, contagiándose con ocasión de asistir a los apestados. El tercero, que murió el mismo año de 1718, era el padre Antonio Parra<sup>199</sup>, profeso a cuatro votos, muerto a los 61 años de edad y 44 de Compañía. Era un varón muy benemérito de la provincia, habiendo sido por muchos años rector de diferentes colegios, muy hábil en formar a nuestros jóvenes en la humildad, abnegación, piedad y las demás virtudes, dando el mismo buen ejemplo en todo, mostrando en su dirección mucho juicio y paternal amor. Por su mismo carácter, exterior comportamiento y su fervor religioso parecía ser novicio, habiendo quedado hasta en su avanzada edad siempre igual a sus primeros años en religión. Por último, siendo rector de este colegio, fue consumido por una fiebre lenta. Omito los demás rasgos de su edificante vida. Celebró sus exequias en nuestra iglesia el mismo obispo, durante las cuales, por la fama de santidad del difunto, los fieles querían proporcionarse reliquias de sus vestiduras.

El quinto (sic) que murió, era el padre Lauro Núñez<sup>200</sup>, el cual, no obstante de su larga vida, nos ha sido arrebatado demasiado temprano. Alcanzó 86 años de edad, habiendo estado en la Compañía 68, y habiendo sido profeso 34 años. Religioso muy edificante. Había enseñado filosofía y teología en este colegio 30 años. Del profesorado había sido sacado para desempeñar cargos de gobierno, en los cuales se mostró como buen hijo de la Compañía. Así ha sido rector del colegio de Salta, después de Córdoba, en segunda quince años enteros maestro de novicios y dos veces provincial, siendo siempre para los nuestros un superior caritativo y bondadoso y para los de afuera un celoso apóstol. Se empeñaba en realzar a la Compañía cada vez más en virtud y letras; así que es difícil hablar algo en que no se distinguió como superior acabado. Era un hombre tan sincero en cuidar del bien de los suyos tan paternalmente que estos le tenían la más completa confianza. Pero esta solicitud por los nuestros no le absorbía del modo que se olvidaba de los extraños. El era aquel, quien hizo levantar el magnífico seminario de Córdoba y quien, durante su provincialato, ensanchó tanto el campo de nuestra actividad misional entre los infieles. El por su persona era el hom-

---

<sup>199</sup> Nació en Villarrobledo, Albacete el 6 de junio de 1657, ingresando a la Compañía de Jesús de Toledo el 15 de agosto de 1674. Llegó a Buenos Aires el 6 de abril de 1691, haciendo sus últimos votos en Córdoba casi un año después. Un año antes de su muerte fue electo procurador a Europa, pero no llegó a viajar, falleciendo en Córdoba el 21 de julio de 1718 (STORNI SJ, Hugo, p. 213).

<sup>200</sup> Nació en Alicante el 18 de enero de 1632, ingresando a la Compañía en Paraguay en 1647. Sus últimos votos los alcanzó en Córdoba el 15 de agosto de 1666. Fue procurador a Europa entre 1689 y 1695, alcanzando a ser provincial en dos oportunidades: 1692-1695 y 1702-1706. Murió en Córdoba el 29 de abril de 1719 (STORNI SJ, Hugo, p. 201). Varios trabajos realizamos sobre el padre Lauro, entre otros: "El padre Lauro Núñez SJ (1632-1719). Hacedor del Real Convictorio de Nuestra Señora de Monserrat" *IV Jornadas de Historia de Córdoba*, Junta Provincial de Historia de Córdoba, 3 al 5 de Julio de 2002. "El provincial Lauro Núñez y los conflictos con las construcciones arquitectónicas de su periodo de gobierno (1692-1695 y 1702-1706)". *IX Jornadas Internacionales sobre las Misiones Jesuíticas*, Pontificia Universidade Católica de Sao Paulo, Brasil, 8 al 11 de octubre de 2002.

bre más modesto y humilde y hasta en su avanzada edad se acomodaba a la vida común. Toda excepción de ella aborrecía como una tentación del demonio. Valdría la pena hacer una relación especial de sus grandes virtudes y dones de Dios. Entregó su alma a Dios el año de 1719. Haber nacido en Alona de España, ¡Ojalá! que Dios Nuestro Señor depare más de esta clase de varones a esta provincia.

Le siguió en la muerte el padre Juan Bautista de Zea<sup>201</sup>, nacido en España, fallecido a los 64 años de edad y 47 de Compañía. Era un hombre de gran virtud, despreciador del mundo y de sí mismo, muy austero y dedicado a la oración. No arredraba de ninguna dificultad cuando se trataba de salvar las almas y de glorificar a Dios, siendo entonces casi sobrehumana su magnanimidad, constancia y energía en hacer cualquier sacrificio. Era por algún tiempo superior de las misiones del Uruguay y visitador de las de los chiquitos, siendo su actuación muy benéfica para los neófitos y los catecismos. Siguió la pista de los zamucos, nómades, por dos meses enteros, casi sin provisión y acampando al aire libre, entre continuos peligros de vida, por selvas y pantanos, haciendo todo lo posible para ganar a Cristo gente tan perversa. Así precedía también en otras expediciones apostólicas. No usaba ni de colchón, ni de sábanas, hasta a su avanzada edad, contentándose con una simple estera. Pues, era muy amante de la pobreza. Por esto tampoco no quería retener, en su aposento, otros libros fuera de su breviario, ya casi inutilizado. Se vio su heroica obediencia con ocasión de nombrarle provincial nuestro muy reverendo Padre General Miguel Ángel Tamburini. Tuvo que abandonar sus amadas misiones de Chiquitos, estando ellas en pleno auge. Dejó la hoz en la mies y se marchó al instante al colegio de Córdoba del Tucumán. Tengo que restringirme a la brevedad, pasando por alto los ejemplos de humildad sobriedad y caridad. Una vida tan religiosa coronó una muerte igualmente feliz. Su última enfermedad duró más de un mes, donde durante de ella insignes pruebas de su paciencia y conformidad con la voluntad de Dios. Pues tomó la muerte como de la mano de Dios, muy tranquilo y alegre, estando con pleno conocimiento. Llamó la atención tal cosa, no solo a los nuestros, sino también los médicos que le asistían, los cuales afirmaban no haber visto jamás una muerte tan feliz. Después de haber recibido el santo Viático, quedo todavía buen rato recogido en Dios, muriendo pronto después, para volar al cielo. Murió en 1719, siendo todavía provincial.

Concedimos ser enterrado en nuestra iglesia el señor Don Gabriel de Castro, el cual había deseado ser admitido a la Compañía, no logrando, empero, la debida licencia de sus padres. A sus funerales asistían todos los alumnos de nuestras escuelas y los del seminario, donde se había educado, además, el señor obispo y otros caballeros distinguidos. Hizo la

---

<sup>201</sup> Nació en Guaza de Campos, Palaencia, el 18 de marzo de 1654, ingresando a la Orden en Castilla en 1671. Alcanzó el sacerdocio el 26 de julio de 1680, llegando a Buenos Aires el 25 de febrero de 1681. Sus últimos votos los dio en el colegio de Tarija en 1693, siendo nombrado Superior del Uruguay en el periodo 1699-1701 y provincial del Paraguay en 1717, no alcanzando a cumplir su mandato por haber fallecido en Córdoba el 4 de junio de 1719 (STORNI SJ, Hugo, p. 314).

oración fúnebre en castellano uno de nuestros Padres, sobre las grandes virtudes y méritos de este doctor, a gran satisfacción del auditorio.

Es tiempo de ocuparnos también de los que están todavía en vida. Y lo primero que hay de no verter tocante a ellos, es que con el favor de Dios, reina entre los nuestros gran unión y concordia, aunque son tantos y tan diferentes en nación. Los hermanos escolares son buenos religiosos y su caridad no solo se manifiesta entre las paredes de la casa, sino se exhibe también para afuera... ejercitándose en otras de celo apostólico. Así, todos los días instruyen ellos los más humildes moradores de esta casa, como son los indios y morenos del servicio.

Los estudios literarios, siguiendo el *ratio studiorum* de la Compañía, florecieron los últimos años en este colegio sobre manera, alcanzando 13 estudiantes el grado académico de Maestro y 4 el de Doctor, habiendo algunos de los más adelantados lúcidos hasta en actos públicos, a gran admiración de toda la ciudad.

Se mostró la caridad de nuestros sacerdotes en las muchas confesiones que oyen, en sus visitas a las cárceles, en la explicación del catecismo a los ignorantes y en la asistencia a los moribundos. Predican también muchas veces en la catedral y en los conventos de monjas. Hay muy gran concurso de gente a los santos sacramentos, tanto durante la cuaresma, como con ocasión de las principales fiestas durante el año. Muy frecuentemente llaman de noche para confesar a los enfermos, prefiriendo los habitantes que los nuestros les asistan en su último trance. Es casi innumerable aquí la multitud de indios y morenos cristianos al servicio de los amos españoles. Son más y abandonados, y parecerían sin la asistencia de los nuestros. Pues, todos los domingos salen dos de nuestros Padres, para recoger de toda la ciudad a esta clase de gente, sacándolos de sus males reuniones y garitos de juego de naipes y conduciéndolos a nuestra iglesia, donde se les explica el catecismo de la doctrina cristiana.

Fue introducida la loable costumbre de hacer los Santos Ejercicios por el celo del Padre rector Luis de la Roca, haciéndolos tanto hombres, como mujeres. Así las hicieron este año de 1720 unas 50 mujeres en nuestra iglesia y 25 hombres en nuestra antigua casa de probación. Estaba entre estos últimos el mismo señor obispo y algunos de sus familiares, además de canónicos y otros caballeros distinguidos. Es admirable el provecho que saca toda la ciudad de tan eficaz práctica; pues es colosal el número de confesiones generales que se hacen con esta ocasión, además algunos de los caballeros principales, que estaban enemistados, han vuelto felizmente a la paz y concordia. Ha vuelto también la paz a las familias, juntamente con el buen ejemplo y el buen orden. Se ha conseguido además, que algunos sacerdotes llevasen una vida más santa y cumpliesen más exactamente los deberes de su estado. En general se puede decir que se promovió mucho la práctica de recibir los santos sacramentos con más frecuencia. No ganaron pero, al fin, por los Ejercicios, los conventos de las monjas.

Prosperan las congregaciones y cofradías tanto en fervor como en el número de sus miembros, ante todo, la congregación de los españoles. Consuela mucho ver como los caballeros más distinguidos dan a los demás el más acabado buen ejemplo y se nota a la pri-

mera vista que el ejemplo de los congregantes influye tan favorablemente en las costumbres de toda la ciudad, que parece haber ella cambiado su aspecto, portándose sus habitantes cada día mejor. La solemnidad eucarística de la adoración de Cuarenta Horas, en los tres días de Carnaval se celebra con extraordinario aparato, con música sagrada, con sermones, ya desde algunos años a esta parte, aumentándose tal vez más todavía la pompa estos últimos años y con ella el entusiasmo religioso de la población.

El año de 1716, después de una larga sede vacante, hizo su solemne entrada a esta ciudad el Ilustrísimo Señor obispo, siendo recibido por la población con gran alegría. También nosotros le dimos una cordial bienvenida, solemnizándolo con un banquete, durante el cual fue saludado el nuevo obispo con diferentes piezas literarias, epigramas, arengas y poesías, producto del ingenio de los hermanos escolares. Quedó tan bien impresionado su señoría ilustrísima del cariño de la Compañía, que dispuso que se hiciese en nuestra misma iglesia el homenaje a su persona de parte de las autoridades civiles y de las órdenes religiosas. Además celebró en ellas una misa pontifical en el día festivo de nuestro santo Padre Ignacio.

Nuestras estancias no han decaído en su rendimiento. Se aumentó el inventario de los ornamentos sagrados por algunas piezas de gran valor. Creció el número de libros de nuestra biblioteca.

Vamos a hablar ahora del año de 1718, el cual ha sido por su mitad muy triste para los habitantes de la ciudad y de sus alrededores, por los estragos de la peste. En este tiempo crítico acudieron los nuestros a los afligidos en todo lo que podían...y en todas partes, adentro y fuera de la ciudad, no haciendo distinción entre españoles, indios y morenos. El colegio proporcionó a los contagiados generosamente toda clase de medicamentos. Para combatir una epidemia tan fatal, se organizó en nuestra iglesia, a súplicas del cabildo seglar, una solemne novena en honor de San Francisco Javier, con gran concurso de parte de la ciudad. Para alcanzar con más eficacia la protección del Apóstol de las Indias, hicieron ellos voto de celebrar cada año su fiesta, como día festivo de precepto. Se concluyó la novena con una gran procesión, acompañando ella la imagen del Santo. Nosotros de nuestra parte, anunciamos inmediatamente una santa misión, que Dios bendijo. Pues se hizo ella con toda seriedad, tanto por nosotros, como por los ciudadanos, comenzando con el acostumbrado acto de condición nocturna, pasando procesionalmente por las calles públicas, haciendo durante ellas algunas pláticas y cantando aquellas conmovedoras llamadas saetas.

No solo en casa, sino también fuera de ella trabajaron los nuestros...hasta que al fin comenzaron muchos a contagiarse también. Pronto era nuestra casa como un hospital por sus muchos enfermos, estando los sanos tan ocupados con el servicio de los enfermos, que ya no había lugar para otras ocupaciones. Aquella calamidad tan larga e irresistible, sin embargo, no nos arrebató sino a dos Hermanos y a un Padre.

Veamos ahora lo que le hizo en favor de los españoles e indios esparcidos por la comarca de Córdoba. Dos de nuestros Padres suelen ser enviados regularmente a ellos, teniendo que caminar en estas correrías hasta por 500 leguas, pero pudiendo recoger ellos durante este tiempo, con el favor de Dios una gran cosecha de almas. El modo de proceder de los misioneros era el mismo que se empleaba ya en los años anteriores por sus antecesores, y el

resultado también ha sido el mismo, habiendo muchas confesiones generales muy sentidas, muchos escándalos separados, muchas conversiones de personas de mal vivir, muchas confesiones revalidadas, después de sacrilegios cometidos por espacio de hasta 30 años. El total de las comuniones recibidas durante estas misiones campestras subió a más de 30.000... Además se ha procurado que los curas párrocos seculares y otros personajes de influjo que puedan promover la causa católica, cumplieren en adelante diligentemente con su obligación. Se ha restablecido la paz en las familias, y entre las personas, hasta ahora enemistadas. Se ha organizado la práctica de instruir en la doctrina cristiana a chicos y grandes. Se estableció la costumbre de rezar el rosario de la Virgen, y se propuso un modo de proceder fácil, para desarraigar las blasfemias contra Dios y los Santos. Al fin, por la intervención de la misma se ha restituido la fama y el dinero a los damnificados. A la servidumbre se les aconsejó a guardar la fidelidad a sus amos.

Mencionaré ahora dos casos muy instructivos. Había una mujer pública, la cual despreciaba los buenos consejos que le dio privadamente uno de los Padres; burlándose además de este. Cayó gravemente enferma y otra vez le aconsejó este Padre que hiciese, al fin, penitencia por su mala vida, para no irse al infierno. Que tuviese un poco de juicio, porque solamente un camino había para salvarse: la penitencia. Ella miró al Padre y le dijo: Trabaja usted de balde porque estoy perdida. Ya me han entregado al demonio, en justa recompensa de mis maldades. Estas y otras semejantes palabras con horribles gritos, y así murió miserablemente, en ejemplo de la justicia de Dios. El otro caso ha sido más consolador. Había otra mujer escandalosa, la cual oyó decir en un sermón, que era mucho atrevimiento pecar en presencia de Dios, el cual está mirando todas las cosas. Estas palabras le hicieron tal impresión, que jamás en adelante obedeció a su anterior cómplice, no haciendo caso ni de súplicas, ni de amenazas. Lo único que le contestaba era: *Busca un lugar, donde Dios no puede ver nuestra maldad.*

Para terminar con las cosas memorables de este colegio, mencionaré todavía que se reunió en él la congregación provincial el año de 1717. En ella fue elegido, casi con unanimidad, procurador a Roma el Padre Antonio Parra, el cual, empero, falleció en 1718 a gran sentimiento de toda la Provincia.

### *El seminario de Córdoba*<sup>202</sup>

Arrimado a nuestro colegio se halla el seminario, el cual actualmente cuenta 25 alumnos, hijos de distinguidas familias españoles. Están bajo la dirección de cuatro de los nuestros, como se ha dicho ya, y que son el rector, el ministro, al mismo tiempo prefecto de estudios, y además dos Hermanos coadjutores para los más indispensables servicios domésticos.

De los alumnos estudian ocho filosofía, diez la teología y los demás humanidades y primeras letras. Han alcanzado el grado de Maestro en artes siete de ellos, jóvenes, cuyo

---

<sup>202</sup> Se refiere al Noviciado.

buen talento se dio a conocer no solo en los ejercicios literarios de cada día en la clase, sino también han lucido en actos literarios públicos. Basta esto en lo tocante a los estudios.

También la piedad de estos alumnos se hizo patente por la vocación religiosa de dos de ellos que han entrado en nuestro noviciado. Los dos son filósofos, habiendo defendido uno de ellos la tesis en un acto público. El otro tenía solo 15 años de edad, cuando entró. Se había opuesto enérgicamente a su entrada su padre, el cual se quejaba, que habían engañado al pobre muchacho, todavía falto de juicio, arrebatándole a su hijo querido.

Pero quedó invencible el joven en aquella lucha tremenda y perseveró hasta ahora en el noviciado con la misma constancia.

Los demás alumnos practican, por su propia iniciativa los ayunos, aunque todavía no estén obligados por su poca edad, hacen oración mental, voluntarias austeridades, lecturas y coloquios espirituales.

Estos últimos años hicieron todos los Santos Ejercicios de ocho días, y esto hicieron seriedad y tanto fervor, que no parecían caballeritos distinguidos, sino aspirantes de órdenes religiosas. Llegó la buena fama de esta casa y de su sólida formación hasta provincias y reinos muy remotos, viniendo dos alumnos excelentes del reino de Chile y otros del reino del Perú, para ser educados aquí<sup>203</sup>.

---

<sup>203</sup> La carta anua de este periodo continúa con la descripción del colegio de Asunción, el de Buenos Aires, luego Santa Fe, Santiago del estero, Tucumán, Salta, La Rioja y Tarija. Todos ellos con importantes novedades. Se detallan a continuación las misiones del Chaco, de chiriguano y de chiquitos.

## Carta Anua de 1720–1730<sup>204</sup>

*Cartas anuas de la Provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús desde el año de 1720 hasta el mes de octubre del año 1730 enviadas al Muy Reverendo Padre Vicario general de la misma Compañía padre Francisco Retz*

Al fin del año 1720 envié las Anuas anteriores a Vuestra Paternidad el Padre Provincial de entonces, Padre José de Aguirre. Pero para escribir las siguientes hasta el año de 1730, aunque bien merecía su redacción el celo de esta Provincia, sin embargo han sobrevivido tantos estorbos, de epidemias, de guerras, de crueles persecuciones contra toda esta Provincia, que apenas nos dejaron vivir, bastante ocupados con defender nuestra honra en cuanto lo exigían las razones superiores de los intereses religiosos, así que no nos sobró tiempo para escribir cartas más prolijas. Ya que ahora tengo algo más de sosiego, no de parte de todos los males que nos rodean, sino a lo menos de aquella prolongada tempestad, la cual por espacio de más de siete años parecía sumergir la buena fama de la Compañía en un abismo de la más infame calumnia, me apresuro a redactar estas Cartas Anuas, como corresponde a mi cargo y para que conste, con cuanto celo los hijos de Vuestra Paternidad procuran la salvación de las almas, sin dejarse estorbar en sus trabajos por la gloria de Dios, ni por las calumnias, ni por las injurias.

Sin embargo tengo que anticipar que sólo puedo mencionar lo más importante de lo acaecido en todo este tiempo, para no quitar a Vuestra Paternidad inútilmente el precioso

---

<sup>204</sup> El manuscrito incompleto consta de 57 fojas y fue escrito por el padre Pedro Lozano, secretario del provincial. El original se encuentra en el Archivo Nacional de Munich, mientras que en la transcripción nos valimos de la traducción del padre Leonhardt. Fue firmada por el padre viceprovincial y dirigida al padre general Francisco Retz. En esta década estuvo al frente de la provincia el padre José de Aguirre como viceprovincial entre 1719 y 1722. Ocupó la misma función y cargo el padre Luis de la Roca hasta 1726, luego el padre Ignacio de Arteaga hasta 1727, continuó Lorenzo Rillo hasta 1729 en que asumió como provincial el padre Jerónimo Herrán (Biblioteca del Colegio del Salvador, Cartas Anuas, 1720-1730, Estantes 6 y 12).

tiempo invertido en el tan acertado gobierno de la universal Compañía.

Tiene la Provincia del Paraguay por todo diez colegios, una Casa de Probación, un convictorio, y treinta y nueve estaciones misionales de nuevos cristianos, y estos entre los indios Guaraníes del Paraná y Uruguay, entre los Chiquitos, Chiriguano y Lules. En todos estos domicilios vivían hasta doscientos cuarenta y seis sujetos de la Compañía, cuyo número el año próximo pasado se aumentó hasta trescientos veinte, debido a la feliz vuelta de los Padres Procuradores de Europa, los cuales condujeron a esta Provincia una expedición de setenta y cuatro sujetos, muy deseado socorro para nuestros trabajos y muy apto para esto por su valor intrínseco.

Cuenta la Provincia ciento ochenta y cuatro sacerdotes, cincuenta y dos Hermanos escolares, siendo los demás Hermanos coadjutores, empleados en los oficios domésticos y ocupaciones rurales.

Durante estos últimos diez años han fallecido sesenta y seis sujetos, y han sido admitidos a la Compañía cuarenta y cinco.

### *El Colegio de Córdoba*

Se mantienen allí cien sujetos, de los cuales son veinticinco sacerdotes, entre ellos enseñan tres la teología escolástica y moral, otros tres la filosofía, otro el derecho canónico y la Sagrada Escritura, otro, al fin, adiestra a nuestros escolares en la poesía y retórica. Uno de los escolares enseña la gramática y los demás estudian las diferentes facultades.

Han muerto seis sacerdotes, dos escolares y un Hermano coadjutor.

El primero que murió, fue el Padre Juan Bautista Peñalba<sup>205</sup>, natural de Santa María de Alón (Coruña), el cual era canciller de la Universidad de Córdoba y profesor de la Sagrada Escritura. Había entrado a la Compañía en Salamanca en 1690, y era un gran talento. Allí mismo había estudiado la teología a los pies de nuestro eminentísimo cardenal Álvaro de Cienfuegos, y le fue muy afecto por su talento y virtud. Enseñó después a los extraños la filosofía en el colegio Ambrosiano de Valladolid, con no vulgar aceptación. Llamado después a Compostela para desempeñar el mismo oficio, sintió crecer en su alma otra sabiduría superior y divina: el deseo de dedicar su vida a la conversión de los infieles. Después de haber hecho su profesión solemne, alcanzó el permiso de trasladarse al Paraguay y vino acá con ocasión de la vuelta del Procurador a Roma, Padre Francisco Burgés el año de 1712, ardiendo de celo por la conversión de los bárbaros. Sin embargo fue destinado a enseñar la teología escolástica en la Universidad de Córdoba, cargo que desempeñó por ocho años con

---

<sup>205</sup> Nación en Alicante el 9 de setiembre de 1672, ingresando a la Orden en Castilla en 1690. Dos años después da sus primeros votos y en 1698 en Salamanca obtiene su sacerdocio, mientras sus últimos votos los obtiene en Santiago de Compostela en 1709. Llega a Buenos Aires el 8 de abril de 1712 y muere en Córdoba el mismo día y mes de nacimiento del año 1724 1719 (STORNI SJ, Hugo, p. 217).



gran provecho de sus discípulos, y con general aplauso.

Tenía una memoria muy feliz, un agudo genio y gran perspicacia. Era gran entusiasta del Doctor Angélico y defendía con todas sus fuerzas intelectuales las sentencias de aquel. Al mismo tiempo era un talento oratorio y tenía mucha facilidad en servirse de su talento para reformar las costumbres. Era terrible al reprochar los vicios y muy celoso en infiltrar el amor a la virtud en los ánimos de sus oyentes. Cuando se le ofrecía la ocasión, se empeñó con ardor en la propagación de la verdadera fe. A este fin, en el Puerto de Buenos Aires, a donde suelen llegar las embarcaciones inglesas, cargadas con esclavos negros, solía haber disputas con los herejes, y esto con tanta solidez de pruebas, que quedaron perplejos, y a veces, no obstante sus prevenciones, convencidos de la verdad, impidiéndoles la conversión su temor de perder sus ganancias pecuniarias.

Era el Padre muy devoto a la Virgen Santísima. Supo celebrar sin alabanzas con tal entusiasmo delante del auditorio que, aunque siempre sus sermones eran elegantes, sin embargo, hablando de la Virgen pareció superar a sí mismo en elocuencia. Además se preparaba a sus fiestas con especiales prácticas piadosas, y las celebraba con fervor. Ya antes de la meditación matutina rezaba el Santo Rosario con gran devoción, con la intención de santificar sus labios con las alabanzas de María.

Tenía mucho desprecio de sí mismo y de sus cosas, tanto que jamás se le oía decir algo que le podía resultar en propia alabanza.

Teniendo él tan grande estimación de su vocación religiosa, se comprende su elevado celo en conservar el buen nombre de su queridísima Madre la Compañía de Jesús, y defenderla contra las malas lenguas. Se vio esto de un modo conspicuo en la apología, compuesta por él con trabajo ímprobo, y no menor genialidad, por la cual defendió nuestro honor y vindicó nuestra doctrina, tergiversada injuriosamente, y consiguió del gobernador del Río de la Plata, la orden de que los libelos difamatorios fuesen públicamente quemados y que los émulos nos pidiesen perdón espontáneamente.

Se demoró en aquella ciudad unos tres años, y volvió enseguida a Córdoba, para tomar a su cargo la chancillería de la Universidad, juntamente con la cátedra de la Sagrada Escritura, hasta que le dio un ataque de parálisis. Presintiendo su cercana muerte, no se demoró en prepararse para su último trance por medio de una confesión general de toda su vida religiosa. Pronto después le sobrevino una apoplejía mortal y fue auxiliado con los últimos sacramentos. Murió en el día de su cumpleaños, fiesta de la Navidad de la Virgen de 1724, a la edad de cincuenta y dos años.

El año siguiente, el día 25 de abril, murió el Padre Francisco Burgés<sup>206</sup>, natural de Ur-

---

<sup>206</sup> Nació en Seo de Urgel, Lérida, 30 de marzo de 1642, ingresando a la Orden en Aragón el 5 de setiembre de 1658. Llega a Buenos Aires el 28 de julio de 1663, pasando luego a Córdoba donde obtiene sus últimos votos en 1678. Fue provincial de Chile entre 1695 y 1699 y nombrado por la provincia del Paraguay procurador a Europa en 1703. Muere en Córdoba el 24 de abril de 1725 1719 (STORNI SJ, Hugo, p. 45).

gel en Cataluña, a la edad de más de 80 años, habiendo nacido el 2 de Abril de 1641. Enviado por su muy distinguida familia a Barcelona, para dedicarse allí a los estudios, entró allí mismo en la Compañía. Después de una permanencia de cinco años en la Provincia de Aragón se trasladó a las Indias en compañía del venerable Padre Francisco Díaz Taño, Procurador del Paraguay. Allí completó sus estudios de humanidades y ciencias sagradas, y habiéndolas concluido, fue destinado a enseñar las mismas asignaturas, no obstante sus reiteradas súplicas de ser enviado para enseñar la religión a los bárbaros. Pues, enseñó en Córdoba del Tucumán la filosofía por cuatro años y la teología por diez años seguidos. Después era sucesivamente Rector de los colegios de la Rioja, de Santiago del Estero en el Paraguay y de Santiago de la Provincia de Chile, donde también fue Socio del Padre Visitador en su pesada tarea, siendo por mandado del Padre General su sucesor, gobernando aquella provincia por espacio de tres años. Después fue Instructor de los Padres de Tercera Probación en Bucalemu. Vuelto a su Provincia del Paraguay fue enviado de Procurador a Roma, asistiendo allí a la décima quinta Congregación general. En su vuelta a América, el año 1710, fue tomado preso por los holandeses, juntamente con los sujetos de la expedición que conducía a las misiones del Paraguay, y después de haber sufrido maltratos y despojos fueron echados a tierra por los piratas en Lisboa. Allí los recibieron los jesuitas portugueses con grandes muestras de caridad, hasta que pudieron volver a Sevilla. Hubo de aguardar allí dos años más, a consecuencia de los malos tiempos. Al fin se embarcó otra vez, no acobardado por las calamidades pasadas, pero tuvo la nueva desgracia en su viaje, de que las naves españolas cayesen en manos de los ingleses, de los cuales sólo con una fuerte contribución pudieron librarse.

Llegado felizmente al Paraguay, desempeñó por siete años el cargo de canciller de la Universidad de Córdoba levantando los estudios con un celo extraordinario. Ya tenía ochenta y cuatro años y sesenta y siete de Compañía, cuando un ataque apopléjico repentino le quitó la vida, dándonos su santidad la garantía de su eterna salvación. Fueron muy concurridos sus funerales de parte del pueblo, de la nobleza, de los profesores de la Universidad y de todos los miembros de las órdenes religiosas, haciendo su elogio fúnebre el administrador de la diócesis. Sus hermanos en religión se reservaron la conducción del cadáver, aunque se empeñaron mucho los otros religiosos en prestarle este último servicio. Pidieron con instancias algunas reliquias de este varón, tenido de todos por santo.

En realidad de verdad parece haber sido predestinado para Santo y para servir de ejemplo y dechado de todos. Era eximio en cumplir y defender nuestro Instituto, y no sufrió poco en su defensa contra los ataques de personajes extraños y poderosos. Había muchos que le conocían desde su juventud, los cuales testificaron que él jamás había violado ni la más mínima regla de la Compañía. Además, el Padre Luis de la Roca, dos veces Provincial del Paraguay, el cual fue su confesor por toda la vida, afirmó decididamente, que el Padre Burges había conservado la gracia Bautismal. Se vio en él tal candor e ingenuidad en su proceder, que se le tenía incapaz de cualquier doblez. Esto ya apareció en sus facciones interiores y en sus sentidos, y en su tranquilidad de espíritu siempre igual, no sólo en circunstancias agradables, sino también en las adversidades, que le sobrevinieron en abundancia. Era muy observante de la disciplina religiosa, siempre constante en ella por toda su vida, y hasta en

su avanzada edad era siempre el primero en las distribuciones religiosas de la comunidad.

Era muy aficionado a la contemplación de las cosas celestiales y reflexionaba a lo menos cada hora sobre su modo de proceder, si era conforme a la más acabada perfección. Tenía, pues, hecho ya desde muchos años atrás el voto de hacer siempre lo más perfecto, y se vio que lo ha cumplido. Tenía la costumbre de reconciliarse cada día para celebrar la misa con mayor devoción, siendo al mismo tiempo, muy pronto para oír en confesión a sus muchos penitentes. Con mayor prontitud aun servía a los indios, morenos y sencillos, los cuales se sentían atraídos a él por su afabilidad.

Muy grande era su devoción a la Virgen Santísima a la cual solía llamar con gran afecto su Madre. Se dignó la celestial Reina de aprobar su modo de proceder en el gobierno de los Nuestros. Pues, manifestó a su gran siervo Alonso López, célebre por su trato familiar cotidiano con la Virgen, entre otros secretos celestiales, que nuestro Francisco gobernaba la Provincia de Chile conforme a los deseos de su Divino Hijo, y del santo Patriarca Ignacio..

Igualmente era estimada su devoción al Santísimo Sacramento del Altar, procurando, en cuanto lo permitía su salud, que, cuando en los últimos cinco años por su debilidad no podía celebrar, que no le faltase a lo menos la Sagrada Comunión, y acontecía lo singular de que, cuando por su avanzada edad ya se le habían trastornado sus facultades intelectuales, oyendo hablar de la Santa Eucaristía, volvía en sí comprendiendo todo perfectamente así que pudo confesarse, y en este estado lúcido perseveraba hasta haber hecho la acción de gracias perdiendo enseguida el conocimiento.

El tercer difunto es Francisco Mujica<sup>207</sup>, natural de Córdoba del Tucumán, de distinguida familia y preclara virtud. Murió el 20 de diciembre de 1726.

Lo curioso de este padre es que ha muerto en la misma casa, en la cual había nacido el año 1653; pues esta casa se transformó de un modo singular en Casa de Noviciado. Antes de 1718 la Casa de Probación era una dependencia del Colegio Máximo de Córdoba. Por aquel tiempo había ordenado el Padre General que tuviese su casa propia, a fin de que los novicios se apartaren del bullicio de los ejercicios escolares para vivir con más recogimiento en su primera formación. El Padre Provincial de entonces, Ignacio de Frías buscando un sitio acomodado a este fin, se aficionó a la casa paterna de nuestro Francisco. Mandó enseguida al novicio Ignacio Mujica hermano mayor, a hablar con Francisco, para que vendiese su casa a la Compañía por su justo precio. Al caer en cuenta de este plan, Francisco se propuso obstinadamente dificultar la venta. Fuese con esta intención a nuestro colegio para hablar en este sentido con su hermano Ignacio. Llegado al umbral del colegio, de repente se sintió detenido por una fuerza oculta percibiendo en su interior una voz arcana que le mandó de un modo suave y eficaz, que no sólo entregase su casa para el noviciado, sino a sí mismo a la Compañía. Sin más demora obedeció a esta insinuación divina, y presentándose a Ignacio, sin que este pudiera comenzar a hablar del asunto, le manifestó que al instante en-

---

<sup>207</sup> Nació en Córdoba el 26 de noviembre de 1653, ingresando a la Orden en 1703 y dando sus últimos votos en 1717 (STORNI SJ, Hugo, p. 194).

tregaría su casa por donación a la Compañía. Maravillado Ignacio, preguntó a su hermano, cómo sabía de que asunto se trataría al llamarle al colegio y cómo tan pronto se pudo resolver a regalar su casa, sin tener todavía donde vivir en adelante, confesó Francisco sinceramente todo lo sucedido, y suplicó a su hermano, que le ayudase a ser admitido en la Compañía.

De este modo se convirtió aquella casa en aquel mismo año en Casa de Probación y su dueño, después de tres años, habiendo arreglado sus negocios, fue admitido a la Compañía el 24 de setiembre de 1703. Y pareció que aquella casa sólo había sido levantada para fomentar la religión, ya que todos sus dueños entraron en religión, pues su fundador, el padre de Francisco, se hizo religioso dominico y murió como tal. Su madre y sus dos hermanas entraron y murieron en el convento de Santa Catalina de Córdoba.

Y, al fin. Francisco e Ignacio se hicieron jesuitas y, hace muchos años, fueron ordenados de sacerdotes. Después de haber desempeñado con loor varios cargos en la Compañía en diferentes lugares, al fin volvió Francisco a la casa paterna y natal, para morir allí. Dos años había vivido allí de nuevo santamente, cuando le dio un ataque intestinal, al cual sucumbió después de haber recibido los últimos sacramentos. Era de carácter afable y muy observante de la vida religiosa, distinguiéndose ante todo por su amor a la santa pobreza y a los ejercicios religiosos, juntando con una tiernísima familiaridad con Dios, gran celo en la salvación de las almas.

Le siguió el año 1728 José López<sup>208</sup>, natural de Madrid, dos meses después de haber sido elegido Procurador a Roma, muerto el 15 de diciembre, dos días después de haber cumplido 63 años. Era Rector de los colegios de Buenos Aires y Tucumán, secretario del Provincial por 5 años, y canciller de la Universidad de Córdoba. Era muy celoso misionero, predicando, confesando y dando los Ejercicios de San Ignacio a seglares, hombres y mujeres. Se dispuso para sus ministerios sagrados por su gran obediencia, su pureza de cuerpo y mente, su modestia y mortificación, su continua oración, su humildad y las demás virtudes de un buen operario nuestro. Elegido Procurador predijo que no vendría ocasión para desempeñar su cargo, presintiendo tal vez su cercana muerte, la que acaeció 40 días después, atacado por la fiebre fue auxiliado con tiempo.

El quinto que murió, fue Gabriel Patiño<sup>209</sup>, natural del Paraguay, profeso de cuatro votos el cual, consumido por la tisis, acabó sus días en la estancia de Jesús María, el 30 de junio de 1729, a la edad de cerca de 70 años. Fue infatigable misionero de los indios guara-

---

<sup>208</sup> Nació en Madrid el 13 de febrero de 1665, ingresando a la Compañía de Jesús de la provincia del Paraguay en 1684. Sus primeros votos los dio dos años después, y sus últimos, en 1702. Fue electo procurador a Europa en la Congregación de 1728, pero no pudo viajar ya que falleció en Córdoba el 15 de diciembre de ese año (STORNI SJ, Hugo, p. 165).

<sup>209</sup> Nació en Asunción el 1º de noviembre de 1662, lugar donde ingresó a la Orden el último día de 1746. Alcanzó el sacerdocio en 1692, dando sus últimos votos en Corrientes el 15 de agosto de 1699, muriendo en Córdoba el 30 de junio de 1729 (STORNI SJ, Hugo, p. 214).

nés por espacio de 30 años. Para abrir el camino a la evangelización de las innumerables tribus bárbaras del Chaco hizo en 1721 una expedición exploradora por el gran río Pilcomayo, habitadas las riberas por varias naciones extremadamente feroces, las cuales hicieron peligrar su vida más de una vez.

Era muy amante de su vocación religiosa lo que demostró en circunstancias muy críticas, pues su distinguida madre inopinadamente perdió su fortuna, y para mantenerla, se le dio licencia para abandonar la Compañía. No quiso servirse de esta facultad, diciendo que tenía la convicción de que Dios de otro modo ayudaría a su madre, lo que realmente sucedió.

El mismo año trucó esta vida miserable con la inmortalidad Lorenzo Rillo<sup>210</sup>, Rector del Colegio de Córdoba, el cual, fuera de otros cargos había sido Provincial del Paraguay por seis años. Era natural de Villafeliche, diócesis de Zaragoza, y había entrado en la Provincia de Aragón el 16 de mayo de 1692. Seis años después alcanzó, después de fervorosas súplicas, ser enviado al Paraguay. Partiendo de allá el año 1698, se vio juntamente con una parte de sus compañeros, obligado a refugiarse en las islas Canarias donde, por la intemperie y el clima se quebrantó en algo su por demás robusta salud. De allí llegó al Brasil y al fin, después de dos años, al Paraguay, en 1700. Pero, cuando haya trabajado aquí por la gloria de Dios, contra viento y marea no obstante de persecuciones religiosas y rabiosas calumnias, esto apenas se puede decir.

Era muy asiduo en el confesionario de casa y en las confesiones de enfermos de afuera, aún a deshora.

En el tiempo de una cruel epidemia se dedicó con tal fervor al servicio de los apastados, que casi sucumbió al trabajo. Se distinguió mucho en la elocuencia sagrada ya desde su entrada a la Compañía, pues, saliendo de la Casa de Tarragona, según predicaba cada domingo, y le oyó a este joven de apenas veinte años el Ilustrísimo y doctísimo Señor Arzobispo Dr. D. José de Linaz con sumo consuelo y aplauso. La misma aceptación tuvo en Gándía, de parte de excelentísimo Señor Duque, en Sevilla y Cádiz, y durante su viaje a América por sus sermones morales y sus panegíricos.

Sus suaves maneras fácilmente conquistaron los ánimos a su favor y con habilidad los dirigía a la perfección, ya que ardía en celo por la salvación de las almas, se aprovechaba para su bien de varias industrias, en especial dando los Ejercicios de San Ignacio.

Tenía tal éxito en todas estas sus empresas, que el demonio determinó vengarse de este su adversario temible y a este fin le quiso aplastar por el derrumbe de una pared. Invocó en este trance el nombre de Jesús y sintió al instante la ayuda de Dios.

---

<sup>210</sup> Quien fuera provincial desde el 28 de noviembre de 1727, nació en Villafeliche, Zaragoza, el 17 de marzo de 1676. Ingresó a la Orden en la provincia de Aragón en 1692. Arribó a Buenos Aires el 24 de setiembre de 1698, haciendo sus últimos votos en la reducción de San Ignacio Miní. La muerte le llegó cuando ejercía el provincialato el 15 de noviembre de 1729 (STORNI SJ, Hugo, p. 239).

Por espacio de diez y ocho años tuvo que gobernar a los Nuestros y en este cargo se adelantó a sus súbditos por el ejemplo de toda virtud recibiendo a todos sin distinción con semblante cariñoso, teniendo un don especial para consolar a los afligidos.

Era de singular prudencia y energía, insistiendo en la más exacta observancia regular. Siendo súbdito o superior, siempre procedía con tal virtud y santidad en todo, que era preciso tenerle por varón perfecto. Nadie le pudo sorprenderle jamás en la menor lesión de las reglas de la Compañía.

Amaba a los pobres y recogía limosnas por ellos, y amaba a la misma pobreza.

En la obediencia hacia los superiores era tan pronto y dócil, como lo es o puede ser cualquier novicio.

Era muy parco en la comida y practicaba sus austeridades cotidianas hasta en el viaje.

Hablaba siempre de Dios o de cosas edificantes y tenía una especial facilidad en esto, como también para instruir a los ignorantes.

En las empresas que se referían a la gloria de Dios, era de tal valor y constancia, que no se arredró delante ningún estorbo, y era voz común que este Padre era capaz de emprender, lo cual nadie se atrevía.

En una palabra, todos los de casa y fuera de ella estaban convencidos de la santidad de su vida y sintieron sobre manera su muerte. Había recibido todos los santos sacramentos, y a sus funerales acudió la gente en masa, presidiéndolos el mismo Ilustrísimo Señor Obispo Dr. D. Juan de Sarricolea, entonces obispo de Tucumán y ahora de Cuzco. Corrieron no pocas lágrimas con esta ocasión, y muchos, pidieron pedazos de su ropa y otros objetos suyos, para guardarlos como reliquias.

El primero entre los Hermanos escolares, que tenía que pagar su tributo a la naturaleza, a principios del año 1726, era Domingo Zípoli<sup>211</sup> de Prato en Etruria, al cual ya había concluido sus cuatro años de teología, pero todavía no estaba ordenado de sacerdote por la sede vacante. Era gran músico, como lo probó, entre otros argumentos, por la publicación impresa de una obra musical. Era director de coro en la Casa Profesa Romana, y bien hubiera podido aspirar a más pero sacrificó todo para dedicarse a la conversión de los indios. A este fin entró en Sevilla a la Compañía y partió para el Paraguay.

Tenía el encargo de dirigir la orquesta musical en la celebración solemne de las fiestas, circunstancia que excitó grandemente el entusiasmo de los españoles y neófitos. Con todo, no sufrieron mengua sus estudios, al contrario, lo hizo despreciables progresos en la fi-

---

<sup>211</sup> Es muy extensa la bibliografía de Zipoli, especialmente italiana. Nació en Prato el 17 de octubre de 1688, ingresando a la Orden en Paraguay el 1º de julio de 1716 y muriendo en Córdoba el 2 de enero de 1726 (STORNI SJ, Hugo, p. 239). Es tradición que murió en la estancia de Santa Catalina, en cuyo cementerio se colocó recientemente una placa, pero creemos que no fue así ya que ningún documento confirma esa afirmación. Por el contrario documentación contemporánea a su muerte establece que murió en Córdoba (ARSI, P-6, Catalogi triennales 1703-1762).

losófia y teología. Pues, era enorme el gentío que acudía en cada solemnidad a nuestra iglesia, atraído por las ejecuciones artísticas dirigidas por él.

Era de un genio muy amable por el cual era querido por Dios y por los hombres. Se distinguió por la modestia de su mirada, tanto que no se fijaba en el rostro de ningún niño y menos de mujer alguna.

Ya que era tan devoto del Ángel Custodio, se suponía que de esta devoción se debía su pureza angelical.

No hizo ni un paso fuera de la obediencia y pedía primero permiso hasta para lo más insignificante.

Muy dedicado a la oración, se aprovechó de cualquier momento desocupado para levantar su corazón a Dios. Cuando hablaba de materias religiosas, todos le hacían con gusto, y parecía que no le interesaba hablar de otra cosa.

Atacado por la tisis fue consumiéndose poco a poco, hasta que, al cabo de un año murió tan placidamente, como había vivido.

El mismo día dos de enero, pero no del mismo año, sino en 1729 murió por un ataque de viruela Manuel Larrea<sup>212</sup>, después de una vida verdaderamente angelical. Era nieto del gobernador del Río de la Plata Don Ildefonso de Arce, y había entrado a la Compañía cuatro años antes. Su propósito de entrar a la Compañía le costó no poca contrariedad, la cual venció con inflexible constancia. El caso era que su distinguido padre se había opuesto a su vocación, y los superiores se vieron obligados a no admitirlo, hasta que obtuviese el debido permiso. Quedó firme Manuel en su resolución y esperó tres largos años, y todavía a su definitiva admisión se opuso su padre, acusando a los jesuitas de haber seducido a su hijo; y armado con un decreto de la curia episcopal se presentó para pedir que le devolvieran a su hijo. Se lo llevó a su casa y comenzó a combatir su vocación por medio de las razones que proferían dos sujetos de diferentes órdenes religiosas de mucha erudición.

Era todavía casi un muchacho, pero se portó con esta ocasión muy varonilmente, pues supo contestar con tanto acierto a las preguntas y dificultades que le hicieron los dos frailes, que ellos quedaron maravillados y confesaron decididamente que su vocación venía de Dios, al cual nadie se podía oponer. Para protegerlo contra la negativa de sus parientes le dio el obispo un decreto de recomendación, y así se marchó contento otra vez a los jesuitas. El resto de su vida religiosa correspondió perfectísimamente a su glorioso comienzo.

Cerró la lista de los difuntos del colegio de Córdoba, el Hermano coadjutor Enrique Peschke<sup>213</sup> natural del condado de Glatz en Alemania y de la ciudad del mismo nombre. Ha-

---

<sup>212</sup> El joven estudiante peruano nació en Huailas el 21 de diciembre de 1708, ingresando a la Orden el 19 de febrero de 1725 y muriendo en Córdoba en 1729 (STORNI SJ, Hugo, p. 157).

<sup>213</sup> Nació en Glatz, hoy Polonia, el 5 de octubre de 1674, ingresando a la Compañía de Jesús de Bohemia en 1694. Llegó a Buenos Aires el 24 de setiembre de 1698, dando sus últimos votos en Córdoba el 15 de agosto de 1711, lugar donde falleció el 13 de noviembre de 1729 (STORNI SJ, Hugo, p. 219).

bía vivido en el Paraguay por espacio de treinta y un años, y desempeñado el cargo de farmacéutico y de procurador. Piadosamente, como había vivido, espiró el 14 de Noviembre de 1729, a la edad de cincuenta y tres años. Hacía 35 años que había entrado en la Provincia de Bohemia.

Tiempo es que ya hablemos de los vivos. Es verdaderamente admirable como, por la gracia de Dios, viven íntimamente unidos tantos sujetos nuestros, de naciones tan diferentes, encontrándose en este colegio alemanes, italianos, belgas, irlandeses, húngaros y españoles. De todos en general se puede decir, sin titubear, que los anima gran celo por la santificación propia y por la salvación de las almas, y que son adictos a la oración, en el cual son muy puntuales, cuando no los impide un serio malestar. Ya que éste es el punto principal de la vida religiosa, se comprende que de él se puede deducir el buen estado de la disciplina religiosa y la edificación del prójimo.

Las penitencias en el refectorio están muy en lugar. Las tareas escolares siguen sin interrupción y sin iguales en aplicación los teólogos y los filósofos. La caridad de los Hermanos escolares no queda encerrada dentro de nuestras paredes domésticas sino sale también afuera. Así, periódicamente se visita las cárceles y se lleva de comer a los presos, y todos los días se enseña el catecismo a los rudos indios y morenos.

Durante todo este decenio han florecido grandemente los estudios literarios. Prueba de esto es, que muchísimos han alcanzado el grado de Maestro en filosofía, y nada menos que veintiocho estudiantes, después de un examen riguroso, han sido graduados de doctores entre los cuales, algunos distinguidos por su nacimiento y sus talentos han dado pruebas de su aprovechamiento en los estudios con gran aplauso, no sólo en esta Provincia, sino también en otras Universidades de América.

Un adelanto nuevo de la Universidad de Córdoba es la erección de la cátedra de la Sagrada Escritura, realizada por orden de Vuestra Paternidad el año 1701. Su primer profesor ha sido el Padre José López, hombre de buen criterio, el que al mismo tiempo era canciller de la Universidad.

Celebramos a los principios de 1726 los funerales de Luis I, Rey de España, también con un Acto Literario, muy apreciado por los eruditos. Se vio una especie de mausoleo muy alto, cubierto de diferentes poesías, con pinturas de elegantes emblemas, con ingeniosos anagramas alusivos y otros adornos.

A fines del mismo año fue recibido por nosotros con singular regocijo el nuevo Señor Obispo de Tucumán Dr. D. Juan de Sarricolea, antiguo profesor de teología de la Universidad de Lima, la primera de América del Sur. Tomó posesión de su diócesis en nuestra iglesia, donde le prestaron obediencia las autoridades civiles y eclesiásticas.

Subió al púlpito uno de nuestros Padres y saludó al Prelado por su feliz llegada con un elocuente discurso. Al día siguiente dieron nuestros convictores un drama que gustó sobre manera al obispo, que es gran literato. No descansó, hasta que se repitió esta representación teatral.

Con semejante aparato festivo fue recibido por nosotros el obispo del Paraguay, fray



José de Palos, de la orden seráfica, antiguo Provincial del Perú, muy afecto a la Compañía. En su acostumbrada afabilidad visitó las clases, y se dignó terciar en la disputa con ocasión de un Acto Público de teología en su honor, donde defendía las tesis uno de nuestros hermanos escolares.

Florecieron de igual modo los demás ministerios acostumbrados en la Compañía, pres-tándose con presteza nuestros operarios para las confesiones en la iglesia o a la cabecera de los enfermos.

En esto no quedaron en zaga no los mismos profesores.

Son varios los confesores estables, muy ocupados durante la semana, en especial, por la dirección espiritual de mujeres piadosas. Conociéndose por una larga experiencia la solidez de su virtud, se les permite la Comunión dos veces cada semana. En los domingos y las fiestas suele haber tal concurso de penitentes que los Padres tienen que oír las confesiones muchas veces toda la mañana. Por la cuaresma, empero, todo el mundo, pastores y ovejas, acuden a los Nuestros, tanto que tienen que confesar la gente desde la mañana hasta la noche.

Sucede a veces que son llevados algunos de nosotros de un modo maravilloso y contra su voluntad. En prueba de esto, voy a referir sólo un caso, aunque sobran ejemplos análogos.

Había un español de costumbres muy perdidas, atormentado por los remordimientos de conciencia acudió a uno de nuestros Padres diciendo: Vengo a los pies de Vuestra Reverencia, lleno de horror y casi luce de susto por las cosas espantosas que he visto. He acudido acá a toda prisa, para escaparme de las llamas del infierno; pues, lo que me sucedió, creo que esto ha pasado jamás a nadie. Pues, hace tres días, caminaba toda la casa de una mujer mala, con la cual ya tres años tenía relaciones tan apasionadas que estaba resuelto de dejarla jamás. Así andaba yo algunos pasos adelante, en el silencio de la noche avanzada, cuando de repente se me presenta un fantasma de terrible aspecto y de colosal tamaño, el cual me cortó los pasos por todos los lados. Andaba yo a caballo, y se espantó la bestia, por lo demás muy mansa, de tal manera que yo, acostumbrado a domar con facilidad, no era capaz de hacerlo adelantar un paso, no obstante de maltratarlo con las espuelas y de soltar las riendas. Me sobrevino tal espanto por esta visión que, sin ayuda especial de Dios, hubiera caído en tierra muerto. Me recobré al fin un poco, pero no desistí del mal intento, al contrario, bajé del caballo, lo amarré en un árbol, para proseguir a pie mis malos pasos. Así adelanté un poco, cuando un ser invisible me detuvo en el brazo. Ni siquiera por estos nuevos espantos volví a sano juicio, por hallarme demasiado endurecido en el vicio y obcecado por la pasión. Así llegué hasta el umbral de la casa mala, cuando se me presentó de nuevo aquel fantasma, más grande todavía, y me dio un golpe fuerte sobre el pecho, que me pareció haber sido destrozado, y caí en tierra casi fuera de sentidos. Recobrado un poco, invoqué a Dios, a la Virgen y los Santos, pero todo en vano. Cuanto más clamaba yo al cielo, tanto más me espantaba el fantasma, ni me dejó en paz, hasta que me propuse dejarme de mi mala vida y hacer una confesión general. Desapareció el fantasma y el español cumplió su promesa. Volvió luego a su casa y examinó su conciencia por tres días seguidos. Después se echó a los

pies del confesor contrito y humillado como escapado del infierno, y entre un torrente de lágrimas hizo una sincera confesión de toda su vida.

El jubileo de la Doctrina Cristiana, que se celebró en la fiesta de San José, atrajo más gente que la misma Semana Santa. Es muy edificante ver en esta ocasión, como los principales caballeros llevan los estandartes sagrados y participan en las oraciones alternantes durante la procesión. Toda la ciudad asiste a ella con devoción y el mismo Señor obispo la honra con su presencia.

El año 1729 se promulgó para dos meses el Jubileo del Año Santo, el cual ya hace cuatro años, fue celebrado en Roma, concedido por su Santidad, el Papa Benedicto XIII, y para cumplir las preces ordenadas a este fin por el Ilustrísimo Señor obispo, vino la mayor parte de los hombres a nuestra iglesia, tanto los de la ciudad, como los de afuera, para confesarse, ocupando a todos los Padres de casa.

Se predica con mucha frecuencia, tanto en nuestra iglesia, como en la Catedral y en los conventos de monjas. Asistió a uno de estos sermones cierto individuo, muy perdido, ya desde muchos años atrás, tanto que él mismo se sentía incapaz para dejarse de sus vicios. Aquel sermón, empero, le conmovió de tal manera que inmediatamente después de haber terminado el Padre, se le echó a los pies para abrirle la conciencia entre lágrimas y sollozos pidiendo que se le diesen los Ejercicios de San Ignacio. Los hizo y después llevó una vida ejemplar reparando así los escándalos anteriores.

Nos llaman con frecuencia de noche a los enfermos. Pero no esperan los Nuestros siempre, hasta que se les llame, sino espontáneamente ofrecen sus servicios. Por lo general, se aprecia mucho esta resistencia a los moribundos por los hijos de la Compañía como ministerio predilecto, y casi todos llaman a un jesuita al morir, hasta los que en vida los eran contrarios. Pues, con la asistencia de un jesuita creen asegurada su salvación.

Procuraron corresponder los Nuestros a esta confianza y lograron salvar a no pocos en aquel trance. Baste conmemorar dos de estos casos. Había una mujer de muy baja ralea la cual, llamado al Padre, le abrió su conciencia. Se había confesado ya antes muchas veces, pero callando pecados por miedo y vergüenza, comulgando enseguida sacrílegamente. La animó el Padre y ella hizo una confesión general de toda la vida, la cual ya pasaba los 40 años, entre muchas lágrimas, recibió los demás sacramentos y murió.

Hubo un hombre de bastante buena posición, pero de muy mala vida, la cual se le estaba acabando. Le asistió el mismo Padre, aunque no le había llamado, e invirtió dos largas horas, para inducirlo a hacer una buena confesión, sin conseguir nada. Así volvió a casa muy desconsolado y pasó la noche sin dormir, convencido de que aquel infeliz se condenaba eternamente al morir impenitente. Se levantó muy de mañana y se fue a la iglesia para celebrar la Misa del Ángel Custodio, al cual había encomendado encarecidamente la salvación de aquel infeliz. Después, sin demora, se fue a la casa del enfermo, y consiguió, seguramente por la intervención del Ángel, que se confesare de su mala vida a no pequeño consuelo suyo. Poco después murió el penitente.

Más pesado, pero no menos útil, es el trabajo frecuente por los campos o las estancias

muy numerosas en las afueras de la ciudad donde viven muchos indios y morenos, y a veces los mismos dueños, hasta una distancia de seis, diez o veinte millas lejos de la ciudad; y llaman allá no a sus curas párrocos, sino a los Padres del colegio o de nuestras estancias, seguros que los atendamos de buena gana, no acobardándonos ni por la distancia, ni por el mal tiempo, ni por los ríos crecidos que hay menester vadear. Y vamos en seguida, a trote, o a todo galope, para que el enfermo no muera sin confesión.

Esta prontitud no raras veces era la salvación del moribundo, como sucedió repetidas veces al padre estanciero de Alta Gracia. Este, llamado cierta noche a un enfermo, se apresuró a acudir a él, aunque resultó empapado por la lluvia. Apenas confesado el enfermo, perdió el conocimiento para siempre, sintiéndose nuestro Padre abundantemente recompensado por su trabajo habiendo salvado un alma.

La loable práctica de los Ejercicios de San Ignacio es ya frecuente. Se distinguieron en darlos, tanto hombres, como mujeres, durante todo este decenio, los Padres Luis de la Roca, Lorenzo Rillo, José López, y Antonio Machoni. Los hombres, en número de unos cuarenta, los hacen todos los años en una casa expresamente construida por nosotros a este fin. Entre los ejercitantes se contaron los caballeros más conspicuos, varios dignatarios eclesiásticos y el mismo Deán. Mujeres, tanto españolas como mestizas, se contaron unas doscientas. Es cierto que los Ejercicios florecen en ninguna parte de esta Provincia más que aquí, si se exceptúa Buenos Aires, cual ciudad, como se dirá en su lugar, parece hacer competencia a Córdoba en esta materia.

El fruto que saca de los Ejercicios es admirable en esta ciudad y sus alrededores pues, es de saber que en tiempo de Ejercicios acuden también muchos de los que viven en el campo, tanto hombres como mujeres. Así se logró que el número de las confesiones generales pasara de dos mil.

Había algunos caballeros principales muy desunidos entre si, los cuales viven ahora en paz y concordia. La misma paz volvió a los hogares domésticos. Asimismo se reformaron otras casas con quitar algunos escándalos de hombres o de mujeres o con quitar otros embrollos, y no pocas familias se asemejan ahora a la Sagrada Familia.

Entre estas se distinguió la de Don Juan Benítez, el cual introdujo en su casa la distribución diaria de los colegios de Jesuitas dando su tiempo determinado a la oración, al examen, a la lectura y demás ejercicios. Así estaba bien preparado a su muerte repentina en 1722, siendo a la sazón Alcalde municipal. Fue sepultado en nuestra iglesia, pronunciando su oración fúnebre uno de nuestros mejores oradores, ensalzando debidamente las grandes virtudes de aquel hombre, a no poca satisfacción del auditorio.

Fruto de los Ejercicios también es que muchos sacerdotes se dedican ahora con esmero a sus sagrados ministerios, perfeccionándose también en las ciencias sagradas.

Muchísimas mujeres, en especial muchas mestizas, muy expuestas, por las muchas malas ocasiones, a prostituir su pudor, se han compuesto ahora de tal modo que hacen satisfacción por su mala vida de antes con su constancia en la honestidad. Prueba de esto es que, no obstante su hambre y pobreza, rechazan resueltas las limosnas de los antiguos seducto-

res y resisten enérgicamente a los solicitantes.

Hubo otras, que de tal modo habían cambiado de vida, después de haber hecho los Ejercicios que, llevando antes una vida disoluta, ya se tenían después materia de absolución acercándose a los santos sacramentos cada domingo.

Cierta mujer, antes aborrecía a su marido de tal modo que ni verle podía, ni quiso juntarse con él, a gran escándalo de muchos. Después de haber hecho, empero, los santos Ejercicios bajo dirección de alguno de los Nuestros, demostró gran amor a su marido y vivió ejemplarmente.

Tenemos que mencionar todavía a cierto comerciante europeo, al cual estaba ya tan olvidado de las prácticas religiosas, que por seis años enteros no asistía a ninguna función religiosa, ni parecía ya ser católico como sucede con alguno en consecuencia de su espíritu de lucro. Dios tenía misericordia con él y lo llevó a los Ejercicios. Se transformó por completo, a gran consuelo de los vecinos. Le había invitado a hacer los Ejercicios aquel Padre que los tenía a su cargo por el año 1723. Siempre se disculpaba, hasta que le insistió el Padre con más urgencia. Al fin, para que le dejen en adelante en paz, hizo lo que se le pedía, pero solo por apariencia, estando resuelto no dejarse de sus malas costumbres. Lo sospeché el Padre que le había invitado y supo su mala disposición por varios caminos, contando cierto confidente al Padre que este individuo había dicho que le tenía amarrado Satanás. Lo visitó el Padre con frecuencia, acordándole de la misericordia de Dios, de la grandeza de los bienes eternos, de la facilidad de obtenerlos y otras veces de la justicia del Juez Eterno y de la atrocidad de los eternos suplicios. Le recibió siempre el comerciante con dureza de corazón, hasta que el Padre se vio obligado a acudir a la oración, y alcanzó pronto ser oído por Dios. Pues, parece que por una divina inspiración se le ocurrió, fijar en el pecho del comerciante inusitadamente una pequeña medalla del Santo Patriarca Ignacio. Sin embargo, luego preguntó aquel ¿Qué me metió Padre? Contestó el Padre: Un recuerdo de un gran Santo. Y al mismo tiempo le aconsejó poner en él su confianza para alcanzar la salud de su alma. ¡Cosa maravillosa! Apenas dicho esto, sintió de repente el comerciante arder su pecho, como si se le hubiesen puesto antorchas o tizoneo hallándose tocado en otro hombre. Gritó otra vez: ¿Qué me ha puesto Vuestra Reverencia en el pecho? Había yo huido de la confesión a no más poder, y ahora siento un irresistible deseo de limpiar mi alma, y no puedo menos que confesarme al instante. Le suplico que me oiga en confesión sin demora; pero antes tengo que comunicar algo a Vuestra Reverencia sinceramente, para que mejor conozca el estado de mi alma y me aplique el remedio espiritual más acertado por medio de sus saludables consejos. Sepa pues, Vuestra Reverencia que ya por seis años no me he confesado de mis graves pecados, ni iba a Misa, ni guardaba la Cuaresma, sino solté las riendas a mis apetitos carnales. No rezaba ya nunca, por todo este tiempo, y hasta me olvidé del Padre Nuestro y del Ave María. Vine a esta Casa de Ejercicios sólo para librarme de los incesantes ruegos, y en mi interior me burlé de todas las prácticas religiosas, y estaba resuelto a no manifestar a nadie las llagas profundas de mi alma. Una vez oculta me instigaba a todo esto y me alejaba de la confesión. Por lo tanto, despreciaba yo los buenos consejos de Vuestra Reverencia, hasta que me puso la medalla, con lo cual parece, prendió en mi pecho un fuego so-

brenatural, que me parecía abrasar por completo. Ahora ya no puedo menos que llorar amargamente mis pecados y me confesaré de todos ellos tan pronto que me admita Vuestra Reverencia. Hizo enseguida su confesión general de toda su vida entre muchas lágrimas y sollozos, a indecible consuelo del confesor.

Acabados los Ejercicios, trajo al confesor grandes volúmenes de comedias, para que los quemase. Se dio después a la lectura de buenos libros, asistió todos los días devotamente a la Santa Misa, reza el Santo Rosario todas las noches, hace penitencias corporales, da muchas limosnas y comulga dos veces al mes, el que no había comulgado seis años seguidos.

Una mujer mestiza de las más layas, y conocida en toda la ciudad por su vida escandalosa y tan acostumbrada a sus vicios, que le parecía, como antiguamente a Augustino, que era imposible guardar la castidad, solía rechazar con fastidio la invitación de los Padres a hacer los Ejercicios Espirituales. No se acobardaron los Padres a repetir la invitación, hasta que cedió al fin a los ruegos esta mujer lasciva. Hizo los Ejercicios por ocho días y con tan buen resultado que el escándalo público se trocó en gran edificación, y siguiendo el ejemplo de aquella Samaritana del Evangelio, comenzó ella a hacer propaganda de los Ejercicios de San Ignacio entre sus paisanos, exhortando a todos, en especial a las mujeres de su laya para que hiciesen Ejercicios, alegando muy buenas razones y contando sus propias impresiones durante este tiempo y manifestando su fastidio sobre su vida anterior.

Algunos han alcanzado hacer los Ejercicios casi contra su voluntad, llevados a ellos de un modo singular. Una española de no buena fama, al querer invitarla a Ejercicios uno de nuestros Padres, evitó su encuentro, haciéndole decir por su criada que no estaba en casa. Apenas se había retirado el Padre, cuando de repente le sobrevino una inmensa tristeza que no supo reconciliar el sueño toda la noche, teniendo el castigo de Dios por no haber oído y haber despreciado su voz que le llamaba a Ejercicios. Bien sabía que estos remordimientos eran causados por la repulsa dada al Padre que le invitaba. Al amanecer, se apresuró a acudir a nuestra iglesia, a llamar al Padre y pedirle perdón con lágrimas en los ojos por no haber correspondido a Dios que la llamaba por él. Hizo los Ejercicios y se convirtió de veras. Resolvió entregarse con cuerpo y alma al servicio de Dios y lo ha cumplido hasta ahora fielmente.

Otra era más reacia aunque no menos necesitada, resistiendo a la invitación ya varios años. En 1729 supo que, en su ausencia, los Padres la habían invitado a hacer Ejercicios, y al instante se sintió tan estimulada por los remordimientos de conciencia que se apresuró, como fuera de sí, a comunicar a los Padres por medio de un esclavo, que de buena gana haría los Ejercicios, lo que cumplió a gran consuelo suyo y provecho espiritual como comprobaron los hechos. Especial gratitud demostró como a gran bienhechor, a aquel Padre a cuya constante invitación atribuía su dicha grande.

Tenemos esperanza de que en adelante se propague el fruto de los Ejercicios de nuestro Santo padre Ignacio por toda la Provincia; pues, después de haberlos hecho Don Pedro de Echezárraga, noble vizcaíno, antiguo gobernador de las minas de plata de López en el Alto Perú, se sintió encendido de tan vehemente deseo de hacer participar la dicha propia al-

canzada en estos Ejercicios, a todos los mortales. Si fuera posible, que se propuso deshacerse de su cuantiosa fortuna y hacerse pobre en la Compañía, para que con sus recursos se comprara una estancia, cuyas rentas se distribuyesen por todos los colegios para sufragar los gastos del sustento de los ejercitantes y aumentar así en todas partes su número. En realidad, fue admitido a la Compañía en el principio de 1728, y ha sido adquirido un extenso campo, en cuya compra e instalación invirtió liberalmente cincuenta mil pesos.

Luego se vio que esta determinación era muy agradable a los ojos de Dios, porque hubo poca esperanza de adquirir aquella estancia por ser una herencia que esperaba su partición entre muchos hermanos, los cuales difícilmente consentirían en su venta. Pero sucedió que apenas se había puesto al habla con ellos uno de nuestros Padres, cuando de improviso se trocó el parecer de todos, evacuando todos gustosamente la escritura de venta delante el escribano público. Lo curioso era que pronto después de haber ellos recibido el precio de la venta, se arrepintieron de su anterior resolución; pero ya estaba concluido el negocio.

El celo apostólico de nuestros Padres no se puede contener en la estrechez de la ciudad, sino se dilata por los campos circunvecinos, y con el ensanche del campo de su actividad, parece aumentarse el fruto de sus trabajos. Durante todo el año recorren dos Padres todos los lugares de esta vastísima región, hasta la distancia de más de cincuenta leguas de la ciudad, de donde suelen salir. Estas excursiones son muy pesadas por los muchos caminos, por las muchas privaciones, por los grandes heladas de invierno y el excesivo calor de verano. Así en pleno invierno han caminado a lo menos doscientas cuarenta leguas, misionando laboriosamente en estas dilatadas planicies y disímiles selvas, viéndose obligados a hacer grandes rodeos en la cercanía de la frontera enemiga, para no caer en manos de los bárbaros. Para el verano se reservan los lugares montañosos, salvando los precipicios y despoblados a caballo, andando más de ciento cincuenta leguas. No olvidan ninguna ranchería y ninguna aldea, sino en todas partes echan la semilla de la Palabra de Dios, haciendo ellos sus paradas principales en las poblaciones algo más grandes, que distan una de las otras más o menos veinte millas. Allí se junta toda la noticia del arribo de los Padres. Comienza el catecismo para grandes y chicos, ya que todos son faltos de instrucción por la escasez de sacerdotes. A los grandes, enseguida, se les prepara para la confesión y así ejercen los misioneros todos los ministerios espirituales con gran fruto de las abras. A muchas parejas tienen que casar por la Iglesia, a millares de niños tienen que bautizar y al mismo tiempo confirmar. Por supuesto para todo esto han sido instruídos con facultades especiales por la autoridad eclesiástica.

Las confesiones llegan cada año a diez mil y las comuniones a más de ocho mil.

Para aumentar el entusiasmo de la gente, se promulgan en cada lugar las indulgencias que se puede ganar con esta ocasión; y ante todo los fervorosos sermones de nuestros Padres tienen el buen efecto de desarraigar vicios inveterados, comprender las discordias públicas y privadas, y quitar los litigios. Además se introducen prácticas fáciles para quitar la costumbre de blasfemar, y se les enseña rezar el Santo Rosario. En todas estas obras de caridad no se hace distinción ninguna entre pobres y ricos, libres y esclavos, hombres y mujeres. Día y noche se prestan los Padres a servirles a todos y acostumbra la gente a acudir a

ellas en todas sus dudas y necesidades, como si fuesen los padres de todos, y estos hacen todo por todos, para ganarlos a Cristo. Añadiré ahora algo de lo mucho notable que ha sucedido estos últimos diez años.

Había una mujer que ya en su infancia había perdido la inocencia, pero siempre lo ocultó por vergüenza en las confesiones y sin embargo, se atrevió a comulgar repetidas veces, y así llegó ya a los 30 años de edad. No le faltaron los remordimientos de conciencia, pero ella misma los acalló, engañándose a sí misma con la disculpa de que en aquel entonces todavía no tenía el uso de la razón, la cual, empero, ya le sobraba, como comprobaron los hechos. Se enfermó gravemente y llegó el trance de perder la vida temporal y eterna. Pues le faltó confesar. Se le aumentaron los estímulos de la conciencia y temía morir sin confesión y condenarse eternamente. Perdió de repente el uso de sus sentidos y en este estado se vio interiormente llevada ante el tribunal tremendo de Jesucristo, viendo ella al lado del Señor a María Santísima y a otros personajes celestiales, desconocidos allí. Contestó ella: el cielo. Le dijo el juez, que esto era imposible después de haber cometido tantos sacrilegios, ya que se engañaba a sí misma ocultando a los sacerdotes su deshonestidad. Le indicó además al cómplice, lugar y otras circunstancias menores, de las cuales ella misma apenas se acordaba ya, y ella estaba a punto de ser arrojada al infierno. Quedó ella muy consternada, y en su angustia clamó a su Ángel Custodio y a la Virgen Santísima, a la cual conservaba siempre algo de devoción. Y en efecto, imploró misericordia por ella la Madre de Misericordia, para que se conservase la vida a la pobre, para poder hacer penitencia por sus sacrilegios. Entonces el Juez, el cual le había mirado hasta ahora con severidad, oyó benignamente la súplica de su Madre Santísima y, dirigiéndose a la pecadora le dijo: Te conservo la vida y te perdono la eterna condenación, con tal que obedezcas a los avisos de mi Madre Santísima y le seas más devota todavía que antes, ya que a sus súplicas has escapado de la condenación. Añadió entonces la Virgen: Anda a los Padres de la Compañía, pues, vendrán tal día a tal lugar para hacer misión y les harás una buena confesión de toda tu vida sin callar nada.

Volvió en sí, y cumplió exactamente lo que la Virgen le había ordenado. Le preguntó el Padre, por qué devoción había logrado tanta protección de la Virgen. Contestó que todos los días había rezado el Rosario íntegro, es decir, cinco misterios por la mañana, otros cinco después de medio día y cinco por la noche. Además ayunaba los sábados y en las vísperas de las fiestas de la Virgen, sin dejar nunca, si bien se acordaba estas prácticas piadosas. Así ya no dudaba el confesor de que realmente a estas obras buenas se debía el favor de la Virgen de lograr el tiempo necesario para hacer una buena confesión.

Había otra que igualmente desde el tiempo en que había alcanzado el uso de la razón hasta la edad avanzada de sesenta años se había revolcado continuamente en el sismo de toda clase de vicios. Parecía que se había adelantado su malicia a su edad y que sabía antes ofender a Dios, que darse cabal cuenta de su existencia. Un día comprendió de repente el mal estado de su vida y comenzó a arrepentirse de veras y hacer cruel penitencia. Guardó en adelante estrecha abstinencia de la carne, comiendo sólo alimentos vegetales; vistió todo el cuerpo con un cilicio lleno de cerdas. Así esperaba al confesor, llena de angustia, porque

se demoraba tanto, cuando de improvisto se acercaron los Padres misioneros, los cuales se habían desviado algo del camino por el error de los conductores, por lo demás muy vaqueanos. Alabó ella la misericordia de Dios y se deshacía en lágrimas, no sólo por la fealdad de sus pecados, sino también por emoción, viéndose tan favorecida, se confesó muy prolijamente y pidió después a su padre espiritual que le impusiese una penitencia muy grave; pero el Padre, considerando su debilidad y su buena disposición, le puso una penitencia relativamente moderada. Fuese ella, llorando y suspirando. Invocando con toda su alma el nombre de Jesús, se desvaneció, poniéndose extremadamente pálida. Quedó muy perplejo el padre, cuando la vio caer al suelo. Después de un buen rato volvió en sí, y después de alcanzar otra vez la absolución, comenzó una vida más feliz, llena de gratitud [...] alabando nuestro Padre la gran misericordia de Dios, el cual procuró, por medio de perder ellos el camino, la salvación de aquella alma.

Hubo otro, el cual solo por poco tiempo había andado en mal camino, pero luego se endureció de tal manera en los vicios, que se propuso confesarse nunca, para no verse obligado a separarse de su vida licenciosa. Como por casualidad asistió un día a un sermón de misión, en el cual el misionero habló a la gente de la ira de Dios, de la cercana justicia y del horrible castigo de los pecadores. Se sintió el infeliz tocado por el sople de la divina gracia que le inspiró a confesar. Resistió sin embargo y se sumergió todavía más en el fango de la lujuria, proponiéndose oír nunca más a semejante declamador. Y para que ya no tuviese tal encuentro, se alejó a lugares lejanos y solitarios. Quiso la inmensa misericordia de Dios que sin embargo hasta en esta soledad se encontrase con otro misionero. Hablando este todavía más fuerte, y esta vez no pudo escapar. Había querido seguir sus malos pasos, pero no le dejó ir en paz el estímulo de la divina gracia, y oyó muy perceptible su voz, que le mandó confesarse. Quiso engañarse a si mismo, teniéndose por iluso y riéndose de sí mismo, dijo: Nunca haré tal cosa, por más que lo quisiesen los teatinos (llamando así a los jesuitas según la costumbre de la plebe española). Cometió realmente otra vez su crimen y volvió más obstinado. No habían pasado quince días, cuando pasaba por un valle estrecho, con la intención de repetir su maldad. Otra vez percibió aquella voz misteriosa, pero ya no suavemente, como antes, sino fuertemente como un trueno, diciéndole ella repetidas veces que se confesase, pareciéndole que los cerros vecinos se movían con estrépito. Paró un poco, pensando si podía ser esto una voz humana, y subió todas aquellas alturas del valle, buscando al autor de este ruido. No encontró a nadie. Ahora al fin volvió al sano juicio y temblando en todo su cuerpo volvió sobre sus pasos, dejando sus malas intenciones. Al otro día se fue a nuestros Padres, a los cuales había aborrecido tanto, contó todo lo que le había sucedido, se confesó y oyó con docilidad el consejo que se escarmiente por los sustos pasados, llevando una vida más santa que antes.

Una mujer había sido arrastrada completamente por la cadena del demonio como lazo para perder almas, la cual hizo caer hasta a los más fuertes. Esta se fue un día a cierto lugar, donde un misionero de la Compañía a la sazón estaba predicando impresionando mucho a los oyentes. Había venido ella, no para aprovecharse de la Palabra de Dios, sino para buscar entre la concurrencia a quien pudiera solicitar. Pero aquella que intentaba poner lazos a otros, ella misma ha sido presa por la gracia de Dios; pues oyendo a caso lo que se predica-



ba, se impresionó de tal manera que se echó a los pies del misionero, pidiendo perdón entre muchos gemidos. Le dio aquel saludables consejos, los cuales la llenaron con tal amor a la castidad que prefería mil veces morir, que volver a pecar. No sabía nada de esta conversión cierto infame pretendiente, el cual ya por varios años estaba en malas relaciones con ella, y a deshora de la noche y con malas intenciones, se metió en la casa de ella, y en la misma pieza, donde ella dormía, acompañada por sus dos hijas ilegítimas, solicitándola al pecado. Vio, empero, con sorpresa, que ella ya era otra, pues, le recibió muy mal, mandándole con amenazas que se mandase cambiar al instante, y diciéndole que antes se dejaría matar que prostituir otra vez. Quiso burlarse aquel, preguntándole, dónde había aprendido tanta delicadeza, de seguro, los Padres le habían trastornado la cabeza. ¿Cómo es posible que me desprecies ahora y me pagues de esta manera mi antigua amistad? Estás loca; pues no se comprende, cómo tan pronto podías creer estas fantasías de los misioneros. ¡Qué asusten ellos con sus amenazas a los chiquillos! Un hombre de sano juicio no se impresiona por ellas. Tú no eres la única, que se ha gozado antes de arrepentirse. Pues ¡disfrutemos ahora de nuestra juventud! Cuando serás vieja, te sobrará tiempo para apartarte de mí. Así aquel criminal no dejó piedra por mover, para hacerla caer, pero todo en vano. Persistió ella en su repulsa enérgica, diciendo que la matasen a buena hora, pero no tenía gana para perderse otra vez en cuerpo y alma.

No pudiendo doblarla a buenas, aquel lascivo, cada vez más apasionado, comenzó a amenazar con violencia [...] en fuerza, pero se le escapó en la oscuridad. Le siguió y se trabó una lucha tremenda. En este combate desigual invocó la pobre a su Santo Ángel Custodio y a la Virgen Santísima, para que le socorrieran contra las tentaciones de aquel malvado. ¡Cosa maravillosa! De repente ven los dos, como cayó un globo de fuego sobre el techo del rancho, cuyo interior se iluminó por completo, hasta los últimos rincones. Aquel miserable se espantó al ver tanta luz y dejó a la pobre mujer constante, sintiéndose con remordimientos por sus pecados. Desapareció el globo luminoso y el hombre se fue a su casa muy contrito y humillado.

Al día siguiente contó la buena mujer todo esto a un Padre de la Compañía, el cual no pudo creerlo, hasta que el mismo hombre se le echó a sus pies en confesión, atestiguando con su testimonio la verdad de todo lo que la mujer ya había referido. Los dos se mostraron dóciles a los buenos consejos, y perseveran en sus santos propósitos, quedando todo el mundo edificado, viendo esta mudanza de vida.

Omito otros muchos semejantes casos.

Tres de nuestros Padres acompañaron como capellanes militares a las tropas de la expedición contra los Abipones, por tres años seguidos; los habían pedido encarecidamente los gobernadores de Córdoba. Desempeñaron muy satisfactoriamente su cargo, predicando y confesando a los soldados, y prestando los demás ministerios de la Compañía. Los militares se portaron como buenos cristianos. Antes de marchar, se confesaron todos y durante su permanencia en los campamentos hicieron sus prácticas piadosas bajo la dirección de nuestros Padres. Se desterraron de ellos por completo las blasfemias, juramentos, deshonestidades y otros vicios tan comunes entre soldados.

En el año 1728, el 20 de Octubre, se reunió en Córdoba la Congregación Provincial, en la cual se eligió Procurador a Roma al Padre José López. Después de haber muerto este Padre en el término de dos meses, entró en su lugar el Padre Antonio Machoni, elegido casi con unanimidad de votos, el cual llevará estas cartas Anuas a Vuestra Paternidad, pasando por España a Italia, en compañía del Padre Sebastián de San Martín, su substituto. ¡Quiera Dios devolverlos sanos y buenos a la Provincia, acompañados con una copiosa expedición de nuevos operarios, muy necesarios para promover la gloria de Dios y la salvación de las almas!

Ocho días antes de comenzar la Congregación provincial, hemos celebrado solemnemente la canonización de los Beatos Luis y Estanislao, en circunstancias que no podían ser más favorables, estando como estaban presentes los Padres más graves de toda la provincia, reunidos a la sazón para celebrar la Congregación. Tomaron participación en la solemnidad todas las órdenes religiosas, y el Cabildo eclesiástico y seglar.

Se había construido y adornado para ese fin un magnífico y artístico altar, a expensas de personajes muy afectos a la Compañía. Durante este tiempo estaba expuesto el Santísimo, predicándose cada día con mucha preparación. Se cantaron Vísperas muy solemnes por Indios Guaranés muy diestros en la música. Estos mismos hicieron después sus hermosas danzas, entre las entusiastas aclamaciones de las que estaban presentes. Siguiéron diferentes representaciones dramáticas con un aparato, el más acabado. Por las noches había iluminaciones solemnes con fuegos artificiales y figuras simbólicas, colgadas en unos mástiles. El último día hubo procesión por las calles de la ciudad, donde se habían levantado altares ricamente adornados, asistiendo a ella muchos religiosos, el clero secular entero, el cabildo civil y lo principal de la nobleza.

Cuan agradecido está a la Compañía por sus halagos el Ilustrísimo Señor obispo del Tucumán, doctor don Juan de Sarricolea, esto prueba sobradamente su carta, del 20 de Abril de 1729, en la cual da cuenta al Rey Católico y al Consejo de Indias del resultado de su Visita pastoral a la diócesis. Juzguemos a propósito estar aquí los párrafos que se refieren a nosotros, para que por medio de este testimonio autorizado se confirme nuestro relato sobre los ministerios de la Compañía a favor de las almas. Dice así: “Las órdenes religiosas de esta vastísima diócesis trabajan bien en el servicio espiritual de las almas, ante todo en los grandes conventos de esta ciudad de Córdoba, en los cuales florece la regular observancia. Pero, así como en todo el mundo se distingue entre las demás, la Compañía de Jesús, sin quitar sus méritos a las demás órdenes religiosas, aquí, parece exceder a sí misma. Pues siendo ella santa en las otras Provincias, aquí en el Paraguay se le debe llamar santísima. Si en otras partes ella es tan benemérita a la Iglesia, como lo prueban sus hermosas empresas apostólicas, aquí, en el Tucumán y en el Paraguay, ella ha sido, es y será, tan necesaria, que sin el ardiente celo de la Compañía por la gloria de Dios y la salvación de las almas, y su trabajo incansable, aquí no se hubiera propagado tanto la fe católica entre los innumerables infieles, conducidos por ella de su barbarie a la luz evangélica; ni siquiera se hubiera conservada entre los mismos católicos, sean ellos nativos de la tierra, o recién inmigrados. Pues, estos viven por lo general como buhitos por las selvas y montañas, por toda la extensión de

esta vastísima provincia de unas cuatrocientas leguas de ámbito, adonde nunca los alcanza el párroco, al cual sería lo mismo que imposible instruir por sí solo en la doctrina cristiana estos fieles encomendados a su cuidado, y administrarles los santos sacramentos, extendiéndose las parroquias por muchas leguas. Pero los incansables operarios de la Compañía suplen la falta de párrocos, emprendiendo misiones rurales según su Instituto, y con la correspondiente gracia de su vocación, saliendo por toda la diócesis varios varones apostólicos de los colegios, y todo esto a su propia costa.

En sus correrías anuales reforman ellos las costumbres, instruyen a los rudos y les administran los sacramentos. No hay lugar, tan distante que sea, por donde no llegan ellos, aunque tengan que caminar millares de pasos, como sucede con frecuencia a los misioneros de los colegios de la Rioja y de Córdoba. Pues el ámbito de estas ciudades excede novecientas millas por todos los lados. En toda esta región predicán ellos el santo Evangelio. Los distritos de los demás ciudades no son mucho menos extensos.

En sus hermosos templos propios siempre celebran los jesuitas el culto divino con esplendidez, frecuentando los fieles con predilección, confesándose con preferencia allí y comulgando con visible buen resultado, convirtiéndose muchísimos sinceramente, y siendo otros dirigidos por los caminos de la perfección. Consiguen ellos su gran éxito en especial por los admirables Ejercicios de San Ignacio, organizados cada año en Casas propias, destinadas exclusivamente para ese fin en las diferentes ciudades donde se junta buen número de hombres y de mujeres según las diferentes tandas de Ejercicios que se dan. El respectivo colegio mantiene a todos los ejercitantes espléndidamente y todo gracias [...] organizado muy sabiamente.

Bajo la sabia dirección de la Compañía florece igualmente esta Universidad de Córdoba, encomendada a ella por los Reyes Católicos. En ella están a gran altura los estudios literarios, recibiendo los estudiantes más aptos los grados académicos. Y en este lugar tengo que confesar sinceramente que a mi personalmente agrada sobre manera este estado de cosas, ya que desde mi primera juventud estaba yo aficionado a las letras, y había tenido la cátedra de Prima y Vespertino de teología escolástica en la Universidad de Lima, en aquel emporio de ciencia.

Mucho es lo que por la gloria de Dios y la salvación de las almas trabaja en todas estas regiones la santa y sabia orden jesuítica, y sin embargo, aquí más que en ninguna parte es ella aborrecida y perseguida, pagándosele, como lo acostumbra el mundo, en todas partes con maldades por sus beneficios, pudiéndose ver cumplido en los Jesuitas lo que dijo ya este respecto San Pablo: *“Todos lo que quieren vivir limpiamente en Jesucristo, padecerán persecución”*.

Dios Nuestro Señor derrame sobre nosotros su luz celestial y nos colme con su divina gracia, y nos conserve a Vuestra Majestad católica por muchos años, y aumente sus reinos. Córdoba del Tucumán, 20 de Abril de 1729. Juan, Obispo del Tucumán”

### *El Noviciado de Córdoba*

No era siempre igual el número de sujetos en esta casa durante estos últimos diez años. En este actual año vivían en ella diez y ocho de los Nuestros, de los cuales cinco eran sacerdotes. Uno de ellos sirve de capellán estanciero, cuidando dos Hermanos de las rentas.

La fama de esta nuestra Provincia atrajo los años pasados dos novicios del Perú. Uno de los novicios probó admirablemente su constancia en la vocación.

Se ha construido toda la casa desde sus fundamentos con cal y ladrillo y con bóvedas, muy hermosa y cómoda para su fin especial.

La estancia<sup>214</sup> tuvo sus peripecias; adquirió, sin embargo, 25 esclavos, en reemplazo de otros tantos, sucumbidos a la viruela. Fueron atacados todos, y su habitación se había convertido en hospital, sirviendo a ellos de enfermeros los mismos Padres, con gran humildad y caridad. Cosechó el Señor allí sus diezmos entre todos.

Murió en la misma estancia el Hermano Coadjutor Manuel Navarro<sup>215</sup>, natural de Madrid, el cual la había administrado con gran esmero por espacio de 26 años, y esto entre muchas privaciones. Había vivido cuarenta años en la Compañía y treinta en el Paraguay, habiendo entrado en la Provincia de Toledo. A su habilidad y trabajo se debía el sustento abundante de los moradores de esta Casa. Era muy cumplido en los ejercicios espirituales, aunque a veces abrumado de trabajo. Tenía un corazón muy compasivo con los pobres y afligidos, cuidando mucho del bienestar de la servidumbre, y se esmeraba con gran solicitud en corregir las costumbres de ellos. Como supo juntar la bondad con la seriedad, sucedió que todos le amaban y respetaban al mismo tiempo, como convenía a esta clase de gente, a la cual no hay que exasperar, y sin embargo que obligar al cumplimiento de sus deberes.

Tanto le querían, esto se vio en los lamentos al ver que se les moría, acompañando ellos con increíbles señales de dolor al cadáver conducido a Córdoba, tanto que apenas se podían separar de él. Estaba muy bien preparado nuestro Manuel para su viaje a la eternidad, acordándose mucho de la muerte por todos los dos últimos meses, repitiendo muchas veces que se iba a morir, como se cumplió el 6 de mayo de 1728, teniendo él la edad de 58 años.

### *El Convictorio de Córdoba*

Se halla esta casa al lado del colegio máximo de Córdoba, calle por medio. Viven allí cinco de los Nuestros, es decir el Rector, el Ministro, el Prefecto de los estudios y el Procurador, todos sacerdotes con un Hermano coadjutor. Otro Hermano cuida de la estancia, don-

---

<sup>215</sup> Nació en Villaviciosa de Odón, Madrid, el 9 de junio de 1670, ingresando a la Orden en Toledo el 14 de setiembre de 1688 y haciendo sus primeros votos en el Colegio de Madrid en 1690. Llega a Buenos Aires en la primavera de 1698, dando sus últimos votos en Córdoba cuatro años después. Residía en la estancia de Santa catalina cuando muere el 6 de abril de 1728 (STORNI SJ, Hugo, p. 198).

de vive también un Padre, el cual tiene el oficio de párroco de la servidumbre. Crecieron mucho los intereses temporales, pues don Antonio Vélez, presbítero, legó al morir en 1722 una respetable estancia con un molino muy oportuno. De igual modo, Juan Crispín, noble español, donó en 1725 al Convictorio todas sus rentas, entre las cuales se encontraron cuarenta y tres esclavos muy útiles para el cultivo de la estancia.

Se levanta rápidamente el edificio de cal y ladrillo desde sus fundamentos y está ya concluido por la mitad.

Creció al mismo tiempo el número de alumnos internos, llegando ellos ahora a sesenta, cuando antes apenas había unos treinta, pues, tanto corrió la fama de esta Casa y de su buena educación, que nos llegan cartas de todas partes escritas de gente noble y acomodada, pidiendo la admisión de sus hijos, añadiendo ellos a sus súplicas las recomendaciones por parte de gobernadores y otros personajes conspicuos en dignidad y autoridad. Para satisfacer a todos sin ofender a nadie, tenemos la práctica de preferir a los pedidos más antiguos, tan pronto que lo permite la estrechez de la casa. Al saber una vacante se apresuran a acudir los favorecidos por su antigüedad, y es de ver, como se alegran los mayores de los alumnos, cuando pueden gloriarse de los progresos de su prole querida, confiada al Convictorio. No vienen estos alumnos solo del Tucumán, o de las partes más cercanas del Paraguay, y de las provincias del Río de la Plata, sino también desde el Reino de Chile y del Perú, y hasta de la misma ciudad de Lima, capital de América del Sur, ni faltan Europeos. Se les instruye bien en la sabiduría divina y humana en nuestra Universidad de Córdoba, y son la flor y nata de nuestra escuela, distinguiéndose ellos en virtud y letras entre todos los demás discípulos de nuestros colegios. En los últimos diez años gran número de ellos han alcanzado el grado de Maestros en filosofía y de doctor en teología. Su adelanto espiritual se mostró en especial por el hecho de que nueve de ellos han sido admitidos a la Compañía. Todos con gusto han hecho durante este tiempo anualmente los Santos Ejercicios de la Compañía y ésta con tal seriedad que estos alumnos parecían más bien fervorosos novicios de una orden religiosa que jóvenes delicados del mundo.

Murió en este Convictorio el padre Juan de Montijo<sup>216</sup>, capellán de la estancia. Era natural de la ilustre ciudad de Murcia en España, de estirpe noble y cristiana. Había entrado en la Compañía en Madrid por el año 1691, pero estaba en peligro de ser despedido por su poca salud. Después de siete años de Compañía fue enviado al Paraguay donde, aunque nunca muy fuerte, sin embargo nunca había estado enfermo. Había él preferido entre todas las regiones de Indias, precisamente al Paraguay por especial consejo de una prima suya, la célebre señora Juana de la Encarnación, conocida en toda España por su fama de santidad y sus ilustraciones divinas.

---

<sup>216</sup> Nació el 26 de junio de 1674, ingresando a la Orden en la provincia de Toledo el 19 de enero de 1691 y haciendo sus primeros votos en Villarejo de Fuentes en 1693. Llegó a Buenos Aires el 24 de setiembre de 1698, alcanzando el sacerdocio en 1702 y dando sus últimos votos en 1711. Murió en Córdoba el 30 de octubre de 1729 (STORNI SJ, Hugo, p. 191).

El caso era que varias personas habían aconsejado a nuestro Juan que por su salud quebrantada le convendría tal y tal clima en las Indias. Entonces inspiró Dios a ella lo más conveniente, y en seguida escribió ella a Juan desde una distancia de 150 millas a Murcia, que pidiese con tenacidad su enviado al Paraguay, pues allí quería Dios que le sirviese. Así se cumplió trabajando él entre otras partes, en la reducción de San Esteban de Miraflores de los indios Lules en cuya conversión se ocupó por espacio de trece años enteros. Era un varón de costumbres muy sencillas las cuales no se pueden describir mejor que con las palabras de San Hilario de Poitiers sobre la sencillez infantil, único remedio de nuestro vicio de cuerpo y alma, para poder entrar en el Reino de los cielos. Con su tan ingenua sencillez echó juntar una estima prudencia en su modo de proceder. Guardó la pureza de cuerpo y mente hasta el sepulcro. Era muy respetuoso para con sus superiores, cumpliendo hasta los simples deseos de ellos. Tenía gran cuidado de aprovechar tiempo y ocasión para hacer un bien por la Gloria de Dios y la salvación de las almas, sin que le causara mayor fatiga. Por lo demás basta decir a su loor que muchos de los que conocían íntimamente a este varón, opinaron constantemente que había guardado sin mancha su gracia bautismal hasta su muerte. Puso fin a sus días el 30 de octubre de 1729, después de haber recibido los últimos sacramentos. Era coadjutor espiritual formado y había vivido en la Compañía treinta y ocho años. Alcanzó una edad de 55 años<sup>217</sup>.

---

<sup>217</sup> Sigue la Carta Anua con las largas descripciones de los colegios de Asunción, Santiago del Estero, Tucumán, Buenos Aires, Santa Fe, La Rioja, Corrientes y Tarija. Luego las misiones de los ríos Paraguay, Paraná y Uruguay.

## Carta Anua de 1730–1735<sup>218</sup>

### *Cartas Anuas de la Provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús desde el año 1730 al año de 1735*

En esta Provincia del Paraguay se cuentan ahora por todo 352 sujetos de la Compañía, de los cuales son sacerdotes 206, escolares 75, Hermanos coadjutores 71, esparcidos por toda la Provincia, viviendo ellos en los once colegios (de los cuales uno es convictorio), en el noviciado, y en 38 reducciones de pueblos de indios, y en dos misiones. En todas partes se guarda exactamente la observancia regular, cumpliendo cada uno con su deber, según el espíritu de la Compañía, empeñándose a salvar las almas por medio de los acostumbrados ministerios de ella.

En cada uno de los colegios son designados dos sacerdotes a dirigir las dos congregaciones, la una para los españoles, distinguiéndose ella por la frecuencia de los sacramentos y demás prácticas piadosas, la otra para los indios y morenos destinada ella ante todo para proporcionar estos una sólida instrucción religiosa. Para este fin, a su tiempo determinado y antes de comenzar la enseñanza catequista salen los nuestros por las calles, para buscar a toda esta gente sencilla, hombres y mujeres, y llevarlos todos juntos a nuestra iglesia. Da muy buen resultado esta práctica, mayormente, cuando las autoridades civiles nos secundan en nuestro empeño, lo cual les pedimos encarecidamente. Pues, ellos fácilmente se imponen a estos sus súbditos, y los apartan de las diversiones y los obligan a aprovecharse de tan útil, y absolutamente necesaria instrucción, ya que carecen, de otra manera, casi completamente de cualquier cultivo espiritual.

Del mismo modo se han designado en cada colegio dos maestros de escuela, primaria y secundaria, para formar a los muchachos en las primeras letras, y en la gramática latina y retórica, infiltrándoles al mismo tiempo, los sentimientos religiosos. De allí resulta gran pro-

---

<sup>218</sup> Esta anua de 44 fojas dirigida al general Francisco Retz fue escrita por el padre Lozano, siendo firmada por el provincial Jaime de Aguilar que lo fue desde 1733, por lo que trata también y fundamentalmente los últimos tres años de mandato de su antecesor el padre Herrán (Biblioteca del Colegio del Salvador, Cartas Anuas, 1730-1735, Estante 12).

vecho para la sociedad humana, a la par de un gran aprecio de ambos ministerios; de tal manera que, faltándole a una que otra ciudad un colegio de la Compañía, le desean para sí ardentísimamente, teniéndose ellas por este único motivo por infelices, y mientras que no tienen maestros para la instrucción de sus hijos en virtud y letras.

Así mismo, en los colegios de un personal numeroso estos dos sujetos están encargados a recorrer, en determinadas épocas del año, la dilatada jurisdicción de las respectivas ciudades, para predicar a la gente esparcida por el campo, y administrarles los sacramentos. Esta clase de ministerio, aquí es en modo especial muy glorioso y muy apostólico, lo comprende cualquier quien conoce la intemperie de estas tierras, las cuales, en verano, son muy calurosas y en el invierno muy frías, y quien toma en cuenta los demás trabajos y las incomodidades, insufribles por más tiempo, y que sólo se aguantan por el motivo más alto de la Mayor Gloria de Dios y de la salvación de las almas. Impulsados solo por tales sentimientos, salen nuestros padres cada año dos o tres veces, muy difíciles, por tupidas selvas, empinadas montañas, escarpadas rocas, sirviéndose ahora de una carreta agreste, o de un jumento, o andando a pie, cada vez por unas 200 leguas (u 80 millas itálicas), hasta volver a casa. Dura dos o tres meses cada una de estas misiones rurales, y por todo este tiempo carecen de las comodidades del colegio en lo referente a manutención y alojamiento, viviendo en cada lugar, donde se detienen, bajo el toldo de campaña, único abrigo durante las molestias de viaje. Hay que añadir a todo esto el inminente asalto de los indios infieles, los cuales infestan hoy día con sus invasiones toda la provincia del Tucumán, y son enemigos jurados del nombre cristiano. No se les escapa nadie con vida de todos aquellos que puedan apresar, no dejándose ellos ablandar por ningún género de rendimiento, siendo ellos más inhumanos que los brutos. Acaban cruelmente con todos, menos con la tierna edad, a la cual educan a su manera y con las mujeres más parecidas y jóvenes, a las cuales conservan para servirse de ellas en su inmoralidad. Aunque de parte de un enemigo tan salvaje, les amenaza el peligro de muerte en cada instante, en las más de estas misiones rurales, sin embargo, exponen nuestros Padres prontos y alegres su vida corporal, para proporcionar al mayor número posible la vida espiritual de los que están de asiento en la sombra de la muerte. Pues, esta gente pobre carece de cualquier otra ocasión de instrucción religiosa y mantenimiento espiritual, sino cuando llegan a ellos nuestros misioneros. Viven ellos desparramados en estas dilatadas tierras, por selvas y montañas, separados los unos de los otros tres, cuatro, y más leguas, destituidos de la cura de sus párrocos, muy pocos en número, rarísimas veces visibles a ellos, y para los más invisibles por todo el año. Así sucede que, careciendo la gente de la instrucción necesaria, es su ignorancia religiosa casi absoluta, hasta en las materias de la fe, imprescindibles para la salvación. Por lo tanto rarísimas veces se encuentra un cristiano que cumpla con el precepto pascual de la anual confesión y comunión; pudiendo cumplir los demás sólo al pasar por allí nuestros misioneros, quedando ellos privados de este beneficio cuando, por incidente desagradable, no es posible, por todo un año, hacer la misión. Mientras tanto, como hay muchos incentivos al pecado, y las malas ocasiones son tan abundantes y provocativas, pierden ellas muy fácilmente la gracia de Dios y se precipitan a los vicios, sofocándose la buena semilla esparcida en sus almas en otros tiempos por los Padres, a la par que crece y media la mala yerba de tal modo, que casi siempre tienen los pobres pa-



dres que comenzar de nuevo con la trabajosa sogá de la cizaña y con la siembra de la sembrera.

Sin embargo, se encuentran no pocas almas en las que, habiendo ellas una vez recibidas el grano del santo Evangelio, se arraiga éste sólidamente y produce abundantes flores y frutos. Ya que saben nuestros padres que estos sólo se deben al cultivo espiritual suyo, se regocijan muchos de ellos, y así se les hacen sus trabajos más llevaderos al descubrir estos verdaderos prodigios de la Divina Gracia; de este modo florecen buenos entre perversos, como cosas entre espinas, y por sus preclaras virtudes cristianas avergüenzan a aquellos que, cultivados con el mismo esmero, producen un fruto muy desemejante, es decir, solo espinas y abrojos.

Añadiré aquí un ministerio, común a todos los sacerdotes de esta provincia. Pues gozamos, ya hace tiempo, de la fama de habilidad en asistir a los moribundos, por lo cual continuamente y en todas partes se nos llama para este fin. Nos prestamos para esto con gran constancia, y con incansable abnegación, de día y de noche, con buen tiempo y con mal tiempo, sin hacer definición de personas, y sin que se esquivase uno de los nuestros de tal ministerio. Pues, hasta los de muy avanzada edad, tan pronto como son llamados enfermos, acuden ellos al instante, como si fuesen sacerdotes jóvenes y robustos, hasta al esclavo más despreciado y al indio más pobre, del mismo modo como al español más distinguido.

Para que se vea, cuan laborioso es este ministerio para los nuestros, se debe considerar que son pocos los que mueren en estas ciudades, a las cuales no asista un Padre de la Compañía. Además hay que salir fuera de la ciudad para asistir con frecuencia a los enfermos, debiéndose recorrer la distancia de diez, doce, y hasta catorce leguas quedando los pobres tan contentos que afirman que mueren con buena gana, ya que pueden disfrutar de la asistencia de uno de nuestros Padres. Toca semejante trabajo también a aquellos de nuestros Padres que viven con uno que otro Hermano coadjutor, lejos de las ciudades, para administrar las estancias de los colegios, donde se emplean muchos esclavos negros. Mientras son párrocos para ellos, predicándoles y administrándoles los sacramentos, sirven al mismo tiempo de párrocos a los muchos indios y españoles que viven en el campo y acuden a nuestras iglesias los domingos y fiestas del año, y se aprovechan de nuestros ministerios espirituales. A estos hay que acudir también muchísimas veces, a una distancia de varias leguas, tanto para auxiliar a los moribundos, como a bautizar a los párvulos. Pues, tal servicio les pueden prestar difícilmente sus propios párrocos con la debida prontitud. Por lo tanto están estos últimos muy satisfechos del alivio que tienen de parte de la Compañía, y tienen así por descargada su conciencia en lo tocante a su oficio.

Paso por alto los ministerios de las cárceles y prisiones para los cuales son encargados Padres determinados, que tienen que visitarlas, para consolar a los detenidos, justa e injustamente, y ayudarles espiritual y corporalmente.

Hay que mencionar todavía un ministerio antes de descender a tratar de cada colegio en particular, por ser común a todos los colegios y sumamente benéfico. Se trata del de dar los Ejercicios Espirituales de nuestro santo Padre Ignacio. Esta práctica está ya aquí muy en boga, y produce efectos admirables en las almas de muchísimos, tanto hombres como mu-

jeros. Hacen ellos los Ejercicios separadamente, a sus determinadas épocas del año y en casas destinadas exclusivamente para este fin; llegando el número de ejercitantes en varias ciudades fácilmente a doscientas personas. Resulta de esta práctica una gran reforma de la vida espiritual privada y pública; lo cual instigó hasta a ciudades, donde la Compañía no tiene colegio, como a la de Jujuy, a pedir a los nuestros que igualmente a ellos se les diesen los Ejercicios. Son aquellos cultivados espiritualmente por los padres de Salta, que suelen irse allá cada año, por lo cual les vino el deseo de poder disfrutar de los demás ministerios de la Compañía. Así sucedió que se trató allí de la fundación de una residencia establecida de los nuestros, y lo resolvieron anónimamente, y ya se ha puesto mano a la obra, y puede resultar allí un colegio, como lo explicaré en su lugar.

Voy ahora a tratar más extensamente de cada colegio en particular.

### *Colegio de Córdoba*

Es este colegio máximo de la provincia, y el único seminario nuestro. Alberga a ochenta y seis sujetos de la Compañía, de los cuales 20 son sacerdotes, 20 Hermanos coadjutores temporales, y los demás escolares de los estudios menores y mayores. La academia anexa al colegio y, además tiene su canciller especial que es uno de los nuestros y ocho profesores públicos, de los cuales dos enseñan la teología escolástica, uno la teología moral, uno el derecho canónico y la Sagrada Escritura, dos enseñan la filosofía de Aristóteles, y dos enseñan gramática y retórica. En el adelantamiento debido en las letras, tanto de los nuestros como de los extraños, los cuales frecuentan esta Universidad, se ha insistido, como siempre, así también en los años próximos pasados. Por lo tanto los certámenes literarios se celebran con el acostumbrado lucimiento de los talentos y la aplicación en el estadio, entre los aplausos de los que asistieron al acto. Hay tan grande prestigio de los grados académicos que aquí se otorgan en filosofía y teología, tanto en los confines de esta provincia, como en las vecinas del Perú y de Chile, que no pocos envían desde allí acá a sus hijos, para que estudien aquí. Con no menos cuidado se fijan los profesores en las costumbres de sus encomendados, y se empeñan en infiltrar en sus corazones el santo temor y amor a Dios. Así se consigue que, prevenidos contra cualquier seducción (por desgracia tan frecuente entre la juventud académica), llevan ellos una vida verdaderamente cristiana. La congregación mariana de estudiantes celebra cada semana su función religiosa con gran fervor.

De nuestros escolares de este colegio hay que advertir en particular, antes de tratar de otros asuntos que ellos a la sazón estudian con mucho más entusiasmo que anteriormente, a su tiempo determinado, la lengua de indios que llaman quichua (la general del reino de Perú, y también la que se habla comúnmente por los indios y morenos de esta gobernación del Tucumán). Así en el año próximo pasado se ha declamado en ella algunas veces desde el púlpito de nuestro comedor, a satisfacción de los nuestros que la saben. De los Padres más ancianos nadie se acuerda que en los tiempos pasados se haya conseguido tanto.

Tiempo es que tratemos de los demás ministerios de la Compañía. Se dedicaron los Padres de este colegio con buen resultado a los trabajos ordinarios en bien de las almas, por

las pláticas y los consejos particulares y con más prontitud todavía confesando a cualquier hora a los muchos pendientes dentro y fuera de casa, y dándoles los Ejercicios Espirituales anualmente. Tiene, como se sabe, más eficacia que cualquier otro, para fomentar la virtud y piedad, como se experimentó aquí de muchas maneras. Pues, por este medio se ha reestablecido la paz y concordia entre los que estaban contrarios entre sí, y se ha conseguido la restitución de lo mal adquirido, se han revalidado muchas confesiones sacrílegas, continuadas ya por muchos años a esta parte, se han desarraigado malas costumbres ya inveteradas, y muchísimas han sido llevadas a una vida de piedad más asentada, y se han preparado a una santa muerte. Y para que se manifestase más patentemente la eficacia de la divina gracia comunicada de lo alto a estos Santos Ejercicios, se vio que precisamente por este medio obtuvo el sello más frágil, más provechoso y mayor firmeza de carácter.

Como prueba sirve cierta mujercita de la más baja ralea, y de nacimiento ilegítimo, la cual, después de haber servido a la impureza por muchos años, al fin, en 1732, después de unos buenos Ejercicios, acabó con su vida desgraciada y comenzó a vivir muy diferentemente, quedando constante en su nueva carrera. Pues estando ella un día sola en su casa, fue solicitada con insistencia por un libertino, hombre de gran autoridad pública en esta ciudad; pero ella quedó firme en su propósito, y rechazó con energía y desprecio los cumplimientos del seductor, y al querer aquel hacerle fuerza, se defendió valerosamente, agarrando un cuchillo e hiriendo al agresor, librándose así de sus manos. Dijo que ella ya no era la misma de antes, porque Dios le había dado buen conocimiento y sabía ahora preferir el espiritual consuelo a los deleites carnales, y quería morir mil veces antes de perder otra vez su honra recién recuperada.

Para atraer a los mismos Ejercicios a cierta mujer española, habían trabajado mucho varios Padres, pero sin efecto. Endurecida en sus vicios, rechazaba el remedio oportuno, con tanta o más tenacidad, cuanto más insistían en aconsejarle. No se desanimaba sin embargo, conociendo bien las costumbres ruines de esta mujer, y el consiguiente peligro de su eterna condenación, y así le insistían oportuna e inoportunamente, y ponían en juego sus máquinas de guerra para conquistar esta alma cada vez cuando se acercaba la fecha determinada, en la cual comenzaban las mujeres sus Ejercicios anuales. Dios al fin oyó sus súplicas y lágrimas, ablandando este corazón duro, para que se sujetase a este tratamiento curativo. Pues, aceptó la mujer con buena gana la invitación del Padre director de Ejercicios e hizo este retiro espiritual el año 1731. Al darse cuenta allí de sus errores, comenzó a deplorarlos amargamente, hizo una sincera confesión de ellos y vivió más santamente en el cortísimo espacio de vida que le quedó, pues -no se si era desgraciada o más bien dicha- murió de parto a los tres meses, estando ella todavía en la flor de su edad. Estaba ella en sus últimos momentos contentísima de que había arreglado su conciencia con tiempo por medio de los santos Ejercicios, y se hallaba llena de esperanza de su eterna salvación.

La había alcanzado también otra señora recién difunta: María Josefa Corvalán, mujer de singular virtud, la que ella practicaba, la cual ejercitaba con todo entusiasmo, desde que había hecho los Ejercicios de San Ignacio, y conocido en ellos la vanidad del mundo. Pues, desde aquel momento se propuso imitar a Santa Rosa de Lima, virgen, y en adelante admi-

rablemente en este ver de vida, guardaba sus sentidos, ayunaba, maltrataba su cuerpo, se retiraba a la soledad, hacía santas meditaciones, distinguiéndose en todo y conformándose perfectamente a su dechado que se había propuesto imitar. Además, se acordaba siempre de la presencia de Dios, y había conseguido una íntima unión con su voluntad, alcanzando al mismo tiempo otros singulares favores divinos. Así sucedió que ella era la edificación y admiración de toda la ciudad, la cual la tenía por una santa, aún en vida, y mucho más después de muerta. Pues, esta mujer dichosa, después de su santa vida alcanzó una muerte preciosa, no sólo en los ojos de los hombres sino más todavía en el acatamiento de su celestial esposo Jesús, a cuyo tálamo voló ella llena de méritos, habiéndole asistido en su último trance uno de nuestros Padres, el cual había sido su director espiritual.

Al contrario se puede dudar de la eterna salvación de los que no siguiendo los consejos de nuestros Padres, de practicar aquel retiro espiritual, lo despreciaron constantemente. A estos pertenecía cierto caballero distinguido, invitado por uno de nuestros Padres en 1730 a hacer Ejercicios para arreglar su conciencia, el cual al principio oponía muchas dificultades, que el Padre fácilmente podía deshacer. Al fin se comprometió a hacerlos tan pronto como hubiere despachado ciertos negocios, lo cual quería hacer cuanto antes. No pensaba en cumplir su palabra, sino que la había dado sólo para librarse de las insistencias del Padre. Lo barruntó este último, y al despedirse le dijo, que no tardase en cumplir su palabra dada a Dios mismo, porque semejante infidelidad podría provocar la ira del Señor, que no lo había dicho vanamente, pronto lo probaron los hechos. Pues, aquel infeliz, el mismo año en que había empeñado su palabra cayó gravemente enfermo y murió como había vivido. Pues, en su última enfermedad ya había arreglado su conciencia, confesándose y haciendo su testamento como convenía; pero después, por los artificios de unos amigos fingidos, lo revocó haciendo otro, muy inicuo, y cabeza de muchos males, y lo que es peor, hecho por motivo de venganza, sobreviniéndosele su muerte sin ninguna señal de dolor y arrepentimiento.

Semejante muerte desgraciada tuvieron dos comerciantes españoles, los cuales tampoco habían cumplido con su palabra; el uno murió por el mismo tiempo que aquel caballero recién mencionado; el otro, un año después. Este último experimentó en el acto la mano justiciera de Dios; pues al tiempo en que debía entrar en Ejercicios, estando los demás ejercitantes en el día cuarto, de repente cayó muerto, triste espectáculo para todos los asistentes, los cuales se espantaron al oír esta noticia fúnebre y sus circunstancias, escarmentando ellos en cabeza ajena.

A este capítulo pertenece el castigo de Dios que sobrevino a cierto español casado, el cual en 1732 se había opuesto a que su esposa tenía gran deseo de disfrutar de ellos después de tantos elogios que había oído sobre esta práctica de la boca de otras señoras, las cuales habían hecho Ejercicios en los años anteriores. En su gran deseo insistió esta buena mujer día y noche a su marido, que le permitiese retirarse por unos pocos días, para dedicarse exclusivamente a los negocios de su alma. Había ella suplicado a algunos de nuestros padres que le apoyasen por su intercesión. Se frustraron todas estas diligencias de aquella señora, porque aquel individuo persistió tenazmente en su negativa, alegando que no hacía más que aprovecharse de su derecho que tenía sobre su mujer legítima, la precisaba en su casa y allí

tenía ella que quedarse. Pero pronto pagó el bien merecido castigo por su oposición. Pues, todavía no había pasado un mes, cuando la muerte se la arrebató repentinamente, quedando él privado de ella para siempre, no habiendo él querido dejarla unos pocos días.

Antes de concluir con esta materia voy a referir un acontecimiento medio triste y medio alegre. Contaba cierto hacendado español entre sus esclavos a una negra, a la cual estaba muy aficionado, abusando de ella licenciosamente y provocando con este modo de proceder tal escándalo, que obligó a la autoridad a intervenir en este asunto. Separada la mujer del amo libertino el año 1731, fue entregada primero, por orden de la justicia a un amo más modesto, donde pudo ser ella instruida por uno de nuestros Padres y aconsejada a vivir cristianamente. Hizo ella el firme propósito de apartarse para siempre de las malas ocasiones y morir antes de recaer en el pecado, y cumplió fielmente con su promesa como se vio en el siguiente caso. No mucho después ardió otra vez aquel hombre perdido en males deseos, y no haciendo caso de leyes divinas ni humanas no pensaba sino en encontrar una ocasión de volver a su vida mala de antes. Al fin encontró a aquella mujer sola y sin testigos, y la asaltó pidiendo primero su consentimiento a continuar su mala vida de antes, y al no surtir efecto su súplica comenzó a añadir promesas y hasta amenazas, pero todo de balde. Así, estaba ya para hacerle fuerza o matarla, en caso de resistencia. Estaba ella indefensa y quedó al principio perpleja al verse expuesta a tan tremendo peligro. Pronto recuperó su valor y reprendió con graves palabras la audacia de aquel fracaso. No le hizo mella ninguna y ella pensó en huir apresuradamente, como mejor arbitrio en semejantes casos, y efectivamente se le escapó. Se enfureció el individuo y siguió detrás de ella, y alcanzándola la atravesó con su puñal. Esta llaga terrible, en cierto modo era feliz para aquella mujer, cayendo ella víctima de su castidad y aliviándole esta herida dichosa camino a su alma para volar al cielo, donde le esperaba el premio por su perseverancia en el buen camino. El amo asesino pronto pagó el castigo de su crimen, pues se apresuró más la justicia divina que la humana, sobreviniendo al infeliz ya el día siguiente agudísimos dolores en aquella parte del cuerpo, por donde había herido a la mujer, muriendo aquel malvado a la misma hora, en la cual había cometido su crimen, el día anterior.

Omito otros muchos casos semejantes, los cuales pudiera yo presentar como pruebas del ardiente celo apostólico de los nuestros de Córdoba en procurar la salvación de muchas almas, el cual (si falta son otras pruebas) ya lo testifica de sobra el constante y en especial aquí tan grande concurso de los fieles. Ninguno de los sacerdotes está dispensado de oír confesiones, ni siquiera los profesores de la Universidad ya bastantemente ocupados con la preparación de sus lecciones. Pudiera creer cualquiera que la gente no acude a otras iglesias y no se confesaría en otras partes, tanto es lo que piden el servicio de los nuestros para este fin, no sólo en tiempo de las fiestas principales del año, sino también en todas las demás fiestas y domingos, acudiendo hasta durante la semana las personas devotas, las cuales bajo la dirección de nuestros Padres se dedican a la perfección cristiana, y para tener las correspondientes fuerzas mayores, necesarias para este camino reciben con más frecuencia el pan de los fuertes, se consagran a Dios por el voto de castidad y edifican a toda la ciudad con su buen ejemplo, en especial por su desprecio del mundo y de sí mismas.

No contentos los Padres de este colegio con procurar el bien de sola la ciudad de Córdoba, entienden u actividad apostólica a las aldeas circunvecinas, acostumbrando cada año hacer excursiones a los villorrios, y esto con el resultado más consolador, así que el nuevo obispo del Tucumán José Antonio Gutiérrez de Zevallos se admiró grandemente de eso, manifestando el deseo que toda su grey se hiciese partícipe de semejante dicha. Por tanto, a principios de 1734, cuando iba a emprender la visitación oficial de su diócesis tan dilatada, se le pusieron a su disposición dos de nuestros Padres, acostumbrados a esta clase de trabajos: los Padres Ignacio de Oyarzabal y Antonio Gutiérrez, los cuales tenían que acompañarle y todavía, mientras estamos escribiendo estas líneas, día 10 de mayo de 1735, todavía le acompañan con abundante provecho de las almas a cuyo bien se dedican en todas partes de la diócesis con el más grande celo.

Queda todavía que mencionar brevemente el estado temporal de este colegio, y a los allí difuntos.

Hace poco que se construyó desde sus fundamentos el edificio de la viña de Jesús María, con su comedor y ocho aposentos, estando todavía por acabar. Del mismo modo está acabándose el edificio en Alta Gracia, destinado para el obraje de paño, habiéndose acabado ya la elegante capilla del mismo lugar. Se adelanta, aunque lentamente, el nuevo edificio del colegio, habiéndose colocado en la parte nueva la biblioteca, aumentada recientemente con más de 700 volúmenes, traídos acá de Europa el 30 de junio del año próximo pasado, con ocasión de la llegada de la nueva expedición de misioneros, comprando los libros el padre procurador Antonio Machón, con fondos que le habían regalado algunas personas devotas. Así mismo se aumentó el inventario de los ornamentos sagrados con un juego de casullas de damasco, para todos los altares, de color blanco y colorado, igualmente adquiridos con fondos regalados para ese fin.

Entregó además, a la caja del colegio la suma de 3.000 pesos la distinguida señorita doña Juana de Herrera, la cual había dado más todavía si hubiera podido; pues, es muy grande su devoción a la Compañía, y a nuestro San Javier, apóstol de las Indias y del Japón, al cual se siente muy obligada por los grandes favores suyos que ha experimentado, cuyo último era ser asistida en la hora de la muerte por uno de nuestros Padres.

Diez sujetos de nuestra Compañía han muerto en este colegio durante los últimos cuatro años. Era el primero Juan Nicolás de Ribera<sup>219</sup>, natural de Catamarca en Tucumán, nacido el 15 de setiembre de 1710, entrado en la Compañía el 7 de diciembre de 1726, muerto el 1º de marzo de 1732, a nuestro más grande sentimiento, pues era de una vida muy inocente, de muy buen genio, muy humilde y obediente.

Siguió a este, el 5 de enero del año siguiente el Padre Diego de la Fuente<sup>220</sup>, coadju-

<sup>219</sup> STORNI SJ, Hugo, p. 241.

<sup>220</sup> Naci6n Montila, Córdoba, España, el 13 de julio de 1689, ingresando a la Orden en 1708. Llega a Buenos Aires el 8 de ebril de 1712, haciendo sus últimos votos en San Juan de chiquitos el 2 de febrero de 1723. Muere en Córdoba el 5 de enero de 1733 (STORNI SJ, Hugo, p. 107).

tor espiritual, nacido en Montillo de Andalucía. Murió a los 44 años de edad, y 25 de Compañía, habiendo estado en esta Provincia 21 años, pasando parte de ellos como misionero hábil entre los indios chiquitos.

Murió después, el 9 de abril del mismo año, el Padre Francisco Javier de Herrera<sup>221</sup> a los 63 años de edad, y 47 de Compañía y 24 después de su profesión de cuatro votos. Nació en esta misma ciudad, en la cual murió. En sus últimos años fue atormentado por agudísimos dolores; siendo un espectáculo que daba lástima y causaba admiración a la vez. Era de ver a aquel hombre, postrado en cama, y tan consumido por los dolores que no parecía sino constar sólo de piel y huesos, sin embargo siempre resignado a la voluntad de Dios, sirviéndose en sus sufrimientos de jaculatorias devotas y tiernos coloquios con Dios, invocando al mismo tiempo a la Santísima Virgen, a la cual quería mucho, y al santo apóstol de las Indias, cuyo culto era hereditario en su distinguida familia. Con estas devociones se consolaba y se animaba a sufrir, hasta que, en premio de estas y otras virtudes fue llamado por Dios, terminando su sufrimiento con una muerte santa.

Después, el 16 de junio, acabó sus días el Padre Antonio Alonso<sup>222</sup>, castellano de Marzales. Fue admitido a la Compañía en la provincia de Castilla, el 12 de enero de 1700, y acabado sus estudios en satisfacción, fue designado profesor, interpretando a Aristóteles en nuestro colegio de Segovia, y después también en el de Pamplona. Pidió y alcanzó de los superiores la licencia de partir a América, y después de haber hecho su profesión solemne en Córdoba, se trasladó a nuestra provincia el año de 1717. Aquí pidió ser enviado a las misiones guaranícas, y lo alcanzó. Pero, apenas había pasado allí un año, estudiando el idioma de aquellos indios, cuando fue llamado por el Padre provincial al colegio de Córdoba, para encargarse de varias asignaturas, inclusive la cátedra de Prima de teología en nuestra Universidad. Desempeñó este oficio con lucimiento, y fue también rector del Real Convictorio de Monserrat por tres años, con gran aprovechamiento de la juventud a él encomendada, tanto en virtud como en letras. Al volver los de la Compañía en 1728 a la ciudad de Asunción, fue él nombrado rector de aquel colegio, y lo gobernó por cuatro años, es decir, hasta que renovándose la persecución nos fue preciso salir otra vez de allí, el 19 de febrero de 1732. Con esta ocasión volvió a este colegio de Córdoba, y antes de haber pasado allí un año, murió. Su mucha virtud, practicada toda la vida le conquistaron los afectos de todos, de los grandes y pequeños, hasta la gente de servicio y de los extraños. Era tan amante a la pobreza religiosa que jamás admitió una cosa superflua, ni siquiera cuando era un objeto piadoso. Era tan escrupuloso en esta materia que al tener que disponer por su oficio de cosas de valor, no se atrevía a dedicarse a esto, sino después de haber consultado a hombres serios y prudentes, sino faltaría a la santa pobreza.

---

<sup>221</sup> Nació en Córdoba el 4 de noviembre de 1671, ingresando a la Orden el 1686 y haciendo sus últimos votos el 25 de marzo de 1709 (STORNI SJ, Hugo, p. 141).

<sup>222</sup> Nació en Marzales, Valladolid, el 12 de agosto de 1683, ingresó a la Compañía en 1700, haciendo sus primeros votos dos años después y sus últimos en Cádiz en 1717. Llegó a Buenos Aires el 13 de julio de 1717 y murió en Córdoba el 16 de junio de 1733 (STORNI SJ, Hugo, p. 8).

Del mismo modo era muy delicado en la pureza, de tal modo que nadie, ni el más exacto, pido motar en él algo chocante en esta materia, y para guardar intacta esta virtud, era siempre muy reservado al tener que hablar con personas del otro sexo.

En lo tocante a la obediencia, se portó como verdadero hijo de la Compañía acostumbrado no sólo a obedecer, sino a sujetar su juicio al de mas quien superior, con prontitud y alegría. No se vio en él nada de afectada gravedad, nada de arrogancia. Sentía de si tan humildemente, que hablaba con todos familiarmente, mayormente con la gente más sencilla. Estaba acostumbrado a seguir más prontamente los padeceres ajenos que los suyos, en cuanto le era permitido, y lo manifestaba hasta en reuniones de muchos ingenuamente. En la materia de las prelecciones de profesor y de la predicación de la palabra de Dios, cuando se ofrecía algo dudoso, lo consultaba con cualquier persona, aunque fuere discípulo, con gran candor, pronto a consentir a los que le sacaban de la duda, y a sujetar su opinión a la de otros.

Al ponerse perplejo de una cosa (lo que sucedió muchas veces, siendo de conciencia muy delicada) se dejaba guiar del Padre espiritual, o de su igual, y hasta de un inferior, y se conformaba con admirable facilidad al criterio de ellos. Y sin embargo, esta facultad no le impidió de mostrarse muy resuelto, cuando tenía que mandar, y cuando era evidente el derecho, y lo exigía la equidad y el celo por la regular observancia, a la cual promovía con todas sus fuerzas, eliminada toda condescendencia que hubiera podido abrir camino a la relajación. Esta fortaleza de ánimo mostró ante todo con ocasión de las perturbaciones, con las cuales nuestros émulos molestaron segunda vez al colegio de la Asunción durante su rectorado. En aquel entonces cuando se excitaron todos los odios de los ciudadanos contra nosotros, notó muy bien, que él era el principal blanco de ellos, habiéndole pegado a él nominalmente los malévolos una gravísima calumnia. Sin embargo sobrellevó todo odio y envidia con serenidad y con tanta generosidad, que pagó con amor a la envidia, haciendo a sus contrarios tanto más servicios cuando más le herían.

Las prácticas de piedad cumplía siempre con exactitud. Al levantarse hacía una visita al Santísimo, no haciendo caso de la inclemencia del tiempo. Oraba entre lágrimas y sollozos, y no los podía reprimir al decir la santa misa. Tenía el mayor respeto a este sagrado misterio, y para celebrarlo con más piedad y puridad, se confesaba cada día hasta de las faltas más insignificantes.

Lleno de celo por la divina gloria y la salvación de las almas predicaba y confesaba, desde su ordenación sacerdotal, con tanto fervor, que se dedicaba a estos sagrados ministerios, y al de explicar los Ejercicios de San Ignacio, hasta los últimos días de su vida, y aún durante sus difíciles ocupaciones de la enseñanza y del gobierno. En esto evitaba aquel modo de hablar que más bien deleita a los oyentes que los convertía. No buscaba sino mejorar a sus oyentes, y lo conseguía, tanto por su sólida argumentación, como por la unción de su palabra. Los mismos oyentes atestiguaban el gran provecho que sacaban de sus sermones, diciendo que cada vez, cuando le oían, sentían nuevos estímulos fuertes a seguir adelante en el camino de la verdad.

En la práctica de estas y semejantes virtudes pasó el su santa vida, y oyó con toda tranquilidad el año que iba a morir, diciendo: “Si una vez tengo que dar cuenta de mi vida a



Dios, ¿porqué no hacerlo luego? Yo no temo la muerte, ni tengo deseo de vivir por más tiempo”. Dio enseguida gracias a Dios por todos los beneficios, en especial por su vocación a la Compañía y por haber alcanzado perseverar en ella. Agradeció además a sus hermanos en religión con frases muy sentidas y humildes (sic) por el trabajo y las molestias que les había causado durante su enfermedad. Después pareció que de repente recibió un alivio y consuelo muy grande así que todos pensaban que iba mejorándose, pero él se dirigió a un confidente suyo y dijo “que sin falta tenía que morir el otro día”, y así se cumplió, espirando entre fervorosos actos de virtud y frecuentes jaculatorias, tan familiares a él, hasta que la muerte le impidió pronunciarlas. La sentía mucho toda la ciudad, llevándola no pocos, asistiendo a sus funerales los nobles y plebeyos, ambos cleros, y el mismo obispo diocesano, el cual quería reconocer de este modo la virtud de este varón religioso.

Tres meses después fue sepultado el hermano escolar Juan José de Toledo<sup>223</sup>, estudiante del segundo año de teología, natural de Santa Fe, muerto a los 23 años de edad y nueve en la Compañía, y por todo este tiempo casi siempre enfermo, pero siempre alegre y contento. Apenas se aliviaba de una enfermedad, cuando caía en otra, hasta que consumido a una de sus piernas por apostemas fue privado de su uso. Para recuperarlo se dirigió a San Antonio de Papua, haciendo una novena en los días que precedieron a la fiesta del Santo, de lo cual resultó que aquel mismo día se cerrasen las llagas, así que pudo levantarse sano y bueno, y marcharse a la iglesia, para comulgar, y dar gracias a Dios y a su celestial patrono por este beneficio. Se atribuyó a un prodigio esta curación, porque el mismo obispo lo tuvo por tal, después de haber sujeto a un interrogatorio al cirujano que le trataba. Pero no quedó sano mucho tiempo el hermano, pues ya al dar gracias a Dios y a su celestial patrono, comenzó a inquietarse de haber hecho esta petición, dudando de sí era conveniente hacerla o no. Por lo tanto, con la indiferencia de querer la saludó la enfermedad, se dirigió de nuevo a aquel Santo pidiendo con instancia, que en caso de que su salud no era para la Mayor Gloria de Dios, le devolviera la enfermedad. Y se le escuchó, alegrándose de mucho de que se hiciera con él la voluntad de Dios y mucho más, al notar que se le acercaba la muerte. En adelante se ocupaba muchas veces de ella, hablando de ella con serenidad y contento, tanto que le disgustaba, cuando le decían que todavía no iba a morir. Pues, opinaba que la muerte era más bien una felicidad, ya que por medio de ella se abría la puerta del cielo. Voló hacia allá, como esperábamos, el 16 de setiembre, lleno de méritos por su paciencia invicta durante tantos años.

El año 1734, el día 17 de julio, acaeció la temprana muerte del Hermano escolar, y oidor del cuarto año de teología Andrés de Acosta<sup>224</sup>, portugués de nación, natural de Oporto. Había venido al Brasil, y después a Buenos Aires en busca de riquezas, como todos los que van a América. Aquí cayó en cuenta de la vanidad del mundo a consecuencia de cierto

---

<sup>223</sup> Nació en Santa fe el 27 de abril de 1709, ingresando a la Compañía de Jesús el día de reyes del año 1724 y muriendo en Córdoba el 16 de setiembre de 1724 (STORNI SJ, Hugo, p. 283).

<sup>224</sup> Nació en Oporto el 27 de noviembre de 1703 y murió en la estancia de Jesús María el 17 de julio de 1734 (STORNI SJ, Hugo, p. 2).

acontecimiento, y comenzó a atesorar tesoros de valor imperecedero, y como estos se hallan con más abundancia en la Compañía entró en ella en Córdoba, el 30 de julio de 1722. Habiendo pasado con felicidad por el noviciado, comenzó los estudios con buena salud y buen ánimo, pero pronto se puso tísico. Pareció que iba a sanar, a fuerza de buenas medicinas y con el cambio de temperatura, pero era mera apariencia, pues le consumó la misma enfermedad, muriendo él en una de nuestras estancias, a donde había ido por orden de los superiores, para restablecer su salud.

El día treinta del mismo mes y año trocó esta vida mortal con la eterna un varón muy benemérito de esta Provincia y la de Chile, el Padre Luis de la Roca<sup>225</sup>, descendiente de una ilustre familia de Catanzaro en Calabria, nacido el 6 de junio de 1658. Había estudiado en uno de nuestros colegios y por el trato familiar con nuestros Padres se sintió llamado al mismo estado. Se opuso a esta su resolución su padre, el cual había cifrado grandes esperanzas en sus talentos; pero pudo vencer este obstáculo, gracias a su devoción a San Luis Gonzaga, al cual había encomendado este negocio. Conseguido el permiso de su padre, entró en el noviciado de Nápoles el año 1675, el mismo día en que había nacido, 17 años antes. Al principio de su primera probación trocó el nombre de pila en el de Luis, en honor de si celestial patrono, cuya vida y virtud había propuesto imitar en todo, como lo ejecutó con tanta exactitud y constancia, que fue dechado de los novicios y escolares. Acabados sus estudios menores y mayores con gran lucimiento alcanzó irse a las Indias, como ya durante sus estudios repetidas veces había pedido encarecidamente del Padre general Tirso González con ocasión de la expedición de nuevos misioneros para esta Provincia, reunida y dirigida por el Padre procurador Diego Francisco Altamirano. Antes de salir de Europa se demoró un poco en Sevilla, ejercitándose con fervor en los acostumbrados ministerios de la Compañía, como lo atestiguó hasta un energúmeno, manifestando el demonio su sentimiento, y su temor de que nuestro Padre Luis sería uno de sus principales enemigos. Llegado a Buenos Aires en 1691 fue destinado a las misiones guaranícas, donde se dedicó primero a estudiar el idioma de los indios, con la resolución de quedarse con ellos, si así fuese la voluntad de los superiores. Pero Dios dirigió la resolución de ellos a otro objeto, habiendo destinado la Providencia a aquel hombre privilegiado con tantos dones naturales y sobrenaturales a cosas muy grandes y altas, en bien de dos Provincias de la Compañía. Fue trasladado a Córdoba para enseñar la teología escolástica en esta nuestra Universidad por dos años, y al cabo de ellos hizo su profesión de cuatro votos, y fue enviado por nuestro Padre general con otros sujetos escogidos de esta nuestra Provincia a la Provincia de Chile, por ser útil y necesario su cooperación a la Compañía en Chile, por estar perturbada aquella Provincia, andando de día en

---

<sup>225</sup> Su apellido en realidad era Roccaffiorita y había nacido efectivamente en Ctanzaro el 6 de junio de 1658. Ingresó a la Orden en Nápoles el día de su natalicio del año 1675. Llegó a Buenos Aires el 6 de abril de 1691 y dio sus últimos votos en Córdoba el 15 de agosto del siguiente año. Fue provincial dos años y medio en Chile y dos veces del Paraguay (1713-1717 y 1722-1726). Fue electo procurador el 16 de abril de 1721 y murió en Córdoba el 30 de julio de 1734 (STORNI SJ, Hugo, p. 242).

día de mal en peor.

Se fue allá el año de 1693, para volver en 1712. En ambas partes tuvo que desempeñar importantes cargos. Allí fue dos veces socio secretario del Padre provincial, una vez rector del colegio de San Pablo en Santiago de Chile, y dos veces rector y maestro de novicios del noviciado de la misma ciudad, para ser al fin, prepósito provincial de aquella Provincia. Vuelto a nosotros fue nombrado canciller de la Universidad y dos años después provincial de nuestra Provincia. Relevado de este cargo después de haberlo regentado por cuatro años, era rector de este colegio máximo por tres años, y otra vez provincial por un cuatrienio, para ser después también segunda vez rector del colegio máximo de la Provincia. Fue elegido después procurador a Roma. Hasta su muerte fue consultor de la Provincia y Padre espiritual de los nuestros. Apenas un mes antes de morir fue relevado de este cargo, quedando con el cargo de maestro de novicios, teniendo a la sazón ya 76 años de edad.

Era un varón instruido por todo género de virtudes, como hecho adrede para a los cargos que tuvo que desempeñar. Tuvo la fortaleza de ánimo, necesaria para vencer en sus continuos cargos de gobierno las dificultades que se ofrecían con frecuencia y los superó con su característica tenacidad, cada vez cuando se trataba de la Gloria de Dios, de la salvación de las almas, o del bien común de nuestra Compañía. Se manifestó esto a las claras en el tiempo de su segundo provincialato, el año 1722, cuando nuestra Compañía en el Paraguay fue vejada con muchas recriminaciones. Debió ella ante todo a este su provincial la restitución de su firma, y la vindicación gloriosísima de su buen nombre.

A este Padre provincial debe esta nuestra Provincia gran crecimiento de su prestigio, a consecuencia de la práctica generalizada de dar los Ejercicios de San Ignacio para los seculares. Organizó él este ministerio, después de haber vencido las dificultades que se oponían a esta obra, entregándose totalmente a la divina Providencia, de tal modo que en adelante será esta una práctica estable. Pues, Dios mediante, sucedió que aquel caballero rico (del cual se habló ya en las Cartas Anuas anteriores) después de haberse entregado, con todo lo que tenía a Dios y al prójimo en la Compañía compró una estancia, la cual sirve de sustento de los Ejercicios anuales en todos los colegios de esta Provincia, así que pudo seguir adelante este misterio tan provechoso al prójimo con el mismo fervor, con que ha comenzado.

Con la misma energía erigía el Padre Luis la exacta observancia de la disciplina religiosa de parte de sus súbditos. Por lo tanto, si había algunos entre nosotros que no hacían caso de nuestras reglas los castigaba severamente y, si era necesario, los despedía de la Compañía para que no hicieran daño al buen nombre de nuestra santa madre la Compañía. Con todo, comprendía bien la debilidad humana, y procedía con lentitud en esos casos empleando primero los medios suaves y después los más severos, para que de su parte no faltaría ningún arbitrio, para poder alejar la desgracia de aquellos individuos, sabiendo él mezclar muy bien la serenidad con la clemencia, siendo este superior a la vez padre y madre de sus súbditos. Ante todo instigó a la juventud estudiosa a la regular observancia y al adelanto en la perfección religiosa, por medio de frecuentes consejos e instrucciones, y no dejaba pasar mes alguno, en el cual no pidió nada a cuenta de conciencia de cada uno en particular. Pues, le importaba mucho saber con quien hablaba y cómo los podía adelantar en espí-

ritu y sabía entusiasmar a cada uno en el camino a la virtud, sirviéndose de sólidas razones, y de sentencias de la Sagrada Escritura.

No menos cuidado tenía en procurar la buena salud corporal de sus súbditos, persuadiendo de que con ella podían servir mejor y por más tiempo a la Gloria de Dios y a la salvación de las almas, lo cual no se lograría tanto con la mala salud.

Para restablecer la salud quebrantada de algunos, es increíble con cuanto cuidado, y vigilancia precedió, tanto personalmente como por medio de prefectos de salud, llevando muy a más de estos en algo se descuidaban, castigándoles severamente. Cercenaba su descanso nocturno visitando a diferentes horas de la noche a los enfermos, para cercenarse si se cumplían exactamente las prescripciones de los médicos, aunque causaban grandes gastos.

A todos era accesible a cualquier hora, para que pudiesen hablar sus asuntos con él, e iban todos a él con buen gana, persuadidos de que se les ayudaba en todo. No escatimaba ningún gasto cuando faltaba algo a sus súbditos y durante su gobierno insistía solícitamente en que los superiores inmediatos cumplieran exactamente esta parte de su oficio como si fuese una de las obligaciones principales.

Holgaba en poder hacer favores a sus súbditos, que no contradecían a la disciplina religiosa y era muy pronto en eso. Pero, cuando por justas razones tenía que denegar algo de lo que pedían, entonces seguía aquel dictamen de pedir, el cual tenía cuidado de que nadie se retirase triste de él, procurando que comprendiesen ser negado justamente aquel favor que pedían, ya que es muy difícil y hasta imposible para un superior el cual únicamente quiere agradar a Dios, complacer a todos, aún a los buenos, trataba a los que no le eran tan afectos con caridad y mansedumbre, así que no omitió nada para ganarse la voluntad de ellos. Y aunque era muy parco de palabras, se hacía elocuente para agradecer un favor que le hacían, o para reconocer lo realizado por otros para la Mayor Gloria de Dios y la salvación de las almas. Los alababa de esto sobre manera, así que todos comprendieran fácilmente que le habían causado gran satisfacción.

La utilísima práctica, establecida ahora ya en toda la Provincia, de dar los Santos Ejercicios a personas de ambos sexos, se debe, como dijimos ya, en especial a su celo. Hay que añadir que de lo mismo a él se debe la mayor frecuencia de los santos sacramentos entre nosotros, para cuyo efecto promovió el Jubileo de la llamada Comuni3n general de cada mes, introducido durante su provincialato. En su afán de procurar el bien de las almas, por cualquier industria, insistía en que en todas partes se dedicasen los nuestros obligatoriamente a los acostumbrados ministerios de la Compañía. Con eso, él mismo se iba adelante, en cuanto podía, con un ejemplo en todo. Solía sentarse al confesionario ya muy de mañana el primero de todos, y era el último en retirarse de allí a medio día. Del mismo modo siempre era muy pronto en acceder a los moribundos como cualquier otro Padre, en el tiempo que le quedaba libre de los cuidados de su gobierno.

Ante todo procuraba la salud de los indios por cuya causa había salido de Europa y venido a esta nuestra tierra, resuelto de pasar entre ellos toda su vida si lo querían Dios y los superiores y, ya que no lo podía hacer en persona, lo haría por sus compañeros, a los cuales

tenía que gobernar. Durante el primer periodo de su provincialato se animó, lo que antes y después de él ningún superior ha realizado, a marcharse a las remotísimas misiones de indios chiquitos, donde permaneció 20 meses enteros, sufriendo grandes incomodidades y sinsabores, con el intento de saludar y consolar en persona a los misioneros de aquellos indios, y para estudiar por propia experiencia el mejor modo de adelantar a aquella nueva cristianidad. Y, realmente, la adelantó durante su provincialato, añadiendo al número de las anteriores reducciones dos pueblos más, cuya fundación tiene la particularidad de que fue ensalzada por el martirio de uno de nuestros Padres, cruelmente asesinado por los bárbaros, mientras iba instruyéndoles en la fe y atrayendo a las reducciones recién fundadas.

¿Qué diré, al fin, de su ardiente amor a Dios, fuente de cuanto ha realizado? Fomentaba en su corazón este sagrado fuego del amor por su continua y ferviente oración y contemplación, en la cual muchas veces pasaba varias horas fuera del tiempo designado por las reglas, hincado de rodillas aún en su avanzada edad y con la salud quebrantada. Intentaría inspirar el mismo fervor en la oración, fuente de todas virtudes, también a sus súbditos, especialmente a la juventud estudiosa, a la cual gobernaba, como se dijo, por tantos años tanto en esta Provincia, como en la de Chile. Pronunciaba con frecuencia piadosas jaculatorias, sintiendo con estas ocasiones, a veces tan grande consuelo en su alma, que no podía contener las lágrimas. Todavía más sucedió esta al rezar él las horas canónicas, y al decir la santa misa, a cuyas funciones sagradas se dedicaba con tanta devoción, que edificaba grandemente a los asistentes. Le recreaba grandemente la presencia en Cristo sacramentado por cuyo motivo solía, después de su propia misa, a dos más, cada vez que se le permitían sus negocios, además hacía frecuentes visitas al Santísimo durante el día y solía pasar allí una hora entera antes de cenar, haciendo su adoración de rodillas. Opinaban que se había acelerado la hora de su muerte a consecuencia de su devoción a Cristo sacramentado, pues, cuando por el jubileo de las Cuarenta horas se había expuesto el Santísimo, el día de Santa Ana, pasaba allí gran parte del día postrado en el suelo, aunque estaba indispuerto de salud. Así, cuando todavía no se había hecho la reserva, comenzó a sentirse más mal y tuvo que retirarse a su aposento, muriendo allí la noche tercera.

Era igualmente muy devoto de la Santísima Virgen y estaba persuadido de agradecer tanto más a su divino Hijo, cuando más veneraba a su santísima Madre; por lo tanto pasaba sus fiestas en alabanzas de ella, meditando con consuelo los misterios de fe relativos a ella, e insistía en recomendar su culto y veneración.

Guardaba exactísimamente las santas reglas, a manera de novicios en su primer fervor y las guardaba también en los viajes, al hacer la visita oficial de la Provincia, observando la distribución de tiempo acostumbrada en los colegios, en cuanto le era posible, juntamente con sus compañeros de viaje, y mucho más la guardaba estando en casa. Un día estaba haciendo según costumbre, el examen de conciencia y no quiso leer las cartas que este momento se le entregaban sino después de terminar la distribución. Por este motivo, cuando ya muy anciano, apenas se podía arrastrar al comedor, bajaba a él sin embargo, para comer en compañía de los demás. Del mismo modo solía los sábados barrer el templo y los corredores del colegio, como hacían también otros ejercicios de humanidades de este género, como

los demás de casa. Pedía a los superiores que le querían dispensar de estos actos que por favor se lo permitiesen, alegando por motivo, que en caso contrario causaría escándalo a los religiosos más jóvenes si hacía exenciones y aseguraba que le era sumamente grato sujetarse a las ordinarias obligaciones de la vida común, hasta su último aliento.

¿Qué diré de sus demás virtudes? Sería demasiado prolijo enumerarlas en particular. Una sola mencionaré, por ser muy elevada: su profunda humildad, conservada en medio de sus prolongados cargos de gobierno. Así era rector de este colegio, después de ser relevado de su provincialato, y sin embargo parecía ser el más dócil súbdito del nuevo provincial.

Ya dijimos que había sido favorecido del cielo con grandes dones y privilegios, habiendo tenido el don de lágrimas en sus Ejercicios Espirituales, prueba de grandes consue- los, ocultándole sin embargo estos favores del cielo alegando debilidad de la vista. Era de una bondad encantadora, de finísimos modales, así que fácilmente se descubría la nobleza de su procedencia y sin embargo no la mencionaba jamás.

En una palabra: por su ejemplar humildad y sus demás virtudes ha sido tenido de todos por varón santo, cuya memoria no perecerá nunca.

El mismo año, el 18 de octubre acabó sus días el Hermano coadjutor Guillermo Schelton<sup>226</sup>, de nación inglés. Por largos viajes y en compañía de algunos compatriotas, había buscado su fortuna en diferentes partes del mundo, hasta que al fin llegó al puerto de Buenos Aires y al de la verdadera fe. Abjuró sus errores hereditarios y se ordenó al mundo, siendo admitido en la Compañía. Vivió en ella sólo trece años, con mucha edificación, muriendo a la edad de 45 años.

Después de 15 días le siguió el Hermano escolar Fernando Ramírez<sup>227</sup> oidor de teología del segundo año. Era natural de Montilla en Andalucía. Era muy querido de todos por su natural bondad, y por la inocencia de su vida. Era un fervoroso religioso y un estudiante aplicado. Fue arrebatado por la llamada peste de Hungría, preparándose religiosamente a buen morir y expiró a los 8 años de Compañía y 27 de edad.

Acabó sus días en el mismo colegio donde había pasado toda su vida religiosa, el Hermano coadjutor temporal José Uriarte<sup>228</sup>, a la avanzada edad de 72 años, habiendo estado en la Compañía 48. Vio la luz del mundo en Lequeito, célebre población de Cantabria, el 23 de marzo de 1663. En su temprana juventud se dedicó a la carrera militar en Italia, con los

---

<sup>226</sup> Nació en Nottingham el 8 de setiembre de 1690, ingresando a la Orden en el Paraguay el 8 de abril de 1721 y muriendo en Córdoba el 18 de octubre de 1734 (STORNI SJ, Hugo, p. 265).

<sup>227</sup> Nació en Montilla, Córdoba, España, el 30 de mayo de 1707, ingresando a la Orden en 1726. Llegó a Buenos Aires el 19 de abril de 1729, muriendo en Córdoba el 2 de noviembre de 1734 (STORNI SJ, Hugo, p. 233).

<sup>228</sup> Nació en Lequeito, Vizcaya, el 18 de marzo de 1663, ingresando a la Compañía de Jesús de la provincia del Paraguay el 18 de enero de 1687, haciendo sus primeros votos dos años después. Sus últimos votos los dio en Córdoba el 24 de junio de 1699 y murió en la misma ciudad el 4 de diciembre de 1734 (STORNI SJ, Hugo, p. 291).

más grandes peligros de cuerpo y alma, a los cuales escapó felizmente, Dios mediante, rechazando generosamente la frecuente tentativa de seducción de parte de gente de mal vivir. Volvió a España, embarcándose para trasladarse a Buenos Aires y enrolándose entre los milicianos del fuerte de aquella ciudad. Le esperaban allí nuevas tentaciones a la deshonestidad y para librarse de ellas abandonó el mundo y se refugió en la Compañía. Fue admitido el 10 de enero de 1687, quedando por toda su vida con el cargo de portero de este colegio. Para cumplir su oficio con perfección estudiaba diligentemente la vida de nuestro venerable Hermano Alonso Rodríguez. Era muy pronto en acudir a la señal de la campanilla de la portería aunque era de noche y a deshora, como si hubiera sido llamado por la voz del mismo Cristo Nuestro Señor y nunca se le ha notado negligencia en su oficio en el largo espacio de 40 años, en que lo desempeñaba. Todo este tiempo tenía también el cargo de despertador de la comunidad en la mañana, despertando a algunos en particular a cualquier hora como lo deseaban, con toda exactitud. Para con los pobres que pedían limosna en la portería, se portaba como padre, no molestándose de nadie, ni despidiendo de sí a nadie triste y descontento, por haber sido él muy caritativo, deseando servir a todos en todo.

Era preciso muchísimas veces, pasar por todo el colegio para hallar algo que dar a los pobres, y no lo llevaba a mal y cuando le decían que no se molestara tanto, estando él ya en edad avanzada, contestaba “Habrá bastante tiempo en el sepulcro para descansar, y hay que trabajar, cuando estamos todavía con vida. En realidad procedía de este modo, no viéndole nadie jamás ocioso. No se contentaba con repartir limosnas corporales sino añadía también el sustento espiritual por medio de saludables consejos, cuando se ofrecía ocasión oportuna. Tenían no raras veces muy buen afecto, también, cuando se trataba de personas de más autoridad, no llevando ellas a mal el recibir lecciones morales de parte de este hombre sin mayores letras, al contrario le escuchaban dóciles prendidas de la natural sinceridad de aquel varón buenísimo.

Un día se le había ordenado vigilar la cosecha en la viña, durante la cual no se permitía ningún descanso, pasando días enteros expuesto a los rayos de un sol rebasados. Otras veces fue enviado en pleno verano, en el tiempo antes de comenzar aquí la cuaresma a Santa Fe, o a Buenos Aires, ciudades situadas a las orillas del río de la Plata, para proveerse de pescado (ya que por nuestro propio pudor y trabajo tenemos que procurar el sustento de nuestra vida en una región, donde apenas se puede comprar los víveres necesarios) con que ocasión se sujetaba este buen Hermano a increíbles molestias.

Con todo, lo que le sobraba de tiempo, después de haber cumplido con sus obligaciones, lo invertía asiduamente en la oración vocal y mental, a la cual siempre era muy aficionado. Hasta durante el desempeño de su cargo en el colegio y al llamar a uno de sus sujetos a la portería, u ocupado con otro negocio, sabía juntar la oración con el trabajo, rezando sin cesar el santo rosario. Hacía además frecuentes visitas al Santísimo, al cual era muy devoto, pasando delante de él horas enteras, ya antes que se levantase por la mañana la comunidad.

Le molestaba mucho el espíritu maligno, pero nunca lo pudo vencer confiado él en el eficaz socorro de parte de Dios y despreciando las envidias y fantasmas en sus prácticas pia-

dosas una vez comenzadas. Sujetaba perfectamente sus pasiones y no permitía a sus sentidos ninguna libertad, maltratando su cuerpo con austeridades voluntarias, tanto que era preciso refrenarlo en algo en esta materia.

Guardaba fielmente sus votos religiosos, siendo muy amante de la pobreza, contentándose con lo más simple para su uso y sufriendo con paciencia, cuando le faltaba algo de lo más indispensable. Cuidaba de la castidad de tal modo que huía diligentemente de todo lo que lo podía empañar en lo más mínimo. Así, cuando tenía que hablar con mujeres (lo que sucedió frecuentemente, a consecuencia de su oficio de portero), guardaba una admirable gravedad y circunspección, no perdonándose ni siquiera un afecto voluntario ni el menor descuido en esta materia. La llamada ciega obediencia le era muy familiar, por una larga práctica de ella y se holgaba en poder obedecer a un superior, aún en materia difícil, cumpliendo lo mandado sin disculpa ninguna, no apartándose de lo encargado ni por la anchura de un dedo, aunque otros hubieran manifestado su descontento, aún personas de autoridad, las cuales en este caso, le eran inferiores a la voluntad de su superior legítimo.

Amaba grandemente su vocación religiosa en la Compañía, tanto que no se satisfacía en agradecer a Dios por este tan grande beneficio, diciendo que se hallaba cada día más contento en ella, y alegrándose sobremanera al saber de cualquier suceso favorable a ella, acaecido en cualquier parte del mundo.

Pocos meses antes de morir fue molestado de varias enfermedades, las cuales le advertían de su cercana muerte, sin que se le alterase su paz y tranquilidad de ánimo, guardando él esta tranquilidad hasta su último aliento. Preguntaba en su última enfermedad a los que le rodeaban: “¿Qué dice el médico? ¿Porqué me oculta que tengo que morir? No tengo ganas de vivir por más tiempo, ni temo la muerte”. De este modo terminó su edificante vida después de haber recibido todos los sacramentos de los moribundos y habiendo pasado largo rato en agonía el día 4 de diciembre de 1734.

### *El noviciado de Córdoba*

Está adjunta la casa del noviciado al colegio máximo y alberga, después de la vuelta de los Procuradores a la Provincia un número de novicios mucho mayor del acostumbrado (siendo aquí tan pocas las vocaciones a la Compañía), habiendo estado compuesto de gran parte de ellos la recién llegada expedición de Europa. Después de haber traspasado al colegio los que habían cumplido el bienio de la primera probación, todavía quedaron 48 novicios en esta casa y además 4 sacerdotes, que hacen su tercera probación. Reina aquí la más exacta observancia religiosa, y el amor y la práctica de sólidas virtudes, así que hay esperanza de que ellos resultarán egregios pregoneros de la Palabra de Dios y ministros evangélicos.

Decayó mucho el estado temporal de esta casa por la mala cosecha de los años anteriores y por la epidemia del año 1731, la cual consumió 28 de nuestros esclavos negros y dejó tan estropeados a los demás, que apenas hubo peones para cultivar la tierra. Se procuró remediar tantos males por una novena ofrecida al Apóstol de las Indias, y al terminarla



cayó una copiosa lluvia del cielo, la cual templó tanto la atmósfera ardiente y malsana, que en poco tiempo acabó la epidemia. Para que fuese más patente este beneficio, proporcionado por el Santo a sus devotos, se notó que dos leguas más delante de nuestra estancia no llovió en toda aquella comarca.

Se procuró también la enmienda de costumbres de la gente con ocasión de aquel contagio mental, así que hasta hoy día, perseverará ella en muchos de los que en este tiempo han reformado su modo de vivir, concibiendo ellos entonces un odio al pecado no vulgar. Entre ellos se hallaron dos mujeres casadas, antes muy perdidas, pero al tiempo de la peste convertidas sinceramente, y perseverando después constantes en la enmienda de su vida, así que, aunque provocadas muchas veces al pecado con promesas, regalos y amenazas y hasta con maltratos, sin embargo, no se dejaron apartar ni por la anchura de una uña de su buen propósito.

En lo tocante a las solteras, había algunas de ellas de igual constancia en guardar su castidad, y aún de mayor heroísmo. Así había una niña de apenas 16 años, a la cual perseguía apasionadamente un libertino español, queriendo seducirla muchas veces por medio de halagos y regalos, no sacando nada con todo esto. Recurrió entonces al engaño y a la fuerza. Rechazó aquella semejante insinuación, como siempre. En esto, aquel le arrebató cierto abrigo, llevándola a un lugar apartado de testigos y cómodo para cometer el crimen, esperando él que allí pudiera violentar a aquella doncella, al llegar ella habló para buscar su prenda de ropa. Pero se frustró a aquel también esta traza, pues cayó en cuenta la niña de esta astucia, por ser ella una doncella tan prudente como casta y prefirió más bien apartarse más lejos, mal vestida y abandonar su ropa. Más tarde se encontró ella casualmente con el mismo malvado y le reprendió tan duramente por su desvergüenza que aquel quedó perplejo y en adelante ya no se atrevió a molestarla.

Había otra doncella de unos veinte años la cual despreciaba igualmente los halagos y las amenazas y hasta azotes de otro seductor. Mientras aquel estaba pegándole cruelmente, le dijo “Pega, pega, mátame, si te gusta, pero no conseguirás criminal hacerme caer. Pues aborrezco semejante maldad de toda mi alma, más que la misma muerte, desde que he oído de los Padres qué infamia contiene”. Así venció ella gloriosamente, venciendo también al seductor, el cual volvió a sano juicio al ver la constancia de aquella doncella y su horror al pecado. Comenzó con eso a apreciar más la castidad y fue a los pies del confesor, descubriéndole entre lágrimas los crímenes de su vida pasada y prometiendo la enmienda para la venidera.

#### *El colegio convictorio de Córdoba*

Mantiene este colegio a seis sujetos de nuestra Compañía, parte para dirigir los estudios, parte para administrar las cosas temporales. Hubo cada año más de cuarenta convictores, de los cuales algunos eran peruanos, otros chilenos, otros europeos. Pues goza este colegio de gran prestigio entre los seglares, por la esmerada educación que allí se proporciona a la juventud y por sus progresos que ella allí hace en virtud y letras a gran provecho futuro de la Iglesia y el estado.

Hasta ahora eran las condiciones de habitación bastante incómodas y no permitían admitir mayor número de colegiales. Por lo tanto se comenzó a construir un nuevo edificio más vasto y elegante para cuyo adelanto contribuyó, hace poco, cierto caballero distinguido la suma de mil pesos.

Con ocasión de la llegada del nuevo obispo de Tucumán, representaron los convictores un drama, cuyo argumento era la muerte de santo mártir Hermenegildo, lo cual gustó sobre manera tanto al obispo, como a la numerosa concurrencia de caballeros y seglares<sup>229</sup>.

---

<sup>229</sup> Continúa con la descripción de lo sucedido en los colegios de Asunción, Corrientes, Santa Fe, Buenos Aires y la fundación de la residencia de Belén, La Rioja, Santiago del Estero, Tucumán, Salta y Tarija. La otra parte se refiere a las misiones del Paraná y el Uruguay y finalmente a la de chiquitos.

## Carta Anua de 1735–1743<sup>230</sup>

### *Cartas anuas de la provincia del Paraguay de 1735 a 1743*

(...) Siete sacerdotes están continuamente ocupados en nuestra iglesia, para en las confesiones de esta multitud de gente sin que pudieren dar abasto a todos; pues, especialmente en las fiestas más importantes del Señor y de la Santísima Virgen, y los días de Jubileo, están apretadas las mujeres a ambos lados del confesionario, habiendo personas que esperan por horas enteras el turno hasta poder confesar, y como en una gran avenida de aguas sigue una ola por la otra, estando siempre en la misma altura la corriente, así sigue un grupo de gente al otro sin que se disminuya su número. Pero lo más consolador en este caso y lo que manifiesta más el buen resultado del trabajo apostólico de los nuestros es la circunstancia que en tan grande concurso de mujeres de todas clases sociales, apenas se halle una con un pecado mortal, como lo han experimentado Padres que por toda la mañana estaban confesando.

Este tan grande fruto espiritual se debe atribuir a los sermones y más a los Ejercicios de San Ignacio, como se ha indicado ya arriba, ya que ellos no se omiten en ningún año, dándose ellos cada vez hasta a trescientas personas de ambos sexos. A las mujeres de esta ciudad, no hay que invitar ni buscar, para ese fin, sino apenas corre el rumor de acercarse el término de una tanda de Ejercicios, se presentan ellas mismas espontáneamente, solicitando su admisión, y así como empleamos muchas semanas enteras en repetir las tandas, podíamos emplear dieciséis, sin que disminuya la concurrencia, porque son tantas que se ofrecen para hacer Ejercicios, y no podemos menos que diferir el cumplimiento de su deseo hasta el otro año. No preciso asegurar que los hacen con gran modestia, profundo silencio y fervo-

---

<sup>230</sup> A esta anua le falta la primera parte que consta de 43 fojas, equivalentes a uno de los cuadernos traducidos por el padre Leonhardt. Es el periodo en el cual se funda la casa de ejercicios de Buenos Aires, españoles y 4000 guaraníes sitian la Colonia de Sacramento. Sucediendo a los Padres Jaime de Aguilar y Sebastián de San Martín, en el año 1739, fue nombrado provincial el Antonio Padre Machoni, siendo su secretario el Padre Ladislao Orosz. Su mandato se prolongará hasta el 10 de febrero de 1743 (Biblioteca del Colegio del Salvador, Cartas Anuas, 1735-1743, Es-tante 12).

rosa seriedad, solo tengo que decir, que son increíbles sus trazas para inventar penitencias corporales. Sus disciplinas son tan crueles, que manchan con sangre suelo y paredes, y ayunan por casi todos aquellos ocho días a pan y agua. Se cargan con cilicios y cruces punzantes, y se ponen en los zapatos cardos espinosos, y se tejen coronas de espinas agudas, y otras extraños inventos para mortificarse son familiares por el cotidiano uso hasta a tiernas doncellas, y son inútiles las protestas de los directores de Ejercicios, y la vigilancia de las señoras presidentas de ellos, por que el entusiasmo sagrado hace ingeniosas las ejercitantes, y su deseo de padecer sabe con mil artificios sustraerse de los ojos solícitos de los que dirigen los Ejercicios.

Acabados los ocho días, todavía no se detienen en sus mortificaciones sino los prosiguen aplicándoselas en sus casas soltando las riendas de la crueldad contra sí mismo, ya que nadie se les opone. Así es que algunas, dos o tres veces al día, se disciplinan, cargándose otras con tres y cuatro cilicios a la vez. Al llegar al fin la noticia del confesor, desaprobando él este modo de proceder inconsiderado, le contestan ellas que no habían introducido ninguna mortificación prohibida por la Iglesia, para combatir un enemigo tan cercano y peligroso, y que no querían más que imitar lo que sufrió el divino Salvador por ellas mismas, que era mucho más. Ruegan ellas encarecidamente que no se les quite este consuelo, y que no se les cercene sus penitencias.

Otras hay que no se pueden exceder en su casa, o que temen la protesta de sus maridos y sirvientes, y por lo tanto se abstienen de disciplinas ruidosas, pero se recompensan con otras clases de mortificaciones, empero, con esto, se fingen visitar a una conocida suya, marchándose en realidad a una de estas reuniones periódicas entre amigas de las mismas ideas, donde se pueden dedicar a sus penitencias a su gusto.

Este afán de hacer penitencia se propagó de tal modo en Buenos Aires, que se dice públicamente que, desde que se dan Ejercicios, en los talleres y en las tiendas no hay demanda de mercadería de más salida, que disciplinas y cilicios, y jabones erizados de cerdas y púas para martirizar el cuerpo.

Durante unos Ejercicios hubo alguien que se inflamó tanto en el amor a Dios y en el odio contra sí mismo, que por espacio de muchos años no encontraron en él sus directores espirituales ni la menor inclinación a las cosas mundanas. Se aplicaba fuera de otras muchas mortificaciones frecuentes y crueles disciplinas (sucediéndole maravillosamente que, habiéndose hoy desgarrado el cuerpo, estaban cerradas sus llagas al otro día, para poder herirse de nuevo), descansaba sobre palos desiguales y nudosos, no comía nunca carne desde hace ya muchos años, ni tomaba caldo, contentándose con alimento vegetal. En sus achaques que le sobrevinieron, le ordenaron sus confesores y los médicos, tomar sopa. Obedeció, pero no le probaba, sumando empero al volver a sus verduras insípidas, tanto, que sin dificultad pudo cumplir con sus obligaciones domésticas, las cuales por añadidura, no eran leves.

Además, muchos, después de haber hecho Ejercicios, guardan la costumbre de levantar la mente a Dios, a lo menos dos veces al día y hacer meditación, examen general y particular, velar horas enteras delante del Santísimo expuesto, puestos de rodillas, y no se atreven a sentarse. En los días de carnaval, algunos no se apartan por toda la mañana del Santí-

simo expuesto, haciendo adoración de rodillas hasta mediodía, y siguen con ella en las horas de la tarde del mismo modo, hasta la hora de la reserva.

Omite mencionar la reforma de costumbres que suele seguir a los Ejercicios, ya que arriba hemos hablado de este asunto, y no porque hay motivos para no descender a lo particular en algunos casos. Tampoco voy a describir por menor los gloriosos trabajos de los nuestros durante aquella cruel epidemia, que duró año y medio, privando a la ciudad de Buenos Aires de la vida de unos doce mil habitantes, habiendo atacado a todavía más personas, como se ha indicado ya al comenzar esta Carta Anua. Sólo aquel hecho providencial no callaré, el cual consistió en que, habiendo sido llamados los nuestros por todo el mundo, caminando ellos día y noche, por todas partes, se pudo dar abasto a todos, cosa muy singular con tanta multitud de gente enferma, y con tanta escasez de Padres, señal de lo incansable de su acto, y de la distribución oportuna, en que la gente iba muriéndose. Había sucedido a veces, que los Padres iban a una determinada parte, encontrando en el camino a otros, que parecían esperarlos también, y sin su tempestiva llegada hubieran perecido eternamente.

Había un enfermo, el cual de ninguna manera se quiso confesar, al contrario, contestaba con injurias e imprecaciones a todos que lo querían aconsejar, ya sólo al mencionar tal cosa. Con las mismas maldiciones recibió aquel a uno de nuestros Padres, el cual había pasado por allí, hasta queriendo retirar por fuerza. No se inmutó el Padre, sino procuró calmarlo buenamente y entonces, como por inspiración divina, logró levantar el espíritu desesperado del pobre, hasta que estalló en lágrimas y se confesó de sus pecados, y estando todavía presente el Padre, libre de sus ataduras morales y corporales se fue al cielo.

### *Cap.1-Inc. XV*

Paso ahora a referir las grandes festividades organizadas con ocasión de la canonización de San Juan Francisco Regi en 1740, en todos los colegios de esta Provincia, celebrándose a perfía por todas las ciudades este nuevo Santo de la Compañía de Jesús, con todo el lujo y toda la magnificencia posible en estas regiones, no demasiado pudientes. Sacaron los españoles todas sus preciosidades, prestándolas liberalmente y con muy buena gana para ensalzar el adorno festivo en lo más posible, como si esto dependiese del esfuerzo de cada uno. Las órdenes religiosas se aprovecharon de esta ocasión para manifestar su aprecio hacia nosotros, destinando en Córdoba y en Santa Fe un día especial para cantar vísperas y misa del Santo, con su correspondiente panegírico. Lo mismo hicieron los canónigos de Córdoba, celebrando el pontifical el Ilustrísimo señor obispo, electo arzobispo de Lima, doctor José Antonio Gutiérrez de Zeballos, haciendo el panegírico del Santo uno de los canónigos.

En Santa Fe había elegantes colgaduras por todo el templo y vasija de plata abollada y preciosos cuadros de Santos. El altar mayor, empero, estaba de abajo a arriba, iluminado con velas que se reflejaban en espejos. Se habían fabricado además flores artificiales de plata y seda.

No menor pompa se desarrolló en la solemne procesión, habiéndose colocado en las cuatro esquinas de la plaza mayor otros tantos altares, tres erigidos por las órdenes religio-

sas de aquella ciudad, el cuarto por el clero seglar, todos artísticamente adornados.

Todos los días había juegos populares, danzas de niños españoles, indios y morenos, no faltando cada noche explosiones de cohetes hacia diferentes direcciones y fuegos artificiales en forma de soles que se movían en círculo y deleitando la vista con su luz chispeante, y aturdiendo el oído por su estallido.

Los religiosos de San Francisco levantaron a hombros la estatua del Santo, colocándola en uno de los altares de la plaza y los llevaron a la iglesia, cantando el himno *Yste confesor* y el *Tedeum Laudamus*.

Las señoras más distinguidas de la ciudad habían adornado las efigies de los Santos de la Compañía con nuevas sotanas, con perlas y piedras preciosas, con anillos y broches de oro y con otras preciosidades de esta clase, tanto que se puede decir, que todos los tesoros de la ciudad de Santa Fe y estos son pocos, todos se han invertido en adornar a estos Santos.

Los jóvenes de la alta sociedad, tanto criollos como los nacidos en Europa, organizaron espontáneamente danzas artísticas y simbólicas en la plaza, en trajes especiales hechos a este efecto, sólo para aumentar el universal regocijo de estos días y para testificar su afecto a la Compañía.

Los alumnos del colegio empero, tanto los de la primera, como los de la segunda enseñanza, representaron muy bien un nuevo drama alusivo a la canonización de San Francisco Regis, el cual gustó mucho a la concurrencia y cosechó grandes aplausos.

Este entusiasmo universal de la ciudad, parece agradó tanto al Santo, que se vio obligado a recompensar con favores especiales. Así sucedió que ninguna de tantas cosas, tan variadas, minuciosas y precisas que se habían prestado para esta ocasión, se hubiese perdido. Había caído del dedo de un niño un anillo precioso, con un brillante engastado, pero pronto después se halló en plena calle. La señora que había tomado a su cargo el adornar la efigie del Santo recién canonizado, se vio pronta recompensada por su buena obra. Pues su marido tuvo que defender su derecho en un pleito que puso en peligro toda su fortuna por la cual había partido a la Real Audiencia de Chuquisaca. Ya había pasado mucho tiempo, sin que la señora hubiera tenido noticia de él, por lo cual estaba afligida. Pero el mismo día en que ella colocó en la iglesia la imagen del Santo ricamente adornada, recibió ella una carta de su marido, que le avisó de su pronta vuelta a su tierra y del buen éxito de su pleito. Unos pocos días después, siguiendo todavía adelante los festejos, llegaron a sus manos otras cartas, escritas por el mismo. La circunstancia de que estas noticias llegaron precisamente en tal época, determinaron a la señora, atribuir a la intención de San Juan Francisco Regis su felicidad y la de su marido con toda su casa. Por este motivo cuando después de las solemnidades, se había llevado la estatua del Santo por unos días a su casa, para que sacase los adornos que ellos habían puesto, no los sacó antes que viniese su marido y los viese, para que también él comprendiese a que abogado debía el buen éxito de su pleito y para que siempre se acordase con gratitud de este gran beneficio.

En Córdoba se ha celebrado esta fiesta con no menor lujo y con la más numerosa asis-

tencia de parte de los nuestros, pues estaban presentes los Padres más ancianos de la Provincia, reunidos para la congregación provincial que se celebraba en Noviembre.

Algunas señoras, muy devotas de la Compañía, habían ricamente adornado la estatua de San Juan Francisco, encargándose con vestir a los demás Santos de la Compañía las monjas del convento de Santa Catalina de Sena y otras señoras afectas a la Compañía. El adorno de los altares corrió a expensas de algunas familias distinguidas de esta ciudad.

Tres damas, alusivas a las circunstancias, se han representado egregiamente, una de ellas con acompañamiento de música vocal e instrumental.

Semejante solemnidad se celebró en los demás colegios, y cada una de las ciudades se afanó de la misma manera, en demostrar su amor al nuevo Santo y a la Compañía, confesando con gratitud, que deben muchísimo a la Compañía.

### *Cap.1-Inc. XVI*

Conviene al fin de esta relación de las cosas más notables sucedidas en los colegios mencionar la preciosa muerte en el Señor de algunas personas cultivadas por la Compañía, fallecidos estos últimos años para irse a la felicidad eterna.

La primera era doña Blanca Godoy, descendiente de una familia de Córdoba en (la Nueva) Andalucía, señora muy distinguida y pudiente, heredera de su casa y familia, aunque nacida ella en Santa Fe de la Vera Cruz de la provincia del Río de la Plata. Al llegar a los años de dirección, la iluminó también la divina gracia, conociendo ella las vanidades del mundo y resolviéndose a renunciar a sus bienes y a los placeres para desposarse únicamente a Cristo. Por lo tanto se embarcó eb compañía de un pariente suyo en 1676, para entrar en España en un convento de monjas, sufriendo naufragio en el río de la Plata y volviendo a Santa Fe. Allí hizo el voto de virginidad, se vistió con el hábito de las llamadas Beatas de la Compañía y pasó el resto de su vida imitando el modo de vivir de la venerable madre Marina de Escobar. Durante toda su vida siempre tenía como director espiritual a uno de nuestros Padres, aunque su casa estaba pegada a un convento de otros religiosos. Daba siempre el ejemplo de una virtud tan acabada, que no podía menos que respetarla toda la ciudad. Todos los días festivos se iba al amanecer a la iglesia, se confesaba, pasando la mayor parte de la mañana en oración, como lo hacían también en los días de trabajo. Se retiraba después a su casa, cumpliendo con sus deberes domésticos, con el cariño de una madre, aunque todos de su casa eran sólo esclavos a los cuales mandaba ella no con arrogancia señorial, sino los trataba con mansedumbre cristiana, y no ponía el pie fuera de casa, sino para visitar a los enfermos, consolándolos caritativamente, o para asistir a una función sagrada en el templo. Por lo demás, guardaba en su casa tal distribución de tiempo que no había instante para el ocio, pasándolo trabajando, leyendo buenos libros, cantando y meditando, todo a su tiempo.

Tenía una singular devoción a la Virgen Santísima y la supo infiltrar a todos en su casa. A San Ignacio veneraba como su padre, y entre sus muchas imágenes de Santos en su capilla, él ocupó el lugar de preferencia, para el adorno del Santo destinó por testamento todas las preciosidades que le había dejado su distinguido padre, consistiendo ellas en piedras

preciosas, anillos de oro y otras joyas. Además hizo heredera de su casa, servidumbre y de todo lo demás a la Compañía.

Tenía gran deseo de hacer los Ejercicios de San Ignacio, y sabiendo que se daban ya a las mujeres de otras ciudades, las felicitaba por esta dicha y la anhelaba también para las mujeres de la ciudad de Santa Fe y sentía mucho que práctica tan benéfica tardaba tanto de introducir allí, y tropezaba con tantas dificultades. Vencidas ellas al fin, logró ella, a lo menos en el último año de su vida ver cumplidos sus deseos y los hizo con tanto fervor que parecía rejuvenecer en su venerable ancianidad. Pues, aunque ella estaba acostumbrada por toda su vida a la oración y penitencia, salió con nuevo fervor para continuar estas prácticas piadosas.

Llegada a la edad de 74 años, fue llamada al premio eterno de sus virtudes y méritos, después de haber sufrido su última enfermedad como regalo nupcial de su divino esposo con el cual deseaba juntarse estrechamente para siempre, dando hasta el último momento edificante ejemplo de resignación en la voluntad de Dios y de otras virtudes. Habiendo ella recibido devotamente los últimos sacramentos, entregó su alma a Dios a fines de diciembre de 1734.

Asistieron a sus funerales muchos de la Compañía, a la sazón de paso por Santa Fe, volviendo ellos de la congregación provincial, y otros cinco enviados al Paraguay para recibir las órdenes sagradas, como si Dios expresamente había depuesto la presencia de muchos de la Compañía a los funerales de una señora tan afecta a la misma Compañía. Había otro motivo de pensar de este modo. Ella misma, al comenzar su última enfermedad, dijo claramente que ella no moriría antes de la vuelta de los Padres de Córdoba.

Fueron enterrados sus restos mortales en nuestra iglesia, después de funerales lo más solemnes posible, habiendo sido adornado magníficamente su catafalco con inscripciones en versos latinos y castellanos, y siguiéndose una oración fúnebre de las virtudes y los méritos de la difunta, a gran satisfacción de toda la ciudad.

La otra era doña Francisca Quinteros, que siempre había llevado una vida edificante y la cual, habiendo quedado viuda, comenzó en su ciudad natal de Córdoba una vida todavía más reconcentrada en Dios, sirviéndole, vestida con el hábito de las Beatas de la Compañía, en unión con sus cinco hijas doncellas, las cuales habían seguido a su madre, para apartarse nunca de su lado. Madre e hijas vivían a edificación de toda la ciudad, como si fuesen religiosas. Guardaban la misma distribución de tiempo, como nosotros en el colegio, viviendo ellas en su cercanía, levantándose y acostándose a la misma hora, haciendo sus meditación y el examen de conciencia dos veces al día, almorzando y cenando al mismo tiempo como los de nuestra casa. Ganaban su sustento en el trabajo de su mano, porque habían quedado pobres, invirtiendo ellas todo el tiempo, libre de los Ejercicios Espirituales, a los quehaceres domésticos. Recibieron en su casa también a otras mujeres, que querían guardarse como ellas, contra los peligros del mundo con el escudo de la Compañía y vivir una vida conforme a la ley divina. Hablan sólo de cosas espirituales, frecuentan mucho los sacramentos, a lo menos dos veces en la semana, ya que sus buenas costumbres lo permiten. Usan austeridades corporales, algunas frecuentemente y tienen cada día su lectura espiritual y dos



horas de meditación cotidiana, fuera de la semana de Ejercicios. Los promueven entre las mujeres, instando especialmente aquellos que los precisan más. Durante los Ejercicios, como más experimentadas, dirigen ellas a las demás, yéndoles a la mano en todo, animándolas a perseverar, resolviéndoles las dificultades que se les ofrecen, enseñándoles la manera de meditar y de llevar una vida arreglada, o más bien, les repiten lo explicado por el director espiritual; en una palabra, lo que nosotros mismos no podemos hacer, esto hacen aquellas, llenas de entusiasmo por la gloria de Dios y la salvación de las almas.

Se distinguía entre todas ellas la egregia virtud de Doña Francisca y su admirable unión con Dios y su santísima voluntad, tanto en los días buenos como en los malos, y en todas sus empresas. A su único hijo que le había quedado educó como si fuera un novicio, por lo cual resultó aquel cura-párroco tan ejemplar para los demás sacerdotes. No hacía ella ningunas visitas, sino a los verdaderamente enfermos, fomentando y sirviéndoles caritativamente, aunque hubieran pertenecido a la ínfima plebe y padecieren de una enfermedad asquerosa. Por lo demás, jamás salió de su retiro, sino para irse a nuestra cercana iglesia, y para asistir a una función religiosa. Seguía con gran docilidad los consejos de sus directores espirituales, que eran Padres de la Compañía, viendo en ellos representantes de Dios mismo, no queriendo de su parte otra cosa sino lo que se le mandaba.

Muerto su marido, hizo voto de castidad y lo guardó con tanta perfección que logró ser un dechado de pudor, no pensando, hablando, haciendo nada que no pareciera sin algo sobrenatural, penetrado de la más grande delicadeza.

Dejó ella como heredera e imitadora de sus virtudes a sus hijas las cuales, escogiéndose a Cristo por esposo, hicieron el mismo voto. Con esta edificante vida pasó ella varios años con constancia hasta que cayó gravemente enferma, cuya noticia recibió con alegría, por ser el paso a la feliz eternidad, llevando con mucha paciencia sus dolores. Recibió los últimos sacramentos y descansó plácidamente en el ósculo del Señor, en la fiesta de los Santos mártires japoneses el año de 1737. El día siguiente se celebraron sus funerales en la iglesia del colegio y sus restos fueron sepultados cerca del altar de su gran devoto San Francisco Javier. Su memoria será imperecedera en cada ciudad por ser perenne el recuerdo de sus eximias virtudes y por la santa vida de sus hijas que siguen constantemente las huellas de su madre, siendo ellas su vivo y fiel retrato.

En tercer lugar es digno de perpetua memoria don Baltasar García Ros, noble caballero valtierrano de Navarra, al cual, habiendo servido en la milicia de Milán, llegando al rango de coronel, se trasladó a Buenos Aires, donde se distinguió durante el sitio por los españoles en 1704 de la Colonia de Sacramento, situada cerca de las islas de San Gabriel, ocupada por los portugueses y conquistada el año siguiente, siendo los lusitanos obligados a abandonar el pueblo y volver al Brasil. Después de estos acontecimientos ha sido primer gobernador del Paraguay y después de Buenos Aires, siendo después nombrado por el rey teniente de gobernador real perpetuo de la misma ciudad, la primera vez que se había introducido este puerto.

Siempre tenía la fama de ser un caballero piadoso y buen cristiano. Solía venir muchas veces a nosotros para recibir los sacramentos y era asiduo en asistir a las reuniones de la

congregación mariana. Siendo todavía soltero, y por añadidura militar, sin embargo no se le podía jamás notar el menor indicio de inmoralidad, y mucho menos después de casado, especialmente por haber tenido la feliz suerte de hallar una esposa muy religiosa, tanto, que ella, después de la muerte de su esposo se apresuró a entrar en el convento de las carmelitas descalzas de esta ciudad, donde alcanzó hacer la profesión de monja. Pero ya en vida de su marido parecía ella ser más bien una monja, y la casa de estos santos esposos se asemejaba a un convento.

Fue este caballero en los juicios inflexible defensor de la justicia y en la administración riguroso guardián de la disciplina. Procuraba el bienestar de los pobres indios y los defendía contra las vejaciones inicuas, y era muy querido por ellos por su carácter bondadoso, ajeno de toda codicia. Era muy afecto a la Compañía y en tiempo de su gobierno la defendió contra sus perseguidores, los cuales querían oscurecer por la calumnia el mérito de sus preclaros trabajos. Para este fin dirigió al Real Consejo y al mismo Rey los informes más elogiosos. El Rey apreció mucho estos testimonios, porque sabía que correspondían a la verdad.

Todos los días asistía a las primeras misas en nuestro colegio, para dedicar gran parte de la mañana a esta santa ocupación y comulgaba en los domingos y días festivos, no acobardándose el buen anciano por el rigor del invierno. Ya lleno de días y méritos cayó enfermo. Al instante procuró hacer su testamento, por el cual quiso favorecer a la Compañía, haciendo un legado para el colegio de Buenos Aires de ocho mil pesos, y para la residencia de Belén de la misma ciudad otros cuatro mil pesos. Habiendo recibido con tiempo los últimos sacramentos con mucha devoción, espiró el 9 de enero de 1740, y fue sepultado en la iglesia de nuestro colegio. A sus solemnísimos funerales asistió toda la ciudad con gran sentimiento porque él había sido su honra por su autoridad, su buenas costumbres y su venerable ancianidad de más de noventa años.

Era muy devoto de la Virgen Santísima, venerada en nuestro colegio bajo la invocación a la Soledad, habiendo rezado cada día delante de ella por largo rato. Hizo arreglar a su costa el altar artísticamente, y sobredorarlo, y dejó una fundación de dos mil pesos para costear la anual celebración de su fiesta, fuera del ya mencionado legado para el colegio.

El colegio de Tarija sufrió gran quebranto de su fortuna. Lo remedió don Juan de Salazar, vecino de Tarija, natural de Burgos en las Montañas, caballero distinguido y edificante. No quería otros directores espirituales sino Padres de la Compañía, y vivía sólo para obras buenas y para prácticas religiosas. Dio muchas limosnas a los pobres, por lo cual fue premiado este año de 1742 por la muerte de los justos. Dejó a nuestro colegio una herencia de 20.000 pesos, queriendo ser sepultado en nuestra iglesia, para quedar unido, después de la muerte con aquellos a quienes tanto amaba en vida.

En Buenos Aires murió en 1736 doña Isabel María de Tapia y Rancel, dama noble, la cual, después de haber perdido a su marido, quedó viuda hasta los sesenta años, rechazando ocasiones para casarse en segundas nupcias, pasando su vida haciendo obras buenas, confesándose con uno de los nuestros, amando a la Compañía tanto, que últimamente destinó por testamento a la residencia de esta ciudad por heredera de sus edificios. Se hicieron sus fu-

nerales y su sepultura en nuestra iglesia.

Ayudó además con grandes limosnas al colegio de esta misma ciudad don Pedro de Bargas, muriendo allí en 1740. Había destinado tres mil pesos para dotar una cátedra vespertina don Pedro Bazán, miembro de una muy noble familia de San Miguel de Tucumán, muerto, sin dejar descendientes en 1741, destinó a nuestro colegio su excelente estancia.

### *Cap.1-Inc. XVII*

Hay que contar entre los frutos de nuestros colegios do almas privilegiadas, aunque de humilde condición. El primero es José Granados, esclavo y sastre de oficio, el cual vivió muchos años en esta ciudad con una constante honradez, siendo hijo espiritual de los nuestros. Era de una tan singular fidelidad conocida en toda la ciudad, que cierto vecino le entregó sus bienes sin miedo que se le perdiese algo, como le había sucedido con otros sastres.

El buen hombre todos los días asistía a la misa, antes de poner mano a la obra. Todos los días hacía su meditación, habiendo llegado a tanta facilidad en la práctica de la unión con Dios que la conservaba hasta durante el trabajo y caminaba por las calles con gran recogimiento. Se maltrataba mucho con penitencias corporales, como lo indicaba ya su exterior demacrado. Era muy asiduo en recibir los sacramentos y en las prácticas de piedad.

No solo hacía los Ejercicios Espirituales con gran provecho, sino invitado también a otros de su clase social a hacerlos, haciendo durante las tandas, con permiso de su amo, el oficio de servicial.

Su gran pudor y modestia servía de silencioso reproche de la peligrosa licencia de otro y de eficaz ejemplo de buena educación.

En todo esto se manifestó que Dios no hace distinción de personas sino que reparte su gracia a quien quiere, con tal que halle buena disposición de ánimo y fiel cooperación con esta gracia, para adelantar cada día en la virtud, como sucedió con este sujeto de que hablamos.

Al declararse la epidemia en esta ciudad, fue atacado también este hombre, el cual con tiempo se hizo administrar los sacramentos, entregando su alma a Dios en abril de 1742, con gran sentimiento de los buenos, los cuales lamentaban la pérdida de un individuo de tan ejemplar conducta cristiana.

El mismo colegio poseía una esclava, que se llamaba Catalina Álvarez. Esta, muerto su marido, guardó continencia por 24 años, rechazando la ocasión de casarse otra vez. Pasó los años de su viudez de un modo tan edificante que era el modelo de honradez para los demás esclavos. Era de una eximia piedad hacia Dios, comulgando cada ocho días después de haberse confesado muy compungida, tanto que sus confesores quedaban maravillados del efecto de la divina gracia en persona tan sencilla, en especial porque tenía que exigir que confesase una falta de la vida pasada, ya confesada, para tener suficiente materia de absolución. Era buena catequista, no sólo de sus propios hijos, sino también de los demás niños negritos, reuniéndolos todas las tardes para instruirlos con mucho ahínco y mucha paciencia, concluyendo todos la lección con el rezo del santo rosario, infiltrándoles ella así el amor

a la Virgen desde temprana edad, del cual ella misma estaba llena y lo manifestaba con varias prácticas religiosas más.

Insigne era la caridad de esta mujer para con los enfermos, asistiéndoles día y noche, aunque no tenía parentesco o amistad con ellos y aunque sufrían de enfermedades repugnantes, largas y contagiosas. Con todo, cumplía exactamente los deberes de su estado de sirvienta con incansable solicitud, no sustrayéndose de ningún trabajo. Ante todo era una excelente sacristana, oficio reservado expresamente para ello.

Sus confesores tuvieron que ponerle tasa en sus ayunos, para no se debilitase excesivamente, y ella obedeció viendo la divina voluntad en las órdenes de sus directores. Vivía tan contenta con su suerte, que parecía que se había escogido de propia iniciativa, aquella humilde posición. Todo el mundo respetaba su honradez y castidad, tanto que la gente viciosa tuvo que refrenarse, no sólo en su presencia sino también en su ausencia, por miedo de que pudiese llegar a noticia de ella lo que ellos pretendían.

Unida con esta seriedad en sus costumbres, estaba una prudencia y delicadeza la cual la hacía a madre gravosa. De allí el gran respeto y amor de todos para con ella.

El tiempo de la epidemia se dedicó caritativamente al servicio de los apestados, pasando días y noches enteras en los aposentos repletos con atacados por el contagio, sirviéndoles ahincadamente hasta que ella misma se contagió, muriendo mártir de la caridad. Cuando Dios estaba ya tocando a la puerta de su corazón, ella le abrió llena de alegría, porque ella ya estaba lista y llena de deseo de llegar al acabamiento de la Santísima Trinidad y unirse con el Sumo Poder, al cual únicamente amaba.

Regresó cuando llegó el momento de administrarle los últimos sacramentos, se confesó como siempre y recibió el viático con suma paz y tranquilidad, señal de su buena conciencia.

Descansó plácidamente en el Señor, el 20 de setiembre de 1742, no sólo a gran sentimiento de la servidumbre sino también de los nuestros, por hacer gran falta su ejemplo que había dado.

### *Cap.1-Inc. XVIII*

Las adquisiciones de bienes temporales, hechos por los colegios de esta Provincia durante estos últimos años son los siguientes:

En el Colegio de Córdoba se han construido los corredores del piso superior con sólidas bóvedas de cal y ladrillo, recibiendo suficiente luz por cinco ventanas colocadas a su correspondiente distancia y rompiendo ellas el cielorraso de las bóvedas, debiéndose esta obra artística a nuestro insigne arquitecto Hermano Andrés Bianchi. De este modo, la parte superior del edificio se ha hecho más resistente y más hermosa, haciéndose al mismo tiempo bóveda en los aposentos, todos colocados hacia oriente. El corredor inferior, que se dirigió al oriente, fue prolongado y se levantaron los arcos del claustro hasta la altura de un piso. Se hicieron escaleras mucho más cómodas y mejor colocadas como antes.

El arte textil, el cual proporciona al colegio el género para nuestra ropa y la de nuestra servidumbre, tiene grandes ventajas, ya que no se consigue fácilmente paño en estas tierras, sino a gran precio. Tuvieron últimamente gran adelanto. Por lo tanto se le fomentó mucho, estos últimos tiempos.

En Alta Gracia, estancia del colegio, se ha construido una hermosa capilla, con bóvedas de cal y ladrillo. Del mismo material consisten los talleres del obraje de paño, construidos y techados recientemente, donde esclavos de ambos sexos tejen los géneros y cosen la ropa.

En la estancia de Jesús María se ha construido una cómoda y sólida casa habitación para los nuestros y una nueva bodega.

En la estancia de Santa Catalina, perteneciente al noviciado, se ha cercado con muralla la huerta y se ha plantado una viña, cuyo producto podía ser suficiente para los que moran allí. Se han edificado además allí las habitaciones para la servidumbre. Todo se ha cercado por una muralla de cal y canto.

A la casa de campo de Caroya, perteneciente al convictorio se ha añadido la otra mitad de la casa, que faltaba todavía y su huerta de árboles frutales y la viña, la cual ya rinde lo suficiente para aquel colegio, se ha cercado con una tapia de adobes.

El manzanal de Santa Ana, al cual se han encariñado algunos, aunque no vale gran cosa, y el cual está destinado a lugar de recreo, durante el año, para nuestros escolares, al fin recibió algunos edificios, que consisten en, comedor, una despensa, una cocina y un corredorito por delante para la sombra, muy conveniente para abrigarse contra el sol y la lluvia, porque antes hubo que acamparse al aire libre. Se ha hecho de cal y ladrillo, con techo, de una altura de 18 pies.

La iglesia de Córdoba adquirió ricos ornamentos de oro y plata, consistiendo en un frontal para el altar de San Francisco Regis, obra de arte elaborada en Potosí, del producto de unas limosnas, dos barandillas, dos campanillas y ocho candeleros, todo de plata, además un cáliz de oro y piedras preciosas con su patena y dos copones, igualmente de oro.

A la biblioteca del colegio se añadieron más de setenta volúmenes.

Los edificios del colegio de Buenos Aires se han reconstruido totalmente. Se han ensanchado las ventanas de los aposentos, como se han reformado también otros inconvenientes anteriores. La huerta se ha cercado por una sólida muralla de doce pies de altura. Fuera del colegio se han levantado dos grupos de casas de miendo, no despreciable recurso para el colegio. Se han construido habitaciones para la servidumbre y para alojamiento de los indios de las misiones, cuando vienen a este puerto con sus productos.

El altar mayor de la iglesia fue sobre dividido y delante sus gradas se ha puesto una baranda elegante de madera de varios colores entremezclados y el pavimento de toso el templo se revistió con pequeñas baldosas.

Al colegio de Salta se añadieron nuevos aposentos, y el antiguo edificio se ha renovado. Se ha construido una sacristía completamente nueva, con una bóveda artística de madera y se la ha proveído con armarios de cedro, adornados con entablamentos y están llenos

de nuevos ornamentos sagrados.

Las deudas con las cuales estaba gravado el colegio se han pagado casi del todo.

Ha sido adquirido un cáliz de oro con su pateria y tablas sacras con la fórmula de la consagración hechas de plata.

En La Rioja se ha comenzado con la construcción del nuevo colegio y de la nueva iglesia y ha llegado ya el momento de poner el techo.

Entre las cosas memorables acaecidas en los colegios hay que mencionar la singular vocación a la Compañía de dos sujetos. El uno fue el Hermano Manuel de Zevallos, natural de Burgos en la Montaña, sobrino del obispo del Tucumán, ahora arzobispo de Lima, el cual había venido a Lima juntamente con su tío y por su trato con los de la Compañía se aficionó a ella, y hechos los Ejercicios pidió ser admitido. Al saber esto su tío, el cual a la sazón estaba visitando su diócesis, le sacó del convictorio, donde estudiaba el joven y ordenó que viviere en su palacio. Aunque el joven había dirigido una carta a su tío llena de de motivos sobrenaturales, por los cuales pedía licencia para entrar a la Compañía, no lo pudo lograr, porque el tío había cifrado grandes esperanzas en las excelentes prendas del joven, pensando que sería un nuevo adorno a su noble familia si quedaría en el mundo. Vuelto el obispo de su visita, sacó al joven también de la escuela de la Compañía y prohibió terminantemente cualquier trato y encuentro con los nuestros, y le dio un Padre franciscano por director espiritual. Era este fray Pedro de Ordóñez, religioso muy edificante y muy afecto a la Compañía, el cual confirmó al joven en su resolución, tanto que, hace tiempo, hubiera entrado en la Compañía sino los superiores, temiendo el enojo del obispo, constantemente se hubiesen negado a admitirlo sin un previo permiso. Insistió el joven muchas veces, en que su tío obispo no le impidiese seguir la voz de Dios que le llamaba, declarando que jamás cambiaría de resolución, aunque tuviese que marcharse al último rincón del mundo, para poder entrar a la Compañía, añadiendo una declaración escrita en este sentido. Sospechó su Señoría Ilustrísima que hacía el joven todo esto por consejos de los nuestros, suponiendo que estaba en relaciones secretas con nosotros, comenzó a tratarle ásperamente y ordenó que le azotasen, sobrellevando el joven todo esto con ánimo inquebrantable, superior a sus tiernos años, ya que lo sufría por tan gloriosa causa. Al fin, después de haber aguantado no pocas adversidades, viendo que le estaban cerrados todos los pasos para poder entrar en esta nuestra Provincia, escribió secretamente a la de Chile, pidiendo la admisión, seguro de que allí no tuviese que sufrir tantas contrariedades; al contrario, que el ya se había abierto camino por la constancia en la vocación, probada por tantas adversidades y realmente consiguió el cumplimiento de su deseo. Alcanzada la licencia de parte del Padre Francisco Romero, provincial de la Provincia de Chile, preparó secretamente su fuga y en la espera de la fiesta de San José del año de la salud de 1738 pretextando querer confesarse para ganar el jubileo de la doctrina cristiana, concedido por el ordinario de la diócesis, se escapó de su casa. Por esta precaución, no se notó su ausencia sino al entrar la noche, mientras el joven ya estaba lejos de Córdoba, encaminándose tranquilamente a Mendoza. Ya se puede suponer cuán grande ha sido el enojo del ilustrísimo señor obispo a causa de esta fuga y cómo cavilaba para descubrir el factor del escapado, echando la culpa a nuestros superiores, creyendo que ellos se lo habían acon-

sejado, cuando en realidad no tenían parte en lo sucedido. No dejó piedra por mover para hallar al joven, no cayendo en cuenta a donde realmente se había marchado. Ya que no se pudo descubrir la pista de él, se entregó de lleno al dolor sobre su ausencia, hasta que supo que había entrado en la Provincia de Chile. Al instante escribió al ilustrísimo señor obispo de aquella diócesis, que el muchacho se había escapado por un imprudente arrebató, como suele ser frecuente en estos casos. Aunque el joven llevaba ya la sotana de la Compañía, sin embargo, el obispo de Chile, doctor don Juan Bravo de Ribera, investigó el asunto y al convencerse de la verdadera y sólida vocación del joven, le devolvió a la casa del noviciado, donde mora hasta hoy contentísimo de su vocación a la Compañía.

La otra vocación singular, era la del Hermano coadjutor Juan de Elliot, natural de Selkirk en escocia, educado en el calvinismo y llegado a Buenos Aires para ejercer el oficio de cirujano en el consulado inglés, llevando la vida libre que permite aquella secta. Pero la Madre de misericordia se conmovió de la suerte de este infeliz y se dignó atraerlo al camino de la verdad que se halla en la fe católica, y hasta dirigirle a la senda de la perfección que se profesa en la Compañía. Se le apareció la Madre del amor rodeada de su celestial hermosura, pero en tal forma que su rostro quedó en sombra. Se intranquilizó no poco, como correspondiendo por una luz sobrenatural, que no podía ver la hermosa casa de la Madre de Dios, porque él estaba todavía envuelto en las tinieblas de la herejía. Prometió hacerse católico, abjuró de la herejía y se sintió llamado a la Compañía, a la cual, después de las pruebas del caso, fue admitido en julio de 1741, siendo él ahora un fervoroso novicio.

Para poner fin y remate a lo referido de los colegios, conviene mencionar todavía las dos congregaciones provinciales, que tuvieron lugar en este periodo en nuestra Provincia. La primera era abreviada, según la norma de los privilegios concedidos para las Indias. Fue celebrada en este Colegio Máximo con asistencia de 17 profesos, el 24 de febrero de 1738. Presidía el Padre provincial Jaime de Aguilar y leídos los votos de los padres ausentes fue elegido procurador en el tercer escrutinio, con diez votos, el Padre Diego Gavín, entonces Procurador de la Provincia. Después, en el primer escrutinio, salió con mayoría de los votos primer sustituto el Padre Juan José Rico, rector del colegio del Paraguay. En un tercer escrutinio salió por mayoría de votos sustituto segundo el Padre Gabriel Novat, a la sazón secretario de Provincia. Se ofreció luego a los dos primeros una oración para irse a Europa este mismo año, y aunque han pasado por los peligros de la mar, han llegado con felicidad al puerto de Cádiz, en marzo del año siguiente, y los esperamos ya de vuelta con su expedición de nuevos misioneros para esta Provincia, la cual los precisa por la muerte de los compañeros difuntos que han ido ya a mejor vida.

Mientras tanto se celebró en noviembre de 1740, seis años después de la última, una congregación plena de la Provincia, convocada por el Padre provincial Antonio Machoni, el cual también la presidió. En ella salió en tercer escrutinio, con 21 votos, elegido procurador el Padre Jaime de Aguilar, a la sazón rector de este colegio máximo. En un cuarto escrutinio salió con 24 votos primer sustituto el Padre Lucas Zabala, rector del colegio de la Asunción del Paraguay, y segundo sustituto, en un tercer escrutinio, con 17 votos salió el Padre Pedro de Arroyo, rector del colegio de Buenos Aires. A estos no se les ofreció ocasión para

pasar a Europa.

Al fin, para testificar los grandes trabajos de los de esta Provincia, presentó en prueba las informaciones dirigidas al Rey Católico por el obispo y el gobernador del Tucumán.

### *Cap 2, Inc. 1*

#### *Las misiones populares, predicán en todas las ciudades de esta Provincia y su éxito colosal*

El remedio eficaz que ha enviado la misericordia de Dios, estos años pasados, a estas tierras con singular provecho de las almas, contra las multiformes costumbres depravadas, ha sido la misión apostólica, predicada por tres años seguidos, en todas las ciudades de nuestra Provincia por el Padre Ignacio Oyarzábal, elegido por Dios en preclaro instrumento de su mayor gloria, dándole singular eficacia a su palabra para conmovier a los fieles a un sincero arrepentimiento de sus pecados y a un firme propósito. Estrenó su labor apostólica por aquellas misiones, predicándolas al principio por solas las ciudades y parroquias de la diócesis de Tucumán, por él y el Padre Antonio Gutiérrez, acompañando los dos al Ilustrísimo Señor José Antonio Gutiérrez de Cevallos, obispo de Córdoba, y ahora arzobispo de Lima, en su visita pastoral de la diócesis.

Salieron pues, los dos de Córdoba en el mes de mayo de 1734, y continuaron su viaje apostólico hasta Diciembre de 1736, fecha en que el Ilustrísimo señor obispo volvió a su catedral. Durante todo este tiempo, continuaron su predicación apostólica no sólo en todas las poblaciones españolas, sino hasta en las aldeas de indios, a inmenso provecho de las almas y gran satisfacción del obispo, el cual después de una interrupción de la visita pastoral, para despachar otros asuntos urgentes, la reasumió en 1740, acompañándole a sus ruegos otra vez los operarios de la Compañía, que eran los Padres Lorenzo Planes y Gaspar Pfizer, puestos a su disposición.

Habiéndose pues, experimentado el abundante provecho de las almas, conseguido por esta clase de misiones predicadas en las mencionadas ciudades, pareció al padre Jaime de Aguilar, provincial de esta Provincia, ser a la Mayor Gloria de Dios, entender el beneficio de estas misiones a todas las demás ciudades de esta Provincia. Por lo tanto, el día del 27 de mayo de 1738 fue dado a principio a la misión de Córdoba, del modo siguiente: A la caída de la tarde, después del toque del Ángelus, salió el Padre Ignacio con el Santo Cristo crucificado entre dos faroles. Le acompañaron dos jóvenes alumnos del Regio Convictorio de Monserrat, cantando devotamente las estrofas propias a las misiones, interrumpiendo el canto periódicamente en lugares determinados donde el Padre Oyarzábal entonaba con voz sonora las llamadas saetas, como se las acostumbra cantar en España, invitando al mismo tiempo encarecidamente a todos a que acudiesen a nuestra gloria, para oír la Palabra de Dios. Animados por este llamamiento, seguía toda la gente compuesta de todas las clases y condiciones al Santo Cristo, el cual les invitó por la voz de su ministro, dejando ellos sus negocios y ocupaciones, para dedicarse únicamente al negocio más importante, que es la salvación de sus almas. Llegó esto a tanto, que las siervas y criados, las cuales a esta hora estaban sacando agua del río,



que pasa por la ciudad, a toda prisa dejaron el cántaro en su casa, para juntarse a la multitud que seguía al Santo Cristo, repitiendo devotamente los estribillos de los versos que se suelen cantar. Se componía cada noche este devoto cortejo de Cristo crucificado de mil y más personas de ambos sexos, por lo cual se aumentó el número de gente que se había apresurado a ocupar a tiempo un sitio en nuestra iglesia de tal manera que no sólo se llenó de bote en bote el templo, sino también su espacioso atrio, y buena parte de la calle.

Acto seguido, explicó el Padre provincial Jaime de Aguilar por espacio de media hora la doctrina cristiana, procediendo de este modo cada noche con ardiente celo y con su acostumbrada claridad y fuerza persuasiva. Después, los dos mencionados convictores de Monserrat, disponían los ánimos con devotos cánticos alusivos a la materia de que iba a tratar aquella noche en el púlpito el Padre misionero Ignacio Oyarzával, para que todos oyeren con atención la predicación de la Palabra de Dios. Entre tanto había subido al púlpito el padre misionero, vestido de roquete, teniendo en la mano derecha al Santo Cristo crucificado y habiéndose acabado el canto, casi siempre por espacio de una hora predicaba de las verdades eternas, sin embargo, hiriendo lo más profundo de los corazones como por una espada de dos filos.

En adelante se ha seguido siempre el mismo modo de proceder. Tantos eran los gemidos del auditorio, tantas sus lágrimas, tanto sus lamentos que levantaron al cielo, ya desde los comienzos de la misión, que el mismo orador se veía obligado a advertir a los oyentes, que moderasen sus lágrimas y lamentos, para que no confundieren sus palabras. Pero, algunas veces no bastaba esta advertencia para hacer callar a la multitud demasiado conmovida, así que el orador forzosamente tenía que interrumpir el hilo de su exposición, callando hasta que se habían calmado un tanto las manifestaciones de dolor y arrepentimiento de la concurrencia. Que estas no eran superficiales, sino venían del más profundo del alma, esto probó su afecto posterior, porque acabado el sermón quedaban tan penetrados de lo que habían oído que no pensaban ya, sino en servir a Dios y salvar sus almas, echándose a los pies del confeso, para confesar sus culpas con señales de extraordinario sentimiento de contrición. Alcanzaron a 2.000 las confesiones generales y las particulares, oídas en la iglesia de nuestro colegio, no se pudieron calcular. Las comuniones que se han repartido en nuestra iglesia eran 6.000.

Se vio manifestadamente en algunas notables conversiones de almas, antes aletargadas en los vicios, pero despertadas felizmente, a una saludable penitencia por la temible voz del misionero. La mejor señal de la sinceridad y serenidad de su conversión es la perseverancia de muchos en el bien, enmendándose ellos por lo que hablan oído en la misión y llevando ellos una buena vida hasta el día de hoy, no apartándose ni por la anchura de un dedo de lo que en aquellos días habían prometido a Dios. Acostumbran ellos ahora a hacer cada año una confesión general, desde la última que habían hecho, y a renovarse en el espíritu de la misión.

Conviene referir en este lugar la transfiguración completa de algunas personas, para que sirvan de ejemplo de otros casos semejantes. El primer lugar ocupa cierto individuo en el cual se manifestó la divina misericordia de un modo especial y se dejó por caso a la posteridad una prueba clara de lo mucho que vale la intención de la Virgen para sus devotos. Este comenzó

con una vida perdida por su trato incestuoso con su propia hermana. Sueltas una vez las riendas a la voluptuosidad, iba precipitadamente hasta el último abismo de la torpeza y llegó al fin a un estado de desesperación. Así sucedió que por espacio de cuarenta años no se acercaba al tribunal de la pendencia, ni practicaba jamás una obra cristiana hasta que el treinta de mayo, casualmente un día de sábado, asistió accidentalmente el día quinto de la misión a la procesión nocturna a gran dicha suya. Se hizo esta salida nocturna por la ciudad (llamada asalto espiritual) al modo como se practica en España, predicando cinco de nuestros Padres en diferentes sitios de la ciudad, concluyendo ellos con el acto de contrición. Fueron pronunciadas diferentes sentencias sagradas, dirigidas a atravesar los corazones de los pecadores, pero no hicieron absolutamente ninguna mella en el corazón endurecido de este infeliz. Obstinado de este modo frustró todos los aguijones del Evangelio, hasta que se llegó a la sexta y última exhortación de esta noche, la cual estaba reservada al Padre misionero, y al cual ganó la victoria sobre este hombre endurecido. Pues, con la mayor fuerza de palabras puso el Padre Ignacio delante los ojos de la muchedumbre la infinita misericordia de Dios para con los pecadores, mandando que esperasen firmemente el perdón de todos sus crímenes, aunque fuesen innumerables, con tal que con dolor y arrepentimiento implorasen el perdón.

Oyendo aquel esas palabras comenzó al fin a ablandarse un poco este duro corazón y a poner su esperanza en Dios. Siguió mientras tanto el padre misionero desarrollando su tema, confirmando lo dicho con un caso no muy semejante al nuestro. Llamó este caso la atención de aquel infeliz y se esforzó a creer, pero no pudo, pareciéndole imposible que Dios recibiese benignamente a un individuo, envuelto en tantos delitos cometidos contra la Divina Majestad.

Por lo tanto, acabado el sermón, quiso averiguar este asunto más detenidamente y preguntó al Padre misionero si correspondía a la verdad lo que había oído de su boca esta noche sobre la misericordia de Dios y si ella estuviera también para un tan enorme pecador, como era él.

Le contestó el Padre misionero: “Lo que dije, es tan verdad, que antes acabarán el cielo y la tierra, que no la misericordia de Dios para con un hombre, verdaderamente arrepentido, porque la Palabra de Dios es infalible, con lo cual promete el perdón a todos, que se arrepientan de veras y vuelvan a sus plantas. Pues, confiésate luego!” dijo el Padre, porque ahora creo lo que oí, y yo no aguanto el peso de mis pecados. Se echó de rodillas y se confesó de todo, hablando casi con las lágrimas, que con palabras, y con plena esperanza de alcanzar el perdón de Dios.

Al acabar su confesión, le preguntó el confesor “Dígame pues, ¿qué otra buena solías hacer tú, por la cual Dios, tan ofendido por tus crímenes hasta ahora no ha descargado sobre ti su venganza, concediéndote al contrario, tiempo y ocasión, para arrepentirse?” Contestó el penitente: Por todos estos últimos cuarenta años no he hecho nada de bueno, viviendo como un moro. Sólo en los días de sábado presidía yo, en todas partes donde residía yo, una pequeña lamparita en honor de la Virgen, sin faltar nunca a esta mi devoción. Pues, aunque ya había desesperado de poder salvarme, persuadido de que el cielo no era para mí, ni la misericordia de Dios, no se me quitó jamás por completo el amor a la Santísima Virgen.

De seguro, le contestó el confesor, a este resto de devoción debes la salvación. Tienes que atribuirlo a la intercesión de la Virgen Santísima que todavía no has caído al alma del infierno. Ella se acordó de la pequeña práctica piadosa, en los días de sábado a su honor, para recompensarla precisamente en un día de sábado, alcanzándole en tal día la ocasión de salvarle por un rayo de luz divino, y por una sincera confesión. Sea este caso el estímulo para nosotros a amar más y más a la reina del cielo, tan agradecida, hasta por el más pequeño servicio para ella.

Hubo también otras conversiones notables de pecadores que habían llevado su vida mala por cuatro, seis, ocho, diez y hasta veinte años y ya no tenían remordimientos de conciencia por estar ellos acostumbrados a sus vicios. Otros habían callado sus pecados en confesiones anteriores. Todos estos casos omito, para no cansar por su semejanza entre sí. Sin embargo, no puedo callarme de lo que sucedió a cierta doncella. Ella había ocultado en las confesiones cierto pecado por ocho años seguidos, comulgando cada vez sacrílegamente. Atormentada por el estímulo de la conciencia deseaba al fin vomitar el veneno de su alma en el santo tribunal de la penitencia. Se propuso hacerlo durante los Ejercicios de nuestro santo Padre. Entró en ellos, pero este remedio tan eficaz para ablandar los corazones más endurecidos no produjeron el efecto apetecido en el alma de esta mujer infeliz. Salió ella de los Ejercicios peor de lo que ella había entrado, continuando con sus sacrilegios hasta que, en tiempo de esta misión tocó su corazón la gracia divina, para que ella hiciese una buena confesión de sus pecados, lo que ella efectuó entre lágrimas y sollozos.

Otra se había confesado sacrílegamente por espacio de cuarenta años, otra por treinta, otra por veinte y más años, y todas ellas se conmovieron por los sermones de misión a hacer confesión general.

Se sacó además la cuenta que, el mismo día, en que salió la arriba mencionada procesión, los soldados cordobeses, los cuales habían emprendido una expedición militar contra los bárbaros, habían encontrado felizmente una tropa de abipones infieles, de los cuales dieron muerte a veintidós, capturando otros veintiséis más, así que realmente no se escapó ninguno de ellos. Por este feliz suceso, parece que Dios quiso indicar a los habitantes de esta ciudad, que Él había entregado el azote de su divina justicia a manos de esta nación feroz y que el continuado peligro que molesta esta ciudad, era castigo por sus vicios.

Pero reducida toda la ciudad a la penitencia casó la venganza por sus crímenes, concediéndole esta notable victoria sobre sus enemigos, como no había igual desde hace mucho tiempo.

Conviene añadir aquí otras circunstancias más de esta misión, refiriéndolas con las mismas palabras, como las significó cierto venerable dignatario eclesiástico, natural de esta misma ciudad, llamado Don Juan de Carranza, rector del seminario de la catedral, en carta a un amigo suyo, fecha 7 de junio del mismo año. Escribe como testigo de vista de este modo “En el divino oficio que se celebra mañana y tarde, por estos ocho días, en la catedral, agradecemos a Dios por todos los beneficios que hemos recibido y en especial por los de este mismo tiempo, en que los corazones están bien dispuestos a consecuencia de la misión que se predica actualmente. Hay que confesar que por ella se ha ganado un gran triunfo so-

bre Satanás y sus secuaces a causa de la gran cosecha de almas. Por este motivo los Padres de la Compañía han juzgado ser necesario prolongar su término, para ganar tiempo a poder oír confesiones y concluir el día de la octava de la fiesta del Corpus Christi con conceder la indulgencia plenaria. Pues era exigir demasiado de las fuerzas de los confesores acabar en sólo ocho días con la inmensa multitud de penitentes, aunque se les facilitó la confesión y la comunión en todas las iglesias de esta ciudad, siendo las más confesiones generales. Quedaron todos pasmados de admiración por este espectáculo, atestiguando hasta la gente más anciana que jamás en su vida había visto cosa igual.

Comenzó la misión el día 3º de Pentecostés y el sábado siguiente se sacó una procesión muy devota por las calles de la ciudad, durante la cual, en lugares determinados, se hicieron fervorosas pláticas en forma de saetas. La exhortación que se hizo al lado del convento de San Francisco, estaba al cargo del Padre Antonio Miranda, profesor de filosofía, la del lado del palacio episcopal estaba al cargo del Padre Pedro Lizoain, profesor de teología moral, la del lado del convento de la Merced estaba al cargo del Padre Manuel de Vergara, profesor de filosofía, la del lado de la casa del señor Arrascaeta estaba al cargo del Padre Fabián Hidalgo, profesor de teología de prima, la del lado del convento de las monjas Catalinas, estaba al cargo del Padre ministro Félix Gutiérrez y, al fin, a la puerta de la iglesia de la Compañía, predicó el incansable y celoso Padre misionero, el cual cada noche impresionó con su voz tanto al auditorio, que no pasaba sermón sin que se desmayasen mujeres, a las cuales hubo que sacar para llevarlas a su casa.

Se puso fin a la misión con una muy edificante procesión nocturna, en la cual se llevaba la imagen del niño Jesús, la del *Ecce Homo*, la de Cristo crucificado y la de la Virgen de Dolores, llevada esta última en andas puestas a hombros de distinguidas damas españolas. Los Padres de la Compañía salieron en forma de penitentes, entre ellos el Padre provincial Jaime de Aguilar, todos con una corona de espinas a la cabeza y una soga al cuello, y así todos los demás participantes en la procesión, que no tenían otro cargo en ella. Además sus Padres, que eran distinguidos oradores, con las mismas señales de penitencia, juntamente con seis señores canónigos y otros extraños, usaban diferentes modos de mortificación, menos la sangrienta, la cual estaba prohibida a todos. Ocupó el primer lugar de la procesión el Padre José Echagüe con los niños de su escuela, todos estaban vestidos de blanco, a modo de los llamados Nazarenos, cada uno con una corona de espinas en la cabeza y una cruz en la mano. El primero de los Padres que dirigió la palabra al pueblo delante del pórtico de la catedral, era el Padre Ignacio Oyarzábal, llenando la muchedumbre la espaciosa plaza. Exhortaba a perdonar las injurias y a guardar la paz la cristiana. Hizo después abrir las puertas de la iglesia y sacar a Cristo sacramentado. Lo llevó el rector de la iglesia, el cual había esperado este momento, adentro y al comparecer él con la custodia en la mano prorrumpió toda la multitud en lágrimas, abrazándose mutuamente y pidiéndole perdón a voces. Enseguida continuó la procesión hasta el colegio de la Compañía. Allí concluyó el Padre provincial la misión, predicando con su acostumbrado entusiasmo el sermón de la perseverancia.

Estos son los óptimos frutos de la santa misión, que nos llenan con indecible consuelo.

Hasta aquí la carta de aquel sacerdote.

## Carta Anua de 1750–1756<sup>231</sup>

### *Cartas anuas en las cuales refiere los sucesos en la Provincia del Paraguay/ desde el año de 1750, hasta el año de 1756, al Muy reverendo padre Luis/ Centurión, general de la Compañía,/ el padre José Barreda/ provincial de Paraguay*

Ya han pasado seis años, desde que mi antecesor ha enviado las Anuas de la Provincia del Paraguay a Roma; y ya hace más de cinco años, desde que yo he sido llamado de la Provincia del Perú, por nuestro reverendo Padre Francisco Retz, para gobernar la misma.

Durante este tiempo he escrito muy frecuentemente de los asuntos de nuestra Provincia a la Ciudad Eterna, como también de los asuntos de los guaraníes, en comparación con los cuales no hay aquí cosa más desesperada, y no se si jamás la universal Compañía ha experimentado algo más grave, por quedar tan patente la ruina eterna de los más de 100.000 neófitos, antes tan florecientes. Nuestra Provincia está agitada por extrañas y horrendas clases de injurias, de tal manera que, si hubiera tenido ésta, por lo demás tan santa Provincia, algo de reprochable, hubiera hecho penitencia de sobra por ese, con este torbellino tan vehemente. Fuera de todo esto, parece que ha nacido esta Provincia con destino de que a sus santos ministerios y su continua solicitud en ayudar a los hombres, corresponden siempre nuevas y nuevas molestias y cuidados, aquel frecuente señal de un especial favor de Dios, el cual por eso, quiere ejecutar a los suyos. Cuanto en todo eso, lo explican estas Anuas, y no se dará nada que no es cierto, y bien averiguado, como se acostumbra entre nosotros, cada vez, cuando hay que escribir al general de la Compañía.

---

<sup>231</sup> Estas cartas están firmadas por el padre provincial José Barreda y van dirigidas la general Luis Centurión. El padre Barreda era natural del Perú, nacido en 1687 en Arequipa, donde murió en 1763. Posiblemente, señala Leonhard halla sido escrita por el padre socio del provincial Juan de Escandón quien en la Congregación provincial de 1756 fue elegido procurador a Europa junto al padre Simón Bailina. (Biblioteca del Colegio del Salvador, Cartas Anuas, 1750-1756, Estante 11).

Para mayor claridad, se dividirá esta carta en tres partes. Primero trata de los colegios, después de las misiones y al final de los que por Dios han sido llamados desde la Compañía militante a la triunfante.

### *Parte Primera. De los Colegios*

El número de los sujetos de esta nuestra Provincia llegó durante todos estos seis años a unos 400, de los cuales eran sacerdotes unos 300, estudiantes 40 y los demás hermanos coadjutores. En todas partes floreció la observancia de nuestras reglas, y el fervor en los ejercicios espirituales. A estos se da la señal con la campanilla a su hora determinada, no solo en los colegios, sino también en las casas de campo (p.2) donde ordinariamente viven, a lo menos, dos de los nuestros, un sacerdote para el servicio religioso, y un hermano coadjutor para la administración de la estancia. Llama universalmente la atención esta exactitud de los nuestros, hasta en el campo, sacándose la consecuencia, cuánta debía ser la regular observancia en los colegios, cuando florece ella tanto hasta en el campo.

De allí se explica la divina liberalidad, tanto para con los colegios, como para con las estancias. Pues, hacerme cargo de esta Provincia, estaban agobiados los colegios y las residencias por las deudas y el pago de sus intereses. Pero ahora, tal vez debido a una mejor administración y, ante todo, a la bendición de Dios, están en buen estado las fortunas de las casas. Solo la residencia de Montevideo se halla oprimida todavía por los intereses que tiene que pagar, debido a una mala administración desde sus principios, y por haberse equivocado los procuradores en sus cálculos. Espero, sin embargo, que ella en breve saldrá a flote, porque para levantarla de su prostración, han contribuido todos los colegios juntos.

Han florecido y florecen todavía los ministerios en bien del prójimo, y esto en grado muy alto, cosa maravillosa en tiempos tan aciagos. Pues mientras en todas partes son criticados los jesuitas malamente por los asuntos guaranícos, y se les acusa de ser traidores de parte de muchos, sin embargo, no se sustrajeron los nuestros de los santos ministerios en ninguna parte, ni se retiraron de ellos los extraños. Al contrario, tanto las clases de la enseñanza primaria, y secundaria, como la universidad de Córdoba, son frecuentadas por un crecido número de alumnos. Se elevó así mismo, el número de convictores del seminario de Nuestra Señora de Monserrat a la cifra de más de 70, de los cuales han venido algunos del Reino de Chile, otros de la provincia del Perú, y otros de otras partes.

Lo más curioso, que de parte de la ciudad de Buenos Aires, donde esta tempestad contra nosotros había alcanzado el grado más elevado, se han solicitado los servicios de los jesuitas en materia de enseñanza. Pues, a fin de 1756, se dirigieron el ilustrísimo señor obispo y ambos cabildos por carta a nosotros, pidiendo que la Compañía les proporcionase profesores para la allí proyectada academia. Consulté este asunto con los padres, y conforme a su unánime parecer se designaron los tales profesores, y para hacer resaltar más esta nuestra condescendencia, envié al principal profesor de Córdoba para las clases de mañana, destinando al mismo tiempo para las clases vespertinas a un padre, cuya virtud y letras, desde hace tiempo, han admirado ya los de Buenos Aires ¡Ojalá! Que comprendan aquellos al fin,

de qué manera nosotros tomamos satisfacción de los agravios, cuando la Compañía por las críticas, por las críticas, con las cuales nos han zaherido, y nos zahieren cada día, toma venganza haciendo semejantes buenos servicios, como ella les ha prestado últimamente.

Los santos Ejercicios de nuestro santo Padre Ignacio se han dado cada año, con gran aceptación de los habitantes y con el más grande provecho de todos. Hubo reforma de costumbres, mayor frecuentación de sacramentos y un inmenso número de revalidaciones de confesiones. Aunque los colegios estaban cargados de deudas, sin embargo, en esta materia no se han ahorrado gastos. Así, solo el colegio de Córdoba, durante estos últimos seis años tuvo y mantuvo en los Ejercicios unos dos mil habitantes. Del mismo modo, los demás colegios, según sus respectivas facultades y número de habitantes, los han dado a muchísimos de ellos. Además, en la casa de campo de Santa Catalina, la estancia del noviciado, en el año de 1754 hicieron los Ejercicios de San Ignacio 130 personas de la clase más baja, y el fruto que han sacado los sagrados sembradores en esta estancia, esto no se puede explicar con unas pocas palabras. Pues, en adelante, muchísimas mujeres no han podido ser inducidas a cosas torpes, ni por halagos, ni por amenazas, ni por ganancias. Tan profundamente se les había arraigado en el corazón la virtud por medio de los Ejercicios.

A los Ejercicios también se debe que cada noche, después de los trabajos del día, se dedica la servidumbre a rezar el Rosario y a cantar cánticos sagrados.

Después de haberse construido diferentes casas de Ejercicios, se puede esperar para delante de ellos un provecho todavía mucho mayor. Así, en el puerto de Buenos Aires, ciudad muy populosa, se han levantado dos casas de Ejercicios. La una, la destinada para mujeres, de un exquisito arte, proporcionado a su destino, ha costado 20.000 pesos. La otra, para varones, la cual está contigua al colegio de Belén costó 50.000 pesos. En la ciudad de la Asunción y en Tarija se levantan del mismo modo otros edificios, los cuales, con el favor de Dios, en breve estarán acabados. Según el ejemplo de estas ciudades, es de esperar que también otras ciudades quieran proporcionarse semejantes asilos.

Para que aquí el año del jubileo se pasase piadosamente, se han esforzado mucho de su parte los nuestros. Ordené, tanto espontáneamente, como rogado por el episcopado, que lo promulgasen los nuestros por los campos y las ciudades. Hubo gran concurso a estos sermones, con considerable efecto. Han ido por ellos dos puestos los oidores, para que con toda su alma, se aprovecharen de las abundantes gracias del jubileo.

Las misiones llamadas campestres promueven la piedad de una manera extraordinaria. Se designan a ellas dos sujeto: el misionero y su compañero. Estos salen por todas las partes de los campos a la ciudad. Y conviene indicar aquí el método y el éxito de tales excursiones. Los campesinos no se juntan en una aldea determinada, sino distan sus casas tres, cuatro y más leguas una de otra. La ignorancia religiosa entre ellos es excesiva. Raras veces vienen ellos a misa y más raras veces reciben ellos los sacramentos. Los más de ellos no conocen a su cura párroco, ni siquiera de vista. No tienen de cristianos sino el nombre y las más de las veces, no llevan ellos este nombre ni siquiera con razón. Pues, al estudiar este asunto a fondo, se descubre que los seglares que los debían bautizar, obligando a eso la necesidad por estar lejos los párrocos, no se han servido de la debida fórmula.

Semejante triste estado de cosas jamás se remediaría si los nuestros no pudiesen aplicar providencias extraordinarias. Así comunican a los nuestros obispos todas sus facultades, con la única excepción de las que exigen la ordenación pontifical. Cuando corre la noticia de la próxima llegada de los padres, al instante salen aquellos brutos de sus escondrijos, acuden a las capillas, levantadas a grandes intervalos, no haciendo caso ya de sus cosas y habitaciones, con tal que puedan ver y oír a los “santos padres”, como los llaman ellos. Y como los más de ellos son malos más bien por ignorancia que por malicia, no se pierde ninguna palabra de los padres, se arrepienten con grandes señales de dolor y vuelven a juicio.

Aquel nombre de “padres santos” se han conquistado nuestros padres antiguos y lo han heredado a nosotros, sus sucesores, y se esfuerzan los misioneros de hoy día en imitar los preclaros ejemplos y las virtudes de aquellos que les han dejado su nombre. Los trabajos y privaciones durante aquellas excursiones serían insuficientes, sino se compensarían los sufrimientos por un inmenso consuelo. Por la predicación se destierra aquella brutal ignorancia, los odios y los demás vicios.

Solo hay una cosa que cuesta mucho remediar y es quitar a esta gente el vicio del juego, ya que tienen ocio de sobra, se retiran ellos a lugares apartados y a la espesa selva, como si fueran fieras y pierden allí por el juego semanas y meses enteros. Cuántos robos de allí resultan, cuántas blasfemias, pependencias, y hasta heridas y muertes, esto se puede conjeturar fácilmente. A estos jugadores persiguen los padres con gran energía, y muchas veces se hace patente la ira de Dios. Así había uno que, movido por ruegos y amenazas, se había comprometido santamente a los padres de no jugar más en adelante, entregando a las llamas los naipes y murió repentinamente. Escarmentados por este suceso, oyeron los demás en adelante con mayor docilidad a los padres, absteniéndose del juego con más constancia.

Se revalidan los muchos matrimonios nulos, contraídos inválidamente, o por la inexperiencia de los párrocos, o por engaño de los que pretenden casarse, y es un hecho que nunca han salido los nuestros a esta clase de excursiones sin tener que servirse muchas veces de los privilegios que les han concedido los obispos para tales casos. Pues, sea porque ellos tienen a los nuestros por médicos más experimentados, sea para aprovecharse de esta buena ocasión de procurarse su salud y buena fama, manifiestan ellos a los nuestros de buena gana las llagas de su alma, y solo a ellos las descubren. Al preguntarles cuánto tiempo hace que ya no se han confesado, contestan ellos: desde que han pasado por aquí los “santos padres”. Por lo tanto, sucede que esta pobre gente queda tres o cuatro años sin confesarse; pues, no pueden visitarlos los padres cada año en el mismo lugar, sino se van la otra vez a otro paraje.

No se debe pensar que por eso sea muy transitorio el resultado de semejantes excursiones. Con muy pocas excepciones, los más se robustecen para seguir el buen camino, tanto que saben frustrar las insidias del enemigo del género humano. Los obispos, fuera de conceder los mencionados privilegios, están de pláceme por los éxitos de estas excursiones y no puede ser de otra manera, al contemplar que de este modo se les descarga grandemente su conciencia de pastores de almas. Y no solo lo son los obispos, que están satisfechos por el resultado de estas misiones, sino también lo es don Agustín López Lisperger, caballero de



alta nobleza y gobernador de la provincia de Chichas, después de haber experimentado a ojos vistas el método y resultado de esta clase de misiones, y para que sus súbditos jamás quedasen privados de ellas, destinó unas rentas anuales, por las cuales pudiesen sustentarse dos misioneros, que cada año hiciesen su gira por la provincia de Chichas y durante estos últimos seis años se hizo así, aun antes que determinase esto el señor Lisperger.

Hace ahora año y medio que a ruegos del obispo de La Paz y del cabildo de La Plata, sede vacante, hemos enviado a predicar en el Perú al padre Ignacio Oyarzabal y al padre Manuel Vergara. Los dos son de tal prudencia y celo apostólico que con razón podemos esperar que sea muy útil esta expedición para el Perú entero, como ella es muy honrosa para la Provincia del Paraguay. El hecho es que supimos por cartas del Perú, que las primeras ciudades donde ellos han predicado la misión han quedado profundamente conmovidas, convirtiéndose ellas de veras.

Las congregaciones antiguas se han conservado y aumentado, otras nuevas se han fundado, entre ellas la cofradía de la Buena Muerte, y la del Sagrado Corazón de Jesús. Y, como atraen mucho las cosas nuevas, hay gran concurso de gente a estas nuevas, y apenas hay ya una ciudad en la Provincia que no hubiera pedido esta clase de modalidades y lo haya conseguido. Además se han introducido para el viernes de Semana Santa sermones y piadosos ejercicios de la Agonía del Señor. Es esta una práctica muy tierna, que atrae a una inmensa multitud de gente a nuestras iglesias, y aunque se alarga este acto piadoso desde mediodía hasta las tres de la tarde, hay tanta variedad de afectos de amor, compasión, y esperanza, que a todos parece este tiempo muy breve.

Para concluir este capítulo sobre los colegios digo que por el mes de setiembre del año próximo pasado había en Córdoba Congregación Provincial. Fueron nombrados de procuradores a Roma y Madrid los padres Simón Bailina y Juan de Escandón y como tercero, el padre Antonio Gutiérrez. De los primeros sabrá vuestra paternidad el estado de nuestros asuntos guaranícos<sup>232</sup>.

---

<sup>232</sup> A continuación sigue la segunda parte de la anua que trata sobre las misiones, tanto de los pampos, mocobíes, abipones, chiquitos y guaraníes. Se extiende en el asunto de la trasmigración de los siete pueblos. Finalmente la tercera parte trata sobre los difuntos de la Compañía. Los fallecidos en Córdoba son los padres Eugenio López en 1753, Antonio Macioni en 1753, Antonio José Congiu en Caroya en 1755; los hermanos Tomás Rosatini en 1749, Francisco Lavandería en 1751, Melchor Martínez en 1753, Guillermo Leney en 1755, Manuel Escalante en 1756, Ambrosio Javier Carrillo en 1756, Domingo Ugarte en 1756, el estudiante Ignacio de Reyes que murió en 1752 en Alta Gracia, al igual que Domingo Santos en 1755, José Planes en 1755 y el hermano novicio José Antonio Igarzábal en 1753.

## Carta Anua de 1756–1762<sup>233</sup>

### *Cartas Anuas de la provincia del Paraguay desde el año 175 hasta el año de 1762, enviadas del Padre Pedro Juan Andreu, provincial de la misma provincia a nuestro reverendo Padre general Lorenzo Ricci*

Las últimas Cartas Anuas, comprendiendo los años de 1750 a 1756, con sus abundantes trabajos y resultados, envió mi antecesor el Padre José Isidoro Barrera a Roma por manos de los Padres procuradores Simón Baylina, finado ya en Madrid, y Juan Escardón, todavía vivo.

Estoy para enviar las Anuas del sexenio último pasado, igualmente llenas de pruebas de una labor apostólica bendecida con resultados halagüeños, por lo menos de los Padres procuradores José Robles y Domingo Murillo, elegidos en la última congregación provincial, a fines de octubre de 1762. Pero, parte por la demora de algunas informaciones encargadas, parte por las actuales calamidades, no me han llegado todas las noticias sobre los frutos que en no despreciable abundancia han recogido los nuestros, para ser conservado en el granero de la Iglesia, y así me veo obligado a escribir con más brevedad de lo que merecería el celo de esta Provincia apostólica y el fervor de sus sujetos. Para mayor claridad repartiré esta materia en tres partes, hablando primero de los colegios, después de los difuntos y al fin de las misiones.

---

<sup>233</sup> El padre provincial Pedro Juan Andreu dirige esta carta al último padre general Lorenzo Ricci. Tiene la particularidad de contar con varios cuadros estadísticos. Furlong sostiene que estas anuas, fechadas el 20 de agosto de 1763, no pueden ser de Andreu, sino de José Manuel Peramás. Consta de tres secciones: los colegios, los difuntos y las misiones que completan 13 folios más 5 con estadísticas (Furlong José Manuel Peramás). (Biblioteca del Colegio del Salvador, Cartas Anuas, 1756-1762, Estante 8).

### *Primera parte. Los colegios*

Contó el Paraguay por todo el centenio con unos 350 sujetos, inclusive los difuntos, de los cuales eran sacerdotes más de 200, escolares unos 50, Hermanos coadjutores los demás, repartidos todos en los 10 colegios: de Córdoba, Asunción, Buenos Aires, Belén, Santiago del Estero, Salta, San Miguel, Corrientes, Rioja y Tarija; en las tres residencias de Jujuy, Catamarca y en la villa de San Felipe de Montevideo; y al fin, en las misiones de guaraníes, chiquitos y del Chaco.

En cada uno de los colegios se enseña, fuera de primeras letras, también gramática para alumnos externos; en la Asunción y en Buenos Aires, además filosofía, teología escolástica y moral, aunque con pocos oidores, ni con gran éxito de parte de ellos.

En Córdoba estudian más de 100 externos, atraídos muchos por la gran fama de esta Universidad, desde tierras muy remotas, y unos 50 de la Compañía las facultades de filosofía, teología y escritura sagrada.

Se empeñan además, los de la Compañía en infiltrar a sus alumnos, juntándose con las letras una sólida piedad, luego costumbres cristianas y temor y amor a Dios, por medio de pláticas públicas y el trato familiar como por las congregaciones piadosas. Mención honrosa merece ante todo, la congregación de Córdoba, de fundación muy antigua, la cual, casi adormecida, resucitada por la actividad y el celo del Padre Vicente Sanz, a su primitivo fervor, no obstante de la resistencia del infierno y del mundo a edificación de todos y a gran provecho de sus miembros, por medio de la reforma de los estatutos de 1757 y una disciplina más estricta. No exagero al decir que algunos de estos congregantes son unos ángeles en la carne, por su señalada castidad, modestia, frecuentación de los sacramentos y devoción a la Virgen.

No se limita la labor de los de la Compañía a instruir a los estudiantes, sino se dedica también a la santa predicación, tanto en la ciudad como en sus alrededores, hasta en lugares muy apartados, a dar saludables consejos, a dar los Ejercicios de nuestro Padre Ignacio, a dirigir devotas congregaciones, y a dar misiones campestres. En nuestros colegios, en cuanto sea posible, ya que hoy día tienen un demasiado reducido número de sujetos, se enseña también cada domingo el catecismo en la plaza pública y en la cárcel. En la cuaresma se cuenta el acostumbrado ejemplo desde el púlpito, dos o tres veces la semana, con su correspondiente aplicación práctica para la reforma de las costumbres. En los domingos de la cuaresma se hace lección sacra sobre un pasaje de la Sagrada Escritura, con gran concurrencia y provecho. Mayor provecho aún, consistiendo en una vida más arreglada, costumbres cristianas, mensual y hasta semanal confesión y comunión, evitación de la ocasión próxima y otras cosas de este género se consigue por medio de las congregaciones marianas y las cofradías del Sagrado Corazón de Jesús y de la Buena Muerte, fundadas en todas partes por el empeño de los de la Compañía, o suscitadas a nuevo fervor si habían decaído en algo, poco a poco, por la fragilidad humana.

Los Ejercicios de nuestro santo padre Ignacio se han dado para externos cada año y en todas partes; también a la mayor parte del clero seglar y a gran parte del clero regular, a to-

das las monjas, también a gran número de caballeros y a un número todavía mayor de mujeres, en especial en Córdoba, donde llegó el número de ejercitantes de ambos sexos a tres mil, gente de todas las clases sociales, resultando una notable reforma de las costumbres.

Lo referido se ha hecho en casa y en las ciudades, mientras fuera por la campaña se han emprendido misiones apostólicas o excursiones evangelizadoras por las aldeas cercanas o alejadas de las ciudades; laudable costumbre introducida ya por los antiguos Padres y continuada hasta hoy, con no menos loor. Es indescriptible la necesidad espiritual de aquellos campesinos, diseminados por allí, viviendo ellos muy distantes los unos de los otros, y más aún de sus respectivos párrocos; viviendo ellos como moros, o más bien, como brutos. Raras veces oyen ellos la Palabra de Dios, porque no hay quien pide este pan espiritual y menos hay quien lo reparta a los hambrientos. Muy raras veces vienen a misa, ni en las fiestas mayores y rarísimas veces se acercan a los santos sacramentos. Toda su religión consiste en ser cristianos bautizados, pero no viven como tales pues, son inclinados a toda clase de vicios, a robos, perjuicios, deshonestidades, adulterios, al juego y a la holgazanería. Así viven ellos como infieles y peor aún.

Pues, a esta clase de gente salen de cada uno de los colegios, una o dos veces al año, nuestros misioneros, de a dos, según el consejo del Evangelio, a recorrer y evangelizar las parroquias de la comarca, acudiendo a ellas tanta gente que parece milagro. El caso es que, apenas corre la voz de la llegada de los de la Compañía se encaminan todos a ellos, hombres y mujeres, viejos y jóvenes, dejando sus casas y ganados, que les suministran su sustento de cada día, los escuchan muy atentos y les dicen que se confiesen de sus pecados, y vuelven a casa contentísimos.

Dije, que la aglomeración de gente en tales ocasiones parece ser maravilla. Pues, estas ovejas descarriadas, por lo general, no escuchan la voz de su pastor, ni acuden a misioneros de otras órdenes religiosas, cuando por casualidad van una vez a las aldeas. En lo referente a eso ha sido notable un hecho acaecido en Tarapacá, población principal de la provincia de Arica, en la costa marítima del Perú, residencia de una autoridad subalterna, que allí llaman corregidor y distante de Pica unas 24 leguas, pero más de 200 desde nuestro colegio de Tarija. Habían salido de este en el año de 1757 dos de la Compañía, los Padres Tomás Figueroa y Francisco Michael, y después de una misión en Pica, con numerosa asistencia, fueron llamados a Tarapacá.

Estaba allí un misionero de otra orden religiosa, venido del Perú, de gran forma, pero no muy acepto en el ministerio evangélico. Este se dirigió a estos de la Compañía y les dijo “En vano os empeñamos a sacar de sus mieses a esta clase de gente perdida, reacia, abandonada de Dios, entregada a toda clase de maldades. Aunque nosotros los llamaréis, no vendrán a la iglesia; pues, hablo de experiencia propia. A la misión por la cuaresma próxima pasada han asistido muy mal los del mismo pueblo de Tarapacá y los de sus alrededores han acudido a ella un mínimo todavía más reducido.

Le contestamos los de nuestra Compañía: “Nosotros de nuestra parte no podemos hacer más que invitar a la misión, pero cosa de Dios es atraerlos a estos dispersos por los campos y juntarlos en su iglesia. Lo que toca a nosotros, esto lo cumpliremos, lo demás había

de sobra y con abundancia, por ser Dios el escudriñador del corazón humano, el cual los toca y conmueve saludablemente según su divina misericordia. Así hablaron ellos y Dios los bendijo. La primera, segunda y tercera noche, como en todas las siguientes, vino tanta multitud de hombres y mujeres de todas partes de cerca y de lejos, que la por, lo demás, espaciosa iglesia no cabía a los oyentes, a gran estupor de aquel misionero ajeno, el cual no pudo menos que decir a los nuestros “Ahora he visto con mis propios ojos y tengo que confesarle que realmente Dios bendice copiosa y abundantemente los trabajos de los misioneros de la Compañía y, mientras nosotros trabajamos en esta noche del mundo y decimos con el apóstol San Pedro “No hemos sacado nada”, a vosotros se les rompen las redes por la abundancia de pecado, así que tenéis que llamar a socorro a otros más, a recoger la pesca.

Ni lo dijo sin fundamento pues, la reforma de costumbres, las muchas confesiones generales, las restituciones de lo ajeno, las reconciliaciones de enemigos, los matrimonios revalidados, después de dispensar ocultos impedimentos y la perseverancia posterior de la gente en el buen camino, todo esto indica bastante, que las redes, echadas en el nombre de Jesús, y por los misioneros de su nombre, habían recogido una pesca abundante.

Lo que sucedió en Tarapacá, ya fuera de los términos de nuestra Provincia, experimentamos, por supuesto, todavía más dentro sus propios límites. Pues, en todas partes se podía decir: “Se encontró la misericordia de Dios con su justicia” la misericordia para atraer la penitencia a los que oían la Palabra de Dios, y la justicia, para castigar con su divino rayo a los rebeldes. Así recurrían nuestros misioneros el territorio de Córdoba, muy extendido hacia los cuatro vientos, y se encontraron con un hombre muy perdido, al cual invitaron a asistir a la misión. No siguió sus consejos y poco después fue aplastado por su caballo y murió sin confesión. Otro tan refractario como el primero, el cual vivía en los límites, donde se tocaban dos parroquias, en las cuales recién se había predicado la Palabra de Dios, murió repentinamente. En otra parte amenazaban los Padres con el castigo de Dios, en caso de que aquella gente no se dejase de sus vicios. Pero aquellos miserables, tan sumergidos en el fango de sus culpas, experimentaron desgraciadamente, que lo anunciado por los que les habían predicado, era profético, porque en una invasión de los bárbaros algunos fueron muertos y otros llevados al cautiverio.

En vista de tanta necesidad de misionar por el campo, de los buenos resultados allí obtenidos, por esta clase de trabajos, no pueden menos que confesar todos unánimemente, que lo que hay todavía de religión por allí, esto se debió a los hijos de la Compañía. De allí provino que su Señoría Ilustrísima don Cayetano Agremon, obispo del Río de la Plata y después arzobispo de Charcas, muy afecto a la Compañía, hizo en 1761 una fundación de seis mil pesos, de cuyas rentas se pagasen los gastos que hicieren los de la Compañía en sus misiones campestres y del mismo modo, don Basilio de la Fuente un noble caballero verdaderamente cristiano y piadoso de la provincia de Arica, puso a censo en 1758, cuatro mil pesos para los gastos de los nuestros del colegio de Tarija, los cuales cada tercer año tenían que misionar en la región de Arica. Pues, tan apreciadas son las correrías evangélicas de los misioneros de esta Provincia que se les llama desde los rincones más apartados de aquellas tierras.

Y, verdaderamente, hay motivo para apreciarlos tanto y para que los aplaudan todos. Pues, no hay rincón en estas provincias tan dilatadas, que no he recibido la luz de la predicación por los hijos de la Compañía, no hay clase social tan alyecta (sic), a la cual no enmienden de sus vicios, llevándola al conocimiento de Dios, su Creador. Para lograr este fin, no ahorran gastos los colegiales, y no se deja de las excursiones por falta de sujetos, al contrario, se multiplicaron, y se han, de cierto modo hechas perpetuas por todo el año. Tampoco se ha hecho caso de trabajos y peligros, que les amenazan, parte por las incesantes invasiones de los infieles, parte y más que nada por un clima malsano, la inclemencia de la temporada, y por los malos caminos y las pesadas vueltas y revueltas.

Todo Esto, mi Paternidad muy reverenda, rebosa de la abundancia, de la caridad, que llena los corazones de los hijos de la Compañía, por la gracia del Espíritu Santo, el cual vive en ellos, y al cual atraen ellos por la observación de nuestras reglas. Esta florece sin duda y experimenté a gran consuelo mío durante mi visita oficial de los colegios, que no se han enfriado, el fervor de la caridad, y el espíritu primitivo de nuestro santo Padre Ignacio. Florece el celo por la salvación de las almas, los ministerios en el púlpito sagrado, en el confesionario, en las cárceles, en los hospitales, en los cadalsos, con toda clase de gente, ricos y pobres, españoles, indios y esclavos negros, con los sanos y con los enfermos, y para comprender todo en una palabra en todos y con todos.

Y como la Bondad divina no se deja vencer por los suyos, así experimentó toda la Provincia su bendición profunda; pues, habiendo sido ella ahora del necesario sustento, correspondiente a la pobreza religiosa. Únicamente está cargada de deudas la casa de Montevideo, y la de Jujuy, habiéndose tomado ya las disposiciones del caso como en otro lugar lo he escrito. Se ha ensanchado Dios mediante haber restaurado los edificios de los colegios y de las iglesias y otros se han levantado desde sus fundamentos, viéndose en eso también la especial bendición de Dios, que Él echa sobre nuestros trabajos sin la cual trabajarían en vano y no rendirían sus frutos nuestras estancias<sup>234</sup>.

---

<sup>234</sup>La extensa lista de difuntos con que siguiente la anua comienza con el riojano José Ignacio Gaete (1686-1757), siguiendo los andaluces Juan Delgado (1700-1757) y Juan Barrera (1693-1758), Juan Sánchez (1729-1758), el francés José Ginet (1683-1758), el mallorquino Pedro Antonio Artigas (1758-1758), el galo Jaime Becio (1688-1758), los españoles Juan Antonio Mourellos (1724-1758), Sebastián de San Martín (1678-1759), José Gómez (1690-1760), el jujeño Tomás Figueroa (1700-1759), el valenciano Antonio Estellés (1698-1760), el cordobés José Rosa (1716-1761), el salteño Antonio Loza (1722-1760), el correntino José de Soto (1694-1761), el andaluz Pedro Castro (1699-1761), el italiano José María Martorana (1692-1761), el bávaro Bernardo Nusdoffer (1686-1762), los españoles Francisco Bautista (1696-1762), Juan Francisco Aguilar (1675-1762), el vizcaíno Pedro Echazarraga (1685-1762) y el bávaro Miguel Streicher (1696-1762)



Se terminó de imprimir en  
BR COPIAS  
Obispo Oro 171 • Nva. Córdoba • Córdoba  
brcopia@fibertel.com.ar  
en el mes de Febrero de 2004